

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

**Carl Schmitt y la evolución del *Ius publicum*
europaeum: interpretación y crítica desde las nuevas
epistemologías de las Relaciones Internacionales**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA
PRESENTADA POR

Laila Yousef Sandoval

Directores:

Prof. Óscar Lucas González Castán

Prof. José Luis Villacañas Berlanga

Madrid, 2018

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



**CARL SCHMITT Y LA EVOLUCIÓN DEL *IUS*
PUBLICUM EUROPAEUM:
INTERPRETACIÓN Y CRÍTICA DESDE LAS
NUEVAS EPISTEMOLOGÍAS DE LAS
RELACIONES INTERNACIONALES**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA
PRESENTADA POR

Laila Yousef Sandoval

Directores:

Prof. Óscar Lucas González Castán

Prof. José Luis Villacañas Berlanga

Madrid, 2017

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	1
INTRODUCCIÓN.....	3
1. CONSIDERACIONES TEÓRICAS: JUSTIFICACIÓN Y ACLARACIÓN SOBRE EL TÍTULO.5	
2. ESTRUCTURA Y RESUMEN DE LAS PARTES	12
3. ASPECTOS FORMALES: METODOLOGÍA Y TRADUCCIONES.....	29
RESUMEN	33
ENGLISH SUMMARY	39
PRIMERA SECCIÓN: El universo conceptual westfaliano. Génesis filosófica de los conceptos del <i>Ius publicum europaeum</i> a partir de la teoría de Carl Schmitt	45
<i>CAPÍTULO 1: Introducción al contexto westfaliano. La falsa estructura pacificadora del Ius publicum europaeum.....</i>	47
<i>CAPÍTULO 2: El estado soberano como sujeto de las relaciones internacionales modernas.....</i>	59
2.1. EXCEPCIÓN Y DECISIÓN EN LA TEOLOGÍA POLÍTICA SCHMITTIANA.	59
2. 2. TEOLOGÍA POLÍTICA INTERNACIONAL: EXCEPCIÓN Y DECISIÓN EN LAS RELACIONES INTERESTATALES.	71
2.3. RAZÓN DE ESTADO Y EMERGENCIA LIBERAL: FIN DE LA <i>RESPUBLICA CHRISTIANA</i> Y MODIFICACIÓN EN LAS RELACIONES INMANENCIA/TRASCENDENCIA.	87
2.4. LA REVOLUCIÓN FRANCESA DESDE UNA PERSPECTIVA INTERNACIONAL: EL PROBLEMA DE LA DEUDA PÚBLICA	95
<i>CAPÍTULO 3: El estado en su relación con los otros entes soberanos.</i>	107
3.1. NEUTRALIDAD Y PERMANENCIA DEL CONFLICTO: LA PAZ MÍNIMA Y LA GUERRA LIMITADA	107
3.2. <i>GUERRAS EN FORMA</i> : LA DISTINCIÓN AMIGO/ENEMIGO COMO GARANTÍA DE LA LIMITACIÓN DEL CONFLICTO.	119
3.3. EQUILIBRIO Y COEXISTENCIA A TRAVÉS DE LA ORDENACIÓN DEL ESPACIO: LA FILOSOFÍA MECANICISTA COMO BASE PARA DESARROLLAR UNA GEOGRAFÍA FILOSÓFICA.....	131
3.4. LA PAZ MUNDIAL Y EL GOBIERNO COSMOPOLITA KANTIANO COMO IDEAL DE LA RAZÓN.	153

SEGUNDA SECCIÓN: Destrucción del universo westfaliano y despliegue de la razón imperial.....	167
--	-----

<i>CAPÍTULO 4: El fin del Ius publicum europaeum a la luz de la teoría schmittiana. El concepto de “nación” y la emergencia del imperio: otra vuelta de tuerca a la soberanía.</i>	169
---	-----

<i>CAPÍTULO 5: El fin de la guerra clásica y el inicio de la identificación guerra/crimen</i>	185
---	-----

<i>CAPÍTULO 6: El Acta del Congo como acta de defunción de la centralidad europea</i>	203
---	-----

TERCERA SECCIÓN: Interpretación y crítica de la filosofía internacional schmittiana. Nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales.....	215
---	-----

<i>CAPÍTULO 7: La influencia de Derrida en la Critical Legal Theory y la crítica a la teoría schmittiana.</i>	217
--	-----

7.1. CRITICAL LEGAL THEORY Y JACQUES DERRIDA: AFINIDADES Y DISTANCIAS ACERCA DE LA IDEA DE DERECHO.	217
--	-----

7.2. MARTTI KOSKENNIEMI Y EL ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS ARGUMENTOS JURÍDICOS: UN ESTUDIO DEL CONTEXTO WESTFALIANO.	231
--	-----

7.3. LA DENUNCIA DE KOSKENNIEMI: NI APOLOGISMO SCHMITTIANO NI UTOPISMO UNIVERSALISTA.	243
--	-----

<i>CAPÍTULO 8: Sociología Histórica Internacional: la necesidad del conocimiento socio-histórico para una teoría de las Relaciones Internacionales.</i>	251
--	-----

8.1. LA CRÍTICA A LA POLÍTICA MODERNA SCHMITTIANA DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA INTERNACIONAL.	251
--	-----

8.2. BENNO TESCHKE Y LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA INTERNACIONAL: EXPLICACIÓN DEL CONTEXTO WESTFALIANO	261
--	-----

8.3. BENNO TESCHKE Y LA CRÍTICA A CARL SCHMITT.	275
--	-----

8.4. CONFLUENCIA DE DOS CRÍTICAS: LA CRÍTICA DE KOSKENNIEMI Y TESCHKE A LA FALTA DE ANÁLISIS CONCRETO EN SCHMITT	283
--	-----

<i>CAPÍTULO 9: Derrida y Foucault: disecciones posmodernas del poder soberano</i>	293
---	-----

9.1. MICHEL FOUCAULT Y EL ESTADO SOBERANO	293
---	-----

9.2. DERRIDA Y LA ANIMALIDAD SOBERANA: LA IMPERIOSA NECESIDAD DE TENER ENEMIGOS.	303
---	-----

CUARTA SECCIÓN: Miradas a un escenario global presente y futuro. Argumentos schmittianos para un panorama presuntamente postschmittiano.....	313
<i>CAPÍTULO 10: Del partisano al terrorista yihadista: diferencias y similitudes.....</i>	315
10.1. EL PARTISANO COMO FIGURA REPRESENTATIVA DE LA TRANSICIÓN DEL <i>IUS PUBLICUM EUROPAEUM</i> AL DERECHO INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEO.	315
10.2. DE CÓMO EL PARTISANO SE TRANSFORMÓ EN TERRORISTA GLOBAL.....	333
<i>CAPÍTULO 11: La apuesta schmittiana: la teoría de los grandes espacios.....</i>	351
11.1. APROXIMACIÓN A LA TEORÍA DE LOS GRANDES ESPACIOS.....	351
11.2. GRANDES ESPACIOS Y SIGLO XXI. REINTERPRETACIONES DE LA TEORÍA SCHMITTIANA.	361
<i>CAPÍTULO 12: Aproximación a la teoría del dron. La desaparición definitiva del combate clásico y un nuevo tipo de guerra asimétrica.</i>	365
<i>CAPÍTULO 13: Transformación de la soberanía: soft power y multilateralismo. Nuevas formas de ejercer la decisión</i>	381
13.1. INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE SOFT POWER DE JOSEPH NYE.	381
13.2. EL MULTILATERALISMO CONTEMPORÁNEO: JOSEPH NYE Y ROBERT KEOHANE	393
CONCLUSIONES.....	405
1. CONCLUSIONES PARCIALES	407
2. CONCLUSIONES FINALES	412
ANEXO 1: Extracto del Tratado de Paz de Westfalia.....	423
ANEXO 2: Resumen y conclusiones en francés (Mención Doctorado Europeo).....	431
BIBLIOGRAFÍA	452

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis ha sido realizada gracias a la beca FPU (Formación del Profesorado Universitario) que me otorgó el Ministerio de Educación del 2013 al 2017. Pero son muchas las personas a las que debo mencionar por su apoyo constante a lo largo de estos años.

Gracias a mis padres, Mila y Sami, por su constante amor y generosidad, por transmitirme desde pequeña la pasión por los libros, la importancia de la curiosidad por todo tipo de actividades y la felicidad que aporta el estar entusiasmada por el saber. Gracias a mis abuelos que, aunque alejados del mundo académico, también han contribuido con su amorosa presencia a hacerme más feliz mientras estaba inmersa en la redacción de la tesis.

La ayuda y atención de mis tutores Óscar Lucas González Castán y José Luis Villacañas ha sido fundamental para poder llevarla a cabo. Agradezco a ambos su paciencia, sus correcciones y aportaciones, sus enseñanzas y la posibilidad que me han dado de participar en sus respectivos grupos de investigación (*Normatividad y praxis. El debate actual después de Wittgenstein*, sin el cual no hubiera tenido la beca FPU, y *Pensamiento Español e Iberoamericano*, que me ha permitido participar en numerosos congresos y publicaciones). Agradezco a mi departamento de Filosofía Teórica y también al departamento de Historia de la Filosofía, Estética y Teoría del Conocimiento el apoyo prestado.

Gracias a todos mis amigos y amigas: a Raquel, por apoyarme siempre, a Clara y Jos porque me han aportado la alegría cuando más la necesitaba, a *Vanguardia*, por todas las tardes de descanso y risas que me ha proporcionado, a todos los componentes de *Zambra Carabanchel*, porque después de la filosofía mi segunda gran pasión es la danza, a Isabel por su enorme ayuda y a Cati y Antonio por su cariño constante.

Gracias a los diferentes profesores y profesoras que se han cruzado en mi camino y que siempre me han ayudado (Ángeles J. Perona, Antonio Rivera, María José Callejo), al Profesor Mario Telò y al Instituto de Estudios Europeos de Bruselas por su acogida en la institución durante la estancia de investigación que realicé en 2015, que resultó ser de gran provecho teórico. No puedo dejar de mencionar la amabilidad con la que me trataron Martti Koskeniemi – con quien me entrevisté en un congreso en Utrecht – así como Benno Teschke – a quien conocí en dicho congreso –, y la simpatía con la que respondieron a mis preguntas acerca de sus teorías.

La docencia ha sido una de las experiencias más maravillosas que he podido aprovechar gracias a la beca FPU, ese enriquecimiento teórico y personal no hubiera sido posible sin las alumnas y alumnos que he tenido durante estos dos años en los prácticos de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea, Metafísica y Ontología.

Por último, y muy especialmente, esta tesis no habría sido posible sin el apoyo incondicional de Antonio Sánchez Domínguez, al que tengo que estar eternamente agradecida por su infinita paciencia, por deslumbrarme con su habilidad filosófica, por aportar ideas para esta tesis y por todo el apoyo, amor y felicidad que me viene regalando durante casi una década. Sin él, no tendríamos esta tesis en las manos.

INTRODUCCIÓN

1. CONSIDERACIONES TEÓRICAS: JUSTIFICACIÓN Y ACLARACIÓN SOBRE EL TÍTULO

No hay paz segura si es muy desigual [...] Si la paz no fuere honesta y conveniente a ambas las partes, será contrato claudicante. El que más procura aventajalla, la adelgaza más, y quiebra después fácilmente [...] En tales casos, más segura es la guerra que una paz sospechosa, porque ésta es paz sin paz.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO¹

- JUSTIFICACIÓN

Esta tesis parte del deseo de confrontar la perspectiva tradicional sobre las nociones filosóficas del Derecho Internacional Clásico – entendido como el *Ius publicum europaeum* que surge en 1648 con la firma de los Tratados de Paz de Westfalia – con una interpretación crítica de las mismas que denunciará el germen totalitario implícito en la filosofía política moderna. Para llevar a cabo esta tarea, hemos considerado necesario explicar, en primer lugar, las nociones clásicas del Derecho Internacional desde la perspectiva de Carl Schmitt (1888-1985) quien, según suele ser estudiado, sentía una profunda nostalgia por esta época del derecho. Pese a la crítica que haremos a la teoría schmittiana, hemos intentado resaltar aquellos puntos en los que el diagnóstico de Schmitt – que tenía que ver con la emergencia y la decadencia de la estatalidad europea como piedra de toque de ese *Ius publicum europeum* – fue precisamente capaz de dar con las claves de la enfermedad a la que sucumbió ese Derecho Internacional Clásico. Tradicionalmente se ha entendido que Schmitt fue un gran defensor del paradigma político de Westfalia, como forma de rechazo frente a la forma “imperio”, especialmente el imperialismo estadounidense del siglo XX, tan pernicioso para la política alemana que tanto justificó Schmitt. Frente a las estructuras imperiales – tanto medievales como contemporáneas – el universo westfaliano representa para Schmitt un paradigma que da cabida a la pluralidad en la sociedad interestatal. Esta configuración hace posible el equilibrio a partir de la existencia de los diferentes soberanos, marca las pautas formales de una guerra que no está envenenada por las pasiones morales o religiosas y que se configura como mero conflicto estratégico o formal. En definitiva, el *Ius publicum europaeum* impedía que un solo estado pudiera

¹ SAAVEDRA FAJARDO, D., *Empresas políticas*, Cátedra, Madrid, 1999, Empresa 98, pp.1011-1013.

hacerse con el dominio y control de todos los demás, es decir, en principio, evitaba el imperialismo.

Hay que entender el afán de Schmitt por salvar un mundo que él ve en disolución, un mundo en el que todavía se conservan unos vínculos, preciados para él, en los que la conexión entre lo terrenal y lo teológico es fundamental para comprender aquello que sea Europa y Occidente. Schmitt es testigo de cómo con el fin del *Ius publicum europaeum* se rompen esos lazos, de cómo la técnica liberal, aquella que pretendía hacernos libres, corta la cadena de trascendencia que vincula al ser humano con la tierra y genera una política internacional desalmada y deslocalizada en la que, además, Europa ya no es el centro desde el que se definen las relaciones internacionales.

Ahora bien, hallar el sentido filosófico del pensamiento implícito en Westfalia, aquel espacio conceptual en el que se supone que nace y se desarrolla el derecho público europeo, advertir sus fallas y señalar su dialéctica, significa problematizar la ambigüedad estructural de un período que ha sido concebido tradicionalmente como adalid de la neutralidad y el equilibrio de las Relaciones Internacionales. Ese ejercicio crítico implica reconocer que ese derecho internacional escondía unas pulsiones imperiales, tanto en la práctica como en la teoría.

En este sentido, la crítica a Schmitt que proponemos, en cuanto crítica a un pensamiento satisfecho con los conceptos de la política westfaliana, se torna necesaria. La pregunta que nos hacemos es la siguiente: ¿qué necesidad hay hoy de repensar el contexto jurídico internacional que surge a partir del siglo XVII, teniendo en cuenta que muchos de sus rasgos ya no sirven para explicar la política internacional actual pero que, de alguna manera, siguen siendo vigentes, siquiera como lenguaje jurídico cotidiano? ¿Por qué el estudio de una realidad conceptual presuntamente ya superada vendría a arrojar luz sobre la conflictiva realidad internacional de nuestros días? ¿Qué hay de irrenunciable, si es que lo hay, en el peculiar tipo de reflexión que se pone en marcha con la firma de aquellos tratados? En un principio no habría por qué justificar la pertinencia del análisis de acontecimientos del pasado, ni siquiera atendiendo a su posible relación con el presente, pues el análisis histórico-filosófico no tiene que responder a razones de utilidad para con el presente. Ahora bien, también considero que cuando el filósofo de la historia bucea en los conceptos del pasado es porque ha advertido una estructura que en cierta medida lo hace, no útil, pero sí pertinente o actual para explicar el resultado de una evolución. Parece ociosa la pregunta, pero ¿es el hoy un producto del ayer? Las inestabilidades del contexto internacional actual ¿son las

réplicas del terremoto que supuso el fin de ese Derecho Internacional Clásico? O, dicho de otra manera, ¿qué deuda tiene el derecho del mañana con el derecho del pasado, los tratados de la víspera con los tratados del mañana?

Esta es la intención y el objetivo de la tesis: mostrar cómo la evolución del Derecho Internacional no es un mero tránsito de un conjunto de leyes o convenciones internacionales a otras, sino la aparición recurrente de motivos políticos que adquieren una forma u otra según el contexto: la necesidad de la violencia, el anhelo de paz, el deseo de comunidad. No quiero decir que los períodos históricos se calquen, pero sí que existen patrones ideológicos o convergencias conceptuales que, si no se repiten, al menos se parecen porque son tendencias: la tendencia al imperio o la tendencia al pluralismo; la tendencia a una guerra abierta o a una simulada; la tendencia a la guerra civil entre iguales o a una paz verdadera entre diferentes. Por esta razón, esta tesis pretende trazar el recorrido del Derecho Internacional Clásico, a partir de sus conceptos definitorios, para captar los cambios y las evoluciones sucedidas.²

El punto de anclaje que he elegido para realizar esta crítica merece una justificación, ya que hay diversas maneras de contestar críticamente a la filosofía del contexto westfaliano. Si me he centrado en Martti Koskenniemi, Benno Teschke, Jacques Derrida y Michel Foucault es por las siguientes razones. Por un lado, tenía la intención de que esta tesis no fuera un mero repaso de las nociones filosóficas de la política internacional propias de la Modernidad, sino que la idea, expresada en el título (*Carl Schmitt y la evolución del Ius publicum europaeum: interpretación y crítica desde las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales*), era dar cuenta de las nuevas corrientes presentes a día de hoy en el ámbito de la filosofía internacional. En concreto, la *Critical Legal Theory*³ y la *Sociología Histórica Internacional* se han preocupado, con especial ahínco, de explicar el porqué de ciertas incoherencias congénitas a la política moderna. Más aún, Martti Koskenniemi y Benno Teschke, a quienes tomamos como representantes de cada una de esas dos corrientes, han dedicado una atención crítica especial al fenómeno de la soberanía moderna y a la interpretación que propuso Carl Schmitt. Por eso considero que estos dos autores ejemplifican, de manera muy concreta, la crítica contemporánea al *Ius publicum europaeum*. Junto con ellos, ha sido fundamental la obra y las referencias al pensamiento de Jacques Derrida y

² Anuncio ya que no concibo la evolución de una forma lineal o progresiva, sino también como un trayecto jalonado de involuciones y repeticiones.

³ No traduciré esta denominación al castellano porque no existe una traducción exacta que sirva de referente.

Michel Foucault, siquiera como melodía de fondo. Ahora bien, el alcance de la crítica contemporánea al paradigma westfaliano no se reduce al espacio que hemos dedicado a esos cuatro autores críticos sino que la huella de lo que, como reza el título de la tesis, he denominado nuevas epistemologías, está presente desde el principio en los comentarios y glosas realizados a Schmitt a través de autores como Jürgen Habermas, Chantal Mouffe, Jean-François Kervégan, José Luis Villacañas, Montserrat Herrero y, muy especialmente, Carlo Galli, Michael Hardt y Toni Negri. Estos autores no tienen un apartado concreto en esta tesis, si bien esta misma tesis no es posible sin el tipo de reflexión que ellos han llevado a cabo estas últimas décadas y que recorre todo este trabajo. Además de a estos autores críticos, dedicamos un capítulo a explicar la teoría desarrollada por Joseph Nye y Robert Keohane, más complacientes con la política internacional contemporánea.

He de apuntar que el análisis de la política westfaliana que se presenta en estas páginas pertenece a la imagen que Carl Schmitt se creó de ella. Tanto la exposición del surgimiento y el desarrollo del *Ius publicum europaeum* (primera sección) como de su decadencia (segunda sección) reflejan la manera que tuvo Schmitt de entender este paradigma conceptual. La tercera sección se encarga de criticar esa imagen del mundo de la mano de los autores críticos mencionados. Por último, la cuarta sección tiene la intención de plantear los retos que plantea una contemporaneidad que deja atrás los conceptos propios de la Modernidad pero que aún guarda las reliquias de ellos.

- ACLARACIÓN SOBRE EL TÍTULO

Dada la extensión y complejidad del propio título (“*Carl Schmitt y la evolución del Ius publicum europaeum: interpretación y crítica desde las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales*”) considero imprescindible explicar los diferentes matices que engloba.

La primera frase del título de la tesis (“*Carl Schmitt y la evolución del Ius publicum europaeum*”) incluye varias referencias: indica que el motivo teórico de esta tesis será el pensamiento internacional de Carl Schmitt, especialmente en lo referente a la significación que el *Ius publicum europaeum* tuvo para el devenir de las Relaciones Internacionales. Hablar de la evolución del *Ius publicum europaeum* implica aceptar su importancia pasada y su superación, esto es, que las coordenadas de la Modernidad se ven hoy en día casi superadas. Analizaré la emergencia y caída de dicho derecho desde la perspectiva de Carl Schmitt. Es importante subrayar que la utilización del sintagma

“*Ius publicum europaeum*” será recurrente a lo largo de toda la tesis y lo aplicaré cada vez que haga referencia a ese Derecho Internacional Clásico surgido en 1648. Hablar de Westfalia implicará referirse a este derecho y, por extensión, a aquello que defiende Carl Schmitt. Las referencias a las relaciones de Schmitt con el nazismo serán mínimas. Aun reconociendo el carácter ideológico de su pensamiento – y tal es la crítica de este trabajo – no vamos a invalidar todo su pensamiento. Denunciaremos sus excesos, pero también intentaremos rescatar aquellos elementos que puedan servir para construir un diagnóstico certero de la política internacional. Esa sería mi respuesta al “¿qué hacemos con Carl Schmitt?” de Kérvegan.⁴

La segunda parte del título (“*interpretación y crítica desde las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales*”) pretende incidir en la *intención* que guía a esta tesis, esto es, en la necesidad de dar a conocer la novedad que aportan determinadas teorías contemporáneas. Hablar de “epistemologías” supone dejar de lado muchas corrientes actuales que tratan de manera muy interesante lo relacionado con la política interestatal pero cuyo análisis es meramente politológico, económico o histórico. Si me he centrado en Koskenniemi, Teschke, Derrida y Foucault a la hora de mostrar una visión contemporánea de lo westfaliano y lo post-westfaliano es porque considero que su potencial filosófico es destacable, incluso pese a que los dos primeros no sean filósofos.

Paralelamente, resulta problemático el estatuto de algo así como una “epistemología de las Relaciones Internacionales”. El “problema del derecho internacional”, tal y como lo denomina García Pascual,⁵ no sólo se refiere a la dificultad que implica el ejercicio de la política interestatal sino a la complejidad de la disciplina de las Relaciones Internacionales que, por sus pretensiones totales, carece de la unidad y cohesión que se pide a toda teoría. Son muchas las materias que se encargan de estudiar las relaciones internacionales (la ciencia política, la historia, la economía, etc.) y esa pluralidad parece síntoma de la falta de un objeto propio de esta disciplina. La mayoría de los libros dedicados a este tema comienza constatando el mismo *factum*: la aporía interna que sufre esta disciplina al constituirse como una pléyade de teorías, a veces complementarias y otras contrapuestas. No hay acuerdo en el ámbito de la teoría

⁴ KERVÉGAN, J.-F., *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2014.

⁵ GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, Trotta, Madrid, 2015, p.17. Así describe Mario Telò esa problemática: “Las dificultades de dar un fundamento objetivo al derecho internacional parecen [...] ciertamente insuperables”. TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne*, Editions de l’Université de Bruxelles, Bruselas, 2013, pp.49-50.

internacional, del mismo modo que parece no haberlo en la práctica de la política internacional. Tal como explica Javier de Lucas, esta situación genera una especie de desasosiego ante el Derecho Internacional, el cual puede llegar a ser visto como un *rara avis*: “incluso peor: una disciplina, más que singular, peligrosa: por fatua, por generar unas expectativas que conducen a la frustración de la confianza en el derecho por parte de los millones de ciudadanos”.⁶

Marie-Claude Smouts sostiene que hay dos problemas que achacan a la disciplina de las Relaciones Internacionales: la incapacidad de previsión de los acontecimientos y la imprecisión del objeto de estudio. En cuanto a la aparente falta de carácter científico que presentan las Relaciones Internacionales, hay que señalar que si se dedicaran a constatar los datos objetivos y cuantitativos de los diferentes estados del mundo, de sus instituciones, etc., estaríamos hablando de una especie de ciencia de la administración internacional. Pero en la medida en que hablamos de derecho, lo que investigamos es la posibilidad de hacer recaer el peso de una norma o una idea en el contexto de lo fáctico, la valiente decisión de conectar el cielo y la tierra. Si en esto, *grosso modo*, consiste el derecho, el derecho internacional implicaría la ambición de lograr esa conexión a nivel mundial. Y por eso considero muy interesante la tesis de García Pascual según la cual la posibilidad o no del cosmopolitismo es la llave maestra que permite discernir y, en cierto modo, clasificar la multiplicidad de corrientes políticas internacionales y darle a este estudio su entidad y objeto particular.⁷ A Raymond Aron también le preocupaba la falta de especificidad teórica y consideraba que no era banal preguntarse “¿qué es una teoría de las Relaciones Internacionales?”.⁸ Creía que para responder a esta cuestión era fundamental investigar cuál es su objeto de estudio propio que le hace distinguirse de otras teorías. El problema para Aron era cómo sostener la particularidad del estudio de las Relaciones Internacionales cuando sus objetos podían ser igualmente estudiados por la sociología o por la ciencia política.⁹ Según él, las teorías internacionales tomarían como punto de partida conceptos generales como “guerra” y “conflicto” y buscarían su concreción en el ámbito específico empírico de la guerra internacional y el conflicto internacional:¹⁰ “He buscado lo que constituía la especificidad de las relaciones

⁶ DE LUCAS, J., *Prólogo a GARCÍA PASCUAL, C., Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional, op.cit.*, p.13.

⁷ GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional, op.cit.* p. 17.

⁸ Cfr., ARON, R., “Qu'est-ce qu'une théorie des Relations Internationales?”, *Revue française de science politique*, 1967, Vol. 17, núm.5, pp. 837-861, p.838.

⁹ Cfr., *Ibid.*, p.845.

¹⁰ *Ibid.*, p.842.

internacionales o interestatales y he creído encontrar este rasgo específico en la legitimidad o legalidad del recurso a la fuerza armada por parte de los actores”.¹¹

Otra cuestión importante es la unión entre teoría y dominación pues, según algunos académicos, la teoría de las Relaciones Internacionales habría sido hasta los años 70 una disciplina eminentemente estadounidense, planteando soluciones norteamericanas a problemas norteamericanos bajo el halo de una intención universalista.¹² Por eso algunos autores, como Mario Telò, prefieren hablar en plural de “teorías de las Relaciones Internacionales”:

La denominación de origen anglosajón, “Relaciones Internacionales” puede parecer reduccionista para la disciplina y constituir un retroceso en relación con la noción de “Sociología de las Relaciones Internacionales”, escogida por R. Aron. Preferimos la denominación “Teorías de las Relaciones Internacionales” para subrayar que la revisión de la denominación aroniana no tiende ni hacia una disciplina únicamente empírica y descriptiva de la política internacional, un catálogo de “hechos”, ni hacia su mera clasificación, sino que aspira a comprender en profundidad los grandes desafíos a los que está confrontada la humanidad, es decir, a estudiar las causas y los efectos hasta desprenderse de las teorías de “middle range”, de nivel intermedio, que se sitúan entre el empirismo y las grandes teorías generales de los siglos XIX y XX (liberalismo, marxismo, etc.) en declive en el marco de la complejidad de la vida internacional.¹³

En línea con este pensamiento, cuando hablo de epistemología de las relaciones internacionales lo que pretendo es tratar la disciplina desde un punto de vista filosófico-conceptual – atendiendo al origen y desarrollo de los conceptos configuradores del panorama internacional, a modo de historia de los conceptos – teniendo en cuenta, valga la redundancia, el aspecto epistemológico, esto es, cómo se conoce o cómo se accede al conocimiento de lo internacional, cómo se han construido los argumentos y conceptos del derecho internacional clásico y cómo conciben la escena internacional las nuevas

¹¹ *Ibid.*, p.843.

¹² Esto se explica, según la teoría de Stanley Hoffmann, tal y como la conciben MacLeod y O’Meara, a partir de “las predisposiciones intelectuales, las circunstancias políticas y las posibilidades que ofrecían las instituciones de enseñanza. Entre las predisposiciones intelectuales, se encuentra una profunda confianza en la idea de que se pueden resolver todos los problemas a través del método científico. En el plano político, había una convergencia entre el deseo de los universitarios fascinados por el poder de ser útiles y las necesidades de los responsables en un momento en el que el país [Estados Unidos] se encontraba en el papel de superpotencia a partir de 1945. En fin, a diferencia de Europa, la educación postsecundaria de masas era ya un hecho consumado, y las universidades e institutos poseían grandes departamentos de ciencia política que podían servir de base para poner en marcha la disciplina de las Relaciones Internacionales”. MACLEOD, A., “Émergence d’un paradigme hégémonique” en MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, CEPES (Centre d’Études des Politiques Étrangères et de Sécurité), Quebec, 2007, pp.19-34, pp.23-24.

¹³ TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne*, op.cit., pp.19-20.

corrientes epistemológicas internacionales. Con ello no niego la necesidad de la transversalidad o el contagio con otras disciplinas como la historia, la ciencia política o la economía. La obsesión por la búsqueda de la especificidad de las Relaciones Internacionales puede llegar a ser vacua. En este sentido aprovecho la comparación que hace Fred Halliday entre las teorías sociales y las naciones:¹⁴ tanto su origen y crecimiento como su delimitación son contingentes y, hasta cierto, punto arbitrarias. Del mismo modo que las fronteras son el producto histórico de batallas perdidas o ganadas, el aislamiento de una teoría internacional respecto de otras teorías sociales debe ser discutible.

2. ESTRUCTURA Y RESUMEN DE LAS PARTES

En los tratados de paz es menester no menos franqueza de ánimo que en la guerra. El que quiso en ellos adelantar mucho su reputación y vencer al enemigo con la pluma como con la espada, dejó centellas en la ceniza para el fuego de mayor guerra.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO¹⁵

La tesis se estructura en cuatro grandes secciones, cada una de las cuales está dividida en varios capítulos y apartados. La primera sección se titula “El universo conceptual westfaliano. Génesis filosófica de los conceptos del *Ius publicum europaeum* a partir de la teoría de Carl Schmitt”. En ella pretendo dar cuenta de cómo entendió Carl Schmitt los conceptos básicos de la política internacional de la Modernidad o del *Ius publicum europaeum* (a través de obras como *El concepto de lo político*, *Teología política* y *El nomos de la tierra*). A la vez, tiene como horizonte desmontar – no ya desde la facticidad histórica, sino desde las categorías y los conceptos definitorios – esta filosofía del consenso que Schmitt y la historiografía clásica han pensado ligada a Westfalia. Es decir, el diagnóstico del sentido de las estructuras políticas de Westfalia va más allá de la gran importancia que tal política tuvo en la historia. Pretende, sobre todo, advertir qué hay detrás del síntoma que presentan esas dinámicas westfalianas, especialmente la ineficacia de la neutralidad que se había convertido en bandera de dicho sistema. Haciendo, en la medida de lo posible, una crítica al pensamiento schmittiano, nuestra

¹⁴ HALLIDAY, F., “Las Relaciones Internacionales y sus debates”, Centro de Investigación para la Paz, CIP-FUHEM, Madrid, 2006, p.7.

¹⁵ SAAVEDRA FAJARDO, D., *Empresas políticas*, op.cit., Empresa 98, p.1010.

intención es delinear el carácter ideológico del panorama westfaliano y mostrar que la aspiración a garantizar la existencia de todos los estados no fue otra cosa que anexionismo, ruptura del equilibrio y, finalmente, hegemonía. Esta primera sección consta de cuatro capítulos:

- El primer capítulo (“Introducción al contexto westfaliano. La falsa estructura pacificadora del *Ius publicum europaeum*”) sirve de preámbulo para comprender las premisas políticas en las que se enmarca el surgimiento del paradigma teórico de Westfalia. Se explica cómo la crisis y caída del Sacro Imperio Romano Germánico y la Reforma Protestante, junto con las terribles consecuencias de la crueldad religiosa vivida en la Guerra de los Treinta Años, fueron los acontecimientos que coadyuvaron al abandono de la política medieval y a la instauración de una Modernidad que, a partir de la firma de los Tratados de la Paz de Westfalia en 1648, se caracterizó por una paz relativa. Subrayamos que se trata de una mitigación del conflicto, jamás de su eliminación, ni del establecimiento de un sistema absolutista a nivel interno o de una hegemonía o imperialismo disimulados a nivel externo. A pesar de ello, el contexto westfaliano adquiere su fama por la supuesta coexistencia entre los estados, los cuales, sin ninguna autoridad política que se sitúe por encima de ellos, gozarían de una convivencia plural.¹⁶ Para entender cómo dicho sistema estaba herido de muerte desde el principio, considero importante analizar el documento mismo de la Paz de Westfalia como escrito fundacional del Derecho Internacional Clásico.¹⁷ Precisamente, al encontrar en él una multitud de referencias teológicas a la soberanía, al territorio y al comercio y una carencia profunda de principios jurídicos se puede advertir que no tiene la intención de construir la paz sobre el derecho, sino sobre la política y, en concreto, sobre una política articulada en torno a la razón de estado y la decisión. A lo largo de la Modernidad es Francia y, posteriormente, Inglaterra quienes se convertirán en los estados hegemónicos, los que ejercerán una política determinante sobre los demás, si bien no abiertamente imperial. Por ello, tras esta introducción, el segundo capítulo tenía que estar orientado necesariamente al estudio del estado como núcleo ontológico fundamental de la política moderna y de las repercusiones que esta disposición tiene para las relaciones interestatales de la época.

¹⁶ “En dicho modelo el sistema-mundo se diversifica en una multiplicidad de Estados soberanos que no reconocen ninguna autoridad superior, con un Derecho internacional orientado a la implantación de reglas mínimas de coexistencia en atención preferente a los intereses políticos nacionales”. MONEREO, J.K., “Soberanía y orden internacional en Carl Schmitt”, estudio preliminar a SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.LXXXVIII.

¹⁷ Cfr., Anexo 1 de esta tesis: “Extracto del Tratado de Paz de Westfalia”.

- El segundo capítulo (“El estado soberano como sujeto de las relaciones internacionales modernas”) se centra en la importancia que Schmitt dio al concepto de “estado” como fundamento articulador del sistema ideológico de la política internacional moderna. Este capítulo consta de cuatro apartados.

El primero (“Excepción y decisión en la teología política schmittiana”) analiza cómo la teoría schmittiana se felicita por la sustitución de los principios religiosos por principios estatales en el contexto teórico de la Modernidad. Las nociones que articulan el pensamiento político de esta época son conceptos teológicos secularizados (tesis de *Teología política*), no fundamentos religiosos, como las causas justas, que hasta ese momento habían sido el motor de las relaciones entre los estados. El soberano logra conectar a través de la decisión el ámbito de lo trascendente con el de lo inmanente, es decir, materializa determinadas ideas políticas en la realidad, las trae al ser gracias a su carácter de mediación y su capacidad decisoria, especialmente en momentos de excepción. Sin embargo, este ejercicio de representación va perdiendo su carácter mítico debido a la filosofía mecanicista propia de la época la cual va creando la conciencia de que el ejercicio político es meramente contingente, hasta que la Ilustración y el liberalismo lo despojen por completo del misterio en nombre de la transparencia, como criticará Schmitt.

El segundo apartado del segundo capítulo (“Teología política internacional: excepción y decisión en las relaciones interestatales”) explora las relaciones que se dan entre el ámbito de la política interior y el de la exterior. Tanto en Hobbes como en Schmitt se ve la necesidad de una paz interna para evitar la guerra civil y de una guerra exterior que canalice la violencia. Pareciera que, dado que el conflicto es inevitable, la mejor opción fuera trasladarlo al exterior para, al menos, gozar de la paz estatal como si la única alternativa consistiera en elegir entre guerra civil o guerra internacional, algo ya presente en Maquiavelo. Hay una dicotomía similar en la defensa que hace Schmitt del *Ius publicum europaeum*: es preferible una guerra mitigada a una guerra destructiva y total. Pero jamás se plantea esbozar las condiciones de posibilidad para una paz estable, duradera y sin conflicto. El conflicto se presenta como baluarte de las relaciones políticas.

Schmitt traslada al ámbito internacional la estructura de la decisión: esta se ejerce rompiendo los tratados, quebrantando así uno de los principios básicos del Derecho Internacional Clásico, el *pacta sunt servanda* (los pactos están para ser cumplidos), pero en nombre de otro principio de ese mismo derecho internacional, el *rebus sic stantibus*,

esto es, si la necesidad lo exige, el estado puede ejercer la decisión que considere oportuna. Siendo la decisión el atributo principal del estado y siendo, en teoría, el *Ius publicum europaeum* un sistema basado en la igualdad de los estados, nos encontramos con lo que Schmitt denomina *pluriverso*, un sistema en el que no hay imperio porque todos los estados tienen el mismo poder de decisión, pero en el que, quizás precisamente por esa primacía de la razón estatal, no hay una disposición hacia una verdadera paz (en el pensamiento schmittiano una paz absoluta está ligada a la idea imperial), sino una estructura plural siempre en tensión y abierta al conflicto. De ahí que la articulación schmittiana de la política en torno a la distinción amigo/enemigo encaje perfectamente con su teoría internacional: existe una primacía del enemigo exterior por ese deseo de mantener la paz y unidad internas. Además, el verdadero ejercicio de decisión es determinar quién sea ese enemigo. La decisión también se ejerce en el contexto westfaliano a través del *ius migrandi*. Éste permite a los estados expulsar a ciudadanos de distinta confesión y a los estados que sí la comparten a acoger a esos refugiados. Por último, este apartado analiza si el paradigma westfaliano está encaminado a un fin, es decir, si presenta un carácter teleológico, concluyendo que es el propio estado el fin al que tiende este sistema.

El tercer apartado (“Razón de estado y emergencia liberal: fin de la *Respublica Christiana* y modificación en las relaciones inmanencia/trascendencia”) analiza la caída de la política medieval. El imperio, forma política de la Edad Media, es infinitud porque es inmediatez, es pura trascendencia. El estado moderno, por el contrario, al surgir como mediación, introduce la limitación, se aleja del imperio y apuesta por el pluriverso. El estado es centralismo, frontera y ausencia de cuerpos intermedios, mientras que los rasgos opuestos eran los que definían la Edad Media. El proceso de secularización que acabó con la *Respublica Christiana* vino de la mano de la epistemología mecanicista y del liberalismo que provocaron la paulatina eliminación del carácter mítico o trascendente de la política. Hobbes ya estableció antecedentes al separar el fuero interno del externo, y el protestantismo, con su retraimiento a la esfera interior, también contribuirá a ello. El *Ius publicum europaeum* de la Modernidad es un producto liberal pero que aún mantiene el esquema teológico que permite mantener el carácter mítico del estado. Pero en el siglo XIX el enorme desarrollo de la técnica borraría cualquier elemento de trascendencia y el liberalismo se convertirá, a ojos de Schmitt, en mera indecisión, es decir, en la ausencia total de política.

El cuarto apartado (“La Revolución Francesa desde una perspectiva internacional: el problema de la deuda pública”) versa sobre el acontecimiento que puso en jaque al sistema westfaliano pero que acabó engullido por la lógica absolutista de la época. Aquí distingo entre un relato mítico de la Revolución Francesa, en el que destaco la aportación ideológica que supuso para la humanidad, y el relato histórico, que critico por los resultados obtenidos, contrarios al propio espíritu de la Revolución. Esta rebelión, que tuvo su origen en la política exterior, en concreto en el problema de la deuda y de la consecución de crédito, surgió como una crítica al absolutismo que ejercía el estado, único centro de decisión. Emergió la necesidad de dar voz a la ciudadanía, de rechazar el absolutismo y de reclamar para la vida política interna la pluralidad de la que se gozaba, en teoría, en el ámbito internacional. La Revolución Francesa acabó siendo absolutista y no republicana, traicionó sus propios principios y se vio absorbida por el Congreso de Viena, la restauración definitiva del sistema westfaliano. Apareció empero una novedad: el sentimiento de la “nación” como culminación de la hipóstasis de la soberanía estatal imbuida por la filosofía del Romanticismo.

- El tercer capítulo de esta primera sección (“El estado en su relación con los otros entes soberanos”) extrapola la importancia del estado soberano al contexto internacional. Dado que el estado es el protagonista de la política moderna y que el sistema internacional lo conforman una pluralidad de estados, lo que está en juego son las relaciones que mantendrán dichos estados en la supuesta situación de igualdad que constituye el punto de partida del *Ius publicum europaeum*. De ahí la importancia de estudiar qué tipo de neutralidad se genera, qué tipo de guerra se lleva a cabo y cómo el equilibrio está garantizado por la existencia de terceros espacios, las colonias, que sirven de contrapunto donde practicar la violencia que quedaba restringida en Europa. Junto a todo esto consideramos qué otras alternativas o proyectos de paz existían en la época, además del westfaliano.

En el primer apartado de este tercer capítulo (“Neutralidad y permanencia del conflicto: la paz mínima y la guerra limitada”) se analizan los distintos sentidos que Schmitt atribuye al concepto de neutralidad. Para él, la neutralidad, entendida como inacción o como falta de decisión, resulta negativa y es el concepto de neutralidad propio del liberalismo. Sin embargo, la neutralidad concebida como la defensa de una determinada posición y la capacidad de decisión correspondiente es considerada por Schmitt muy positivamente. Al fin y al cabo ese es el tipo de neutralidad que se venía dando en Westfalia: la actuación del estado en virtud de sus intereses bajo la apariencia

de formas pacificadas. Consideramos empero, en línea con la tesis que mantuvo el filósofo español Saavedra Fajardo en la Modernidad,¹⁸ que una neutralidad estatal basada en una fuerte decisión política, impulsada por el deseo de satisfacer los intereses propios, no puede ser considerada una auténtica neutralidad.

El segundo apartado del capítulo (“*Guerras en forma: la distinción amigo/enemigo como garantía de la limitación del conflicto*”) analiza las consecuencias de la transformación de los enfrentamientos bélicos en la Modernidad. En el contexto westfaliano desaparecen las causas justas, la moralidad y la religión como guías de la política internacional. La distinción amigo/enemigo es garantía de que el enemigo no sea discriminado o considerado como criminal. Por el contrario, concebir al adversario como enemigo supone reconocer su *status* como combatiente de otro estado y, por tanto, el respeto y la sujeción a las normas del *Ius publicum europaeum*. La problemática que se advierte es que las normas a las que las guerras modernas deberían atenerse son escasas. El aparato jurídico del *Ius publicum europaeum* es casi inexistente, se reduce a ciertas consideraciones de carácter muy general acerca de la no intromisión en asuntos de otros estados. Se echan en falta mecanismos jurídicos que sirvan de contrapeso para moderar los instintos de las potencias y que impulsen al mismo tiempo la consecución de una paz estable.

Por otro lado, ese Derecho Internacional Clásico únicamente funcionaba en el continente europeo y no se aplicaba ni en el mar ni en las colonias. Esta situación permite a Schmitt hablar de la diferencia entre la guerra terrestre (conflicto público entre estados sujeto a la ley) y la guerra marítima (batalla entre contendientes privados únicamente sujeta a la jurisdicción de presas, una legalidad diferente al *Ius publicum europaeum*). Y también saca a la luz el sentido que adquiere ahora la neutralidad una vez que se ha establecido que existen lugares en el globo donde no rige la ley y que permiten que en Europa exista dicha neutralidad, aunque sea de manera relativa, ya que es en aquellos espacios periféricos donde la violencia halla un lugar donde puede ser ejercida sin impedimentos. Sólo gracias a la consideración de las colonias como lugares carentes de ley donde los estados europeos podían actuar como si fuera el estado de naturaleza, fue posible la existencia de la neutralidad en el continente.

El tercer apartado (“Equilibrio y coexistencia a través de la ordenación del espacio: la filosofía mecanicista como base para desarrollar una geografía filosófica”)

¹⁸ Cfr., SAAVEDRA FAJARDO, D., *Rariora et Minora*, Tres Fronteras, Murcia, 2008.

se encarga de estudiar el espacio como condición de posibilidad de la política moderna, siguiendo la tesis del filósofo Carlo Galli. La epistemología propia de la Modernidad produjo un concepto de espacio geométrico desprovisto de misticismo o trascendentalidad. El mecanicismo convirtió todo en medible. Esto coadyuvó a que el espacio internacional se dividiera en líneas (en “rayas” en la época de los primeros descubrimientos y en “líneas de amistad” a partir del siglo XVII) que separaban el espacio geográfico y configuraban a la vez diferentes políticas. El espacio aparece como estructura determinante de lo político y garantía del equilibrio propio del sistema westfaliano: la separación interior/exterior, que a la vez se desdobra en tierra/mar/colonias, establece los ámbitos donde rige y no rige la aplicación de ese Derecho Clásico Internacional. Esa división tripartita en tierra, mar y colonias generó distintas maneras de entender la aplicación del derecho. El *Ius publicum europaeum* únicamente funcionaba en el continente. En las colonias no se daba ninguna aplicación del derecho. Esta división no sólo es geográfica, sino especialmente política y muestra la imbricación entre el espacio y la decisión. De este modo, la geografía se convirtió en criterio de aplicación del derecho y el derecho, a su vez, creó diferentes espacios políticos. Los títulos jurídicos, el descubrimiento de América a partir del siglo XV y la ocupación a partir del siglo XIX, forman parte de esta discusión schmittiana acerca del espacio. Esto permitirá a Schmitt enfrentarse dialécticamente con dos adversarios teóricos: Francisco de Vitoria cuyo discurso, según Schmitt, adolecerá de sentido teológico, no decisionista y ahistórico, y el positivismo que ignorará la concreción del espacio y la tierra y se aislará en la abstracción de la ley positiva. Es la noción de *nomos* la que articula este pensamiento de lo concreto que encontramos en Schmitt. *Nomos* expresa la generación del derecho a partir de la concreción de la tierra, el surgimiento del orden político en unas circunstancias históricas y geográficas concretas. Es la expresión del tipo de derecho que se genera en cada periodo histórico.

En el cuarto apartado (“La paz mundial y el gobierno cosmopolita kantiano como ideal de la razón”) exploro la actitud negativa que Schmitt mantuvo contra el pensamiento pacifista. Según él, este pensamiento conduce a la disolución de la guerra formal porque, al moralizar, pretende imponer una homogeneidad a nivel mundial, a modo imperial, que acabará con el estado y con la distinción interior/exterior. Como contrapunto a esta postura, analizamos el sentido de la teoría pacifista de Kant, quien aun siendo muy consciente del carácter instintivo y violento de los humanos no pudo dejar de buscar una alternativa pacífica para la convivencia internacional. La paz

perpetua surge como necesidad *a priori* y, además, como idea trascendental, esto es, irrealizable en el ámbito empírico, pero postulable como máxima y guía de la acción política. Para encaminar dicha acción hacia el ideal, el proyecto cosmopolita debe estar anclado en dos principios muy contrarios a los que postula la teoría schmittiana: el republicanismo y la primacía del derecho sobre la política. Sólo así será posible un acercamiento al ideal de la paz y sólo así este proyecto de paz, pese a ser universal, jamás será imperial.

La segunda sección de la tesis, titulada “Destrucción del universo westfaliano y despliegue de la razón imperial”, tiene como objetivos mostrar cómo los esquemas conceptuales de la Modernidad entran en decadencia. Se estudiará, desde la perspectiva del pensamiento de Carl Schmitt, cómo se produce el ocaso del *Ius publicum europaeum* a través de la disolución de sus conceptos a finales del siglo XIX: la transformación del sentido de la guerra, la emergencia de la nación y el fin del equilibrio con la emergencia del imperialismo. Esta sección contiene tres capítulos (el cuarto, quinto y sexto de la tesis).

- El cuarto capítulo (“El fin del *Ius publicum europaeum* a la luz de la teoría schmittiana. El concepto de “nación” y la emergencia del imperio: otra vuelta de tuerca a la soberanía”) pretende advertir de cómo el proyecto de la Revolución Francesa, en su pretensión de universalidad, acabó convirtiendo el concepto de estado soberano en una realidad también universal, esto es, en el concepto de nación con ambiciones imperiales. Con ello se produce una vuelta a una noción absoluta de guerra y a unas relaciones interestatales marcadas por la tensión entre soberanías que reivindican sus derechos imperiales. Este capítulo también pretende dar cuenta de las implicaciones que tuvo en el ámbito de las relaciones internacionales la aparición del imperialismo, en concreto, el papel emergente de Estados Unidos, que coincidirá, y no por casualidad, con el declive europeo. La mentalidad política estadounidense, anclada en la defensa de los ideales de la libertad y la democracia, se opone a la noción clásica de política internacional europea basada en el equilibrio y el sistema de pesos y contrapesos, de alianzas y relaciones de amistad y enemistad según los intereses estatales. Frente a esta supuesta ideología de la contención, la política estadounidense se posiciona en defensa de unos ideales y principios que retomarán el esquema medieval de la defensa de las causas justas.

- El quinto capítulo (“El fin de la guerra clásica y el inicio de la identificación guerra/crimen”) relata la decadencia del modelo westfaliano a partir de la explicación

que el propio Carl Schmitt da de la disolución de las dicotomías que hasta ese momento conformaban el perfil del conflicto bélico clásico (amigo/enemigo, interior/exterior, tierra/mar, amigo/enemigo, etc.). Se muestra cómo el paradigma de la guerra acotada y limitada propio de la modernidad llega a su fin de la mano de la criminalización del adversario, que ya no es el enemigo reconocido de los conflictos clásicos, e incluso de la criminalización de la propia guerra. Cabe destacar la novedad que supone la aparición de la aviación, una nueva realidad armamentística que incidirá en la consideración del enemigo como criminal y que contribuirá a hacer de la guerra contemporánea una guerra total.¹⁹ Para Schmitt, la Sociedad de Naciones y Estados Unidos serán los que ejecuten el programa universalista y anti-moderno de imposición de valores pacifistas y los que contribuirán a la expansión del imperialismo.

- El sexto capítulo (“El Acta del Congo como acta de defunción de la centralidad europea”) señala la importancia de la Conferencia del Congo (1885) como última fase del protagonismo internacional europeo. En ella se establecen las bases para la última “ocupación” del suelo africano, el título jurídico propio de finales del siglo XIX, y se reconocerá al Congo, propiedad privada del rey Leopoldo de Bélgica, como estado. Schmitt denunciará que la atribución de la estatalidad a territorios situados fuera de Europa rompe la ecuación básica de la modernidad según la cual el estado, el derecho público y Europa forman parte del mismo concepto. A ojos de Schmitt, en la medida en que la Conferencia del Congo seguía repartiendo el territorio colonial entre las potencias europeas, mantenía vigente un principio esencial de la política internacional moderna, pero, al mismo tiempo, reconocer como estados a entidades no europeas significaba destruir lo que tenía de propio y de europeo el *Ius publicum europaeum*.

La tercera sección, titulada “Interpretación y crítica de la filosofía internacional schmittiana. Nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales”, tiene la intención de mostrar, a través de tres capítulos (el séptimo, octavo y noveno de esta tesis), cómo tres corrientes contemporáneas han estudiado la política internacional westfaliana y la teoría schmittiana desde una perspectiva crítica. Con el surgimiento de las corrientes críticas de las Relaciones Internacionales, sobre todo a partir de los años 70, se ponen en cuestión los conceptos clave del Derecho Internacional, especialmente el de soberanía como institución sin fisuras ni contradicciones y se subraya el carácter ideológico del derecho. Esto se estudiará a través del análisis de la *Critical Legal*

¹⁹ Cfr., SCHMITT, C., “The Turn to the Discriminating Concept of War” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War*, Polity Press, Cambridge, 2011, pp.30-74, p.31.

Theory de la mano de uno de los teóricos que se ha visto influenciado por esta corriente, Martti Koskenniemi (1953); de la *Critical Historical Sociology* a través de Benno Teschke (1967)²⁰ y del pensamiento posmoderno de Jacques Derrida (1930-2004) y Michel Foucault (1926-1984).

- El capítulo séptimo (“La influencia de Derrida en la *Critical Legal Theory* y la crítica a la teoría schmittiana”) consta de tres apartados. El primero (“*Critical Legal Theory* y Jacques Derrida: afinidades y distancias acerca de la idea de derecho”) está dedicado a explicar los principios teóricos de la *Critical Legal Theory*, especialmente su denuncia del carácter político de la ley, esto es, el cariz ideológico del derecho, y también la indeterminación e incoherencia del propio lenguaje jurídico, que estaría construido sobre términos contradictorios. La influencia de Derrida en la corriente es manifiesta, no sólo porque esa teoría crítica insiste en la semilla totalitaria y dominante que, según Derrida, porta el propio lenguaje jurídico, sino porque comparte el análisis de las consecuencias teóricas de la distinción derecho/justicia que introduce Derrida. Según él, la justicia es inalcanzable²¹ mientras que el derecho sería el instrumento alcanzable, manejable y deconstruible a través del cual se intenta rozar la justicia. Esto plantea la imposibilidad de la realización completa de los ideales políticos en este mundo y la insuficiencia y, a la vez, la necesidad del derecho como herramienta falible e imperfecta para intentar alcanzar dichos ideales.

En el segundo apartado (“Martti Koskenniemi y el análisis crítico de los argumentos jurídicos: un estudio del contexto westfaliano”) sondeo el pensamiento de Koskenniemi, uno de los grandes desmitificadores contemporáneos de las Relaciones Internacionales y, en este sentido, herramienta fundamental para desmontar Westfalia.

²⁰ Podría haber escogido a Duncan Kennedy o David Kennedy para hablar de la *Critical Legal Theory*, o a Ellen Meiksins Wood para discutir la *Critical Historical Sociology*. Pero para este estudio concreto carecería de interés referirnos a ellos solo por el mero hecho de ser los principales portavoces o, incluso, fundadores de dichas corrientes. No por ello dejaremos de introducir brevemente los presupuestos principales de dichas teorías para poder enmarcar argumentalmente las posiciones de Koskenniemi y de Teschke: su rechazo al realismo, al positivismo y a la teoría de Carl Schmitt. No es la intención del texto caer en sinécdoque y tomar la parte por el todo. Si me centro en Koskenniemi y en Teschke es porque pretendo ilustrar dos modos de pensamiento que tienen mucho que decir acerca de cómo se han concebido tradicionalmente las Relaciones Internacionales y qué horizontes de interpretación alternativos ofrece la contemporaneidad, todo ello sin menoscabo de reducir dichas teorías a lo que estos determinados teóricos han afirmado en el marco de sus respectivas corrientes.

²¹ Para Derrida la justicia “no es remota temporalmente, sino espacialmente”. HOFFMANN, F. “Deadlines: Derrida and Critical Legal Scholarship” en GOODRICH, P., HOFFMANN, F., ROSENFELD, H. y VISMANN, C. (ed.), *Derrida and Legal Philosophy*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2008, pp.183-200, p.194.

Aunque él mismo reconoce que su obra no es filosófica,²² su afán “estructuralista y deconstructivo”,²³ su labor de desmontaje del argumento jurídico internacional, así como su tarea de vislumbrar las dinámicas contradictorias inherentes al liberalismo y a la ausencia de neutralidad en la ideología del apologismo estatal, sirven bien para diseccionar el dispositivo filosófico de Westfalia. La tesis de Koskenniemi es que los argumentos en torno a los cuales se construye el discurso jurídico moderno adolecen de una parcialidad intrínseca, un doble movimiento que resulta contradictorio y, además, inevitable: su tendencia al apologismo y al utopismo. Esta combinación consiste en que el derecho pretende sancionar los principios de la política moderna tanto en base a la facticidad de la actuación estatal, de las conquistas, del equilibrio, etc. (apologismo), como a partir de una determinada normatividad, en base a unos principios (utopismo). Por ejemplo, el equilibrio interestatal puede quedar justificado o por la necesidad de un sistema de pesos y contrapesos que permita el libre desenvolvimiento de los estados, o, si este nivel de justificación resulta demasiado empírico, entonces se recurre al principio de igualdad, de equilibrio y de no injerencia para justificar dicha facticidad. Ocurre además que el apologismo acaba convirtiéndose en utopismo (pues la insistencia o la importancia excesiva que se da a lo fáctico acaban convirtiendo dicha empiricidad en algo trascendente) y el utopismo se transforma en apologismo (ya que los principios normativos necesitan encarnarse en manifestaciones políticas concretas, por ejemplo, la idea de justicia necesita verse personificada o representada en la figura del soberano).

En el tercer apartado (“La denuncia de Koskenniemi: ni apologismo schmittiano ni utopismo universalista”) me centraré en analizar cómo Koskenniemi concibió la teoría de Carl Schmitt, ya que para Koskenniemi fue un claro ejemplo de la contradicción en la que se veía inmerso el discurso jurídico. El movimiento argumental de Schmitt sería el siguiente: con su decisionismo y la primacía que da a la política sobre el derecho, mitificaría la figura del estado (apologismo) hasta tal punto que acabaría convirtiéndolo en un ideal normativo (utopismo). Koskenniemi denuncia el carácter absolutista que implica un apologismo estatal como el que implicaría el pensamiento de Schmitt.

²² “*From Apology* está escrita por alguien con una carrera como intérprete y crítico. Creo que es obvio que las dos carreras son inextricables y se han apoyado mutuamente (...) Es, como señala Christoph Moellers, un libro de un jurista, escrito para juristas, no un manual de filósofos o sociólogos sobre asuntos internacionales interesantes”. Cfr., KOSKENNIEMI, M., “A Response”, *German Law Journal*, Vol.07, No. 12, pp. 1107.

²³ *Ibid.*, p.1103.

- El octavo capítulo (“Sociología Histórica Internacional: la necesidad del conocimiento socio-histórico para una teoría de las Relaciones Internacionales”) presenta la corriente de la *Critical Historical Sociology* de la mano de uno de sus pensadores, el sociólogo alemán Benno Teschke. Como se verá en el primer apartado (“La crítica a la política moderna schmittiana de la Sociología Histórica Internacional”), esta corriente hace un llamamiento a la introducción del historicismo en el estudio de las Relaciones Internacionales. Los discursos realistas dejan de lado el estudio de la evolución y el origen de determinados acontecimientos y los convierten en eventos fijos sin atender a los elementos que han coadyuvado a su aparición. La *Critical Historical Sociology* pretende combatir el *cronofetichismo* (la conversión de eventos internacionales, como 1648, en fechas fijas sin atención a sus orígenes pasados y a sus modificaciones futuras) y el *tempocentrismo* (la aplicación de los esquemas políticos de determinados períodos históricos, como 1648, a cualquier otra época histórica independientemente de que se trate de contextos diferentes) ligados a todo discurso histórico y, en concreto, en el caso de Benno Teschke, al del contexto westfaliano. En el segundo apartado (“Benno Teschke y la Sociología Histórica Internacional: explicación del contexto westfaliano”) se analizará cómo este reclamo de la historia permite a Teschke aplicar los principios de la *Critical Historical Sociology* al estudio de la realidad internacional moderna. Su tesis fuerte consiste en señalar que el estado westfaliano no puede ser identificado ni con el estado moderno (que no surgiría hasta el siglo XIX), ni con una territorialidad definida, ni con el capitalismo. Se estudiará, además, el énfasis que pone Teschke en la importancia del aspecto económico para definir el marco westfaliano, incluida la discusión sobre el papel determinante o no del capitalismo para las relaciones internacionales. En el tercer apartado (“Benno Teschke y la crítica a Carl Schmitt”) analizaré la recepción del pensamiento de Schmitt en este sociólogo contemporáneo y los fundamentos en los que basa su crítica, especialmente, el rechazo a la falta de análisis sociológico de la que adolece el pensamiento internacional schmittiano.

El cuarto apartado de este capítulo (“Confluencia de dos críticas: la crítica de Koskenniemi y Teschke a la falta de análisis concreto en Schmitt”) muestra cómo las críticas de Koskenniemi y de Teschke, pese a que parten de diferentes fundamentos teóricos, confluyen en su crítica a la visión que Schmitt plantea acerca del contexto internacional de la Modernidad. Esta crítica compartida se construye a partir de dos ejes: la denuncia del sesgo absolutista que, a ojos de estos autores, presenta la teoría de

Schmitt y el rechazo a la carencia de análisis concreto de la Modernidad del pensamiento schmittiano, que resultaría contrario a los propios postulados de Schmitt, tan centrados siempre en el modo concreto de estudiar la realidad política.

- En el noveno capítulo (“Derrida y Foucault: disecciones posmodernas del poder soberano”) presento una visión posmoderna de las Relaciones Internacionales, crítica con la noción de soberanía y con sus implicaciones absolutistas. Me centraré en los textos en los que estos autores hacen referencia a las Relaciones Internacionales como *La bestia y el soberano* y *Políticas de la Amistad* en el caso de Derrida y *Seguridad, Territorio y Población* y *Hay que defender la sociedad* de Foucault. En ellos se ve un acercamiento poco complaciente con la soberanía y beligerante con sus impulsos absolutistas. Esta manera de entender lo internacional permite superar los límites de lo políticamente correcto instaurados en los relatos acerca del mito estatal moderno y subrayar la lógica de la diferencia y de la pluralidad escondida en los discursos unitarios y cerrados acerca de la soberanía. Considero que sus teorías facilitan, como muy pocas, la denuncia del absolutismo soberano y actúan como alarma ante conceptos aceptados de manera pacífica.²⁴

En el apartado dedicado al pensamiento de Foucault (“Michel Foucault y el estado soberano”) destaco la importancia para el estudio internacional de su diferenciación entre saberes totalitarios y saberes sometidos. Estos últimos denuncian los mecanismos de dominación existentes bajo las relaciones de poder que fluyen del soberano a los sujetos y que se manifiestan subterráneamente. Frente a la concepción clásica de la guerra como ejercicio del soberano, Foucault y los saberes críticos o sometidos entienden que la guerra es previa a cualquier institucionalización y está siempre presente, también por supuesto en el contexto de Westfalia.

En el apartado correspondiente a Derrida (“Derrida y la animalidad soberana: la imperiosa necesidad de tener enemigos”), muy en línea con las tesis de Foucault, analizo cómo el estado se sitúa entre la bestia y el soberano, siendo lo uno y lo otro: cuando aplica la decisión en la excepción no actúa legalmente, se sitúa fuera de la legalidad, es una bestia aplicando su fuerza y, al mismo tiempo, este soberano es el

²⁴ Escribir críticamente equivaldría a reconocer abiertamente la existencia de un conflicto y a tomar una posición respecto a dicha contienda: “Por su propia radicalidad, la labor de mostrar la guerra bajo la red de nuestras significaciones convierte a los textos en los que se expresa en actos estratégicos, que sólo pueden ser comprendidos en el seno de la batalla que descubren. Los escritos foucaultianos se presentan como instrumentos bélicos, cuya utilidad en el combate no viene dada por su valor de verdad sino por la naturaleza y la intensidad de los efectos políticos que cabe esperar de ellos”. LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política” en SÁNCHEZ DURÁ, N. (ed.), *La guerra*, Pre-Textos, Valencia, 2006, pp.161-183, p.162.

único capaz de instituir la ley. Y si la contemporaneidad ha perdido los atributos de la política clásica es porque uno de los rasgos de ese estado soberano era la capacidad para definir al enemigo y esto ya no es viable. No hay ya enemigos reconocibles y definibles, no tienen presencia estatal. La enemistad es difusa, total y carece de concreción y esto acarrea riesgos para la política.

La cuarta sección de la tesis (“Miradas a un escenario global presente y futuro. Argumentos schmittianos para un panorama presuntamente post-schmittiano”) se plantea como una apertura teórica hacia el futuro con el fin de responder a las preguntas: ¿qué nos cabe esperar en las Relaciones Internacionales? ¿Qué panorama se configura una vez que se derrumban los principios en los que se asentaba una institución tan duradera y estable, pese a sus fallas e incoherencias, como el Derecho Internacional Clásico? ¿Qué hemos perdido por el camino y qué se mantiene aún del *Ius publicum europaeum*? Responderé a estas cuestiones desde la propia teoría de Schmitt y también de la mano de otros autores contemporáneos. Esta sección consta de cuatro capítulos (el décimo, undécimo, duodécimo y decimotercero de la tesis):

- El capítulo décimo (“Del partisano al terrorista yihadista: diferencias y similitudes”) consta de dos apartados. En el primero, titulado “El partisano como figura representativa de la transición del *Ius publicum europaeum* al Derecho Internacional contemporáneo”, indago un tema muy querido por Schmitt: la evolución del guerrillero surgido en el siglo XIX. El partisano presenta cuatro rasgos: carácter irregular, movilidad, carácter político y arraigo telúrico. Es especialmente en lo relativo a estos dos últimos rasgos que se puede hablar del partisano, como hace Schmitt, como del último centinela del *Ius publicum europaeum*. Su carácter paradójico reside en que, constituyendo la última manifestación del contexto westfaliano, muestra a su vez la apertura hacia una nueva era de la política internacional. La figura del guerrillero o partisano clásico inaugura la transición del Derecho Internacional Clásico a un nuevo contexto internacional. Inicialmente se presenta como una figura ligada a la tierra, pero posteriormente, en el siglo XX, según Carl Schmitt, con el cambio en la estructura de la guerra, la expansión del comunismo y el avance de la técnica, sufrirá una transformación: abrazará causas universales y desvirtuará su sentido original. Esta transición de la limitación a la ilimitación advertida por Schmitt en el tránsito de los partisanos originarios a los partisanos defensores de ideologías universalistas dará pie para comentar en el siguiente apartado la relación entre el partisanismo y el terrorismo yihadista contemporáneo. El partisano adquiere un carácter global y universal y rompe

con la contención que le era propia. Es un tema de discusión académica discernir hasta qué punto el terrorista global de la contemporaneidad, en concreto el terrorista yihadista, puede ser concebido como la última transformación o evolución del partisano. Dada la actualidad del objeto de estudio resulta complejo tomar perspectiva histórica y son muchos los argumentos tanto a favor como en contra de la consideración del terrorista como partisano.

De explicar los términos en los que se mantiene esta discusión se encarga el segundo apartado (“De cómo el partisano se transformó en terrorista global”), una reflexión acerca de las semejanzas y diferencias entre el partisano descrito por Schmitt y el terrorista yihadista contemporáneo. Los rasgos clásicos que definían al partisano, de acuerdo con la teoría de Schmitt, parecen adaptarse bien a la figura del terrorista yihadista, pero con matices. La distinción amigo/enemigo propia del partisano originario queda desvirtuada en el yihadista, para quien su adversario no es tanto un enemigo al que otorgar reconocimiento, como un ser que hay que aniquilar con desprecio. Por otro lado, el carácter global que adquiere la política internacional hace que el yihadista, pese a estar ligado a un determinado ámbito geográfico, tenga aspiraciones universales.

- El undécimo capítulo (“La apuesta schmittiana: la teoría de los grandes espacios”) explica la propuesta que propone Schmitt para la contemporaneidad, una vez que es consciente de que el esquema del estado soberano moderno ha dejado de funcionar y de que el *Ius publicum europaeum* ha llegado a su fin. En el primer apartado (“Aproximación a la teoría de los grandes espacios”) explico cómo esta doctrina pretende demostrar que la conformación de grupos regionales puede ser una respuesta plural y multilateral a los problemas que plantea el siglo XX y a las políticas imperiales de Estados Unidos. El problema que plantea esta teoría es que esos grandes espacios estarían unidos por un denominador común cultural o civilizatorio que no termina de quedar claro en qué consiste. Además, estarían gobernados cada uno por un Reich. Hasta qué punto esos grandes espacios no reproducen el mismo esquema pseudo-imperial de Westfalia es un tema que se discutirá. En el segundo apartado (“Grandes espacios y siglo XXI. Reinterpretaciones de la teoría schmittiana”) me planteo cómo podría adaptarse la teoría schmittiana al contexto internacional actual y critico, especialmente, la interpretación que ha hecho de esta teoría uno de los pensadores más influyentes del panorama político ruso, Alexander Dugin.

- El capítulo duodécimo (“Aproximación a la teoría del dron. La desaparición definitiva del combate clásico y un nuevo tipo de guerra asimétrica”) presenta la transformación que sufre la guerra en el siglo XXI con la aparición de un nuevo tipo de arma, el dron, que no sólo cambia la noción de soldado, sino que altera incluso el propio concepto de “guerra”. La aparición del elemento aéreo transformó las coordenadas epistémicas de la guerra debido a la introducción de la verticalidad y la distancia entre el arma y el objetivo. El dron, habiendo heredado las características de la aviación, introduce la novedad de la separación del soldado respecto a su arma y manifiesta los cambios que produce la incorporación de lo virtual al ámbito bélico. El concepto que está en juego, entre otros, es el de enemigo. Pareciera haber una relación entre la experiencia directa y vívida del enemigo y una mayor limitación de la violencia o un ejercicio más noble de la guerra. Dado que aquellos contra quienes van dirigidos los misiles que lanza el dron no son miembros de un ejército enemigo, sino que son considerados terroristas, es difícil hablar de “guerra” en un sentido clásico. Una vez que el enemigo es criminalizado a partir del siglo XX, y una vez que en el XXI es considerado terrorista, la acción del dron se publicita como una manera limpia y eficaz de acabar con él. Es difícil discernir si quien acaba con él es propiamente la máquina o el soldado situado a miles de kilómetros. La experiencia que tiene el piloto de drones de su enemigo es virtual, otorgada por la imagen que le ofrecen las pantallas del ordenador. Se trata de soldados que no luchan, que no exponen sus cuerpos a la violencia, lo cual plantea la superación de la concepción tradicional de la guerra. Schmitt no fue testigo de estas innovaciones tecnológicas, si bien ya profetizó que la guerra total del siglo XX, unida a los avances de la técnica, produciría efectos desastrosos para el concepto de guerra.

- El capítulo decimotercero (“Transformación de la soberanía: *soft power* y multilateralismo. Nuevas formas de ejercer la decisión”) expone los diagnósticos que la teoría del *soft power* propuesta por Joseph Nye y la teoría del multilateralismo, que Nye desarrolló junto a Robert Keohane, arrojan sobre el panorama actual. Esta corriente de pensamiento parece querer sancionar positivamente algo que está dado, las organizaciones y acuerdos internacionales, sin cuestionar las pulsiones imperiales que puedan existir bajo esos convenios. Esta cuarta sección presenta, en definitiva, un sistema de estados, como el actual, del que no se puede decir que sea verdaderamente pacificado. Cabe decidir si puede ser calificado de imperial o si sólo lo es de manera encubierta, a la manera westfaliana. Este capítulo consta de dos apartados.

En el primero (“Introducción al concepto de *soft power* de Joseph Nye”) explico los fundamentos básicos de una de las teorías más en boga en las prácticas políticas internacionales de la contemporaneidad, especialmente en el caso de Estados Unidos y China. El *soft power* defiende la aplicación de un poder blando, basado en la persuasión en vez de en la fuerza, en el ciberpoder y en la utilización de la cultura como valor digno de ser imitado por otros estados en pos de la mitigación de la violencia. Repasaremos hasta qué punto esto no supone una adaptación del sistema westfaliano a los intereses estadounidenses.

El segundo apartado (“El multilateralismo contemporáneo: Joseph Nye y Robert Keohane”) presenta de manera crítica la noción de multilateralismo que Joseph Nye formuló junto a Robert Keohane en el marco del auge de las teorías de la cooperación. Las mismas fallas que se advierten en la teoría del *soft power* se pueden señalar en la teoría del multilateralismo. Estos defensores del multilateralismo sostienen que la paz no es posible, pero sí lo es contener el conflicto. Para ello es importante tejer redes regionales y transnacionales de cooperación. En este sentido, cualquier acuerdo bilateral o multilateral, así como la creación de organismos internacionales, supone una buena noticia ya que implica que la negociación ha servido para contener el conflicto. Éste no desaparece. No existe un estado de armonía en el ámbito internacional. La cooperación presupone el conflicto y la posibilidad de reducirlo. Este consenso logrado a través de la cooperación recuerda a la coexistencia típica de Westfalia, si bien adaptado a las circunstancias contemporáneas: la soberanía se mantiene, al igual que los intereses estatales, si bien el ejercicio hegemónico de cada estado queda simulado en aras de dicha cooperación. Al igual que en Westfalia, no se adivina un verdadero proyecto de republicanismo o de auténtica coexistencia interestatal.

La parte final de la tesis está dedicada a las conclusiones parciales y finales, a las que siguen un primer anexo en el que reproduzco los párrafos del Tratado de la Paz de Westfalia que he considerado más representativos, comentados en la primera sección, y un segundo anexo en el que presento el resumen y las conclusiones traducidas al francés, dado que esta tesis opta a la Mención de Doctorado Europeo. Por último, y para cerrar la tesis, presento la bibliografía.

3. ASPECTOS FORMALES: METODOLOGÍA Y TRADUCCIONES

No creo en esta visión filosófica de la historia...esta filosofía de la historia que atraviesa el Telón de Acero, es más filosofía que historia... La historia es más fuerte que cualquier filosofía de la historia, razón por la cual no considero que la actual dualidad del mundo sea un prerequisite para su unidad, sino más bien una transición hacia una nueva pluralidad.

CARL SCHMITT²⁵

Debido a la amplitud de la obra de Schmitt, tanto a nivel temático como de extensión, he decidido centrar mi estudio, de manera especial, en los textos dedicados a la política internacional: *El nomos de la tierra*, *Teoría del partisano*, *Tierra y mar* o *Glossarium*, entre otros. La mayoría de los estudiosos de Schmitt, entre ellos Carlo Galli o Jean François Kervégan, coinciden en datar los escritos internacionales de Schmitt a partir de 1937.²⁶ No obstante, también utilizaré algunos textos previos, más dedicados a las relaciones jurídico-políticas en el seno del estado,²⁷ como *El concepto de lo político*.

La misma limitación está presente a la hora de tratar autores o corrientes contemporáneas de las Relaciones Internacionales. La elección de los cuatro autores críticos, junto con el resto de autores contemporáneos que aparecen a lo largo de toda la tesis, responde a una cuestión de espacio y coherencia teórica. Soy consciente de que existe una multitud de corrientes (realistas, liberales, neoliberales, institucionalistas, constructivistas, estudios europeos y un largo etcétera) que no he podido desarrollar aquí.

Como esta no es una tesis de historia, sino de filosofía política, el enfoque metodológico que utilizaré no estará centrado en la mera descripción de los acontecimientos ocurridos, sino en el análisis de las premisas y estructuras conceptuales que originaron dichos eventos. Este es uno de los elementos que retengo de la teoría de Koselleck y que acompaña como premisa metodológica a este estudio: la primacía del

²⁵ SCHMITT, C., *Die Einheit der Welt*, SGN, p. 505 *apud* KERVÉGAN, J.F., “Carl Schmitt and “World Unity”, en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, Verso, Londres, 1999, pp.54-74, p.71.

²⁶ Cfr., GALLI, C., *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Il Mulino Saggi, Bolonia, 2010, p.864. Cfr., KERVÉGAN, J.F., “Carl Schmitt and “World Unity”, *op.cit.*, p.55.

²⁷ Para algunos autores ese cambio de dirección hacia asuntos internacionales tuvo motivos políticos: “El derecho constitucional fue la “verdadera patria jurídica” de Carl Schmitt: el lugar que ocupó inicialmente y donde aloja el corazón de su reflexión. Como consecuencia de su pérdida de influencia en el seno del régimen nazi en 1937, opera el famoso giro hacia el derecho internacional. Como subraya Peter Haggemacher, Schmitt “jamás fue tan plenamente internacionalista como constitucionalista” [...] Schmitt analiza el derecho internacional bajo el prisma del estado en tanto que comunidad concreta y no según una ficción de unidad mundial sustancial”. GRANGÉ, N., MOREAU, P.F. y RAMEL, F., Introducción a GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2013, p.9.

análisis conceptual de los fenómenos de la política internacional sobre la descripción concreta histórica de dichos sucesos. Aun así, y como explica Koselleck, la historia conceptual tiene que ir unida a la historia social y, en este sentido, aunque no explique cada uno de los hechos históricos, presupondré su conocimiento. A su vez, la importancia que doy a la evolución de los términos está íntimamente ligada al carácter discursivo y lingüístico que diacrónicamente atraviesa la historia, como se verá especialmente en el apartado dedicado a las corrientes críticas contemporáneas. De esta forma, la guía de trabajo de esta tesis se concibe como una topología, como el estudio del lugar que ocupan los conceptos en cada época y del porqué de su evolución.²⁸

Si en algún momento ejemplifico mis tesis con referencias literarias es porque, una vez más, comparto la teoría de Koselleck acerca de que “ficción e historia no están demarcadas taxativamente sino que pueden entrelazarse conjuntamente para dar una explicación teórica de la realidad”²⁹ y porque no siendo filosóficas han ayudado a desarrollar esta tesis. Es el caso de *Madre Coraje* de Bertolt Brecht o de *La infancia y la juventud de Enrique IV* de Heinrich Mann, obras que me han marcado y conmovido profundamente. Precisamente estas dos obras muestran la importancia que la historia, aunque sea de manera lateral como ya se ha explicado anteriormente, tiene como telón de fondo de esta tesis. Según el propio Schmitt, el origen de la tragedia se halla en la realidad histórica³⁰ y en *Glossarium* llega a afirmar: “*Öffentliches Recht kann nur historisches Recht sein*”, es decir, que el derecho público sólo puede ser derecho histórico.³¹ Por tanto, podemos considerar como premisa que el derecho es el lugar que hospeda al drama de la trágica vida internacional.

TRADUCCIONES

Las principales obras de Schmitt están traducidas al castellano y serán dichas traducciones las que citaré directamente, teniendo presentes las versiones en alemán. En

²⁸ Así explica Koselleck la función de la historia conceptual y de la historia social: “Ambas estudian las estructuras y su transformación así como las reglas lingüísticas mediante las cuales estas estructuras han pasado a formar parte de la conciencia social, han sido concebidas y también modificadas”. KOSELLECK, R., *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid, 2012, p.21.

²⁹ KOSELLECK, R., *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2013, p. 113. Si bien hay que recalcar que las relaciones del pensamiento filosófico a la base de Westfalia con la literatura merecerían un estudio mucho más pormenorizado.

³⁰ Tema desarrollado en SCHMITT, C., *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama*. Pre-textos, Universidad de Murcia, Valencia, 1993, p.5.

³¹ SCHMITT, C., *Glossarium. Aufzeichnungen aus den Jahren 1947 bis 1958*, Duncker & Humblot, Berlín, 1991, p.80, 28.2.1948.

el caso de obras de Schmitt no traducidas (véase el *Glossarium*) haré una traducción personal y transcribiré el original alemán a pie de página. De las citas de obras de Schmitt traducidas únicamente al francés o al inglés realizaré una traducción personal al castellano.

El resto de la bibliografía lo componen obras en inglés, francés y castellano. Todas las traducciones de textos no traducidos al castellano son personales, salvo que se indique lo contrario. Las obras de Koskenniemi, salvo *El discreto civilizador de naciones*, que está disponible en castellano, están escritas en inglés y cuando sean citadas será en forma de traducción personal. Todos los textos utilizados de Benno Teschke están escritos en inglés y como no están traducidos al castellano, las traducciones que aparecen a lo largo de la tesis son personales. En el caso de Foucault utilizaré las versiones castellanas de los textos *Hay que defender la sociedad*, *Seguridad, territorio y población* y *Sobre la Ilustración*, y las versiones francesas de textos como *A quoi rêvent les iraniens?* o *Inutile de se soulever?*, que traduciré yo misma. En cuanto a Derrida, he preferido usar la versión francesa de los dos volúmenes del seminario *La bête et le souverain*, de *Politiques de l'amitié*, de *Le "concept" du 11 septembre* y de *Cosmopolites de tous les pays, encore un effort!*, pese a que existen traducciones en castellano. En esos casos la traducción es personal. El resto de obras de Derrida referidas pertenecen a la versión castellana.

De este modo, todas las traducciones de textos no traducidos al castellano son personales, salvo que se indique lo contrario. Por ejemplo, el tratado de Westfalia, únicamente disponible en inglés, aparecerá como anexo 1 de esta tesis, pero las citas a las que hago referencia en el primer capítulo son traducciones personales al castellano. Por último, dejo constancia de que utilizaré el modo de citación clásico y de que aprovecharé los pies de página para dar cabida a múltiples citas que considero pertinentes pero que si estuvieran colocadas en el cuerpo del texto entorpecerían su lectura.

RESUMEN

*Nota aclaratoria: para dar cuenta de los requisitos formales de la presentación de tesis doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, presento a continuación un resumen de la tesis en castellano seguido del mismo resumen traducido al inglés.

- Título

“Carl Schmitt y la evolución del *Ius publicum europaeum*: interpretación y crítica desde las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales”.

- Introducción

En esta tesis se presentan los conceptos fundamentales que articularon el pensamiento político internacional de la Modernidad a partir del surgimiento del Derecho Internacional Clásico (*Ius publicum europaeum*) en el siglo XVII. Se estudiará la evolución de nociones como soberanía, guerra, paz y equilibrio desde la visión complaciente que Carl Schmitt tuvo de este paradigma político westfaliano, la cual se confrontará con el análisis crítico que han realizado diversos teóricos contemporáneos como Martti Koskenniemi, Benno Teschke, Michel Foucault y Jacques Derrida, entre otros. El objetivo es mostrar la transformación de esas nociones desde la firma de los Tratados de Paz de Westfalia en 1648 hasta su completa disolución en el siglo XX, pasando por sus diferentes etapas de crisis, como la Revolución Francesa o la Conferencia del Congo. Se estudiarán además los nuevos retos que plantea el panorama internacional contemporáneo, como la expansión del terrorismo, las nuevas realidades armamentísticas y los intentos de cooperación y multilateralismo actuales, así como el diagnóstico que Schmitt arrojó sobre ellos. Se intentará dilucidar si queda algún vestigio del *Ius publicum europaeum* en los desafíos que plantea el siglo XXI o si ese paradigma está completamente clausurado.

- Objetivo, objetos e hipótesis

1. Objetivo
2. Objeto material

3. Objeto formal
4. Hipótesis

Ad. 1. El objetivo de esta tesis es desarrollar un análisis y una crítica de las principales nociones que articularon el esquema conceptual del Derecho Internacional Clásico, que Carl Schmitt defendió en sus obras, desde su inicio hasta la actualidad.

Ad. 2. El *objeto material* de esta tesis es el estudio de las nociones que conforman el universo conceptual del Derecho Internacional Clásico, tales como *soberanía*, *guerra* o *paz*, desde la Modernidad a la Contemporaneidad. Con ello no se agotan todas las vertientes que influyen o componen el universo del derecho internacional, como puedan ser las relaciones internacionales privadas, los acuerdos económicos o el conjunto de todos los acontecimientos históricos de relevancia. Dado que incluir todos estos aspectos no resulta viable, me he centrado en los hitos que, de manera estructural, compusieron el armazón del Derecho Internacional Clásico, entendiendo con ello que el pilar principal a partir del cual se pueden entender las demás realidades (como la guerra o las relaciones con otros estados) es el estado soberano. Por esta razón no me detendré a considerar ciertos aspectos que, aun siendo fundamentales como marco del problema a tratar (la dimensión religiosa, económica o histórica que rodea Westfalia), no pueden constituir el estudio central de esta tesis. Como no pueden dejar de ser mencionados, he utilizado ciertas obras solo para reseñar la importancia de dichas problemáticas, si bien el grueso de la bibliografía se centrará en lo que tenga que ver con el estudio filosófico del aspecto internacional del contexto westfaliano y post-westfaliano.

Ad.3. El *objeto formal* es el carácter evolutivo de los fenómenos que acabo de mencionar. No se trata tanto de un análisis histórico, social o económico (si bien es inevitable determinar ciertos factores desde estas perspectivas), sino de estudiar desde un enfoque filosófico-político cómo los conceptos explicados experimentaron una transformación, es decir, cómo el pensamiento dispuso las condiciones de posibilidad para la evolución de nociones como *soberanía*, *guerra*, *equilibrio* o *paz* y cómo dicha evolución no obedeció a una mera casualidad histórica, sino al resultado de modificaciones conceptuales concretas.

Ad.4. Las hipótesis que guían este trabajo están articuladas en torno a las cuatro secciones que estructuran la tesis. Cada sección pretende dar respuesta a una hipótesis.

La *primera hipótesis* sugiere que el paradigma político internacional conformado en el contexto de la Paz de Westfalia, y que se mantuvo hasta finales del siglo XIX, estaba aparentemente construido a nivel ideológico en torno al protagonismo dominante del estado y a unas estructuras conceptuales incoherentes y contradictorias que, si bien lograron el mantenimiento de cierta paz en el continente, albergaban las condiciones de posibilidad para el desarrollo del conflicto y de la guerra, tanto fuera del continente europeo como en su interior. Entiendo que la ausencia de bases conceptuales para una paz verdadera ayudó a crear una ideología encubridora y potenciadora del conflicto bajo la apariencia de la pacificación y que dicha carencia fue la causa efectiva de que en el ámbito práctico no se dieran *de facto* las condiciones para la paz.

La *segunda hipótesis* considera que, siendo el estado el sujeto y el protagonista determinante de las relaciones internacionales modernas, una vez que ese estado es consciente de su carácter nacional, romperá con las limitaciones propias del *Ius publicum europaeum*, lo que provocará que el conflicto, que antes era moderado y limitado, se convierta en total, finalizando con la contención que había caracterizado al sistema westfaliano.

La *tercera hipótesis* tiene que ver con la manera en que las corrientes críticas (la *Critical Legal Theory*, la Sociología Histórica Internacional y la deconstrucción de Foucault y Derrida) han asimilado el pensamiento implícito en el *Ius publicum europaeum*. Sostengo que el hilo que une a los cuatro autores que voy a presentar es el reconocimiento del germen totalitario que porta el concepto de soberanía westfaliana.

La *cuarta hipótesis* hace referencia a las relaciones internacionales contemporáneas y expresa un interrogante común en el ámbito académico de la disciplina: ¿vivimos una etapa en la que el sistema westfaliano todavía tiene alguna influencia en la política internacional? Parece evidente que si el fin del *Ius publicum europaeum* acontece a finales del siglo XIX y principios del XX, nuestro siglo XXI estaría completamente desligado de ese paradigma. Ahora bien, quiero estudiar hasta qué punto siguen vivas ciertas estructuras westfalianas adaptadas a nuestra era – especialmente las referentes a la paz y al multilateralismo simulados –, esto es, si se habla de “post-Westfalia” porque aún queda un vestigio de esa política, o si porque está superado definitivamente.

- Resultados

La respuesta a estas hipótesis queda patente a lo largo del desarrollo de la tesis, que queda articulada en cuatro grandes secciones.

La primera se titula “El universo conceptual westfaliano. Génesis filosófica de los conceptos del *Ius publicum europaeum* a partir de la teoría de Carl Schmitt” y explica cómo entendió Carl Schmitt los conceptos del Derecho Internacional Clásico o *Ius publicum europaeum*. En ella he explicado el componente pseudo-imperial que portaba el aparato teórico del contexto westfaliano, en apariencia basado en la pacificación y en la coexistencia. He mostrado cómo la preeminencia del estado como núcleo de la ontología política de la Modernidad dio como resultado una política internacional asentada en la capacidad de tomar decisiones excepcionales por parte de los estados, algo muy aplaudido por Schmitt, tanto en el interior, ejerciendo su absolutismo, como en el exterior, desplegando actitudes imperialistas.

La segunda lleva como título “Destrucción del universo westfaliano y despliegue de la razón imperial” y muestra la decadencia de los esquemas conceptuales de la Modernidad, la emergencia del concepto de nación y los cambios en la guerra y en la soberanía. El resultado que arroja esta sección consiste en reconocer que el germen absolutista e imperialista inserto en la soberanía moderna no se hizo patente hasta que la Revolución Francesa desplegó el potencial mítico y subjetivo de las fuerzas patrióticas. Eso afectará a la forma de concebir la guerra y el enemigo una vez que el del Concierto europeo instaurado en el Congreso de Viena llegue a su fin y, con él también el *Ius publicum europaeum*. La limitación desaparecerá por completo, las guerras se convertirán en totales y el adversario, antes reconocido como enemigo, se convertirá en criminal. El reconocimiento de la estatalidad del Congo, aunque todavía inserta en el esquema de colonizaciones del *Ius publicum europaeum*, señalaba para Carl Schmitt el final de este sistema porque implicaba reconocer una estatalidad no europea.

La tercera, “Crítica e interpretación de la filosofía internacional schmittiana. Aproximación a las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales”, analiza cómo tres corrientes contemporáneas han estudiado, desde una perspectiva crítica, la política westfaliana y la teoría schmittiana: la *Critical Legal Theory*, la Sociología Histórica Internacional y la deconstrucción de Foucault y Derrida. La primera de ellas ha señalado el carácter ideológico del derecho y la falta de coherencia de sus argumentos. Koskenniemi ha aplicado estas tesis al contexto de la Modernidad y a la

interpretación schmittiana de ese periodo y ha señalado sus respectivas incongruencias. La segunda corriente, representada en esta tesis por la teoría de Benno Teschke, ha insistido en la necesidad de introducir el análisis histórico en el estudio de las Relaciones Internacionales para comprender los orígenes y las causas de los devenires políticos. Por su parte, Foucault y Derrida se han encargado de subrayar los momentos de irracionalidad propios de la estructura soberana.

Y la cuarta, que se titula “Miradas a un escenario global presente y futuro. Argumentos schmittianos para un panorama presuntamente post-schmittiano”, trata los problemas políticos que plantea el futuro respecto a las Relaciones Internacionales. En ella he planteado problemáticas como la transformación del partisano en terrorista, la peculiaridad de la guerra de drones y las posibles soluciones que se han planteado ante el panorama de la crisis del estado: la teoría de los grandes espacios de Schmitt, la teoría del *soft power* de Joseph Nye y la teoría del multilateralismo que Joseph Nye desarrolló con Robert Keohane.

- Conclusiones

- A pesar de su carácter contradictorio, el sistema político westfaliano, tuvo su funcionalidad: como cualquier producto político humano, adoleció de irracionalidades pero, en el fondo, resultó funcional durante, al menos, tres siglos (siglos XVII, XVIII y XIX). En la medida en que generó, aunque fuera a través del simulacro, un clima de contención y limitación, conformó un verdadero freno a la guerra total. En este sentido, la teoría de Carl Schmitt merece un reconocimiento ya que visualizó las ganancias que este sistema otorgó al mundo.
- El concepto de estado es el eje conceptual principal para entender el pensamiento internacional schmittiano, junto con el concepto de *nomos* y de guerra. Junto a ellos, el territorio y el espacio son fundamentales ya que crean las condiciones de posibilidad de la política internacional.
- En el pensamiento internacional de Schmitt la manera en que es concebido el adversario determina el nivel de crueldad de la guerra. En la transición de la guerra religiosa a la moderna hubo un cambio del *inimicus* al *iustus hostis*, que implicó la moderación de la violencia. En el tránsito de la guerra moderna a la contemporánea se observa un paso del enemigo al criminal, de una guerra limitada a una total.

- Existe una falsa dicotomía en Schmitt: conflicto mitigado o violencia total. Pero este enfoque olvida que existe, al menos, una tercera opción, la del republicanismo, la de la creación de estructuras democráticas tanto en el interior como en el exterior.
- Incluso en el paradigma virtual de la política de la globalización, el estado soberano mantiene su influencia y su poder. La gobernanza no ha supuesto, todavía, el fin del estado.

ENGLISH SUMMARY

* Explanatory note: taking into account the formal requirements of the presentation of doctoral theses of the Universidad Complutense de Madrid, I present below a summary of the thesis in English, a translation of the previous summary in Spanish.

- Title

“Carl Schmitt and the evolution of *Ius publicum europaeum*: interpretation and critique from the new epistemologies of International Relations”.

- Introduction

This thesis presents the main concepts that articulate the international political thought of Modernity from the emergence of International Classic Law (*Ius publicum europaeum*) in the 17th century. The evolution of notions such as sovereignty, war, peace and equilibrium will be studied from the complacent vision that Carl Schmitt had of this Westphalian political paradigm, which will be confronted with the critical analysis of contemporary theorists such as Martti Koskenniemi, Benno Teschke, Michel Foucault and Jacques Derrida, among others. The aim is to show the transformation of these notions since the signing of the Westphalian Peace Treaties in 1648 until its complete dissolution in the 20th century, passing by its different stages of crisis, such as the French Revolution or the Congo Conference. The new challenges of the contemporary international scene, such as the expansion of terrorism, the new military realities, and the attempts at cooperation and multilateralism will be also studied as well as the diagnosis that Schmitt made about them. We will try to elucidate if any vestige of *Ius publicum europaeum* remains in the challenges posed by the 21st century or if that paradigm is completely closed down.

- Objective, objects and hypothesis

1. Objective
2. Material object

3. Formal object
4. Hypotheses

Ad. 1. The *objective* of this thesis is to develop an analysis and a critique of the main notions that articulated the conceptual scheme of Classical International Law, which Carl Schmitt defended, from its beginning until now.

Ad. 2. The *material object* of this thesis is the study of the concepts that formed the universe of Classical International Law, such as sovereignty, war or peace, from Modernity to Contemporaneity. Nevertheless, there are many other aspects that exercised their influence, as private international relations, economic agreements or the combination of relevant historical events. As including all these aspects is not viable, the thesis is concentrated on the landmarks that, structurally, composed the frame of International Classical Law, being the sovereign state the main pillar from where the rest of realities (such as war and relations with other states) can be understood. That's why I won't consider some aspects that, while being important for the study (the religious, economic or historical dimensions around Westphalia), can't be the central study of this thesis. As they should be mentioned, I've used some works only to identify the importance of these problems, even if most of the bibliography is focused on the aspects related with the philosophical analysis of the international Westphalian and post-Westphalian context.

Ad.3. The *formal object* is the evolutionary character of the mentioned phenomenon. It's not about making a historical, social or economic analysis (even if it's inevitable to determine some aspects from these perspectives), but about studying, from a philosophical and political approach how the concepts suffered a transformation, that is, how thought prepared the conditions of possibility of the evolution of notions such as sovereignty, war, equilibrium or peace and how this evolution didn't obey to a simple historical coincidence, but to the result of specific conceptual modifications.

Ad.4. The *hypotheses* that guide this work are articulated around the four big sections that structure the thesis. Each section tries to answer one of the hypotheses.

The *first hypothesis* suggests that the international political paradigm created in the context of the Peace of Westphalia suffered from incoherencies and contradictions which, even if they achieved the maintenance of some peace in the European continent, harbored the conditions of possibility of the development of conflict and war, outside Europe and inside it.

The *second hypothesis* considers that, as the state was protagonist of modern international relations, once it became conscious of its national character, it broke the typical limitations of *Ius publicum europaeum*, which provoked an unlimited conflict, ending the contention that had characterized the Westphalian system.

The *third hypothesis* has to do with the way in which some critical doctrines (Critical Legal Theory, International Historical Sociology and Foucault and Derrida's deconstruction) have assimilated the thought of *Ius publicum europaeum*. I want to demonstrate that the thread that unites the four authors studied here is the acknowledgement of the totalitarian roots of Westphalian sovereignty.

The *fourth hypothesis* deals with contemporary international relations and expresses a common question in the academic field of this discipline: does the Westphalian system still have an influence in today's international politics? If the end of *Ius publicum europaeum* took place at the end of the 19th century and at the beginning of the 20th century, the 21st century would seem completely untied from this paradigm. Nevertheless, it will be studied if some Westphalian structures are still alive and adapted to our era – especially the ones referred to the simulated peace and multilateralism –, that is, if we talk about “post-Westphalia” because some trace of this politics still exists or if that paradigm is definitely over.

- Results

The answer to these hypotheses is deployed throughout the development of the thesis, which is articulated in four big sections.

The first one is entitled “The Westphalian conceptual universe. Philosophical genesis of the concepts of *Ius publicum europaeum* from the theory of Carl Schmitt” and it explains how Carl Schmitt understood the basic concepts of modern international politics or *Ius publicum europaeum*. I've explained here the pseudo-imperial component that was carried by the theoretical apparatus of the Westphalian context, in appearance

based on pacification and coexistence. I've showed how the preeminence of the state as core of the political ontology of Modernity gave as a result an international political system settled on the capacity to take exceptional decisions by states, an aspect very applauded by Schmitt, both in the inside, with the exercise of absolutism, and abroad, with the deployment of imperial attitudes.

The second section bears the title "Destruction of the Westphalian universe and display of imperial reason" and shows the decadence of the conceptual schemes of Modernity, the emergence of the concept of nation and changes in war and sovereignty. The result showed by this section is the acknowledgment that the absolutist and imperialist germ inserted in modern sovereignty didn't become patent until the mythical and subjective potential of patriotic forces was deployed by the French Revolution. This will affect the way of conceiving war and the enemy once the European Concert established in the Congress of Vienna came to an end and, along with the *Ius publicum europaeum*. Limitations will completely disappear, wars will become total and the adversary, before recognized as enemy, will transform into criminal. The recognition of Congo's statehood, which was even inserted in the blueprint of the *Ius publicum europaeum* colonization, meant for Carl Schmitt the end of this system because it implied the recognition of a non-European statehood.

The third section, called "Interpretation and critique of Schmittian international philosophy. Approach to new epistemologies of International Relations", notes how three contemporary doctrines have studied, with a critical perspective, Westphalian politics and the Schmittian theory: *Critical Legal Theory*, *International Historical Sociology* and Foucault and Derrida's deconstruction. The first of them has emphasized the ideological character of law as well as the absence of coherence in its arguments. Koskeniemi has applied this thesis to the context of Modernity and to the Schmittian interpretation of that period and has stressed their respective incongruences. The second doctrine, represented in this thesis by Benno Teschke's theory, has insisted on the necessity of introducing a historical analysis on the study of International Relations to understand the origins and causes of political evolutions. For their part, Foucault and Derrida have been in charge of highlighting the moments of irrationality typical of the sovereign structure.

The fourth section, entitled "Glances to a present and future global scene. Schmittian arguments for a presumably post-Schmittian panorama", sets out the political problems that the future poses regarding International Relationships. Here I've

considered some problematics as the transformation of the partisan into the terrorist, the peculiarity of the war of drones and the possible solutions suggested facing the crisis of the state: Schmitt's theory of great spaces, Joseph Nye's theory of soft power and the theory of multilateralism developed by Joseph Nye together with Robert Keohane.

- **Conclusions**

- The political Westphalian system, despite its contradictory character, had some functionality: as any human political construct it suffered from irrationalities but, in the end, it was operational for, at least, three centuries (17th, 18th and 19th). To the extent that it generated, even through simulation, a climate of contention and limitation, it created a real brake for total war. In this sense, Carl Schmitt's theory deserves recognition as it visualized the benefit this system provided to the world.
- The concept of state is the main axis to understand Schmittian international thought, along with the concepts of *nomos* and war. Besides, territory and space are fundamental as they create the conditions of possibility of international politics.
- In Schmitt's international thought, the way in which the adversary is conceived determines the level of cruelty of war. In the transition from religious to modern war there is a turn from *inimicus* to *iustus hostis*, which implies the moderation of violence. In the transit from modern to contemporary war we observe a turn from enemy to criminal, from a limited war to a total one.
- There is a false dichotomy in Schmittian thought: mitigated conflict or total violence. But this approach forgets that, at least, a third possible option exists, the republican one, the creation of democratic structures, both internally as externally.
- Even in the virtual paradigm of global politics, the sovereign state maintains its influence and power. Governance hasn't meant the end of the state yet.

**PRIMERA SECCIÓN: El universo
conceptual westfaliano. Génesis
filosófica de los conceptos del *Ius
publicum europaeum* a partir de la
teoría de Carl Schmitt.**

CAPÍTULO 1: Introducción al contexto westfaliano. La falsa estructura pacificadora del *Ius publicum europaeum*.

¡Sin orden no hay guerra!

BERTOLT BRECHT³²

Aunque [Westfalia] no sea el verdadero punto de partida del sistema de estados soberanos moderno, no se puede pasar por alto el hecho de que, al menos, desde las últimas décadas del siglo XVII se ha considerado como tal.

En otras palabras, una vez que los diplomáticos y juristas europeos empezaron a pensar en términos de un sistema emergente basado en tratados firmados en grandes conferencias de paz, Westfalia se convirtió en el punto histórico de referencia por excelencia.

RANDALL LESAFFER³³

Para entender el origen de la Paz de Westfalia hay que tener en cuenta dos acontecimientos clave: la crisis de la estructura imperial europea y la Reforma Protestante.³⁴ La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) enfrentó a los católicos liderados por el rey Felipe IV de España y el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Fernando III, ambos pertenecientes a la dinastía de los Habsburgo, contra los representantes del protestantismo: Dinamarca, Países Bajos, Suecia y los estados alemanes, con el apoyo de Francia. La estructura imperial de los Habsburgo, que con Carlos V había mantenido unidas Austria y España, comienza a disolverse hasta la separación total del Sacro Imperio Romano Germánico y España. El primero ha perdido numerosos dominios y la segunda ha quedado reducida a un mero imperio colonial sin ningún otro poder de actuación en la política europea: “La paz de Westfalia produjo un golpe mortal a la vieja idea de Imperio”.³⁵ En concreto, para Hegel significó la disgregación del imperio germánico en múltiples partes con sus intereses particulares:

La paz de Westfalia ha consolidado en todas partes aquel principio que se llamara antaño libertad alemana, es decir, la disolución del Imperio en Estados

³² BRECHT, B., *Madre Coraje y sus hijos*, Centro Dramático Nacional, Madrid, 2010, p.61.

³³ LESAFFER, R., “Conclusion” en LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, Cambridge University Press, Nueva York, 2004, pp. 399-411, p. 408.

³⁴ En el anexo 1 de esta tesis ofrezco una selección de los artículos más destacados del mismo, extraídos de Yale Law School, Lillian Goldman Law Library, The Avalon Project, Documents in Law, History and Diplomacy.

³⁵ STADTMÜLLER, G., *Geschichte Südeuropas*, Munich-Viena, 1976 *apud* BOGDAN, H., *La guerre de Trente ans, 1618-1648*, Perrin, París, 2006, p.264.

independientes, cuya multitud disminuyó la única posibilidad, todavía al alcance, de cierta preponderancia del todo sobre las partes fortaleciendo la separación mediante su fusión en Estados más grandes; de esa forma los poderes extranjeros consiguieron una intervención legalizada en los asuntos internos; en parte, meramente, porque habían conseguido su porción de territorios del imperio; en parte, como garantes de su Constitución.³⁶

Este declive imperial puede ser interpretado como el ocaso de las potencias católicas. Lo que estaba en juego en las guerras premodernas era la victoria de una determinada cosmovisión: el proyecto católico universalista de englobar a toda la cristiandad se enfrentaba al deseo de independencia y soberanía de los protestantes y a su rechazo a la autoridad imperial y papal. Los acuerdos firmados en 1648 en Münster y Osnabrück, más conocidos como “el Tratado de Westfalia” pusieron fin a esta guerra.³⁷ Dichos pactos marcaron el inicio de una etapa cuya base teórica estará construida, según las tesis de la historiografía tradicional, sobre los conceptos de paz, coexistencia, respeto a las diferentes confesiones religiosas y equilibrio entre los estados.

La teoría clásica de las Relaciones Internacionales afirma que la Paz de Westfalia supone la consolidación del estado moderno y la aparición del Derecho Internacional Clásico.³⁸ Este *Ius publicum europaeum* está conformado por unas normas muy atractivas y, en principio, muy garantes de la coexistencia entre los estados: el derecho de cada soberano a mandar en su jurisdicción territorial, el deber de no intervenir en asuntos domésticos de otros estados, el rechazo de las guerras de religión, el *pacta sunt servanda* como principio de obligación de cumplimiento de los tratados ante la ausencia

³⁶ HEGEL, G.W.F., *La constitución de Alemania*, Tecnos, Madrid, 2010, pp.150-151. Y expresa su malestar respecto a las implicaciones que tuvo ese tratado para la política imperial alemana: “Alemania renunció en la paz de Westfalia a establecerse como un poder político seguro y se ha abandonado a la buena voluntad de sus miembros”. *Ibid.*, p.183.

³⁷ La Guerra de los Treinta Años tuvo su preludio en la sangrienta noche de San Bartolomé en 1572 en París y fue excelentemente descrita en su crueldad por Bertolt Brecht en *Madre Coraje y sus hijos* (1941). Esta obra explica la Guerra de los Treinta Años, pero más aún, y lo que la hace realmente atractiva, aborda el tema de la paz venidera como la precomprensión del mito del simulacro. Es significativo que Brecht elija el panorama pre-westfaliano como tema de su tesis filosófica porque hace pensar que son los motivos filosóficos, más que los históricos, los que enraízan en el subsuelo más profundo del asunto que es Westfalia. *El aventurero Simplicissimus* de Grimmelshausen (1668) es otra obra fundamental para conocer a través de un clásico picaresco, escrito pocos años después de la firma del tratado, las atrocidades cometidas durante la Guerra de los Treinta Años. *Cfr.*, VON GRIMMELSHAUSEN, H.J.C., *El aventurero Simplicissimus*, Debolsillo, Madrid, 2008.

³⁸ Desde una perspectiva histórica, además de las conquistas territoriales de Francia (Alsacia, Metz, Toul y Verdún) destacan los siguientes acontecimientos: “la independencia de Holanda y de Suiza del Sacro Imperio, garantizándose que el catolicismo y el protestantismo (luterano y calvinista) pasarán a ser confesiones con idénticos derechos, se concedieron territorios alemanes a Suecia, se redujo el Sacro Imperio Romano Germánico a una mera ficción (...) y se dio inicio a un largo período de relativo equilibrio de poder en Europa”. *Cfr.* MARCÍLIO TOSCANO, M., “Historia y razón del paradigma westfaliano”. *Revista de Estudios Políticos*, Núm. 131, Madrid, 2006, p.98.

de pilares teológicos, así como la ausencia de jerarquías entre los países en pos de un equilibrio entre los estados.

Frente a esta concepción apaciguadora y complaciente, la tesis que voy a defender se asienta en una concepción crítica de esta noción de paz europea, que solo es pacífica en apariencia³⁹ ya que mantiene latente el conflicto pero no lo elimina.⁴⁰ Veremos que, a pesar de que esos principios jurídicos tienen la apariencia de fomentar la convivencia entre los países, en el fondo sientan la base de un sistema imperial. ¿Cómo podía ser que mientras el sistema jurídico del *Ius publicum europaeum* enunciaba, a nivel teórico, el consenso entre los estados, a nivel práctico, el equilibrio westfaliano se convirtiera en el poder arrasador de una Francia que pretendía acabar con el poderío de los Habsburgo?

La cuestión que hay que aclarar no es solo la de la tendencia pseudo-imperial del contexto westfaliano, sino muy especialmente, por qué ese contexto se convierte en marco de realización de unas prácticas contrarias a sus propios enunciados. Por un lado, se podría entender que el problema radicó en que la teoría westfaliana, pese a estar bien construida y ser coherente, no supo adaptarse a la realidad política, se trataría de una simple inadecuación de la teoría o del programa político al contexto. Por otro lado, la opción por la que me inclino, parte de que el marco jurídico internacional westfaliano portaba en sí una matriz conceptual generadora de conflicto que se mantuvo oculta pero que hizo posible el desenvolvimiento de una violencia disimulada entre los estados. Y esto ocurriría porque sus conceptos jurídicos internacionales implicarían su propia antítesis. Por ejemplo, la noción de equilibrio necesita a su vez el concepto de desequilibrio como se verá al hablar de las colonias, la coexistencia entre los estados es inseparable, aunque parezca paradójico, de la presencia hegemónica de uno de ellos, etc.

³⁹ Esta alusión a la apariencia se nutre, muy especialmente, de la teoría del simulacro de Jean Baudrillard. Cfr. BAUDRILLARD, J., *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1978.

⁴⁰ Madre Coraje, cuyo deseo es que la guerra continúe para sacar el máximo provecho económico, delinea y prevé con su grito “¡Sin orden no hay guerra!” el horizonte de la paz westfaliana, una paz y un equilibrio que permiten, en su falsa apariencia apaciguadora, que se desarrolle aún más la guerra, aunque por cauces más institucionales. BRECHT, B., *Madre Coraje y sus hijos*, op.cit., p.61. Concebir la guerra y la paz como dos reversos de la misma moneda supone aceptar la paz existente en la guerra y la guerra subyacente a la paz. No sostengo con ello que toda guerra sea paz y viceversa, sino que una paz mal construida y asentada en falsos argumentos es una pausa en medio del conflicto. El predicador que aparece en la obra afirma: “Siempre hay quien dice eso de que la guerra tiene que terminar un día. Pero yo digo que no es tan seguro el que termine alguna vez. Claro que podemos tener un respirillo [...] De modo que, entre unas cosas y otras, la guerra no tiene nada que temer y gozará de larga vida”, *Ibid.*, p.94. El predicador entiende que la guerra no tiene porqué manifestarse como conflicto constante sino también como una situación en la que están presentes momentos aparentes de paz: “Yo diría que también hay paz en la guerra, ya que tiene sus momentos pacíficos [...] La guerra llena todas las necesidades, incluso las de la paz”. *Ibid.*, p. 95.

Es decir, los principios teóricos son contradictorios y por eso generan unas prácticas políticas como las de Westfalia.

Dado que considero que la razón de la inestabilidad del sistema westfaliano tiene un origen conceptual, lo que me interesa es rastrear la evolución de los conceptos que estructuraban ese derecho internacional y que dan forma al índice de este capítulo: soberanía, equilibrio, neutralidad y guerras en forma. En concreto, lo haré desde la perspectiva de un autor, Carl Schmitt, que vio en este contexto la posibilidad de la contención del conflicto entre europeos y el establecimiento de un marco de pacificación. Desde su óptica estudiaré el potencial filosófico de estos conceptos para después, y desde una perspectiva crítica, mostrar cómo fracasaron en su intento de construir una teoría de la coexistencia debido a su propia contradicción interna. Cabe destacar que previamente a las guerras de religión y a los posteriores acuerdos westfalianos, en un contexto aún pre-moderno, ya hubo una propuesta de paz entre los estados: el proyecto federalizante de Enrique IV de Francia (1553-1610).⁴¹ Resulta llamativo cómo esta idea ya estaba atravesada por las venideras premisas westfalianas, es decir, por una aparente coexistencia que ocultaba rasgos pseudo-imperiales.⁴² Pues bajo la imagen mítica⁴³ y humanista de Enrique IV se encontraba el mismo ideario que impregnaría Westfalia: equilibrio y paz desde el domino y la anexión, en este caso, desde el poderío de Francia contra los Habsburgo.⁴⁴ Paz, sí, poderío también. Como los

⁴¹ La biografía de Enrique IV escrita por Heinrich Mann constituye una ilustradora muestra de la actitud moderada y conciliadora de este personajes así como de su relevancia como puente entre la concepción política pre-westfaliana asentada en principios religiosos y un panorama que se anuncia como meramente político y estatalista: “Poco me interesan las creencias que profesen; lo importante es que me reconozcan como jefe”. MANN, H., *La juventud del rey Enrique IV*, Pocket Edhasa, Barcelona, 1998, p. 331.

⁴² Enrique IV, protestante convertido al catolicismo, consideró que los fundamentos teológicos debían verse relegados a un segundo plano y su máxima aspiración fue construir, de la mano del duque de Sully, un modelo federal en forma de Estados Unidos de Europa. Dicha confederación ha sido pensada como una opción de mayor calidad política, comparada con los acuerdos alcanzados posteriormente en Westfalia, por su llamada a la paz entre las potencias y la tolerancia entre las confesiones cristianas en un clima en el que prima el lema de que “todo depende de la libertad de conciencia: ella garantiza nuestro derecho y nuestra unidad”. *Ibid.*, p. 454. A este respecto, llama la atención el encuentro de Enrique IV con Montaigne, tal y como lo narra Heinrich Mann: “Enrique le preguntó qué era lo que lo había inducido a venir (...). Dijo que había querido ver de cerca la curiosa novedad de una corte “sin religión”. Enrique le señaló que más bien podía llamársela una corte con dos religiones; y a ello repuso Miguel de Montaigne, sonriendo clamorosamente, que no había gran diferencia”. *Ibid.*, p. 334.

⁴³ “El reinado de Enrique IV, siempre acompañado por su fiel Sully, ha alcanzado el carácter de mito fundador de la Francia moderna porque representa la superación de las guerras civiles, pero también porque supone la aparición de una nueva Francia que aspira a poner fin a la guerra europea e instaurar la paz perpetua. Por tanto, el Gran Proyecto de confederación europea forma parte de aquella leyenda del rey francés, cuya fortuna ha llegado hasta el siglo veintiuno”. RIVERA, A., “El legendario Gran Proyecto de Enrique IV y Sully: soberanía y confederación europea”, *Res publica*, 24, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2010, p. 99.

⁴⁴ “En este contexto, los Tratados de la Paz de Westfalia no marcaron una ruptura hacia reglas modernas y normas de las relaciones internacionales; más bien formalizaron la lógica de un sistema de estados

axiomas en los que se basaba este plan presentaban una apariencia equilibradora y neutralizadora, convertían las pulsiones dominantes y hegemónicas subyacentes en fallas difíciles de detectar.

El cariz imperial presente en el paradigma westfaliano saldrá a la luz definitivamente cuando en 1870 las guerras napoleónicas dejen al descubierto que Westfalia fue una pausa en medio de una estructura imperial profunda. De ahí que consideremos que Westfalia, atendiendo a la infidelidad que realiza con su propio concepto, realmente no existió como teoría política pacífica “sincera”. Regulaba la guerra, pero no promovía la paz. La Primera Guerra Mundial pondrá punto final a este sistema y a su aparato conceptual. La Segunda Guerra Mundial y sus atrocidades marcarán ya la presencia de un nuevo paradigma internacional. Mi tesis es que Westfalia fue un paréntesis, pero más aún, y ahí radica la gravedad: un paréntesis en forma de simulacro de paz. La conciencia de que fue una paz verdadera, tan repetido en la historiografía oficial, tiene que dejar hueco a la conciencia de que esa paz fue un espejismo preparatorio para el imperialismo posterior, ya guerra sin disfraz.⁴⁵ El absolutismo que tenía lugar en el seno de los estados, entendido como una falta de republicanismo, de separación de poderes y un ejercicio despótico del poder por parte del soberano, no era del todo patente a nivel interestatal, donde gracias a Westfalia se mantenía la apariencia de una coexistencia no autoritaria, pese a la hegemonía francesa y posteriormente inglesa. Ese absolutismo interno se convierte en internacional cuando en el siglo XIX el imperialismo haga saltar por los aires la frágil y falsa multilateralidad westfaliana.

Mostrar el potencial bélico de los conceptos de una época aparentemente pacífica,⁴⁶ esto es, realizar un ejercicio de memoria histórica, es la tarea pendiente con Westfalia y con la Modernidad, y entiendo que dicha labor solo puede ser llevada a cabo desde un espíritu filosófico radicalmente crítico. Por esta razón voy a desarrollar a

absolutista supervisado por Francia y Suecia”. TESCHKE, B., “Debating ‘The Myth of 1648’: State Formation, the Interstate System and the Emergence of Capitalism in Europe — A Rejoinder”, *International Politics*, 43, Palgrave Macmillan, p. 539.

⁴⁵ Madre Coraje admite la guerra porque en ella la desgracia se muestra sin tapujos. En ella queda patente el conflicto en su crudeza, no así en el simulacro de la paz. “No me vengáis con jeremiadas: la guerra es lo mejor del mundo. Dicen que barre a los débiles, pero esos también la pringan en la paz”, BRECHT, B., *Madre Coraje y sus hijos*, op.cit., p.99. La protagonista, incluso en su inconsciencia del mal radical que supone el conflicto bélico, atisba que una paz falsa es igual de dañina. De ahí sus contradictorias impresiones sobre la guerra que la hacen maldecirla y alabarla al mismo tiempo.

⁴⁶“Sí, como Madre Coraje, tenemos la misma guerra a la puerta, a dos pasos de nosotros, dentro de nosotros, la misma pavorosa ceguera, la misma ceniza en los ojos, la misma tierra en la boca. Compartimos el mismo amanecer y la misma noche: nuestra inconsciencia. Compartimos la misma historia...”. DERRIDA, J., “La frente de Althusser”, *Márgenes de la psiquiatría*, 682, pp.85-90, p.90.

continuación una lectura crítica del *Tratado de la Paz de Westfalia* que servirá para situar contextualmente la época, para ver materializado el diagnóstico del evento en cuestión y para conocer la concreción de un documento supuestamente fundador del Derecho Internacional Clásico. Y es que el tratado, que debiera ser un documento interesante para analizar el surgimiento teórico de una época profundamente rica en conceptos políticos como es la Modernidad, no especifica de manera concreta los cambios que implicaron esos acuerdos. Y aunque lo que me interesa es el dispositivo jurídico conceptual que este paradigma creó, más allá de lo que establezca la literalidad del texto, no deja de ser sorprendente la carencia de fondo conceptual que presenta el Tratado.⁴⁷ No son pocos los teóricos contemporáneos que consideran un mito la versión pacificadora y equilibradora de la paz westfaliana y que responden críticamente a la concepción schmittiana de dicha paz. En la segunda sección de la tesis me centraré en desarrollar algunas de esas críticas, como la de Koskenniemi, Teschke, Derrida o Foucault. Junto a ellos, cabe citar a autores como Lesaffer, Buis, Winkel⁴⁸ o Duchhardt, entre otros muchos. Comparto con ellos la tesis de que Westfalia no puede ser entendida como una fecha en la que de repente se produce un cambio radical.⁴⁹ Westfalia es un proceso que se nutre de muchos conceptos medievales, que asimila y adapta al nuevo contexto, y que da sus frutos más adelante, no únicamente en el año 1648. Lo que quiero subrayar con esto es que el cambio político que supone el tránsito de la Edad Media a la Modernidad y la aparición del Derecho Internacional Clásico es progresiva. Y si es importante destacar esto es porque la mitificación, tanto de la fecha de la firma

⁴⁷ “No aparecen en la Paz de Westfalia conceptos particulares y definidos que, tras su lectura, permitan concluir que exista una materialización de una igualdad jurídica antes inexistente”. BUIS, E., “Sobre gnomos y gigantes: los tratados grecorromanos y la igualdad soberana de los estados como ficción histórico-jurídica”, *Lecciones y Ensayos*, núm. 89, 2011, pp.73-117, p.104.

⁴⁸ Tanto Buis como Winkel sostienen la tesis de que el derecho romano está fuertemente presente en el tratado y que, por tanto, es dudoso que la Paz de Westfalia sea un momento fundacional. Cfr., WINKEL, L., “The Peace Treaties of Westphalia as an instance of the reception of Roman law” en LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, op.cit., pp.222-237.

⁴⁹ Prueba de que no podemos vender la fecha 1648 como si fuera un hito es que el mero procedimiento de elaboración y firma del tratado duró cuatro años. Cfr., BOGDAN, H., *La guerre de Trente ans, 1618-1648*, op.cit. p.247. Esto se debió, entre otras razones, al hecho de que los protestantes se encontraban reunidos en Osnabrück y los católicos en Münster: “Dos congresos tuvieron lugar paralelamente a unos sesenta kilómetros de distancia. Las potencias católicas habían elegido Münster como lugar de negociaciones. Allí se encontraban reunidos los representantes del emperador, del rey de Francia, del rey de España, de los Electores y de los príncipes católicos alemanes laicos o eclesiásticos, pero también los de las Provincias Unidas en guerra contra España, todos reunidos alrededor de dos mediadores italianos, el representante del Papa Inocencio X, el nuncio Fabio Chigi – el futuro Papa Alejandro VII –, y el embajador de Venecia, Alvise Contarini. En Osnabrück y alrededor del mediador danés se reunieron los representantes de los Estados protestantes Suecia y los Estados protestantes del Imperio frente a los representantes del emperador”. BOGDAN, H., *La guerre de Trente ans, 1618-1648*, op.cit., p.248.

de los Tratados de la Paz de Westfalia (1648), como del contexto westfaliano mismo, impide ver no solo las contradicciones prácticas, sino sobre todo las teóricas – que son las que me interesan – presentes en lo que llamaré la “filosofía westfaliana”. Estas inconsistencias radican, por ejemplo, en la fundamentación del equilibrio en la soberanía o de la coexistencia en la guerra.

Los historiadores son bastante escépticos respecto al constructo del “orden westfaliano”, y desde la perspectiva del derecho internacional y de la política exterior tienden más bien a reducir la calidad del punto de inflexión de la Paz de Westfalia, sobre todo al ser conscientes de que en 1648 no se consiguió un orden político duradero de dimensión continental, sino solo un orden pacífico que estaba limitado al centro del continente y que, además, colapsó relativamente rápido en realidad.⁵⁰

Algunos han achacado la importancia dada a 1648 a un ejercicio de eurocentrismo.⁵¹ Sea esa u otra la razón de su fama, e independientemente de que se pudiera considerar que la fecha no merece tanta loa, no se puede obviar la importancia que, de hecho, se ha dado a tal acontecimiento y, por esta razón, considero oportuno dedicar unas páginas al estudio del tratado. Dicho documento es rimbombante y en ocasiones se convierte en una larga lista de nombres de familias y de posesiones y tributos que se debe a cada una de ellas.⁵² Esta carencia de valía conceptual es ya señal de que algo no funciona a nivel teórico en el esquema westfaliano. A pesar de ello, quiero resaltar ciertos aspectos teóricos relacionados con el contexto de la Modernidad que voy a explicar en capítulos posteriores y que, pese a no ser desarrollados por el tratado, son al menos mencionados o aludidos. Insisto, el hecho de que el Tratado de

⁵⁰ LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, *op.cit.*, p.46.

⁵¹ “La conexión del derecho internacional con la emergencia del “estado soberano” moderno, por ejemplo, es tal que se puede localizar en un marco temporal que empieza, en la mayoría de las explicaciones, con los Tratados de Westfalia de 1648. A pesar de la importancia de los Tratados de Westfalia, es difícil no analizar 1648 como otra cosa que no sea una fecha arbitraria cuya elección no solo ignora la posibilidad de que puedan haber existido “sistemas” de derecho internacional en puntos anteriores en el tiempo sino que también convierte cualquier historia de este tipo en una de carácter principalmente europeo o “del norte”– expulsando a los márgenes la experiencia de sociedades africanas, asiáticas o sudamericanas”. CRAVEN, M., “Introduction: International Law and Its Histories” en CRAVEN, M., FITZMAURICE, M., VOGIATZI, M. (ed.), *Time, History and International Law*, Developments in International Law, Vol. 58, Leiden & Boston, 2007, pp. 1-25, p.8 *apud* BUIS, E., “Sobre gnomos y gigantes: los tratados grecorromanos y la igualdad soberana de los estados como ficción histórico-jurídica”, *op.cit.*, p.105. Buis comparte esta opinión: “La Paz de Westfalia es un punto de inflexión discrecional, una fecha arbitraria que responde sin dudas a la fuerte presencia teórica de un eurocentrismo jurídico propio de la modernidad, que en gran medida contribuye a desconocer lo que sucedía antes y en otras partes del mundo”. *Ibid.*, p.105.

⁵² Sobre el tema del pago y devolución de deudas, véanse, por ejemplo, los artículos XXXVIII y XXXIX.

Westfalia no contenga la base filosófica del momento crucial que pretende fundar es ya reseñable.

El objetivo del tratado es la creación de un contexto de paz entre católicos y protestantes, suturar la profunda herida que provocó la querella religiosa, y crear una política basada en el multilateralismo, entendido este como un sistema en el que se respeta la soberanía de cada estado, pero sin aspirar a un proyecto transnacional cosmopolita. No obstante, todavía se observa la presencia constante de referencias religiosas. La primera frase del tratado (“En nombre de la Trinidad más santa e individual”)⁵³ muestra que el elemento teológico no ha desaparecido sino que sigue presente y que se irá fusionando con los términos de la soberanía política. Estas alusiones se realizan en un supuesto contexto de libertad religiosa (véanse expresiones como “la libertad de ejercitar la religión” o “sin distinción de religión”)⁵⁴ en el que católicos y protestantes tendrían los mismos derechos tanto en el ámbito público como privado: “Que aquellos de la Confesión de Augsburgo [...] tienen el libre ejercicio de su religión, tanto en iglesias públicas en las horas señaladas, como en privado en sus propias casas”.⁵⁵ Además, ambas confesiones deben ser tenidas en cuenta en la toma de decisiones políticas: “su Majestad Imperial debería elegir dos, uno de cada religión, y uno de cada partido”.⁵⁶

Paralelamente, el principio fundamental de la Modernidad, el concepto de soberanía (literalmente “derecho de soberanía”)⁵⁷ comienza a formar parte del discurso, pero no llega a ser uno de los términos más repetidos. Más referencias existen a lo que realmente conforma dicha soberanía: el territorio (“libre ejercicio del derecho territorial”),⁵⁸ el comercio y la independencia respecto a otros estados soberanos. La soberanía aparece ligada a la potestad de la toma de decisión de todo aquello que concierne al estado: “...la realización o la interpretación de leyes, la declaración de

⁵³ “In the name of the most holy and individual Trinity”. Introducción al Tratado.

⁵⁴ “...the Liberty of the Exercise of Religion”. Artículo XLIX. “...without distinction of Religion”. Artículo CXXIII.

⁵⁵ “That those of the Confession of Augsburg [...] have the free Exercise of their Religion, as well in publick Churches at the appointed Hours, as in private in their own Houses”. Artículo XXVIII. La Confesión de Augsburgo hace referencia al Protestantismo.

⁵⁶ “...his Imperial Majesty shall chuse two, one of each Religion, and one of each Party”. Artículo CVII.

⁵⁷ “Right of Sovereignty”, *passim*.

⁵⁸ “...free exercise of Territorial Right”, artículo LXIV. El artículo CXXVI también hace referencia al carácter soberano del territorio de cada estado: “Y todas las veces que cualquiera haga marchar las tropas a través del territorio de otro, este paso debe hacerse bajo la responsabilidad de aquél al que pertenecen las tropas y eso sin sobrecargar o hacer ningún daño o perjuicio a todos aquellos países a través de los que marchan”. “And as often as any would march Troops thro’ the other Territorys, this Passage shall be done at the charge of him whom the Troops belong to, and that without burdening or doing any harm or damage to those whole Countrys they march thro’”.

guerras, la imposición de impuestos, el reclutamiento o acuartelamiento de soldados, erigir nuevas fortificaciones en los territorios de los estados o reforzar las antiguas guarniciones”.⁵⁹ La soberanía así comprendida también implica el reconocimiento de la pluralidad y de la necesidad del equilibrio (“dietas, pueblos libres, y otros estados del Imperio, deben tener votos decisivos”)⁶⁰ en la medida en que los estados firmantes son todos soberanos. Por ello, el tratado también alberga la promesa de no interferencia: “uno no debe nunca asistir a los presentes o futuros enemigos del otro con armas, dinero, soldados o cualquier tipo de munición bajo ningún título o excusa en absoluto”.⁶¹ Ahora bien, aunque el tratado no lo especifique, lo que en un principio se muestra como la aparición de una etapa de coexistencia y pluralidad empieza a convertirse desde sus comienzos en la práctica de la hegemonía de la Francia de Luis XIV en la zona continental,⁶² y de la Suecia de la Reina Cristina, que ejercía su influencia en el Báltico.

Entonces cada uno podía en el futuro interpretar el tratado a su manera y en provecho de sus intereses. Ahora era el tiempo de la paz y por ahora no se preocupaba uno de las contradicciones del tratado. Se achaca al delegado del emperador, Isaac Volmar, esta fórmula que decía mucho sobre la interpretación futura del tratado: “*Le plus fort l'emportera*”.⁶³ El futuro iba a demostrar rápidamente que, gracias al poderío de sus ejércitos, sería la interpretación francesa la que ganaría.⁶⁴

Junto a la emergencia de la soberanía, la importancia del comercio es destacada a lo largo de todo el tratado y marca ya el carácter fundamental de la economía mercantil para la política del siglo XVII: “debe haber una libertad total de comercio, un pasaje seguro por mar y tierra”,⁶⁵ “sobre todo, la navegación del Rin debe ser libre”.⁶⁶ Las exhortaciones al fin de la guerra aparecen junto a un sorprendente deseo de paz total.

⁵⁹ “...the making or interpreting of Laws, the declaring of Wars, imposing of Taxes, levying or quartering of Soldiers, erecting new Fortifications in the Territories of the States, or reinforcing the old Garisons”, artículo XV.

⁶⁰ “...Diets, the free Towns, and other States of the Empire, shall have decisive Votes”, artículo LXVII.

⁶¹ “...the one shall never assist the present or future Enemys of the other under any Title or Pretence whatsoever, either with Arms, Money, Soldiers, or any sort of Ammunition”, artículo III.

⁶² Incluso a un nivel meramente práctico Francia parecía querer impedir el equilibrio desde el comienzo: “A estas contingencias puramente materiales se añadía la voluntad deliberada de ciertos Estados de hacer atrasar largamente las negociaciones con la esperanza secreta de nuevos éxitos para sus armadas. Francia, especialmente, fue acusada de frenar el avance de las discusiones, pero no fue la única en hacerlo; en Viena también, determinados extremistas de la corte habían adoptado una actitud parecida”. BOGDAN, H., *La Guerre de Trente Ans*, op.cit., p.247.

⁶³ “El más fuerte ganará”. LIVET, G., *La Guerre de Trente Ans*, París, PUF, 1963, p. 43, apud BOGDAN, H., *La Guerre de Trente Ans*, op.cit., pp.257-258.

⁶⁴ BOGDAN, H., *La Guerre de Trente Ans*, op.cit., pp.257-258.

⁶⁵ “There shall be a full Liberty of Commerce, a secure Passage by Sea and Land”, artículo LXX.

⁶⁶ “Above all, the Navigation of the Rhine be free...”, artículo LXXXIX.

Esto es llamativo porque la política que se generó a partir de 1648 estuvo más bien basada en una pretensión de armisticio y de suspensión momentánea de las hostilidades más que en la intención expresa de una paz perpetua. Aun así, el tratado habla en su inicio de “pensamientos de una paz universal”⁶⁷ y más adelante exige “que debe haber una paz cristiana y universal, y una amistad perpetua, verdadera y sincera”.⁶⁸ Las condiciones de esta paz verdadera no parecen asentarse en ningún principio jurídico o propuesta concreta sino más bien en la negación de la guerra (“todas las hostilidades deben cesar”),⁶⁹ en el derecho de amnistía (“todos los prisioneros de un lado y del otro, sin distinción de traje o de espada, deben ser liberados”; “un olvido perpetuo, amnistía, o perdón de todo lo que se ha cometido desde el principio de estos problemas”)⁷⁰ y en la retirada de tropas (“las tropas y armadas de todos aquellos que están haciendo la guerra en el Imperio, deben ser disueltas y despedidas”).⁷¹ Quizás debido a esta ausencia programática o teórica de cara a la construcción de una verdadera convivencia, y por basar esta en aspectos meramente circunstanciales, la paz surge como un producto meramente contingente. Apoyo la tesis de Lesaffer según la cual, ateniéndonos a la literalidad del texto de los tratados, no se encuentra nada en ellos que indique la fundación de una nueva realidad jurídica. Y aunque, como he señalado, ciertos elementos propios del contexto moderno, como la soberanía, el equilibrio o la reducción de la tensión religiosa, están presentes en el tratado, lo están de forma muy superficial y nunca en forma de principios jurídicos:

Tradicionalmente, se alegó que los Tratados de Westfalia establecieron los principios básicos del derecho internacional moderno, tales como la soberanía, la igualdad, la neutralidad religiosa y el equilibrio de poder. Sin embargo, esto no puede ser sostenido después de un análisis cuidadoso de los propios tratados y de una comparación con antiguos tratados. Estos principios no se encuentran en ninguno de los tres principales Tratados de la Paz de Westfalia, al menos no como principios del derecho internacional.⁷²

⁶⁷ “Thoughts of a universal Peace”, *ad principii*.

⁶⁸ “That there shall be a Christian and Universal Peace, and a perpetual, true, and sincere Amity”, artículo I.

⁶⁹ “...all Hostilitys shall cease”, artículo CIV.

⁷⁰ “...all Prisoners on the one side and the other, without any distinction of the Gown or the Sword, shall be releas'd”, artículo CX. “...a perpetual Oblivion, Amnesty, or Pardon of all that has been committed since the beginning of these Troubles”, artículo II.

⁷¹ “...that the Troops and Armys of all those who are making War in the Empire, shall be disbanded and discharg'd”, artículo CXVIII.

⁷² LESAFFER, R., “Peace treaties from Lodi to Westphalia” en LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, op.cit., p.9.

Parece entonces que los Tratados de Paz de Westfalia solo tenían la intención de reformar la constitución del imperio. De hecho, no revertía sobre los estados ajenos al imperio, por ejemplo, España. Por otro lado, quizás la vacuidad de los tratados es ya el síntoma o la pista de la impostura teórica del sistema westfaliano que se inauguraba. Es cierto que dicho sistema es una novedad que introduce cambios verdaderos en la forma de concebir la política internacional,⁷³ pero nunca llegó a crear ni una paz verdadera ni un sistema plural de estados, sino que mantuvo disimuladamente las estructuras que permitían el ejercicio de una política imperial, aunque los personajes que la ejercieran no fueran ya medievales. La carencia de principios jurídicos fuertes y consistentes en el tratado es fundamental porque, una vez que la religión ha perdido el poder de crear comunidad, el derecho es la única instancia que podría crear una red de colaboración interestatal, siempre y cuando estuviera bien construido, algo que no ocurrió en el contexto westfaliano.

La primacía de la política sobre el derecho que se da en Westfalia, y que Schmitt defiende, como explicaré más adelante, muestra la imposibilidad de una paz interestatal. El problema es que el aparato conceptual que generaron los tratados, por la debilidad de su discurso jurídico, fue incapaz de aportar la paz al continente y además creó un sistema teórico contradictorio. Pues una teoría que concebía al estado como núcleo ontológico-político fundamental, cerrado sobre sí mismo y tendiente a la expansión, no podía aspirar al mismo tiempo al equilibrio.

Por eso consideraré que toda lectura crítica de la política internacional moderna tendrá que hacer frente a dos problemas: a un problema de simulacro y a otro de contradicción. Por un lado, dado el potencial imperial que ocultan los conceptos del sistema westfaliano, la estructura plural resultante de los tratados será pacífica, pero solo en apariencia, porque jamás apostará por una verdadera pacificación o por un republicanismo, ni en el interior ni en el exterior. Por otro, a ese ocultamiento se suma una contradicción conceptual que explicaré a continuación y que hace del pensamiento westfaliano una filosofía problemática.

⁷³ “En resumen, los tratados de paz de Westfalia no impusieron los principios básicos del derecho moderno de naciones; ahora bien, impusieron las condiciones políticas y religiosas para permitir a los poderes europeos empezar a construir un orden legal internacional nuevo”. *Ibid.*, p.10. Para Lesaffer es necesario rastrear la evolución de los tratados que se dieron anteriormente a Westfalia para comprender cómo precipitan determinados conceptos en 1648.

CAPÍTULO 2: El estado soberano como sujeto de las relaciones internacionales modernas.

2.1. EXCEPCIÓN Y DECISIÓN EN LA TEOLOGÍA POLÍTICA SCHMITTIANA.

[E]l nacimiento y la muerte del Estado no están determinados por el derecho internacional, sino que, por el contrario, son ellos los que determinan el derecho internacional.

HERMANN HELLER⁷⁴

Durante tiempo [Schmitt] se atuvo al mito más constante, disciplinado, potencialmente jurídico, el mito de la nación, ese mito desde el origen preparado para formar un Estado y un *Ius publicum europaeum*.

JOSÉ LUIS VILLACANAS⁷⁵

La política derivada de los Tratados de Paz de Westfalia (1648), que marcan el inicio del Derecho Internacional Clásico (*Ius publicum europaeum*), es caracterizada comúnmente por la emergencia del estado soberano como principal actor de la política tanto a nivel nacional como internacional. Esto implica un cambio de paradigma respecto a la Edad Media porque los principios religiosos, que habían sido la guía de la acción política nacional e internacional hasta entonces, son sustituidos por principios político-estatales. Según Schmitt, esto, que se viene a llamar *razón de estado*, lejos de convertirse en una razón imperial o adalid de la religión verdadera, inaugura un nuevo escenario porque, debido al abandono de la justificación teológica, la estrategia de las relaciones exteriores convierte la pregunta sobre la causa justa en el interrogante sobre quién tiene el poder de decisión.⁷⁶

En apariencia, una vez superada la *Respublica Christiana* como forma de gobierno, las reglas del *Ius publicum europaeum* no tienen un cariz trascendente, debido a esa pérdida de poder argumentativo – para generar relato – de la religión. Por el

⁷⁴ HELLER, H., *La soberanía*, FCE, México D.F., 1995, p.274, *apud* RIVERA, A., “Floridablanca y los conceptos fundamentales del *Ius Gentium europaeum*”, Ediciones Universidad de Salamanca, 18, 3, 2002, p.60.

⁷⁵ VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, Biblioteca Nueva, Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político, Madrid, 2008, p. 23.

⁷⁶ “Tanto en el Derecho de Gentes como en el Derecho intraestatal surgió, frente al ergotismo sin fin que representaba la afirmación de una causa justa, el simple interrogante: ¿Quién es el que decidirá?”, SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, Comares, Granada, 2002, p. 145.

contrario, los intereses estatales o la razón de estado van a ser los que impulsen la actividad política a nivel internacional, convirtiendo las nuevas formas de derecho y la incipiente estructura mercantil en el nuevo relato dominante. Las disputas ya no se resuelven en el plano confesional, sino en el ámbito de lo jurídico y lo político.⁷⁷ Schmitt repite insistentemente la frase con la que Gentili resume el silencio de los argumentos teológicos, el *Silete in munere alieno!* [Callad (teólogos) en menester ajeno], en la arena internacional. Si ese silencio se produce es porque los juristas empezaron a utilizar los conceptos de los teólogos, pero a través de un lenguaje religioso secularizado, es decir, de un lenguaje político, proceso que Schmitt denomina *teología política* y que voy a relacionar con la política internacional.

La desaparición del cariz religioso que caracterizaba a la política medieval no se ha disuelto por completo. El elemento teológico se incorpora transformado o secularizado en los conceptos de la política moderna. Por ejemplo, el decisionismo soberano es el reflejo secularizado de la omnipotencia divina; el estado de derecho o la república se identifican con el deísmo; y el estado de excepción con el milagro. Hobbes,⁷⁸ precursor de la teología política para Schmitt,⁷⁹ ya mostró en su *Leviatán*, escrito en 1651, en los albores de la Paz de Westfalia, que el soberano es el dios mortal reflejo del dios inmortal del reino divino.⁸⁰ Para Hobbes la decisión solo puede hacerse patente en el lugar en el que se muestra la ley, es decir, en la república,⁸¹ en el estado, y su labor consiste en hacer de juez, en decidir en cuestiones de ley: “[P]ertenece, por tanto, al soberano ser juez y prescribir las reglas para discernir entre lo bueno y lo malo”.⁸² Que el soberano hereda el carácter teológico de la divinidad queda también

⁷⁷ “La teoría de Schmitt subraya que las decisiones del soberano son políticas, no morales, de la misma manera que la autoridad soberana es política y no teológica; se define, más bien, como una anulación de toda causa teológica en lo que se refiere al orden político o a sus supuestos constitutivos”. KENNEDY, E., *Carl Schmitt en la República de Weimar. La quiebra de una constitución*, Tecnos, Madrid, 2012, p.69

⁷⁸ Botero, antes de la firma de la Paz de Westfalia y de la publicación del *Leviatán* de Hobbes, afirmó el carácter teológico-político del soberano y su misión de dar forma a lo que se presenta como caos: “La razón de estado presupone al príncipe y al estado [...] aquél como una especie de artesano, este como materia”. BOTERO, G., *De la raison d’État (1589-1598)*, Gallimard, París, 2014, p.68.

⁷⁹ “El representante clásico del tipo decisionista – si se me permite emplear esta palabra – es Hobbes. La singularidad de este tipo explica también que se deba a él [...] la fórmula clásica de la antítesis: “*Autoritas, non veritas facit legem*” [La autoridad, no la verdad, hace la ley] (*Leviatán*, cap. XXVI)”. SCHMITT, C. *Teología política*, v. I. Trotta, Madrid, 2009, p.33.

⁸⁰ “[E]se gran leviatán o más bien (por hablar con mayor reverencia) [...] ese dios Mortal a quien debemos, bajo el Dios Inmortal, nuestra paz y defensa”. HOBBS, T., *Leviatán*, Losada, Buenos Aires, 2007, cap.XVII, p.167.

⁸¹ “Por tanto, allí donde no hay República, nada es injusto, porque la naturaleza de la justicia consiste en el cumplimiento de pactos válidos, pero la validez de los pactos no comienza sino con la constitución de un poder civil suficiente para obligar a los hombres a su cumplimiento”. *Ibid.*, cap.XV, p.143.

⁸² *Ibid.*, cap. XX, p.191.

patente a nivel artístico: a partir del siglo XVII el soberano es simbolizado a través de la imagen de un ojo enmarcado por el triángulo de la Trinidad como muestra de que el estado tiene poderes divinos, representa a Dios en la tierra y es una divinidad terrestre que, al igual que la celestial, todo lo ve y comprende:

[S]e constata que la imagen del príncipe terrestre es investida con una intensa carga teológica; los príncipes del absolutismo son “dioses en la tierra”. Por consiguiente, las metáforas del ojo se hacen cargo de esta asimilación. En las iglesias, en el siglo XVII, el triángulo decorado con el ojo de Dios se extiende, como se ha dicho, como símbolo de la omnisciencia de la Trinidad.⁸³

Y es así como concibe Schmitt al soberano, bajo las premisas de la teología política: “el concepto de Dios de los siglos XVII y XVIII supone la trascendencia de Dios frente al mundo, tanto como a su filosofía política pertenece la trascendencia del soberano frente al estado”.⁸⁴ El capítulo de *Teología Política* titulado “*El problema de la soberanía como problema de la forma jurídica y de la decisión*” expresa bien lo que voy a tratar. Aquí hay que prestar una especial atención a tres nociones: *forma jurídica*, *decisión* y *excepción*. Por un lado, aquello que le es más propio al soberano y que define su carácter es la potestad decisoria. Y el estado de excepción es el experimento que permite a Schmitt mostrar la soberanía como concepto límite frente a un uso protocolario del mismo. Para Schmitt, aquel que decide en estado de excepción es el soberano. La decisión se convierte en la acción definitoria de la política.⁸⁵ Es una dinámica – el momento decisorio – y no una sustancia – el rey, la república o el pueblo – lo que determina que una instancia sea soberana: “Para subrayar esta plasticidad fundamental de lo político, medida de la intensidad de las oposiciones, Schmitt propone caracterizarlo por medio de un criterio conceptual (*Begriffsmerkmal*), y no por medio de una definición esencial (*Wesensbestimmung*)”.⁸⁶

En contextos normales el soberano no es tan llamativo y la ley sigue su proceso natural de aplicación y gestión de la normalidad. Son los momentos de excepción los

⁸³ STOLLEIS, M., *L'Œil de la Loi. Histoire d'une métaphore*. Mille et une nuits, Paris, 2004, p. 60.

⁸⁴ SCHMITT, C., *Teología política*, op.cit., p. 47.

⁸⁵ Cabe recordar que el pensamiento jurídico de Schmitt pertenece hasta 1934 a la corriente del decisionismo. Posteriormente (por ejemplo, *El Nomos de la Tierra*, 1950) esa importancia de la decisión continúa, aunque anclada al institucionalismo, a los órdenes concretos en que esa decisión se inserta. Para nuestro análisis, consideramos que en la visión que tiene Schmitt de Westfalia el decisionismo se mantiene, pero si se quiere acudir a un buen resumen de la trayectoria del pensamiento jurídico de Schmitt véase KERVÉGAN, J.F., *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2014.

⁸⁶ KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, Escolar y mayo, Madrid, 2007, p.74.

que abren la posibilidad de que se muestre una figura que sea capaz de crear por primera vez una ley o de suspender la existente. Quien decide si determinada situación es normal o si existe estado de excepción es el soberano,⁸⁷ el que resuelve el problema de “la aplicación del concepto a una situación concreta”.⁸⁸ Aplicar el concepto a la situación concreta es trasladar el concepto de la norma jurídica a la realidad, dar forma a lo inmanente a partir de la realidad trascendente que yace en el concepto. En este sentido, las relaciones inmanencia/trascendencia son fundamentales para entender la Modernidad:

En la constitución de la Modernidad europea identificamos tres momentos que articulan la figura inicial del concepto moderno de soberanía: el primero es el descubrimiento revolucionario del plano de la inmanencia; el segundo, la reacción contras las fuerzas inmanentes y la crisis, representada por la autoridad; y el tercero, la resolución parcial y temporal de esta crisis mediante la formación del Estado moderno como asiento de la soberanía que trasciende el plano de las fuerzas inmanentes y media entre ellas.⁸⁹

Es decir, la soberanía es un ejercicio de mediación que conecta la inmanencia con la trascendencia, la materialidad de la naturaleza con las normas de la libertad. El soberano, en un acto de decisión que le conecta con la trascendencia, tiene que dar forma a la inmanencia sobre la que trabaja y actúa.⁹⁰ La decisión implica generar distinciones y determinar situaciones que se encuentran fuera del orden jurídico, que no han recibido concepto, que no han sido ordenadas ni normalizadas, pero que son incorporadas a la legalidad y a la normalidad cuando el soberano deja caer todo el peso de su decisión sobre ellas: “La unión del poder supremo fáctico y jurídico es el

⁸⁷ Kelsen expulsa la cuestión de la soberanía del ámbito de estudio de la teoría del derecho. Por tanto también la cuestión de la excepción.

⁸⁸ SCHMITT, C., *Teología política, op.cit.*, p. 16.

⁸⁹ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, Paidós, Madrid, 2002, pp.77-78.

⁹⁰ Esta relación entre inmanencia y trascendencia es fundamental para comprender la crítica de los detractores de Schmitt, como Martti Koskenniemi y Benno Teschke, que se centrará en cómo el absolutismo schmittiano hace que la inmanencia o facticidad soberana adquiera tintes trascendentes, desprovistos de contenido religioso, pero totalizantes. Meinecke resume muy correctamente cómo en la razón de estado se entremezclan un nivel fáctico y un nivel normativo, una ética a realizar por el estado: “Entre *Kratos* y *Ethos*, entre el obrar movido por el afán de poder y el obrar llevado por la responsabilidad ética, existe, en las alturas de la vida política, un puente, a saber, la razón de Estado, la consideración de lo que es oportuno, útil, provechoso, de lo que el Estado tiene que hacer para alcanzar en cada circunstancia el *optimum* de su existencia. Aquí radica la enorme significación del problema de la razón de Estado [...] se echa de ver con especial claridad las terribles e inquietantes dificultades que encierra en la vida humana la simultaneidad de ser y deber ser, de causalidad e ideal, de naturaleza y espíritu. La razón de Estado es una máxima del obrar de enorme ambivalencia y escisión; posee un lado vuelto hacia la naturaleza y otro vuelto hacia el espíritu, y tiene, si así puede decirse, un núcleo en el que entremezclan y confunden lo perteneciente a la naturaleza y lo perteneciente al espíritu”. MEINECKE, F., *La idea de la razón de estado en la edad moderna*, Centro de estudios constitucionales, Madrid, 1983, p. 7.

problema cardinal del concepto de soberanía”.⁹¹ Lo fáctico, esto es, lo empírico que se presenta de forma dispersa y fuera de la ley, queda ordenado al ser atravesado por lo jurídico a través de la decisión.

Queda claro que la decisión está íntimamente ligada a la excepción. La excepción en teología, como decíamos más arriba, puede ser identificada con el milagro.⁹² De igual modo que el pecado se identifica con la transgresión de la ley, el milagro se asemeja a la excepción, donde el soberano hace gala de su carácter más propio, es decir, donde el soberano es soberano. El milagro se caracteriza por la falta de mediación humana, ya que es la intervención directa de Dios en el mundo, y por ser un acontecimiento pocas veces visto. Pues bien, Schmitt seculariza estos rasgos teológicos y los relaciona con la decisión del soberano en contextos de excepción para mostrar que dicha decisión es acción directa del soberano y que rompe la normalidad. La decisión no se está aplicando constantemente, sino únicamente en los momentos en los que es necesario determinar quién es el que ostenta el poder. La excepción es entonces la versión secularizada del concepto de milagro, pues permite que el soberano actúe imponiendo la ley en la tierra aprovechando la situación de excepción y convirtiendo la decisión en ley. Cuando la normalidad se rompe, en la situación no imaginada y ante la cual no hay un esquema o guía para recomponer el orden, es el soberano el que interviene y “decide” cómo conducir esa excepción; su obrar es milagroso.⁹³

Este es el gran problema político de la Modernidad: cómo conectar dos esferas, la de la inmanencia y la de la trascendencia, que se encuentran separadas por culpa del pecado original pero que hay que intentar unir por todos los medios para dotar de sentido a la realidad política. No se puede depositar todo el peso de la actuación en la

⁹¹ SCHMITT, C., *Teología política*, op.cit., p.22.

⁹² Blumenberg discutirá el concepto de secularización schmittiano. En su obra *La legitimación de la Edad Moderna* comienza haciendo un repaso de los ejemplos de secularización atribuidos a la modernidad: certeza epistemológica como secularización de la certeza de salvación, presentación literaria como secularización del autoexamen del protestantismo, igualdad política de los hombres como secularización de la igualdad de los hombres ante dios o el derecho y sus penas como secularización de la culpa y la salvación. Según Blumenberg estos ejemplos forman parte de un ejercicio hermenéutico que permite la comprensión de lo oculto en una época. Pero Blumenberg es crítico con esta teoría porque supone añadir un plus de significado a los conceptos modernos. Supondría afirmar que no tienen autonomía, que siguen dependiendo de origen teológico. Pareciera, según Blumenberg, que Schmitt se sirve de ingeniosas metáforas que pueden tener cierto sentido, pero que no dejan de ser ocurentes analogías y no transformaciones reales de los conceptos. Cfr., BLUMENBERG, H., *La legitimación de la Edad Moderna*, Pre-Textos, Valencia, 2008.

⁹³ “[P]ara entender lo que es un milagro, tenemos en primer lugar que entender qué obras son aquellas de las que los hombres se maravillan y llaman admirables. Y no hay sino dos cosas que hacen que el hombre se maraville ante un hecho: una, que sea extraño, es decir, que nada semejante se haya producido jamás, o muy rara vez. La segunda, que una vez producido, no podamos imaginarlo provocado por medios naturales, sino solo por la mano inmediata de dios”. HOBBS, T., *Leviatán*, op.cit., cap. XXXVII, p.361.

trascendencia. El resultado catastrófico de las guerras de religión junto con el fin del Sacro Imperio Romano Germánico y el espíritu de la Modernidad hizo que Europa dudara acerca de la idoneidad de una política exterior basada exclusivamente en premisas religiosas. El poder de decisión en este contexto de secularización y auge de la razón de estado manifiesta su interés por asuntos más inmanentes como quién decide en el territorio, quién decide quién es el enemigo o quién decide si ir a la guerra. Ahora bien, esa inmanencia sigue teniendo una conexión con lo trascendente, el sentido teológico de la política no se ha abandonado completamente.

En la política, como en la metafísica, el tema dominante era pues eliminar la forma medieval de trascendencia que solo inhibe la producción y el consumo, manteniendo los efectos de dominación de la trascendencia mediante una forma que se adapta a los modos de asociación y producción de la nueva humanidad. El centro del problema de la Modernidad quedó así demostrado en la filosofía política y allí fue donde la nueva forma de mediación encontró su respuesta más adecuada a las formas revolucionarias de inmanencia: un aparato político trascendente.⁹⁴

La política internacional ya no obedecerá a fundamentos únicamente religiosos o trascendentales, pero la manera en la que se decidirá sobre ellos conservará una huella teológica. En la teoría de Schmitt se advierte que el sinsentido que habían provocado durante las guerras las discusiones sobre las causas justas retiró a estas posteriormente cualquier papel legitimador de la guerra. Pero el ámbito de lo trascendente mantendrá su significación en la medida en que las normas jurídicas establecidas a través de ese mecanismo cuasi-divino que es la decisión serán las que conformen la realidad política: “su pensamiento [el de Schmitt] opone siempre la forma y la ausencia de forma, la trascendencia y la inmanencia, y siempre exige el predominio de la forma sobre la ausencia de forma, de la trascendencia sobre la inmanencia”.⁹⁵

El otro elemento que hay que considerar junto a la decisión y la excepción, la forma jurídica, viene determinado por dicha decisión, por la actuación excepcional que desencadena esa situación límite. Según Schmitt, utilizamos este concepto de “orden jurídico” sin prestar mucha atención a sus implicaciones, presuponiendo que las normas que lo conforman surgen de una manera neutral. Por eso se encarga de resaltar la tensión connatural a todo derecho que consiste en que lo jurídico surge a partir de una

⁹⁴ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit. p.88-89.

⁹⁵ TRIERWEILER, D., “Georges Sorel et Carl Schmitt: D’une théorie politique du mythe à l’autre” en ZARQA, Y.C. (ed.), *Schmitt ou le mythe du politique*, PUF, París, 2009, pp.15-46, p.32.

decisión y no de una norma, siendo esta fruto de la anterior.⁹⁶ El *arché* de la norma es la decisión.

Cuando el soberano se hace visible ejerciendo su poder en la situación de excepción está creando ley a partir de ella. De este modo, la ley misma se funda sobre la excepción. La excepción será la forma original de la ley. Por eso, Carl Schmitt entiende que el orden jurídico no descansa en la norma, sino en una decisión:⁹⁷ “lo normal nada prueba; la excepción, todo; no solo confirma la regla, sino que esta vive de aquélla”.⁹⁸ La forma jurídica deviene entonces clave para comprender la enjundia de la soberanía: el soberano produce la unión del poder fáctico con el poder jurídico y origina el orden jurídico a través de su decisión.

Dotada de un valor diacrítico, la excepción hace que aparezcan los cimientos no normativos de la norma, a saber, la decisión que crea, junto con la “situación normal”, las condiciones de su validez. Con ello es rechazada ante todo la idea kelseniana según la cual una norma tan solo puede ser establecida por otra norma, de manera que el orden jurídico, en tanto que normativo, debería concebirse como autofundador.⁹⁹

El orden jurídico es fruto de un momento originario de decisión, de suspensión normativa en momentos de excepcionalidad. Una vez instaurada la normalidad el orden jurídico se desarrolla a través de las normas que lo conforman:

⁹⁶ Lo que se juega, en el fondo, es la distinción fundamental que Schmitt traza en su obra *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica* entre el decisionismo, el normativismo y el pensamiento del orden concreto. Como ya dije, el pensamiento jurídico de Schmitt pertenece inicialmente a la corriente del decisionismo. Más adelante (véase, *El Nomos de la Tierra*, 1950) esa decisión estará ligada al institucionalismo, a los órdenes concretos en los que está inserta esa decisión. El normativismo – cuyo mayor representante es Kelsen y a quien Schmitt dirige sus críticas en este asunto principalmente – fundamenta el derecho en el aparato de leyes existente en un determinado momento y lugar. Ese edificio de normas, en el caso de Kelsen, presentaría una jerarquía en cuya cúspide se situaría la *Grundnorm*, norma fundamental que da lugar a las demás y por encima de la cual no se sitúa una norma superior. Para Schmitt, este normativismo no deja de ser decisionismo ya que para instaurar esas normas se requiere un momento de instauración constituyente. Es ese momento extrajurídico y a la vez constituyente de lo jurídico lo que pone de manifiesto Schmitt con su defensa del decisionismo. Posteriormente, Schmitt matizará su posición y su posicionamiento jurídico variará del decisionismo más radical a lo que él mismo denominará pensamiento del orden concreto.

Para nuestro análisis, consideramos que incluso en su última fase, la del enfoque del orden concreto, en la visión que tiene Schmitt de Westfalia el decisionismo se mantiene. Entonces, habría que valorar cómo, o de qué manera, la teoría resultante de estudiar Westfalia desde el decisionismo se consolida sin fallas al aplicar el pensamiento del orden concreto. Pero si se quiere acudir a un buen resumen de la trayectoria del pensamiento jurídico de Schmitt véase KERVÉGAN, J.F., *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, 2014, *op.cit.*

⁹⁷ SCHMITT, C., *Teología política*, *op.cit.*, p. 16

⁹⁸ *Ibid.*, p. 20.

⁹⁹ KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, *op.cit.*, p.46.

Porque todo orden descansa sobre una decisión, y también el concepto del orden jurídico, que irreflexivamente suele emplearse como cosa evidente, cobija en su seno el antagonismo de los dos elementos dispares de lo jurídico. También el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma.¹⁰⁰

Este asunto ha sido ampliamente estudiado por Giorgio Agamben. A partir de él se observa el doble movimiento presente en la relación entre norma y decisión. Agamben incide, no solo en que la ley surge de una decisión en contextos de excepción, sino en que, una vez creada la jurisprudencia, la excepción se convierte en ley ya que esa ley pasa a formar parte de la normalidad. Excepción y ley forman parte de una misma realidad.¹⁰¹ En un primer momento, la lógica de la decisión rompe momentáneamente el derecho en un acto marcadamente político y excepcional y crea ley. Después, una vez que la situación se ha normalizado, esa misma ley comienza a ordenar la excepción y los comportamientos antes no previstos, y de ese modo incluye y reintroduce la excepción en la lógica del derecho.¹⁰²

En resumen, la soberanía es una estructura mediadora de conflictos y creadora de orden.¹⁰³ Solo la soberanía como estructura política con orígenes teológicos que conecta facticidad y trascendencia, o lo temporal con lo atemporal, puede actuar como mediación¹⁰⁴ para salvar el orden de lo concreto. Se hacen necesarias disposiciones

¹⁰⁰ SCHMITT, C., *Teología política*, op.cit., p.16.

¹⁰¹ “Que la ley tenga inicialmente la forma de una *lex talionis* (*talio*, quizás procede de *talis*, es decir: la misma cosa), significa que el orden jurídico no se presenta en su origen simplemente como sanción de un hecho transgresivo, sino que se constituye, más bien, a través de la repetición del mismo acto sin sanción alguna, es decir como caso de excepción. No se trata del castigo del primer acto, sino de su inclusión en el orden jurídico de la violencia como hecho jurídico primordial (*permittit enim lex parem vindictam*, Festo 496, 15)”. AGAMBEN, G., *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pretextos, Valencia, 2010, pp. 40-41.

¹⁰² “Estado de naturaleza y estado de excepción son solo las dos caras de un único proceso topológico en que, como en una cinta de Moebius o una botella de Leyden, aquello que se suponía como exterior (el estado de naturaleza) reaparece ahora en el interior (como estado de excepción), y el poder soberano es propiamente esta imposibilidad de discernir entre exterior e interior, naturaleza y excepción, *physis* y *nomos*”. *Ibíd.*, p. 54.

¹⁰³ En esa medida, esta soberanía, que no es sino el concepto secularizado de Dios, interviene para mediar y reconducir lo concreto hacia su fin: “Se trata de un Dios que está en condiciones de suspender el orden natural que Él mismo ha creado para garantizar que la creación se dirija a su fin. Es la firme conciencia de un desajuste entre la situación concreta y el telos, lo que funda una intervención adicional”. VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.115.

¹⁰⁴ Visión diferente a la de Walter Benjamin, que veía la sutura trascendencia/inmanencia como insuperable. La violencia está siempre en el seno de lo político y siempre presente, imposible de mediar: “Toda la violencia es, como medio, poder que funda o conserva el derecho [...] este [el contrato], aun en el caso de que las partes contratantes hayan llegado al acuerdo de forma pacífica, conduce siempre, en última instancia, a una posible violencia. Pues concede a cada una de las partes el derecho a recurrir, de algún modo, a una violencia contra la otra, en el caso de que esta violase el contrato. Incluso más: al igual que el resultado, también el origen de todo contrato conduce a la violencia. Pese a que no sea necesario que la violencia esté inmediatamente presente en el contrato como presencia creadora, se halla sin embargo representada siempre, en la medida en que el poder que garantiza el contrato es a su vez de origen violento, cuando no es sancionado jurídicamente mediante la violencia en ese mismo contrato”,

intermedias que desde un orden no meramente fáctico y no meramente trascendente sepan controlar y dirigir ese ámbito de lo concreto:

Por eso Dios no puede producir el milagro *desde la* naturaleza, como el soberano, en la situación excepcional, no puede producir orden *desde el* derecho. El soberano, como autoridad estatal superior al derecho concreto, parece semejante al Dios personal como potestad superior a la naturaleza. Aquí vemos que la imposibilidad de segar el vínculo entre metafísica y teología obedece a la propia estructura de la Modernidad, que no es sino un juego preciso de relación entre la inmanencia y la trascendencia. Mas no solo eso. Es también la época en que se concibió que el juego ineludible de la trascendencia consiste en mediar neutralizando los conflictos de la inmanencia. En este asunto, la Modernidad mantiene la estructura del cristianismo...¹⁰⁵

Para Schmitt la política presenta una ruptura en su origen porque el derecho, entendido como el intento de unir un conjunto de normas ejecutadas por el soberano con la realidad concreta que tiene que informar, no termina de realizarse del todo. El reino de los fines – la libertad, el derecho – no se plasma directamente en la tierra. De ahí la necesidad del soberano y de estructuras de medición que canalicen, aunque sea de manera imperfecta, ese tránsito. Como explica Carlo Galli, el estado es para Schmitt la figura que media entre el derecho como ideal y la fuerza como decisión. El soberano encarna la justicia y la ejerce a través de la decisión. Pero para que esa transición se lleve a cabo es necesaria la representación que ligue el mundo trascendente con lo terrenal. Eso lo hacía muy bien el catolicismo porque portaba en sí el concepto de representación. El Mesías es Dios en la tierra. El estado no puede serlo, pero lo intentará. Según Schmitt, el estado no lo consigue porque el tipo de mediación o representación que construye está atravesada por las premisas de la filosofía mecanicista propias de la Modernidad. Al concebir lo terrenal, los sujetos, el estado, como mera materia cuantificable, la política creada está desprovista de cualquier tipo de encanto. Y la mediación, que en tanto que representación es un mito, requiere un esfuerzo de la imaginación para ser consistente y creíble. Desde el momento en que las potencias mágicas o imaginativas desaparecen, solo queda un vínculo frío y mecánico y por eso el ejercicio político es imperfecto y contingente:

BENJAMIN, W., *Crítica de la violencia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, pp.100-101. También la siguiente cita expresa esa idea: “Creación de derecho es creación de poder, y en tal medida [es] un acto de inmediata manifestación de violencia”, *Ibid.*, p.112.

¹⁰⁵ VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p. 116.

En *Catolicismo romano y forma política*, Schmitt interpreta al Estado como la forma política adecuada para una época, la Modernidad, que niega el nexo tradicional entre trascendencia y política (o sea, que critica la *auctoritas* pontificia, la mediación pontificia) y que, por lo tanto, intenta construir el orden político (el Estado) como una mediación racional perfectamente autosuficiente, o sea, como un contrato que produce un orden legal, como un artificio técnico, un instrumento de defensa y de dominio a disposición del sujeto individual, de sus derechos y de sus necesidades. Pero la *ratio* del Estado moderno, desvinculada de la *auctoritas* (de la mediación pontificia, de la relación con la trascendencia) es para Schmitt incapaz de *repraesentatio*, es decir, de dar forma a un orden público y político abierto a la Idea y, por lo tanto, dotado de sentido, complejo y concreto; la política moderna, cuya forma adecuada es el Estado, no posee una verdadera dimensión pública: es un conjunto de subjetividades privadas que se creen garantizadas por el Estado, pero que en realidad están destinadas a la angustia y a ser aniquiladas, junto con toda la ideología moderna, por el triunfo de la técnica, que es la verdadera clave y el verdadero horizonte de la Modernidad y del Estado...¹⁰⁶

Habría que preguntarse hasta qué punto el estado soberano es consciente de su propia estructura aporética y mediadora. Para algunos autores, como Carlo Galli, la entidad estatal portaría el desconocimiento de su propia idiosincrasia.¹⁰⁷ Sin embargo, considero que el estado moderno sí reconoce la complejidad de esta estructura de mediación entre lo trascendente y lo inmanente. Pero solo puede asimilarla bajo la forma del mito y del secreto de estado o *arcana imperii*.¹⁰⁸ La académica Céline Jouin afirma que para Schmitt la representación, es decir, la mediación, sería el secreto último de la política y uno de los *arcana imperii* fundamentales, pues pese a la existencia de representantes, la total identificación con los ciudadanos es un misterio nunca resoluble. Por tanto, el mito central de la política moderna es el misterio de la representación. Esos secretos se normalizan con la aparición de la razón de estado y de la técnica al comienzo del sistema westfaliano y pierden su carácter misterioso:

Si, alrededor de 1650, la noción de arcano se ha vuelto más rara, reemplazada poco a poco por la de “razón de estado”, no es porque la política se hubiera convertido en moral y transparente, sino porque los arcanos habían perdido su carácter

¹⁰⁶ GALLI, C., *La Mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011, pp.22-23.

¹⁰⁷ “En la modernidad, la coacción al orden se afirma unilateralmente, privada de la conciencia de su estructura aporética; es una mediación que desconoce la inmediatez que le pertenece originariamente, y en consecuencia es una mediación inmediata”. *Ibid.*, p.28.

¹⁰⁸ A los que Gabriel Naudé se refiere así: “[D]iré que es posible establecer un bello parangón entre el río Nilo y los “secretos de estado”: igual que los pueblos más cercanos a su fuente sacan de él mil comodidades sin tener conocimiento alguno de su origen, también es forzoso que los pueblos admiren las benéficas consecuencias de los golpes de mano de sus jefes sin conocer cosa alguna de sus causas y diversos resortes”. NAUDÉ, G., *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*, Tecnos, Madrid, 1998, p.53.

amenazador. Se normalizan y se legalizan. Se convirtieron en un *topos* aceptado de la literatura política y en un principio jurídico. La literatura de los arcanos acompañó entonces la emergencia de un derecho público europeo moderno, el *Ius publicum europaeum*.¹⁰⁹

En el siglo XVIII esa normalización del misterio irá a más, pues la filosofía de la Ilustración comenzó a promulgar la transparencia como principio político. Para Schmitt sin embargo, los intentos liberales de llevar a cabo una política completamente transparente falsean la naturaleza de la política, que requiere un espacio de mistificación y secreto. En un primer momento puede parecer contradictorio que Schmitt abogue por la permanencia de esos secretos y, al mismo tiempo, sea el mayor defensor del *Ius publicum europaeum*. En el fondo, lo que no tolera es que, con la aparición del liberalismo, esos secretos hayan quedado completamente velados.¹¹⁰

Al perderse el trasfondo religioso con la estatalización y la tecnificación de la política y de las relaciones internacionales, se desvelan los secretos de la política, sus fundamentos místico-teológicos. Al desvelarse sufren una transformación, se hacen visibles, pero al comienzo de ese proceso aún mantienen su fondo mítico. Sin embargo, posteriormente el liberalismo defenderá su desaparición bajo la consigna de la transparencia total, y eso es lo más criticable, según Schmitt.¹¹¹

En efecto, si en la época del parlamentarismo el secreto político se convirtió en un tabú, dicho de otra manera, si el misterio ha resurgido, es sin duda porque después de una fase en la que, a través de la razón de estado, los arcanos del poder se normalizaron, dejando así de ser arcanos en el seno del *Ius publicum europaeum* y transformándose en principios jurídicos (como la cláusula *rebus sic stantibus* [ver *Stolleis Arcana imperii und Ratio status*], fueron después enterrados bajo la pesada

¹⁰⁹ JOUIN, C., “Du secret en démocratie. Réflexions sur l’irreprésentable chez Carl Schmitt”, en SUR, S. (ed.) *Carl Schmitt. Concepts et usages, op.cit.*, pp.195-214, pp. 203-204.

¹¹⁰ Para Jouin la contradicción se disuelve leyendo *La dictadura*: “Discernir estos dos sentidos, el del siglo XVII, el de Schmitt, permite comprender por qué Schmitt no se contradice de un texto al otro cuando por un lado, en *La dictadura*, insiste en el hecho de que la literatura de los arcanos solo se ha podido desarrollar “cuando se ha agotado la fuerza de la teología”, en el momento en que el argumento teológico “ya no satisfacía”, siendo los arcanos del poder solo los secretos de estos profesionales que son los especialistas de la política, y cuando en otros textos habla del secreto político argumentando de manera teológica y remitiéndolo al poder de Dios”. *Ibid.*, p.206.

¹¹¹ Por no hablar de las consecuencias negativas que esto tendrá para el estado: “La reserva de fe privada concedida por Hobbes la entiende Carl Schmitt como puerta de entrada de la subjetividad de la conciencia burguesa y de la opinión privada, que progresivamente desarrollan su fuerza subversiva. Pues esta esfera privada se proyecta hacia afuera y se amplía hasta convertirse en esfera de la opinión pública burguesa; en el seno de esta última la sociedad civil se hace valer como contrapoder político, que, al reservar al parlamento las competencias en lo tocante a legislación, acaba derrocando de su trono al Leviatán”. HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 2007, p.71.

funcionalidad del aparato de estado en la época del positivismo jurídico, hallando una nueva profundidad.¹¹²

Tal y como señala Jouin, Schmitt reclamaría el *arcanum* de la filosofía política moderna, el del estado soberano, el del arranque de la Modernidad, que ya es técnico pero que aún recuerda su origen teológico; y rechazaría la transformación que sufre con el desarrollo del liberalismo: “Cuando afirma la centralidad y la fecundidad del secreto, pretende ser moderno y no posmoderno, pero de una Modernidad que él remonta al siglo XVII y no a la Ilustración”.¹¹³ Aquí resulta pertinente volver la mirada de nuevo a Hobbes ya que sería él quien diera los primeros pasos hacia esa futura tecnificación. Porque, tal y como relata en *El Leviathan en la teoría del estado de Thomas Hobbes*, lo grave para Schmitt es que fuera un autor propiamente moderno y westfaliano, Hobbes, quien sembrara la semilla de la venidera tecnificación. La escisión que Hobbes crea entre la esfera pública y el fuero interno provoca una brecha que permite que se desarrolle toda una vida interior a espaldas del estado en el espíritu del individuo: “El Estado absoluto puede exigirlo todo, pero solo externamente. El *cuius regio ejus religio* se cumple, pero la religión se traslada clandestinamente a un nuevo campo distinto e inesperado; a la esfera de libertad privada del individuo que piensa, siente y opina libremente”.¹¹⁴ Al relegar todo el ámbito del misterio y de la subjetividad al fuero interno, la esfera pública, desprovista ya del fuego espiritual, se convierte en mera máquina (la propia portada del Leviatán muestra al soberano como resultado de la suma de los cuerpos de los súbditos), proceso que Schmitt concibe como un proceso de tecnificación que atenta contra los orígenes míticos de la política:

El resultado es que esta máquina, como la técnica toda, se independiza de todos los objetivos y convicciones políticas y adquiere frente a los valores y frente a la verdad, la neutralidad propia de un instrumento técnico. Así se cumple a lo largo del siglo XVII un proceso de neutralización que, con absoluta lógica interna, culmina en la tecnificación general.¹¹⁵

¹¹² SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del estado de Thomas Hobbes*, Comares, Granada, 2003, pp.206-207.

¹¹³ JOUIN, C., “Du secret en démocratie. Réflexions sur l’irreprésentable chez Carl Schmitt”, *op.cit.*, p.214.

¹¹⁴ SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del estado de Thomas Hobbes*, *op.cit.*, p.54.

¹¹⁵ *Ibid.*, p.61.

2. 2. TEOLOGÍA POLÍTICA INTERNACIONAL: EXCEPCIÓN Y DECISIÓN EN LAS RELACIONES INTERESTATALES.

Desde este punto, neutralizar el conflicto interno no implica neutralizar el conflicto en el ámbito del *pluriversum*. De esta manera, la teología política no puede evitar la recaída en la forma del mito cuando aborda los conflictos internacionales.

JOSÉ LUIS VILLACANA¹¹⁶

El Estado es imperio de la razón y reino de la ética por una triple razón: porque el orden que instituye es la negación de lo que el pensamiento clásico entiende por estado de naturaleza; porque el orden interestatal en el que el *Ius publicum europaeum* codificó los principios creó, por algunos hilos, un “reino de la razón relativa”, “transformando [la guerra] en duelo entre Estados europeos”; finalmente, porque estuvo en condiciones de imponerse como “tercero superior” en las diferencias de toda clase que nacen en el seno del espacio parcialmente desestatalizado de la sociedad civil.

JEAN-FRANÇOIS KERVÉGAN¹¹⁷

El decisionismo soberano que acabo de explicar funciona tanto a nivel estatal como internacional. En razón de la temática de este trabajo me voy a centrar ahora en cómo el decisionismo afecta a la esfera de las relaciones interestatales. Para ello voy a partir de la necesidad de comprender el funcionamiento de la dinámica interior/exterior. Hablar de las relaciones entre los estados implica conocer cuál es la especificidad de la realidad estatal desde su nivel más singular y existencial. Eso no significa que la política exterior sea subalterna respecto a la interior. La realidad internacional adquiere una particularidad concreta y propia que revierte hacia lo nacional y lo determina, pero siempre habiendo partido de la unidad de análisis básica que es el estado. En Schmitt ambas esferas son inseparables pero en cada una de ellas se generará una dinámica de actuación diferente: paz en el interior y conflicto en el exterior, siendo el segundo garantía y condición para que se dé la primera.¹¹⁸

En *Teología Política* Schmitt recurre a Bodino,¹¹⁹ uno de los grandes teóricos de la soberanía, para explicar la noción de *potentia absoluta*. Este poder absoluto implica

¹¹⁶ VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p. 150.

¹¹⁷ KERVÉGAN, J.F. *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.190.

¹¹⁸ “El estado del que habla Schmitt aspira a la homogeneidad interior por la centralización, al mismo tiempo que se delimita claramente en términos de fronteras en relación a lo que le es exterior. Todo esto implica una clausura de la unidad, clausura dirigida contra todas las concepciones pluralistas posibles”. TRIERWEILER, D., “Georges Sorel et Carl Schmitt: D’une théorie politique du mythe à l’autre”, op.cit., pp.19-20.

¹¹⁹ Igualmente, la teoría de los golpes de estado enunciada por Naudé es otro ejemplo de la dinámica excepción/decisión. Así define el término: “acciones audaces y extraordinarias que los príncipes se ven

que el pacto con el pueblo puede ser quebrado por el soberano porque, aunque su poder sea terrenal, tiene atributos cuasi-divinos¹²⁰ y eso le da el derecho de desobedecer sus propias leyes y de romper las promesas.¹²¹ Según Bodino, para quien la ley es “el orden o la sanción de la autoridad soberana”,¹²² el príncipe está obligado a cumplir el pacto por el interés del pueblo, pero no “si la necesidad es urgente”.¹²³ Este mismo esquema de ruptura del pacto es aplicable a nivel internacional. El lema estrella de Westfalia era el *pacta sunt servanda*: los acuerdos están para ser cumplidos. El propio Schmitt, aun siendo un defensor a ultranza del *Ius publicum europaeum*, apunta en *Teoría de la Constitución* al carácter tautológico, *ergo* vacío, de la fórmula *pacta sunt servanda*. Según él, en la propia definición de pacto va incluida el compromiso de cumplirlo y respetarlo. Aquello de lo que cabe dudar es de las circunstancias que rodean a ese pacto, de sus condiciones de validez y, especialmente, de aplicación, esto es, si el soberano está dispuesto a tomar la decisión de aplicarlo. Pero esta cuestión, como señala Schmitt, ese poder de decisión, es externo al principio *pacta sunt servanda*, no es una cuestión de derecho, sino de política soberana:

Nadie puede discutir que los pactos han de ser observados; la discusión afecta tan solo a dudas y diferencias de opinión sobre si *in concreto* hay un pacto, si este pacto es válido, si son de tener en cuenta causas especiales de invalidez o rescisión, etc. [...] En realidad, la cuestión es: *quis iudicabit?* ¿Quién decide acerca de si hay un pacto válido, si hay causas admisibles de impugnación, si hay un derecho de retracto, etc.? Colocando la cuestión de este modo certero, se muestra que el postulado *pacta sunt servanda* ni enuncia una decisión de contenido, careciendo así de toda suerte de valor normativo, ni indica quién decide.¹²⁴

obligados a ejecutar en el acometimiento de las empresas difíciles y rayanas en la desesperación, contra el derecho común, y sin guardar ningún orden ni forma de justicia, arriesgando el interés de los particulares por el bien general”. NAUDÉ, G., *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*, op.cit., p.82. Establece las siguientes condiciones a la hora de ejecutar un golpe de estado: tiene que ser defensivo, esto es, evitar un peligro; por necesidad pública; llevado a cabo con moderación tanto en la intensidad como en la frecuencia temporal, a través de medios no muy duros; y ejecutado por el soberano con un aparente sentimiento de tristeza de cara a la opinión pública.

¹²⁰ “[L]a suprema autoridad dada a un príncipe con cargos y condiciones no es propiamente suprema autoridad ni poder absoluto, salvo si las condiciones puestas en la creación de un príncipe fuesen de la ley de Dios y de la natural”. BODINO, J., *Los seis libros de la República*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992, p. 272.

¹²¹ “Si el príncipe supremo promete simplemente a otro príncipe guardar las leyes que él o sus predecesores han hecho, está obligado a guardarlas si al príncipe a quien se dio la palabra le va algún interés, aunque no hubiera jurado: mas, si el príncipe a quien la promesa se hizo no tiene interés, ni la promesa, ni menos el juramento, pueden obligar al que prometió”. *Ibid.*, p. 276. De este modo el concepto de “promesa” pierde todo su sentido. Quedaría por aclarar, además, quién determina si hay algún interés o no en la palabra dada. Entendemos que quién decide es el soberano.

¹²² BODINO, J., *Exposé du droit universel*, PUF Questions, París, 1985, p. 17.

¹²³ SCHMITT, C., *Teología política*, op.cit., p. 15

¹²⁴ SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p.115.

Pues bien, ese principio, base del derecho westfaliano, puede ser transgredido cuando el soberano lo considere imprescindible, es decir, “si la necesidad es urgente”, apelando al principio *rebus sic stantibus* que, a nivel internacional, viene a enunciar que los tratados se pueden incumplir si el soberano considera que van en contra de sus intereses.

Esta capacidad de decisión se observa ya en Hobbes, así como la necesidad de generar una dinámica interior/exterior. Su contractualismo a nivel estatal no es extensible al ámbito internacional. Existe una analogía en su pensamiento: la guerra civil aparece “como si” fuera el estado de naturaleza y la guerra internacional también se muestra “como si” constituyera estado de naturaleza. En el primer caso, el contrato surge como necesidad para evitar el conflicto entre hermanos. Ahora bien ¿por qué no importar el modelo de contrato social, que sí funciona entre individuos, al nivel internacional en el que lo que hay no es sino lucha entre Leviatanes, entre individuos soberanos? Es decir, del mismo modo que en la república es necesario un Leviatán que tome la decisión en el estado de anarquía para evitar el conflicto, ¿por qué esta necesidad no puede ser trasladable al panorama de las relaciones internacionales?:¹²⁵ “El Hombre es un Dios para el hombre, y el Hombre es un lobo para el Hombre. Lo primero es cierto en las relaciones entre ciudadanos, lo segundo de las relaciones entre estados”.¹²⁶

Atendiendo a esta y otras citas, parece que para Hobbes no es posible el contrato en el ámbito internacional: lo primordial es evitar el conflicto civil y, para ello, es preciso lograr la cohesión social entre los individuos que componen el estado. Y no hay nada que dé más unión a un conjunto civil que un enemigo exterior. De este modo, Hobbes, obsesionado con la guerra civil inglesa, valorará positivamente la existencia de una guerra internacional con el fin de lograr la unidad en el seno del estado.

¹²⁵ Habermas señala que la analogía entre la salida del estado de naturaleza que impulsa a la creación de los estados y la salida del conflicto internacional a través de la formación de una asociación de estados no es del todo coherente porque el contrato social a nivel nacional implica la ganancia de la suspensión de la violencia y de la inseguridad pre-estatal en favor de unos derechos que garantiza el ser parte del estado. Sin embargo, en el salto a una comunidad internacional no se pasa de una situación desesperada a otra beneficiosa, sino que se parte ya de un estado aceptable. Y se puede llegar a pensar que el paso a una comunidad internacional puede privar al estado de sus prerrogativas. Cfr., HABERMAS, J., *El Occidente escindido*, Trotta, Madrid, 2006, p.127 y siguientes.

¹²⁶ HOBBS, T., *On the Citizen*, TUCK, R., SILVERTHORNE, M. (ed.), Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p.3, *apud* GARCÍA-SALMONES, M., “Razón práctica, lo mecánico y teoría legal en Hobbes: la legalización de lo político”. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I época, vol. 5, 2010, pp. 261-272, p. 268.

[S]itúo en primer lugar, como inclinación general de toda la humanidad, un deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder, que solo cesa con la muerte (...) En realidad, el hombre no puede asegurarse el poder y los medios para vivir bien que actualmente tiene sin la adquisición de más. Y por eso sucede que los reyes, que son los más poderosos, dirigen sus afanes a asegurarlo en casa mediante leyes y fuera mediante guerras.¹²⁷

En esta cita se observan dos cosas. En primer lugar, se ve expresado en ella el asunto que me interesa, a saber, la noción misma de decisionismo y su relación con la ley. En segundo lugar se advierte que, si bien el orden se mantiene en casa con la ley del soberano, fuera se consigue *de facto* con la guerra. No hay que olvidar que a Hobbes se le relaciona directamente con la *realpolitik*. Aunque existan periodos de relativa paz – necesarios en cualquier caso porque el contrato es un pilar del pensamiento de Hobbes – la inclinación de los estados es hacia la guerra.¹²⁸ Un contrato a nivel internacional supondría la existencia de un Leviatán que los gobernara a todos, es decir, un *hegemón*, una figura imperial, algo con lo que ni Hobbes ni Schmitt están de acuerdo.¹²⁹ Como el ámbito internacional equivale a estado de naturaleza,¹³⁰ las mismas normas de autodefensa y supervivencia individual rigen para cada uno de los estados, concebidos por Hobbes como individuos o levitanes: “la ley internacional y la ley de la naturaleza son la misma cosa, y todo soberano tiene el mismo derecho a procurar la seguridad de

¹²⁷ HOBBS, T., *Leviatán*, op.cit., cap. XI, p.109.

¹²⁸ “[P]ues la guerra no consiste solo en batallas, o en el acto de luchar; sino en un espacio de tiempo donde la voluntad de disputar en batallas es suficientemente conocida. Y, por tanto, la noción de tiempo debe considerarse en la naturaleza de la guerra; como está en la naturaleza del tiempo atmosférico. Pues así como la naturaleza del mal tiempo no está en un chaparrón o dos, sino en una inclinación hacia la lluvia de muchos días en conjunto, así la naturaleza de la guerra no consiste en el hecho de la lucha, sino en la disposición conocida hacia ella, durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario. Todo otro tiempo es paz”. *Ibid.*, cap. XIII, p.129. Esta cita refuerza nuestra tesis de que un armisticio no equivale a una paz verdadera. Esta idea también está muy presente en FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Akal, Madrid, 2003.

¹²⁹ Para Hegel los estados del contexto westfaliano también dependen únicamente de ellos mismos y de sus relaciones contractuales y no de un hegemón. Pero el ideal (*deber ser* lo llama) sería la existencia de un principio universal para todos ellos: “[P]uesto que sus relaciones [del estado con otros estados] tienen como principio su soberanía, ellos están entre sí en el estado de naturaleza, y sus derechos tienen su *realidad* no en una voluntad universal constituida como fuerza por encima de ellos, sino solo en su voluntad particular. Por consiguiente, aquella determinación universal permanece en el *deber* y la situación se convierte en una alternación de la relación conforme a los tratados y de la negación de la misma”. HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, Párrafo 333, p.416.

¹³⁰ Así lo resume Meinecke: “[E]n las relaciones entre los Estados se impone, de otro lado, lo que veíamos como el cometido fundamental y natural de la razón de Estado, la tendencia a la seguridad y a la autoafirmación a toda costa y por todos los medios. Solo el interior de los Estados queda, en efecto, pacificado por la instauración del Estado, mientras que, como no hay ningún Leviathan superior a ellos, entre los Estados subsiste, con necesidad lógica, el estado originario de naturaleza, el *bellum omnium contra omnes*”. MEINECKE, F., *La idea de la razón de estado en la edad moderna*, Centro de estudios constitucionales, Madrid, 1983, p.216.

su pueblo que pueda tener cualquier hombre particular a procurar la seguridad de su propio cuerpo”.¹³¹

Se configura entonces una estructura dual o asimétrica entre la esfera nacional y la internacional, esquema que Schmitt reproducirá. Es necesaria la guerra para que el Leviatán despliegue todo su potencial, pero solo la guerra internacional, pues la civil es la que siempre hay que evitar.

El Estado moderno como sujeto soberano se funda así en una doble oposición, negativa y afirmativa, del estado de naturaleza. En la negación, en cuanto “estado civil”, del estado de naturaleza propio de las sociedades primitivas de los hombres de carne y hueso, y por tanto, en la oposición entre la “civilización” y la “incivilidad”, entendida como fuente de legitimación de nuevas formas de desigualdad y dominio. Y en la afirmación, como corolario, de un nuevo estado de naturaleza en el ámbito externo: la sociedad salvaje pero artificial de los Estados soberanos, en virtual estado de guerra entre sí, pero unidos al mismo tiempo, como “mundo civil”, por el derecho-deber de civilizar el resto del mundo todavía “incivil”. Es una vez más Thomas Hobbes quien teoriza, con su habitual claridad, esta doble oposición.¹³²

Sobre esta tesis presente en el pensamiento en Hobbes, Antonio Rivera sostiene que para la Modernidad la guerra civil es mucho más peligrosa que la guerra internacional porque lo que está en juego es la unidad del estado y la convivencia entre hermanos, algo que no está en riesgo cuando el conflicto es internacional:

En la guerra internacional hay desigualdad, pero no hay contradicción o no implica el mismo grado de inseguridad, ya que si un Estado es vencido por otro tan solo cambia el soberano. Por lo demás, la guerra internacional puede ser imprescindible para cumplir la primera función del Leviatán: garantizar la vida de los súbditos.¹³³

Lo mismo se observa en Carl Schmitt: una apuesta por la unidad interna y el disenso externo.¹³⁴ Schmitt defiende una concepción sustantiva del estado frente a la

¹³¹ HOBBS, T., *Leviatán*, op.cit., cap. XXX, p.299.

¹³² FERRAJOLI, L., *Razones jurídicas del pacifismo*, Trotta, Madrid, 2004, p.96.

¹³³ RIVERA, A., “Thomas Hobbes: modernidad e historia de los conceptos políticos”, *Res publica*, 1, 1998, pp. 183-198, p. 190.

¹³⁴ Según Zizek, esto hace que el pensamiento de Schmitt aproximándose a posiciones cercanas a la derecha política: “La indicación más clara de esta negación de Schmitt de lo político es la primacía de la política externa (relaciones entre estados soberanos) sobre la política interna (antagonismos sociales internos) en la cual insiste: ¿no es la relación con un Otro externo como el enemigo una manera de negar la lucha *interna* que atraviesa el cuerpo social? En contraste con Schmitt, una posición izquierdista debería insistir en la primacía incondicional del antagonismo inherente como constitutivo de lo político”. ZIZEK, S., “Carl Schmitt in the Age of Post-Politics” en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, op.cit., pp.18-37, p.29.

noción liberal que convierte al estado en una agrupación social más entre otras. La lucha exterior no implica la pacificación en el interior del estado y esto implica un rechazo del republicanismo a ambos niveles ya que la unidad del estado se basa en la eliminación de cualquier enemigo interno y la política exterior en el conflicto limitado entre estados: en ningún caso encontramos las bases jurídicas para la construcción de una política basada en el republicanismo.

Este modelo conduce a Schmitt a privilegiar la dimensión exterior de la soberanía, haciendo del *ius belli* el atributo mayor de la potencia estatal, y relegando a segundo plano la cuestión de las formas y la legitimidad de la subordinación, que era el corazón de la filosofía política clásica.¹³⁵

Como ni Hobbes ni Schmitt son defensores de un único soberano a nivel mundial, acaban apostando por unas relaciones internacionales conflictivas. Aceptan que, por su naturaleza, el deseo del ente estatal soberano es perseverar en su ser, ya sea de cara a otros soberanos externos, ya sea para evitar la anarquía interior. Por eso, para Schmitt el decisionismo a nivel internacional no contradice el espíritu conciliador de Westfalia, porque cada estado soberano tiene igual protagonismo e igual posibilidad de ejercer su decisión. La sociedad internacional moderna está conformada por una pluralidad de estados soberanos sin que ninguno de ellos tenga autoridad sobre los demás (*pluriverso*).

Desde un punto de vista jurídico, el modelo de Westfalia, de acuerdo con su pureza inicial, se caracteriza por no reconocer ninguna subjetividad internacional a entidades colectivas distintas de los Estados o superiores a ellos. En el ámbito internacional no existen un legislador y un gobierno que tengan el poder de dictar normas y aplicarlas con validez *erga omnes*. La autoridad soberana de los Estados es la fuente exclusiva del derecho internacional - en la medida en que los Estados mismos suscriban tratados bilaterales o multilaterales, o bien reconozcan la vigencia de normas consuetudinarias o principios generales.¹³⁶

Lo único que los constriñe mínimamente son esas reglas de coexistencia del *Ius publicum europaeum* que, como he señalado, son fácilmente anulables aplicando la cláusula *rebus sic stantibus*. Para Schmitt, esto hizo posible el equilibrio político y la destrucción del Imperio Alemán, como ya señaló insistentemente Hegel en *La*

¹³⁵ KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.69.

¹³⁶ ZOLO, D., *La justicia de los vencedores. De Núremberg a Bagdad*, Trotta, Madrid, 2007, p.113.

constitución de Alemania.¹³⁷ Además, el paradigma westfaliano no pretende ocultar que todos los estados tienen sus relaciones de amistad y enemistad. La guerra entre los estados sigue existiendo. Sin embargo se trata de una enemistad formal, estratégica y atemperada, sin acicates religiosos, ideológicos o pasionales. Por ejemplo, el reinado de Luis XIV en el siglo XVII, en pleno contexto westfaliano, es la historia de la hegemonía francesa en el continente, una hegemonía ejercida en principio sin pasión, independiente de cualquier fervor religioso, pero aun así portadora de prácticas de ocupación y guerra.¹³⁸ En palabras de Voltaire: “La ambición de Luis XIV no fue contenida en absoluto por la paz general. El Imperio, España, Holanda, despidieron a sus tropas extraordinarias; él guardó todas las suyas. Él hizo de la paz un tiempo de conquistas”.¹³⁹ El interés estratégico adquiere el papel que antes tenía la religión la cual, a su vez, se ve sometida a la utilidad de la razón de estado.¹⁴⁰

En resumen, el conflicto entre los estados, mostrado en su forma más cruda bajo la forma de la guerra, no desaparece al acabar esta, sino que se mantiene continuamente. Debido a esta situación, dado que la violencia siempre estará presente, la mejor manera de canalizarla para Schmitt es amoldarla a una forma jurídica institucional, al derecho del Estado. Por eso el Estado es *complexio oppositorum*, porque sin eliminar las diferencias de los diferentes grupos que lo componen, los integra a todos pacíficamente.¹⁴¹ Mouffe señala un problema presente en el argumento de Schmitt: la soberanía se presenta como aquello que es capaz de superar la contingencia de la

¹³⁷ Repetimos una cita ya mencionada que expresa a la perfección esa idea: “La paz de Westfalia ha consolidado en todas partes aquel principio que se llamara antaño libertad alemana, es decir, la disolución del Imperio en Estados independientes, cuya multitud disminuyó la única posibilidad, todavía al alcance, de cierta preponderancia del todo sobre las partes fortaleciendo la separación mediante su fusión en Estados más grandes...”. HEGEL, G.W.F., *La Constitución de Alemania*, Tecnos, Madrid, 2002, p.150.

¹³⁸ Ludwig Dehio tematiza en su obra *Gleichgewicht und Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte* (1948) el asunto de la hegemonía política a nivel internacional. Este autor habla de tres periodos de política hegemónica: la imperial española de Felipe II, la de Francia bajo el reinado de Luis XIV, posteriormente la Francia de Napoleón I y, por último, la Alemania de Hitler. Y señalará la crucial importancia de la distinción tierra/mar para la política moderna, en concreto, el papel mediador del mar como freno al peligro que Francia suponía para el resto de potencias: “Sobre todo, la amenaza de la ascendente hegemonía francesa producirá la renovación de la alianza de las potencias marítimas, que el rechazo de la hegemonía española había unido por primera vez”, DEHIO, L., *Gleichgewicht und Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte*, Scherper, Krefeld, 1948, p.59. “Y este papel mediador es en realidad la base de la peculiar importancia de la energía del mar en el contexto de todo el sistema”. *Ibid.*, p.80.

¹³⁹ VOLTAIRE, *Le Siècle de Louis XIV*, Gallimard, París, 2015, p. 209.

¹⁴⁰ Lo cual se advierte en cómo Luis XIV hacía uso de la religión para sus intereses políticos.: “La política de Luis XIV perseguía a los protestantes en Francia [...] pero protegía bajo mano a los protestantes y las revueltas de Hungría que le podían servir”. *Ibid.*, p.214.

¹⁴¹ Ese paso no lo dio Walter Benjamin, quien pensaba que el conflicto era insuperable, imposible de traducir a derecho. Sobre este tema es fundamental la Introducción de VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit.

pluralidad, pero la posibilidad de que sea destruida manifiesta su fragilidad y pone en duda su carácter sustancial o absoluto. Porque si esa unidad se forma, es que es una construcción, lo cual implicaría un grado de contingencia que abriría la posibilidad a la existencia de algo diferente de la unidad, como la pluralidad. Y si la pluralidad o el pluralismo se muestran como un peligro es porque tienen la capacidad de destruir esa unidad. Eso conlleva a que dicha unidad, presentada por Schmitt como inalterable y sustancial, sea en realidad un constructo frágil:

Schmitt se nos presenta con un falso dilema: o hay unidad del pueblo, y esto requiere expulsar cualquier división y antagonismo fuera del *demos* – el exterior que necesita para establecer su unidad –; o algunas formas de división en el interior del *demos* son consideradas legítimas, y esto conduciría inexorablemente al tipo de pluralismo que niega la unidad política y la misma existencia del pueblo [...] Su posición es, de hecho, finalmente contradictoria. Por un lado, parece considerar seriamente la posibilidad de que el pluralismo pudiera provocar la disolución de la unidad del estado. Sin embargo, si esa disolución es una posibilidad *política* distintiva, también implica que la existencia de tal unidad es ella misma un hecho contingente que requiere una construcción política. Por otro lado, aun así, la unidad se presenta como un *factum* cuya obviedad ignoraría las condiciones políticas de su producción. Solo como resultado de esta prestidigitación puede ser la alternativa tan inexorable como Schmitt quiere que sea.¹⁴²

El derecho da forma, enmarca, delimita y neutraliza el conflicto sin que por ello este último deje de existir, porque gracias al recurso de la excepción la política siempre podrá situarse por encima del derecho cuando sea necesario. Para entender esta dinámica asimétrica entre el interior y el exterior es necesario acudir al célebre texto de Schmitt *El concepto de lo político* (1932). En el prólogo a dicha obra, escrito en 1963, Schmitt sostiene que, aunque lo político es previo al estado, “estatal” llega a identificarse con lo “político” en la Modernidad ya que todas las concepciones, términos y conceptos políticos están siempre referidos al estado, y especialmente a la política exterior, dado que se da por supuesto que el interior había quedado pacificado.¹⁴³ De

¹⁴² MOUFFE, C., “Carl Schmitt and the Paradox of Liberal Democracy” en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, op.cit., pp.38-53, pp.49-50. Esta idea también es compartida por Carlo Galli, para quien la neutralización en el interior del estado pasa por la criminalización de cualquier tipo de diversidad o pluralidad. Cfr., GALLI, C., *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, op.cit., p.865.

¹⁴³ “Casi siempre lo “político” suele equipararse de un modo u otro con lo “estatal”, o al menos se lo suele referir al Estado”. Eso acabará con el auge del liberalismo, pues este conducirá al fin del estatocentrismo. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.54.

hecho, su famoso lema “El concepto del Estado presupone el de lo político”, va dirigido, según Schmitt a “los conocedores del *Ius publicum europaeum*”:¹⁴⁴

Conviene recordar que ambas palabras, tanto política como policía, derivan de la misma palabra griega *polis*. La política de gran estilo, la alta política, era entonces únicamente política exterior, y la realizaba un Estado soberano como tal respecto de otros Estados soberanos a los que reconocía como tales, actuando sobre la base de este reconocimiento y en forma de decisiones sobre amistad, hostilidad o neutralidad recíprocas.¹⁴⁵

Y el criterio definitorio y específico de lo político es la distinción amigo/enemigo ya que todos los conceptos políticos hacen referencia en última instancia a esa diferenciación. Lo político no determina un contenido específico. Es más bien una forma, una estructura existencial, la del amigo/enemigo, que se puede dar en cualquier relación: “Por sí mismo lo político no acota un campo propio de la realidad, sino solo un cierto *grado de intensidad* de la asociación o disociación de hombres”.¹⁴⁶ Lo que importa es la separación, el corte, la delimitación,¹⁴⁷ es decir, no ya tanto quién sea el amigo y quién el enemigo, como que exista esa relación o forma estructural de amistad/enemistad. Habermas, gran lector y crítico de Schmitt,¹⁴⁸ habla de los riesgos de lo que él llama “la ontologización de la relación amigo/enemigo”:

En mi opinión, la idea existencialista de Carl Schmitt según la cual la política residiría completamente en la capacidad de una identidad colectiva de afirmarse contra otras identidades colectivas constituidas de forma diferente, es una idea no solamente falsa, sino más aún, peligrosa si tenemos en cuenta sus consecuencias prácticas.¹⁴⁹

La presentación de la dinámica amigo/enemigo como vacía de contenidos concretos, o más bien, de sujetos específicos, parece dar a entender que además de tratarse de una cuestión existencial es contingente y variable. Acerca de esto Benhabib

¹⁴⁴ *Ibid.*, Prólogo, p.45.

¹⁴⁵ *Ibid.*, Prólogo, p.43.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p.70.

¹⁴⁷ Así explica Perec la importancia del corte en el arte del puzzle, que bien podríamos aplicar a la política: “[L]o que crea la dificultad del puzzle no es ni el tema del cuadro ni la técnica de la pintura, sino la sutileza del corte”. PEREC, G., *La vie mode d'emploi*, Hachette, París, 1978, p.16.

¹⁴⁸ Como bien explica Juan Carlos Velasco: “Habermas es un lector atento e incisivo de Schmitt, pero es también un lector avisado que no se deja obnubilar por el potente resplandor que desprende su obra y que a muchos parece haber cegado la capacidad de discernimiento”. VELASCO, J.C., “Habermas, lector de Schmitt”, en GAMPER, D., y UNGUREANU, C. (ed.), *Habermas, lector de filósofos*, Katz, Buenos Aires, Madrid, 2017 (en prensa).

¹⁴⁹ HABERMAS, J. en HABERMAS, J. y DERRIDA, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori*, ed. Giovanna Borradori, Galilée, 2004, p.72.

subraya, citando a Löwith, lo mismo que antes he señalado que criticaba Chantal Mouffe, esto es, que lo que Schmitt presenta como sustancial – la unidad del estado, o ahora, la relación amistad/enemistad – es presentado, al mismo tiempo, como una construcción no dada naturalmente: “Como consecuencia, sus formulaciones decisivas de la distinción amigo/enemigo se mueven de forma indecisa de acá para allá entre una comprensión sustancial y una ocasional de la enemistad y la amistad”.¹⁵⁰

El enemigo no se presenta como tal frente a su adversario, sino que es construido, conformado y reconocido, es una cuestión existencial.¹⁵¹ Los grupos enfrentados construyen la imagen de su enemigo y la de sí mismos para conformar su propia identidad y reafirmarse en ella. Para Adorno llega a ser una cuestión antropológica, véase el párrafo 85 de *Minima Moralia*:

Carl Schmitt definió la esencia de lo político directamente mediante las categorías de lo amigo y lo enemigo. La progresión hacia esta conciencia implica la regresión hacia la conducta del niño, que o se halla a gusto o siente miedo. La reducción *a priori* a la relación amigo-enemigo es uno de los fenómenos primordiales de la nueva antropología.¹⁵²

En cualquier caso, para Schmitt no se trata de una determinación moral, ligada a lo bueno o a lo malo, sino de un criterio existencial en la medida en que el “otro” siempre se muestra como una presencia ajena, extraña, a veces amenazadora, con la que uno se ve obligado a lidiar. La convivencia humana, desde sus orígenes, desde que el pecado original expulsó a los humanos del paraíso, está condenada a ver en la alteridad un riesgo (“La enemistad política es una consecuencia del desorden originado por el pecado original”).¹⁵³

El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; no hace falta que se erija en competidor económico, e incluso puede tener sus ventajas hacer negocios con él. Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su

¹⁵⁰ LÖWITH, K., “The Occasional Decisionism of Carl Schmitt” en WOLIN, R. (ed.), *Martin Heidegger and European Nihilism*, Columbia University Press, Nueva York, p.151 *apud* BENHABIB, S., “Carl Schmitt’s Critique of Kant: Sovereignty and International Law”, *Political Theory*, 40 (6), 2012, p.695.

¹⁵¹ Esta relación “no es obligada por ninguna ley, es anterior a la ley”. HIRST, P., “Carl Schmitt’s Decisionism” en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, *op.cit.*, pp. 7-17, p.9.

¹⁵² ADORNO, T., *Minima Moralia*, Taurus, Madrid, 1987, p.131. No queda claro a qué hace referencia Adorno con la “nueva antropología” y no parece que Schmitt quisiese dar este enfoque a su tesis de amigo/enemigo, menos aún el de una actitud infantil movida por sentimientos de atracción y repulsión.

¹⁵³ HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, Eunsa, Pamplona, 1997, p.494.

esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo.¹⁵⁴

Amigo/enemigo es entonces el criterio para describir cualquier tipo de relación política y el grado de intensidad de dicha relación. Como he señalado, lo político precede al estado, así que esa distinción puede exceder el ámbito de lo políticamente institucional,¹⁵⁵ no tiene por qué ser estatal. Siempre que se dé dicha relación está presente el elemento político.

Por tanto, para Schmitt, el estado y lo político no son equivalentes, el primero presupone al segundo pero no al revés. Lo político adquiere un carácter existencial y no meramente institucional o normativo y está presente en toda relación aunque con mayor o menor intensidad. Lo ideal para Schmitt es que lo político se identifique con una unidad partidista porque eso permite centrarse en los enemigos exteriores y no en las luchas internas civiles.¹⁵⁶ Se ve entonces cómo lo exterior va cobrando una preeminencia política especial: “Toda política es esencialmente política exterior. También la política interior queda bajo las categorías del peligro que representa un enemigo que amenaza nuestra existencia”.¹⁵⁷ En el interior es imprescindible la unidad política y que el soberano la encarne para poder tomar decisiones en situaciones de conflicto. En concreto, la decisión más importante es acerca de quién sea el enemigo. Primero hay que poder señalar al enemigo interior, situación que puede conducir a una guerra civil pero que debe acabar con la consecución de la unidad interna y la recuperación de la normalidad; y una vez logrado esto y desde la unidad interna es fundamental poder indicar quién es el enemigo a nivel externo: “Al Estado, en su condición de unidad esencialmente política, le es atribución inherente el *ius belli*, esto es, la posibilidad real de, llegado el caso, determinar por propia decisión quién es el enemigo y combatirlo”.¹⁵⁸

¹⁵⁴ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.59.

¹⁵⁵ Hegel no comparte los proyectos de paz universal propios del siglo XVIII, porque la enemistad está radicada en la propia estructura del ser. Por eso, como señala Kervégan, la enemistad no es una cuestión personal, sino de carácter “impersonal y público” y por eso puede plantearse como enemistad entre estados, a diferencia de Schmitt que concibe que esta dinámica se puede dar en cualquier tipo de relación. Cfr. KERVÉGAN, J.F. *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.163.

¹⁵⁶ En la contemporaneidad, dice Schmitt, cuando en un país hay muchos o varios partidos enfrentados y se pide la despolitización, lo que se reclama en realidad es una despartidización. Cfr., SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.64.

¹⁵⁷ HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, op.cit., p.68.

¹⁵⁸ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.75. Un ejemplo de cómo el soberano discierne tanto en el interior como en el exterior quién es el amigo y quién el enemigo, es la España de la Modernidad, para la que moriscos y judíos constituían un enemigo interno, mientras que Francia era el mayor enemigo a combatir a nivel internacional.

La distinción amigo/enemigo nunca desaparece. Según Schmitt, si un individuo o un estado no quieren enemigos delegarán ante otros el poder de decidir. En ese caso, la capacidad de defenderse de un país dependerá de su amistad con un país tercero que se encargará, como bien dijo Hobbes, de la “protección y obediencia”:¹⁵⁹ “El *protego ergo oblige* es el *cogito ergo sum* del Estado”.¹⁶⁰ El estado que delega ante otro la decisión acerca de quién sea su enemigo no termina de ser del todo soberano, mientras que aquel estado que se encarga de designar tanto a su enemigo, como al de los otros países que han delegado en él esa facultad, demostrará que tiene un fuerte potencial político. Esto se debe a su capacidad de decisión y de establecer relaciones de dependencia y obligación con aquellos a quienes defiende:

Desde el punto de vista del hombre no queda más explicación para el poder que la relación entre protección y obediencia. Quien no tiene el poder de proteger a alguien no tiene tampoco derecho a exigirle obediencia. Y a la inversa: Quien busca y acepta protección no tiene derecho a negar la obediencia.¹⁶¹

La consecuencia internacional de caracterizar así la política es la pluralidad de estados, entendida desde el punto de vista de la ontología política. La dualidad intrínseca, esto es, el enfrentamiento natural que caracteriza a la vida provoca que la estructura del mundo sea la de la pluralidad.¹⁶² Esto hace imposible un estado mundial, como se estudiará más adelante, porque eso implicaría una homogeneidad ontológica, el imperio, un universo, no un pluriverso. Por supuesto, esto habla directamente contra Kant, porque para Schmitt un gobierno mundial supondría la desaparición de la política, del estado y de la distinción interior/exterior, dado que solo quedaría una unidad homogénea. Tampoco se pueden cultivar términos universales como “humanidad”, porque lo que hay, una vez más, es una pluralidad de hombres.¹⁶³

En capítulos posteriores me centraré en los efectos que tiene esta distinción amigo/enemigo para la consideración filosófica de la guerra.¹⁶⁴ Pero avanzo que el

¹⁵⁹ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.82.

¹⁶⁰ *Idem*.

¹⁶¹ SCHMITT, C., “Coloquio sobre el poder y sobre el acceso al poderoso”, *Revista de Estudios Políticos*, núm.78, 1954, pp.3-20, p.6.

¹⁶² “Del rasgo conceptual de lo político deriva el pluralismo en el mundo de los Estados. La unidad política presupone la posibilidad real del enemigo y con ella la existencia simultánea de otras unidades políticas”. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.83.

¹⁶³ Humanidad no es un concepto político pero es usado con fines propagandísticos y morales, según Schmitt.

¹⁶⁴ Así resume Ellen Kennedy los rasgos fundamentales de la distinción amigo/enemigo: “La distinción amigo/enemigo es (1) pública, (2) colectiva, (3) una cuestión de soberanía, (4) real, (5) una cuestión de

enemigo en la Modernidad, en el contexto westfaliano, se presenta como combatiente formal, no como criminal.¹⁶⁵ Este es el enemigo juzgado moralmente como maligno, como indeseable desde un punto de vista existencial. Criminal, más bien *inimicus*, era el enemigo medieval y criminal será el enemigo para Estados Unidos, una vez que se convierta en potencia mundial, lo cual, según Schmitt tendrá graves consecuencias.

Un ejemplo de cómo el estado soberano moderno decide a nivel internacional es la instauración del *jus emigrandi*, el inicio de la institucionalización de los refugiados.¹⁶⁶ El Edicto de Nantes, promulgado por el rey Enrique IV en 1598 en favor de la libertad religiosa fue revocado en 1685 por el Edicto de Fontainebleau durante el reinado de Luis XIV. Esto provocó la huida de miles de hugonotes, que se convirtieron en los primeros individuos reconocidos legalmente como “refugiados”.¹⁶⁷ Siguiendo el principio moderno *cuius regio eius religio*, según el cual la religión del reino es la religión del soberano, los estados podían aceptar a los refugiados de su misma confesión.¹⁶⁸ La aparición de este derecho de refugiados y de su reconocimiento jurídico es positiva, pero no hay que olvidar dos aspectos. El primero, que de la misma forma que los estados podían recibir refugiados en función de su soberanía,¹⁶⁹ tenían también la capacidad de expulsarlos, en nombre de esa soberanía; en segundo lugar, la oleada de

combate y muerte, (6) una posibilidad constante, no un caso constante; y, finalmente, “lo político”, es un criterio, no una definición sustantiva”. KENNEDY, E., *Carl Schmitt en la República de Weimar. La quiebra de una constitución*, op.cit., p.172.

¹⁶⁵ Es fundamental comprender que en el reconocimiento del *status* del enemigo hay una garantía para el establecimiento de una relación, aunque esta sea de enemistad. Hay, por tanto, una especie de valoración positiva del enemigo, pues solo hay reconocimiento si hay valoración: “En su *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Benveniste no consigue explicarse que en latín *hostis* haya podido significar a la vez “extraño”, “enemigo”, “huésped” y “aquel que tiene los mismos derechos que el pueblo romano”...”. TIQQUN, *Introducción a la guerra civil*, Glosa al párrafo 21.

¹⁶⁶ “Teóricamente, en la esfera de la ley internacional había sido siempre cierto que la soberanía en ningún lugar resultaba más absoluta como en cuestiones de “emigración, nacionalización, nacionalidad y expulsión”. [PREUSS, L., “La Dénationalisation imposée pour des motifs politiques», en *Revue Internationale Française du Droit des Gens*, 1937, vol. IV, núms. 1, 2 y 5]. ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1973, p. 233.

¹⁶⁷ Evidentemente los refugiados existen desde tiempos inmemorables, pero como figuras legales reconocidas no surgen hasta la modernidad precisamente porque es cuando surgen estados soberanos que les reconoce y acepta como refugiados.

¹⁶⁸ La definición que Raymond Aron da del principio *cuius regio eius religio* deja claro que lo que primaba era el interés estatal: “Cada uno debe aceptar la religión de su príncipe. Los Estados se reconocen recíprocamente sus derechos, denegando los de los individuos”. ARON, R., *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza Universidad, Madrid, 1985, p.231.

¹⁶⁹ Según autoras como Nergis Canefe, los estados que recibían refugiados lo hacían en función del interés de la razón de estado: “Surgió como una manera de hacer frente a individuos que de otra manera podrían ser apátridas, y que en consecuencia habrían constituido una carga, o una amenaza, o ambos, para el naciente sistema de estados westfaliano”. CANEFE, N., “The fragmented nature of the international refugee regime and its consequences: a comparative analysis of the applications of the 1951 Convention” en SIMEON, J (ed.), *Critical Issues in International Refugee Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, p.184.

refugiados franceses hugonotes no hubiera sido de tal magnitud si no se hubiera revocado el edicto anterior y eso ocurrió en pleno contexto westfaliano.¹⁷⁰ El segundo gran éxodo de refugiados de la historia de Francia tendrá lugar en plena Revolución Francesa y su expulsión también se defenderá en nombre de la soberanía.

En resumen, a través de un proceso de secularización y de puesta en marcha del contrato social, la política moderna consigue crear las condiciones del acuerdo y del entendimiento entre sujetos que se consideran como iguales, tanto a nivel nacional como internacional. Ahora bien, la soberanía y el decisionismo se imponen en la medida en que la igualdad entre los estados descansa sobre una desigualdad, la del peso que tenga cada estado, la de la primacía de la soberanía. Y ese peso se demuestra en el poder de decisión en contextos de excepción. El núcleo de la epistemología moderna, la perseverancia del ser, se puede aplicar entonces tanto a sujetos como a estados: “Desde 1648 el enunciado más básico de la ontología moderna, aplicado a todo sujeto, dice que “todo ente busca ante todo perseverar en su ser”. Esta es la norma de los entes y de hecho es la base de la razón de estado”.¹⁷¹

Por otro lado, cabría preguntarse si el proyecto internacional westfaliano se caracteriza por su “indiferencia normativa”,¹⁷² es decir, por su carencia de carácter teleológico.¹⁷³ No se vislumbra un deseo de verdadera coexistencia entre los estados que pudiera culminar en una forma de asociación política conjunta, sino que la convivencia internacional es meramente utilitaria para los intereses de cada estado. Pareciera que se trata más bien de una teleología circular que parte del estado y su poder de decisión y

¹⁷⁰ “*Cuius regio, eius religio*, constituye ya una consecuencia directa del hecho de que los príncipes, aunque en su calidad de adictos a una determinada religión, formaban ya de por sí un partido, se situaban en cuanto príncipes por encima de los partidos religiosos”. KOSELLECK, R., *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007, p.33.

¹⁷¹ VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.170.

¹⁷² Aquí tomo la expresión de que J.F. Kervégan usa al referirse al estado de naturaleza. KERVÉGAN, J.F., “Sociedad civil y derecho privado. Entre Hobbes y Hegel”, *Res publica*, 3, 1999, p.114.

¹⁷³ La siguiente cita expresa bien lo que se está comentando. La extensión y duración de la sustancia estatal se convierten en una especie de fin circular: “Durante el reino de mil años que precedía a la llegada de Dios, el soberano mandaba en un mundo de variabilidad mínima: su función consistía en aguardar el fin de los tiempos mientras mantenía las cosas en estabilidad, es decir, sujetas a un estado de cosas concreto. En cambio, tras la consolidación de la forma estatal, no podía haber ni mantenimiento ni espera, sino competición; no se buscaba su conservación tal y como este se había actualizado en un momento dado (no se buscaba petrificarlo en el tiempo, como una estatua de mármol, ni alargar un instante en mil años); no se quiere la duración de un modo en particular, sino de la sustancia. Como veremos, su sustancia acabará por definirse como el crecimiento perpetuo, como aquella potencia que crece sin cesar. En un contexto de rivalidad formado por dos o más sujetos (estatales, en este caso), la inmutabilidad o lo estático no puede quedar asociado al fin de los tiempos, al Apocalipsis total, al fin de todos los contendientes. Antes supondría la conquista de un Estado a manos de un rival más potente, mejor preparado”. VILLACANA, J.L., “Nacimiento y despliegue del Estado a partir del modelo de Westfalia”, *Res publica*, 19, 2008, p.321.

que tiene como fin el propio estado. Como parte de la hipótesis que quiero confirmar en este estudio, considero que esta facticidad es tan extrema que acaba convirtiéndose en trascendente, como se verá en la segunda parte de la tesis, especialmente en la teoría de Martti Koskenniemi. En ese sentido sí existiría una teleología en las relaciones interestatales modernas. Sin embargo, autores como Meinecke sostienen que en el contexto del *Ius publicum europaeum* no hay finalidad. Lo que hay es mera facticidad. La propia epistemología mecanicista de la Modernidad habría desprovisto a esta época, según Kervégan, de la noción misma de “finalidad”:

Por el contrario [en comparación con la Antigüedad], la “ciencia nueva”, para decirlo con Galileo, y la nueva filosofía que nace de su influjo, van a acometer la tarea de eliminar sistemáticamente de la explicación de la naturaleza esas “ficciones de los hombres” que son las causas finales.¹⁷⁴

Para concluir, quiero insistir en que para Schmitt el *Ius publicum europaeum* es la única solución posible al problema de cómo gestionar las relaciones entre los estados porque es capaz de evitar el conflicto pero manteniendo lo que es propio de cada soberanía. No hay un único estado que actúe como mediador de esos conflictos porque lo que existe es una pluralidad inconmensurable de diferentes estados y porque promover una única soberanía a nivel internacional es imperialismo. El derecho internacional garantiza la coexistencia a la vez que mantiene la hegemonía de cada unidad estatal y su derecho a ejecutar su capacidad de decisión. Y es por ello que considero que el *Ius publicum europaeum* no hace sino repetir el esquema de la teología política del soberano estatal, en este caso en una vertiente internacional, lo cual me permitiría hablar de “teología política internacional”:

El límite de esta imitación de la forma jurídica de la Iglesia católica por parte del Estado, en la producción schmittiana de los años 20, reside en que la integración de la teología política por parte del Estado jamás supera a su vez la imperfección del politeísmo de los diferentes Estados. El *ethos* de poder de un Estado se ve en competencia con otros y la gloria aparece reducida a mero prestigio. Desde este punto, neutralizar el conflicto interno no implica neutralizar el conflicto en el ámbito del *pluriversum*. De esta manera, la teología política no puede evitar la recaída en la forma del mito cuando aborda los conflictos internacionales.¹⁷⁵

¹⁷⁴ KERVÉGAN, J.F., “Sociedad civil y derecho privado. Entre Hobbes y Hegel”, *op.cit.*, p.112.

¹⁷⁵ VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.150.

2.3. RAZÓN DE ESTADO Y EMERGENCIA LIBERAL: FIN DE LA *RESPUBLICA CHRISTIANA* Y MODIFICACIÓN EN LAS RELACIONES INMANENCIA/TRASCENDENCIA.

Que fuese posible un republicanismo que al mismo tiempo que romano se confesase cristiano, constituía una reivindicación antigua. En el fondo, toda la tradición medieval apelaba a esta tesis, en tanto se organizaba sobre la forma de un *regnum* como cuerpo místico cuya cabeza era el rey. Tal planteamiento era republicano y cristiano en su misma matriz. Conformaba la *Respublica Christiana*.

JOSÉ LUIS VILLACAÑAS¹⁷⁶

En *Politische Theologie* y en *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, el liberalismo es presentado como una cultura de la evasión llena de buena voluntad que culmina en la huida de la decisión más importante, la distinción política entre amigo y enemigo.

ELLEN KENNEDY¹⁷⁷

Para estudiar el *Ius publicum europaeum* desde una perspectiva crítica es necesario tener en cuenta los antecedentes que originaron el surgimiento de esa nueva realidad. Por eso considero fundamental repasar brevemente los rasgos fundamentales de la *Respublica Christiana* a la que Westfalia puso fin: qué significó desde el punto de vista de la soberanía y cómo su final supone el inicio del liberalismo.

La *Respublica Christiana* estaba conformada por el Sacro Imperio Romano Germánico y sus dominios, siendo el cristianismo católico la base de su política imperial. El Imperio, que bajo la corona de Carlos V unió las coronas de Austria y España, ostentó el mando en el continente junto con el poder papal. El emperador representaba la unión entre el republicanismo romano y el cristianismo. Se presentaba como el poder divino que actuaba directamente en la tierra, no como el soberano moderno, que aparecerá tras un proceso de secularización y de mediación. El emperador, que englobaba bajo su dominio vastos territorios, actuaba en el ámbito de la inmanencia (incluyendo aquí las relaciones interestatales) del mismo modo que Dios en el de la trascendencia, de modo inmediato. Existía una conexión directa entre los mandatos divinos y terrenos que no quedaba disimulada como sí ocurrirá después en la Modernidad. Se podría decir que el Emperador era Dios en la tierra:

¹⁷⁶ VILLACAÑAS, J.L., *¿Qué imperio?*, Almuzara, Córdoba, 2008, p.113.

¹⁷⁷ KENNEDY, E., *Carl Schmitt en la República de Weimar. La quiebra de una constitución*, op.cit., p.168.

El emperador legisla de forma concreta el contenido del derecho natural humano – que regula relaciones entre seres humanos – en el derecho de gentes, y lo hace de la misma manera que Dios determinó el derecho natural divino – que regula relaciones entre seres humanos y Dios – en el derecho clásico escrito. De ahí la relación inmediata y simétrica entre Dios y el emperador. El Papa se mueve en un escalafón inferior, pues atiende al tercer nivel del derecho divino.¹⁷⁸

Este poder imperial estaba investido por la divinidad, es decir, no estaba atravesado por las mediaciones de la secularización o de la representación indirecta. El esquema del soberano hereda esta relación con la divinidad pero con un cambio fundamental: mientras que en el caso del emperador la transferencia de lo divino a lo inmanente es directa, en el del soberano será indirecta. En el paso de la inmediatez a la mediación está incluida una secularización que alterará las coordenadas epistemológicas de la filosofía política.

En esa diferencia entre inmediatez y mediación está en juego la distinción entre imperio y limitación, infinitud y finitud. Y esto afecta, por supuesto, a la propia concepción del espacio: el imperio, por su carácter de infinitud, querrá expandirse sin límites geográficos. La secularización, por el contrario, implica finitud territorial y respeto a los límites de los otros entes soberanos porque es consciente de la contingencia que representa, ya que se ha perdido el sentimiento de necesidad propio de la religión:

La representación del mundo cristiano se desvanece del mundo o, al menos, pierde toda consistencia política, toda capacidad generadora de autoridad. El acontecimiento es considerable porque sugiere el estrecho vínculo que se establece entre secularización y territorialización.¹⁷⁹

El carácter imperial del emperador es más visible en el derecho de gentes que a nivel interno. Localmente, como todavía no existen los estados soberanos hay una falta de centralización estatal y el poder se concentra en manos de los señores feudales, de las diferentes iglesias, de los gremios y de las ciudades. Insisto en que la concepción espacial es diferente a la que surgirá en la Modernidad: en el mundo feudal la frontera es un concepto difuso, cambiante, casi inexistente. La frontera, por el contrario, es lo que definirá más propiamente al estado soberano moderno. Según Perry Anderson, en su estudio acerca del modo de producción feudal, la soberanía medieval, si es que

¹⁷⁸ VILLACANA, J.L., *¿Qué imperio?*, op.cit., p.161.

¹⁷⁹ BADIE, B., *La fin des territoires*, CNRS, París, 2013, p.42.

podemos hablar de “soberanía”, presenta un carácter diluido e indirecto en la forma de ejercer su poder.¹⁸⁰ Entre el soberano y los vasallos encontramos toda una serie de instancias intermedias que hacen que el poder se extienda de forma centrífuga a través de múltiples ramificaciones:

Los vínculos intermediarios típicos de tal jerarquía feudal en la época medieval temprana, entre el simple señorío y la monarquía soberana, eran la castellanía, la baronía, el condado o el principado. La consecuencia de tal sistema era que la soberanía política nunca estuvo concentrada en un solo centro. Las funciones del estado estaban desintegradas en una distribución vertical descendente [...] Esta parcelación de la soberanía era constitutiva de todo el modo de producción feudal.¹⁸¹

Anderson insiste mucho en esa “parcelación de la soberanía”, pues esto “permitió la autonomía política de los pueblos y su emancipación del control directo señorial o monárquico”.¹⁸² Al mismo tiempo se puso de manifiesto una contradicción inherente a la época medieval, esto es, la existencia de una soberanía que no llega a ejercer de manera totalmente directa su poder pero que no deja de aparecer como núcleo político principal: “había una contradicción inherente al feudalismo entre su propia tendencia rigurosa a la descomposición de la soberanía y las exigencias absolutas de un centro final de autoridad”.¹⁸³ Esta contradicción se muestra más claramente al comparar la ciudad medieval y el estado moderno. A pesar de que el contexto pre-westfaliano es claramente imperial, gracias a la existencia de zonas intermedias por las que discurre el poder, este no ejerce su influjo de forma tan absoluta como en la Modernidad.

No deja de ser llamativo que tendamos a asociar la Edad Media con la política imperial y a la Modernidad con lo contrario, cuando parece ser que esta última etapa ejerció, a través del absolutismo de estado, un poder más aplastante a nivel local que el propio poder imperial medieval. En la Modernidad se producirá la emergencia absoluta de esa soberanía que comenzaba a asomarse en la Edad Media. La presencia y pujanza de los cuerpos intermedios, protagonistas de la “ciudad” medieval (gremios, agrupaciones, iglesias, etc.) queda relegada y sometida al soberano para evitar la

¹⁸⁰ “En otras palabras, el monarca era un feudal soberano de sus vasallos, a quienes estaba ligado por lazos recíprocos de vasallaje, no una soberanía suprema colocada por encima de sus súbditos”. ANDERSON, P., *Passages from Antiquity to Feudalism*, Verso, Londres, 2013, p.151.

¹⁸¹ *Ibid.*, p.148.

¹⁸² *Ibid.*, p.193.

¹⁸³ *Ibid.*, p.152.

competencia que supone su existencia. El poder solo puede ser del soberano y no puede ser puesto al alcance de una pluralidad de opciones rivales.

Posteriormente, en la época del *Ius publicum europaeum*, el estado soberano sustituirá a la *potestas spiritualis*. Estatalidad es un fenómeno histórico concreto: “no es un concepto general válido para todos los tiempos y todos los pueblos, sino un fenómeno histórico concreto sujeto a la época”.¹⁸⁴ En ese sentido, el estado es el vehículo de la secularización. Las instituciones de la *Respublica Christiana* pasan al servicio del estado y el rey se convierte en soberano. Las relaciones internacionales se ven afectadas por este cambio de paradigma. El *Ius Gentium* es ahora *Ius inter pares/Ius inter gentes* (entre estados soberanos) porque no dependen de disputas religiosas ni estamentales ni feudales. La pregunta sobre la causa justa se transforma en el interrogante sobre quién tiene el poder de decisión. El *inimicus* se convierte en el *iustus hostis*, en el enemigo justo, hacia el cual no se siente una animadversión visceral, sino en el que se reconoce uno de los elementos necesarios de la estructura amigo/enemigo. Para Schmitt, este nuevo derecho conforma un pluriverso, una sociedad interestatal enraizada en la pluralidad de estados soberanos sin ninguna autoridad superior, y con unas reglas mínimas de coexistencia que harían gala de un equilibrio político que, a ojos de Schmitt, hicieron del *Ius publicum europaeum* “la expresión más elevada de la humanidad”.¹⁸⁵

Este poder moderno se caracteriza por estar centralizado y se crea en conexión directa con el sujeto. Esta relación quedaría disuelta si el poder tuviera que discurrir a través de un conglomerado de cuerpos intermedios: “Ya no hay gremios en el estado, solo el interés particular de cada individuo y el interés general. No se permite a nadie inspirar a los ciudadanos un interés intermedio...”.¹⁸⁶ Ahora bien, ¿qué hay en la nueva materia del Estado para que, tras toda una Edad Media a la que le pareció que la forma de la *res publica* podía ser cristiana, la teología no pueda ofrecerle su forma? La clave del argumento “callad teólogos” es que la teología debe callar porque no puede producir la forma estatal, no puede conformar la materialidad del Estado.¹⁸⁷ Pero este supuesto

¹⁸⁴ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.106.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 181.

¹⁸⁶ Así enuncia la ley francesa llamada *Le Chapelier* 14/06/1791 apud BERNIS, T., *Souveraineté, droit et gouvernementalité. Lectures du politique moderne à partir de Bodin*, Léo Scheer, Clamecy, 2005, p.159.

¹⁸⁷ Manuel Fraga Iribarne relata la siguiente anécdota a propósito de los teólogos: “Aún era yo un estudiante, y andaba traduciendo a Luis de Molina. Le hablé de ello [a Schmitt] y él me previno advirtiéndome que los teólogos-juristas “no ensañaban a decidirse” siendo así que *decidir* es “el hecho

no queda explicado por Schmitt. Se podría responder que la teología se ha escindido con la Reforma, pero con ello quedaría sin contestación el porqué de esa división y qué ha sido aquello imposible de regular en los debates reformistas.¹⁸⁸ Se trata de un aspecto problemático en Schmitt, quien, por un lado, aplaude la secularización que da pie al inicio de la Modernidad y, por otro, alaba la impronta del catolicismo romano por ser la estructura de mediación y de representación más perfecta, algo que no consigue el estado moderno porque, al estar atravesado por la técnica, dicha representación pierde su componente mítico.¹⁸⁹ La *complexio oppositorum* por la que se define el catolicismo supone integrar bajo sí la diversa multiplicidad. Para Schmitt la Iglesia católica se define por “esta versatilidad y ambigüedad, su doble cara, su cabeza bifronte de Jano”.¹⁹⁰

“[C]onsiderada desde la idea política del catolicismo, la esencia de esa *complexio oppositorum* católico-romana se basaría en una supremacía específicamente formal sobre la materia de la vida humana como hasta ahora no ha conocido Imperio alguno. En ella se ha logrado una conformación sustancial de la realidad histórica y social que, pese a su carácter formal, permanece en el ámbito de la existencia concreta, llena de vida y, no obstante, en sumo grado racional. Esta característica formal del catolicismo romano descansa en la estricta realización del principio de representación.”¹⁹¹

Esta capacidad de la Iglesia de acoger las diferencias bajo su seno en una única instancia funciona además bajo un esquema o forma política que tiene un carácter especialmente jurídico: “tal racionalismo radica en el carácter institucional de la Iglesia

político por excelencia””. FRAGA IRIBARNE, M. “Carl Schmitt en interpretación española” en NEGRO PAVÓN, D. (ed.), *Estudios sobre Carl Schmitt*, Veintiuno Colección, Madrid, 1996, pp.137-159, p.139.

¹⁸⁸ Quizás aquello que no puede regular la teología son las relaciones de poder y sus dimensiones económicas.

¹⁸⁹ “Una organización para poner de relieve lo invisible en lo visible tiene que enraizarse en lo invisible y manifestarse en lo visible, el mediador desciende de arriba, ya que la mediación solo puede tener éxito si viene de arriba hacia abajo, no si va de abajo hacia arriba, y la salvación consiste en que Dios se hace hombre (no en que el hombre se hace Dios)”. SCHMITT, C., *Catolicismo romano y forma política*, Tecnos, Madrid, 2011, pp.59-60.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p.8.

¹⁹¹ *Ibid.*, p.10. A continuación, Schmitt hace referencia a la diferencia existente entre este pensamiento católico y el discurso de la técnica y la economía, el cual hace semejantes las doctrinas capitalistas y comunistas, únicamente centradas en el análisis económico: “Los financieros americanos y los bolcheviques rusos se encuentran juntos en la lucha por el pensamiento económico, es decir, en contra de los políticos y de los juristas”. *Ibid.*, p.16. Y continúa más adelante: “Pero he aquí que el catolicismo, a diferencia de esta objetividad de corte absolutamente económico, es algo eminentemente político”, *Ibid.*, p.20.

y es esencialmente jurídico”.¹⁹² Y tiene además una relación especial con la tierra, con el *nomos*, que no tienen los protestantes.¹⁹³ Son todos estos rasgos los que hereda el estado en la Modernidad. Pero pese a esta defensa del catolicismo, Schmitt se entusiasma con el lema westfaliano enunciado por Gentili. Este quería que los teólogos enmudecieran porque no permitían el libre desenvolvimiento de la razón de estado, ya que querían impedir el conflicto a través de una normatividad antinatural, la de amar al enemigo. Por otro lado, las luchas entre la confesión católica y la protestante eran señal de la falta de unidad de la teología cristiana, lo cual conducía inevitablemente a la guerra civil. Esta aparente contradicción en Schmitt, ¿se basa en que no comparte la intención imperial de la *Respublica Christiana* pero sí la función del cristianismo como mediación neutralizadora? ¿Qué estructura, si no es la Iglesia, va a poder reunir, en una *complexio oppositorum*,¹⁹⁴ todas las tendencias para neutralizarlas? Puede que la respuesta se halle en que Schmitt defiende la *forma* “catolicismo romano” pero la quiere encarnada en la figura del soberano. Schmitt desea que el poder religioso esté dentro del poder político, que sea el soberano el que controle y legitime la verdad teológica. La razón estatal emerge sobre las cenizas de la razón religiosa pero queriendo imitar su *forma católica*.

¹⁹² *Ibid.*, p.19. Lo jurídico es la manifestación del espíritu de una época, la formalización de los conceptos que estructuran el pensar de una sociedad. “Él habló de lo jurídico como la concentración espiritual en el tiempo histórico”. VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.51.

¹⁹³ Esto explicaría la facilidad de estos últimos para adaptarse a situaciones de emigración y refugio: “Parece que los pueblos católicos tienen una relación con el suelo distinta de la que tienen los protestantes, quizás porque aquéllos son, en su mayor parte, a diferencia de los protestantes, pueblos de campesinos que no conocen la gran industria. Esto se sostendría, en todo caso, en términos generales. ¿Por qué no hay ninguna emigración católica del tipo de la de los hugonotes o de los puritanos? Ha habido numerosos emigrantes católicos, irlandeses, polacos, italianos, croatas; incluso la mayor parte de los emigrantes podrían ser católicos, pues el pueblo católico era, la mayoría de las veces, más pobre que el protestante. La pobreza, la necesidad y la persecución han empujado fuera de su país a los emigrantes católicos, pero no pierden nunca la nostalgia de su tierra. En cambio, el hugonote o el puritano tiene, en comparación con estos pobres expulsados de su patria, una fuerza y un orgullo que con frecuencia alcanzan cotas sobrehumanas. Puede vivir en cualquier suelo [...] Este tipo de dominio sigue siendo inaccesible para el concepto de naturaleza católico-romano. Los pueblos católico-romanos parece que aman de otro modo el suelo de sus raíces, la tierra materna; tienen todos ellos su *terrisme*. La naturaleza no significa para ellos lo contrapuesto a lo artificial y a la obra del hombre, como tampoco a lo racional o sentimental o al corazón, sino que el trabajo humano y el crecimiento orgánico, la naturaleza y la razón, son la misma cosa.” SCHMITT, C. *Catolicismo romano y forma política*, op.cit., pp.12-13.

¹⁹⁴ “Para dar nombre a esta forma perdida de representación – esta habilidad peculiar y específicamente imperial para abarcar toda antítesis (vida y muerte, Cielo y Tierra, Dios y Hombre, pasado y futuro, tiempo y eternidad, bien y poder, principio y fin, razón y sinrazón, etc.) para absorberlas en una forma unificada – Schmitt tomó un término del pensador católico medieval Nicolás de Cusa: *complexio oppositorum*”. SITZE, A. “Editor’s Introduction” en GALLI, C., *Political spaces and Global War*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2010, p.xxxiii.

No hay que olvidar que la defensa de Schmitt del catolicismo romano¹⁹⁵ va dirigida contra el liberalismo y la técnica, que han roto la *complexio oppositorum* bajo una secularización que en el siglo XX es total y que comienza en el siglo XVII. Derrida explica en *Políticas de la amistad* cómo el asunto de la amistad en Aristóteles permite comprender el ocaso de una manera de mirar “antigua” y el surgimiento de un horizonte moderno. En el ámbito de la amistad se da una paradoja insuperable que se traslada al ámbito de lo político: como se dice popularmente, uno puede contar a sus verdaderos amigos con los dedos de la mano, los amigos no son infinitos, ni siquiera excesivamente numerosos. Esto es así por culpa de la variable “tiempo”, por lo que tiene de finito en el caso de los humanos, ya que vuelve imposible el poder amar por igual a un número infinito de personas. El horizonte de la muerte obliga a limitar el número de verdaderos amigos. Pero el hecho de tener que contarlos, o de tener esa capacidad, vuelve contable o cuantificable lo que no es ni contable ni cuantificable. Precisamente, con la Modernidad¹⁹⁶ aparece la disciplina de la estadística, de la cuantificación de los sujetos y del control de los individuos, en línea con lo que afirmará Foucault. Y esto es fruto del fin del paradigma teológico cristiano, de un universo de infinitud y trascendencia donde primaría más el amor que el número. Con la frialdad secularizada de la Modernidad no aparece solo el liberalismo, sino también la técnica, y ambos serán la clave para hablar del fin de la *Respublica Christiana* y también de la representación entendida como mito. Como ya señalé anteriormente, Schmitt explica que Hobbes, en su *Leviatán*, pese a ser ejemplo de decisionismo, ya instauró el germen del liberalismo en el seno del propio estado soberano y esto es así porque dejó un espacio privado para la práctica individual de la religión. Esto marca el comienzo de la separación religión/política no solo desde el punto de vista de la secularización, que Schmitt concibe como positiva, sino de la separación de esferas de la sociedad, algo con lo que no va a comulgar.

No hay que olvidar la importancia del protestantismo en el esquema de la ruptura de dicha *Respublica Christiana*. Este tema merecería mucho más espacio que el que le voy a dedicar, pero es importante al menos mencionar cómo Lutero, a través de su protesta por el proceder de la institución eclesiástica – siendo el asunto de las bulas

¹⁹⁵ “Pues Roma había sido capaz de trascender la pluralidad del mito en la *ecumene*, la guerra en la *pax*, la violencia en el orden jurídico y Júpiter en el Dios-hombre encarnado”. VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.19.

¹⁹⁶ Y aunque la Modernidad sea el origen de la técnica, y por tanto, del ocaso de la propia Modernidad, para Schmitt solo una estructura moderna como el estado puede evitar o, al menos, ralentizar la llegada de la destrucción. Por eso, el estado, bajo la forma del derecho es el *kathéchon*, el que puede detener el tiempo que arrasa todo, el que puede dar una continuidad a la evolución temporal.

papales y la venta de cédulas el tópico más conocido – y la invitación a una lectura individual de los textos sagrados haría explotar lo que, según el teórico Hugo Ball, ya estaba roto en el seno de la comunidad cristiana moderna, la obediencia respecto de la fe: “Se le echa en cara a Lutero haber destruido con su moralina el bello Renacimiento, pero la propia Reforma no es más que un oscuro retoño del Renacimiento, como demuestra su resucitar del paganismo, su negación de la trascendencia, su rechazo del heroísmo espiritual”.¹⁹⁷ La propia epistemología racionalista unida al protestantismo habría generado la pérdida de esa “magia” propia del catolicismo. A pesar de esta crisis de la *Respublica Christiana*, la Modernidad mantuvo el esquema de la teología política hasta que se debilitó completamente en el siglo XIX y la política se convirtió en mera técnica. No se podrá crear una ligazón ni con la tierra ni con el verdadero sentido de lo político, es decir, con la decisión. Será en ese siglo cuando el liberalismo, que comienza en el siglo XVII, se convierta, a partir de la unión entre racionalismo, protestantismo y capitalismo, en ideología dominante.

¹⁹⁷ BALL, H., *Dios tras Dadá. Las consecuencias de la Reforma y “Teología política de Carl Schmitt”*, Berenice, Madrid, 2013, p.25.

2.4. LA REVOLUCIÓN FRANCESA DESDE UNA PERSPECTIVA INTERNACIONAL: EL PROBLEMA DE LA DEUDA PÚBLICA.

Hay un gran número de leyes y de hábitos políticos del Antiguo Régimen que desaparecen de repente en 1789, y que reaparecen algunos años después, como esos ríos que se hunden bajo tierra para reaparecer algo más lejos, dejando ver las mismas aguas en nuevas riberas.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE¹⁹⁸

Napoleón es el Luis XIV del estado democrático.

FRANÇOIS FURET¹⁹⁹

La Revolución Francesa de 1789 fue la primera gran interrupción que sufrió el orden westfaliano, pero al finalizar en un proceso carismático encarnado en una única figura, Napoleón, cristalizó en imperio. Fuera de Francia, Napoleón intentó lograr el equilibrio internacional colocando representantes del imperio en los diferentes puntos del globo, reproduciéndose de nuevo esa actitud westfaliana de equilibrio encubridor de hegemonía. Es decir, el acontecimiento que comenzó dando la impresión de acabar con el sistema, acabó empero mostrando que la pulsión hegemónica con la que quería terminar también la portaba él.

Esta visión crítica de la Revolución Francesa debe ser entendida en el marco de una doble lectura: la del relato histórico conjugado con el discurso mítico. Esto quiere decir que la interpretación filosófica de esos hechos históricos, que puede arrojar un diagnóstico enteramente crítico con el devenir de la Revolución por sus consecuencias absolutistas, no entra en contradicción con su significación ideológica y su importancia mítica como esquema portador de un orden más justo y modelo al que volver la mirada constantemente.²⁰⁰ Según Furet, para analizar la Revolución Francesa hay que

¹⁹⁸ TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Istmo, Madrid, 2004, p.48.

¹⁹⁹ FURET, T., “Bonaparte” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988, pp. 216-229, p.224.

²⁰⁰ Me guío por la teoría de José Luis Villacañas a la hora de establecer esta doble mirada de los acontecimientos históricos: “Cuando un momento histórico pretende el estatuto de norma y guía de la praxis – y el ser humano no puede guiarse en el tiempo sino por lo que él mismo produjo en el tiempo –, puede ser considerado siempre desde esta doble perspectiva: o como un suceso más, con causas y efectos, con circunstancias y matices, con deudas y traiciones; o como un cristalizado en el que encontramos un complejo punto de referencia para decidir una acción en el presente. La diferencia entre una consideración y otra viene determinada por un único procedimiento: la simplificación teórica del suceso, que propone estrechas fronteras a la voluntad de saber y que ejerce una muy especial concentración del cristalino. Para que un suceso se convierta en punto de referencia para la acción, se requieren

posicionarse en contra del “relato del origen”²⁰¹ y poner en duda el aspecto absoluto de su carácter fundante: “toda conceptualización de la historia revolucionaria comienza por la crítica de la idea de Revolución tal y como fue vivida por los actores y difundida por sus herederos: es decir, como un cambio radical y como el origen de un tiempo nuevo”.²⁰² Según Ferry, tanto Kant como Hegel coinciden en valorar la Revolución desde una perspectiva optimista, en lo que concierne a los ideales que este proceso pretende implantar en la tierra, y otra no tan aceptable, la de la forma en la que fueron instaurados:

El doble juicio – favorable y crítico – que Hegel porta sobre la Revolución Francesa encuentra aquí su explicación última: la Revolución debe ser admirada por lo que ha aportado a la historia universal *en cuanto a su contenido* (la emergencia del hombre o de la subjetividad en la esfera política), pero criticada por el *formalismo* terrorista que caracteriza el *proceso* de instauración de un contenido tal.²⁰³

Sirva como ejemplo de este desdoblamiento de la Revolución lo que bien señala Alexis Tocqueville: la doble motivación que impulsó a los franceses para llevarla a cabo.²⁰⁴ El yugo de los impuestos era insoportable para las clases más débiles y ese fue el acicate que les empujó a la revolución, un estímulo no teórico, ni programático, sino de carácter meramente económico y social, en definitiva, fáctico. Por el contrario, las clases formadas encontraron en la Revolución Francesa un programa filosófico digno de ser llevado a cabo y siguieron la senda del mito y la normatividad.

Entre todas las diferencias que se encuentran entre la revolución religiosa del siglo XVI y la Revolución Francesa hay una llamativa: en el siglo XVI, la mayoría de los grandes se precipitó hacia el cambio de religión por cálculo ambicioso y por codicia; el pueblo, por el contrario, lo abrazó por convicción, y sin esperar beneficio alguno. En el siglo XVIII, ya no es así; fueron creencias desinteresadas y generosas simpatías las que conmovieron entonces a las clases ilustradas

procedimientos muy cercanos a los que en su día forjaron el mito. Pues solo el mito rompe la continuidad que produce la conciencia científica”. VILLACANA, J.L., *Kant y la época de las revoluciones*, Akal, Madrid, 1997, p.12.

²⁰¹ FURET, F., *Penser la Révolution française*, Gallimard, París, 1978, p.15.

²⁰² *Ibid.*, pp. 31-32.

²⁰³ FERRY, L., “Hegel”, en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.974-977, p.977

²⁰⁴ Me centro en el pensamiento de Alexis de Tocqueville ya que el propio Schmitt no desarrolló una gran teoría respecto de la Revolución Francesa, como él mismo reconoce: “En mi libro *Der Nomos der Erde im ius publicum Europaeum* [...] no se trata muy detalladamente de la interrupción que provocaron las guerras de la revolución francesa y de la época napoleónica”. SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, Trotta, Madrid, 2013, p.28.

llevándolas a la revolución, en tanto el amargo sentimiento de sus agravios y el ansia por cambiar su posición fue lo que agitó al pueblo. El entusiasmo de los primeros terminó por encender y armar la cólera y las ansias del segundo.²⁰⁵

Tocqueville es consciente de esta tensión entre facticidad y normatividad y de cómo esta última es la que da el principal impulso al espíritu revolucionario. El filósofo señala que en aquellos países donde el yugo de la servidumbre era excesivamente pesado, como era el caso de Alemania, es donde menos prende la llama de la revolución. Sin embargo, en Francia había regiones en las que incluso habían desaparecido los siervos²⁰⁶ y en las que la tierra estaba dividida en múltiples pequeñas propiedades que pertenecían a los campesinos. Precisamente, estos campesinos propietarios de tierras padecían la pesadumbre y las restricciones del sistema feudal más que los siervos alemanes, que no poseían nada. Para los segundos estas imposiciones suponían una carga más; para los primeros eran un ataque contra las propiedades que tanto les había costado adquirir. La conciencia de propiedad y posesión hicieron a los franceses más conscientes de las desigualdades que sufrían. El sentimiento de propiedad condujo los ánimos hacia metas muy elevadas. Y a mayor laxitud de la opresión, se generó un mayor deseo de libertad.²⁰⁷

Una cosa sorprende a primera vista: la Revolución, cuyo objeto propio consistía en abolir por doquier las restantes instituciones medievales de la Edad Media, no estalló en los lugares en los que tales instituciones, conservándose mejor, hacían sentir más al pueblo sus trabas y su rigor, sino al contrario en aquéllos donde lo hacían menos; de suerte que el yugo ha parecido más insoportable allí donde, en realidad, era menos pesado.²⁰⁸

Por otro lado, la metamorfosis epistemológica que comportó la Revolución supuso cuestionar que el estado soberano fuera el único centro ontológico de la política del que emanaba la decisión. El peso de la decisión se traslada al conjunto de ciudadanos que son los que ahora portan esa capacidad decisoria que hasta ese momento era competencia exclusiva del soberano. El soberano es la pluralidad de individuos que conforman el estado (en palabras de Rousseau, la “voluntad general”), pero no la suma de sus voluntades particulares, sino la voluntad única de todos. Así pensada, la

²⁰⁵ TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., p.235.

²⁰⁶ Cfr., *Ibid.*, p.80.

²⁰⁷ “El feudalismo en el ápice de su potencia no había inspirado a los franceses tanto odio como en el momento de su ocaso. Las menores arbitrariedades de Luis XVI parecían más difíciles de soportar que todo el despotismo de Luis XIV”. *Ibid.*, p.225.

²⁰⁸ TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., p.79.

Revolución suponía el rechazo del absolutismo oculto en el sistema westfaliano y, en esa medida, se convirtió en un reclamo de pluralidad, de un *pluriversum* en el propio seno del estado:

[E]s una revolución al modo copernicano: de la misma forma que el curso de los planetas no se puede estudiar ni ordenar sin atender al movimiento del propio observador, el Estado ya no es la estructura heredada, independiente de los súbditos, que determina de forma soberana su lugar en el cosmos social, sino que, antes bien, resulta de la voluntad de los dominados hasta ahora, de las fuerzas del propio cosmos social que lo construyen racionalmente. A nadie puede pasar desapercibida esta convergencia entre la revolución de la ciencia moderna y la *ratio* políticamente revolucionaria.²⁰⁹

Esta forma de entender la soberanía ayudó a que la Revolución, siendo un fenómeno específicamente francés, se extendiera con facilidad en el exterior. Desde su contingencia particular, Francia encarnará el carácter universal del proyecto revolucionario y esa pretensión unilateral era ya una señal del imperialismo que desarrollaría posteriormente.²¹⁰ Tocqueville afirma que por la propia especificidad de la Revolución ya no se puede hablar de fronteras, porque surge en la conciencia internacional un deseo de crear una comunidad intelectual:

Todas las revoluciones civiles y políticas han tenido una patria que las ha delimitado. La Revolución Francesa no ha tenido territorio propio; más aún, su efecto ha consistido en borrar de alguna manera del mapa la totalidad de las antiguas fronteras. Se la ha visto acercar o alejar a los hombres a despecho de las leyes, de las tradiciones, de los caracteres, de la lengua, convirtiendo a veces en enemigos a compatriotas y en hermanos a extranjeros. O mejor, ha constituido, por encima de todas las nacionalidades, una patria intelectual común de la que los hombres de todas las naciones han podido hacerse ciudadanos.²¹¹

El afán de totalidad y de homogeneización política de la Revolución Francesa tendría como consecuencia la disolución simbólica de la frontera, uno de los rasgos más característicos del soberano moderno (“Esa época [la Revolución Francesa] fue un

²⁰⁹ VILLACANA, J.L., *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, DM Librero-Editor, Murcia, 1999, p.27.

²¹⁰ Hay muy pocas referencias sobre la Revolución Francesa en la obra schmittiana, pero en una de ellas podemos advertir cómo Schmitt la concibe como el acontecimiento a partir del cual Europa se piensa a sí misma históricamente: “[D]esde la Revolución francesa comienza la humanidad europea a ponerse a sí misma y su situación presente en un paralelo histórico con la situación de dos mil años atrás, la época de los Césares romanos y los comienzos del cristianismo. No es un paralelo histórico cualquiera como los hay en todo tiempo. Es la única posibilidad que el siglo diecinueve y el veinte tienen de entenderse a sí mismos históricamente”. SCHMITT, C., *La unidad del mundo*, Universidad de Murcia, 1951, p.353.

²¹¹ TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., p.63.

estremecimiento, un temblor, una intolerancia contra todo lo particular; pues el fanatismo quiere algo abstracto, no quiere ninguna organización...”).²¹² El sentimiento de comunidad propio del ideario de la revolución haría que la separación entre los estados cayera por sí sola y que éstos se encaminaran juntos hacia la realización de ese ideal compartido. Parece que se pierde o se olvida por unos instantes la concepción mecanicista del estado como cuerpo enfrentado a otros leviatanes y entra en funcionamiento un motivo místico y anímico que va más allá de la materialidad de los estados. Les uniría ahora un motivo ideológico, no físico, ni territorial, ni cuantificable: la idea de nación. En palabras de Koselleck: “El sujeto de la acción pasa de ser el soberano a ser la patria, que se convierte en un agregado superior”.²¹³

Por eso Tocqueville sostiene que la Revolución Francesa, más que un acontecimiento meramente estatal o político, es una revolución ideológica con una pulsión universal religiosa. Tanto es así que llega a compararla con la Guerra de los Treinta Años. En ambos casos nos encontramos con algo diferente a la guerra moderna: hay una aspiración a completar un proyecto normativo. La guerra se convierte, como antaño, en guerra civil internacional. Aparecen extranjeros luchando por países que no son los suyos en función de un ideal que en 1618 fue la religión y que en 1789 será la libertad y la igualdad.

Todas las guerras externas tuvieron algo de guerras civiles; en todas las guerras civiles aparecieron extranjeros. Los antiguos intereses de cada nación fueron olvidados por intereses nuevos; a las cuestiones de territorio sucedieron las cuestiones de principios. Las reglas todas de la diplomacia se encontraron mezcladas y confundidas, para mayor asombro y consternación de los políticos de aquel tiempo. Fue eso, precisamente, lo que ocurrió en Europa después de 1789.²¹⁴

No es el objetivo de este punto comentar en profundidad el devenir de la Revolución Francesa, sino analizar (1) cómo la crisis del Antiguo Régimen, y en consecuencia, el surgimiento de la Revolución, obedeció a causas internacionales, en concreto, a cuestiones de financiación de deuda; (2) cómo dicha Revolución, que se planteó como un intento de destruir las instituciones feudales y de crear un sistema más justo e igualitario, se convirtió en un movimiento absolutista en el interior e imperialista

²¹² HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, op.cit., Adición, párrafo 5, p.90.

²¹³ KOSELLECK, R., *Historias de conceptos*, Trotta, Madrid, 2012, p.145.

²¹⁴ TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., p.64.

en el exterior; y (3) de qué manera, como consecuencia de lo anterior, se establecen las bases para el nacionalismo.

La chispa que encendió el fuego revolucionario obedeció a la crisis económica del Antiguo Régimen. El problema que provocó la crisis internacional consistía en que, debido al modo de funcionar propio del liberalismo moderno, pagar las guerras implicaba endeudarse con terceros estados.²¹⁵ Y esa fue la dificultad a la que se tuvo que enfrentar Luis XVI quien, pese a sus deseos, no pudo actuar como soberano, sino que se hundió por su incapacidad para conservar la estructura del Antiguo Régimen.²¹⁶ Este monarca se sirvió del banquero suizo Necker durante tres períodos para administrar las finanzas del reino. Necker fue un personaje moderado, consciente de que lo que podía salvar la situación era una gran reforma financiera y, sobre todo, de que había que recuperar la confianza para conseguir crédito. En sus propias palabras: “Inglaterra nos enseña cómo se puede mantener una monarquía hereditaria sin inspirar desconfianza entre los amigos de la libertad; América nos enseña cómo un gran continente se puede someter a las formas republicanas sin inquietar a los amigos del orden público”.²¹⁷ Necker quería lograr la confianza en la zona para lograr más crédito, pero no pudo²¹⁸ porque Luis XVI tenía dos graves problemas financieros: por un lado, la enorme pérdida de liquidez del estado por el uso de intermediarios (ya fueran instancias provinciales, locales o particulares), la desigualdad social y territorial a la hora de recaudar impuestos y los gastos fatuos de la aristocracia; y, por otro lado, los costes de las guerras.²¹⁹

Dado que el impuesto no podía satisfacer los gastos de la guerra, los gobiernos siempre habían recurrido al préstamo y a otros rebusques financieros para hacer

²¹⁵ De esto ya fue consciente Saavedra Fajardo al analizar cómo el Imperio español se vio desbordado por los gastos de la guerra en las colonias y cómo esta falta de crédito obligó a realizar reformas económicas internas, no muy beneficiosas para el país. “Por esto parece conveniente que el presidente de Hacienda sea también Consejero de Estado, para que refiera en el Consejo cómo están las rentas reales y qué medios hay para las armas. Muy circunspecto ha de ser el poder y muy considerado en mirar lo que emprende. Lo que hace la vista en la frente hace en el ánimo la prudencia económica. Si esta falta en las repúblicas y reinos, serán ciegos”. SAAVEDRA FAJARDO, D., *Empresas políticas, op.cit.*, Empresa 69, p.786.

²¹⁶ “[C]onvocando la Asamblea de notables para consultarles su opinión, consulta a su reino pero a través de un procedimiento antiguo y canónico. Ocurrirá lo mismo a finales del año siguiente con los Estados Generales. Para tantear la opinión, la monarquía vuelve a una institución que encuentra en su tradición. Pero la transforma lo bastante para hacer de ella el primer acto de la Revolución”. FURET, T. “Bonaparte” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.272-273.

²¹⁷ Palabras de Necker recogidas por GAUCHET, M., “Necker”, en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.307-317, p.314.

²¹⁸ Cfr., BOSSENGA, G., “Impôt” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.586-595, p.594.

²¹⁹ Cfr., *Ibid.*, p.588.

frente a sus obligaciones. Sin embargo, el siglo XVIII conoció una escalada en la necesidad de crédito. Francia financió, a través de préstamos, el 28% de la Guerra de Sucesión de Austria, el 65% de la Guerra de los Siete Años y el 91% de la Guerra de Independencia Americana. En Inglaterra respectivamente el 85%, el 81% y el 100%. Aunque Inglaterra solo tuviera alrededor de un tercio de la superficie y de la población de Francia, humilló a Francia durante la Guerra de los Siete Años, sobre todo porque podía movilizar el crédito fácilmente gracias al Banco de Inglaterra. Como el presupuesto británico se publicaba y sometía al Parlamento cada año y el Parlamento estaba tras el Banco de Inglaterra, el crédito era mucho más “público” en Inglaterra que en Francia, donde reinaba siempre el secreto en materia de finanzas reales.²²⁰

En Inglaterra, la crisis financiera del sistema de los Estuardo dio lugar a las revoluciones inglesas de 1640 y 1680 en un contexto en el que la aristocracia ha entrado en decadencia por la pérdida de terrenos y de influencia militar con la racionalización técnica de la guerra, tal y como Lawrence Stone lo describe.²²¹ La respuesta francesa a la crisis económica,²²² a la bancarrota producida por la falta de crédito, fue más tardía pero sus efectos se hicieron notar tanto en el interior como en el exterior.

El Antiguo Régimen no murió de un déficit de absolutismo [...] Murió de su incapacidad para deshacerse de una estructura ligada a privilegios incompatibles con una base de impuestos racionalizada.²²³

Aun así, el problema fáctico al que tenía que seguir haciendo frente el proyecto normativo de la Revolución era el de la financiación: “Comenzar la historia real de la Revolución es tratar con la razón práctica el problema que abordaron los metafísicos, en definitiva, fundar el estado moderno sobre la experiencia y la realidad”.²²⁴ “Hemos hecho la Revolución solo para ser los dueños del impuesto”, dijo el diputado Lavie en la Asamblea en 1791.²²⁵ Sin embargo, la manera de la Revolución de afrontar esta cuestión no fue coherente con sus principios: ni en el interior, manteniendo el centralismo como estructura articuladora del estado, ni en el exterior, donde siguieron llevándose a cabo campañas bélicas de expansión territorial.

Respecto a la segunda cuestión que he planteado, cómo la Revolución Francesa se convierte en una estructura absolutista, hay que hacerse la misma pregunta que he

²²⁰ *Ibid.*, p.593.

²²¹ STONE, L., *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641*, Oxford University Press, Oxford, 1967.

²²² “La debilidad financiera de la monarquía absoluta [...] lleva a su caída en 1789”. BOSSENGA, G. “Impôt”, *op.cit.*, p.587.

²²³ *Ibid.*, p.591.

²²⁴ FURET, T., “Bonaparte”, *op.cit.*, p.222.

²²⁵ BOSSENGA, G., “Impôt”, *op.cit.*, p. 594.

formulado respecto al contexto westfaliano: ¿el sistema falló por la inadecuación de unos conceptos coherentes a una realidad compleja o porque éstos portaban en sí ya una contradicción inicial? Para Tocqueville el mantenimiento de las estructuras centralistas originadas en el Antiguo Régimen y continuadas en la Revolución fue la causa de que esta fracasara. Aunque cambiaran muchas cosas y se envolviera el discurso con el manto de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad y aunque pareciera que el axioma ontológico del estado ya no se basaba únicamente en el príncipe entendido como único soberano, sino en el pueblo ostentando el poder, pese a todo eso, el centralismo burocrático mostró que las estructuras políticas seguían siendo las del Antiguo Régimen. La dependencia económica de las ciudades respecto al estado era tal que Tocqueville llegó a decir que París era Francia y que Francia era París.²²⁶ Así lo explica el teórico Antonio Hermosa Andújar en su introducción a la obra de Tocqueville que estoy comentando:

Se trató, ya lo dijimos, de una revolución política y social que, aun innovando menos de lo que se creyó, abolió el feudalismo sin dejar de acrecentar el poder y los derechos de la autoridad pública [...] El proceso de centralización política delineado, con tan gruesas pinceladas, hasta el presente es el mismo proceso de raptó de esas libertades de los heterogéneos sujetos que las poseían; se ha centralizado el poder y concentrado la autoridad privando a ciudades, asociaciones, órdenes, individuos, etc., de sus antiguos derechos históricos, base de la autonomía antaño gozada por sus titulares. No solo la periferia capituló territorialmente ante el centro: la autoridad resultante concentró en su mano todo el derecho de la comunidad, suprimiendo desde un punto de vista político cualquier tipo de referencia para el nuevo súbdito que no fuera el nuevo amo.²²⁷

El problema se plantea en estos términos: el centralismo absolutista, que no reconoce la diversidad, frente al republicanismo o federalismo que sí aceptan la pluralidad. O dicho de otra manera: la existencia de límites, que separan las distintas unidades sociales y permiten así su convivencia, o la ausencia de límite, que obliga a la absoluta unidad. Por esta razón incidí en capítulos anteriores en la importancia de la existencia de instancias intermedias, como gremios, agrupaciones, iglesias, que actuando como elementos de mediación o representación, garantizan la pluralidad y, en esa medida, aunque no eliminan, ni mucho menos el conflicto, lo limitan y lo regulan. Lo contrario, la aplicación directa del poder sobre la masa social es absolutismo porque

²²⁶ Cfr., TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., p.127

²²⁷ HERMOSA ANDÚJAR, A., “La libertad política en *El Antiguo Régimen y la Revolución*”, Introducción a TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, op.cit., pp.9-41, p.19.

no hay mediación ni límite, y comporta una actitud trascendente que conduce a actitudes de carácter imperial.²²⁸

La lógica de la libertad, en efecto, es la del fomento de las diferencias entre individuos iguales, creadas y recreadas en las sucesivas relaciones permanentemente puestas en juego, en el ámbito público como en el privado, por la acción de individuos – o grupos – singulares, absolutos por así decir, y dotados con personalidad propia; diferencias, pues, por fuerza cambiantes, en lugar de diferencias originarias que exigirían su preservación mediante prácticas ritualizadas. Es, en definitiva, la lógica del pluralismo, constituida por intereses, opiniones, gustos, deseos y necesidades legítimos todos ellos, y que al competir entre sí al aire libre garantizan la presencia y permanencia del conflicto. Por lo demás, creada por la igualdad la posibilidad de interrelacionarse de dichos individuos, la necesidad de hacerlo es tan ontológica como la de cooperar y actuar juntos – de “entenderse persuadirse y complacerse” – en los asuntos comunes, fines éstos para los que la libertad, como vimos, procuró los medios de satisfacerlos, esto es, de poner en equilibrio las fuerzas en conflicto, que al fin y al cabo no eran otra cosa sino las diversas manifestaciones de su existir.²²⁹

Pero queda sin responder la cuestión inicial: ¿el fallo de la Revolución solo consistió en que las instituciones políticas no supieron adaptarse a la teoría planteada por la Revolución o el propio aparato teórico revolucionario ya llevaba en sí la semilla del absolutismo y del imperialismo? Considero que, si bien en el caso del análisis del paradigma conceptual westfaliano me he inclinado por la segunda opción, por aceptar que sus conceptos eran contradictorios, al referirme a la Revolución Francesa tengo que reconocer que si acabó siendo absolutista no fue porque sus principios fueran contradictorios, incoherentes o tendentes al absolutismo, sino porque a lo largo del desarrollo revolucionario se traicionaron los principios teóricos del republicanismo, basados en la libertad y la igualdad. Esa traición se hace patente en las guerras que inicia Napoleón en 1799 con la intención de expandir el espíritu universal, momento en que ya se muestra la vertiente imperialista en la que se convirtió el proyecto francés.

²²⁸ La ausencia de pluralismo y el carácter absolutista del estado durante la revolución también se manifiesta en los procesos migratorios que tienen lugar entonces, cuando se produce la segunda gran oleada de refugiados de la historia de Francia. “En este sentido, la comparación entre las dos grandes emigraciones de la historia de la Francia moderna ha servido a los autores, sobre todo, para denunciar el absolutismo de la Revolución (tal fue el caso de Taine, pero también de Michelet, que compara las leyes contra los emigrantes a las de Luis XIV contra los protestantes): “100.000 franceses perseguidos a finales del siglo XVII, 120.000 franceses perseguidos a finales del siglo XVIII, he ahí cómo la democracia intolerante finaliza la obra de la monarquía intolerante””. BOFFA, M., “Emigrés” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.346-354, p.347.

²²⁹ HERMOSA ANDÚJAR, A. “La libertad política en *El Antiguo Régimen y la Revolución*”, op.cit., pp.40-41.

En todo el resto de Europa, siempre hemos considerado que los efectos de la Revolución habían sido impuestos por la fuerza más que buscados por una libre elección del pueblo. Pero a pesar de la sinceridad establecida por el gobierno francés en 1792 para apoyar el principio de autodeterminación nacional, apenas nos podíamos hacer ilusiones sobre el verdadero impacto de la invasión por parte de los ejércitos revolucionarios. El ideal fue más bien vencido por la necesidad financiera, la universalidad de la revolución fue vencida por las necesidades cotidianas de la guerra.²³⁰

Del mismo modo que me referí a la Paz de Westfalia como un paréntesis en medio del conflicto, coincido con Tocqueville en entender la Revolución como una breve ruptura en el interior del largo contexto westfaliano. Si en un principio los ideales revolucionarios fueron una garantía de emancipación, la forma imperialista que adquirió su imposición, provocó que los pueblos ocupados, en vez de abrazar los principios franceses prometedores de libertad, acabaran revolviéndose y luchando contra ellos. Koselleck expresa bien esta idea de rechazo a la imposición de la política universalista francesa que generó, a su vez, un anhelo patriótico contrario en los países que sufrieron la ocupación francesa:

El auténtico patriota actúa según principios cosmopolitas, que reivindican su validez para el conjunto de la humanidad. De este modo, sin embargo, este patriotismo provocó - en segundo lugar - un patriotismo genuino en los pueblos que no quisieron la importación de la revolución por los franceses.²³¹

La recomposición del sistema vendría no solo de la mano del Congreso de Viena, sino ya desde las propias estructuras fallidas de la Revolución que promulgó unos deseos de igualdad y libertad sin cuestionarse el marco de realización de las mismas, esto es, la centralización y el aparato burocrático heredados del Antiguo Régimen, que la Revolución no puso en cuestión y que provocó que al final el absolutismo se hiciera

²³⁰ FORREST, A., “La Révolution et l’Europe” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.146-156, pp.150-151.

²³¹ KOSSELLECK, R., *Historias de conceptos*, op.cit., p.148. Hegel expresa esta idea al referirse al rechazo de los españoles a la invasión francesa, pese a que esta portara los ideales revolucionarios: “En su constitución, el Estado tiene que penetrar todas las relaciones. Por ejemplo, Napoleón quiso dar *a priori* una constitución a los españoles, lo cual, sin embargo, funcionó hartamente mal. Pues una constitución no es algo meramente hecho: ella es el trabajo de siglos, la idea y la conciencia de lo racional, en cuanto ampliamente ello está desarrollado en un pueblo. Es por eso por lo que ninguna constitución es creada meramente por sujetos. Lo que Napoleón dio a los españoles era más racional que lo que ellos tenían antes, y sin embargo lo rechazaron como algo extraño a ellos, ya que no estaban cultivados hasta ese punto más elevado. El pueblo tiene que tener en su constitución el sentimiento de su derecho y de su situación, de lo contrario ella puede ser existente externamente, pero ella no tiene ninguna significación y ningún valor”. HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, op.cit., Adición párrafo 274, p.334.

patente. Por ello, se podría hablar de “variaciones” de un mismo tema, de Westfalia, porque el esquema siguió siendo operativo y fue especialmente recompuesto con el Congreso de Viena. Ni siquiera los intentos revolucionarios franceses pudieron extirpar el germen de la hegemonía y ellos mismos se convirtieron en pulsiones estatales subsumidas bajo un esquema westfaliano. Esta idea de patria se construye sustituyendo al monarca como encarnación de la idea de soberanía por la de nación, mucho menos empírica y, por consiguiente, más cercana a la indeterminación y a la absolutización. Así lo explica Schmitt en *Teoría de la Constitución*:

Cuando la nación como sujeto del poder constituyente se enfrenta con el monarca absoluto y suprime su absolutismo, se coloca en su puesto de la misma absoluta manera. Lo absoluto queda subsistiendo con invariable, incluso con incrementado vigor, porque ahora el pueblo se identifica políticamente consigo mismo en su Estado.²³²

Este proceso, que no deja de ser la autoafirmación del estado como entidad que insiste en perseverar en su ser, sigue adoptando la forma existencial de la confrontación amigo/enemigo, en concreto, la de una nación que es consciente de sí, de sus orígenes y de su destino y que pretende expandir su proyecto al resto de naciones “amigas” habiendo eliminado primero al “enemigo” interno.²³³ Si bien el enemigo externo es todo aquel que se oponga a la expansión del proyecto revolucionario, el enemigo interno no es otro que la clase aristocrática y el Antiguo Régimen. La lucha contra ambos trajo consigo el triunfo de la burguesía que, aunque se vio obligada a pactar con las clases bajas, fue la principal ganadora de este proceso.²³⁴ La idea que porta esta Revolución es la superación de la desigualdad congénita al Antiguo Régimen, algo solo realizable en la medida en que la soberanía recaiga sobre la comunidad, es decir, sobre la nación. Cómo

²³² SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución, op.cit.*, p.94. “Era el paso de una representación personal de la soberanía, encarnada en el monarca, a la representación abstracta, encarnada en el Estado apoyado y sostenido por la idea de Nación. Al fin y al cabo, la persona del rey y la sociedad feudal participaban de la misma legitimidad y, por eso, resultaban amenazadas por el mismo destino. La *Revolución* francesa, esta es la lección que se extrae de Tocqueville, no alteró la profunda evolución francesa de la soberana influencia del Estado sobre la sociedad, sino que tan solo alteró la representación de esta soberanía, desde la figura carnal del monarca a la figura abstracta de la Nación”. VILLACANAS, J.L. *Kant y la época de las revoluciones, op.cit.*, pp.77-78.

²³³ Según Nora, la Revolución aspiraba a lograr la fraternidad internacional y, al mismo tiempo, propiciaba la pugna interna. Cfr. NORA, P., “Nation” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.801-811, p.805.

²³⁴ Según Soboul la Revolución Francesa pone las bases para la emergencia de la economía capitalista: “El papel histórico de la Revolución francesa fue asegurar, por la destrucción de la feudalidad así definida, la transición hacia la sociedad capitalista”. SOBOUL, A., *La Révolution française*. PUF, París, 2014, p.6. Esta tesis es discutible porque algunos autores sitúan el inicio del desarrollo del capitalismo en los comienzos del sistema westfaliano y otros en el desarrollo del sistema industrial de Inglaterra.

este reclamo se convirtió en una vuelta de tuerca más del absolutismo, forma parte de una Modernidad compuesta de avances y atrasos, de grandes ideas y contradicciones.

CAPÍTULO 3: El estado en su relación con los otros entes soberanos.

3.1. NEUTRALIDAD Y PERMANENCIA DEL CONFLICTO: LA PAZ MÍNIMA Y LA GUERRA LIMITADA.

Las frágiles construcciones del poder son reconocibles por su pretensión incesantemente renovada de establecer como evidencias lo que son solo ficciones. En el curso de los Tiempos Modernos, una de entre estas ficciones parece ser el decorado de todas las demás: la ficción de una neutralidad central.

TIQQUN²³⁵

[L]os revolucionarios que conciben la historia como creación de su propio espíritu [...] no deben contentarse con la fórmula provisional de “neutralidad absoluta”, sino que deben transformarla en “neutralidad activa y operante”.

ANTONIO GRAMSCI²³⁶

En apartados anteriores he explicado la manera en que el estado soberano, como protagonista único del escenario del *Ius publicum europaeum*, despliega su capacidad de decisión e impone la ley en un intento de conectar lo trascendente con lo inmanente. He afirmado que este contexto westfaliano se caracteriza, en teoría, por la ausencia de una estructura imperial o de un país que abiertamente ejerza su liderazgo sobre los demás. Esto crea una situación de equilibrio entre los estados, que además de frágil y aparente, es realizable gracias a la existencia de un tercer espacio, el de las colonias, como explicaré a continuación. En este contexto en el que los estados soberanos, concebidos como sujetos jurídicos, son considerados en un plano de igualdad y en el que las causas justas han desaparecido del horizonte de la guerra, la neutralidad, la formalidad y el equilibrio aparecen como los grandes atributos del *Ius publicum europaeum* y generarán un determinado concepto de conflicto: las “guerras en forma”, tal como Schmitt las denomina.

²³⁵ TIQQUN, *Introducción a la guerra civil*, op.cit., glosa al párrafo 32.

²³⁶ GRAMSCI, A., *Antología I*, “Neutralidad activa y operante”, 1910-1917 [31-X-1914] en *Antología*, Siglo XXI, Madrid, 1974, pp.11-12.

Sostengo que esa neutralidad enmascara las verdaderas pulsiones imperiales de las potencias. No constituye una neutralidad definitiva ni un proyecto de paz mundial, sin embargo, tampoco adquiere la forma de un conflicto encarnizado o de una guerra total. A camino entre esas dos opciones radicales se sitúa Westfalia, como contención del conflicto, como vía intermedia y asumible entre un mundo en estado de naturaleza absoluto y una irrealizable paz verdadera que nunca será posible. Por esta razón este apartado, dedicado a la neutralidad, irá acompañado de otros tres: equilibrio, guerra y paz. Los conceptos de neutralidad y equilibrio podrían encuadrarse en el marco teórico de lo difícilmente realizable pero asumible; la guerra representa lo fácilmente llevadero y pensable mientras que la paz se presenta como lo siempre irrealizable pero sumamente deseable.

En *La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones*²³⁷ Schmitt expone cómo del siglo XVI al XX se atraviesan cuatro fases que se conforman como centros de gravedad o esferas explicativas de las demás realidades: la teológica, la metafísica, el moralismo y la economía. En el paso de una fase a otra se produce la neutralización de la cosmovisión anterior. Se podría decir que esto ocurre con cada uno de los conceptos políticos típicos de la Modernidad. Por ejemplo, sobre los conflictos bélicos afirma Schmitt: “Las guerras de religión se convirtieron en las guerras nacionales del siglo XIX, todavía en parte culturales, pero ya también determinadas en parte por la economía. Al final fueron puras y simples guerras económicas”.²³⁸ Lo mismo se puede decir del principio *cuius regio eius religio*, que a través del tiempo se va neutralizando. Según Schmitt, del siglo XV al XVII tiene un sentido teológico-político; en el siglo XVIII se convierte en *eius natio eius religio* con el auge de la nación; y finalmente en los siglos XIX y XX se transforma en *eius oeconomia*, donde ya la neutralidad es aparentemente total.

Ya la referencia a la neutralidad como “actitud inhibidora de la decisión política”²³⁹ indica que los significados negativos que Schmitt va a atribuir al concepto de neutralidad son tales porque se separan de la política decisionista que él defiende y son propios del liberalismo. De los cuatro sentidos negativos que establece Schmitt me interesan los relativos a la falta de decisión, a la apoliticidad o no iniciativa del estado, esto es, a la “neutralidad en el sentido de no-intervención, de indiferencia, de *laissez*

²³⁷ En SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit.

²³⁸ *Ibid.*, p.122.

²³⁹ *Ibid.*, p.131.

passer, de tolerancia pasiva”.²⁴⁰ La neutralidad comienza manifestándose contra el carácter teológico medieval y acaba siendo neutralidad ante cualquier cosa, ante la nación o ante la moral. No solo es negativa por su falta de carácter político, también porque implica la no distinción de las diferencias, la igualación de todos los estratos y de los distintos problemas que requerirían, cada uno, una consideración concreta. En definitiva, la neutralidad negativa demanda “un trato absolutamente igual para todos [...] No cabría, por ejemplo, proteger mejor a quien piensa como creyente que al ateo, ni a quien se siente unido a una nación más que al que la desprecia o le es hostil”.²⁴¹

Otro sentido negativo de esta neutralidad es el que defiende “una concepción instrumental del Estado”,²⁴² es decir, un estado que es simple herramienta administrativa a la mano de cualquier persona. En este caso no hay diferenciación amigo/enemigo, no hay política en absoluto.²⁴³ Estos sentidos resumen la concepción liberal y relativista del estado, “que ya no distingue nada”.²⁴⁴ Frente a ellos, Carl Schmitt distingue los significados positivos de “neutralidad” que gozan de dicho calificativo precisamente por tener aquello de lo que carecían los otros: decisionismo. Dentro de dicha clasificación, y en lo concerniente al Derecho Internacional, centraré mi atención en dos de ellos.²⁴⁵ Por un lado estaría la:

[N]eutralidad en el sentido de objetividad y positividad, sobre la base de una norma reconocida. Esta es la neutralidad propia del juez, en cuanto que decide a partir de una ley reconocida. La vinculación a la ley (...) hace posible, en primer lugar, la objetividad, y con ella, esa forma de neutralidad, así como también esa relativa independencia del juez en relación con toda otra voluntad estatal.²⁴⁶

¿Se puede aplicar este concepto de neutralidad, como acción propia de una entidad que decida, al contexto del *Ius publicum europaeum*? Quizás ello justifique por

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 129.

²⁴¹ *Ibid.*, p.132.

²⁴² *Ibid.*, p.131.

²⁴³ Hay un tercer sentido negativo de neutralidad, la que cree en “la igualdad de oportunidades en la formación de la voluntad estatal”, es decir, la concepción liberal parlamentaria que fomenta la igualdad y la creación de mayorías. *Ibid.*, p.133. El cuarto sentido negativo hacer referencia a la paridad, a la “admisión de todo grupo u orientación susceptibles de entrar en consideración, bajo condiciones iguales y con idéntica consideración a la hora de servirse de las ventajas y demás aportaciones del Estado”, pensada para estados con diferentes grupos que presionan por acceder a los beneficios del estado. *Ibid.*, p.134.

²⁴⁴ *Ibid.*, p.132.

²⁴⁵ Los otros dos sentidos positivos – “Neutralidad sobre la base de un conocimiento objetivo y no egoísta de las cosas” y “Neutralidad como expresión de una unidad y totalidad que abarca en su interior agrupaciones antagónicas y que por lo tanto relativiza en su seno esos antagonismos”, *Ibid.*, p.137 – tampoco serán desarrollados en esta tesis porque considero que van más allá de la perspectiva internacional de este trabajo.

²⁴⁶ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.136.

qué Schmitt tiene una concepción tan positiva del *Ius publicum europaeum*,²⁴⁷ ya que es en él donde se hace patente el intento de una neutralidad que garantiza en principio la paz entre los estados pero que no por ello supone un menoscabo del decisionismo de aquéllos. La cuestión es, ¿quién es ese juez que garantiza la objetividad y la ecuanimidad? ¿De qué manera el vínculo con la ley, propio del juez, no es otra cosa que la toma de la tierra por parte de un estado que establece derecho? Ese juez o tercero se asemeja en el contexto del *Ius publicum europaeum* al estado soberano que ejerce el poder de decisión. La segunda de las acepciones positivas que me interesa también centra la neutralidad en la decisión: “[N]eutralidad del que se mantiene al margen, y que como tercero puede, en caso de necesidad, dar cauce a la decisión y lograr la unidad [...] la del conquistador frente a los diversos grupos de una colonia...”²⁴⁸.

El concepto de neutralidad entendida como objetividad ante la norma o como mantenimiento del orden y de la unidad por parte del soberano que decide, los dos sentidos positivos estudiados, requiere que la norma distinga claramente qué es paz y qué es guerra y, para ello, se requiere la institucionalización y formalización de las reglas del juego internacional y también de la guerra. Pero queda la duda de cómo conjugar este formalismo con un concepto de neutralidad decisoria: la mera sujeción a la norma internacional es neutralidad, pero una toma de decisión de un estado puede implicar la ruptura de la norma en situación excepcional. Entiendo que es precisamente esta conjunción paradójica la que defiende Schmitt y la que se manifiesta perfectamente en el *rebus sic stantibus* del *pacta sunt servanda* que comentamos al hablar de la situación de excepción en el ámbito internacional. Esto se deja ver también en Clausewitz, que es consciente de que, por un lado, la guerra moderna se presenta bajo unas formas sistemáticas e institucionalizadas, y de que, por otro, bajo esa apariencia formal se esconde un apetito estatal voraz y desmesurado:

Las guerras modernas, esto es, todas las que han ocurrido desde la Paz de Westfalia, han tenido una forma más sistemática y conexas, a causa del esfuerzo de los respectivos Gobiernos.²⁴⁹

[C]uán desacertados estaríamos en considerar la guerra de los civilizados como la ejecución de un acto meramente racional de los Gobiernos, y cada vez más

²⁴⁷ Llega a considerar el siglo XVII como “uno de los siglos más grandes de la historia de Europa no solo por la metafísica sino también por la ciencia, y que cabe considerar como la verdadera época heroica del racionalismo occidental”. *Ibid.*, p. 114.

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 137.

²⁴⁹ CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra*, *op.cit.*, libro IV, cap. XIV, p.380.

desprovisto de todo apasionamiento tal, que finalmente no serían necesarias las fuerzas físicas, sino solo sus relaciones: una especie de *álgebra de la acción*.²⁵⁰

Si en algún momento la guerra parece un “acto meramente racional” es porque la mejora de las armas ha dado una imagen más limpia de la guerra y porque el contexto epistemológico moderno está atravesado precisamente por la filosofía del álgebra, pero al menos Clausewitz, más que Schmitt, subrayó la irracionalidad que se escondía bajo esa aparente formalidad que, como explicaré en la segunda parte, se rompe en el siglo XX, momento en que entra en juego el concepto de “agresión” y en el que el enemigo se convierte en un enemigo criminalizado o en un delincuente.

En los dos conceptos de neutralidad positivos que he señalado emerge una neutralidad decisoria,²⁵¹ una neutralidad que no es mera indiferencia, sino toma de decisión del estado. Habría que repensar el hecho de que Schmitt sea consciente de que la neutralidad, entendida desde el punto de vista positivo no es un estado en el que se pueda estar, sino una potencialidad que ha de ser alcanzada de cierta manera: “En Europa la humanidad está siempre saliendo de un campo de batalla para entrar en un terreno neutral, y una y otra vez el recién alcanzado terreno neutral se vuelve nuevamente campo de batalla y se hace necesario buscar nuevas esferas de neutralidad”.²⁵² Lo propio del estado decisionista no es ser neutral, sino estar instalado en una lucha por el poder. Por eso dicho estado siempre tiene que encaminarse “hacia un ámbito neutral”, porque esa neutralidad nunca está dada del todo.

Schmitt, que defiende la neutralidad como decisión del soberano, va a construir unos conceptos de equilibrio y de guerra aparentemente muy poco conflictivos y encarnizados pero que esconden bajo sí esa pulsión decisionista que tanto alaba. Por eso, Schmitt considera que en su esquema no es posible concebir un proyecto de paz mundial y sostiene que dado que el conflicto siempre va a estar presente, es mejor regularlo a través de guerras limitadas que no son ni absolutas ni totales, a tener que

²⁵⁰ *Ibid.*, libro I, cap. I, III, p.23.

²⁵¹ Cabe preguntarse si la crítica de Schmitt a la falsa neutralidad no esconde una llamada a la reinstauración de instituciones claramente decisionistas en las que el componente teológico sea patente. “Contra nosotros Schmitt veía posible ofrecer todavía una reedición de la forma moderna del Estado. Ante el vacío de forma política que el liberalismo producía, solo se alzaba para él recordar una institución que había dejado atrás las potencias del mito – sin olvidarlas – y había conservado la memoria de un Dios capaz de ser reconocido no por el individuo privado, sino por los grupos humanos en su existencia histórica. Esa institución era la Iglesia católica”. Cfr., VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p. 123.

²⁵² SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.122.

pasar por una guerra total.²⁵³ A esta concepción schmittiana de neutralidad se puede oponer la teoría de Saavedra Fajardo quien, ya en 1641, fue consciente de las intenciones hegemónicas de Francia y de que una neutralidad basada únicamente en el papel de los tratados no garantizaba una política neutral:

¡Cuán peligrosa es la vecindad de una potencia grande, que no puede levantarse si no es con la ruina de otras! [...] Que la ambición de dominar rompe todos los vínculos de amistad y fe pública, pues ni la solemnidad de la neutralidad, jurada y autorizada con la intervención del Cuerpo Helvético, ni la religiosa observancia y buena correspondencia del Condado de Borgoña, ni su disimulación de las injurias y contravenciones de los franceses bastó a reprimir que no violasen el tratado por ampliar sus dominios.²⁵⁴

Por eso, Saavedra es defensor de una verdadera neutralidad, una imparcialidad no basada en la decisión, sino en la no intervención de determinados estados. Esto no quiere decir que esos países neutrales, Suiza y Holanda,²⁵⁵ no tuvieran el derecho a defenderse o a mantener una posición política,²⁵⁶ sino que debido a su delicada o estratégica posición geográfica debían de servir como diques de contención de la acción imperial de las potencias en disputa, en su caso, España y Francia.

La crítica que hace Schmitt a los conceptos negativos de neutralidad va dirigida al liberalismo decimonónico, tan denostado por el propio Schmitt. Mientras el *Ius publicum europaeum* es capaz de disimular los rasgos liberales que lo van configurando Schmitt considera que es una etapa gloriosa por las razones ya explicadas. Pero cuando en el siglo XIX ese liberalismo empieza a cobrar fuerza con la hegemonía que empieza a mostrar Inglaterra (*pax britannica*) y en el XX pone de manifiesto que su desarrollo va a desembocar en el fin de ese derecho internacional, especialmente con la aparición de Estados Unidos como potencia, es cuando Schmitt dirigirá todas sus críticas contra esa ideología:

²⁵³ Sin embargo, no podemos dejar de pensar en que la paz mundial es al menos deseable y por ello dedicaremos el último apartado de este tercer capítulo a la concepción cosmopolita de Kant y a la crítica que recibe por parte de Schmitt.

²⁵⁴ “Noticias del tratado de neutralidad entre el condado y el ducado de Borgoña, de la observancia con que ha sido guardado por los del condado y de los fines con que le procuraron los trece cantones de esguizaros”. SAAVEDRA FAJARDO, D., *Rariora et minora*, op.cit., p. 343.

²⁵⁵ A Holanda le convenía no posicionarse con Francia porque era este país el que iba a heredar la posición imperial que hasta ahora había tenido España. Holanda podía seguir manteniendo en su imaginario a España como enemigo, pero siendo consciente de que actuar contra España suponía correr el peligro de ser absorbida por Francia y de perder su independencia.

²⁵⁶ “Era una neutralidad que no era indiferencia, sino actividad destinada a impedir la superioridad de una potencia sobre la otra [...] Esta es la tesis de Saavedra: la neutralidad para ser tal debe tener como guía y norte el logro del equilibrio entre Francia y la casa de Austria”. VILLACANAS, J.L., “Estudio” en SAAVEDRA FAJARDO, D., *Rariora et minora*, op.cit., p.46.

Schmitt distingue entre una buena secularización, la de la teología política, y una mala secularización, la liberal, que lleva en el fondo – aun presentándose como una apología de la separación entre lo público y lo privado – a la indistinción de esferas o a la privatización de la política.²⁵⁷

Se podría resumir la crítica de Schmitt al liberalismo en cuatro símiles y, de una manera o de otra, todos tienen que ver con una neutralidad entendida negativamente: liberalismo como falta de decisión o despolitización;²⁵⁸ liberalismo como apertura del ámbito de lo privado; liberalismo como desarrollo de la técnica; y liberalismo como economía liberal. El gran perjuicio del liberalismo (el mismo que tiene el romanticismo) es que evita la decisión²⁵⁹ y esto afecta a la manera de entender la soberanía. En *Romanticismo político* Carl Schmitt define el romanticismo con estos rasgos: embriaguez subjetiva, sublimación del yo y la imaginación, exaltación de lo estético y aspiración a lo total u absoluto.²⁶⁰ Esto le hace ser inconsciente de la estructura de la caída y la gracia, de la finitud humana y de la necesidad del estado como mediación, como objetividad que se realiza en la historia para acercar la dignidad, o cualquier otro componente trascendental, a los seres humanos. Con su afirmación de lo absoluto,²⁶¹ el romanticismo no está preparado para comprender la estructura de la mediación, sino que se ahoga en la mera exaltación de una subjetividad desconectada de la concreción del mundo. Lo que ofrece el liberalismo es muy parecido al romanticismo: “autismo y absoluta privacidad del consumo entregado a sus deseos, como seguro que impide que el miedo del ser humano ante el ser humano domine por doquier”.²⁶²

El liberalismo como indecisión está estrechamente relacionado con la técnica. La técnica capitalista, muy ligada al mar, se olvida de la unión con la tierra, de la mediación, de la creación de comunidad, pues supone un aislamiento y un retiro en el reino de lo privado. Implica una absoluta despolitización y una visión del mundo solo preocupada por el control y el dominio de los objetos. Según Schmitt, será en el siglo

²⁵⁷ RIVERA. A., *El dios de los tiranos*, op.cit., p.57.

²⁵⁸ Kervégan explica que para Schmitt el liberalismo representa “una ética de la discusión y una metafísica de la indecisión”. KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.155.

²⁵⁹ De la misma opinión es el gran lector de Schmitt, Hugo Ball, para quien el subjetivismo propio del romanticismo es pura indecisión: “Los románticos son personas que a la hora de los hechos no se quieren decidir: sí, que hacen de la indecisión una filosofía de lo irracional”. BALL, H. *Dios tras Dadá. Las consecuencias de la Reforma y “Teología política de Carl Schmitt”*, op.cit., p.208.

²⁶⁰ Cfr., VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., pp.55-77.

²⁶¹ Y esto supone una concepción ontológica determinada, la de lo virtual: “La naturaleza del romanticismo es virtual. Pues la realidad virtual altera la modalidad de la ontología clásica. Ella es la única positividad que no mengua la posibilidad infinita todavía a nuestra disposición”. *Ibid.*, p.63.

²⁶² *Ibid.*, pp.122-123.

XIX cuando el liberalismo adquiriera un cariz abiertamente económico. Si bien en el contexto del siglo XVIII se basa en la fe en el progreso, a partir del XIX ese progreso se identificará con la industria, con la economía, con la paz y con la ausencia de política.²⁶³

El problema para Schmitt es que con el liberalismo se pierden las mediaciones católicas que la *Respublica Christiana* ofreció en su momento y que seguían teniendo cierta influencia incluso en la Modernidad. Por eso, el fin del *Ius publicum europaeum* fue una tragedia para Schmitt, porque significó el fin de una forma de concebir la escena internacional y la victoria absoluta del liberalismo. Para entender el liberalismo como despolitización e indecisión hay que incidir en que dicha ideología se asienta en la separación de las esferas política, religiosa, jurídica y social. Esto permite la neutralización de los conflictos porque aunque el Parlamento sea el escenario donde, de cara a la opinión pública, se logren consensos mínimos, los conflictos se resolverán en la esfera privada. La aparente libertad con que se dota a las distintas esferas para autorrealizarse encierra el juego de su disolución en lo privado.

En resumen, la neutralidad negativa o liberal implica despolitización y privatización del conflicto, mientras que la neutralidad entendida de manera positiva es aquella en la que se hace presente el poder decisorio. Como señalaba Rivera, la “buena” secularización para Schmitt fue la que se produjo con el *Ius publicum europaeum*, la que se nutría de la teología, mientras que la “mala” es la liberal, la que en nombre de una separación total de esferas reduce lo político a lo privado. El liberalismo no niega la esencia de lo político pero, al neutralizarlo, desdibuja lo que verdaderamente significa:

[S]i bien es cierto que el liberalismo no ha negado radicalmente el Estado, no lo es menos que tampoco ha hallado una teoría positiva ni una reforma propia del Estado, sino que tan solo ha procurado vincular lo político a una ética y someterlo a lo económico; ha creado una doctrina de la división y equilibrio de los “poderes”,

²⁶³ También señala en el Corolario III del *Concepto de lo político* que tan importante para la configuración de la política internacional es la distinción interior/exterior, como la de derecho público/derecho privado. Y desde esta peculiar posición es como potencias como el Reino Unido, en función de su libertad de los mares, han podido desarrollar el comercio. “En el siglo XIX, por ejemplo, en el marco del derecho internacional europeo, y junto al derecho interestatal propiamente dicho, con su distinción dualista entre lo interior y lo exterior, existía un *derecho económico* común, un derecho internacional privado cuyo *standard* constitucional común (la constitución) era más importante que la soberanía política de cada uno de los territorios política pero no económicamente cerrados en sí mismos. Solo cuando la soberanía política empezó a convertirse en autarquía económica desapareció, con el *standard* constitucional presupuesto, también la ordenación territorial común”. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.152.

esto es, un sistema de trabas y controles del Estado que no es posible calificar de teoría del Estado o de principio de construcción política.²⁶⁴

Para Carl Schmitt este liberalismo equivale a despolitización y con consecuencias, no solo para el estado, sino también para el derecho internacional.²⁶⁵ La estructura político-ontológica que ofrece el siglo XIX es el pluralismo interno y la unidad internacional. En la esfera internacional el liberalismo fomenta la unidad, al igual que el imperialismo, el cosmopolitismo o el comunismo, concepciones que no comprendían el origen teológico-político del dualismo interior/exterior. Inglaterra – que es condición de equilibrio para el *Ius publicum europaeum* – da el primer empuje al paradigma liberal en el siglo XIX. Estados Unidos lo instaurará definitivamente en el XX, provocando para Schmitt la ruina del derecho internacional. Sin embargo, en la esfera nacional el liberalismo promueve la pluralidad a través del funcionamiento del Parlamento como procedimiento constitucional.²⁶⁶ Esto es lo que más critica Schmitt ya que ese parlamentarismo es la instancia que cobija el pluralismo, como se ve en el caso de Inglaterra, permitiendo el surgimiento de distintas clases y partidos políticos y convirtiendo a las cámaras contemporáneas en una reunión de grupos sectoriales que defienden sus intereses particulares.

Nada de todo esto tiene que ver con el principio de representación de la Iglesia, cuya finalidad central consiste en impedir la soledad del hombre, la subjetividad, el escepticismo. La idea que de la representación tiene la Iglesia – en el imaginario de Schmitt – no vincula sujetos y cosas, sino seres humanos entre sí bajo la forma de la humanidad...²⁶⁷

Esta defensa liberal de la homogeneidad internacional y de la diversidad nacional resulta terrible para Schmitt porque, como ya expliqué anteriormente, él defiende con Hobbes la necesidad de un pluralismo internacional (*Ius publicum europaeum*) y una

²⁶⁴ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.91.

²⁶⁵ El derecho internacional había adoptado, para el liberalismo positivista, la forma de una pirámide normativa que funcionaba por medio de la analogía. Esto permite a Schmitt, al criticar el funcionamiento del derecho estatal, criticar también el funcionamiento del derecho internacional, pues el positivismo había convertido a uno en subsidiario del otro.

²⁶⁶ Para Schmitt, la democracia no tiene por qué ir unida al liberalismo. De hecho, según él, democracia y dictadura no son términos contradictorios. Cfr., SCHMITT, C., *El espíritu del Parlamentarismo*, Tecnos, Madrid, 1990. Así lo explica Monereo en un estudio introductorio a Schmitt: “En la perspectiva de las Relaciones Internacionales el concepto de homogeneidad sustancial de cada pueblo determina la imposibilidad de toda pretensión de un cosmopolitismo unificador que iría en contradicción con la singularidad de los pueblos. Para él [Carl Schmitt] la democracia presupone en su conjunto y en cada particularidad de su existencia política un pueblo homogéneo en sí, que tiene la voluntad de existencia política”. MONEREO, J.C., Introducción a SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes*, op.cit., p. LXIII

²⁶⁷ VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.137.

unidad nacional.²⁶⁸ La pluralidad solo es positiva en el exterior, nunca en el seno del estado. El mal a evitar es la guerra civil y la tarea primordial es expulsarla del ámbito interno y trasladarla y mantenerla en la esfera internacional. De ahí que sea imprescindible el pluralismo internacional, porque es el ámbito en el que se tienen que hacer visibles los conflictos y donde tienen que mediatizarse unas batallas que, dado que siempre van a estar presentes (ya que la esencia de lo político es la distinción amigo/enemigo), es mejor que se sitúen lejos de la esfera nacional.

El liberalismo carece de sentido de lo político porque lucha contra el poder del estado en defensa de la libertad individual y de la economía y para lograrlo utiliza el Parlamento como sede donde aliarse con todo tipo de políticas (conservadoras, demócratas, etc.). Estos pactos aleatorios son posibles porque, según el liberalismo, al individuo no se le puede exigir que tenga enemigos si no lo desea. Esto, además de chocar directamente contra una de las principales tesis de Schmitt, la de la relación amigo/enemigo como constituyente de la realidad, implica el reconocimiento de la ética y la economía como únicos espacios pacíficos y positivos. Lo político es considerado negativamente porque se relaciona con la violencia: “De este modo se va edificando todo un sistema de conceptos desmilitarizados y despolitizados”.²⁶⁹

Ahora bien, para Schmitt la economía liberal no es pacífica, porque luchará contra quien intente quitarle el monopolio. Es una violencia que simulará no serlo porque se esconderá, especialmente a partir del siglo XIX, bajo el disfraz de la economía y de una terminología que ocultará el cariz político de los acontecimientos.

El *pathos* ético y la objetividad económica materialista se unen en toda expresión típicamente liberal y confieren un rostro diferente a cada concepto político. Así el concepto político de la *lucha* se transforma en el pensamiento liberal, por el lado económico, en *competencia*, y por el otro, el lado “espiritual”, en *discusión*. En lugar de la distinción clara entre los dos estados opuestos de “guerra” y “paz” aparece aquí la dinámica de la *competencia eterna* y de la *eterna discusión*. El *Estado* se torna *sociedad*: del lado ético-espiritual, como representación ideológico-humanitaria de la humanidad; del lado contrario como unidad técnico-económica de un sistema unitario de *producción y tráfico*. La *voluntad* lógica y natural de rechazar al enemigo, dada dentro de la situación de lucha, se convierte en la construcción racional de un *ideal* o *programa* social, en una *tendencia* o un *cálculo* económico. El *pueblo* como unidad política se convierte, por un lado, en *público* interesado culturalmente, por el otro en *personal laboral o empresarial* y

²⁶⁸ Antonio Rivera habla de la presencia de la Trinidad en el ámbito internacional y de la *Potentia Dei* en el espacio nacional. Cfr., RIVERA, A., *El dios de los tiranos*, op.cit., p.325.

²⁶⁹ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.101.

en *masa de consumidores*. *Dominio y poder* se convierten en *propaganda y manipulación de masas*, por lo que se refiere al aspecto espiritual, y en control por lo que se refiere al aspecto económico.²⁷⁰

Como conclusión me gustaría subrayar el hecho curioso o sintomático de que en la vasta obra de Carl Schmitt no haya más referencias a la economía, en concreto a la del *Ius publicum europaeum*, y en particular a la cuestión de la deuda pública en relación con el pago de las guerras, cuestión fundamental desde mi punto de vista, como ya expliqué al comentar la Revolución Francesa. Quizás se deba a que el liberalismo económico no estaba en auge en el contexto del Derecho Internacional Clásico y por ello pensó que no era importante centrarse en la economía propia de la Modernidad.²⁷¹

²⁷⁰ *Ibid.*, pp.101-102.

²⁷¹ Esta visión es compartida por teóricos como Serge Sur: “Carl Schmitt ha ignorado el papel pacificador de los intercambios y del mercado, el “dulce comercio” tan querido para Montesquieu. Su visión de lo político desatiende la economía, su lógica de la oferta y la demanda y la competencia, que no es la del amigo y enemigo”. SUR, S., “Ami, ennemi : Le politique selon Carl Schmitt. Formule simple, idée fausse” en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, op.cit., pp.231-250, p.246

3.2. GUERRAS EN FORMA: LA DISTINCIÓN AMIGO/ENEMIGO COMO GARANTÍA DE LA LIMITACIÓN DEL CONFLICTO.

Pienso, luego tengo enemigos; tengo enemigos, luego existo. Esta es la quintaesencia de la historicidad y de toda filosofía, que es filosofía de la historia. Es la quintaesencia de todo lo que se deja pensar en general sobre el pensamiento y el ser; es pensamiento concreto por excelencia.

CARL SCHMITT²⁷²

La guerra es el concepto límite a la sombra del cual tiene sentido la distinción amigo-enemigo y, por tanto, la política.

MONTSERRAT HERRERO²⁷³

Schmitt presenta el concepto de guerra propio del contexto westfaliano de forma melancólica, como un ejemplo de lo que debiera ser el conflicto: una batalla contenida, limitada, no discriminadora con el adversario, regida por unos procedimientos formales. En estas “guerras en forma”, tal como Schmitt las denomina, no va a haber apelaciones a conceptos universales o causas justas, sino que se articularán en torno a la distinción amigo/enemigo y la división espacial tierra/mar/colonias. Como explicaré más adelante, este concepto de guerra desaparece con la destrucción del *Ius publicum europaeum* y el inicio del imperialismo contemporáneo. A partir de ese momento la contienda perderá todas sus características formales para convertirse en una guerra civil mundial, en la que el enemigo será tachado de criminal y en la que la introducción del elemento aéreo cambiará para siempre la manera de concebir el conflicto.

El abandono del esquema de justificación medieval sustentado en la causa justa es fundamental para la construcción del concepto de guerra moderno. La estructura argumentativa medieval, que hacía una interpretación religiosa de la política, va a dar paso en la Modernidad a un lenguaje bélico cuya gramática estará definida por el equilibrio, la formalidad y el papel preeminente del estado.²⁷⁴ El esquema interpretativo

²⁷² Traducción personal. Reproduzco a continuación la versión original para mostrar el juego semántico que realiza Schmitt con el apotegma cartesiano: “Ich denke, also habe ich Feinde; ich habe Feinde, also bin ich. Das ist die Quintessenz der Geschichtlichkeit und alle Philosophie, die Geschichtsphilosophie ist. Es ist die Quintessenz alles dessen, was sich über Denken und Sein überhaupt denken läßt; es ist das konkrete Denken schlechthin“. SCHMITT, C. *Glossarium*, op.cit., p.265, 13.11.1951.

²⁷³ HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.276.

²⁷⁴ El mismo imperio español de los Habsburgo, sin desligarse de su función como estandarte de la religión católica, comienza a virar con el *Ius publicum europaeum* hacia una concepción que, aunque ligada a la teología, empieza a ser más estatalista: “[E]s conmovedor observar cómo el primer gran país que efectúa tomas de la tierra e inaugura esta época, España, o más exactamente la Corona de Castilla y León, se encuentra en muchos aspectos a la cabeza de esta evolución que se aparta de la Iglesia y la Edad Media y se orienta hacia el Estado, permaneciendo sujeta al propio tiempo al título jurídico eclesiástico de

del conflicto moderno estará desprovisto de valores universales, morales o humanitarios. Ahora bien, esto no supone el abandono definitivo de la universalidad de ciertos conceptos, como se ha visto con la renovación del concepto de misión religiosa de la nación a partir de la Revolución Francesa.

Lo que es subrayable es que el motivo de la guerra va a ser meramente político y la enemistad será estatal, un tipo de relación existencial y política, pero contenida y variable, como los intereses de estado. Es decir, ya no se trata de una pugna por la universalidad de conceptos como “justicia”, “bien” o “religión verdadera”. Estos grandes valores o principios generales no son ya suficiente *casus belli*. Lo que prima ahora es la razón de estado y esta impone una manera formal de encauzar el conflicto, incluyendo el cumplimiento de ciertas cláusulas y pactos (véase el *pacta sunt servanda* o el *cuius regio eius religio*):

La justicia de la guerra ya no reside en la concordancia con determinados contenidos de normas teológicas, morales o jurídicas, sino en la calidad institucional y estructural de las formaciones políticas que libran entre ellas la guerra sobre un mismo plano y no se consideran mutuamente, a pesar de la guerra, como traidores y criminales, sino como *iusti hostes*.²⁷⁵

Se puede afirmar que esta formalidad viene determinada por la epistemología mecanicista propia de la Modernidad, una filosofía que, en la medida en que toma la materia como lo medible y cuantificable, produce una exaltación de lo geométrico, de la línea, del número y de la forma, generando una exigencia de neutralidad y objetividad que acaba afectando a la noción misma de guerra. La guerra ya no puede ser entendida ni sentida como el desenvolvimiento de las pasiones enfrentadas y la victoria de los ideales del bien o de la justicia: “Que la justicia no forma parte del concepto de la guerra es una idea que se reconoce de modo general desde Grotius”.²⁷⁶ Al concebir el

su gran toma de la tierra”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p. 110.

²⁷⁵ *Ibid.*, p.128. La siguiente explicación de Antonio Rivera es muy aclaratoria: “En opinión de Carl Schmitt, el tránsito de la guerra civil religiosa a la guerra no discriminatoria o entre Estados iguales (*iustum bellum*) sucede con la desaparición del concepto teológico de guerra y causa justa. Para ello, el Leviatán debía neutralizar las oposiciones entre los bandos que se enfrentaban en nombre de la religión. Al final, la guerra quedó acotada dentro del ámbito internacional y los Estados ya no se reconocieron como criminales, sino como *iusti et aequales hostes*. En contraste con las luchas civiles, religiosas o entre partidos, las guerras entre soberanos naturalmente iguales ni constituían un problema teológico-moral de culpabilidad ni un problema jurídico de *iusta causa*. El cambio es importante, pues, cuando el enemigo deja de ser un criminal o un rebelde, se facilita la concertación de tratados de paz”. RIVERA, A., “Thomas Hobbes: modernidad e historia de los conceptos políticos”, *op.cit.*, p.194.

²⁷⁶ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, *op.cit.*, p.80.

mundo de una forma en la que el sujeto puede manipular, medir y conocer los objetos, éstos ya no se imponen ni se ofrecen abiertamente con sus rasgos definitorios, como ocurría en la Antigüedad, sino que éstos tienen que ser desvelados por los sujetos con la ayuda de sus instrumentos teóricos. La guerra deja de ser algo envuelto en magia y misterio y pasa a convertirse en el desarrollo de una batalla mecánica en la que hay que cumplir determinadas normas y procedimientos.

Este contexto moderno se asienta en la distinción “amigo/enemigo”, criterio de lo político.²⁷⁷ Según Schmitt, estas categorías son las únicas que pueden, no solo explicar el contexto político westfaliano, sino salvarlo. La introducción de esa distinción supuso el fin de las guerras religiosas, de las causas justas y la “transformación de las guerras civiles religiosas de carácter internacional de los siglos XVI y XVII en “guerras en forma”, es decir, en guerras interestatales de acuerdo con el derecho europeo de Gentes”.²⁷⁸ Al producirse la neutralidad de la esfera religiosa,²⁷⁹ el enemigo ya no es criminalizado ni discriminado, pues la distinción amigo/enemigo, desprovista de moralidad o religiosidad, solo implica una colectividad que puede reconocerse a sí misma y a otra que se le opone. Schmitt insiste en que esta relación es un conflicto existencial siempre presente, nunca resoluble. Es lo siempre presente en el orden concreto en la medida en que hay más de un ente en el espacio: “La diferencia en este punto entre *inimicus* y *hostis* está en que *inimicus* es aquel al cual se dice: no quiero que existas *en general*; sin embargo, frente al *hostis* ese “no” adquiere unos límites, y a él se dice: no quiero que existas *frente o junto a mí*”.²⁸⁰

Clausewitz, a quien Schmitt leyó con atención,²⁸¹ parecía tener claro que el ámbito de desarrollo conceptual de la guerra es el de la distinción amigo/enemigo. Para

²⁷⁷ En este sentido, es conveniente recordar la definición de Schmitt de lo político: “[L]a distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo. Lo que esta proporciona no es desde luego una definición exhaustiva de lo político, ni una descripción de su contenido, pero sí una determinación de su concepto en el sentido de un criterio”. *Ibid.*, p.59.

²⁷⁸ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.139.

²⁷⁹ Como ya he explicado en el apartado sobre la neutralidad, para Schmitt este proceso comienza en los albores de la Modernidad con el enfriamiento de la pasión religiosa: “Estado significa esencialmente la superación de la guerra civil religiosa, que solo fue posible a partir del siglo XVI, es decir, una superación lograda mediante la neutralización”. *Ibid.*, p.25.

²⁸⁰ HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.494.

²⁸¹ “Junto con Hobbes, Clausewitz es una de las pocas figuras a quien Schmitt reconoce una deuda intelectual”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought: Order and Orientation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p.59.

él la guerra es un duelo, “un combate singular amplificado”,²⁸² “un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad”,²⁸³ la obligación de acatar la decisión. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad. Y esto no es un ideal, ni siquiera es constante, pero define la estructura más íntima u ontológica del conflicto. Esta lucha no atiende tanto a motivos normativos o ideológicos como a razones existenciales, porque cuando lo que hay es una pluralidad de entes – ya sean individuales o estatales, como es el caso – cada uno de ellos se presenta siempre como siendo radicalmente diferente a los otros y, por tanto, enfrentado ontológicamente a ellos. Además, la posibilidad de lucha entre amigo y enemigo es real, en el sentido más literal de la lucha, realización material de una pelea.²⁸⁴

La guerra, la disposición de los hombres que combaten a matar y ser matados, la muerte física infligida a otros seres humanos que están del lado enemigo, todo esto no tiene un sentido normativo sino existencial, y lo tiene justamente en la realidad de una situación de guerra real contra un enemigo real, no en ideales, programas o estructuras normativas cualesquiera. No existe objetivo tan racional, ni norma tan elevada, ni programa tan ejemplar, no hay ideal social tan hermoso, ni legalidad ni legitimidad alguna que puedan justificar el que determinados hombres se maten entre sí por ellos. La destrucción física de la vida humana no tiene justificación posible, a no ser que se produzca, en el estricto plano del ser, como afirmación de la propia forma de existencia contra una negación igualmente óntica de esa forma. Una guerra no puede justificarse tampoco a base de argumentos éticos y normas jurídicas.²⁸⁵

Para Schmitt solo hay neutralidad cuando es evidente lo que es la guerra y lo que es la paz, determinar ambas es ya una decisión que introduce la limitación en el conflicto:²⁸⁶ “La condición indispensable para que se abriera camino un concepto de

²⁸² CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra*, op.cit., Ediciones Obelisco, Barcelona, 2005, libro I, cap. I, II, p.21. Clausewitz reintroduce la noción de espíritu de la guerra que, a mi parecer, resulta ambiguo para un contexto que, en teoría, se concibe formalizado y desapasionado.

²⁸³ *Idem.*

²⁸⁴ “Los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de matar físicamente. La guerra procede de la enemistad, ya que esta es una negación óntica de un ser distinto”. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., pp. 64-65.

²⁸⁵ *Ibid.*, pp.79-80.

²⁸⁶ Hegel compartiría con Schmitt, según Kervégan, esa consideración positiva de la guerra limitada como única posibilidad real de gestionar la materia internacional: “Si aceptamos esta perspectiva histórica, el propósito de Hegel, incluso cuando afirma que la guerra preserva la salud ética de los pueblos, está lejos de participar de una especie de *páthos* belicista: traduce simplemente la convicción de que la guerra que se atiene a forma es el modo de gestión menos costoso y menos atroz de los conflictos políticos ineluctables entre Estados reales, es decir, preocupados de su ser, de su derecho, de su potencia”. KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.178

neutralidad era que hubiese claridad entre la situación de paz y de guerra”.²⁸⁷ La distinción amigo/enemigo, desprovista de elementos morales, también es garantía de neutralidad. El acto de regular la guerra se convierte entonces en una acción pacífica: “La regulación y la clara delimitación de la guerra supone una relativización de la hostilidad. Toda relativización de este género representa un gran progreso en el sentido de la humanidad”.²⁸⁸ Frente a esas guerras limitadas, que permitían distinguir entre conflicto y paz, las guerras contemporáneas tendrán efectos ilimitados, tanto en lo referente al tratamiento del adversario (que será criminalizado), como a su lugar de ejecución (que será la tierra entera) y su falta de neutralidad (que impedirá distinguir la guerra de la paz).

La formalidad de los conflictos bélicos modernos, garantizada por la dinámica de amistad/enemistad entre los estados, afecta a la forma que tienen de reconocerse los contendientes. La guerra se convierte en “una relación entre personas que se atribuyen mutuamente un rango”,²⁸⁹ en un duelo. La “personificación”²⁹⁰ del enemigo, como alegoría renacentista que resume el espíritu político de la Modernidad, es un producto típico westfaliano²⁹¹ y es la piedra de toque de la construcción del Derecho Internacional Clásico, porque supone identificar a los estados enfrentados como *magni homines*. Esto implica que los soberanos se traten en un plano de igualdad y que la guerra se convierta en una relación formal entre *iustus hostis* y no entre enemigos injustos o *inimicus*.

El derecho se ha convertido aquí totalmente en forma institucional: consiste en que dos hombres de honor, capaces de dar satisfacción, llevan a cabo un lance de honor según unas formas prescritas y ante testigos imparciales. En consecuencia, un desafío a duelo no representa un ataque ni un crimen, como tampoco lo es una declaración de guerra. Aquel que desafía a otro no tiene que ser precisamente el atacante en la causa. Así se desarrolla también, en su forma ideal, la guerra

²⁸⁷ VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p. 242.

²⁸⁸ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit. Prólogo, p.44.

²⁸⁹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.130.

²⁹⁰ *Idem*. “Para la formación de conceptos del nuevo Derecho de Gentes interestatal es importante la personificación, puesto que precisamente gracias a ella los juristas de los siglos XVI y XVII, formados en el Derecho romano, encuentran un punto de partida para sus construcciones jurídicas. Ello tiene un significado extraordinario, ya que solo de este modo se convierte la guerra en una relación entre personas que se atribuyen mutuamente un rango”. *Idem*.

²⁹¹ Según Schmitt, dicha alegoría no se instaurará “hasta la época del Barroco del siglo XVII. A partir de 1648, con la Paz de Westfalia, también se fueron concibiendo paulatinamente tales construcciones en la práctica de las relaciones políticas”. *Ibid.*, p.131.

interestatal del Derecho de Gentes intra-europeo, en la que los Estados neutrales actúan de testigos imparciales.²⁹²

El paralelismo que establece Schmitt entre la guerra moderna y el duelo obliga a considerar hasta qué punto se parecen realmente estos dos tipos de litigio. Para ello me serviré de la definición de duelo de Lawrence Stone que aparece en su obra sobre la crisis de la aristocracia:

[L]as dos características importantes del duelo son que normalmente involucra a los protagonistas solos y no a sus amigos y sirvientes – en Inglaterra el duelo en grupo nunca prendió de la forma en la que lo hizo en Francia – y segundo, que estaba estrictamente controlado por reglas que aseguraban el juego limpio. La agresión homicida por parte de un número superior, la emboscada por sorpresa y el golpe por la espalda ya no eran tolerados por la educada sociedad. Un duelo era un episodio aislado cuyas consecuencias, incluso si eran fatales, ofrecían poca justificación moral para posteriores venganzas por parte de indignados amigos y parientes. Así, la violencia de palabra o de actuación fue regulada, codificada, restringida, esterilizada [...] Como Bodino y otros argumentaron para Francia, la primera consecuencia del triunfo del código de honor del duelo fue disminuir las disputas de facciones y reducir el peligro de una guerra civil aristocrática.²⁹³

Stone define el duelo a través de dos características principales: el hecho de que los contendientes se presentan a la batalla solos, sin compañeros o ayuda, y que dicho duelo está transido por un conjunto de reglas inviolables. Eso hace, según Stone, que no haya cabida para la venganza, pues no hay agresión inmoral o injusta, sino que el resultado es tan aséptico y objetivo como el marcador de un juego deportivo. El honor no puede ser mancillado porque no hay posibilidad para ello. El honor se mantiene en la seguridad del cumplimiento de las propias reglas del juego que aseguran el propio duelo. Aquel que mata a su adversario no es considerado criminal y su victoria no es religiosa o moral, sino política. Así será, según Schmitt, la guerra formal, sin afrentas morales o insidiosas, mero desenvolvimiento de un mecanismo (insisto en que el paradigma epistemológico de la época es el de la filosofía mecanicista) que se atiene a

²⁹² *Ibid.*, p. 129. Que el duelo entre combatientes que se reconocen mutuamente es un tópico de la modernidad se advierte incluso en la *Crítica de la Razón Pura* cuando Kant, para explicar el enfrentamiento entre las tesis racionalistas dogmáticas y las escépticas en el conflicto de la antinomia, utiliza la imagen de dos “caballeros fornidos” que se ven incapaces de ganar la batalla y se despiden sin ningún tipo de enemistad encarnizada: “Acaso vean por sí mismos, una vez que estén más agotados que heridos, la nulidad de su lucha y se separen como buenos amigos”, KANT, I., *Crítica de la Razón Pura*, Taurus, Madrid, 2005, p.393, B451.

²⁹³ STONE, L., *The Crisis of the Aristocracy*, Abridged Edition, Oxford University Press, Nueva York, 2008, p.119.

unas reglas que determinan cuándo empieza la batalla, cuándo acaba y de qué forma se desarrolla.

Ahora bien, y tal como enuncié en el primer capítulo: ¿realmente las reglas del *Ius publicum europaeum* garantizaban el procedimiento formal de la guerra? En el análisis de los tratados de paz de Westfalia encontramos que hay muy pocas reglas y muy vagas, y la mayoría están referidas, no a la guerra en sí, sino a la convivencia general entre los estados (no injerencia, neutralidad, etc.). De este modo, la formalidad de la guerra, si es que hubo tal, no se debe tanto a las reglas en sí, como al contexto de formalización política propio de la Modernidad: emergencia del aparato estatal, burocracia, ejércitos profesionales, fin de la religión como acicate del conflicto. El ejército profesional se ve desprovisto de la pasión que los súbditos medievales, bajo mandato de su correspondiente señor, tenían a la hora de luchar contra los impíos de otras religiones. Los militares profesionales llevarían a cabo una misión desprovista de esos elementos morales y pasionales: defender y aumentar el territorio soberano. Pero, al contrario que en el duelo, la neutralidad moderna no reposa en la fortaleza de las propias normas que regulan el conflicto. En la Modernidad falta un aparato jurídico consistente, esto es, normas que dicten que la consecución de la paz y el rechazo de la violencia son obligaciones jurídicas de los estados, porque las normas del *Ius publicum europaeum* pueden ser modificadas al antojo de los intereses de estado (como señalé a propósito del incumplimiento del principio básico del *Ius publicum europaeum*, el *pacta sunt servanda*, que podía ser anulado con la cláusula *rebus sic stantibus*). Kant fue de los pocos que estableció una serie de condiciones jurídicas para el buen funcionamiento de la convivencia internacional como la obligación de limitar los recursos dedicados a la guerra, la prohibición de espías y de medios deshonrosos o el mandato de distinguir la población civil de la militar.²⁹⁴

El honor en el duelo medieval estaba a salvo porque el cumplimiento de las propias normas del duelo estaba garantizado y porque el objetivo era precisamente la salvaguarda del honor y no la expansión personal de la gloria de los contendientes. Por el contrario, en el caso de la política internacional de la Modernidad lo que persigue el estado es la expansión de su poder, más que de su propio honor, con el fin, no de eliminar al estado vencido, sino de debilitarlo. Aparte de su similitud con el duelo, el principal motivo de alabanza de la guerra moderna por parte de Schmitt es que ya no

²⁹⁴ KANT, I., *Sobre la paz perpetua* en KANT, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, Cátedra, Madrid, 2005 *passim*.

intervienen las causas justas. La guerra es una decisión perteneciente al estado. El ente soberano la lleva a cabo en un proceso de “calculabilidad”, de cómputo y previsión de ventajas y desventajas, de interés para la razón de estado. Como dice Schmitt, ya no se trata de hablar de justicia o de guerra justa, sino de establecer un contexto de seguridad y paz entre los estados, una cuestión alejada del reino de lo trascendente y centrada en la facticidad de la batalla política.

Las guerras son simples guerras entre Estados, es decir, dejan de ser guerras de religión, guerras civiles, guerras entre partidos u otras por el estilo. Solo los Estados como organizaciones cerradas pueden enfrentarse unos con otros como enemigos. Todo, tanto el orden mismo como las garantías jurídicas del sistema jurídico internacional, descansa sobre el concepto del Estado. Su honor, su dignidad, estriban en ser una organización cerrada y en la calculabilidad con que funciona racionalmente como un mecanismo de mando (...) La guerra de un sistema interestatal, a diferencia de las guerras de religión, de las guerras civiles y de las guerras entre partidos, no puede medirse con criterios de verdad y de justicia. La guerra entre Estados no es justa ni injusta, sino problema de Estado. Como tal no necesita ser justa. “*Ordeo hoc non includit*”. El Estado tiene el orden dentro de sí mismo, no fuera. El derecho internacional entre Estados opera, por consiguiente, con un concepto indiscriminatorio de la guerra, que deja sin discernir lo justo y lo injusto en el plano jurídico internacional. La dignidad, el honor de la guerra entre Estados, incluso su derecho, todo estriba esencialmente en que son los Estados los que hacen la guerra y se enfrentan unos con otros como enemigos.²⁹⁵

Colocar al estado en el centro de la noción de guerra, tal como hace Schmitt, equivale a identificarla más con el conflicto internacional que con el nacional, teniendo en cuenta, además, la separación interior/exterior tan característica de la Modernidad. Así queda expuesto en *El concepto de lo político*: “Guerra es una lucha armada entre unidades políticas organizadas, y guerra civil es una lucha armada en el seno de una unidad organizada (que, sin embargo, se vuelve justamente por ello problemática)”.²⁹⁶ Esto quiere decir que la guerra como tal, sin adjetivos, en su más pura esencia, es conflicto internacional. La enemistad es primordialmente una actitud que se mantiene hacia fuera, hacia el exterior, y que en ocasiones, cuando se da en el interior del propio estado, adquiere el calificativo de “civil”.

Es necesario añadir que la formalidad de la guerra que, como se ha dicho, no persigue la eliminación del estado adversario, queda diluida una vez se sale del marco del *Ius publicum europaeum*. El mar y las colonias serán los espacios donde dar rienda

²⁹⁵ SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes*, op.cit., pp.42-43.

²⁹⁶ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.64.

suelta a los instintos bélicos más primitivos porque no habrá formalidad ni reglas que los sujeten. Y esa división permite hablar de dos tipos de guerra: la guerra terrestre, entre europeos, donde sí rigen los principios del *Ius publicum europaeum* y la guerra marítima donde éstos no están vigentes en la Modernidad. En la guerra marítima no hay duelo entre estados, sino que intervienen personas privadas, ya que está imbuida de un carácter comercial.²⁹⁷ “El mar es libre en el sentido de que está libre de estados”.²⁹⁸

Por esta razón el tipo de enemistad que se genera no es la del *justus hostis* ni tampoco la del criminal. El contrabandista se sirve de la libertad del mar y de la libertad del comercio. Su *status* es *sui generis*. El derecho que se aplica es el de la jurisdicción de presas, institución fundamental que ilustra que el mar es un espacio no incluido en el derecho europeo pero que no está completamente libre de jurisdicción y que permite concebir la idea de un enemigo que, aunque no forma parte del estado, no es criminalizado: “Así pues, el significado extraordinario, para el Derecho de Gentes, de la jurisdicción de presas reside en que crea la posibilidad de aplicar justicia y reciprocidad también frente al *enemigo no-estatal*”.²⁹⁹

Se podría traer a colación el término “teatro de la guerra”, utilizado por Clausewitz para referirse a “una porción del espacio en la que prevalece la guerra y cuyos límites están protegidos, por lo que posee cierta independencia”.³⁰⁰ La guerra está delimitada espacialmente: solo existe dentro de las fronteras europeas, no así en las colonias. Según Schmitt, los nativos de las colonias tampoco son criminalizados, ni siquiera son considerados enemigos. El Derecho de Gentes previo al contexto westfaliano estaba estructurado según las premisas ideológicas de la *Respublica*

²⁹⁷ “La guerra marítima era y siguió siendo, en sí misma y de forma inmediata, una guerra de botín, que estaba dirigida directamente contra la propiedad privada enemiga e incluso neutral. Era y continuó siendo guerra comercial, y es preciso tener en cuenta que el comercio, según el criterio del siglo XIX, era libre por su naturaleza, es decir, no-estatal, y asunto privado”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum. op.cit.*, p.339

²⁹⁸ SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War, op.cit.*, pp. 75-124, p.124.

²⁹⁹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum. op.cit.*, p.341.

³⁰⁰ CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra, op.cit.*, libro V, cap. II, I, p.308. La imagen del teatro de guerra está muy presente en Schmitt al hablar de la política moderna: “Para el sentir ya fuertemente barroco de la vida de esta época, alrededor de 1600, la totalidad del mundo se había convertido en escena, como *Theatrum Mundi, Theatrum Naturae, Theatrum Euroapeum, Theatrum Belli, Theatrum Fori*. El hombre activo de esta época se veía a sí mismo sobre un proscenio frente a espectadores, y se entendía a sí mismo y su actividad en la teatralidad de su obrar [...] La acción en el espacio público era acción en un escenario y, por tanto, drama”. SCHMITT, C. *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama, op.cit.*, p.34. Al fin y al cabo el paradigma de la modernidad, tanto a nivel epistemológico como político fue el de la “representación”.

Christiana: el centro cristiano era Europa, y el afuera el enemigo musulmán. Al descubrir el nuevo mundo, sus habitantes y el territorio no se conciben como enemigos, sino como espacios y entidades libres, como una vacuidad que no permite ser adjetivada con una carga semántica tan poderosa como la de “enemigo”.

Pero se produce un cambio: aunque Europa sigue ocupando la centralidad, cambian los ejes. Es una centralidad volcada hacia el nuevo espacio. Según Schmitt, esta dialéctica es la propia de un mundo viejo que ve aparecer un mundo nuevo y que hace que las coordenadas cambien. A este pensamiento lo llama “pensamiento en líneas globales”³⁰¹ tanto en lo tocante al carácter de aspiración universal de esta teoría como a la forma física de globo que tiene la tierra. Las colonias introducirán la novedad del vacío, no del “otro”,³⁰² sino de otra cosa más allá de un enemigo. Por esta razón, según Wesseling, en las batallas coloniales no se presenta o se reconoce a un enemigo al que se pueda vencer: “Los conflictos ordinarios acaban en una victoria o una derrota. Pero, ¿cuándo se ganó alguna vez una guerra colonial o se venció al adversario? Las condiciones de la paz nunca estaban definidas y no era raro que ni siquiera se supiera quién era el adversario”.³⁰³ De nuevo, nos encontramos con un lenguaje teñido de neutralidad pero que esconde una intención violenta: al considerar libre esos espacios, esta libertad es precisamente garantía de que allí se ejercerá la máxima violencia. Vacuidad legal es violencia; el enemigo, al menos, tenía el *status* de enemigo.

Por esta razón, considero que el diagnóstico positivo que arroja Schmitt sobre las guerras modernas debe ser contestado. Por estar determinadas por motivos político-existenciales pueden llegar a extremos tan arriesgados como las guerras ocasionadas por disputas religiosas. Realizar una guerra en función de un código de valores morales es peligroso en la medida en que la imposición de una cosmovisión hace que el conflicto se expanda más allá de lo meramente militar y penetre todas las capas de la sociedad y todo tipo de conductas, que deberán ajustarse a ese código moral. Pero plantear que las relaciones existenciales solo pueden estar enmarcadas en la potencialidad perpetua del conflicto supone afirmar que la estructura ontológica de la realidad es violenta y que, por tanto, el conflicto es inevitable. Puede considerarse que reconocer el carácter conflictivo de la política, tal y como hace Schmitt, es ya una gran ganancia por su

³⁰¹ Cfr., SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p.55.

³⁰² Según Schmitt, el musulmán sí era concebido como “el otro”, pues al ser su sistema político una teocracia, era considerado un combatiente coherente.

³⁰³ WESSELING, H., *Les empires coloniaux européens. 1815-1919*, Gallimard, París, 2009, p.77.

realismo. Ahora bien, esto excluye totalmente otros esquemas de interpretación, por ejemplo, el democrático, que plantea otras herramientas con las que tratar la violencia inherente a la acción humana y que no elimina la paz del horizonte de realización de la política. En este sentido apoyo la tesis de García Pascual a propósito de la incoherencia de la tesis schmittiana, que asienta la limitación de la violencia en una suerte de auto-contención de los estados los cuales, a su vez, son expresión del poder más absoluto:

Lo que no parece claro en la exposición de Schmitt es la razón por la cual un Estado soberano que ejerce la guerra como un derecho propio, debería limitar las consecuencias de esta y no caer en la llamada guerra de aniquilamiento simplemente por el hecho de que también los demás Estados son soberanos y tienen un *jus belli* ilimitado. Una soberanía sin límites, parece sostener el jurista alemán, genera *de facto* una situación de soberanías limitadas, por su propio coexistir, en la perversidad y deshumanización de la guerra. Al argumento schmittiano le falta el hilo argumental que pueda sostener ese sofisma que constituye el paso del ilimitado poder a la limitada crueldad.³⁰⁴

Schmitt se pregunta si hay una posición intermedia entre guerra y paz o si es cierto el lema *Inter pacem et bellum nihil est medium*.³⁰⁵ Y responde afirmativamente a lo primero: en siglo XX, la Paz de París, el Pacto Briand-Kellog, la Sociedad de Naciones y el desarrollo de la actividad económica surgirán como instancias que, en nombre de la paz y con apariencia pacífica, continuarán la guerra mediante tratados y actividades económicas pero incrementando la hostilidad en cualidad y en cantidad,³⁰⁶ hasta llegar al estallido de la guerra total. Como explicaré en la segunda sección de esta tesis, lo que lleva de una guerra limitada a una guerra destructora es la eliminación de las distinciones propias de la Modernidad (como la existente entre combatiente y no combatiente, guerra y paz). En concreto, la disolución de la distinción amigo/enemigo constituirá el ocaso de la limitación en la guerra, provocará el fin de la formalidad y la neutralidad y que los adversarios dejen de ser enemigos reconocidos para pasar a ser despreciados como criminales inmorales e injustos en el contexto de una guerra total discriminadora.

³⁰⁴ GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, op.cit., pp.126-127.

³⁰⁵ CICERÓN, Octava Filípica, en GROCIO, H., *De jure belli ac pacis*, III, 21, parte 1 apud SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.143.

³⁰⁶ Cfr., SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.147.

3.3. EQUILIBRIO Y COEXISTENCIA A TRAVÉS DE LA ORDENACIÓN DEL ESPACIO: LA FILOSOFÍA MECANICISTA COMO BASE PARA DESARROLLAR UNA GEOGRAFÍA FILOSÓFICA.

Un meridiano decide sobre la verdad.

BLAISE PASCAL³⁰⁷

Una revolución espacial no se limita solamente a un desembarco en parajes hasta entonces desconocidos. Supone además una transformación de los conceptos espaciales que abarca todos los aspectos y ámbitos de la existencia humana.

CARL SCHMITT³⁰⁸

La epistemología mecanicista de la Modernidad generó un concepto de espacio que posibilitó la creación de una soberanía decisionista. Para sostener esta tesis parto del axioma que sostiene, entre otros, Carlo Galli,³⁰⁹ quien afirma que el espacio en Schmitt no es un atributo más de la política ni un espacio neutro en el que esta actúa, sino su condición de posibilidad.³¹⁰ El espacio determina la política de las instituciones y de los gobiernos. A su vez estos se sirven del espacio para poder actuar. Es decir, la política viene informada por el espacio y determina dicho espacio.

Es, en otras palabras, la *política* la que se organiza *a sí misma* en el espacio y eso además organiza *el espacio mismo*, determinándolo no solo en tanto que representa el espacio en el pensamiento, sino también porque de hecho politiza, produce y estructura el espacio. Como tal, podemos decir que la (implícita) espacialidad de la política es también la (explícita) politicidad (*politicalità*) del espacio.³¹¹

El espacio característico de la Modernidad, según Galli, es un espacio de crisis: crisis científica por la revolución copernicana; crisis geográfica por el descubrimiento de América; crisis económica por el cambio que supuso el inicio del capitalismo; y crisis epistemológica por el fin de las estructuras teológicas y el inicio de la

³⁰⁷ PASCAL *apud* SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.65.

³⁰⁸ SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, Trotta, Madrid, 2007, p.56.

³⁰⁹ “La tesis desarrollada en estas páginas es que cada pensamiento e institución política alberga una dimensión espacial en sí misma, ya sea implícita o explícita”. GALLI, C., *Political spaces*, *op.cit.*, p.vii.

³¹⁰ “[E]l espacio es el mundo, en el sentido en que no es tanto lo “político” lo que está en el espacio como que el espacio es el que es función de lo “político”...”. *Cfr.*, GALLI, C., *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, *op.cit.*, p.875.

³¹¹ GALLI, C., *Political Spaces and Global War*, *op.cit.*, p.5.

secularización.³¹² La filosofía que alberga estas transformaciones es la epistemología mecanicista cartesiana. La geometría ha desprovisto a la materia y al espacio de trascendentalidad. Todo aquello que tiene extensión es medible y cuantificable gracias a la geometría y a la aritmética. La población se convierte en la suma de individuos – hasta el Leviatán hobbesiano es el conjunto de los cuerpos de los ciudadanos –³¹³, el espacio internacional se divide políticamente en función de determinadas líneas y la diferencia espacial interior/exterior determinará la aplicación/no aplicación de las normas del derecho.

La tesis de la Modernidad como espacio en crisis también es sostenida por Toni Negri y Michael Hardt. Para ellos, esta época está atravesada de contradicciones, ya que produce por igual la revolución y la contrarrevolución, las ansias de igualdad y la explotación, la libertad y el absolutismo y, en el plano del conocimiento, el deseo de un conocimiento certero basado en la validez de los enunciados pero, a la vez, consciente de su finitud y de la imposibilidad de conocer la cosa en sí:

La naturaleza y la experiencia ya no pueden reconocerse sino a través del filtro de los fenómenos; el conocimiento humano solo puede alcanzarse a través de la reflexión del intelecto; y el mundo ético únicamente puede comunicarse mediante el esquematismo de la razón. Lo que está en juego es una forma de mediación, es decir, un doblez reflexivo y una especie de trascendencia débil que relativiza la experiencia y revoca toda instancia de lo inmediato y lo absoluto en la vida y la historia humanas. [...] Este es el núcleo esencial de la transición ideológica en la que se construyó el concepto hegemónico de Modernidad europea.³¹⁴

Galli considera a Hobbes como uno de los mayores precursores de esta filosofía del espacio.³¹⁵ Según Galli, esta forma de pensar inundó la Modernidad y fue la que hizo concebir América como un espacio verdaderamente “vacío”, destinado a ser conquistado y desprovisto de intención. Por eso, los soberanos pueden ejercer sobre él todo su dominio. La tesis de Galli, que comparto, es la siguiente: “Tenemos que insistir en que la lógica espacial moderna es hobbesiana – o si se quiere, cartesiana – en carácter. Está gobernada por un disponible espacio natural amorfo (desprovisto de “lugares”, vínculos concretos y significados) y por la necesidad del sujeto de definir

³¹² *Ibid.*, pp.16-17.

³¹³ *Cfr.*, *Ibid.*, p.29.

³¹⁴ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.295.

³¹⁵ “La asunción radical que hace Hobbes, a través de su aceptación del atomismo materialista, es que el espacio natural está “vacío” y no abierto a ningún “más allá” en relación a sí mismo – y esto, por supuesto, implica que el espacio no tiene cualidad –”. GALLI, C., *Political Spaces and Global War*, *op.cit.*, p.27.

racionalmente el liso espacio artificial de la política para sí mismo”.³¹⁶ Esta concepción del espacio es precisamente la que permite el decisionismo, porque solo sobre algo que está privado de capacidad o de contenido es posible ejercer la decisión. Además, esto solo es posible en un mundo que se está desacralizando, donde el espacio ya ha perdido todos sus atributos cuasi-divinos o trascendentales porque, como sostendría Blumenberg, el sentido del cosmos antiguo ha quedado reducido. Es el espacio cartesiano el que permite que aparezca la técnica porque permite la aparición de lo manejable, de lo manipulable, de lo objetivable.

Ahora bien, existe una diferencia entre la manera en que ese espacio es manipulado según se trate del territorio europeo o extra-europeo. El mecanicismo afecta a todo el espacio por igual. Sin embargo, el modo de gestionar ese espacio cambia si de lo que hablamos es de las colonias o de los espacios europeos. Las soberanías europeas tenderán a considerar sus propios espacios, no tanto como ámbitos “vacíos”, porque a sus ojos no lo están, sino como lugares que hay que mantener bajo “control”. Dentro de las fronteras prima la acción de la policía, la imposición del orden; entre soberanos europeos prima el reconocimiento (como enemigos justos en el caso de conflicto); y fuera de las fronteras se puede desatar toda la violencia de las fuerzas soberanas en su lucha por el poder.

Así, en sus comienzos, el espacio político moderno se define por un espacio interno en el que *nada es posible* (la esfera interna del estado, que había sido despolitizada y convertida en “lisa” y segura) y un espacio externo, Europa, en el cual *no todo es posible* (esto es, que implica un espacio externo relativamente ordenado).³¹⁷

El espacio donde absolutamente todo es posible es el espacio colonial. Y lo que determina, tanto política como ontológicamente, esa división interior/exterior no es otra cosa que la soberanía misma: “Si en la edad premoderna, el espacio daba la medida de la política a través del orden del ser y la idea de justicia, en la edad moderna es, por consiguiente, la política la que diferencia al espacio a través de su agente, el estado”.³¹⁸

Esta dinámica ontológico-espacial, en concreto la de interior/exterior, está siempre presente en Schmitt. Para él, cada época y forma de vida tiene su propia conciencia del espacio. En concreto, el análisis que Carl Schmitt realiza sobre el carácter específico del continente y del océano en *Tierra y mar* (1942) o sobre el descubrimiento de América y

³¹⁶ *Ibid.*, p.36.

³¹⁷ *Ibid.*, p.40.

³¹⁸ *Ibid.*, p.41.

las posteriores ocupaciones del continente en el *Nomos de la Tierra* (1950), está atravesado por una filosofía de la línea³¹⁹ o una teoría espacial según la cual la demarcación del territorio y las distintas concepciones del espacio crearían distintos paradigmas de comprensión de lo político respecto a las relaciones entre los estados.

Las grandes transformaciones históricas suelen ir acompañadas, en verdad, de una mutación de la imagen del espacio. En ella radica la verdadera médula de la amplia transformación política, económica y cultural que entonces se lleva a cabo.³²⁰

Pues bien, en la teoría de Schmitt, el equilibrio entre los estados propio del contexto westfaliano necesita la existencia de las colonias como lugar reservado para el verdadero enfrentamiento. Esto implica una específica y triple articulación y reparto del espacio: territorio europeo, mar y colonias. Esta división schmittiana del espacio parte del *factum* fundamental de que la consideración del planeta como globo, como esfera, ha logrado su mayor nivel de autoconciencia.³²¹ Y en ese globo hay tres espacios creadores de dinámicas políticas diferentes: el continente europeo donde tiene validez el *Ius publicum europaeum*; el mar como lugar de libertad donde no tiene vigencia dicho derecho y espacio de actuación del pirata; y las colonias o terceros espacios donde los estados dirimirán sus diferencias abiertamente sin un derecho que les constriña. La importancia del mar es fundamental porque es ese espacio intermedio entre el continente y la colonia que marca el inicio de la no aplicación de la ley, el camino a la desaparición total de esta, es decir, a la colonia³²². Como ya comenté, en la guerra marítima no hay *iustus hostis* ni tampoco criminal. Es una guerra comercial en la que intervienen agentes privados. Además, se da la peculiaridad de que ese espacio marítimo será el ámbito de desenvolvimiento específico de la cultura anglosajona, más ligada al mar que a la tierra, es decir, más desligada del esquema de la soberanía continental³²³ y cuyo protestantismo habría siempre realzado la esfera de realización interior “privada” del sujeto.

³¹⁹ Ver “Cinco Corolarios a modo de introducción” en SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*

³²⁰ SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, *op.cit.*, p.49.

³²¹ “Es curioso que el hombre, cuando se halla en la costa, mira por impulso natural, de la tierra al mar y no a la inversa, del mar hacia la tierra”. *Ibid.*, p.22.

³²² De hecho, el puerto, ese lugar entre tierra y mar que conecta ambos espacios, es un tópico literario relacionado con la ilegalidad, como si su estar en el límite entre la ley y la no ley le condicionara al delito. Esto queda reflejado, de alguna manera, en la segunda temporada de la serie *The Wire* (2003).

³²³ “Los principales poderes anglosajones (tales como Inglaterra y Estados Unidos) unirían la libertad interna de la producción individual y social (establecida de acuerdo al modelo capitalista) con la libertad

Mientras del lado terrestre del acontecer histórico se realiza una conquista de territorios del más grande estilo, se completa en el mar la otra no menos importante mitad de la nueva distribución de nuestro planeta. Las conquistas marítimas inglesas la llevaron a cabo. Estas son, del lado marítimo fruto de la común acción europea de aquellos siglos. Mediante ellas se determinó la línea fundamental del primer orden espacial planetario, cuya esencia consiste en la separación entre tierra y mar. La tierra firme pertenece ahora a una docena de Estados soberanos; el mar, a nadie, a todos y, en realidad, a uno solo: Inglaterra. El orden de la tierra firme consiste en su división en territorios estatales; el mar, por el contrario, es libre, es decir, estatalmente libre y no sometido a la soberanía de Estado alguno. Tales son en lo espacial los hechos fundamentales sobre los que se ha desarrollado el derecho internacional cristiano-europeo de los tres siglos últimos. Tal es la ley fundamental, el *nomos* de la tierra en ese período.³²⁴

Esta ordenación cartográfica es significativa porque las líneas crean normatividad:³²⁵ la misma adjetivación del derecho internacional vigente en la época como “europeo” indica qué es lo que quedaba fuera o al otro lado de esa línea, el objeto sobre el que no recaía el derecho. En la medida en que lo “*europaeum*” se convierte en pivote para la articulación o desaparición del derecho, se convierte a su vez en norma para aquel lugar donde no se aplica, ya que no se aplica por comparación con un *status* determinado del que se carece: ser soberano europeo. Es por ello que podemos afirmar con Schmitt que: ““Europeo” designaba entonces el *status* normal, que también reclamaba ser normativo para la parte no europea de la tierra”.³²⁶ Lo importante es comprender que las líneas que permiten el trazado de la ordenación interestatal requieren un punto de referencia desde el que, y con respecto al cual, ser dibujadas. Esa centralidad alrededor de la cual se configuran los espacios es la soberanía estatal. Que el equilibrio dependa de la integridad del estado, es decir, que parta de la premisa de la exigencia de la permanencia y conservación del ente estatal, es contradictorio porque basa la coexistencia internacional en el desequilibrio. Además, es tendente a lo imperial ya que establece la autoafirmación del estado soberano como prioridad ante ese mismo equilibrio y, al mismo tiempo, como garantía para la estabilidad.

externa de los mares y el libre comercio”. GALLI, C., *Political spaces and Global War*, *op.cit.*, 2010, p.64.

³²⁴ SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*. *op.cit.*, p. 67.

³²⁵ La línea marca los límites el poder de cada soberano: “Lo conceptualmente inaceptable en el sistema de estados moderno era el reconocimiento explícito de una imbricación permanente de jurisdicciones. La soberanía como concepto se basaba en la ley aristotélica de la exclusión del término medio”. WALLERSTEIN, I., *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 2012, p.39.

³²⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p. 54.

La no aplicación de la ley es diferente cuando se trata de una apelación al *rebus sic stantibus* que cuando se habla de las colonias. Ambas situaciones son manifestaciones de la excepcionalidad que forma parte de este derecho westfaliano. Sin embargo hay una gran diferencia entre el incumplimiento de un pacto entre dos potencias europeas en nombre de la citada cláusula y la no inclusión de las colonias en la aplicación del derecho. En el primer caso hay un pacto entre dos sujetos con el mismo *status* en un contexto de filosofía del consenso – aunque falsa y simulada – que se rompe sin problemas cuando concurre el caso y, en principio, de manera ocasional; pero en el caso de la colonia, el punto de partida no es consensual ni contractual. La más absoluta disparidad de naturaleza, la falta de *status* por parte de la colonia, no permite ni siquiera la simulación de una cierta igualdad. La excepción es aplicada automáticamente, de forma natural, porque las dos partes son de distinta naturaleza.

Para Schmitt, la dimensión espacial es uno de los ejes sobre los que se articula el derecho internacional porque la demarcación de líneas, fronteras,³²⁷ hemisferios o meridianos no es una tarea meramente geográfica, sino especialmente política. En concreto, el concepto “revolución espacial” ilustra no únicamente el mero aspecto físico o material de una toma de tierra, sino las implicaciones existenciales que conlleva la transformación del espacio. Schmitt agrupa bajo el concepto de “revolución espacial” las cuatro grandes fases en la era de los descubrimientos: la primera está liderada por las conquistas de España y Portugal. Posteriormente, en los siglos XVI y XVII, Francia y Holanda se batían por el dominio del mar y su acceso a las colonias. En el siglo XIX Inglaterra se convierte en la potencia marítima por excelencia y en el siglo XX, Estados Unidos se convierte en el *hegemón*. Es importante no confundir el concepto “revolución espacial” – que implica una gran transformación de las circunstancias geopolíticas – con el “primer nomos de la tierra” – primera imagen global del planeta.

La primera revolución espacial, en los siglos XV y XVI, se inserta en el contexto de la *Respublica Christiana* dirigida por el poder del Imperio y el Papado, cuya misión consistía en evangelizar a los pueblos paganos. Se inaugura con el descubrimiento de América: “lo que se transformaba, para la conciencia colectiva de los hombres, era más bien la imagen global de nuestro planeta y, más todavía, la concepción astronómica de todo el universo, con la consiguiente total eliminación de las concepciones de la

³²⁷ Schmitt llega a decir: “La frontera tiene algo mágico, Espacio-Mágico (dice R. Kassner)”. El original: “Die Grenze hat etwas Magisches, Raum-Magisches (sagt R. Kassner)”. SCHMITT, C., *Glossarium*, op.cit., p. 67, 23.1.1948.

Antigüedad y de la Edad Media”.³²⁸ Esto significa que Europa, centro del planeta, tiene que definirse respecto a ese nuevo mundo y tiene que dividirlo según un modo de pensamiento, el denominado por Schmitt “pensamiento en líneas globales”: se establecen unas líneas hispano-portuguesas que Schmitt llama “rayas” o líneas globales (como la del la de Tordesillas)³²⁹ que, aplicando una función distributiva, sirven para acotar la guerra. En este punto es imprescindible resaltar la batalla que mantiene Schmitt con el positivismo: la cuestión de las rayas no es de naturaleza aritmética o geográfica únicamente, sino profundamente política ya que la función de ese trazado es que los soberanos lleguen a un acuerdo y se reconozcan como *partenaires* en el desempeño de la actividad misionera que van a llevar a cabo. Además, este primer intento de ordenación global de la tierra estaba articulado por la lucha entre católicos y protestantes:

Con la Reforma protestante se sustrajeron abiertamente a la autoridad del Papa romano los países que abrazaron el protestantismo. La lucha por la conquista del Nuevo Mundo se convirtió de esta suerte en una lucha entre Reforma y Contrarreforma, entre el catolicismo mundial de los españoles y el protestantismo mundial de los hugonotes, de los holandeses e ingleses.³³⁰

Para Schmitt, aunque el descubrimiento de América tuvo lugar en el siglo XV y supuso la primera revolución espacial, no significó el primer *nomos* de la tierra, pues a pesar de la existencia de relaciones diplomáticas en esa época, ese *Ius Gentium* carecía de una ordenación global. Ni se había logrado una medición de la tierra, ni había una visión global del espacio, ni estaba delimitada la distinción tierra/mar. En resumen, había una “falta de concepción universal de la tierra”. Supuso una revolución porque se descubrió un continente nuevo, lo cual hizo cambiar la concepción geográfica de la época, pero no se creó una articulación espacial y jurídica total, la creación del orden de la totalidad estaba por llegar.

Esa imagen global de la tierra, ese primer *nomos*, surgirá en los siglos XVII y XVIII con la segunda revolución espacial, una vez que los descubrimientos se asienten y se institucionalicen con el establecimiento del *Ius publicum europaeum* y el contexto westfaliano.³³¹

³²⁸ SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, op.cit., p.54.

³²⁹ Trazada por el Papa Alejandro VI en 1493 para delimitar las conquistas españolas de las portuguesas.

³³⁰ SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, op.cit., p.62.

³³¹ Esto implica comprender las sucesivas conquistas de América como un proceso que se desarrolla durante los siglos XVII y XVIII y no como un único acontecimiento ocurrido en el siglo XV.

Es entonces cuando termina la ordenación medieval del espacio articulada en torno al imperio y el Papado y el *Ius Gentium* medieval se transforma en *Ius publicum europaeum* basado en una división tripartita del espacio. Este período de conquistas – especialmente francesas y holandesas – no solo supuso una ampliación geográfica:

[L]o que se transformaba, para la conciencia colectiva de los hombres era más bien, la imagen global de nuestro planeta, y, más todavía, la concepción astronómica de todo el universo, con la consiguiente total eliminación de las concepciones de la Antigüedad y de la Edad Media.³³²

Con esta concepción global de la tierra comprendida científicamente surge el problema de ordenarla. Como diría Kant, el problema es que la tierra es finita y nos acabamos encontrando. La noción de *nomos* revela aquí su fundamental importancia. *Nomos*³³³ no es mera toma de la tierra como ley positiva, sino fundamento constitutivo de carácter categórico,³³⁴ fundamento ordenador de división y distribución, lo cual queda patente en la definición del término originario *nemein*, que significa dividir y apacentar, pero también valla y hogar. División no consiste solo en separar sino en crear un modo de existencia, de apropiación³³⁵ y de ordenación. Precisamente, la diferencia entre espacio y *nomos* es que esta última requiere de la aparición del hombre y de sus actividades, de la distribución, de la creación de un orden determinado, de la instauración de formas sobre un espacio, en principio, amorfo.³³⁶ La ley adquiere un sentido de justicia distributiva, no de mero mandato positivo.

El *nomos* es, por lo tanto, la forma inmediata en la que se hace visible, en cuanto al espacio, la ordenación política y social de un pueblo, la primera medición y

³³² SCHMITT, C., *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, op.cit., p.54.

³³³ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. op.cit., pp. 31-46.

³³⁴ Aquí Schmitt recoge la doctrina de Kant: “[P]ara determinar la propiedad particular según el principio formal la *división* (división del suelo), y no según principios de *agregación* (que van empíricamente de la parte al todo)”. KANT, I., *Metafísica de las costumbres*, op.cit., VI, B, p.156.

³³⁵ “Dicho abstractamente, *nomos* es derecho y propiedad, es decir, la participación en los medios de vida. Hablando en concreto, es la gallina que bajo un buen rey el campesino tienen en la cazuela los domingos, el trozo de tierra que como propiedad trabaja, el coche que un trabajador de los Estados Unidos de América tiene ante su puerta”. SCHMITT, C., “Nehmen, Teilen, Weiden, Rechtsstaatlichkeit und Sozialstaatlichkeit”, Band 118, Colección Wege der Forschung, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968, pp.489-504, p.491 *apud* HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.78.

³³⁶ “Desde un punto de vista conceptual, se puede decir que en la idea de *nomos* está comprendida la de espacio. Sin embargo, la primera añade un matiz a la segunda, a saber, la aparición en el espacio, y con respecto a él, del hombre. Y, en particular, de dos capacidades específicamente humanas: apropiarse y medir. Sin hombre puede haber *Raum* pero no *nomos*”. *Ibid.*, p.51.

partición de los campos de pastoreo, o sea, la toma de la tierra y la ordenación concreta que es inherente a ella y se deriva de ella...³³⁷

En la relación epistolar que Schmitt y d'Ors mantienen a finales de los años cuarenta sale a relucir el asunto del *nomos*, en concreto los términos que hacen referencia a las relaciones espaciales por él generadas. Así, escribe d'Ors a Schmitt: “Por *Verortung* recurriría a la palabra *ubicación* [...] no en el sentido de un lugar, no “ser”, sino “asentar””.³³⁸ Después d'Ors planteará el término “radicación” y a Schmitt le parecerá correcto.³³⁹ Todo este sentido de asentamiento o enraizamiento que acompaña al *nomos* implica un auténtico carácter existencial que va más allá de la mera ocupación de un espacio. Se podría decir que el *nomos* es condición de posibilidad de un orden que se sabe contingente pero que existe como realidad concreta y cuyas unidades políticas han proyectado una vida colectiva en torno al espacio. Las palabras de Heidegger son bastante ilustrativas a este respecto e indican que la existencia está determinada por el lugar en el que está enraizada, de tal manera que ser humano es lo mismo que habitar:

La antigua palabra *bauen*, a la que pertenece el *bin*, responde: “*ich bin*”, “*du bist*” quiere decir “yo habito”, “tú habitas”. El modo como tú eres y yo soy, la forma en que nosotros los humanos *somos* sobre la tierra es el *bauen*, el habitar. Ser un ser humano significa: estar sobre la tierra como mortal, es decir, habitar. La antigua palabra *bauen* nos dice que el hombre es en la medida en que habita. Esta palabra *bauen* significa al mismo tiempo proteger y cuidar, preservar y cultivar – como en el caso de labrar el campo y el cultivar una viña –.³⁴⁰

³³⁷ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum. op.cit.*, p. 35.

³³⁸ Carta de d'Ors a Schmitt, 23 de mayo de 1949. HERRERO LÓPEZ, M. (ed.), *Carl Schmitt und Álvaro d'Ors Briefwechsel*, Duncker & Humblot, Berlín, 2004, pp.75-76. Y continúa más adelante: ““Ubicación” me gusta para “Verortung”; aunque todavía es dudoso. En alemán uno puede decir: *das Papsttum ist in Rom verortet*. La unión de la Santa Sede de San Pedro con el lugar Roma (incluso indisociable) es el mayor ejemplo de una *Verortung*. ¿Se puede traducir con “ubicación”? “Localización” suena demasiado débil y neutro. La Sociedad de Naciones se localiza en Ginebra, pero no ha encontrado la fuerza de una ubicación histórica”. *Ibid.*, pp.78-79.

³³⁹ *Cfr.*, *Ibid.*, pp. 83 y 86. En el *Glossarium* se muestra la preocupación de Schmitt por no encontrar un término adecuado a sus especiales términos relacionados con la tierra en castellano: “¿Qué incapaces son los intentos de traducción al español – toma de tierra, presa de tierra, ocupación, instalación por *Landnahme*; apacentamiento por *Weiden*! ¡Es una desesperación”. A continuación reproduce la cita original para que se aprecie mejor el sentido: “Wie hilflos sind die spanischen Übersetzungsversuche – toma de tierra, presa de tierra, ocupación, instalación für *Landnahme*; apacentamiento für *Weiden*! Es ist zum Verzweifeln!”. SCHMITT, C., *Glossarium, op.cit.*, p. 356, 3.2.1957.

³⁴⁰ HEIDEGGER, M., *Construir Habitar Pensar, Bauen Wohnen Denken, op.cit.*, pp. 15-17.

La consecuencia del carácter normativo de la cartografía durante la Modernidad es que existe una política bajo el trazado de estas líneas,³⁴¹ bajo ese distribuir a cada uno lo suyo y en la idea de equilibrio asociada a ella. Se entiende que el estado se informa desde dentro como categoría cumpliendo con las fronteras que le son propias, y se omite muchas veces que, a su vez, ello le permite conformarse hacia afuera dominando esos espacios libres donde las normas y principios del *Ius publicum europaeum* no tienen cabida.

Estableciendo las cuadraturas que permiten un adentro y un afuera es más fácil crear una apariencia de orden interno y una justificación de cualquier acción realizada fuera de la línea, en esos terceros espacios que, según Schmitt, Hobbes identifica con el estado de naturaleza (“El estado natural de Hobbes es una tierra de nadie, pero no es por ello, en modo alguno, una cosa que no está en ninguna parte. Es localizable, y Hobbes lo localiza también, entre otros lugares en el Nuevo Mundo”).³⁴² De ahí que decir “nomos de la tierra” signifique mucho más que describir un *status quo*. Implica, además, sancionarlo. *Nomos*, por tanto, no es mera ley (no es *Gesetz*, como entiende el positivismo jurídico). Es una ley que, de modo originario, crea una normatividad a través de la división del suelo. Su carácter es fundante y constituyente y hace que las leyes posteriores sean derivadas o constitutivas. Schmitt insiste en este rasgo originario de “*nomos*” frente a la confusión del positivismo, que olvida lo concreto y el carácter de división y distribución que tiene el *nomos*. El positivismo solo ve el rasgo fenoménico del *nomos*, lo escruta de forma meramente factual y no originaria. Solo atendería a lo constitutivo, a lo que aparece en la ley escrita, y nunca a lo constituyente, al origen de la fundamentación de la ordenación. Es por ello que Schmitt considera que la definición más conseguida de *nomos* es la siguiente: “[L]a plena immediatez de una fuerza jurídica no atribuida por leyes; es un acontecimiento histórico constitutivo, un acto de la legitimidad, que es el que da sentido a la legalidad de la mera ley”.³⁴³

³⁴¹ Véase la curiosa anécdota del meridiano de Greenwich y la polémica discusión en torno a su establecimiento como eje horario: “[E]l hecho de que el primer meridiano de la red cartográfica del globo terrestre, que aún es utilizada hoy día en casi todas partes, transcurra por Greenwich no es algo puramente neutral y objetivo ni algo puramente casual, sino el resultado de una competencia entre varios primeros meridianos. Los franceses, que durante doscientos años sostuvieron con los ingleses una lucha por el dominio de los mares y del mundo, consideraban desde el siglo XVIII como primer meridiano el del Observatorio Astronómico de París, no cesando en su oposición contra el meridiano de Greenwich hasta el siglo XX. El Anuario Astronómico de Berlín no adoptó el meridiano de Greenwich hasta el año 1916”. SCHMITT, C., *El Nomo de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p.56.

³⁴² *Ibid.*, p. 67.

³⁴³ SCHMITT, C., *El Nomo de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p. 9.

Los positivistas han olvidado la importancia del suelo y la distribución de la tierra. Al identificar derecho con ley,³⁴⁴ ignoran la conexión entre “localización” y “ley” que se da en Schmitt. Desconocen que el derecho está íntimamente relacionado con el orden concreto³⁴⁵ y no conciben “la ordenación global del espacio”.³⁴⁶ Por ejemplo, respecto a los títulos jurídicos de la conquista, no distinguieron entre descubrimiento y ocupación.

En esta teoría geopolítica de Schmitt, así como en su consideración del *nomos* o el estudio de los títulos jurídicos de la conquista, se hace visible una determinada forma de pensar el derecho expresada en *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica* (1934): el modo de pensar concreto, contraposición o, más bien, superación, tanto del positivismo jurídico como del normativismo. El pensamiento del orden concreto representa el paso en Schmitt de la insistencia en el momento de la decisión a la aceptación de la conformación de cierta “normalidad” como resultado de ese ejercicio decisorio en el seno de las instituciones, que albergarían o acogerían esa ejecución de decisiones. No olvidemos que esta etapa institucionalista coincide con su etapa más consolidada de pertenencia al nazismo.

A partir de ahora, el orden concreto, la institución, ven que les corresponde, en cuanto al derecho público, el papel fundador hasta entonces conferido a la decisión y a aquél que se asegura su monopolio, el soberano. Quizás esta mutación traduzca la conciencia, recientemente adquirida, de que la absolutez de la decisión, gesto que instaure de manera soberana el derecho más acá de todas las legitimaciones normativas, pone en tela de juicio, si no en peligro, todo orden jurídico y político establecido...³⁴⁷

Esto no implica el abandono de la decisión, sino la apertura de un espacio asentado desde donde ejercerla. No parece, pues, que Schmitt deje de ser decisionista en

³⁴⁴ La discusión de Schmitt con el positivismo jurídico y con el normativismo respecto a su decisionismo es algo que escapa al tamaño de este trabajo. No obstante la siguiente cita puede bien ilustrar la crítica comentada: “Si falla la normalidad de la situación concreta que la norma positiva presupone, pero que, si se considera positivo-jurídicamente, es imperceptible, entonces caería con ella toda posibilidad firme, previsible e inquebrantable de aplicación de la norma [...] Sin el sistema de coordenadas de un orden concreto, el positivismo jurídico no consigue distinguir entre justicia e injusticia, ni entre objetividad y arbitrariedad subjetiva”. SCHMITT, C., *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 44.

³⁴⁵ “[E]l pensamiento de la ciencia del derecho solo se realiza en relación con un orden general histórico concreto”. *Ibid.*, p. 45.

³⁴⁶ “Sería más fácil comprender este desconocimiento del problema de una ordenación global del espacio por parte de los prácticos positivistas que por parte de los filósofos humanistas, para los que la humanidad debería constituir una unidad”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p. 118. Según Schmitt, los normativistas desconocen dicha ordenación global aún más que los positivistas.

³⁴⁷ HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, *op.cit.*, pp.42-43.

ningún momento.³⁴⁸ En el marco de este paradigma del orden concreto hay que entender el concepto *nomos* de una manera muy especial, como la forma que tiene Schmitt de plasmar el intento de la Modernidad de unir trascendencia e inmanencia en la tierra misma:

Nomos no es entonces, para Schmitt, un instrumento conceptual diseñado para unir o armonizar los ámbitos de la geografía, la jurisprudencia y la filosofía política, o para poner nuevos poderes empíricos y descriptivos a disposición de aquellos ámbitos. Es decir, no es una herramienta para mejorar la cooperación y unidad interdisciplinar. Es un término crítico y genealógico: está hecho para cortar.³⁴⁹

Ahora bien, con la instauración del primer *nomos* de la tierra, es decir, con la segunda revolución espacial, que tiene lugar entre los siglos XVII y XVIII, la manera de delinear el espacio cambia y ya no se utilizarán las “rayas” para configurar el carácter político de la geografía, sino las “líneas de amistad”. La diferencia entre la raya y la línea de amistad es que la primera tiene un carácter distributivo, es decir, determina el terreno de la conquista que corresponde a cada estado y responde al mandato papal, y la segunda es agonal, marca el terreno a partir del cual puede producirse la batalla y no obedece al dictamen de ninguna autoridad. Más allá de la raya se reconocía la presencia de un soberano al que reconocer, no es así en el caso de las líneas de amistad que únicamente establecen las líneas a partir de las cuales se puede atacar. Lo que pase más allá de ella no responderá a ningún principio ni político ni religioso ni moral. En resumen, el cambio de paradigma que se produce a partir del siglo XVII se advierte en los trazos políticos que dividen el espacio: en el tránsito de las redistributivas “rayas” hispano-portuguesas a las agonales “líneas de amistad”.

América y el mar son vistos ahora como espacios de libertad que hay que tomar.³⁵⁰ Ahora bien, hay que introducir un matiz: colonias y mar, siendo lo otro del

³⁴⁸ “Las relaciones entre decisionismo e institucionalismo son más complejas: si bien el rechazo del normativismo es constante en Schmitt, parece participar simultáneamente de las otras dos orientaciones”. *Ibid.*, p.45. Atendiendo a la explicación de Herrero, se puede afirmar que tanto el normativismo como el decisionismo se olvidan de subrayar el contexto que les hace posibles. Para Schmitt el normativismo solo atiende a la normalidad y se olvida de la realidad, que también está compuesta de excepciones. Por su parte, las formas más radicales de decisionismo entienden que la decisión aparece *ex nihilo*, surge de una nada originaria, por lo tanto también olvidan el orden concreto. Según Herrero, la decisión surge también de un orden. *Cfr. Ibid.*, pp. xxx-xxxiii): “Desde el pensamiento del orden concreto tanto la norma como la decisión quedan enmarcadas en un orden”. *Ibid.*, pp. xxx-xxxiii.

³⁴⁹ SITZE, A., “Editor’s Introduction” en GALLI, C., *Political Spaces and Global War*, *op.cit.*, p.xliii.

³⁵⁰ En tercer lugar, cabe mencionar que en los siglos XVIII y XIX la línea principal es la del “hemisferio occidental” que marcará las guerras de Independencia y a partir de la cual Europa dejará de ser el centro. Pero esto será objeto de capítulos posteriores. Ahora el interés es mostrar la diferencia entre los dos primeros tipos de línea.

territorio soberano, espacios destinados o abiertos a la ocupación, presentan una diferencia. La colonia es espacio libre y el mar también, pero la primera es tierra y el segundo no. Y el hecho de que la tierra sea terrestre, valga la redundancia, abre la posibilidad futura de la implantación de un derecho; el mar, por ser mar y no tierra, parece destinado a relacionarse de forma complicada con los marcos jurídicos, ya que no permite la instauración de soberanía, si bien será el lugar de desenvolvimiento de la política imperial británica.³⁵¹

Desde el punto de vista histórico-jurídico, bien se puede decir, en líneas generales, que la idea de delimitar un campo de acción no sujeto al Derecho y una esfera de ejercicio de la violencia ajena también al derecho, responde, desde luego, a un modo de pensar muy antiguo; pero a partir del siglo XVI se hace típicamente inglés y extraño al Continente, que siempre se mantuvo ceñido al concepto de Estado.³⁵²

Estas líneas suponen, en teoría, uno de los grandes avances del recién estrenado Derecho Internacional (*Ius publicum europaeum*) ya que suponían la pacificación europea de las potencias en Europa y el traslado al nuevo mundo de sus disputas territoriales: “El establecimiento de una zona bélica extraeuropea servía, pues, a la acotación de la guerra europea, y este es su sentido y su justificación para el Derecho de Gentes”.³⁵³

Por otro lado, tal como dice Schmitt, la frontera en el interior de Europa significaba el reconocimiento de estados soberanos. Pero las líneas de amistad en América delimitaban a partir de qué punto se podía ejercer la violencia entre esos estados, el territorio del estado de naturaleza. La determinación de un objeto – en este caso el *Ius publicum europaeum* – demarca contenidos tanto hacia dentro como hacia fuera. Comunica lo que sí es un objeto de derecho y lo que queda excluido de esa determinación.³⁵⁴ La colonia no es simplemente el afuera de la metrópolis, es precisamente lo que no es metrópolis.

³⁵¹ Es cierto que hoy en día el mar está regulado, incluso en el siglo XVII regía la jurisdicción de presas, como ya he señalado. Pero lo que me interesa señalar es la diferencia ontológica entre estos dos tipos de espacio y su relación con el derecho a partir de su especificidad como entes diferentes.

³⁵² SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1943, p.7.

³⁵³ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p. 68.

³⁵⁴ En palabras de Heidegger: “El límite no es el punto en el cual termina una cosa, sino - como bien sabían los griegos - aquello a partir de donde una cosa inicia su esencia. Para eso está el concepto “orismos”, esto es, límite, frontera”. HEIDEGGER, M., *Construir Habitar Pensar, Bauen Wohnen Denken*, La oficina, Madrid, 2015, p.33.

En ese sentido, y ya que en la siguiente parte me ocuparé del pensamiento de Derrida, quizás sería pertinente introducir el concepto derrideano de *différance* para ilustrar la situación. *Différance* es la articulación sistemática de las diferencias, del espaciamiento por el que los elementos antagónicos de una relación se unen: “no-sin-de-una-a-la-otra”.³⁵⁵ La metrópolis define a la colonia, pero la colonia define a la metrópolis porque la colonia permite la enemistad de los amigos europeos. Y, en ese sentido, es definitoria aun estando en la periferia (“ni simplemente afuera, ni simplemente adentro”).³⁵⁶ El espaciamiento y las líneas permiten el alejamiento pero también la relación. Uno de los capítulos en *De la gramatología*³⁵⁷ se llama precisamente “el afuera es el adentro”.

Una vez que el espacio político moderno “geometriza” el “espacio vacío” de América, no solo olvida el origen genealógico de este espacio; también convierte ese “espacio vacío” ahora matematizado en la base del *Ius publicum europaeum*, es decir, un orden político que demarca el adentro de Europa (donde conciernen las distinciones de guerra y paz), de su afuera (donde la conquista y ocupación colonial no solo es posible sino deseable y necesaria).³⁵⁸

Esto está directamente relacionado con la distinción entre territorio europeo, territorio marítimo (concebido como “espacio libre para probar fuerzas”)³⁵⁹ y espacios libres que tiene lugar en los siglos XVI y XVII (contexto westfaliano y segunda etapa de descubrimientos, que tiene como protagonistas a Francia y Holanda). Los dos últimos se configuran como espacios específicos destinados a la práctica colonial y, por lo tanto, están privados de las normas europeas que regulan y legalizan las prácticas políticas y sociales. Como ambos espacios se conforman como horizontes libres en el sentido de vacíos, de vacíos de ley y de historia, aparecen como papeles en blanco para ser rellenos por las luchas europeas. Baste como ejemplo de este “equilibrio”, el hecho de que las batallas entre Francia y España, además de dirimirse en políticas estratégicas de gabinete, haciendo caso omiso de la paz recién firmada, realmente tiene lugar en las colonias. Solo así, gracias a terceros espacios que se conforman en escenario de batalla de los contendientes, es posible expulsar la causa justa y la guerra civil de la categoría del *Ius publicum europaeum* en pos de un “concepto formal – no

³⁵⁵ DERRIDA, J., *La verdad en pintura*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 151.

³⁵⁶ *Ibid.*, p. 65.

³⁵⁷ DERRIDA, J., *De la gramatología*, Siglo XXI, México, 2003.

³⁵⁸ SITZE, A., “Editor’s Introduction”, *op.cit.*, p.lvi.

³⁵⁹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.175.

discriminatorio – de conflicto bélico”³⁶⁰ y, a la vez, dar cabida a que se desarrollen los enfrentamientos existentes entre las potencias, especialmente entre las católicas y las protestantes. La colonia, como espacio libre, despliega una dinámica de atracción que actúa como un imán de los conflictos de las naciones europeas. Hay una apertura a un espacio donde, al no regir las reglas del Derecho Internacional, todo está permitido. Las colonias son el espacio donde termina el *Ius publicum europaeum* y gracias a ellas, por su comparación con un afuera donde no existe, el derecho cobra sentido. Así, América es el lugar de la libertad donde, según Hobbes, puede tener lugar el estado de naturaleza o, según Hegel, el lugar de desarrollo de la burguesía como espacio de libertad.

La colonia representa el medio, el tercero: espacios libres donde la formalización del derecho no tiene cabida y que permite que los estados soberanos, manteniéndose en Europa cada uno “dentro de su territorio delimitado y cerrado”,³⁶¹ puedan dar rienda suelta a la expansión de sus límites:

Aquí terminaba el Derecho europeo, en todo caso el Derecho público europeo. En consecuencia, también terminaba aquí la acotación de la guerra conseguida por el Derecho de Gentes europeo y comenzaba la lucha desenfrenada en torno a la toma de la tierra. Más allá de la línea comienza una zona “ultramarina” en la que, por faltar toda barrera jurídica de la guerra, solo rige el derecho del más fuerte (...) La libertad consiste en que la línea delimita una zona de aplicación libre y desconsiderada de la violencia. El supuesto lógico, desde luego, es el de que únicamente soberanos y pueblos europeos cristianos pueden participar en la toma de la tierra en el Nuevo Mundo y ser “partenaires” de tales tratados, pero la unidad entre los soberanos y pueblos cristianos que ello implica no se basa ni en una instancia común, concreta y legal de arbitraje, ni en otro principio de atribución que el derecho del más fuerte y la ocupación que finalmente es efectiva. De aquí tenía que surgir necesariamente la idea general de que todo lo que sucede “más allá de la línea” queda también fuera de las valoraciones jurídicas, morales y políticas que están reconocidas a este lado de la línea. Ello significa un extraordinario descargo en cuanto a la problemática europea interior, y en este descargo reside el sentido, para el Derecho de Gentes, del famoso y desacreditado concepto *beyond the line*.³⁶²

Esta cita pone de manifiesto que la competencia entre los estados europeos, lejos de darse dentro de un marco de consenso y coexistencia, tal como ha sido concebido Westfalia, era ventilada en realidad a modo de “descargo” en un espacio donde, al no

³⁶⁰ Cfr., RIVERA, A., “El concepto de imperio tras el fin de Westfalia”, *Res publica*, 21, 2009, pp. 137-147.

³⁶¹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.146.

³⁶² *Ibid.*, pp. 63-64.

regir las reglas del Derecho Internacional, todo estaba permitido. Es la separación entre derecho y estado de naturaleza, donde “solo rige el derecho del más fuerte”, según la cita a la que acabo de hacer referencia.

El *status* jurídico de la ocupación de territorios no europeos, tal como Schmitt los concibe, constituye una buena ilustración de la evolución del Derecho clásico internacional. De hecho, la cuestión de los títulos jurídicos es uno de los asuntos más importantes para Schmitt pues ahí se refleja el carácter que adquiere el derecho en cada época histórica. En concreto, insiste en diferenciar entre el título del descubrimiento y el de la ocupación efectiva. El primero hace referencia al contexto de las primeras colonizaciones de América y el segundo a las prácticas acontecidas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, es decir, mientras se mantiene en su máximo apogeo el sistema westfaliano. El descubrimiento consiste en que la colonia está claramente separada como concepto de la metrópolis, como escenario de la lucha entre los países europeos por y sobre lo no-europeo. Del descubrimiento de una nueva tierra se sigue simbólicamente la aparición de una razón de conquista que se vuelve jurídica. El título jurídico tiene un sentido espiritual (legal nunca puede ser porque el pueblo de la colonia nunca va a aceptarlo). Llegar a tierras desconocidas y plantar una bandera no implica título jurídico alguno, por eso hay que recurrir a algo más elevado:

Los descubrimientos son llevados a cabo sin la autorización previa del descubierto. Por ello, el título jurídico del descubrimiento se apoya en una legitimidad más elevada. Solo puede descubrir quien, en el nivel espiritual e histórico, es lo suficientemente superior para comprender lo descubierto con su saber y su conciencia.³⁶³

Este es un producto típicamente occidental. Hay que estar a una determinada altura histórica y espiritual. En el caso del descubrimiento de América y a ojos de Schmitt, España habría estado a una altura espiritual sin parangón. No parece profundizar en la complejidad de la construcción de un imaginario imperial español que, en el fondo, estaba henchido de decadencia y contradicción. Schmitt cree en la superioridad europea, “hazaña del racionalismo occidental”.³⁶⁴ A este respecto, la crítica del jurista alemán se dirige especialmente a Francisco de Vitoria y también a los

³⁶³ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum. op.cit.*, p.113.

³⁶⁴ *Idem.*

positivistas. La crítica de Schmitt a Vitoria se articula principalmente en torno a tres ejes: su medievalismo, su carencia de decisionismo y su falta de historicismo.

En primer lugar, no le reconoce como el instaurador o el predecesor de la política internacional moderna, sino que le considera un personaje medieval aventajado que justifica las guerras apoyadas en causas justas.³⁶⁵ Segundo, critica la ausencia de decisionismo³⁶⁶ subyacente a su bondadosa consideración de los indios como humanos e hijos de Dios. La argumentación en la que Vitoria sostiene dicha igualdad entre cristianos y no cristianos estaría llena de “objetividad y neutralidad”³⁶⁷ y sería una “argumentación neutralizadora”,³⁶⁸ según Schmitt. Con esos apelativos Schmitt quiere expresar que el discurso vitoriano debe ser entendido como teológico, no jurídico y carente de decisión.

En cuanto a la cuestión de “la discriminación inhumano-humanitaria”,³⁶⁹ Vitoria sostiene que los amerindios, habitantes originarios antes de la llegada de los europeos, son iguales en cuanto a derechos que los españoles, los cristianos iguales que los no cristianos, y ambos tienen derecho a disponer de su suelo.³⁷⁰ Por esta razón no acepta el descubrimiento como título jurídico ni tampoco la ocupación, ya que no considera el Nuevo Mundo como nuevo, es decir, como libre para ser ocupado. Pero aun así defiende la conquista española de América por su misión evangelizadora, que no civilizatoria, y porque es un encargo de la *potestas spiritualis*, del Papa. Por tanto, se trata de una guerra justa, único título que Vitoria considera válido para esta situación. De este modo, el límite de la neutralidad de Vitoria llega hasta donde llegan los encargos papales. Al fin y al cabo la misión de Vitoria es evangelizadora y representa

³⁶⁵ Así explica Saralegui la visión que Schmitt tiene del carácter medieval de Vitoria: “Dado que es teólogo y considera que la justicia de la guerra proviene de la causa y no de la identidad formal de todos los enemigos, Vitoria queda determinado – por su misma definición – como medieval”. SARALEGUI, M., *Carl Schmitt. Pensador español*, Trotta, Madrid, 2016, p.54.

³⁶⁶ “Al ser comparado con Sepúlveda y Bacon, Vitoria se distingue por su humanitarismo y respeto hacia las diferentes razas y naciones. El dominico aparece como el polo positivo de la Modernidad. Sin embargo, al ser comparado con Hegel – el parangón se podría extender a toda la teoría política del siglo XIX –, si bien Vitoria es apreciado – carece de su *Hochmut* (soberbia) –, en su obra no se aceptará la superioridad europea ni la autorización de los pueblos europeos a dominar el planeta, convicciones inquebrantables para un Schmitt siempre eurocéntrico. [...] Que Vitoria no haya compartido este punto de vista anuncia la reticencia que incluso en el *Nomos* se podrá percibir: humano demasiado humano para comprender lo político”. *Ibid.*, p.53.

³⁶⁷ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum. op.cit.*, p.75.

³⁶⁸ *Ibid.*, p.79.

³⁶⁹ *Ibid.*, p.77.

³⁷⁰ De hecho Vitoria cree en la reversibilidad del descubrimiento: los indígenas podrían haber conquistado Europa. Schmitt responde que los indios no hubieran podido desarrollar capacidades cartográficas tan avanzadas como las de los europeos. *Ibid.*, p.113.

un contexto apoyado en la unión Imperio-Iglesia. Así, la neutralización no es tan neutral sino que tiene una excepción y, por tanto, un momento donde ejercer la decisión: “Vitoria es quizá erasmista, pero no es defensor de la humanidad absoluta al estilo de los siglos XVIII y XIX; no es voltairiano ni rousseauiano, no es un racionalista ni un socialista”.³⁷¹

Pese a este atisbo de decisionismo que Schmitt encuentra en Vitoria, las concepciones de ambos siguen siendo dispares. Para Schmitt no hay lugar para apelaciones humanitarias o religiosas a la hora de hablar de América, porque este continente se ofrece como un espacio donde poder ejercer la decisión soberana sin atender a las ataduras jurídicas internacionales: un mundo “nuevo” donde novedad significa vacuidad de ley.³⁷² O, como sostiene Agamben, la colonia para Schmitt equivale al estado de naturaleza.³⁷³ Y la presencia de la colonia en el horizonte político westfaliano es tan imprescindible para los estados como lo es la necesidad de constreñir sus fuerzas en territorio europeo, todo ello en pos del equilibrio interestatal.

Para Schmitt, a diferencia de Dupront y de Vitoria, América no es ni un espacio caracterizado por su *status* como un objeto de descubrimiento relativista, ni una invención humanística de alteridad y posteriormente vehículo para la reunificación de la humanidad. Más bien, al estar privada de estatalidad, es un objeto de conquista y división – que son, para Schmitt, los únicos resultados lógicos del descubrimiento – para los estados europeos. El espacio moderno revelado por el descubrimiento de América, para Schmitt, no está lleno de *mirabilia* (milagros). Es esencialmente vacío, homogéneo y descualificado. Su destino no es traer unidad a la humanidad, sino división.³⁷⁴

Por último, Schmitt critica la teoría de Vitoria porque adolece de ser ahistórica,³⁷⁵ de no atender al caso concreto del momento fundante y originario que constituyó la

³⁷¹ *Ibid.*, p.90.

³⁷² “En ocasiones, aun los españoles hicieron valer su criterio de que los tratados vigentes en otros casos no eran válidos en las “Indias” puesto que aquello era un “*Nuevo Mundo*”. *Ibid.*, p. 62.

³⁷³ “Esta zona, en la época clásica del *ius publicum europaeum*, corresponde al Nuevo Mundo, identificado con el estado de naturaleza, en el cual todo es lícito (...) El propio Schmitt asimila esta zona *beyond the line* al estado de excepción, que “se basa de manera evidentemente análoga sobre la idea de un espacio delimitado, libre y vacío”, entendido como “ámbito temporal y espacial de la suspensión de todo derecho”. AGAMBEN, G., *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, *op.cit.*, pp. 52-53.

³⁷⁴ GALLI, C., *Political spaces and Global War*, *op.cit.*, p.20.

³⁷⁵ Así explica Saralegui la visión que Schmitt tenía de Francisco de Vitoria respecto a la falta de historicismo: “Vitoria se desentiende de extraer conclusiones para la realidad histórica y concreta. Hablará sobre la justicia de la guerra en general, pero jamás dirá si la Conquista llevada a cabo por los españoles es justa o injusta en particular, si aprueba o condena las acciones de Pizarro o Cortés”. SARALEGUI, M., *Carl Schmitt. Pensador español*, *op.cit.*, pp.57-58. Según Saralegui, si bien en *El Nomos de la Tierra* hay una crítica templada a la figura de Vitoria, en *Glossarium* este se convertirá en el enemigo intelectual de Schmitt por excelencia.

conquista: “se mantiene a una distancia normativa general de las circunstancias. Sus tesis se refieren únicamente a las argumentaciones discutibles y sus conclusiones no se centran directamente en el caso histórico concreto y no lo deciden en absoluto a modo de sentencia judicial”.³⁷⁶ Esta falta de atención al caso concreto incluye un desinterés por la cuestión espacial, algo fundamental en Schmitt: “Es importante que Vitoria haya escrito *De Indis* y no *De terra indorum*. La tierra no le interesa en absoluto”.³⁷⁷ Schmitt insiste en que la teoría de Vitoria, al ser teológica y no jurídica, no está atada al estudio de lo concreto y eso implica el riesgo de que sea utilizada de diversas maneras, incluso contrarias, a su propósito inicial – algo que ha ocurrido especialmente con el uso que se le ha dado a la teoría de Vitoria, debido a su atractivo –.³⁷⁸

En el siglo XIX el título jurídico cambiará, ya no será el del descubrimiento sino el de la *ocupación efectiva*, con el que la colonia ya será un territorio más del estado. Se difuminará la separación, las líneas definitorias, y no por casualidad, sino porque quienes se encargarán de esas tomas de nuevas tierras, además de las potencias, serán las compañías comerciales. La ocupación efectiva supondrá para Schmitt el comienzo de la ruptura del sistema westfaliano: “la negación del título jurídico del “reconocimiento”, basado en la comunidad y solidaridad del Derecho de Gentes, y la ruptura de la amplia ordenación del espacio que implica un título semejante”.³⁷⁹

La demarcación formal de las fronteras o límites ontológico-estatales unida a la sustitución de las categorías eclesiásticas por las jurídico-formales³⁸⁰ producirán una aparente racionalización y humanización de las Relaciones Internacionales. La noción misma de frontera y línea de amistad – marcadores de límites interiores y de relaciones exteriores – se convierte en Schmitt en el símbolo gráfico de la coexistencia y el equilibrio.³⁸¹ Y las colonias y el mar, actuando como marco de las políticas imperiales

³⁷⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p.85.

³⁷⁷ SCHMITT, C., a KRAUSS, G. 25 de febrero de 1951, RW 579-449 *apud* SARALEGUI, M., *Carl Schmitt. Pensador español*, *op.cit.*, p.65.

³⁷⁸ Schmitt se refiere en *El Nomos de la Tierra* a que Grocio utilizó el argumento de la libertad entre españoles e indígenas de Vitoria, pero para defender la libertad comercial en favor de los protestantes contra los españoles. También podríamos afirmar que Schmitt está pensando en cómo en la contemporaneidad los discursos de la guerra justa han podido encontrar apoyo teórico en la doctrina de Vitoria. *Cfr.*, SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*. *op.cit.*, p.93.

³⁷⁹ *Ibid.*, p.228.

³⁸⁰ “[E]l primer efecto racionalizador producido por la entidad espacial llamada “Estado” consistió, en el campo de la política interior y exterior, en la “desteologización” de la vida pública y en la neutralización de las contradicciones de la guerra civil religiosa”. *Ibid.*, p.126.

³⁸¹ Respecto a las fronteras de épocas anteriores al *Ius publicum europeo* Schmitt afirma: “Significaban, por lo tanto, una separación según el Derecho de Gentes, mientras que en los siglos XVIII y XIX, por

expresamente permitidas y consentidas, definen sus límites y delimitan su centralidad a modo de margen, volviéndose ellas mismos elementales para el sentido que adquiere el *Ius publicum europaeum*: el carácter secundario del *parergon* se convierte en nuclear.³⁸² Así, el surgimiento de ese nuevo espacio es valioso como articulación, como el espaciamiento entre dos posiciones que, al parecerles a los contendientes de una naturaleza distinta,³⁸³ es condición de la analogía entre los enemigos.

Hay equilibrio aparente porque el verdadero desequilibrio se está desenvolviendo en “otro lugar”, que es lo mismo que afirmar que el carácter secundario de la colonia se convierte en nuclear. En ese sentido, la coexistencia y el equilibrio solo son posibles en un imaginario formal y teórico aparente que, en el fondo, es muy consciente de que las luchas de los distintos entes estatales se dirimen en los espacios libres y en el mar, que son los verdaderos “estados de naturaleza”.

Las consecuencias equilibradoras de este derecho fueron aceptadas por los Estados de forma provisional y forzados por las circunstancias. Nunca fue querido el equilibrio por el equilibrio mismo, porque este solo puede institucionalizarse desde vínculos federales, no desde la idea autorreferencial de la soberanía, implícita y potencialmente total. Cuando ya no era posible luchar en esa carrera en suelo europeo, se usó el colonial. O de otra manera: el esfuerzo ingente de colonización que Europa proyectaba sobre el mundo, desde la línea de Tordesillas hasta el tratado del Congo, era una válvula de escape para ordenar su propio espacio interior.³⁸⁴

La imposibilidad del equilibrio viene dada por la misma razón conceptual de la época, la razón de estado que, como tal, posee un carácter existencial que tiende a la expansión y a la protección de su seguridad³⁸⁵ de modo que, en nombre de esta última, siempre será justificable romper el equilibrio. Clausewitz es consciente de que el

ejemplo, la frontera entre dos Estados continentales, de acuerdo con el moderno Derecho europeo de Gentes, no implica una exclusión, sino un reconocimiento mutuo, sobre todo el reconocimiento de que el suelo del vecino al otro lado de la frontera no carece de dueño”. *Ibid.*, p.15.

³⁸² Tomo este concepto en el sentido en el que Derrida lo utiliza en *La verdad en pintura*, *op.cit.* Hace referencia a lo que rodea a la obra, al *ergon*, al marco, al contexto, a lo circunstancial, lo lateral, sin lo cual lo central es imposible de concebir.

³⁸³ “[E]ste macro-conjunto interestatal necesitaba a su vez de un afuera, no podía coincidir con el mundo entero, ni él ni la forma Estado podían hacerse universales”. VILLACANAS DE CASTRO, L. “Nacimiento y despliegue del Estado a partir del modelo de Westfalia”, *op.cit.*, p. 322.

³⁸⁴ VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, *op.cit.*, p. 256.

³⁸⁵ Lo que lleva a Kissinger a considerar el equilibrio moderno una quimera: “Sin embargo, un equilibrio exacto es imposible, y no solo por la dificultad de predecir al agresor. Es quimérico, sobre todo, porque mientras que las potencias aparecen a los extranjeros como elementos en un acuerdo de seguridad, domésticamente aparecen como expresiones de una existencia histórica”. KISSINGER, H., *A world restored, Metternich, Castlereagh and the problems of peace 1812-1822*, *op.cit.*, p.146.

equilibrio siempre se ve amenazado por los intereses de estado. En consecuencia, el equilibrio está roto incluso antes de romperse. Con la sola intención de quebrarlo este ya ha desaparecido. En definitiva, allí donde hay decisión, búsqueda de un fin por parte de la voluntad, no hay equilibrio.

Cuando aparece una suspensión en el acto guerrero, es decir, cuando ninguna de las dos partes busca algo positivo, resulta la tranquilidad y, por consiguiente, el equilibrio; equilibrio en su más amplio sentido, en el que entran en cuenta no solo las fuerzas físicas y morales en lucha, sino también toda clase de relaciones e intereses. Tan pronto como una de las dos partes se propone nuevamente un fin positivo, y persigue activamente su consecución, aunque solo sea con preparativos, y tan pronto como el contrario se opone, surge una tensión de fuerzas; esta tensión dura hasta que se llega a la decisión, es decir, hasta que uno de ambos contendientes consigue o renuncia a su objeto.³⁸⁶

Lo interesante de esta frágil noción de equilibrio y coexistencia es analizar la ausencia de derecho que está inserta en el propio *Ius publicum europaeum*, no solo en la falta de mecanismos internos para garantizar el cumplimiento de la ley a nivel interno europeo, como ya he subrayado en otros apartados, sino especialmente en su mirada a los territorios no europeos como espacios impermeables a la juridificación. Una vez que el horizonte de la política internacional deja de ser trascendente, el equilibrio no se realiza gracias a la intervención divina, sino a un esfuerzo político: “Resulta muy relevante para los conceptos de equilibrio el hecho de que el deísmo mantenga a Dios como una instancia fuera del mundo. No es lo mismo que un tercero mantenga el equilibrio o que el equilibrio se establezca por sí mismo a partir de los “contrapesos””.³⁸⁷ Sin embargo, lo que he pretendido resaltar es que el equilibrio no se estableció gracias a un sistema de contrapesos, sino por la existencia de un tercero del que dependía el orden: el tercer espacio que constituyen las colonias. El equilibrio se construyó gracias al desequilibrio, he aquí una de las contradicciones del sistema conceptual westfaliano.

³⁸⁶ CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra, op.cit.*, libro III, cap. XVIII, p.224.

³⁸⁷ SCHMITT, C., *Sobre el parlamentarismo*, Tecnos, Madrid, 1990, p.59.

3.4. LA PAZ MUNDIAL Y EL GOBIERNO COSMOPOLITA KANTIANO COMO IDEAL DE LA RAZÓN.

Si existe un deber y al mismo tiempo una esperanza fundada de que hagamos realidad el estado de un derecho público, aunque solo sea en una aproximación que pueda progresar hasta el infinito, la paz perpetua, que se deriva de los hasta ahora mal llamados tratados de paz (en realidad, armisticios), no es una idea vacía sino una tarea que, resolviéndose poco a poco, se acerca permanentemente a su fin...

IMMANUEL KANT³⁸⁸

Aunque las ideas encarnen una perfección que se sabe inalcanzable, nuestra tarea ética es la de aproximarnos asintóticamente hacia ese horizonte de utopías ucrónicas.

ROBERTO RODRÍGUEZ ARAMAYO³⁸⁹

En el pensamiento de Carl Schmitt no hay cabida para un gobierno mundial o un proyecto de paz universal ya que eso implicaría la entrada de la política en un terreno moralizante de valores que desembocaría en la guerra total, en la desaparición de los estados y en la disolución de la distinción exterior/interior.³⁹⁰ La mera apelación a conceptos universales, como el de “humanidad” es muy negativo para Schmitt, pues supone ignorar que lo que existe es una pluralidad de hombres, cada uno con una singularidad no subsumible a un concepto tan general como aquél. Lo mismo ocurre con el pacifismo, una ideología que en su pretensión de universalidad no es otra cosa que deseo imperial de exigir a los estados que diluyan lo que les es más propio, su idiosincrasia, su ser entes cerrados en sí mismos y en sus fronteras.³⁹¹

Según Cumin, se da entonces la siguiente paradoja en Schmitt: “Decir “no” a la guerra – transformar el *jus ad bellum* en *jus contra bellum* conduce a decir “no” a sus limitaciones – a acabar con el *jus in bello*”.³⁹² Es decir, del pensamiento de Schmitt se deriva que mantener una posición contraria a la guerra, ser pacifista, supone estar en

³⁸⁸ KANT, I., *Sobre la paz perpetua* en KANT, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, op.cit., p.187.

³⁸⁹ RODRÍGUEZ ARAMAYO, R., Estudio preliminar a KANT, *Teoría y práctica*, Tecnos, Madrid, 2011, pp.XXIII-XXIV.

³⁹⁰ Como resume Cumin: “[E]l jurista plantea una paradoja: los ideales del universalismo y del pacifismo intensifican e internacionalizan los conflictos en lugar de apaciguarlos y de circunscribirlos”. CUMIN, D., *Carl Schmitt. Biographie politique et intellectuelle*, Cerf, París, 2005, p.223.

³⁹¹ Además, el pacifismo presenta una contradicción inherente, la de querer superar la distinción amigo/enemigo y a la vez construir su argumento en torno a ella: “Y si la oposición pacifista contra la guerra llegase a ser tan fuerte que pudiese arrastrar a los pacifistas a una guerra contra los no pacifistas, a una “guerra contra la guerra”, con ello quedaría demostrada la fuerza política de aquella oposición, porque habría demostrado tener suficiente fuerza como para agrupar a los hombres en amigos y enemigos”. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., pp.67-69.

³⁹² CUMIN, D., *Carl Schmitt. Biographie politique et intellectuelle*, op.cit., p.224.

contra de las guerras tal y como él las defiende, es decir, en un sentido clásico, y eso significaría apostar por la ilimitación, por el descontrol y la desmesura a la hora de llevar esta a cabo, en contra de las limitaciones que implicaba el concepto de guerra moderno. El pacifismo equivaldría a la defensa de la guerra más absoluta. Pero aquí se esconde una falacia y es suponer que el pacifismo, al estar en contra de la guerra clásica, tiene que posicionarse a favor de una guerra total, como si no existiera la tercera opción de oponerse a cualquier tipo de guerra y defender una pacificación total de las relaciones internacionales.³⁹³ En cualquier caso, lo que interesa aquí es que para Schmitt la guerra es positiva porque conlleva la limitación del conflicto y cualquier otro intento de gestionar el enfrentamiento supondría su ilimitación, que es lo más grave que le puede ocurrir a una guerra internacional. Se puede advertir un paralelismo, por no hablar de influencia, entre la concepción moderna de la guerra limitada y el paradigma epistemológico moderno kantiano. Para Kant, el conocimiento está limitado a la intuición y cualquier otro intento de superar ese límite, cualquier ejercicio de ilimitación provoca fantasmas y la imposibilidad del conocimiento.³⁹⁴ Pese a las críticas de Schmitt a Kant, esta filosofía del límite y de la contención es la que acompaña a la teoría schmittiana de las relaciones interestatales. La clave de la cuestión reside, una vez más, en la soberanía. Según Habermas, el miedo de Schmitt no es tanto la violencia como tal, sino la ruptura de un esquema internacional, que una vez destruido acabaría con la posición preeminente del estado:

El mal a evitar no es la guerra total, sino la destrucción de la esfera de lo político que se basa en la separación clásica de la política interior y exterior. Esto lo fundamenta Schmitt en su propia teoría de lo político, según la cual, la política interior pacificada jurídicamente debe ser complementada por una política exterior belicista permitida por el derecho internacional, porque el Estado monopolizador de la violencia puede mantener el derecho y el orden contra la fuerza virulenta de los enemigos subversivos internos en tanto que guarde y regenere su sustancia política en la lucha contra los enemigos exteriores.³⁹⁵

³⁹³ Como hace la corriente del pacifismo jurídico de pensadores como Luigi Ferrajoli.

³⁹⁴ Como se puede observar, hay una obsesión con el límite en la Modernidad, con evitar tender hacia un absoluto ilimitado que solo puede crear destrucción. Y por eso vale cualquier paz, aunque sea falsa, aunque solo sea aparentemente neutral: “La paz había llegado a ser la condición miserable de supervivencia, el apremio extremo de escapar de la muerte. La paz quedó signada sencillamente por la fatiga de la lucha y la usura de las pasiones”. HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.* p.82.

³⁹⁵ HABERMAS, J., “La idea kantiana de paz perpetua. Desde la distancia histórica de doscientos años”, *Isegoría*, núm. 16, 1197, pp.61-90, p.86.

Ante esta posición tan hobbesiana de la política internacional pareciera que quedan pocas opciones para plantear un proyecto de paz universal en la Modernidad y superar la barrera que separa el interior del exterior a través del federalismo. Poner en tela de juicio esta idea y mostrar el sentido del gobierno cosmopolita kantiano puede ayudar a revelar qué otros esquemas diferentes al schmittiano/westfaliano son posibles o, al menos, pensables. Kant es consciente de que la guerra es inevitable. Incluso puede llegar a describirla como una necesidad para el desarrollo del progreso.³⁹⁶ Sin embargo, esto podría responder a su habitual actitud de observar la realidad desde dos perspectivas, esto es, a la de la doble economía de la verdad presente en Kant: la del ser y la del deber ser. Kant refleja el panorama internacional de su época tal y como es, como un estado de naturaleza que sirve de campo de batalla para los soberanos. Pero eso no impide desear lo que debiera ser, la paz; y en la medida en que dicha paz se plantea como una de los fines más deseables para la razón, el fin último del derecho, merece ser postulada al menos como un ideal al que tender:

[L]a paz perpetua (el fin último del derecho de gentes en su totalidad) es ciertamente una idea irrealizable. Pero los principios políticos que tienden a realizar tales alianzas entre los Estados, en cuanto sirven para *acercarse* continuamente al estado de paz perpetua, no lo son, sino que son sin duda realizables en la medida en que tal aproximación es una tarea fundada en el deber y, por tanto, también en el derecho de los hombres y de los listados.³⁹⁷

Kant hace una triple división: existe el derecho político interno de cada estado; el derecho de gentes que existe *de facto*, es decir, el *Ius publicum europaeum*; y el derecho cosmopolita, entendido este como todavía no realizado y “en cuanto que hay que considerar a hombres y Estados, en sus relaciones externas, como ciudadanos de un Estado universal de la humanidad (*ius cosmopoliticum*)”.³⁹⁸ Pese a la apuesta de Kant por esta tercera fase del derecho, es decir, por la república mundial y el derecho cosmopolita, hay que tener presente que esta es concebida como un ideal. Kant es consciente de que los estados deciden salir del estado de naturaleza internacional a través de un contrato social llamado Derecho Internacional, es decir, del *Ius publicum europaeum* de Westfalia. Kant sabe que ese derecho es imperfecto, que manifiesta los

³⁹⁶ “Por lo tanto, al nivel de la cultura en que se halla todavía la humanidad, la guerra sigue siendo un medio ineludible para hacer avanzar aquélla; y solo – sabe Dios cuándo – después de haber logrado una cultura completa podría ser saludable, y hasta posible, una paz perpetua”. KANT, I., *Comienzo presunto de la historia humana* en KANT, I., *Filosofía de la historia*, FCE, México D.F., 2004, p.86.

³⁹⁷ KANT, I., *Metafísica de las costumbres*, Tecnos, Madrid, 2008. §61, pp.190-191.

³⁹⁸ KANT, I., *Sobre la paz perpetua*, *op.cit.*, p.148.

intereses y deseos de las naciones más fuertes, que la noción de equilibrio que propone es falaz – porque está más asentada en principios políticos que estrictamente jurídicos – y que está muy alejado de su república mundial. En la siguiente cita Kant subraya la necesidad de un aparato jurídico consistente, que debiera ser apoyado, a su vez, por el poder político, para asegurar la paz. Y señala, en clara referencia al *Ius publicum europaeum*, cómo la carencia de dicha juridicidad crea sistemas internacionales inestables:

La naturaleza humana en ninguna otra parte se muestra menos digna de ser amada que en las relaciones mutuas entre pueblos [...] Ahora bien: contra esto ningún otro remedio es posible – por analogía con el derecho civil o político de los hombres tomados individualmente – salvo el de un Derecho internacional fundado en leyes públicas con el respaldo de un poder, leyes a las cuales todo Estado tendría que someterse, pues una paz universal duradera conseguida mediante el llamado *equilibrio de las potencias en Europa* es una simple quimera, igual que la casa de Swift, tan perfectamente construida por un arquitecto de acuerdo con todas las leyes del equilibrio que, al posarse sobre ella un gorrión, se vino en seguida abajo.³⁹⁹

El mismo contrato social puede ser considerado ya, incluso a nivel interno, un ideal de la razón, más aún si de lo que se trata es de un contrato a nivel internacional. Por tanto, lo que queda en ambos casos es un contrato imperfecto.⁴⁰⁰ Ni el republicanismo estatal ni el internacional se pueden dar nunca por realizados.⁴⁰¹ Kant acepta entonces que el Derecho de Gentes es lo único que puede haber dado de una vez en el reino contingente e imperfecto de los hombres, pero ese derecho tiene que tender al derecho cosmopolita. El gobierno mundial no es alcanzable, pero como idea sirve para hacer que los sistemas políticos particulares, tiendan hacia ese ideal no obtenible, pero sí deseable y, quizás en un futuro realizable si se asciende en la dirección adecuada, en este caso, en la dirección del republicanismo y de la hospitalidad.

³⁹⁹ KANT, I., *En torno al tópico: “Tal vez eso se correcto en teoría, pero no sirve para la práctica”* en KANT, I., *Teoría y práctica*, op.cit., p.59.

⁴⁰⁰ Así se refiere Adela Cortina a la noción de contrato en el Estudio Preliminar a la *Metafísica de las Costumbres*: “Cual sea su *status* – histórico o racional – parece claro por la propia confesión kantiana de que no se trata de un hecho, sino “de una mera idea de la razón, que tiene, sin embargo, realidad (práctica)” [Gemeinspruch VIII, p.297] [...] Se trata, pues, de una idea regulativa, y no constitutiva, de la experiencia”. CORTINA, A., Estudio Preliminar a KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, op.cit., pp. LXI-LXII. La misma opinión sostiene Thomas Berns: “Es en oposición a todas las tentaciones ontologizantes de la Modernidad, que Kant pone la definición del contrato, como simple idea de la razón, es decir, como no pudiendo sustituirse por lo empírico [...] (un ideal racional regulador y no una experiencia pasada o un futuro a realizar)”. BERNES, T., *Souveraineté, droit et gouvernementalité. Lectures du politique moderne à partir de Bodin*, op.cit., pp.124-125.

⁴⁰¹ Precisamente porque su naturaleza es práctica, no ontologizable, no se puede señalar ni conocer científicamente, aunque se puede pensar e incluso mostrar, por ejemplo, a través del arte.

En *Teoría de la Constitución* Schmitt establece tres antinomias que, en un principio, harían imposible el concepto mismo de federación o gobierno supranacional. La primera antinomia hace referencia a la autoconservación: una federación tiene como objetivo preservar la de todos sus miembros, pero hacer eso implica, a la vez, quitar a cada uno de ellos la capacidad de decisión, muy especialmente, la capacidad de ir a la guerra:

[L]a pertenencia a una Federación comporta una minoración de esa independencia, que conduce a una renuncia al *ius belli*, al medio esencial de la autoconservación, una *renuncia a valerse por sí mismo*. Esta antinomia afecta, pues, al *derecho de autoconservación* de cada miembro federal.⁴⁰²

La segunda antinomia se refiere a cómo el deseo de cada miembro de conservar su independencia se conjuga con la intención de la federación de controlar a cada uno de esos miembros: “Toda auténtica ejecución federal es una injerencia que suprime la autodeterminación completamente independiente del Estado al que afecta, quitándole su carácter de cerrado e impenetrable, su impermeabilidad”.⁴⁰³ La tercera antinomia pone de relieve cómo la federación tiene la estructura de una unidad política y, a la vez, pretende albergar varias unidades políticas que se quieren independientes: “[C]oexisten en una Federación dos clases de existencia política: la existencia común de la Federación y la existencia particular de los Estados-miembros”.⁴⁰⁴ Se produce un choque, una vez más, entre la soberanía decisoria y la superación de esa estatalidad en pos de una paz trasnacional. Ahora bien, según Schmitt, estas tres antinomias se solucionan apelando a la “homogeneidad”. Si se da dicha homogeneidad entre los miembros de la federación, será aceptable la pérdida de la independencia y de la autodeterminación,⁴⁰⁵ apuntando así a lo que será su teoría de los grandes espacios.

En *El Nomos de la Tierra* Schmitt insiste en su rechazo de las federaciones internacionales e intenta polemizar con la visión de Kant a propósito de su cosmopolitismo. Schmitt se muestra contrario a la referencia que hace Kant a un posible “enemigo injusto” porque considera que así se está adelantando ya el concepto discriminatorio de guerra que traerá la contemporaneidad:

⁴⁰² SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, op.cit., p.462.

⁴⁰³ *Ibid.*, pp.462-463.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p.463.

⁴⁰⁵ Cfr., *Ibid.*, p.469.

Kant ya había demostrado, en su ensayo *Zum ewigen Frieden* (1795), un sentido evidente del carácter global de un Derecho de Gentes válido para pueblos que no se pueden “dispersar hacia lo infinito, sino que finalmente han de tolerarse uno al lado del otro”. Es posible que precisamente aquella equivocación sea ya presagio de la disolución normativista del Derecho de Gentes interestatal europeo [...] y quizá también el presentimiento de un nuevo *nomos* de la tierra. En su *Rechtslehre*, aparecida algo más tarde (1797), Kant define como “enemigo injusto” a aquel “cuya voluntad manifestada públicamente (de forma verbal o agresiva) es evidencia de una máxima según la cual, si se convirtiera en regla general, no sería posible un estado de paz entre los pueblos, sino que habría de eternizarse el estado de naturaleza”.⁴⁰⁶

Esta cita es interesante porque muestra dos cosas: la primera es la crítica de Schmitt – él habla de “equivocación” – a la posibilidad de que el Derecho adquiriera un “carácter global” pues, como vengo explicando, la homogeneización o la extensión universal del derecho supone una agresión a la particularidad y a la singularidad de lo estatal, un ataque a la limitación y la prefiguración del imperialismo que vendrá en el futuro, ese “nuevo *nomos* de la tierra”. Por otro lado, Schmitt sostiene que el “enemigo injusto” no es definido de manera concreta por Kant⁴⁰⁷ porque no establece qué condiciones jurídicas debe tener para ser considerado así, sino que habla en general de aquél cuya acción no puede convertirse en máxima si es que queremos gozar de la paz. Schmitt afirma que esta postura de Kant se acerca a posiciones medievales – a la vez que anticipa la guerra contemporánea – y que actúa más de teólogo que de jurista.⁴⁰⁸ La cita completa de Kant permite sacar más conclusiones de las que Schmitt extrae. Kant hace referencia, no solo a que el enemigo injusto es aquel cuya máxima no puede convertirse en ley universal, sino que aquel que, procediendo así, reinstaurando el estado de naturaleza entre los hombres, hace imposibles los pactos, la base del contrato

⁴⁰⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.160. Reproduzco la cita de Kant *in extenso*: “Es aquél cuya voluntad libremente expresada (sea de palabra o de obra) denota una máxima según la cual, si se convirtiera en regla universal, sería imposible un estado de paz entre los pueblos y tendría que perpetuarse el estado de naturaleza. Este es el caso de la violación de los pactos públicos, de la que puede pensarse que afecta a los intereses de todos los pueblos, cuya libertad se ve así amenazada y que se sienten provocados de este modo a unirse contra tal desorden y a quitarle el poder para ello, – pero no para repartirse el país, no para hacer desaparecer un estado de la faz de la tierra – por así decirlo –, ya que esto significaría cometer una injusticia contra el pueblo, que no puede perder su derecho originario a unirse en una comunidad, sino para hacerles aceptar una nueva constitución que sea, por su naturaleza, contraria a la guerra. Por lo demás, la expresión “un enemigo injusto en el estado de naturaleza” es *pleonástica*, porque el estado de naturaleza mismo es un estado de injusticia. Un enemigo justo será aquél con el que yo sería injusto si le opusiera resistencia, pero este no sería entonces tampoco mi enemigo”. KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, op.cit., §60 (349-350, pp.189-190).

⁴⁰⁷ “El caso es que desearíamos ver al enemigo injusto en concreto...”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.161.

⁴⁰⁸ Cfr., *Ibid.*, p.162.

social. Para evitar que eso ocurra, los estados tendrían derecho a aliarse, no para eliminar a ese enemigo injusto, sino para evitar la recaída en ese estado natural que impide las relaciones jurídicas. Según Benhabib, al hablar de un enemigo injusto que se mantiene en estado de naturaleza, Kant podría referirse al incumplimiento por parte de los estados de alguno de los tres principios definitivos expuestos en *Sobre la paz perpetua* (la constitución republicana, la federación de estados libres y la hospitalidad universal).⁴⁰⁹

Es cierto que Kant no concreta demasiado, pero lo que no tiene en cuenta Schmitt es que se trata de una referencia a lo que de hecho ocurre en la escena internacional, una clara descripción del *Ius publicum europaeum*. Y con enemigo injusto quiere designar a aquél que por principio tiene como objetivo la imposición de su soberanía y de su dictado de manera unilateral y automática, esto es, como principio. Considero que es una clara referencia a las potencias absolutistas que conformaban el panorama westfaliano: “Por lo demás, la expresión “un enemigo injusto en el estado de naturaleza” es *pleonástica* porque el estado de naturaleza mismo es un estado de injusticia”.⁴¹⁰ Es decir, tal como está planteado el derecho internacional europeo, sin un marco de paz perpetua a la vista, a los estados no les queda otra opción, por el propio contexto en el que se ven insertos, que ser enemigos injustos los unos de los otros, porque sigue insertos en el estado de naturaleza.

Partiendo de la realidad tal y como es, en este caso, del derecho internacional clásico, tan imperfecto y belicoso como pueda ser, la novedad del planteamiento kantiano es que trae a la discusión una tercera opción más allá de la que plantea el realismo político: la de una paz mundial asentada en un gobierno cosmopolita. La finalidad del gobierno cosmopolita es, ante todo, evitar la guerra, no solo la guerra que materialmente tiene lugar, sino también la “hostilidad” como situación de conflicto latente entre los estados aunque no esté todavía desarrollada. No hay que entender esta proposición como una mera sugerencia u ocurrencia de Kant. Para él los tres derechos (el interno y el internacional, tal como los conocemos, y el cosmopolita) conforman un sistema que no podemos pensar si falta alguna de las tres partes.⁴¹¹ Como he dicho, es

⁴⁰⁹ Cfr., BENHABIB, S., “Carl Schmitt’s Critique of Kant: Sovereignty and International Law”, *op.cit.*, p.698.

⁴¹⁰ KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, *op.cit.*, p.190.

⁴¹¹ “Uno y otro de consuno, puesto que la tierra no es ilimitada sino que es una superficie limitada por sí misma, conducen inevitablemente a la idea de un derecho político de gentes (*ius gentium*) o un derecho cosmopolita (*ius cosmopoliticum*), de modo que, con tal de que a una de estas tres formas de estado

fundamental que se dé el contrato a una escala global, entre individuos que comparten un mismo espacio. Pero, en la medida en que la tierra es finita, todos los individuos del planeta nos hallamos ante la problemática de compartir el mismo suelo y, por tanto, de definir y separar “lo que es tuyo de lo que es mío”. Por ello, antes de aspirar a un gobierno cosmopolita, hay que empezar configurando el derecho interno y el internacional: “La naturaleza los ha encerrado a todos juntos entre unos límites determinados (gracias a la forma esférica de su residencia como *globus terraqueus*)”.⁴¹² Así surge el Derecho Internacional Clásico, pero se trata de un derecho que si bien puede lograr ciertos armisticios, no ha alcanzado todavía la verdadera paz. ¿Por qué habría de ser necesario plantear el tercer paso? Por el simple hecho de que se presenta a la razón como el fin más deseable, como una aspiración inextirpable de la razón. Es más, la necesidad del derecho cosmopolita no surge como consecuencia de la observación empírica, sino como principio *a priori*:

[L]a regla de tal constitución no ha de tomarse – como una norma para otros – de la experiencia de aquellos a los que hasta ahora les ha ido mejor con ello, sino que ha de ser sacada por la razón *a priori* del ideal de una unión jurídica entre los hombres bajo leyes públicas en general.⁴¹³

El propio Hegel, ya en el siglo XIX, se manifestó en contra del proyecto kantiano de paz perpetua. Para él, la guerra hace patente el momento más vital del estado, en el que es más autoconsciente de sí y de la totalidad de la que forma parte: “[E]n la guerra se muestra la fuerza de la conexión de todos con la totalidad, cuánto puede exigirles, lo que hacen por ella por su propio impulso y naturaleza y el valor que esto tiene”.⁴¹⁴ Los planes de una confederación entre estados que asegurarían la paz entre ellos obedecerían a deseos provisionales y contingentes de los estados y no responderían a la verdadera razón de ser del estado: la enemistad hacia otras entidades estatales.

A menudo, se exige la paz eterna como un ideal al que tiene que dirigirse la humanidad [...] Únicamente el Estado es individualidad y en la individualidad está contenida esencialmente la negación. Por consiguiente, si también un número de

jurídico le falte el principio que restringe la libertad externa mediante leyes, el edificio de las restantes queda inevitablemente socavado y acaba por derrumbarse”. *Ibid.*, §43, p.140.

⁴¹² *Ibid.*, *op. cit.*, §62, p.192. “[S]i [la tierra] fuera un plano infinito, los hombres podrían diseminarse de tal modo que no llegarían en absoluto a ninguna comunidad entre sí, por tanto, esta no sería una consecuencia necesaria de su existencia sobre la tierra”. KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, *op.cit.*, §13 (262, p.78).

⁴¹³ *Ibid.*, Conclusión, p.196.

⁴¹⁴ HEGEL, G.W.F., *La constitución de Alemania*, *op.cit.*, p.20.

Estados se convierten en una familia, esta unidad como individualidad tiene que crearse una oposición y engendrar un enemigo.⁴¹⁵

No es la intención de este apartado estudiar el conjunto de la teoría kantiana respecto al derecho internacional o hacer un resumen de los principios de la *Paz Perpetua* – lo cual sería muy interesante – pues dicho tema excede el límite de esta tesis, sino mostrar la posibilidad de otra opción diferente a la westfaliana o, por decirlo de otra manera, a la schmittiana. En el pensamiento kantiano hay dos ideas muy opuestas a la teoría de Schmitt: por un lado, la necesidad del republicanismo como condición primera para construir la paz mundial y, por otro, la primacía del derecho sobre la política. En cuanto a lo primero, un estado que no haya logrado la paz civil a través del derecho en su propio seno no será apto para entrar en el reino de la paz internacional. Esto pone el foco sobre la preeminencia del nivel estatal respecto al internacional en el siguiente sentido: no es la paz mundial la que pacifica al estado, sino que es el estado pacífico el que puede construir una paz a nivel internacional. Este republicanismo es el que pretende exportar el proyecto kantiano. Lo que repudia Schmitt es el hecho de que un estado se vea obligado a adoptar un sistema democrático. Republicanismo es un proyecto universal y normativo que, en su afán total de exportar a todos los ámbitos un modelo democrático de estado de derecho, plantea la necesidad de una homogeneidad global, es decir, que el republicanismo se dé tanto a nivel interno como externo. Tampoco hay que olvidar la especial atención que Kant presta a la deuda pública: un país no debe generar deuda para embarcarse en proyectos de guerra en otros países, sino únicamente para la construcción de bienes en el interior del país.⁴¹⁶

⁴¹⁵ HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, op.cit., Adición párrafo 324, p.378. Además, en Hegel – como en Schmitt – hay una primacía de lo político sobre el derecho. “Para conservar su coherencia, este proyecto debe infringir subrepticamente la distinción entre el derecho y la moral, y negar la autonomía de la esfera política y los principios que están en vigor en ella. Esta autonomía es afirmada, al contrario, por Hegel; constituye el verdadero alcance de la esfera política y los principios que están en vigor en ella”. KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.139.

⁴¹⁶ En primer lugar, en base a un derecho de no interferencia (Artículo V de la *Paz Perpetua*) que tienen que cumplir los estados para no inmiscuirse en asuntos que no le competen directamente y, en segundo lugar, y muy especialmente porque la deuda es un instrumento de chantaje del prestamista al deudor. Así reza el artículo IV de la *Paz Perpetua*: “No debe emitirse deuda pública en relación con los asuntos de política exterior. Esta fuente de financiación no es sospechosa para buscar, dentro o fuera del Estado, un fomento de la economía [...] Pero un sistema de crédito, como instrumento en manos de las potencias para sus relaciones recíprocas, puede crecer indefinidamente y resulta siempre un poder financiero para exigir en el momento presente [...] las deudas garantizadas [...]; es decir, es un tesoro para la guerra que supera a los tesoros de todos los demás Estados en conjunto y que solo puede agotarse por la caída de los precios [...] Esta facilidad para hacer la guerra unida a la tendencia de los detentadores del poder, que parece estar ínsita en la naturaleza humana, es, por tanto, un gran obstáculo para la paz perpetua...”. KANT, I., *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, op.cit., p.144.

Respecto a la segunda cuestión, es fundamental la inversión de la máxima hobbesiana y posteriormente schmittiana de *autorictas, non veritas, facit legem*. Con Kant el derecho es la instancia posibilitadora de la paz, tanto a nivel interno como externo: “El Derecho no tiene nunca que adecuarse a la Política sino siempre la Política al Derecho”.⁴¹⁷ Las garantías para un gobierno mundial y una paz perpetua son jurídicas y pasan por el republicanismo, la separación de poderes, los principios democráticos, la defensa de mecanismos de colaboración y cooperación y la libertad frente a una soberanía exacerbada. Y es fundamental que la misma demanda de democracia que se hace en el interior se haga también el exterior, en contra de la gran dicotomía presente en Carl Schmitt entre la esfera nacional y la internacional (en la que lo que vale para una no es aplicable a la otra).⁴¹⁸

Schmitt, en la línea del *arcanum* más antiguo de Prusia, profundizó entre las divergencias de ambas políticas, interior y exterior. Pero no lo hizo según un principio estable. Unas veces exigió normatividad para la política internacional – el *Ius publicum europaeum* – y carencia absoluta de norma para la política interior. Otras veces reclamó el principio de no injerencia en grandes espacios y relaciones jurídicas entre ellos. Además, pensó que el enemigo exterior debía tener su correspondencia interior. No se atuvo a nada coherente ni claro en estas cuestiones.⁴¹⁹

Kant comprende que la soberanía estatal como único principio del derecho internacional conduciría a la hegemonía y al imperialismo.⁴²⁰ El universalismo de la paz perpetua, al estar construida sobre bases republicanas y democráticas, pese a ser universal, sería diferente al universalismo propio del imperialismo. Podríamos entonces distinguir entre dos formas de universalismo: el imperial y el cosmopolita y, entre medias y de una especial manera, Westfalia. Westfalia no es imperio pero, al mismo tiempo, se presenta como lo contrario de aquello que defienden los cosmopolitas, ya que sin ser imperio esconde un ansia imperial: no crea normas universales, solo un conjunto

⁴¹⁷ KANT, I., *Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía* en KANT, I., *Teoría y práctica*, op.cit., p.67

⁴¹⁸ Tal y como Villacañas subraya, lo admirable de Kant es que exige el mismo nivel de compromiso para con la libertad en ambas direcciones, hacia dentro y hacia fuera: “La clave de la posición kantiana reside en que no se pueden separar la política interior de la política exterior y que ambas dimensiones tienen que estar sostenidas por una coherencia normativa”. VILLACANAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.294.

⁴¹⁹ *Ibid.*, p.295.

⁴²⁰ “Kant – algo que Schmitt no quiere aceptar – comprendió la afinidad electiva entre guerra total y soberanía absoluta y vio que estos dos elementos destrufan todo sentido de derecho internacional y, desde luego, el *ius publicum* clásico”. *Ibid.*, p.259.

básico de normas, podríamos decir de mínimos, y deja hacer a cada estado. Pero tras ese dejar hacer simulado hay una pugna por el control internacional: por el dominio económico y por el dominio territorial.

En el artículo “La idea kantiana de paz perpetua. Desde la distancia histórica de doscientos años”,⁴²¹ Jürgen Habermas realiza un análisis de la *Paz perpetua* y señala que el esquema kantiano estaba pensado para el contexto específico del Derecho Internacional Clásico y que no es extrapolable a la contemporaneidad:

Kant pensaba en conflictos limitados espacialmente entre Estados individuales y alianzas, no todavía en guerras mundiales. Pensaba en conflictos entre gabinetes y Estados, no todavía en guerras civiles. Pensaba en guerras limitadas técnicamente que permitían la diferencia entre tropas combatientes y población civil, todavía no en luchas de partisanos y en el terror de las bombas. Pensaba en guerras con objetivos limitados políticamente, no todavía en guerras de aniquilación y expulsión motivadas ideológicamente.⁴²²

Esto supondría afirmar la imposibilidad de la realización de un proyecto cosmopolita en el contexto actual el cual, como se verá más adelante, carece de cualquier tipo de limitación debido a la disolución de las distinciones clásicas (interior/exterior, combatiente/no combatiente, etc.). Habermas parece indicar que solo bajo las premisas de la limitación es posible aspirar a una paz mundial. Y como la desaparición de la limitación es lo que precisamente caracteriza a la política internacional contemporánea, resultaría difícil ser optimistas acerca de una paz global. Ahora bien, aunque ese derecho cosmopolita no parezca posible en el contexto contemporáneo, no deja de ser pensable y sigue manifestándose, o al menos así lo entiendo, como un ideal de la razón, incluso en la actualidad. En este sentido insisto sobre ese carácter irrealizable pero deseable que tiene la paz en Kant y en que no podemos dejar de repetir con él: “[T]ambién desde el punto de vista cosmopolita se mantiene la tesis: lo que por fundamentos racionales vale para la teoría, es así mismo válido para la práctica”.⁴²³ Desde el punto de vista del conocimiento teórico podemos exigir que la paz mundial sea la idea trascendental que actúe de guía de una supuesta “razón internacional”, esto es, que aunque no se dé como objeto de experiencia y no pueda tener un uso constitutivo, sea una idea regulativa que conduzca y encamine a los

⁴²¹ HABERMAS, J., “La idea kantiana de paz perpetua. Desde la distancia histórica de doscientos años”, *op.cit.*

⁴²² *Ibid.*, p.63.

⁴²³ KANT, I., *En torno al tópico: “Tal vez eso se correcto en teoría, pero no sirve para la práctica”*, *op.cit.*, p.60.

demás conceptos políticos y así se convierta en el *focus imaginarius* de la política internacional:

Sostengo, pues, que las ideas trascendentales nunca son de uso constitutivo, de suerte que se den en virtud de ellas los conceptos de ciertos objetos; entendidas así, no son más que conceptos sofísticos (dialécticos). Tienen, por el contrario, un destacado uso regulador, indispensablemente necesario, a saber: dirigir el entendimiento a un objetivo determinado en el que convergen las líneas directrices de todas sus reglas. Este punto de convergencia, aunque no sea más que una idea (*focus imaginarius*), es decir, un punto del que no parten realmente los conceptos del entendimiento y que se halla totalmente fuera de los límites de la experiencia, sirve para dar a esos conceptos la mayor unidad, a la vez que la mayor amplitud.⁴²⁴

Es fundamental observar la conexión en las obras de Kant entre el saber teórico y el práctico. Porque aunque no podemos conocer los ideales de la razón sabemos que se pueden pensar.⁴²⁵ Lo que no puede asumir la razón teórica lo puede acoger la razón práctica, hasta el punto que la paz perpetua puede llegar a considerarse como exigencia *a priori* del ámbito práctico:

La respuesta de la *Rechtslehre* muestra la indudable conexión de esta obra con el resto de la filosofía práctica crítica: no es la experiencia, sino la metafísica, presente oscuramente en todo hombre, la que muestra la necesidad de semejante idea. Pero no la metafísica teórica, incapaz de probar su posibilidad o su imposibilidad, sino la metafísica de las costumbres. Porque cuando la razón teórica es incapaz de pronunciarse sobre la realidad de una idea y también incapaz de mostrar su contradicción interna, es menester asumir la perspectiva de un interés práctico para preguntar por ella [...] el interés práctico-moral nos obliga a conferir a la idea de paz perpetua, con el fin de orientar nuestra acción, de realidad objetiva.⁴²⁶

En resumen, la paz perpetua es irrealizable en el plano del corto plazo del individuo, pero no por ello puede dejar de plantearse como deseable para la razón⁴²⁷ y en esa medida, como hipotéticamente alcanzable. Desecharla por no estar presente en la inmediatez de la facticidad es un error y supone no comprender que la paz, y junto con ella el fin de la guerra, se plantea como un deber, esto es, como un fin al que tender. Este fin será difícil – por no decir imposible – de alcanzar en la intuición, pero estará

⁴²⁴ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, op.cit., pp.531-532. A644/B672.

⁴²⁵ Cfr., KANT, I., *Crítica de la Razón Pura*, op.cit. Pie de página k a BXIX.

⁴²⁶ CORTINA, A., Estudio Preliminar a KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, op.cit., pp.LII-LIII.

⁴²⁷ No hay que olvidar que incluso el progreso de la humanidad es planteado por Kant no a nivel individual, sino referido a la especie. Cfr., KANT, I., *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita* (1784).

presente como concepto e idea deseada por la razón y, en esa medida, como digna de ser al menos intentada:

Es evidente que aquí no se convierte en deber aceptar (*suppositio*) que el fin sea realizable, cosa que es un juicio meramente teórico y problemático en este sentido, porque no hay obligación alguna de ello (de creer algo); sino que a lo que nos obliga un deber es a actuar según la idea de aquel fin, aunque no exista la menor probabilidad teórica de que pueda ser realizado, pero no obstante tampoco puede demostrarse su imposibilidad. Ahora bien, la razón práctico-moral expresa en nosotros su reto irrevocable: no debe haber guerra: ni guerra entre tú y yo en el estado de naturaleza, ni guerra entre nosotros como Estados que, aunque se encuentren internamente en un estado legal, sin embargo, exteriormente (en su relación mutua) se encuentran en un estado sin ley; porque este no es el modo en que cada uno debe procurar su derecho. Por tanto, la cuestión no es ya la de saber si la paz perpetua es algo o es un absurdo, y si nos engañamos en nuestro juicio teórico si suponemos lo primero; sino que hemos de actuar con vistas a su establecimiento como si fuera algo que a lo mejor no es, y elaborar la constitución que nos parezca más idónea para lograrla (tal vez el republicanismo de todos los Estados sin excepción) y acabar con la terrible guerra, que es el fin al que, como su fin principal, han dirigido hasta ahora todos los Estados sin excepción sus disposiciones internas.⁴²⁸

⁴²⁸ KANT, I., *Metafísica de las costumbres*, *op.cit.*, Conclusión a los principios metafísicos de la doctrina del Derecho, pp.194-195.

SEGUNDA SECCIÓN: Destrucción del universo westfaliano y despliegue de la razón imperial.

CAPÍTULO 4: El fin del *Ius publicum europaeum* a la luz de la teoría schmittiana. El concepto de “nación” y la emergencia del imperio: otra vuelta de tuerca a la soberanía.

En verdad una guerra correctamente llevada a cabo, de acuerdo con las reglas del Derecho internacional europeo, contiene más sentido del derecho y de la reciprocidad, y también más procedimiento jurídico, más “acción jurídica”, como se decía antes, que un proceso-espectáculo escenificado por modernos detentadores del poder para la aniquilación política y física del enemigo político.

CARL SCHMITT⁴²⁹

Como teólogos no podemos admitir que el pueblo, la nación, sean algo eterno. La capacidad de entusiasmo es cosa buena en sí y la necesidad de la fe algo natural en la juventud, pero es al propio tiempo una tentación, y ahora que el liberalismo pasa a mejor vida es preciso investigar rigurosamente la sustancia de las nuevas ideologías, descubrir si hay en su nudo central una realidad o si son el mero producto de lo que podríamos llamar un romanticismo estructural cuyo contenido ideológico es puro nominalismo, cuando no pura ficción [...] A esto le llamo yo nominalismo, mejor aún, fetichismo de los hombres y, en mi opinión, no es otra cosa que idolatría ideológica.

THOMAS MANN⁴³⁰

Resulta difícil datar el fin del paradigma del contexto westfaliano. Se podría entender que el siglo XIX constituye la primera línea de fractura que marca el inicio del fin del Derecho Internacional Clásico. La emergencia de la Inglaterra liberal como potencia líder del panorama internacional; la victoria de la estrategia marítima frente a la continental⁴³¹ o el intento ruso de construir un imperio terrestre, constituyen ya importantes señales del nuevo paradigma abiertamente imperial que sucederá al paradigma westfaliano. En concreto, se puede considerar la guerra franco-prusiana (1870) y su contexto posterior como inicio claro del fin de ese sistema. Aunque según el teórico Frédéric Ramel, para Schmitt el declive del *Ius publicum europaeum* comienza en 1884: “Schmitt identifica el origen de esta disolución a partir del 22 de abril de 1884, fecha en la que Estados Unidos reconoce la bandera de la Compañía del Congo, lo que prepara el reconocimiento de un nuevo estado en suelo africano y saca al derecho de

⁴²⁹ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit. Prólogo, p.44.

⁴³⁰ MANN, T., *Doktor Faustus*, Pocket Edhasa, Madrid, 2009, p.179.

⁴³¹ Hecho que anticipa el advenimiento de una potencia también marítima, Estados Unidos.

gentes de su pedestal eurocéntrico”.⁴³² La Conferencia del Congo, a la que dedicaré un apartado, puso en cuestión lo que hasta ahora había definido al *Ius publicum europaeum*, esto es, que la estatalidad fuera específicamente europea. El reconocimiento de la existencia de entes estatales situados fuera del territorio europeo significaba que una transformación muy profunda estaba teniendo lugar a nivel internacional. Si bien aquel acontecimiento marca el inicio del declive del sistema westfaliano y es fundamental en la historia de las Relaciones Internacionales, la mayoría de autores coincide en reconocer la Primera Guerra Mundial (1914) como manifestación clara del derrumbamiento del Derecho Internacional Clásico, como es el caso de Jean Vincent Holeindre, especialmente por sus implicaciones en el cambio de concepción de la guerra:

La Primera Guerra Mundial ha ocasionado un “cambio de sentido de la guerra”: la guerra había empezado en 1914 de un conflicto interestatal clásico, “recíproco” y declarado según las formas, y habría de desembocar en una guerra de aniquilación, que consiste en eliminar al enemigo transmutado en criminal y, por tanto, desligado de los derechos correspondientes al soldado. La tesis de Schmitt acarrea una dimensión normativa totalmente clara que consiste en defender el carácter “limitado” de la guerra interestatal.⁴³³

Se puede sostener que tras la Primera Guerra Mundial todavía se podía creer en el mantenimiento de las estructuras clásicas, pero la Segunda Guerra Mundial será considerada como la estocada final a dicho sistema,⁴³⁴ momento a partir del cual se puede hablar de un verdadero cambio de paradigma y del fin de un *Ius publicum europaeum* que desde el siglo XIX estaba dando sus últimos coletazos.

Ahora bien, considero que lo fundamental no es saber la fecha oficial exacta en la que acaba el sistema político de Westfalia, sino analizar cómo sus conceptos filosófico-jurídicos fueron perdiendo vigencia y dejaron de funcionar como esquemas interpretativos de la realidad política, si es que acaso lo hicieron alguna vez. El cambio más significativo se advierte en la evolución del concepto de guerra, que pasa de estar acotada y de limitarse al enfrentamiento entre estados que se reconocen mutuamente

⁴³² RAMEL, F., “Schmitt contre l’idée d’État mondial” en SERGE, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, op.cit., pp.57-72, pp.58-59.

⁴³³ HOLEINDRE, J-V., “Carl Schmitt penseur des transformations de la guerre”, en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, op. cit., pp.73-92, pp.80-81.

⁴³⁴ “[F]echa en la que la ONU valida la idea, ya presente en el pacto Briand-Kellogg de 1928, de que la guerra está “fuera de la ley”. Desde entonces, únicamente las instituciones internacionales son legítimas para decidir sobre la guerra, designada a partir de ahora con el vocablo púdico de “operación” o “intervención”. *Ibid.*, p.78.

como enemigos a convertirse en una guerra total discriminadora entre países que se conciben como criminales. Habrá que estudiar cómo el fin de la distinción amigo/enemigo conducirá al fin de las guerras formales y de la dicotomía interior/exterior.

La distinción “amigo/enemigo” se disuelve y da paso a la consideración del enemigo como criminal tal y como, según Schmitt, se verá en Versalles⁴³⁵ y Núremberg, donde Alemania será juzgada no solo bajo las coordenadas de la política, sino también de la ética y de la moralidad. La creación de un tribunal penal internacional es para Schmitt la terrible culminación de la vuelta a la moralización de la guerra: “La orgullosa autoconciencia que se expresa en ese *silete* [*Silete theologi in munere alieno*] de comienzos de la edad de los Estados se les está cayendo de las manos a los juristas del final de la misma”.⁴³⁶

¿Qué consecuencias tendrá la disolución de las distinciones amigo/enemigo, enemigo/criminal, tierra/mar o interior/exterior en los siglos XIX y XX? Habiendo establecido anteriormente que el estado es la base a partir de la cual se configura la política moderna, es decir, el núcleo ontológico de toda política, ya sea nacional o internacional, y que esa centralidad respondía a un esquema construido a partir de esas distinciones, será la noción misma de soberanía la que sufra los efectos de esas transformaciones conceptuales. Como ya expliqué, la Revolución Francesa no degeneró en el absolutismo napoleónico por casualidad, sino porque, pese al germen democrático o revolucionario que la hizo nacer, no dejaba de moverse en un marco absolutista e imperialista, el de la exaltación de la soberanía. Pero en el contexto revolucionario surge una novedad: el poder soberano se verá recubierto por las energías del contexto romantizado y se convertirá en “nación”. El concepto “soberanía” todavía ofrecía la ilusión de la formalidad, de la neutralidad, de una guerra limitada, de una epistemología moderada, mecanicista y, por tanto, aparentemente sujeta a la tierra. Sin embargo, hablar de nación provoca toda suerte de fantasías muy alejadas de lo material, encerradas en la subjetivización total del sujeto, en este caso, del sujeto político, del estado.

⁴³⁵ La Sociedad de Naciones, entendida como la asociación de los estados de la tierra, no parece compatible con las intenciones de Versalles de criminalizar a uno de esos estados: “Los dos pactos juntos y simultáneos eran inviables y contradictorios. O la Sociedad de Naciones era un club de libre adhesión de Estados, y entonces Versalles debía desaparecer; o era parte del dictado del vencedor al vencido, y entonces solo estabilizaba la derrota de Alemania”. VILLACANA, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.232.

⁴³⁶ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit. Prólogo, p.48.

[E]xaminaremos con más detalle el hecho de que la idea de “nación” se halla, para sus mantenedores, en la más íntima relación con los intereses de “prestigio”. En sus más primitivas y enérgicas manifestaciones ha abarcado en alguna forma, aun encubierta, la leyenda de una “misión” providencial cuya realización se ha atribuido a quienes se ha considerado como sus más auténticos representantes.⁴³⁷

El imperialismo al que puso fin la Paz de Westfalia era un imperialismo de corte medieval. Sin embargo, tras el evento que supuso la Revolución Francesa y que durante varias décadas puso en suspenso el paradigma westfaliano, el Congreso de Viena (1814-1815) implicó la reinstauración total de Westfalia: tras haber sido derrotado Napoleón I, cuatro grandes potencias, Rusia, Prusia y Austria, con Inglaterra como árbitro, restablecieron las condiciones del Antiguo Régimen así como sus líneas territoriales e intentaron asfixiar cualquier brote revolucionario. El Congreso no tenía como objetivo la paz mundial,⁴³⁸ sino el restablecimiento del esquema westfaliano y de sus distinciones clásicas articuladas en torno al estado.

En el marco de una restauración general, el Congreso de Viena de 1814-1815 rehabilitó también las nociones del derecho de guerra europeo. Esto fue una de las restauraciones más asombrosas de la historia universal. Tuvo el éxito enorme de que aquel Derecho de guerra, el derecho de la guerra terrestre continental acotada, dominase la práctica europea de la beligerancia militar hasta la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. Este derecho se denomina aún hoy el derecho de guerra *clásico*, y con toda la razón. Conoce distinciones inequívocas, en especial, la diferencia de guerra y paz, de combatientes y no combatientes, de enemigo y criminal. La guerra se hace de Estado a Estado, como una guerra de ejércitos regulares estatales, soberanos portadores de un *ius belli*, que se respetan, incluso en la guerra, como enemigos, y que no se discriminan mutuamente como criminales, de tal manera que la conclusión de la paz siempre es posible, e incluso suele ser el fin normal y supuesto de una guerra.⁴³⁹

El Congreso, supuestamente basado en la defensa del equilibrio entre las potencias, significó la vuelta al absolutismo – especialmente a favor de Austria y limitando el alcance de Francia – y la emergencia de un nuevo imperialismo, muy diferente del medieval, que enarboló la causa del estado soberano, pero ahora conjugado

⁴³⁷ WEBER, M., *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1933, p.669.

⁴³⁸ Según Kissinger, el constructor del Congreso, Metternich, “consideró la paz no como un fin, sino como un comienzo”. KISSINGER, H. *A world restored, Metternich, Castlereagh and the problems of peace 1812-1822*, op.cit., p.190.

⁴³⁹ SCHMITT, C. *Teoría del partisano*, op.cit., pp.27-28.

con el concepto de nación esbozado en la Revolución Francesa.⁴⁴⁰ El triunfo de estos nacionalismos se vio impulsado por el auge del espíritu del Romanticismo. Podríamos afirmar que este nacionalismo pone de relieve aquello que quedaba oculto o disimulado en Westfalia, la apología del estado, revestida ahora de misticismo romantizado.⁴⁴¹

El Congreso de Viena y la restauración que conllevó supusieron un freno a los impulsos revolucionarios, pero el sentimiento nacionalista ya había prendido en Europa. El sistema conservador impulsado por Metternich pretendía recuperar la normalidad alterada por la Revolución Francesa.⁴⁴² Estableció como condiciones de la política internacional la estabilidad y el orden, aludiendo a su lema “la fuerza en el derecho”: “Solo sobre la idea de *orden* puede reposar la idea de *libertad*”.⁴⁴³ Pero ese orden y esa fuerza ya solo podían venir impuestos por la nación y esto tendrá sus consecuencias para la política, en concreto para la noción de guerra, que irá perdiendo todos los atributos formales de la etapa anterior:

La permanente disposición del Estado a expresar su incondicionada voluntad de autoafirmación, con todos los medios al alcance, incluido ahora la pasión nacional, era el supuesto que hacía posible liberar la lógica absoluta de la guerra. De hecho, esta será la nueva definición del Estado, lejana ya de la definición clásica, pero afín a la moderna definición de la guerra: una institución capaz de dejar clara su voluntad de autoafirmación o muerte.⁴⁴⁴

La distinción amigo/enemigo no desaparece de repente, pero se va diluyendo y encaminando hacia el odio pasional al enemigo, que más adelante se convertirá en un criminal a ojos de sus adversarios. Esto significa, una vez más, la imposibilidad del republicanismo y del equilibrio. El nacionalismo se sirve del espíritu de la revolución, pero como no se basa en la idea de *res publica* – es decir, no tiene la intención de crear

⁴⁴⁰ Que se plasmó en la configuración de grandes estados a través de las unificaciones italiana y alemana, el Segundo imperio francés y el imperio colonial británico.

⁴⁴¹ Una de las consecuencias de la Revolución Francesa fue la siguiente: “el conflicto revolución-contrarrevolución se transforma, en el plano interior de estos Estados, en un conflicto entre Antiguo Régimen restaurado y movimientos nacionales-liberales”. BERGERON, L., FURET, L., KOSELLECK, R., *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1976, p. 6.

⁴⁴² “El origen de los males que abrumaban a Europa me parecía ser la *Revolución Social*, tal y como había estallado en Francia en 1789. La consecuencia lógica de este movimiento fue el despotismo militar, en su más alta potencia, encarnado en Napoleón [...] Llevado por el deseo de asegurarse la *dominación definitiva* del continente europeo, Napoleón había sobrepasado los límites de lo posible”. METTERNICH, K., *Memorias del Príncipe de Metternich. El arquitecto de la Europa de Hierro que restauró el Antiguo Régimen*, Desván de Hanta, Madrid, 2016, p.131.

⁴⁴³ *Ibid.*, p.279. “[L]a libertad considerada como la consecuencia inevitable del orden; la sola igualdad posible, es decir, la igualdad ante la ley; el bienestar, que no se podrá concebir sin la base del reposo moral y del reposo material; el crédito, que no puede reposar más que sobre la confianza...”. *Ibid.*, p.276.

⁴⁴⁴ VILLACANA, J.L., *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, op.cit., p.171.

estructuras democráticas –, sino de nación y patria, conduce al absolutismo en el interior del estado y, además, al imperialismo en el exterior. Y, pese a que el sistema de Viena inauguró otro período de relativa paz y coexistencia, como la idea de nación ya había prendido en los conceptos políticos de la época, la guerra fue perdiendo todos los atributos formales de la etapa anterior. En el contexto westfaliano se puede intuir un imperialismo escondido o disimulado, pero con la disolución de ese sistema las estructuras imperiales quedarán patentes.

Las naciones que culminen su proceso de autoafirmación existencial de manera jurídica se convertirán en estados, las que no lo hagan seguirán formando parte de otros estados. A ojos de la época, solo las naciones que porten un aura mística de autoconvencimiento acerca de su destino adquirirán el rango de estados. La nación hereda el rasgo teológico secularizado que portaba en sí el estado soberano de la Modernidad y lo vuelve aún más trascendente a través de la exaltación del pueblo:

La transformación del modelo absolutista y patrimonial consistió en un proceso gradual que reemplazó el fundamento teológico del patrimonio territorial por un nuevo fundamento, igualmente trascendente. En lugar del cuerpo divino del rey, ahora era la identidad espiritual de la nación lo que hacía del territorio y la población una abstracción ideal. O, para decirlo más precisamente, el territorio físico y la población se concibieron como la extensión de la esencia trascendente de la nación. El concepto moderno de nación heredaba así el del Estado monárquico y le inventaba una nueva norma.⁴⁴⁵

Junto con el desarrollo del pensamiento ensalzador de la nación se da la paradoja de la progresiva descentralización de la soberanía respecto a Europa. El orden internacional se empieza a estructurar desde fuera, algo que nunca había ocurrido. A este respecto, para Schmitt, es de radical importancia el hecho de que desde finales del siglo XIX ya no se utilice la expresión *Tratado Europeo de Derecho de Gentes* o *Ius publicum europaeum* en los libros de texto. A partir de ese momento el derecho interestatal se denominará *Derecho Internacional*⁴⁴⁶ (*International Law*). El derecho interestatal pierde su componente europeo y va a estar referido a cualquier realidad “internacional”. Se podría pensar que un derecho internacional que pretendiera acoger a todos los entes del globo fomentaría la pluralidad más que un derecho únicamente europeo. Sin embargo, Schmitt vuelve a mostrar el carácter contradictorio de sus tesis al

⁴⁴⁵ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit., p.98.

⁴⁴⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.236.

defender el pluralismo y, a la vez, rechazar ese carácter internacional del derecho interestatal.

Este nacionalismo decimonónico se apoyará en la expansión del liberalismo capitalista para justificar la expansión imperial. Se servirá de la exaltación de los rasgos nacionales, a través de ciertas tesis irracionalistas, biologicistas y racistas, para defender a ultranza la necesidad de que el ente nacional se expanda hacia otros territorios. Los discursos oficiales consideraban que el ámbito interno del estado no bastaba para satisfacer las demandas del mercado y que esa era razón suficiente para buscar otros espacios en el exterior donde dar cabida al excedente de mercancías y capitales.⁴⁴⁷ Autores más críticos, como Mommsen, sostienen, por el contrario, que fue la pasión nacionalista, más que una necesidad económica objetiva, la que impulsó al liberalismo a convertirse en imperialista en una época marcada por una incipiente industrialización.⁴⁴⁸

La destrucción del paradigma westfaliano y su transformación en un sistema imperial se ve acelerado por otros elementos, además del auge de la nación, que se precipitan en los siglos XIX y XX: la emergencia del Derecho Internacional Privado acompañada de la extensión del capitalismo, el creciente protagonismo en la escena internacional de Estados Unidos con su ideología universalista y el desarrollo de la técnica. Todo ello va a coadyuvar a que desaparezcan las distinciones clásicas amigo/enemigo, guerra/paz o interior/exterior. Se hace evidente lo que tanto temía Schmitt, que las Relaciones Internacionales empezaban a convertirse en una batalla por hacerse con el papel de potencia imperial, en vez de conformarse, como aparentemente habían hecho hasta ahora, con mantener el *status quo* de una débil coexistencia en la que ninguna potencia ostentaba el dominio absoluto del mundo entero.

En primer lugar, Schmitt advierte cómo a partir del siglo XIX se empieza a producir un cierto debilitamiento del estado soberano debido a la expansión del derecho internacional privado como legislación coexistente con el derecho internacional público.

⁴⁴⁷ Como el enfoque de esta tesis no es especialmente económico no discutiré si el imperialismo era connatural al capitalismo como su fase suprema (véase Lenin) o si más bien el verdadero espíritu del capitalismo se oponía a las prácticas monopolistas (véase Schumpeter).

⁴⁴⁸ “A pesar de todo, los motivos económicos [...] contribuyeron a la exacerbación de las pasiones imperialistas de la época, únicamente en la medida en que iban unidas a expectativas y ambiciones políticas de matiz nacionalista. Solo en la encrucijada de las rivalidades nacionalistas, el capitalismo moderno empezó a desarrollar rasgos imperialistas. Las causas fundamentales del imperialismo se hallan precisamente en el nacionalismo de aquellas capas sociales que pasaron a un primer plano con el desarrollo de la sociedad industrial, y no en unas supuestas necesidades objetivas del capitalismo de apoderarse de mercados ultramarinos”. MOMMSEN, W.J., *La época del Imperialismo, Europa 1885-1918*, Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 2002, p. 13. Según Mommsen, esta idea también fue sostenida por autores como el político Joseph Chamberlain o el teórico Arthur Salz. *Cfr.*, MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism, op.cit.*, p.7.

Para explicar la particular naturaleza del derecho internacional privado, Schmitt se sirve de la distinción entre la forma o fundamento de validez del derecho y su contenido. Respecto a su forma, el derecho puede ser público o privado,⁴⁴⁹ en cuanto a su contenido, el derecho puede referirse al ámbito estatal o al internacional. No hay que identificar la esfera del derecho internacional con lo público y la del derecho interno con lo privado, sino que el derecho público y el privado se desdobra cada uno a nivel nacional e internacional: “la dualidad del derecho internacional y el derecho interno no es seguramente la misma que la del derecho público y el privado”.⁴⁵⁰ Tanto en el seno del estado como a nivel externo existe un derecho privado y un derecho público: un derecho interno privado, un derecho interno público, un derecho internacional privado y un derecho internacional público.

[E]l Derecho interestatal del siglo XIX consistía en la vinculación entre la economía libre y el mar libre, por una parte, y la soberanía interestatal, por otra. Al dualismo entre Derecho público y Derecho privado correspondía el dualismo de un Derecho de Gentes puramente interestatal y una economía libre a nivel internacional.⁴⁵¹

Esta distinción entre derecho internacional público y derecho internacional privado es fundamental⁴⁵² porque la pérdida de importancia del primero menoscaba la estatalidad. Y no es que el derecho privado fuera una novedad, ya que desde el surgimiento del *Ius publicum europaeum* se venía desarrollando junto a él un derecho diferente y al que Schmitt se refiere como “un Derecho económico común, un Derecho

⁴⁴⁹ Schmitt parece apoyar la tesis, que él mismo denomina “decisionista” de que a nivel formal, el derecho privado tendría su fundamento en el propio derecho estatal: “el derecho internacional privado cae bajo la jurisdicción del derecho internacional, en cuanto a su objeto, pero en cuanto a su fuente, cae fundamentalmente bajo la jurisdicción del derecho estatal”. SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939*, Duncker & Humblot, Berlín, 1994, pp.297-308, p.305. Traducción personal, ayudada por la traducción al francés de PASQUIER, E., “Carl Schmitt. Deux inédites” en GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, op.cit., pp.112-125, p.122.

⁴⁵⁰ SCHMITT, C., “Über die zwei großen “Dualismen” des heutigen Rechtssystems”, op.cit., p.308. Traducción personal. En alemán: “Der Dualismus von Völkerrecht und Landesrecht ist gewiß nicht derselbe wie der von öffentlichem und privatem Recht”.

⁴⁵¹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., 2002, p.243.

⁴⁵² Señalada también en la siguiente cita: “La pregunta: ¿es el Derecho Internacional Privado derecho internacional o derecho interno? Y la otra pregunta: ¿es derecho público o privado? tienen de hecho un significado enteramente diferente”. SCHMITT, C., “Über die zwei großen “Dualismen” des heutigen Rechtssystems”, op.cit., p.297. Traducción personal. En alemán: “Die Frage: Ist das Internationale Privatrecht Völkerrecht oder internes Recht? Und die andere Frage: Ist es öffentliches oder privates Recht? haben in der Tat einen völlig verschiedenen Sinn”.

privado internacional”.⁴⁵³ Ahora bien, a finales del siglo XIX el derecho internacional privado, gracias al empuje del liberalismo y de su ideología universalista, comenzaba a cobrar un excesivo protagonismo, a ojos de Schmitt. Además, ese derecho privado, animado por la expansión de la economía mundial, se verá en la necesidad de crear un espacio homogéneo, sin acotaciones territoriales, para poder desarrollarse. Esta ausencia de limitación territorial, además de suponer la pérdida de uno de los rasgos fundamentales del estado, la territorialidad cerrada, implicará la pérdida de poder del estado soberano en los asuntos privados y económicos:

A la concepción del universalismo global, no-espacial, de aquella época correspondía, en efecto, una realidad en el ámbito de la economía que era distinguida del Estado, o sea, un comercio mundial y un mercado mundial libres con libertad de disposición del oro, del capital y del trabajo.⁴⁵⁴

En 1880 el patrón oro ya regía en todos los países desarrollados, siendo Inglaterra el primer estado en adoptarlo, y la libra se convirtió en la divisa principal.⁴⁵⁵ Inglaterra toma el relevo de Francia como potencia hegemónica sirviéndose del mar, espacio natural de la política británica, para desarrollar esa economía mundial y ese derecho privado internacional.

El segundo acontecimiento ligado a los siglos XIX y XX, junto con el desarrollo del derecho internacional privado corresponde, según Schmitt, al imperialismo propio de la política estadounidense, que atacará dos de los pilares básicos del sistema westfaliano: la consideración del adversario como enemigo y la eliminación de las causas justas del *ius ad bellum*. En su lugar se extenderá una ideología de criminalización del adversario y de moralización de las Relaciones Internacionales. Según Schmitt, el pensamiento universalista, humanitarista y pacifista, no solo de Estados Unidos, sino también de organizaciones internacionales como la Sociedad de Naciones ayudará a poner fin al dominio del estado soberano y permitirá la emergencia del imperio. Y aunque en el derecho internacional del siglo XX los estados sigan siendo los protagonistas de la política internacional, a ojos de Schmitt, la fórmula estatal ha dejado de ser funcional y se verá sustituida por la nueva realidad imperial.

⁴⁵³ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.214. La distinción entre derecho público y privado no es extensamente tratada por Schmitt aunque, como ya he señalado, es mencionada en algunos textos. Cfr., *Ibid.*, p.212.

⁴⁵⁴ *Ibid.*, p.242.

⁴⁵⁵ WESSELING, H., *Les empires coloniaux européens. 1815-1919*, Gallimard, París, 2009, p.69.

Los Estados Unidos son portadores de varios valores contrarios al espíritu equilibrador de Westfalia: en primer lugar, el universalismo supone la ruptura del *pluriversum* westfaliano, es decir, de la coexistencia de varias soberanías en un mismo plano, aunque sea en relación de tensión;⁴⁵⁶ en segundo lugar, el moralismo norteamericano supone una vuelta al recurso medieval de hacer intervenir la moral en la política internacional, lo que destruirá el concepto de guerra formal ya estudiado.

Me serviré de la teoría de Henry Kissinger para esbozar resumidamente la cosmovisión implícita en la ideología norteamericana. Históricamente, Estados Unidos se había debatido entre el aislamiento y la intervención en asuntos externos. Hasta finales del siglo XIX, mantuvieron una posición aislacionista que obedecía a la teoría de la Doctrina Monroe, a la separación espacial que producía la presencia del océano Atlántico (“un foso protector”)⁴⁵⁷ entre Estados Unidos y Europa y a un deseo de centrarse más en la economía que en la política: “lo máximo posible de comercio, lo menos posible de política”.⁴⁵⁸ Estados Unidos no había vivido una guerra interestatal, carecía de esa experiencia europea. Para mostrar esa especificidad propia de la política estadounidense de una manera espacial, Schmitt identifica la doctrina Monroe con la idea de “hemisferio occidental”. Con dicha línea, de especial naturaleza, se crea una zona de seguridad y se pone en duda el papel central de Europa:

Con intención o sin ella, la expresión “hemisferio” aparece unida a la idea de que el sistema político del hemisferio occidental se contrapone como régimen de libertad al sistema político de las monarquías absolutas, a la sazón, vigentes en Europa.⁴⁵⁹

Esta conciencia que va adquiriendo Estados Unidos de sí mismo marca el inicio de la formación de un gran espacio,⁴⁶⁰ que no corresponde con el espacio soberano, sino con el área de intereses y que se constituye como respuesta al modelo europeo. Sabedores de sus diferencias con Europa, en concreto, orgullosos de su espíritu

⁴⁵⁶ En el contexto de la Guerra Fría, Schmitt acusa de universalistas tanto a las políticas estadounidenses como a las soviéticas, ambas pecarán de lo mismo, de falta de concreción territorial y de ausencia de proyecto para generar un *nomos* concreto: “Schmitt polemiza amargamente contra los dos universalismos opuestos y victoriosos: el liberalismo democrático y el comunista. Dado que no están explícitamente fundados en un *nomos* sino que se basan meramente en un “armisticio”, su división del mundo en Este y Oeste no expresa ni la línea o el pasaje de la historia del Espíritu, ni un orden post-estatal estable, sino solo el desorden de un espacio amorfo y una subjetividad que ha sido dada la vuelta y transformada en su opuesto”. GALLI, C., *Political Spaces and Global War*, *op.cit.* p.93.

⁴⁵⁷ KISSINGER, H., *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, p.30.

⁴⁵⁸ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum* *op.cit.*, p.269.

⁴⁵⁹ SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.10.

⁴⁶⁰ Cfr., *Idem*.

democrático y de su falta de herencia absolutista, Estados Unidos creará a través de la línea del hemisferio una “línea de aislamiento”⁴⁶¹ tras la que se recluirán, durante su fase aislacionista, para no formar parte de los avatares de la política europea. Eso no significa que sea un espacio antieuropeo. Al revés, Estados Unidos se cree el verdadero poseedor de los valores europeos:

América se convirtió, por segunda vez, para la conciencia europea, en un espacio de libertad y naturalidad, pero esta vez con un contenido positivo que transformó esencialmente el antiguo sentido de la línea global de lucha y dio al aislamiento un significado positivo.⁴⁶²

Esto convierte el *status* territorial de América en algo muy especial – algo así como un concepto límite – pues ni es territorio europeo, ni territorio libre ni colonial. El hemisferio no es un tipo de línea más como las explicadas anteriormente, no es una toma de tierra, sino que sirve para que Estados Unidos se defienda de las ocupaciones y para posibilitar su propia expansión interna. Se parece a la línea de amistad, pero no determina la apertura de un lugar donde puede desarrollarse el conflicto, sino que, al contrario, marca un lugar reservado y protegido de la injerencia externa.

Todavía resuena aquí claramente como el eco de una línea de amistad; con esta diferencia: que América no es ya, como en los siglos XVI y XVII, escenario de guerras; sino de guerras de otros, en las que América no participa. Falta lo propiamente típico de las antiguas líneas de amistad: su sentido y carácter agonal.⁴⁶³

La emergencia de Estados Unidos es un evento novedoso, también a nivel jurídico, porque ni es un territorio estatal típicamente europeo, ni una tierra sin dueño que pueda ser ocupada. La novedad también afecta a las costumbres morales, pues los estadounidenses se concebirán a sí mismos como alejados de la corrupción y el absolutismo europeos: “La línea global [el hemisferio] es algo así como una especie de cuarentena, de cordón sanitario que cierra una zona apestada”.⁴⁶⁴ Este carácter moralizante es fundamental. No se quiere rechazar Occidente. Se quiere ser el nuevo Occidente, heredero de valores dignos ante la incapacidad de hacer del predecesor. El

⁴⁶¹ *Ibid.*, p.16.

⁴⁶² SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.311.

⁴⁶³ SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.16.

⁴⁶⁴ *Ibid.*, p.18.

problema surge, según Schmitt, cuando ese aislacionismo que, en tanto que aislamiento, presupone una neutralidad, se transforme en intervencionismo y en imperialismo.⁴⁶⁵ Desde el momento en que se quiera desplazar el poder de decisión de un mundo en decadencia a un espacio recién inaugurado e impoluto, esto es, de Europa a Estados Unidos,⁴⁶⁶ Europa dejará de ser el centro político.

El nuevo Oeste reclama ser el verdadero Oeste, América quiere desplazar al antiguo Oeste, Europa, de su antiguo asentamiento histórico-universal, del antiguo centro del mundo. El Occidente, con todo lo que formaba parte de él en el sentido moral, cultural y político de la palabra, no era eliminado o destruido, y ni siquiera destronado, sino simplemente desplazado (...) La vieja Europa era colocada, lo mismo que la vieja Asia y África, en el lado del pasado. Ha de ser subrayado una vez más que los conceptos de viejo y nuevo son aquí no solo medidas para la condena, sino también, y sobre todo, para la distribución, la ordenación y el asentamiento.⁴⁶⁷

Dicho viraje del aislacionismo al intervencionismo se producirá, según Schmitt, en torno a 1890, cuando América se convierta en un continente con los mismos problemas que Europa, absolutismo interno e imperialismo externo, como puso de manifiesto la invasión estadounidense de Cuba en 1898.⁴⁶⁸ El carácter interconectado que va adquiriendo la política internacional a principios del siglo XX plantea la necesidad de que Estados Unidos mire a Europa (“los dos océanos ya no eran lo bastante extensos para aislar del resto del mundo a los Estados Unidos, que se habían convertido en un actor de primer fila en el escenario internacional”).⁴⁶⁹ Estados Unidos podía mirar a Europa con aires de superioridad porque nunca se habían visto inmersos en las cruentas guerras del continente europeo. Según Kissinger, para Estados Unidos el hombre era bueno por naturaleza, mientras que en Europa primaba la idea de lo terrible que resultaba la ausencia del contrato social. El moralismo propio de la cultura norteamericana obligaba a Estados Unidos a convertirse en el ejemplo mundial a seguir, ya fuera por invitación a ser imitado o por imposición.

⁴⁶⁵ Cfr., *Ibid.*, p.24.

⁴⁶⁶ “Viejo y nuevo son aquí, nunca está de más subrayarlo, criterios de distribución, pero a la vez, criterios de enjuiciamiento y, por consiguiente, de máximo valor histórico y político”. *Ibid.*, p.19.

⁴⁶⁷ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.313.

⁴⁶⁸ Cfr., SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.20. “Los Estados Unidos se convierten en una imagen aumentada y grosera de la vieja Europa”, *Ibid.*, p.22.

⁴⁶⁹ KISSINGER, H., *Diplomacia*, *op.cit.*, p.34.

Las singularidades que los Estados Unidos se han atribuido durante toda su historia han dado origen a dos actitudes contradictorias hacia la política exterior. La primera es que la mejor forma en que los Estados Unidos sirven a sus valores es perfeccionando la democracia del propio país, actuando así como faro para el resto de la humanidad; la segunda, que los valores de la nación le imponen la obligación de defenderlos en todo el mundo, como si de una cruzada se tratara.⁴⁷⁰

Esta ejemplaridad moral que se arroga Estados Unidos supone un rechazo a las nociones políticas europeas de la Modernidad, no relacionadas con la moral o la religión y articuladas en torno a la contención, el equilibrio, las alianzas y los contrapesos. Según Kissinger, Estados Unidos nunca creyó en el concepto de equilibrio de poder europeo, sino que defendía la posibilidad de traer la democracia y los valores liberales al mundo, y esto es lo que horroriza a Schmitt. Europa siempre fue consciente de que el equilibrio de poder no daría como resultado una paz perpetua, de que ni siquiera lograría el fin de la guerra como tal. Pero a través de un sistema de pesos y contrapesos el conflicto quedaba limitado y ningún país podía tener la capacidad de gobernar a los demás. Cada estado, buscando sus intereses, contribuiría al orden del conjunto internacional. Pero según Kissinger, el sistema westfaliano fracasó porque bajo esta idea había una carencia de proyecto europeo y sin él era imposible construir una paz verdadera. Esos átomos que eran los estados modernos podían unirse a nivel estatal y crear distintos leviatanes, pero a nivel internacional eran incapaces de unirse en un solo cuerpo de manera orgánica.

La *raison d'état* ofreció una razón para justificar la conducta de estados en particular, pero no dio respuesta al desafío del orden mundial. La *raison d'état* puede impulsar la búsqueda de la supremacía o el establecimiento de un equilibrio. Pero el equilibrio rara vez surge de un designio consciente. Por lo general, es el resultado del proceso de frustrar el intento de un país determinado por gobernar, así como el equilibrio europeo del poder brotó del esfuerzo por contener a Francia.⁴⁷¹

Si el equilibrio europeo se daba *de facto* respondía, según Kissinger, a la propia estructura de la sociedad internacional, que propiciaba que los países crearan sus alianzas con el fin de detener los intentos hegemónicos de países como Francia, esto es, en función de los intereses de cada estado y no en nombre de un proyecto común. El papel de Inglaterra consistía precisamente en equilibrar la balanza por el lado de los estados más débiles para contrarrestar a los fuertes.

Las palabras de Woodrow Wilson, impulsor de la Sociedad de Naciones manifiestan ese rechazo estadounidense a la noción de equilibrio de poder: “No debe

⁴⁷⁰ *Ibid.*, p.10.

⁴⁷¹ *Ibid.*, p.64.

haber un equilibrio del poder, sino una comunidad de poder; ni rivalidades organizadas, sino una paz común organizada”.⁴⁷² Esa paz no responderá al esquema del proyecto kantiano republicano, sino a la imposición de los valores estadounidenses de paz y justicia al resto del mundo. Estos valores pacifistas también serán fomentados desde las organizaciones internacionales como la Sociedad de Naciones,⁴⁷³ que en su intención de hacer universal la aplicación de conceptos como “paz”, “democracia” y “libertad”, lo que hará en realidad, a ojos de Schmitt, será faltar al respeto a la pluralidad característica de los diferentes espacios políticos que conforman la tierra y que no pueden ser unificados. La defensa de la universalidad de la paz y de la justicia romperá la limitación característica de la Modernidad. Por un lado, esa pretensión de paz global eliminará la distinción entre un interior estatal pacificado y un exterior conflictivo y, al mismo tiempo, precisamente en nombre de la extensión de esa paz, defenderá una guerra total en la que el enemigo no será respetado:

Eso sí, para la aplicación de tales medios se crea un nuevo vocabulario esencialmente pacifista, que no conoce ya la guerra sino únicamente ejecuciones, sanciones, expediciones de castigo, pacificaciones, protección de los pactos, policía internacional, medidas para garantizar la paz. El adversario ya no se llama enemigo, pero en su condición de estorbo y ruptura de la paz se lo declara *hors-la-loi* y *hors l'humanité*; cualquier guerra iniciada para la conservación o ampliación de una posición de poder económica irá precedida de una oferta propagandística capaz de convertirla en “cruzada” y en “última guerra de la Humanidad”.⁴⁷⁴

Por otro lado, el desarrollo de la técnica, especialmente de la aviación, como se verá en posteriores apartados, producirá cambios radicales en la concepción de la guerra: primero, porque al no diferenciar entre combatiente y no combatiente, atacará de forma indiscriminada a las poblaciones y, segundo, porque el ataque aéreo, al romper las distinciones espaciales, que antes estaban garantizadas por la horizontalidad y el reconocimiento de las fronteras de las guerras en forma, llevará la guerra a cualquier punto de la tierra.

A nivel interno, el desarrollo de la técnica, junto con la expansión de los medios de comunicación de masas y la insistencia del liberalismo en el protagonismo de la sociedad civil, ocasionará la transformación del estado en estado total, en términos de

⁴⁷² WILSON, W., Discurso 22 enero 1917 en LINK (ed.), *Papers of Woodrow Wilson*, Princeton University, Press, Princeton, vol.40, pp. 536-537 *apud* KISSINGER, H., *Diplomacia*, op.cit., p.41.

⁴⁷³ “La Sociedad de las Naciones, en definitiva, es un instrumento de política “indirecta” para la protección de los vencedores y de su botín y para el castigo de los vencidos; y su universalismo es, en realidad, un imperialismo, un arma de guerra que se presenta como instrumento de paz”, GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.160.

⁴⁷⁴ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.109.

Schmitt. Esto significa que el estado elimina la distinción estado/sociedad e invade todos los ámbitos. Como también se disuelve la dicotomía interior/exterior, el enemigo ya no será exclusivamente el enemigo extranjero, sino que también habrá enemigos en el interior, lo que fomentará la lucha de clases. Al invadir el estado todos los ámbitos de la vida política interna, no quedará espacio para la neutralidad y se producirá la desaparición de la política, que descansaba precisamente en esas distinciones:

La noción de Estado total designa, pues, una realidad compleja: transcribe a la vez la superación o la marginación de las formas tradicionales de la política, cuyo tipo puro corresponde sin duda el Estado absolutista, y una politización omnilateral de la existencia humana, hasta entonces repartida más o menos entre el *oîkos* y la *pólis*, entre lo “privado” y lo “público”.⁴⁷⁵

A partir de la Primera Guerra Mundial la neutralidad también desaparece a nivel internacional. La neutralidad era garantía del derecho internacional porque permitía distinguir claramente entre zonas pacificadas y zonas inmersas en conflicto. Schmitt denuncia cómo en el siglo XX esa neutralidad se convierte en un término difuso que pasa a designar situaciones no del todo pacíficas.⁴⁷⁶ Precisamente, la señal definitiva de que el *Ius publicum europaeum* quedaba atrás y de que las guerras futuras acarrearían la destrucción total fue la vulnerabilidad de estados neutrales, como Bélgica, que fueron ocupados a partir de la Primera Guerra Mundial y que hasta ese momento habían sido la clave del sistema de pesos y contrapesos en los que se basaba el equilibrio.

De esta suerte, los neutrales no son solo testigos imparciales del duelo bélico, sino también los verdaderos garantes y guardianes del Derecho internacional. En tal sistema de Derecho internacional hay tanto derecho internacional real como neutralidad real [...] Cuando faltan potencias neutrales fuertes, como ocurrió durante la Gran Guerra de 1914 a 1918, tampoco hay Derecho internacional, como hemos podido comprobar.⁴⁷⁷

⁴⁷⁵ La República de Weimar es el ejemplo más claro de esta situación: “Weimar le aparece a Schmitt como un período de caída: los restos de un Estado que ya el propio Hobbes solo había sabido concebir a medias, se disolvían en una apolítica “autoorganización de la sociedad”. HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, op.cit., p.73.

⁴⁷⁶ “Así surgieron fenómenos intermedios como *no beligerancia*, y la práctica de las *measures short of war*. Los Estados Unidos practicaron esta clase de media o cuarta neutralidad hasta su entrada franca en la guerra, es decir, hasta la declaración de guerra de Hitler en 1942. Pero siempre que exista plena, media o cuarto de neutralidad, existirá también plena, media o cuarto de guerra. Este era el camino hacia un estado intermedio, que ya no dejaba distinguir dónde terminaba la paz y comenzaba la guerra”. SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 122, 1962, pp. 19-38 p.28.

⁴⁷⁷ SCHMITT, C., “El concepto de imperio en el Derecho Internacional”, *Revista de Estudios Políticos*, 1941, pp.83-101, pp.92-93.

En resumen, la crisis del derecho internacional clásico fue provocada, según Schmitt, por la disolución de las distinciones clásicas ligadas al conflicto. A la no distinción entre interior y exterior, tierra y mar o entre combatiente y no combatiente, se sumó la no diferenciación entre guerra y paz, clave de la neutralidad clásica. Schmitt no fue testigo de las formas virtuales y desterritorializadas que llegaría a adquirir la política internacional, si bien fue capaz de profetizarlas. La época que le tocó vivir, pese a que fuera la de la disolución del *Ius publicum europaeum* todavía conservaba ciertos rasgos clásicos. Las formas que ha adquirido la política internacional en el siglo XXI se alejan aún más de ese sistema, si bien considero que todavía se mantienen ciertas estructuras modernas en la actualidad. La distinción de Carlo Galli entre lo “internacional” y lo “global” permite entender el viraje que ha sufrido la política internacional en el siglo XXI: el concepto “internacional” pone de manifiesto que las relaciones internacionales se dan entre estados soberanos, mientras que el concepto “global”⁴⁷⁸ señala la complejidad de un contexto en el que el estado soberano ha perdido el monopolio de la decisión. Quizás Schmitt se refería a eso cuando afirmaba que el Leviatán no podría sobrevivir en la era de la técnica y que sería expuesto como objeto de zoo.⁴⁷⁹

⁴⁷⁸ “Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la globalización consiste en el hecho de que la política es ahora mucho más “global” que “internacional”, y que por tanto ocurre en un espacio diferente – un espacio que no es ni el espacio dual de la Guerra Fría ni el espacio plural de la multiplicidad de estados soberanos del *Ius publicum europaeum*. Este es un espacio de turbulencias; en él, las líneas de conflicto se multiplican a sí mismas y se manifiestan ellas mismas en fenómenos contradictorios”. GALLI, C., *Political spaces*, op.cit., p.109.

⁴⁷⁹ SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del estado de Tomas Hobbes*, op.cit., p. 75.

CAPÍTULO 5: El fin de la guerra clásica y el inicio de la identificación guerra/crimen.

Hostis Justus de los siglos XVI al XIX: demonización, Renacimiento. El Leviatán objetivamente y sin miedo como un gran animal, tal como aparece en Shakespeare [...] El actual *justum bellum*, la guerra justa: re-demonización, existencialismo; Miedo; el Leviatán amenaza con devorarnos, el enemigo maligno.

CARL SCHMITT⁴⁸⁰

El efecto explosivo real de la bomba atómica alcanza y afecta al concepto de hombre mismo. Echa al *homo homini homo* de su cómodo cobijo y hace pedazos la triple neutralidad de esta triple tautología. El hombre arroja sobre las cabezas de los hombres las bombas atómicas fabricadas por hombres. Esta es la realidad de este *homo homini homo*.

CARL SCHMITT⁴⁸¹

La guerra en forma propia del *Ius publicum europaeum* empieza a entrar en crisis a partir de la guerra franco-prusiana (1870), de la Primera Guerra Mundial y, especialmente, de la Segunda Guerra Mundial.⁴⁸² Se atisba ya una nueva noción de conflicto: la guerra total discriminadora. Este concepto de guerra implica la conversión del enemigo, que hasta entonces había sido *iustus hostis*, en criminal: “La guerra total recibe su significado a través del enemigo total”.⁴⁸³ Hasta ese momento, afirmar que el contendiente era un enemigo suponía un reconocimiento, aunque fuese el reconocimiento de la otredad. Pero la criminalización del adversario supone su reducción a la nada, su aniquilamiento y la destrucción de la propia estructura del

⁴⁸⁰ SCHMITT, C., *Glossarium*, op.cit., p.199, 12.8.1949.

⁴⁸¹ Traducción personal. El original: “Die eigentliche Sprengwirkung der Atombombe trifft und betrifft den Begriff des Menschen selbst. Sie treibt den *homo homini homo* aus seiner angenehmen Deckung und zerfetzt die dreifache Neutralität dieser dreifachen Tautologie. Der Mensch wirft dem Menschen die von Menschen fabrizierten Atombomben auf den Kopf. Das ist die Wirklichkeit dieses *homo homini homo*”. *Ibid.*, p.364 21.8.1957

⁴⁸² Como bien señala Stefan Zweig, en la Primera Guerra Mundial todavía resultaba costoso reconocer el carácter de aniquilación que iba adquiriendo la guerra, mientras que en la Segunda Guerra Mundial eso ya estaba asimilado: “Para explicar la diferente atmósfera cultural de una Guerra Mundial y la otra, es preciso señalar que, en la Primera, los países, con sus gobernantes, emperadores y reyes, educados en la tradición del humanismo, en su subconsciente se avergonzaban todavía de la guerra”. ZWEIG, S., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona, 2002, p.327.

⁴⁸³ SCHMITT, C., “Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat” en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939*, op.cit., p.270. Traducción personal. En alemán: “Der totale Krieg aber erhält seinen Sinn durch den totalen Feind”.

reconocimiento. De ahí que Schmitt afirme que al exterminar al criminal también nos destruimos a nosotros mismos.⁴⁸⁴

Esta tesis estaba ya presente, principalmente, en la teoría de la guerra de Hegel. En los *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho* Hegel establece cómo el estado⁴⁸⁵ lleva a cabo un proceso de autocomprensión de sí mismo (derecho interno); un movimiento hacia fuera al reconocer otras entidades estatales y relacionarse con ellas (derecho internacional); y un tercer momento, el del desenvolvimiento del espíritu en la historia universal (el concepto de libertad realizado en la autoconciencia del estado). El reconocimiento aparece como condición de posibilidad, no ya solo de la política internacional, sino de la autoconfiguración del estado: “Ser como tal *para el otro*, es decir *ser reconocido* por él, es su primera legitimación absoluta”.⁴⁸⁶ La teoría del enemigo schmittiana es similar a esta doctrina de Hegel, ya que postula la necesidad existencial de poder reconocer un “otro” para tomar conciencia de “uno mismo”. Ahora bien, reconocimiento no implica una avenencia entre esas entidades o una pacificación de sus instintos (en Hegel la guerra manifiesta la realización de lo que es propio de los estados que quieren inscribir su relato en la historia)⁴⁸⁷ sino garantía de un enfrentamiento digno entre esas individualidades estatales.⁴⁸⁸

En el siglo XX, la reintroducción de los aspectos morales, en concreto, el uso de la noción de “justicia” para fundamentar las campañas bélicas, y la manifestación de aspiraciones abiertamente imperiales de determinadas potencias, convertirán al contendiente en un criminal, produciéndose así el fin del reconocimiento. Nos encontramos, dice Schmitt, ante una guerra civil mundial,⁴⁸⁹ prototipo de la guerra

⁴⁸⁴ “Es fatal el caso de los destructores que se justifican con el argumento de que hay que aniquilar a los destructores. Pero toda destrucción es autodestrucción. El enemigo, en cambio, es el otro”. SCHMITT, C., *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, Trotta, Madrid, 2010, p.78.

⁴⁸⁵ Entendiendo por estado lo siguiente: “El Estado, como la realidad de la *voluntad* sustancial, a la cual posee en la *autoconciencia* particular elevada a su universalidad, es lo *racional* en y para sí”. HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, *op.cit.*, Párrafo 258, p.302.

⁴⁸⁶ *Ibid.*, Párrafo 331, p.382. En esta idea insiste a lo largo del libro: “La individualidad, en cuanto ser-para-sí excluyente, aparece como *relación con otros estados*, cada uno de los cuales es autónomo frente a los otros”. *Ibid.*, párrafo 322, p.375.

⁴⁸⁷ “La salud de un Estado no se revela, generalmente, tanto en la calma de la paz como en el movimiento de la guerra; aquella es la situación de goce y de actividad en la particularidad, constituyendo el gobierno una especie de paternal amo de casa, que solo exige a los súbditos (*Beherrschen*) lo habitual”. HEGEL, G.W.F., *La Constitución de Alemania*, *op.cit.*, p.20.

⁴⁸⁸ Eso tampoco significa que Hegel haga una apología de la guerra. “Nada tiene que ver esta justificación con una defensa o apología de la guerra [...] La peculiaridad de su enfoque [de Hegel] radica en conectar la explicación del sentido filosófico de la guerra con la comprensión de la esencia del Estado”. MARRADES MILLET, J., “Estado y guerra en Hegel” en SÁNCHEZ DURÁ, N. (ed.), *La guerra*, *op.cit.*, pp.11-34, p.14.

⁴⁸⁹ *Cfr.*, SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.33.

justa,⁴⁹⁰ en la que ya ha desaparecido la estructura del reconocimiento del enemigo. Este cambio en la concepción de la guerra que reintroduce el concepto de “justicia” apela a concebir el derecho internacional de manera universal, infinita y totalizadora.⁴⁹¹ En el *Ius publicum europaeum* no había menciones a la justicia porque existía la conciencia de la relatividad y la contingencia de la política: “Solo la justicia de la causa explica la pretensión de totalidad [...] la guerra justa de gran envergadura conduce hoy automáticamente a la guerra total”.⁴⁹² Es decir, el establecimiento de un baremo moral para evaluar o calificar las guerras implica que la guerra no sea entendida como contención, como ejercicio formal de resolución de contenciosos, sino de manera total. Jünger también subraya la pérdida de los rasgos honorables de la guerra, especialmente, a partir de la Segunda Guerra Mundial.

¿A qué se debe el que la figura del Soldado Desconocido vaya claramente asociada al recuerdo de la Primera Guerra Mundial, pero no al de la segunda? Se debe a que en la última resaltan con claridad las modalidades y los objetivos de la guerra civil mundial. Con ello vuelve a pasar a segundo plano lo propiamente bélico, el soldado. En cambio, el Soldado Desconocido de la Primera Guerra Mundial continúa siendo un héroe, un domeñador de los mundos del fuego, que toma sobre sí grandes cargas en medio de aniquilaciones mecánicas. Ello lo convierte en un descendiente legítimo de la caballería de Occidente.⁴⁹³

Esta exacerbación de la violencia bélica va a ir acompañada de la criminalización de la propia guerra.⁴⁹⁴ A principios del siglo XX el crimen de guerra todavía no era

⁴⁹⁰ “La guerra civil tiene algo especialmente cruel. Es guerra entre hermanos porque se desarrolla dentro de una misma unidad política que comprende también al adversario y dentro del mismo ordenamiento jurídico, y porque ambos bandos combatientes, al mismo tiempo, afirman y niegan absolutamente esta unidad común. Ambos ponen al adversario absoluta e incondicionalmente en la ilegitimidad. Suprimen el derecho del adversario, pero en nombre del Derecho. La naturaleza de la guerra civil implica la sumisión bajo la jurisdicción del enemigo. Por eso, la guerra civil tiene una relación estrecha, específicamente dialéctica con el Derecho. No puede ser justa en otro sentido que no sea autojustificado, y así, se convierte en el arquetipo de la guerra justa y autojustificada”. SCHMITT, C., *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, op.cit., p.56.

⁴⁹¹ A nivel bibliográfico Schmitt hace referencia a dos autores que muestran el cambio conceptual: Scelle y su obra *Précis de droit des gens* (1932 y 1934) y Lauterpacht y su libro *The Function of law in the International Community*. Ambos coinciden en el fin del derecho internacional clásico, el destronamiento del estado y la aparición de grandes instituciones jurídicas. SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire”, KOLB, R. (ed.), *Deux textes de Carl Schmitt*, Ed. A. Pedone, París, 2009, p.86.

⁴⁹² *Ibid.*, p.77.

⁴⁹³ JÜNGER, E., *La emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp.52-53. La cita continúa así: “La segunda guerra mundial se diferencia de la primera no solo porque las cuestiones nacionales pasan abiertamente a formar parte de las cuestiones de la guerra civil y quedan subordinadas a estas, sino a la vez porque en ella se intensifica el desarrollo mecánico y de ese modo se acerca, en el automatismo, a los últimos límites. Esto comporta ataques exacerbados contra el *nomos* y contra el *ethos*”.

⁴⁹⁴ Schmitt pone como ejemplo de la guerra criminalizadora su propia biografía, su experiencia como detenido en la cárcel de Núremberg bajo arresto automático: “Esto significó que miles y aun cientos de miles de miembros de ciertos estamentos sociales – por ejemplo, todos los altos funcionarios –, sin otras

sinónimo de criminalidad de toda la guerra, sino de las infracciones del *ius in bello*. Sin embargo, en la Conferencia de Paz de Versalles comienzan a sentarse las bases de este nuevo tipo de guerra total,⁴⁹⁵ ya que el Tratado introdujo la novedad siguiente: “el Estado vencido tenía que comprometerse a entregar al Estado enemigo a los súbditos propios que fueran criminales de guerra”.⁴⁹⁶ Para Schmitt esto suponía una violación de la amnistía de guerra, del principio *nullum crimen, nulla poena sine lege*⁴⁹⁷ y el abandono de la teoría del *iustus hostis*. La acusación y criminalización de Guillermo II fue un paso más en esa trayectoria.

A través de la introducción del concepto de “sanción” por parte del Derecho Internacional se incidía en el carácter discriminatorio y económico que iba adquiriendo la guerra y que acabaría eliminando la neutralidad. Pero, sin duda, lo más grave fue el establecimiento de la división entre guerras justas e injustas. A partir de ese momento el concepto mismo de guerra desaparece y da lugar a una situación paradójica: la existencia de guerras ajustadas a la legalidad (guerras justas) y guerras que, a la vez, constituyen un crimen (guerras injustas).⁴⁹⁸ Esto resulta contradictorio, pues el derecho no puede albergar dos tipos de guerra opuestos:

Desde que una orden del derecho internacional – en otras palabras, un orden trans-estatal del derecho internacional que puede distinguir entre guerras justificadas e injustificadas de forma autoritaria para las terceras partes – hace este tipo de distinción entre duelo “justo” e “injusto”, una acción armada del lado de la justicia se convierte en una realización de la justicia.⁴⁹⁹

Según Schmitt, la teoría del jurista Gürke aclara muy bien el dilema de la época. Gürke sostenía que existe la opción de elegir entre un concepto de guerra que busca el equilibrio y otro que busca la aniquilación total del enemigo convertido en criminal:

consideraciones, fueron privados de sus derechos e internados en campos de concentración. Esta era la consecuencia lógica de la criminalización de todo un pueblo y la realización del tristemente célebre Plan Morgenthau”. SCHMITT, C., *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, op.cit., p.21.

⁴⁹⁵ “La Paz de Versalles incluía ya la segunda guerra mundial. Como se asentaba abiertamente en la violencia, proporcionó el evangelio que luego tomaron como punto de referencia todos los actos violentos. Una segunda paz que se guiase por el modelo de la primera duraría menos aún que esta e implicaría la destrucción de Europa”. JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.92.

⁴⁹⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.275.

⁴⁹⁷ “Esta cláusula universal e internacionalmente reconocida contiene la clara prohibición de reconocer un castigo criminal si el acto no estaba amenazado con castigo en el momento de su perpetración”. SCHMITT, C., “The International Crime of the War of Aggression and the Principle “Nullum crimen, nulla poena sine lege”” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War*, op.cit., pp. 125-197, p.129.

⁴⁹⁸ “Aquí, la guerra en sí es un crimen y aquí uno se preocupa realmente no por un crimen de guerra sino, más exactamente, por “el crimen de guerra””. *Ibid.*, p.128.

⁴⁹⁹ SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire”, op.cit., p.66.

“Esta distinción es fecunda y marca la oposición entre una concepción universalista y una concepción pluralista del mundo”.⁵⁰⁰ Aquí se ve aparecer una vez más la radical oposición, típicamente schmittiana, entre *pluriversum* (que incluye una neutralidad no discriminatoria porque permite la capacidad decisoria de cada estado) y *universum* (cuya neutralidad sí es discriminatoria porque permite que unos estados tengan poder sobre otros). En la primera sección sostuve la tesis de que estos dos términos no son tan antagónicos porque las condiciones que conformaban aquel *pluriversum*, las de la razón de estado en su máxima potencia, situaban al límite la contención y la inclinaban hacia el *universum*. Sin embargo, para Schmitt la dicotomía es clara y distinta y se articula, una vez más, en torno a la capacidad de decisión del estado.⁵⁰¹ Si el *pluriversum* se vincula con una neutralidad no discriminatoria, es porque esa neutralidad, al ser decisoria, no discrimina la capacidad de actuación de ningún estado, ya que *cualquier* estado tiene derecho a ejercer ese poder de decisión. Al reintroducir la causa justa en las disputas bélicas, se discrimina a los estados y a sus decisiones, que son considerados como criminales, destruyéndose así el concepto clásico de guerra y de neutralidad:

El derecho de prevención de la guerra de la Sociedad de Naciones de Ginebra incluía la facultad de calificar las guerras de permitidas o no permitidas y de establecer, de acuerdo con el Derecho de Gentes, discriminaciones entre los Estados beligerantes según la justicia o injusticia de la guerra. Con ello era negado el concepto de neutralidad del antiguo Derecho interestatal de Gentes en su fundamento, o sea, en la *aequalitas* perfecta de los *iusti hostes* de ambos lados.⁵⁰²

La criminalización de la guerra pasaba por establecer la diferencia entre el gobierno criminal, con el que hay que acabar en el contexto de una guerra justa, y el pueblo inocente.⁵⁰³ Dicha criminalización provoca, en palabras de Kervégan, que el

⁵⁰⁰ *Ibid.*, p.216.

⁵⁰¹ “Cuando existe un orden del derecho internacional, conformado por naciones-estado y fundado, por un lado, en el concepto de *estado* como aquel que decide finalmente acerca del *ius belli*, y por otro lado, en el concepto consistente lógicamente de guerra y neutralidad no discriminatorias, entonces la introducción de una política autorizada de discriminación cuestiona fundamentalmente la validez, no solo del concepto no discriminatorio de guerra, sino de *cualquier* concepto de guerra”. *Ibid.*, p.65.

⁵⁰² SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.260.

⁵⁰³ “La discriminación se introduce en el estado: en efecto, las medidas coercitivas internacionales no serán dirigidas contra este pueblo sino solo contra sus dirigentes y sus acólitos. Desde ese momento, desde este punto de vista, estos dejan de representar al estado o al pueblo. En otras palabras, estos gobiernos se convierten en “criminales de guerra”, en “piratas” o (para ser coherente con el mundo de las aglomeraciones urbanas modernas) en “gánsteres””. SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire”, *op.cit.* p.115.

derecho internacional se convierta en derecho penal, encargado de sancionar a los estados que en su libre ejercicio de decisión contradigan las normas.⁵⁰⁴

Según el derecho internacional tradicional, la guerra tiene su justificación, su honor y su dignidad en el hecho de que el enemigo no es un pirata o un gangster, sino más bien un estado, un sujeto de derecho internacional. Tal será la situación mientras hay entidades políticas dotadas de un *jus belli* (en el sentido del *jus ad bellum*). Desde el momento en que intentamos conducir el *jus belli* más allá de la esfera de la federación, por tanto, con efectos para terceros, abandonamos el terreno del derecho internacional recibido y nos situamos en el terreno de una reivindicación imperialista universalista que aspira a reordenar el mundo.⁵⁰⁵

Para comprender cómo un estado puede llegar a ser considerado criminal es necesario el “esclarecimiento de la cuestión jurídica”⁵⁰⁶ de la “agresión”, ya que es esta agresión la que presumiblemente convierte a un gobierno en criminal. Para empezar es pertinente distinguir entre guerra de agresión como concepto general y agresión como acontecimiento, como acto particular en el contexto del conflicto. Esta distinción es fundamental ya que no es lo mismo que la guerra sea considerada en su totalidad como criminal o agresiva, a que en el interior de una guerra no criminal se cometan actos de agresión de carácter criminal. Por lo tanto, el concepto “agresión” varía mucho dependiendo de si lo tomamos como todo o como parte. Para Schmitt solo es coherente hablar de actos particulares de agresión, ya que en ese caso la condena moral no recae sobre la totalidad del estado y la aplicación de la categoría moral “justicia” no afectaría a la guerra en su conjunto. Pero durante el siglo XX llevar a cabo actos de agresión equivaldrá a iniciar guerras de agresión. Al mismo tiempo, se va asimilando la guerra de agresión a la noción de crimen internacional, es decir, se tenderá a la identificación entre guerra y delito. La necesidad de tomar medidas contra el estado agresor se hará especialmente patente entre 1919 y 1939: “Los dos decenios de 1919 a 1939 fueron una época en que se intentó establecer un nuevo ordenamiento jurídico-internacional”.⁵⁰⁷

Paralelamente, el fracaso de este nuevo derecho que se iba a inaugurar se debe, según la teoría schmittiana, a su falta de concepción espacial. Schmitt insiste en señalar que en la Conferencia de Paz de París participaron estados procedentes de distintas

⁵⁰⁴ “Schmitt enfatiza que fue a finales del siglo XIX cuando el ataque comenzó a considerarse como un crimen, no como los medios básicamente legítimos empleados por un estado para promover sus intereses. Esto tuvo éxito a la hora de transformar el derecho internacional en un anexo del derecho penal, y la guerra en un asunto de ley y orden, dirigida a suprimir a los responsables”. KERVÉGAN, J.F., “Carl Schmitt and “World Unity”, *op.cit.*, p.60.

⁵⁰⁵ SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire”, *op.cit.* p.117.

⁵⁰⁶ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.292.

⁵⁰⁷ *Ibid.*, p.286.

partes del globo sin ningún tipo de conexión espacial: “las negociaciones de paz de París no deben ser calificadas de conferencia europea en cuanto a sus portadores y sujetos, sino únicamente en cuanto a su objeto y tema”.⁵⁰⁸ Esa falta de ordenación universal ya se venía gestando desde la Conferencia del Congo de 1885, en la que se pretendía la asimilación del *status* de la colonia con el del estado, como explicaré en el siguiente capítulo: “[D]eterminados Gobiernos, según vemos más adelante, ya exigieron en esta Conferencia la equiparación, en el Derecho de Gentes, de territorio estatal y colonia”.⁵⁰⁹

Pero, sin duda, el acontecimiento que más alterará la concepción espacial de la guerra será la incorporación del elemento aéreo. La aviación, que destruirá la distinción clásica tierra/mar, comienza intensificando los efectos de las guerras terrestres y marítimas, pero implica ya un cambio de las condiciones de los conflictos bélicos. También se convirtió en novedad la aparición del submarino. Ambas novedades, la sumergible y la aérea, rompen el plano del mar hacia arriba y hacia abajo. Pero el avión supuso un cambio cualitativo porque implicó la intervención de un tercer elemento espacial en las guerras. Con la aviación el mar va perdiendo su carácter de zona libre y se convierte en zona marítima controlada por el espacio aéreo. La guerra aérea, según Schmitt, no tiene fines económicos o territoriales, sino simplemente destructivos: “no es una guerra de botín, sino que genera destrucción”.⁵¹⁰ La categoría aire rompe además el equilibrio porque introduce una total discriminación, se ataca cualquier objetivo, militar o civil.⁵¹¹ Mientras que la guerra terrestre implicaba la ocupación de un territorio y la marítima consistía en el bloqueo de una zona terrestre, la guerra aérea es pura destrucción, no hay contacto con la población enemiga ni relaciones de protección y obediencia que sí se daban en los dos primeros tipos de guerra. Según Schmitt, la guerra aérea no tiene espacio propio. El teatro de la guerra moderna desaparece, deja de haber teatro y espectadores a consecuencia del cambio en la concepción de los planos y el horizonte. El aire no es un plano añadido o superpuesto a la tierra y al mar. Si así fuera, serían tipos de guerra similares. Sin embargo, el aire es una dimensión categorialmente distinta a las de tierra o mar, lo cual convierte a la guerra aérea en algo completamente diferente:

⁵⁰⁸ *Ibid.*, p.249.

⁵⁰⁹ *Ibid.*, p.222.

⁵¹⁰ *Ibid.*, p.349.

⁵¹¹ “El recurso a la aviación vuelve imposible la simetría o la relación estratégica sobre una misma superficie. Apela naturalmente a la destrucción sin distinción entre combatientes”. RAMEL, F., “Carl Schmitt contre l’idée de l’État mondial”, *op.cit.*, p.62.

[E]l espacio aéreo, en cambio, se convierte en una dimensión propia, un espacio propio que, como tal, no enlaza con las superficies separadas de tierra y mar, sino que hace caso omiso de su separación, distinguiéndose así esencialmente en su estructura, tan solo por esta razón, de los espacios de los otros dos tipos de guerra.⁵¹²

El mar no es la tierra, pero uno es capaz de imaginar la continuación del mar mirando a su horizonte. De hecho tiene un horizonte. Pero uno no puede imaginar la continuación del cielo hacia arriba; no es pensable. Sí lo es el hecho de que el mar continúe. Los primeros testigos del ataque aéreo sabían de la existencia de planetas y estrellas “más arriba”, pero ese más arriba casi no es medible por la imaginación. El “más allá” del mar sí lo es porque se mueve en un mismo plano horizontal que la tierra; solo hay que continuar la línea. Pero pensar en un “hacia arriba” es más complicado, menos intuitivo, precisamente porque no se nos da esa intuición. El único “arriba” pensable en la Modernidad es la altura alcanzada por una flecha en su parábola o por un cañón en su disparo curvo. Lo de más arriba es divinidad. Pero el ataque aéreo no es ni horizontal ni curvo. Es directo, de arriba a abajo, una línea vertical no concebible. Ese espacio era seguro e inviolable. La muerte no caía de arriba abajo salvo en forma de fenómeno natural o divino, pero no por la acción del hombre. Se destruye así la limitación espacial de la guerra.

La tierra y el mar, incluso siendo este último el espacio de la no-ley, juegan en el plano de la horizontalidad, lo que permite crear varias dimensiones lineales: adentro-afuera, ley-no ley, continente-mar, potencias terrestres-potencias marítimas, como un tablero de ajedrez que divide en dos el espacio y determina a los contrincantes. Sin embargo, el aire introduce la verticalidad, un espacio no tan controlable como el horizontal. La indefensión se acrecienta porque el fuego viene de arriba. No se encuentra en frente, sino que obliga a alzar la mirada y a buscar un refugio que cubra, que haga de techo, que salvaguarde las cabezas.

La guerra aérea fomenta el proceso de criminalización del enemigo y de discriminación del adversario en el ámbito bélico porque los ataques terrestres y marítimos se producían entre ejércitos. Sin embargo, la aviación tendrá la capacidad de atacar cualquier blanco, sea civil o militar y, como se da en un contexto ideológico de re-moralización de la guerra, esto conllevará que el adversario no sea merecedor de

⁵¹² SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.353.

reconocimiento como enemigo, sino que pueda ser aniquilado sin piedad. Este carácter discriminatorio y moralizante de la guerra se ve multiplicado por el perfeccionamiento de las armas de destrucción, que parecían otorgar a sus poseedores el báculo de la razón: “el vencedor considerará la superioridad de sus armas como una prueba de su *iusta causa* y declarará criminal al enemigo, puesto que ya no es posible realizar el concepto de *iustus hostis*”.⁵¹³ Es como si se recuperaran, en cierto sentido, las formas medievales pero ahora atravesadas por los frutos de la revolución técnica e industrial:

Cada vez resulta más difícil mantener limpias las manos en ese trabajo y guerrear de tal manera que la guerra se diferencia suficientemente del oficio de la policía por un lado y del oficio del carnicero y aun del desollador por el otro [...] A esto se añade que los inventos empujan a la guerra a ir más allá de todos los límites y que las nuevas armas suprimen todas las diferencias entre el combatiente y el no-combatiente. Con esto se viene abajo el presupuesto del que vive la consciencia estamental del soldado, con esto va a la par el declive de las formas caballerescas. Todavía Bismarck rechazó la propuesta de hacer comparecer a Napoleón III ante un tribunal. Bismarck consideraba que no tenía competencia para hacer eso, pues era su adversario.⁵¹⁴

Schmitt considera que “el progreso técnico y el perfeccionamiento moral del hombre se distancian cada día más profundamente”⁵¹⁵ y será en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría cuando las consecuencias de este desarrollo técnico se manifiesten de forma aún más patente porque es entonces cuando se descubre que el objetivo de aquellos que manejan la técnica y que están embarcados en la Guerra Fría es lograr la unidad del planeta. A mediados del siglo XX todavía no se había alcanzado esa unidad porque el enfrentamiento entre las dos principales potencias del sistema bipolar, Estados Unidos y Rusia,⁵¹⁶ permitía la dualidad. En el capítulo anterior hice referencia a esos estados intermedios propios del siglo XX que ni son guerra ni son paz. Pues bien, es especialmente durante la Guerra Fría donde se advierte ese estado intermedio que no llega a ser conflicto, pero tampoco pacificación, advirtiéndose así el declive de la neutralidad clásica. Aunque el conflicto se hallara

⁵¹³ *Ibid.*, p.354.

⁵¹⁴ JÜNGER, E., *La emboscadura*, *op.cit.*, p.146.

⁵¹⁵ SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *op.cit.*, p.31. Es muy plausible que la técnica pueda acabar con el mundo entero. *Cfr.*, *Ibid.*, p.32.

⁵¹⁶ En concreto, describe los tres fenómenos interconectados a través de los que se manifiesta esta batalla: el anti-colonialismo, la carrera por la ocupación de espacios cósmicos y el desarrollo industrial de los países subdesarrollados. Su imbricación determina el sentido del nuevo *nomos* de la tierra.

momentáneamente congelado, no dejaba de ser conflicto, no se puede considerar que fuera un período de neutralidad. Así lo explica Schmitt sirviéndose de la teoría de Mao:

[L]a guerra revolucionaria está constituida en nueve décimos por la guerra fría, y solo el último décimo, aunque decisivo, es guerra caliente. Es una proporción que deberíamos tener en cuenta cuando reflexionamos sobre la guerra fría. Porque la enemistad, que constituye la esencia de cualquier guerra, no es menor en los nueve décimos de la guerra fría que en el último décimo de la llamada guerra caliente.⁵¹⁷

Pese a ese mantenimiento de la dualidad durante el período de la Guerra Fría, la mejora de los transportes y las comunicaciones iba reduciendo la diversidad, la distancia y la pluralidad a través de reducciones y minimizaciones. En ese proceso se va perdiendo todo elemento teológico.⁵¹⁸ Y esa secularización acarrea la pérdida de la política. Para Schmitt, una vez que el bipolarismo termina y que Estados Unidos se convierte en la potencia hegemónica, la unidad se convierte en un problema, tanto a nivel metafísico como político, ya que lo que está en juego es si el mundo puede tener un único centro de decisión política:

La evolución planetaria ya había conducido hacía tiempo a un evidente dilema entre universo y “pluriverso”, entre monopolio y “polipolio”, es decir, al planteamiento de la cuestión de si el planeta está maduro para el monopolio global de una sola potencia, o si es un pluralismo de grandes espacios coexistentes y ordenados en sí, de esferas de intervención y de círculos culturales el que determina el nuevo Derecho de Gentes de la tierra.⁵¹⁹

¿Cuál es la contrapartida de la guerra criminalizadora o guerra justa propia del siglo XX? La noción de paz universal que se genera simultáneamente con ese concepto de guerra es la garantizada por la Sociedad de Naciones, precisamente el organismo

⁵¹⁷ SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la segunda guerra mundial”, *op.cit.*, p.26.

⁵¹⁸ “La época actual se ha definido capitalista, mecanicista, relativista, época de las comunicaciones, de la técnica, de la organización... Los hombres han devenido pobres diablos, saben todo, y no creen en nada, se interesan por todo y no se apasionan por nada... Quieren el cielo en la tierra, el cielo como resultado del comercio y la industria, que aparenta estar aquí en la tierra, en Berlín, París o Nueva York, un cielo con multiservicios, automóviles y sillones de cuero, cuya Biblia es el horario ferroviario... las cosas más importantes ya estaban secularizadas: el derecho era poder, la fidelidad cálculo, la verdad una corrección generalmente reconocida, la belleza buen gusto, el cristianismo una organización pacifista... La sensación de ser eternamente engañados y la duda de si todavía es posible distinguir a Cristo del Anticristo”. SCHMITT, C., *Aurora Boreale* (Nordlicht), Napoli, Edizione Scientifiche Italiane, 1995, p.87 *apud* CAGNI, H., “Una visión de la política mundial contemporánea en clave schmittiana” en DOTTI, J. y PINTO, J. (ed.), *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*, Eudeba, Buenos Aires, 2002, pp.293-318, p.317.

⁵¹⁹ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.253

que, a ojos de Schmitt, enarboló la defensa del concepto de guerra criminalizadora. La Sociedad de Naciones, creada en el Tratado de Paz de Versalles en 1919 para asegurar la seguridad en el conjunto de países que se adhirieron a dicho Tratado, es la manifestación del espíritu universalista imperante en el siglo XX que acaba definitivamente con el *nomos* del *Ius publicum europaeum*. La tendencia a lo universal de esta organización choca de frente con la defensa típica schmittiana del orden concreto y del pluralismo. La peligrosidad de la Sociedad de Naciones radica, según Schmitt, tanto en lo tocante a los objetivos que pretende (universalidad,⁵²⁰ homogeneidad, eliminación del concepto de enemigo, aceptación de la guerra justa) como en lo relativo a su carácter instrumental (es la herramienta de potencias como Estados Unidos, que lo que pretenden es defender y actuar únicamente en función de sus intereses particulares).

Para empezar, la Sociedad de Naciones no puede garantizar la paz porque carece de cohesión, ya que su principio ordenador no se basa en un *nomos* concreto, sino en una universalización abstracta que carece de arraigo en las relaciones que se establecen con la tierra y su distribución. La Sociedad de Naciones carece de enraizamiento político, carece de forma estatal y tampoco se configura como un gobierno mundial. Esta organización pretenderá implantar un nuevo orden mundial que en el fondo responderá a los intereses de las grandes potencias. La homogeneización del espacio, la supresión de las diferencias particulares, hace imposible crear un *nomos* pues este tiene que hacer justicia a lo más propio de cada tierra, ya que *nomos* es principalmente relación y trabajo con la tierra: “A pesar del término francés *Société des Nations* o del inglés *League of Nations*, no se trata de relaciones entre naciones, al menos si tenemos cuidado de distinguir el término “nación” del de “estado” según la tradición lingüística alemana”.⁵²¹ En este punto Schmitt pretende dejar clara la diferencia entre nación y estado. *Grosso modo* se puede afirmar que nación tiene que ver con la homogeneidad

⁵²⁰ “El caso es que la organización de Ginebra quería ser, al propio tiempo, una ordenación europea y una ordenación universal global. Era específicamente europea por cuanto que fueron los vencidos de la Primera Guerra Mundial, dos grandes potencias europeas e incluso centroeuropeas, en cuyo perjuicio fue efectuada la nueva distribución del territorio. Y era específicamente universal y global según la idea de su creador e inaugurador, el presidente norteamericano Wilson, y – de un modo esencialmente distinto – según los intereses marítimos globales de un miembro predominante en el plano mundial: el imperio marítimo inglés con sus dominios. Como consecuencia de este universalismo absolutamente plurilateral quedaría sin resolver la cuestión más importante, y la única decisiva, del actual Derecho de Gentes”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., pp.252-253.

⁵²¹ SCHMITT, C., “La question clé de la Société des Nations” en KOLB, R. (ed.), *Textes de Carl Schmitt*, op.cit., p.25.

cultural de un grupo civilizatorio, mientras que por estado se entiende una soberanía centralmente administrada y jurídicamente acotada. La identificación de ambos conceptos se produce a partir del siglo XIX cuando se comienza a concebir estado como nacionalidad.⁵²² Ahora bien, la fusión entre estado y nación no se ha alcanzado ni siquiera a día de hoy (ya que hay naciones sin estado y estados con varias naciones). Esta confusión de términos conduce a pensar que la Sociedad de Naciones es una sociedad o liga de naciones cuando lo que es en realidad es una sociedad o liga de estados, de aparatos administrativos. No puede haber una unificación de las naciones porque cada nación es expresión de una idiosincrasia y de un *nomos* particular e irreducible a una organización supranacional. Hablar de una sociedad interestatal o de una sociedad de estados tiene sentido ya que puede hacer referencia a un sistema de tipo westfaliano, en el que existe una coexistencia pero en el que cada estado mantiene su soberanía. Pero al introducir el término “nación” en la denominación “Sociedad de Naciones”, se da a entender, según entiende Schmitt, que las diferencias culturales o civilizatorias propias de cada nación quedan superadas y que triunfa la homogeneización:

“Interestatal” significa, en contraste con “internacional”, que los Estados, es decir, las unidades políticas, se encuentren situados unos frente a otros, cerrados hacia fuera con firmes fronteras, impenetrables, “impermeables”, y que conservan en sí mismos la decisión sobre el problema de su propia existencia (esto precisamente es lo que significa “soberano”: que no decide un extraño sobre la existencia política). “Internacional”, por el contrario, significa (en buena terminología alemana) la supresión y abolición de las distinciones nacionales; una interpenetración y asociación por encima de las fronteras de los estados”.⁵²³

La Sociedad de Naciones no acoge a sus miembros en virtud de su carácter nacional, sino por el hecho de ser estados. Es precisamente ese carácter meramente formal lo que convierte a la Sociedad de Naciones en un organismo sin relato histórico, sin alma telúrica, sin anclaje con el *nomos*, esto es, sin verdadero carácter político. Si no lo consigue no es por una actuación deficiente sino porque la unidad global de las naciones es imposible por la propia naturaleza específica de cada *nomos* y de cada nación. La única unidad que puede lograr la Sociedad de Naciones responde a criterios

⁵²² Para Schmitt lo ideal es que estado y nación lleguen a identificarse: “Un estado es normal cuando estado y nación se recubren, es decir, cuando un estado forma una nación y una nación forma un estado”. *Ibid.*, p.58.

⁵²³ SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, op.cit., p.454.

administrativos, nunca a vínculos existenciales con la tierra. Es decir, Schmitt no pretendía un proyecto universal de todas las naciones, lo que le molestaba es que se pudiera plantear que tal opción, que una nación de carácter universal, pudiera existir.

Por esta razón, se puede decir que para Schmitt la Sociedad de Naciones carece de soberanía, ya que no es ni una organización soberana, ni un estado más, ni un estado superior, sino que es simplemente una relación de estados: “[U]na simple relación entre estados no puede poseer una autoridad propia y, menos aún, la soberanía”.⁵²⁴ Y por esta razón, apunta Schmitt, por carecer de autoconsciencia como entidad eminentemente política, la Sociedad de Naciones es un mero instrumento, porque es mera administración, asociación, plataforma o lugar de encuentro que resuelve determinados asuntos prácticos.

Esta tesis forma parte de la creencia de Schmitt de que el positivismo jurídico, imperante en esa época, con sus tecnicismos y su rechazo a las cuestiones ligadas a la tierra, conduce al olvido y al abandono de la política sin que eso suponga, además, una reducción de la violencia. La siguiente frase de Schmitt es célebre a este respecto, demandando silencio a los juristas con la misma llamada que se hizo en la Modernidad a los teólogos medievales. Su final es especialmente llamativo:

Ahora son los juristas quienes reciben una llamada al silencio. Los técnicos de los monopolizadores del poder y del Derecho – si se supiera aún tanto latín – podrían gritarles ahora: *Silete jurisconsulti!* Estos son dos extraños mandatos de silencio al comienzo y al final de una época. Al comienzo hay una llamada al silencio que los juristas dirigen a los teólogos de la guerra justa. Al final hay una advertencia a los juristas para que se dediquen a la tecnicidad pura, es decir, totalmente profana. No queremos discutir aquí la conexión de ambas llamadas al silencio. Únicamente es bueno y saludable recordar que la situación al comienzo de la época no era menos horrorosa que al final. Toda situación tiene su secreto, y toda ciencia lleva en sí su *arcanum*. Yo soy el último representante consciente del *Ius publicum Europaeum*, su último profesor e investigador en un sentido existencial, y experimento su fin como Benito Cereno experimentó el periplo del buque pirata.⁵²⁵

El poder de las potencias que dominan la Sociedad de Naciones queda revestido de legalidad en la medida en que la organización se presenta al mundo bajo las formas jurídicas del positivismo, esto es, aludiendo únicamente al cumplimiento de las reglas existentes. Recubrir la institución de una apariencia o formalidad jurídica sanciona positivamente todo lo que ocurra bajo ese manto legal. Incluso la guerra fue desprovista

⁵²⁴ *Ibid.*, p.31.

⁵²⁵ SCHMITT, C., *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, op.cit., p.67.

de su carácter político. Para el normativista Kelsen,⁵²⁶ por ejemplo, se trataba de un asunto relacionado meramente con el derecho:

Es decir, [la guerra] se trata de una acción que solo puede ser calificada justamente de esas dos maneras: como delito (violación de normas internacionales) o como sanción (acto coercitivo ordenado) o, si se quiere, como guerra justa o injusta, entendiendo aquí por justicia legalidad [...] Kelsen ataca, así, lo que para Carl Schmitt constituye el pilar central del *Ius publicum europaeum*, el tradicional orden jurídico internacional, es decir, el *ius ad bellum* o el derecho a declarar la guerra reconocido a todos los Estados.⁵²⁷

Pese a la existencia de la Sociedad de Naciones, no se puede considerar que los estados soberanos hayan perdido poder, al menos no las grandes potencias.⁵²⁸ Esto pudiera resultar positivo para Schmitt, en la medida en que todo lo que sea mantener la *potestas* del estado le resulta conveniente, sin embargo, como aquel organismo perjudica a Alemania⁵²⁹ y ejerce la política *como si* fuera soberana, no puede aceptarla.

Schmitt quiere demostrar que la Sociedad de Naciones no es un organismo soberano y para ello se centrará en desmontar la cualidad distintiva de esta organización: su carácter federal, el cual “connota inevitablemente un todo fundado sobre una planificación jurídica entre estados”.⁵³⁰ Dependiendo del carácter político, esto es, del nivel de independencia y capacidad de decisión que se incluya en el concepto de “federación” se podrá hablar más o menos del papel soberano de la organización. Para Schmitt, federación es algo más que un acuerdo entre países y federación de naciones mucho más aún. De este modo, lo primero que hay que aclarar es si la Sociedad de Naciones es una federación o no: “El aspecto decisivo no es, por tanto, la extensión espacial de una institución, sino la manera precisa en la que los

⁵²⁶ Si traigo a colación a Kelsen al hablar de positivismo es porque el positivismo se presenta a ojos de Schmitt como una mezcla de normativismo y decisionismo: “Según Schmitt, es más bien una combinación, en verdad confusa y contradictoria, de dos epistemologías jurídicas opuestas: el *normativismo* y el *decisionismo*. El positivismo es tácitamente decisionista, puesto que reconoce como única fuente estatutaria del derecho la decisión soberana del legislador. Pero interpreta esta decisión según una perspectiva normativista; una vez adquirida la forma legal, la decisión tiene para él la fuerza de una norma incondicionada...”. HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.32. En palabras del propio Schmitt: “En Kelsen [...] solo valen las normas *positivas*, es decir, aquellas que *realmente* valen; no valen porque en justicia *deban* valer, sino solo porque son *positivas*, sin consideración a cualidades como razonabilidad, justicia, etc. Aquí cesa de repente el *deber ser* y desaparece la normatividad; en su lugar aparece la tautología de unos simples hechos: una cosa vale cuando vale y porque vale. Esto es “positivismo””. SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, *op.cit.*, p.42.

⁵²⁷ GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, *op.cit.* p.56.

⁵²⁸ SCHMITT, C., “La question clé de la Société des Nations”, *op.cit.*, p.3.

⁵²⁹ Hay que tener en cuenta que su análisis parte de la premisa o la obsesión de que toda política llevada a cabo tras la Segunda Guerra Mundial constituyó una acción contra Alemania.

⁵³⁰ SCHMITT, C., “La question clé de la Société des Nations”, *op.cit.*, p.34.

miembros son acogidos en la entidad común”.⁵³¹ El criterio de la federación es, por tanto, la determinada sujeción jurídica que une o subordina a los miembros que la conforman y no parece que dicha dependencia sea la de los ciudadanos respecto a su soberano. Más bien, no parece haber ninguna subordinación jurídica, salvo la de los pequeños países a las grandes potencias.

Las exigencias de una federación, según Schmitt, son la homogeneidad y la garantía.⁵³² Como Schmitt va a negar que la Sociedad de Naciones tenga dichos rasgos, rechazará, en definitiva, su carácter federal y soberano. La homogeneidad de un organismo como la Sociedad de Naciones es difícilmente determinable, dada la pluralidad de estados, basados en principios organizativos e institucionales diferentes. Por otro lado, y esto es lo que especialmente le preocupa a Schmitt, la garantía permite proteger un objeto, que puede ser el *status* territorial, la independencia política o a un estado respecto de una agresión o amenaza. En concreto, el artículo 10 del Pacto de la organización⁵³³ contiene una garantía, la de proteger la integridad territorial y la independencia política de sus miembros de cualquier agresión externa. Schmitt denuncia que la Sociedad de Naciones convierte la aplicación del artículo 10 en una herramienta para la aplicación del Tratado de Versalles contra Alemania: “El artículo 10 es una expresión del imperialismo moderno cuyo aspecto relevante es que los medios económicos han reemplazado a los medios militares”.⁵³⁴

Schmitt denuncia que el modo específico de actuar del imperio es la economía la cual, como se presenta bajo apariencias pacíficas, parece ir en contra de cualquier intento de violencia explícita, aunque para Schmitt el mero hecho de una dominación económica sea ya el más violento de los ejercicios filosófico-políticos.

[E]n un determinado momento de la historia es proclamado sin posibilidades de cambio pacífico, que solo el derecho, ya no la violencia, dominará a partir de ahora la escena. Una proclamación tal encierra, o una tentativa vana de legitimar indiscutiblemente el *status quo*, o sirve a un imperialismo económico que impone su cetro por la fuerza. Este imperialismo presentará entonces su dominación

⁵³¹ *Ibid.*, pp.35-36.

⁵³² *Ibid.*, *passim*.

⁵³³ “Los miembros de la Sociedad se comprometen a respetar y a mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política presente de todos los miembros de la Sociedad. En caso de agresión, de amenaza o de peligro, el Consejo determinará los medios para asegurar el cumplimiento de esta obligación”. Artículo 10 del Pacto de la Sociedad de Naciones, 1919. <http://www.historiasiglo20.org/TEXT/pactosdn.htm>

⁵³⁴ *Ibid.*, p.45.

económica como siendo legal: cualquier otro medio será rechazado como violento y por tanto ilegal.⁵³⁵

Del mismo modo, a pesar de que el principio de no-intervención en asuntos internos es uno de los pilares clave de la Sociedad de Naciones, esa misma organización acaba interviniendo en otros estados, como es el caso de Estados Unidos, en virtud de las excepciones apeladas en cada caso. Este doble carácter violento pero concebido como no agresivo, defensor de la independencia de los estados, pero interventor según la ocasión, legal pero solo en determinados momentos, hace que Schmitt titule su conclusión “la cabeza de Jano de la Sociedad de Naciones ginebrina”:⁵³⁶ “una de sus caras mira hacia la era imperialista de la cual nació la gran guerra; la otra cara mira hacia el solidarismo del que depende la salvación del porvenir”.⁵³⁷ Existe un doble juego, una doble cara de la política internacional: imperialismo y solidaridad, guerra criminal y apelaciones a la humanidad, intervención y no intervención, federación y no federación. Para Schmitt no se puede esperar la implantación de la paz por parte de un organismo que supuestamente quiere garantizarla a costa de no respetar las distinciones del derecho clásico (que eran las que garantizaban la existencia de un conflicto limitado en un contexto plural, garantía, como ya he repetido en muchas ocasiones, de la única paz que es posible en este mundo, según Schmitt) y de entrar en el juego de la criminalización imperial.

Según el propio Schmitt, él no rechaza la posibilidad de un proyecto entre estados a escala mundial. Por eso propondrá su teoría de los grandes espacios. Lo que descarta es que el actor que pueda liderar ese proyecto sea la Sociedad de Naciones, por las razones previamente explicadas: “Lo que negamos sobre la base de las consideraciones obtenidas del derecho internacional, no es el objetivo de una verdadera comunidad internacional, sino solo un método particular de alcanzarla: aquella caracterizada por una confusión irreal entre la Sociedad de Naciones ginebrina y un orden mundial universal”.⁵³⁸ Lo que cabe preguntarse ahora es hasta qué punto Schmitt deseaba realmente un proyecto mundial de estados. O, lo que es lo mismo, ¿su teoría de los grandes espacios responde suficientemente a esta demanda o, por el contrario, incluye en sus propios fundamentos el derecho de los estados a reafirmar su soberanía frente al

⁵³⁵ *Ibid.*, p.55.

⁵³⁶ *Ibid.*, p.72.

⁵³⁷ *Ibid.*, p.72.

⁵³⁸ SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire”, *op.cit.*, pp.120-121.

resto de las soberanías con las que se supone tiene que compartir la capacidad de decisión?

En resumen, la decadencia del sistema westfaliano a partir de finales del siglo XIX implica la sustitución de la estructura plural de soberanías por la forma imperio. El estado, entendido como contención – aunque se trate de una contención aparente – comenzó a desplegar su carácter imperial impulsado por el espíritu de la nación surgido a partir de la Revolución Francesa. En el siglo XX ese carácter imperial se mostrará abiertamente, según Schmitt, encarnado en la política de Estados Unidos. Este imperio criminalizará al enemigo y reintroducirá elementos morales en el *ius ad bellum*. Junto con los Estados Unidos, la Sociedad de Naciones será para Schmitt una de las fuerzas impulsoras de dicho universalismo. La universalización y la infinitud del proyecto imperial son opuestas a la conciencia de finitud que presenta el pluriverso de la Modernidad, asentado en la contingencia, en los límites y en las acotaciones. Y la diferencia entre estas dos estructuras representa en el fondo la oposición entre dos formas de concebir la guerra, la paz y el enemigo. La ambición universal de la política imperial supone acabar con las distinciones propias del sistema westfaliano. El rechazo de Schmitt a la universalización propia de la guerra contemporánea se muestra especialmente en la contrariedad que le provocaba la idea de una entidad universal como “la humanidad” porque, como ya se dijo anteriormente, suponía eliminar el carácter concreto, político y espacial que tenía el enemigo de la guerra clásica.⁵³⁹

La ruptura de la distinción amigo/enemigo conduce a una actitud discriminadora con el adversario. La aniquilación de la tripartición tierra/mar/colonias y la incorporación del elemento aéreo convertirán la guerra en conflicto mundial.⁵⁴⁰ La guerra llegará a ser considerada un acto criminal y la distinción entre guerra y paz quedará difuminada. Es decir, el paso de la guerra limitada a la guerra total queda

⁵³⁹ “Cuando un estado combate a su enemigo en nombre de la humanidad, no es una guerra contra la humanidad, sino una guerra que un determinado estado conduce contra otro [...] La humanidad no es un concepto político, tampoco le corresponde ninguna unidad política o comunidad, ni ningún status”. SCHMITT, C., “Der Begriff des Politischen” en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, p. 82. Traducción personal. En alemán: “Wenn ein Staat im Namen der Menschheit seinen politischen Feind bekämpft, so ist das kein Krieg der Menschheit, sondern ein Krieg, den ein bestimmter Staat gegen einen anderen führt [...] Menschheit ist kein politischer Begriff, ihm entspricht auch keine politische Einheit oder Gemeinschaft und kein Status”.

⁵⁴⁰ “La oposición entre la tierra y el mar [...] tiende a atenuarse o a adquirir un carácter distinto. Los navíos y sus tripulaciones ya no se encuentran solos, librados a sí mismos durante semanas. Los corsarios son localizados por aviones, la comunicación por radio permite reagrupar a los navíos y someterlos a una disciplina estricta [...] En términos míticos, estamos tentados de decir que la tierra y el agua están sujetos a la ley del aire y del fuego [...] A causa del arma aérea, el mar ya no pertenece a la aventura”. ARON, R., *Paz y guerra entre las naciones, op.cit.*, p.262.

garantizada por la volatilización de las distinciones o dicotomías que conformaban el derecho anterior. Simultáneamente, al criminalizar la guerra a nivel conceptual se produce el efecto contrario al deseado: la guerra se volverá más violenta, mientras que la actitud clásica de tolerancia y aceptación de la inevitabilidad del conflicto minimizaba su existencia real, como señalan las siguientes palabras de Martti Koskenniemi:

[I]nstrumentos como el Pacto Kellogg-Briand abolían la guerra, pero solo a nivel de *conceptos*: catalogando a la violencia como crimen o como control social. Lejos de limitar la violencia, esto solo aumentaba las restricciones, que habían sido el mayor logro del viejo *nomos* europeo y permitía medidas extremas contra el adversario. Así es como Schmitt interpretó la acción aliada contra Alemania: el bloqueo, la cláusula de culpabilidad de guerra, la acusación del Káiser y las indemnizaciones.⁵⁴¹

La criminalización de la guerra llegará a su punto culminante con los juicios de Núremberg, caracterizados según algunos autores por el incumplimiento del principio de irretroactividad⁵⁴² y en los que el propio Schmitt será juzgado.⁵⁴³

⁵⁴¹ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 2005, p.407.

⁵⁴² Cfr., ZOLO, D., *La justicia de los vencedores. De Nuremberg a Bagdad*, op.cit., p.162.

⁵⁴³ “Schmitt tuvo que justificarse ante el tribunal internacional que la obra de Hans Kelsen había contribuido a crear. Núremberg simboliza, así, el enfrentamiento entre dos teorías sobre la guerra y el orden internacional. Entre el dominio del derecho y el dominio de la política entendida como confrontación, como lucha, como violencia”. GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, op.cit., p.134.

CAPÍTULO 6: El Acta del Congo como acta de defunción de la centralidad europea.

Abrir a la civilización la única parte del globo en la que aún no ha penetrado, traspasar las tinieblas que envuelven a poblaciones enteras, esto es, me atrevo a decirlo, una cruzada digna de este siglo de progreso.

REY LEOPOLDO DE BÉLGICA⁵⁴⁴

En esta época del último florecimiento del *Ius publicum europaeum* tuvo lugar asimismo la última toma conjunta de una tierra no europea por potencias europeas, el último gran acto de un Derecho europeo común de Gentes, que afectó a suelo africano.

CARL SCHMITT⁵⁴⁵

La Conferencia del Congo (1884-1885) supuso el último intento de dominación europea y un acontecimiento de radical importancia para las relaciones internacionales dado que el reconocimiento institucional de un estado fuera del territorio europeo era un acontecimiento no visto hasta entonces. Con ello, la estatalidad misma, que hasta ahora era sinónimo de Europa, se convierte en una realidad que traspasa las fronteras del *Ius publicum europaeum*, anunciando ya que el fin de este sistema estaba próximo. El Congo se presenta como un territorio a disposición del resto de estados europeos, es decir, se mantiene la estructura de la ocupación de las colonias y por eso Schmitt considera que la Conferencia del Congo es el último acto del *Ius publicum europaeum*. Pero lo fundamental es que se convierte en estado (el Estado Independiente del Congo), aunque sea como propiedad privada del rey Leopoldo II de Bélgica. Con lo cual, como señala Van Reybrouck, lo que en apariencia fue un reparto más del pastel colonial, para la época, supuso un gran avance jurídico pues implicaba extender el alcance del Derecho Internacional e importar el modelo de estatalidad europea al resto del mundo: “La conferencia no fue la ocasión para que señores distinguidos aprovisionados de compases y reglas se repartieran con buen humor el pastel de África. De hecho, buscaban justamente lo contrario: abrir África al libre intercambio y a la civilización”.⁵⁴⁶

⁵⁴⁴ Bruselas, discurso ante la Sociedad Geográfica, 12 de septiembre de 1876 *apud* SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.220.

⁵⁴⁵ *Ibid.*, p.218.

⁵⁴⁶ VAN REYBROUCK, D., *Congo. Une histoire*, Babel, París, 2012, p.84.

Esto supone un cambio fundamental respecto a la Modernidad. El *Ius publicum europaeum* estaba configurado y articulado, tanto a nivel práctico como teórico, en torno al protagonismo de Europa. La estatalidad europea definía lo que quedaba fuera de ella, determinaba la existencia misma del derecho y de la guerra en forma. Pese a todo, insisto, no hay que olvidar que la Conferencia no dejaba de ser un ejercicio colonial en toda regla, de ahí que sea considerada como el último intento de reparto clásico de la tierra. Aunque en la Conferencia no se equiparara totalmente el territorio europeo al de la colonia, reconocer la estatalidad de otros entes soberanos, diferentes al europeo, desvirtuaba el sentido del *Ius publicum europaeum* como derecho específicamente europeo aplicable únicamente a estados europeos. Afirmar que existen estados soberanos en todo el mundo y no solo en Europa supone reconocer a nivel global el derecho a la estatalidad, el descentramiento de Europa y la universalización u homogeneización de la política internacional, y aceptar que la división tierra/mar/colonias comienza a quedar obsoleta.

Incluso, para instaurar un cierto orden en el reparto del suelo africano, se quiso crear una administración política africana a imagen y semejanza del modelo soberano europeo, pero este proceso no acabó de cuajar porque resultaba impostado y no constituyó en ningún momento el resultado natural de un proceso político:

[E]l problema debe buscarse en la conexión que los liberales han hecho entre el progreso y la civilización por una parte, y una particular forma política, el estado occidental, por la otra. Los hombres de 1873 vieron el gran peligro que corrían África y otras partes en términos de una anarquía continua dentro de comunidades “primitivas” y una lucha sin restricciones manejada por intereses económicos privados entre los poderes europeos. Esperaban manejar estos peligros introduciendo la administración pública europea en las colonias. Cuando este intento falló, decidieron apoyar la internacionalización de la administración colonial, otra vez con la idea de reemplazar las formas de política indígenas por las europeas.⁵⁴⁷

Hasta ahora las colonias y el mar eran aquellos lugares destinados a la lucha abierta entre los estados. Pero esto queda en suspenso con la otra novedad que introdujo la Conferencia del Congo, el establecimiento de la neutralidad en el territorio africano.⁵⁴⁸ La neutralidad había sido un atributo único del espacio comprendido dentro

⁵⁴⁷ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.176.

⁵⁴⁸ “Tomaron parte en esta Conferencia el Imperio alemán, Austro-Hungría, Bélgica, Dinamarca, España, los Estados Unidos de América, Francia, Gran Bretaña, Italia, los Países Bajos, Luxemburgo, Portugal, Rusia, Suecia y Noruega y el Imperio Otomano. Ostentó la presidencia el Canciller del Imperio alemán, Príncipe de Bismarck, quien en esta ocasión demostró, en efecto, su eficacia como último estadista del

de las fronteras europeas, lo que permitía precisamente que se gozara de una cierta pacificación en Europa y que la violencia fuera ejercida en el exterior. La aplicación de la neutralidad al Congo implicaba que la lucha entre europeos se quedaba cada vez con menos espacio donde desarrollarse: “La neutralización debía representar una garantía del comercio libre pero, al propio tiempo, debía evitar que europeos librarán guerras entre sí sobre suelo centroafricano y ante los ojos de los negros y valiéndose de ellos”.⁵⁴⁹ Como ya he señalado, el suelo africano es neutralizado pero para ocuparlo. En el Acta se establece que el país o la sociedad colonial que proceda a dicha ocupación tiene la obligación de notificarlo a los otros estados, para mantener vivo ese ambiente de neutralidad. “Esta Conferencia del Congo formuló las reglas de una toma europea de suelo africano bajo la salvaguardia prudente de la soberanía de cada Estado”.⁵⁵⁰ Y todo en aras a que el desenvolvimiento del comercio no se viera interrumpido por la lucha entre europeos. Schmitt habla de que el Congo supone el último estertor de las líneas de amistad,⁵⁵¹ pero con un matiz. La línea de amistad clásica de la Modernidad permitía la lucha entre europeos en las colonias. La que surge en 1885 quiere evitar que dicha batalla se dé en las colonias. Bismarck creía que la neutralización del Congo podría servir a los mismos efectos que la neutralidad de Bélgica en Europa, como estado tapón neutral, en el caso de África, frente a las presiones de franceses, portugueses e ingleses.⁵⁵²

A partir de 1890, en esta extensión de la neutralidad al territorio africano, empieza a jugar un papel fundamental la política estadounidense, que se debatía entre el aislacionismo y el intervencionismo y que fue quitándole protagonismo a la política europea. Esta actitud contradictoria será un clásico de la actuación estadounidense en esa época. Estados Unidos participó en la Conferencia del Congo y reconoció a la Compañía Internacional del Congo pero no firmó el Acta resultante. De igual modo, al comienzo de la Primera Guerra Mundial el Presidente Wilson todavía creía en el lema

Derecho europeo de Gentes”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.220.

⁵⁴⁹ *Ibid.*, p.223.

⁵⁵⁰ *Ibid.*, p.222.

⁵⁵¹ “El último ejemplo de aplicación histórica de estos principios de particiones europeas y de líneas de amistad fue la Conferencia del Congo, celebrada en Berlín en 1884-1885 [...] Se intenta asimismo neutralizar la cuenca del Congo, creando una especie de línea de amistad, aunque a la inversa, al sentar el principio de que las guerras entre potencias europeas no afectarán al territorio del Congo...”, SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.9.

⁵⁵² VAN REYBROUCK, D., *op.cit.*, p.85.

“ser neutral tanto de hecho como en el nombre”,⁵⁵³ pero en 1917 se dio cuenta de que ya no se podía permanecer en la neutralidad y de que el intervencionismo era necesario.

El concepto clásico de neutralidad perdió su especial significación, pues esta se construía por contraste con otra realidad que no era neutral: Europa como espacio pacífico solo era neutral por contraste o en comparación con el mar y las colonias, que no lo eran. Una vez que se produce la homogeneización de todos los espacios (en palabras de Schmitt: “El suelo colonial se convirtió en territorio estatal como el suelo de naciones europeas”)⁵⁵⁴ aquel concepto de neutralidad pierde su funcionalidad. El hecho de que países como Suiza o Bélgica fueran neutrales en el siglo XX resultaba entonces anecdótico y no permitía hablar de un panorama internacional neutral: “la neutralización permanente de un país no puede flotar dentro de un espacio vacío como una institución aislada y carente de supuestos”.⁵⁵⁵

En 1908, con la muerte del rey Leopoldo II, Bélgica procede a la ocupación del Congo, que deja de ser un estado propiedad privada del monarca y se convierte en colonia, adquiriendo el nombre de Congo Belga. Se producen dos acontecimientos reseñables. En primer lugar, el Congo pasó de ser un estado propiedad de un monarca a convertirse en una colonia: “Por tanto, el Congo no comenzó como una colonia, sino como un estado...”.⁵⁵⁶ En segundo lugar, la supuesta neutralidad de Bélgica quedó en entredicho pues si era un estado neutral, resultaba contradictorio que adquiriera un territorio. Pero como la distinción entre el espacio europeo y el espacio colonial comenzó a diluirse, se empezó a equiparar la metrópoli con el territorio conquistado, de modo que podía resultar plausible que los belgas tuvieran una colonia pese a su neutralidad: “Ante una identidad abstracta del suelo, no puede comprenderse verdaderamente por qué ha de estar prohibida la adquisición de colonias a un Estado neutralizado...”.⁵⁵⁷

Schmitt señala la paradoja que supone que Bélgica, que era un país neutral gracias al reconocimiento de las demás potencias, es decir, gracias a las estructuras del derecho internacional clásico, se convirtiera en un país ocupante en virtud del principio de la ocupación efectiva, un tipo de ocupación que rompe con los esquemas de ese derecho

⁵⁵³ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.320.

⁵⁵⁴ *Ibid.*, p.241.

⁵⁵⁵ *Ibid.*, p.262.

⁵⁵⁶ VAN REYBROUCK, D., *Congo. Une histoire*, op.cit., p.89.

⁵⁵⁷ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p.226.

clásico.⁵⁵⁸ Esta ocupación efectiva – título jurídico según el cual el territorio ocupado adquiere el mismo *status* que la metrópoli y que, como ya expliqué, contrasta con el título jurídico del descubrimiento, propio del *Ius publicum europaeum* – homogeneiza el espacio, negando así la diferencia ontológica que hasta ahora se había mantenido entre tierra/mar/colonias. Antes de la Conferencia del Congo las tomas de tierra que realizaban las potencias en suelo africano eran simbólicas, pero no llegaban a ser una ocupación efectiva.⁵⁵⁹ La cuestión de los títulos jurídicos siempre obsesionó a Schmitt. Según él, la ocupación efectiva supone: “la negación del título jurídico del “reconocimiento”, basado en la comunidad y solidaridad del Derecho de Gentes, y la ruptura de la amplia ordenación del espacio que implica un título semejante”.⁵⁶⁰ Además, este cambio jurídico pone las bases para el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, pues esos territorios coloniales serán objeto de disputa bélica y se violará su neutralidad.

Otro principio fundamental de la Conferencia del Congo, además de la fijación de la ocupación efectiva como título jurídico, establecía la obligación de que el territorio ocupado quedara disponible para que el resto de estados pudieran ejercer sin restricciones su derecho al comercio internacional.⁵⁶¹ Este imperialismo no estaba justificado en nombre de la cristiandad, como en siglos anteriores, sino a través de la idea de “civilización”, una vez que la exaltación de los rasgos nacionales, culturales y lingüísticos se convierten en guía de la política tanto nacional como internacional.

Pese a que se hubiera logrado la homogeneización del espacio y del concepto mismo de estatalidad, esto solo redundaba en beneficios de las potencias ocupantes, esto es, en la medida en que esa igualación permitía un mejor desarrollo de sus actividades económicas. Desde el punto de vista de los ocupados, este colonialismo del siglo XIX mantiene todavía la estructura de exclusión jurídica, tal y como venía ocurriendo desde su surgimiento en el siglo XVII: el *Ius publicum europaeum* seguía sin regir fuera del continente,⁵⁶² aunque los acontecimientos jurídicos descritos suponían ya la debilitación de ese derecho internacional clásico. Si bien el colonialismo típicamente moderno,

⁵⁵⁸ Cfr., *Ibid.*, p.228.

⁵⁵⁹ *Ibid.*, p.218.

⁵⁶⁰ *Ibid.*, p.228.

⁵⁶¹ Cfr., VAN REYBROUCK, D., *op.cit.*, p.85.

⁵⁶² “Antes bien, permanecían diferentes en su *status* jurídico-internacional el territorio estatal europeo, o sea el suelo de la metrópoli, por una parte, y el suelo colonial, por otro; sin embargo, determinados Gobiernos, según veremos más adelante, ya exigieron en esta Conferencia la equiparación, en el Derecho de Gentes, de territorio estatal y colonia”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.222.

además de disimular su carácter imperial, se aventuraba a la conquista de territorios todavía no ocupados o no descubiertos, el colonialismo decimonónico, abiertamente imperialista, se proponía como objetivo la adquisición de territorios para ampliar su gloria. Mommsen distingue entre dos tipos de imperialismo, uno antiguo que podríamos identificar con la Edad Moderna y otro que él llama “imperialismo nacionalista”, que se relaciona con la contemporaneidad:

El significado original de “imperialismo” no era la dominación directa o indirecta de territorios coloniales o dependientes por parte de un estado moderno industrial, sino más bien la soberanía personal de un poderoso dirigente sobre numerosos territorios, ya fuera en Europa o en el extranjero.⁵⁶³

En esta cita se observa que lo que diferencia al imperialismo contemporáneo del moderno es la aparición de un componente industrial que sustituye a la figura personal del soberano. Lo que se expande, desde la Revolución Francesa, es la nación o la patria,⁵⁶⁴ más que el soberano.⁵⁶⁵ En un principio se podría afirmar que ambos imperialismos comparten la característica de la búsqueda de la dominación de territorios. Sin embargo, incluso en este punto se plantea ya una diferencia que queda muy bien señalada por Lenin en *El imperialismo como fase suprema del capitalismo*:⁵⁶⁶ mientras que en la Modernidad la política colonial consiste en la ocupación de territorios no ocupados por las potencias, en el siglo XIX el colonialismo se limita a la posesión de territorios para mayor gloria de la nación ya que el reparto del mundo está consumado y no hay espacios libres. La Primera Guerra Mundial sería ya una guerra imperialista contemporánea. Mommsen parece apoyar esa tesis:

Con este imperialismo nacionalista, que hay que distinguir claramente del colonialismo europeo de siglos anteriores, surge un nuevo fenómeno en la política europea que determinará toda una época. Ya no se trataba, como hasta entonces, de adquirir territorios en ultramar para la explotación económica o para la colonización, sino de la expansión o apropiación de territorios ultramarinos con la

⁵⁶³ MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism*, op.cit., p.3.

⁵⁶⁴ Cfr., BERGERON, L., FURET, L., KOSELLECK, R., *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, op.cit., p.76. Desde la Revolución Francesa “la patria es ante todo libertad”. *Idem*. Pero, como ya he señalado, la intención universalista de imponer a los demás países esa libertad convirtió el nacionalismo de la revolución en imperialismo: “se confunden internacionalismo e imperialismo y se anuncia una política de fuerza bajo el pretexto de la defensa de los grandes principios”. *Ibid.*, p.78.

⁵⁶⁵ “Perdió la connotación de un sistema basado en la preeminencia de un dirigente imperial y llegó a ser generalmente entendido como la expansión de un estado nacional más allá de sus fronteras con el propósito de adquirir dependencias en el extranjero y, si era posible, unirlos en un imperio mundial”. MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism*, op.cit., p.4.

⁵⁶⁶ LENIN, V.L., *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*, Taurus, Madrid, 2012.

intención declarada de abandonar el propio “status” de gran potencia europea y convertirse en gran potencia mundial.⁵⁶⁷

A nivel teórico, la superioridad de la civilización europea quedaba encarnada en la propia noción de estado soberano:⁵⁶⁸ los europeos habían sido capaces de crear un *Ius publicum europaeum* y de dejarse conducir por él durante siglos, pero los “salvajes” o los “bárbaros” no habían alcanzado ese grado de madurez por sí mismos. Solo el Congo había logrado convertirse en estado, pero no como un proceso político natural llevado a cabo por sus súbditos sino como resultado de la decisión del soberano belga. Sin embargo, como el reverso de la soberanía es la excepción, en el caso de los protectorados, según relata Koskenniemi, no convenía a las potencias europeas actuar como soberanos porque eso implicaba la aceptación de determinadas normas europeas, como el fin del esclavismo.⁵⁶⁹

De modo que, como sostiene Koskenniemi, no era posible establecer relaciones igualitarias entre metrópoli y colonia debido a la asimetría que producía la ausencia de carácter estatal en una de las partes. Se creía que los nativos carecían del “concepto” de soberanía,⁵⁷⁰ cuestión que muestra, según señala Koskenniemi, la imbricación entre intuición y concepto presente en el planteamiento europeo: “Rara vez el adagio sobre las conexiones entre el conocimiento y el poder ha sido más gráficamente ilustrado: la posesión de la tierra estaba en función de la posesión de un concepto”.⁵⁷¹ Por eso fue

⁵⁶⁷ MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism*, op.cit., pp.10-11.

⁵⁶⁸ Solo quedaba entonces cierto derecho natural para evitar el desarrollo de una violencia gratuita contra los nativos. Para la academia jurídica de la época, salvando las excepciones, la superioridad occidental era una cuestión aceptada: “Los libros de texto de finales del siglo XIX normalmente afirman la no aplicabilidad del derecho internacional en un territorio no civilizado, pero no contienen disposiciones sobre la validez universal de los principios humanitarios y de derecho natural o derechos humanos”. KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.133.

⁵⁶⁹ “Los poderes imperiales se opusieron a la soberanía formal ya que constituía una carga para quien la tuviera y limitaba la libertad de acción de cualquier otro”, *Ibid.*, p.129. Sin embargo, la impronta privada del asunto no podía perder de vista el argumento de la soberanía, ya que cuando lo hacía, cuando la ocupación colonial solo se manifestaba como empresa económica, como es el caso de Bélgica hacia el Congo – propiedad privada del rey Leopoldo II –, terminaba en fracaso: “Esta visión captura la interpretación original de los letrados internacionalistas de que el trabajo de la civilización iba a la par con la soberanía de derecho público. Aunque la operación en el Congo se inició como una extensión de la soberanía europea en África, fracasó y la tarea era explicar precisamente en qué residía el fracaso. Para Reeves, al igual que para otros abogados internacionalistas, el proyecto colonial original seguía en pie y el Estado del Congo había fallado solo porque se había *desviado* del proyecto”. El carácter estatal tenía que mostrarse como preeminente, sin menoscabo de sus intereses privados. *Ibid.*, p.166.

⁵⁷⁰ WESTLAKE, J., “Le conflit Anglo-Portugais”, XVIII *Revue de droit international et de législation comparée*, 1891, pp.243-265, pp.247-248 *apud* KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.132.

⁵⁷¹ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.142.

fundamental establecer distinciones entre los estados civilizados no europeos y aquellas agrupaciones no civilizadas que ni siquiera alcanzaban el rango de estados. Con los primeros, aunque no rigiera estrictamente el *Ius publicum europaeum*, se mantenían ciertos principios básicos de respeto y no intervención que, en el caso del tratamiento de los segundos, no eran ni siquiera contemplados.⁵⁷² Pese a ser la estatalidad el determinante del reconocimiento, la emergencia de lo privado se manifiesta también en el ámbito colonial. En muchas ocasiones, los estados europeos eran capaces de dejar de lado la primacía de la estatalidad y dejaban actuar en las colonias a multitud de agentes privados (comerciantes, aventureros, misioneros,⁵⁷³ etc.). Tal y como afirma Koskenniemi, “el encuentro colonial tuvo lugar entre nativos individuales o tribus de nativos por un lado, e individuos privados, misioneros, asociaciones humanitarias y compañías comerciales por el otro”.⁵⁷⁴ Sin ir más lejos, no hay que olvidar el papel que aventureros como Stanley tuvieron en la política colonial belga.

Como no podía ser de otra manera, Schmitt considera que todo esto tiene un origen ideológico-espacial y unas consecuencias muy negativas. En el siglo XIX, una vez que se pierde la división típica del *Ius publicum europaeum* entre territorio colonial, territorio marítimo y territorio europeo, desaparecen las distinciones espaciales, el espacio se vuelve homogéneo y nos encontramos “ante una identidad abstracta del suelo”.⁵⁷⁵ La neutralización se basaba precisamente en la acotación del espacio, condición de posibilidad de la limitación de la guerra. Por tanto, la decadencia del *Ius publicum europaeum* implica el deceso de una ordenación concreta, el fin de un *nomos*, de una concreción espacial. Hasta ahora Europa era el centro de la política y el lugar libre de conflictos, ya que éstos eran trasladados a las colonias. Si se neutralizan las colonias o se consideran de la misma naturaleza espacial que los territorios europeos, la guerra queda expulsada de ellas y se ve obligada a tener lugar en Europa.

[M]ientras que las líneas de amistad de los siglos XVI y XVII, analizadas anteriormente, convertían el espacio no-europeo en escenario de una lucha desconsiderada entre europeos, la línea de amistad del Acta del Congo se propone,

⁵⁷² *Ibid.*, pp.133-134. Del mismo modo que el concepto de “enemigo” jamás fue utilizado para hacer referencia a los indios.

⁵⁷³ No hay que olvidar la imbricación entre estos tipos de actividades. El lema de Livingston consistía en las “tres C – Civilización, Comercio y Cristiandad –”. *Ibid.*, p.146.

⁵⁷⁴ *Ibid.*, p.120.

⁵⁷⁵ SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.226.

por el contrario, limitar una guerra europea al suelo europeo y mantener libre el espacio colonial del escándalo de una contienda entre europeos.⁵⁷⁶

Sin embargo, como acabo de señalar, la Primera Guerra Mundial demostrará que ni siquiera este esquema funcionó, que en medio de un conflicto total, tanto el continente europeo como sus colonias se convirtieron en escenarios de una violencia absoluta. El positivismo, según Schmitt, es la ideología que justificó esta situación a nivel jurídico, dado que al pretender igualar y eliminar las distinciones, propició la igualación de todos los espacios, incluido el colonial, olvidando que “el pensamiento de la ciencia del derecho solo se realiza en relación con un orden general histórico concreto”.⁵⁷⁷ Los distintos sentidos políticos que adquieren las diferentes realidades espaciales quedan anuladas por el positivismo al considerar que esas discusiones no son de carácter jurídico.⁵⁷⁸

Desde finales del siglo XIX, la ciencia del Derecho europeo de Gentes se inclinaba en medida creciente a considerar a todos los territorios de soberanía estatal, tanto la metrópoli como las colonias, sin distinción alguna, como territorio estatal. Sin embargo, la estructura espacial del Derecho de Gentes específicamente europeo en el sentido antiguo estaba basada en la diferenciación entre el territorio estatal europeo y el *status* jurídico-internacional del suelo no-europeo [...] la ciencia jurídica de la época posterior a 1890, que era puramente positivista, o sea referida puramente a leyes interestatales y normas contractuales interestatales, llegó a convertir la ordenación concreta de un Derecho de Gentes que entonces aún era realmente europeo en una suma de normas de una vigencia inconcreta (...) ya no conocía más que territorio estatal o tierra no-estatal, privando con ello a la colonia de su sentido espacial.⁵⁷⁹

Lo grave de esta situación, según Schmitt, es que Europa no concibió este proceso de universalización como una pérdida de poder jurídico internacional, sino que abrazó la participación y la inclusión de nuevos estados no europeos que reclamaban su lugar en el ámbito internacional porque pensó que redundaría en su beneficio. A partir de

⁵⁷⁶ *Ibid.*, p.223.

⁵⁷⁷ SCHMITT, C., *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica*, *op.cit.*, p. 45.

⁵⁷⁸ “Todos los problemas auténticos, cuestiones políticas, económicas y de distribución del espacio, eran mantenidos, como *no-jurídicos*, fuera del ámbito jurídico, es decir, alejados de su propia conciencia científica. ¡*Silete theologi in munere alieno*! Esto es lo que había dicho el jurista humanista, a fines del siglo XVI, a los teólogos de su época a fin de crear una ciencia jurídica independiente del *Ius Gentium*. Trescientos años más tarde, al final del siglo XIX, la propia ciencia jurídica se impuso, a través de aquello que consideraba como positivismo jurídico, el silencio en relación con todas las grandes cuestiones jurídicas de la época. *Sileamus in munere alieno*. A raíz de esta renuncia del Derecho de Gentes, Europa se vio empujada hacia una guerra mundial que dejaría destronado al viejo continente como centro de la tierra y eliminaría la acotación de la guerra que hasta entonces se había logrado”. SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*, p.248.

⁵⁷⁹ *Ibid.*, pp.224-225.

1960 comienza, también en el Congo, el fenómeno del anticolonialismo, fenómeno que Schmitt considera propaganda ideológica contra Europa y que escenifica el último estertor del derecho internacional clásico. Para Schmitt resulta problemático que los terceros estados se crean con el derecho a reclamar su soberanía. Los estados coloniales se reivindican, ese es el problema, y todo gracias a la importación de categorías y conceptos europeos exportados por los juristas universalistas que han hecho pensar a los nativos de las colonias que son sujetos de derecho. La descolonización consistirá en aplicar ideas europeas y, a la vez y paradójicamente, servirá para liquidar el *Ius publicum europaeum*. Junto al colonialismo, en pleno contexto de Guerra Fría, se dio otro fenómeno que llamó la atención de Schmitt: que el *nomos* comenzó a definirse por la división del globo en regiones más y menos desarrolladas industrialmente. Las grandes potencias empezaron a invertir en países subdesarrollados dando lugar a un tipo de competición, de carácter abiertamente económico, que convertía el espacio de la Guerra Fría en un ámbito multidimensional a la vez que bipolar.⁵⁸⁰ Por ejemplo, Estados Unidos no solo actuaba en su territorio, sino que mantenía su presencia y acción en foros como la doctrina Monroe, la ONU o la OTAN, espacios no geográficos pero sí ámbitos de influencia política.

Algo así parece ocurrir hoy también en el Congo y otros países de África: la llegada de empresarios chinos al continente y la emigración de africanos a Asia es muestra de un cambio profundo en las relaciones geopolíticas que tuvo su inicio en 2009, momento en que China y el Congo firman un acuerdo comercial a través del cual China invertiría una gran suma de dinero en infraestructuras en el estado africano a cambio de materias primas y determinados gestos políticos:

Los contratos se concluyeron a la altura de los dos mil millones de dólares, China prometió hasta cinco mil millones de préstamos y una duplicación de la ayuda a partir de 2009, anuló las deudas existentes y redujo todo un conjunto de impuestos a la importación de los productos africanos. Los altos dignatarios chinos se dirigieron a casi todos los países africanos con la idea en mente de hacer negocios. Pekín se mantuvo rigurosamente en su política de no intervención en asuntos internos. Las autoridades chinas invocaban la cooperación fraternal Sur-Sur en lugar de la injerencia paternalista Norte-Sur [...] El único favor que pedía a su nuevo compañero comercial era que también considerara, una vez al año, durante

⁵⁸⁰ Cfr., SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *op.cit.*, p.31.

la Asamblea General de las Naciones Unidas, que Taiwán pertenecía de hecho a China”.⁵⁸¹

Esto ha provocado las quejas de muchos países occidentales que, olvidando su propia historia colonizadora, denuncian que dicho acuerdo está basado en las intenciones colonialistas de China y es una muestra más del poderío que esta potencia está adquiriendo en el contexto internacional actual: “Estas reservas [...] recordaban el nerviosismo que se había manifestado en la época de la Conferencia de Berlín o al principio de la Guerra Fría”.⁵⁸²

⁵⁸¹ VAN REYBROUCK, D., *Congo. Une histoire, op.cit.*, p.673. El beneficio que obtenga el Congo dependerá de los flujos del mercado bursátil, esto es, de la economía virtual: “Solo se puede determinar si el intercambio de diez millones de toneladas de cobre contra nueve mil millones de dólares de inversión es una operación equitativa en función de los precios mundiales del cobre”. *Ibid.*, p.675.

⁵⁸² *Ibid.*, p.674.

**TERCERA SECCIÓN: Interpretación
y crítica de la filosofía internacional
schmittiana. Nuevas epistemologías de
las Relaciones Internacionales.**

CAPÍTULO 7: La influencia de Derrida en la *Critical Legal Theory* y la crítica a la teoría schmittiana.

7.1. *CRITICAL LEGAL THEORY* Y JACQUES DERRIDA: AFINIDADES Y DISTANCIAS ACERCA DE LA IDEA DE DERECHO.

Ciertamente, la ley suministra más de una respuesta, construye la cosa misma.

ALAIN POTTAGE⁵⁸³

Mediante la crítica interna [la *Critical Legal Theory*] pretende demostrar que las premisas de la teoría liberal del Derecho son inconsistentes, incompletas, ambiguas y, por tanto, indeterminadas.

MERCEDES CARRERA⁵⁸⁴

Una vez explicado el panorama conceptual de la emergencia y caída del *Ius publicum europaeum* tal y como lo concibió Carl Schmitt, voy a proceder a presentar en esta tercera sección la interpretación y crítica que determinadas teorías y autores contemporáneos ofrecen de ese paradigma conceptual. En primer lugar, para poder comprender el sentido de la crítica que Martti Koskenniemi dirige a la interpretación schmittiana del contexto internacional que funda Westfalia es imprescindible analizar mínimamente las premisas teóricas de la corriente jurídica de las que se nutre este autor, la *Critical Legal Theory* o *Critical Legal Studies*.

El momento fundacional de este grupo fue la reunión que tuvieron varios académicos en Wisconsin en 1977 denominada “Conference on Critical Legal Studies”, destacando David Kennedy y Duncan Kennedy entre sus principales promotores.⁵⁸⁵ El objetivo que persiguió la fundación de esta corriente fue la inauguración de un

⁵⁸³ POTTAGE, A., “The paternity of law” en GOODRICH, DOUZINAS AND HACHAMOVITCH, *Politics, Postmodernity and Critical Legal Studies, The legality of the contingent*, Routledge, Londres, 1994, pp.147-186, p.151.

⁵⁸⁴ CARRERAS, M., “Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*”, *Isegoría*, núm.21, 1999, pp. 165-174, p.167. Este artículo es un magnífico resumen de los principales rasgos de la *Critical Legal Theory*.

⁵⁸⁵ KENNEDY, D., KLARE, K., “A Bibliography of Critical Legal Studies”, *The Yale Law Journal*, Vol.94: 461, 1984, p.461. Este artículo es una lista de referencias bibliográficas que los autores, miembros de la *Critical Legal Theory*, recomiendan a aquellos que quieran acercarse a las fuentes teóricas del movimiento.

movimiento de corte izquierdista como alternativa y respuesta al realismo imperante en la doctrina de las Relaciones Internacionales de la época. Pretendían denunciar el carácter ideológico que portaba el derecho así como la incoherencia y la contradicción del lenguaje jurídico. Uno de sus fundadores, Duncan Kennedy se refería al surgimiento de la *Critical Legal Theory* como a “la emergencia de una nueva intelectualidad de izquierdas comprometida a la vez con la teoría y con la práctica, creando una visión del mundo de izquierda radical en un aérea donde antes solo había variaciones del tema de la legitimación del *status quo*”.⁵⁸⁶

La estrategia que adquirieron estos autores para llevar a cabo esta labor de crítica no fue la creación de una nueva teoría sistemática y unitaria, sino que, aceptando las premisas de diferentes doctrinas como el marxismo, la historiografía o la filosofía deconstruccionista, conformaron una escuela de pensamiento crítico abierta y, hasta cierto punto, carente de cohesión: “Los *Critical Legal Studies* no construyen teorías, sino que “adoptan” teorías filosóficas con fines críticos.”⁵⁸⁷ Debido a esta falta de sistematicidad es muy difícil establecer un corpus teórico de premisas filosóficas que guíen a todos los autores que se colocan bajo el paraguas de la *Critical Legal Theory*, ni siquiera existe una unidad temática de los asuntos tratados. El autor en el que me voy a centrar, Martti Koskeniemi, pese a que no se deja clasificar como miembro de ninguna corriente teórica concreta (“No me gusta ser etiquetado y promocionado de acuerdo con la lógica del capitalismo consumista”),⁵⁸⁸ ha asimilado los principios básicos que impulsa esta doctrina y, por ello, considero imprescindible realizar una pequeña explicación de ellos, para ver en qué medida este discurso crítico puede ser adaptado al ámbito de las relaciones internacionales.

En primer lugar, la *Critical Legal Theory* sostiene que el derecho no es una instancia separada de la política sino, más bien, que la ley es principalmente un producto político. Y dos son las razones que fundamentan esta tesis. Por un lado, la inseparabilidad entre lo jurídico y lo político radica en que todo derecho es portador de una ideología. Aplicando esta premisa al derecho internacional se podría decir que bajo la aparente neutralidad de los tratados y acuerdos internacionales yace una ideología, la

⁵⁸⁶ KENNEDY, D., “Critical Labour Theory: A Comment”, 4 *International Relations Law Journal*, 503-506 *apud* HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, Oxford University Press, *Oxford Journal of Legal Studies*, 1986, Vol.6, núm.1, p.1.

⁵⁸⁷ CARRINO, A., “Solidaridad y derecho. La sociología jurídica de los “*Critical Legal Studies*”, *Doxa*, Cuadernos de Filosofía del Derecho, Alicante, 1992, p.125.

⁵⁸⁸ KOSKENIEMI, M., “Style as Method: Letter to the Editors of the Symposium” en KOSKENIEMI, M., *The Politics of International Law*, Hart Publishing, Londres, 2011, pp. 294-306, p.295.

de las élites dominantes y grupos de presión, que sanciona positivamente la superioridad occidental y el eurocentrismo. Por otro lado, el carácter político del derecho queda patente en la medida en que los aparatos jurídicos son, a ojos de estos autores críticos, constructos sociales. Es decir, el derecho no es una estructura de carácter universal y necesario, sino que su naturaleza es meramente contingente, el resultado de la política dominante de cada momento histórico. En concreto, el liberalismo sería la ideología que habría articulado el derecho internacional desde su aparición en el siglo XVII:

Las normas jurídicas modernas son contingentes, no absolutas, y esto en un doble sentido: en primer lugar son una creación nuestra, en segundo lugar, ningún sistema particular de reglas jurídicas es requerido de manera absoluta por ningún ordenamiento social. Este aspecto identifica una tendencia propiamente filosófica de los *Critical Legal Studies*, la que describe (y critica) a la sociedad moderna capitalista a través de la descripción (y de la crítica) de la filosofía liberal.⁵⁸⁹

Junto a la identificación entre derecho y política cabe destacar una segunda gran tesis de la *Critical Legal Theory*: la ley es incoherente e indeterminada. A nivel epistemológico la diferencia entre estas dos últimas acusaciones, la incoherencia y la indeterminación, es sutil pero necesaria. La coherencia hace referencia a la necesidad lógica que tiene que existir entre las premisas de una teoría y sus relaciones. Una buena teoría debería presentar una fuerte conexión entre sus axiomas para poder demostrar las consecuencias que se derivan de ellos. Ahora bien, según la *Critical Legal Theory*, las premisas que construyen los argumentos jurídicos del sistema liberal son incoherentes entre sí. Esto es así porque se conforman a partir de oposiciones⁵⁹⁰ del tipo normativismo/realismo, subjetivo/objetivo, público/privado, sujeto/sociedad, seguridad/libertad, etc., es decir, las distinciones típicas del pensamiento moderno. Esto obliga a los individuos a posicionarse en uno de los dos lados de la división y a crearse una representación dicotómica de la realidad en la que una de las posiciones generaría una normatividad que resultaría adecuada, mientras que la otra sería percibida como incorrecta: “Según la *Critical Legal Theory* el Derecho provoca que sus destinatarios

⁵⁸⁹ CARRINO, A., “Solidaridad y derecho. La sociología jurídica de los “*Critical Legal Studies*”, *op.cit.*, p.125.

⁵⁹⁰ “Este típico liberalismo ideal se caracteriza por una serie de “antinomias” o dicotomías conectadas que constituyen la “estructura profunda” del pensamiento liberal”. HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, *op.cit.*, p.6.

favorezcan de forma inconsciente uno de los extremos de estos dualismos hasta llegar a configurar un ordenamiento jerárquico y parcial como garante del *statu quo*".⁵⁹¹

Por otro lado, la indeterminación hace referencia a la incapacidad de una teoría de tomar una decisión, de inclinarse hacia la defensa explícita de una posición. Así la define Beckett: "[L]a indeterminación radical es la afirmación de que el derecho – en este caso el derecho internacional – es igualmente capaz de apoyar cualquier demanda: que el derecho puede producir respuestas diametralmente opuestas a cualquier cuestión jurídica".⁵⁹²

Pues bien, según los autores de esta corriente, el discurso jurídico occidental, de tradición liberal, es indeterminado porque es incoherente, es decir, debido a la ambigüedad y a la inconsistencia del lenguaje jurídico, a esa constante dicotomización de la realidad, este es incapaz de tomar decisiones claras. El lenguaje jurídico puede servir para defender una posición y su contraria y⁵⁹³ esto explicaría por qué las reglas jurídicas se aplican de manera diferente en situaciones diferentes: porque contienen principios contradictorios.⁵⁹⁴

[C]uando afirman que el Derecho es indeterminado en realidad quieren decir que el Derecho está indeterminado internamente, pues las normas y principios jurídicos dotados de autoridad no justifican por sí solos las soluciones a las controversias jurídicas.⁵⁹⁵

El interés teórico de esta corriente reside en mostrar la gramática de los discursos jurídicos y en señalar cómo en su interior se hallan esas contradicciones insalvables, cómo el propio vocabulario y los conceptos que utilizan conducen a la construcción de discursos vacíos que llevan a puntos muertos a la hora de resolver situaciones y que, sin embargo, son los que políticamente construyen el mundo.

Este carácter ideológico, contingente, contradictorio e indeterminado del derecho se da simultáneamente con una "mistificación del derecho".⁵⁹⁶ Esto significa que el sistema jurídico se muestra como un conjunto consistente de normas objetivas,

⁵⁹¹ CARRERAS, M., "Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*", *op.cit.*, p.167.

⁵⁹² BECKETT, J., "Rebel without a Cause? Martti Koskeniemi and the Critical Legal Project", *German Law Journal*, 2006, vol. 7, núm.12, p.1052.

⁵⁹³ "[E]l análisis de la coherencia está ampliamente vinculado [...] [a] la insistencia en la indeterminación del proceso jurídico. El razonamiento judicial no genera y no puede generar resultados determinantes". HUNT, A., "The Theory of Critical Legal Studies", *op.cit.*, p. 33.

⁵⁹⁴ Cfr., CARRINO, A., "Solidaridad y derecho. La sociología jurídica de los *Critical Legal Studies*", *op.cit.*, p.128.

⁵⁹⁵ CARRERAS, M., "Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*", *op.cit.*, p.170.

⁵⁹⁶ *Ibid.*, p.165.

formales, imparciales y coherentes. E implica que el derecho no solo actúa dentro de los marcos jurídicos que le corresponden, sino que también se ha erigido como un sistema de creencias fuera del ámbito jurídico, en todas las esferas de acción de la sociedad, lo cual genera un modo de pensar determinado, una “conciencia legal”⁵⁹⁷ que induce a pensar que la ley es un instrumento válido para superar las dicotomías antes nombradas, por ejemplo, entre el individuo y la sociedad, cuando lo que hace es reforzar las relaciones de dominación. Esa conciencia legal presente en las instituciones jurídicas y en la sociedad entiende el derecho acríticamente como algo objetivo y olvida que es un reflejo de los intereses de las clases o intereses dominantes.⁵⁹⁸ Este aura de neutralidad que rodea al sistema jurídico liberal induce a pensar que los conflictos se pueden solucionar aplicando las normas de manera objetiva.

El teórico Martti Koskenniemi adoptará estas tesis fundamentales de la *Critical Legal Theory* acerca del derecho. Afirmará que el sistema jurídico es capaz de generar argumentos opuestos – apologistas y utopistas – y de decantarse al mismo tiempo por ambos. Y como esta estructura indeterminada del derecho no solo afecta al contexto westfaliano – aunque es entonces donde comienzan a manifestarse esas aporías ya que es el que origina el paradigma jurídico liberal –, sino que atañe a la propia estructura del derecho, en cualquier época, el diagnóstico que este pensador arroje sobre el derecho internacional resultará muy negativo. A Koskenniemi se la ha reprochado su inocencia por descubrir ahora que el derecho internacional es parcial⁵⁹⁹ y la poca atención que presta a los esfuerzos realizados para lograr consensos en el derecho internacional.⁶⁰⁰ Ante estas acusaciones Koskenniemi responde que no niega que se hayan producido mejoras en el ámbito jurídico-político, pero sostiene que esas situaciones de estabilidad no son sino el reflejo de la victoria de una determinada posición ideológica: “El consenso es, después de todo, el punto final de un proceso hegemónico en el que algún

⁵⁹⁷ Esto plantea ciertas reticencias teóricas a autores como Alan Hunt, autor de un artículo fundamental para el estudio de esta corriente: “Teóricamente surge el problema de la “mediación”, ¿a través de qué procesos se transmite la ideología jurídica de los ámbitos especializados del discurso jurídico para instalarse en la conciencia popular?”. HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, *op.cit.*, p.12.

⁵⁹⁸ Cfr., CARRERAS, M., “Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*”, *op.cit.*, pp.155-156.

⁵⁹⁹ DUPUY, P-M., “Some Reflections on Contemporary International Law and the Appeal to Universal Values: A Response to Martti Koskenniemi”, *The European Journal of International Law*, Vol.16, n.1, 2005, pp.131-137, p.134.

⁶⁰⁰ *Ibid.*, p.136.

agente o institución ha logrado hacer que su posición parezca la posición universal o “neutral”⁶⁰¹.

Una de las corrientes que más influencia ha ejercido tanto en la *Critical Legal Theory* como en Koskenniemi es la deconstrucción. Esto explicaría la insistencia de ambos en el análisis del lenguaje y de los discursos concretos así como la particular forma expositiva de estos autores. El discurso que utilizan no es del todo sistemático, resulta muy cercano, con ejemplos de la vida cotidiana, referencias musicales, culinarias, de la cultura pop, como contraste y crítica al formalismo de la profesión académica.⁶⁰²

Pero la deconstrucción no es la única fuente de la *Critical Legal Theory*. El marxismo y el estructuralismo también desempeñan un papel importante para esta teoría, al igual que el post-marxismo, el post-weberismo o el post-estructuralismo.⁶⁰³ Algunos miembros de la Escuela de Frankfurt, Gramsci, Foucault o Derrida son algunos de los filósofos que sirven de inspiración a este movimiento.⁶⁰⁴ Es precisamente esta especie de amalgama teórica o excesiva heterogeneidad uno de los aspectos más denostados por los detractores de la corriente crítica, como explicaré más adelante. Voy a centrar mi atención en la influencia que la filosofía de Jacques Derrida ha ejercido en la *Critical Legal Theory* debido a las referencias directas que hace a esta corriente en el texto *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, donde explica las relaciones entre deconstruccionismo y derecho.⁶⁰⁵ Según él, aunque no sea de forma directa, sino

⁶⁰¹ KOSKENNIEMI, M., *From Apology to Utopia: The Structure of International Legal Argument*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, p. 597.

⁶⁰² “Si utilizan un lenguaje informal es para acercar el derecho a la gente, y hacer partícipes a los sujetos de la sociedad de la realidad jurídica. El carácter formal y altanero de los discursos jurídicos fomentaría su reificación. Sin embargo, no lograrían su objetivo de acercarse a todos”. CARRERAS, M., “Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*”, *op.cit.*, p.168. Sin embargo, algunos teóricos han criticado la oscuridad del lenguaje y el estilo utilizado por la *Critical Legal Studies*, lo que entraría en contradicción con su demanda de claridad discursiva.

⁶⁰³ Habría que analizar también por qué sus mayores partidarios se hallan en un espectro “protestante” (Estados Unidos y Europa del Norte) mientras que no son muy aceptados en los países de tradición católica (España y Latinoamérica). “Los autores adscritos a esta corriente son numerosos, siendo su procedencia principalmente anglosajona (KENNEDY, D., CARTY, V.V., ALLOT, P.) o de Europa del Norte (KOSKENNIEMI, M.), pero, salvo muy raras excepciones, carece de adeptos entre los internacionalistas de tradición latina”. DIEZ DE VELASCO, M., *Instituciones de Derecho Internacional Público*, *op.cit.*, p.112-113.

⁶⁰⁴ Aunque use indistintamente la denominación “teoría”, “corriente” o “movimiento” para referirme a la *Critical Legal Studies*, quizás el mejor denominativo sea el último: “Por lo demás se trata de un “movimiento”, y es este un aspecto que debe ser subrayado, porque de otro modo no se comprendería cómo en su interior pueden convivir tesis sociológicas, filosóficas y antropológicas, que a veces pueden resultar cualquier cosa menos uniformes”. CARRINO, A., “Solidaridad y derecho. La sociología jurídica de los “*Critical Legal Studies*”, *op.cit.*, p.117.

⁶⁰⁵ En dicha obra, Derrida hace referencias directas a la *Critical Legal Theory*: “Es por lo que aun sin conocerlos bien desde el interior – de lo que me siento culpable – y sin pretender estar familiarizado con

“de una manera oblicua”,⁶⁰⁶ los discursos deconstruccionistas siempre hablan en última instancia de la justicia.

Derrida considera que hay que distinguir el derecho de la justicia y, para ello, hay que comprender que la escisión originaria entre naturaleza y libertad es la que el derecho intenta salvar. El derecho analiza el mundo sensible y lo compara con un ideal normativo, la justicia, a través de la formulación del juicio. El carácter inasible de la justicia hace imposible estudiarla directamente o abordarla sin más e impone la necesidad de dar un rodeo para poder empezar siquiera a hablar de ella. Como no es de naturaleza empírica, la deconstrucción se ve obligada a recurrir a giros literarios, gramáticos o incluso metafóricos para tratarla. La justicia existe en la medida en que solo puede ser apelada. Y, precisamente porque la justicia no es deconstruible, ya que no es manejable, dado que no se da en el mundo sensible, el único medio para acceder a ella y modificarla es la transformación y descomposición teórica de la estructura del derecho, que sí se ofrece a la deconstrucción. Derrida expresa esta aporía de la siguiente manera: “la justicia es una experiencia de lo imposible”.⁶⁰⁷ O, como bien explica el teórico Vermeren: “Resulta de esto que lo indeconstructible sería la justicia, mientras que el derecho sería deconstructible de una manera permanente e indefinidamente perfectible”.⁶⁰⁸

El derecho no es la justicia. El derecho es el elemento del cálculo, y es justo que haya derecho; la justicia es incalculable, exige que se calcule con lo incalculable; y las experiencias aporéticas son experiencias tan improbables como necesarias de la justicia, es decir, momentos en que la *decisión* entre lo justo y lo injusto no está jamás asegurada por una regla.⁶⁰⁹

Para Derrida, como buen posmoderno crítico con el binarismo propio del pensamiento moderno, la metafísica tradicional se ha construido sobre una serie de oposiciones inmutables. Esto lo explica muy bien en su obra *La verdad en pintura* cuando analiza el arte, pensado siempre sobre la diferenciación entre contenido y continente, interior y exterior, significado y significante. Solo superando estas

ellos, considero que los desarrollos de los *Critical Legal Studies* [...] que se sitúan en la articulación entre literatura, filosofía, derecho y los problemas político-institucionales, se encuentran hoy, desde el punto de vista de cierta deconstrucción, entre los más fecundos y los más necesarios”. DERRIDA, J., *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, op.cit., p.22.

⁶⁰⁶ *Ibid.*, p.25.

⁶⁰⁷ *Ibid.*, pp.38-39.

⁶⁰⁸ VERMEREN, P., “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, *Enrahonar Quaderns de Filosofia*, 48, 2012, pp. 85-94, p.86.

⁶⁰⁹ DERRIDA, J., *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, op.cit., p.39.

distinciones, rompiendo el arte por sus propias costuras, por las propias definiciones dicotómicas que lo componen, se puede realmente investigar el arte (“[E]l arte se deja interrogar aquí a partir de la posibilidad de su muerte”).⁶¹⁰ Lo mismo se podría decir del derecho. Cuestionar el “ser derecho” del propio derecho pasa por poner en entredicho los pares de opuestos que lo constituyen. Y solo se podrán cuestionar una vez se acepte la posibilidad de su muerte, imaginando su contingencia, su no inmutabilidad y su falibilidad.

Superar el dualismo presente en la filosofía pasa por reconocer el carácter de parergon, de marco, de periferia, que tiene toda obra. Derrida explica los ejemplos kantianos de parergon: el ropaje de la estatua, la columna y el marco de los cuadros, lo cual le lleva a afirmar: “no sé lo que es esencial y accesorio en una obra”.⁶¹¹ El parergon está al lado de la obra, junto a ella, pero no completamente fuera porque ya forma parte de ella, rompe la distinción dentro/fuera, contenido/continente porque abandona su *status* de apéndice, de mero añadido y se convierte en parte fundamental de la obra y en determinante de la misma. Esta estructura es transferible a cualquier realidad.

Si tiene el estatuto de un cuasi-concepto filosófico, el *parergon*, este suplemento fuera de la obra, debe designar una estructura predicativa formal, general, que se puede transportar *intacta* o *regularmente* deformada, a otros campos para pedirle que trate nuevos contenidos.⁶¹²

En el caso del derecho este ejercicio consistiría en dejar de concebirlo como un mero sistema de normas y reconocer el exterior contextual que define a ese sistema. La tarea, entonces, es determinar qué hace de parergon en la filosofía del derecho. ¿Qué concepto juega este papel en la estructura interna de ese derecho clásico? ¿La colonia respecto a Europa, respecto al *Ius publicum europaeum*? Estas cuestiones no se formulan de manera gratuita porque el parergon puede dar cuenta de los espacios de irracionalidad del derecho, de las contradicciones que surgen al concebirlo como un sistema asentado en dualismos. Según las teorías críticas, la línea que separa el interior del exterior, el parergon de la obra, el adentro del afuera, no es tan nítida como ha pensado la tradición jurídica liberal.

Esto se ve de manera clara cuando Derrida explica cómo el derecho es fuerza y la fuerza es derecho. El derecho es fuerza porque existe un momento fundante y pre-

⁶¹⁰ DERRIDA, J., *La verdad en pintura*, op.cit., p.41.

⁶¹¹ *Ibid.*, p. 74.

⁶¹² *Ibid.*, p.66.

jurídico a través del cual se crea la ley. Ese instante de creación del derecho goza de cierta ilegalidad en la medida en que se encuentra situado entre la ausencia de ley y su aparición. En ese momento constituyente, la ley deviene ley gracias a un acto de fuerza, de decisión del soberano, de voluntarismo, que, desde el espacio de lo no jurídico, es capaz de crear el derecho. Y una vez que la ley ha sido constituida, el derecho impone su normatividad por la fuerza.

Todas estas ideas están muy presentes en la teoría de Martti Koskenniemi y en la *Critical Legal Theory*. De hecho, el enfoque crítico de esta última resulta muy valioso para Derrida,⁶¹³ aunque advierte del error de identificar dicha teoría con la deconstrucción: pese a que dicha corriente crítica se ha servido de los útiles deconstruccionistas para generar un discurso legal propio, no son equivalentes. En la medida en que la *Critical Legal Theory* pretende desmontar las contradicciones del derecho y señalar su carácter contingente, su carácter deconstructivo es innegable, pues, la deconstrucción se plantea, según Derrida, como la pregunta por la justicia y por el derecho.⁶¹⁴ Además, la tarea deconstructiva implica una labor de responsabilidad: “la tarea de una memoria histórica e interpretativa está en el centro de la deconstrucción”,⁶¹⁵ afirma Derrida. Es más, para él la deconstrucción es la justicia misma (“La deconstrucción es la justicia”)⁶¹⁶ porque esta, en cuanto inalcanzable, está en el camino de realizarse en cada intento de desvelarla: “la justicia está por venir, tiene que venir, es por-venir (...) Quizás es por eso por lo que la justicia, en tanto que no es solo un concepto jurídico o político, abre al porvenir la transformación, el cambio o la refundación del derecho y de la política”.⁶¹⁷

⁶¹³ “Me parece que responden a los programas más radicales de una deconstrucción que querría, para ser consecuente con ella misma, no quedarse encerrada en discursos puramente especulativos, teóricos y académicos, sino contrariamente a lo que sugiere Stanley Fish, tener consecuencias, cambiar cosas, intervenir de manera eficiente y responsable (aunque mediatizada evidentemente), no solo en la profesión sino en lo que llamamos la ciudad, la polis, y más generalmente el mundo”. DERRIDA, J., *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, op.cit., p.22.

⁶¹⁴ “Un cuestionamiento deconstructivo que comienza, como fue el caso, por desestabilizar o complicar la oposición entre *nomos* y *physis*, entre *thesis* y *physis*, es decir, la oposición entre la ley, la convención, la institución, de una parte, y la naturaleza, de otra [...]; un cuestionamiento deconstructivo que comienza, como fue el caso, por desestabilizar, complicar o recordar las paradojas a propósito de valores como lo propio y la propiedad en todos sus registros, el valor de sujeto, y por tanto de sujeto responsable, de sujeto del derecho y de sujeto de la moral, de la persona jurídica o moral, de la intencionalidad, etc., y de todo lo que se sigue, un cuestionamiento deconstructivo como este, digo, es un cuestionamiento sobre el derecho y sobre la justicia”. *Ibid.*, p.21.

⁶¹⁵ *Ibid.*, p.45.

⁶¹⁶ *Ibid.*, p.35.

⁶¹⁷ *Ibid.*, pp.63-64.

La deconstrucción se distingue de una mera “crítica”⁶¹⁸ porque no solo señala las incoherencias del discurso jurídico, sino que denuncia las prácticas de las instituciones políticas que consideran totalitarias. Se podría decir lo mismo de la *Critical Legal Theory*. Su intención es cambiar las instituciones jurídicas, políticas y, especialmente, educativas. (“[La deconstrucción] trabaja, lo más estrictamente posible, en ese lugar en que el llamado dispositivo “interno” de lo filosófico se articula de manera necesaria (interna y externa) con las condiciones y las formas institucionales de la enseñanza”).⁶¹⁹ Su idea de fondo es que este mundo es terrible y que hay que cambiarlo.⁶²⁰

Una vez explicadas las premisas básicas de esta corriente, repasaré brevemente las críticas que se han vertido sobre ella. Una de las más potentes hace referencia a la dificultad que supone definir un movimiento tan heterogéneo tanto en lo que se refiere a sus autores como a las temáticas tratadas (derecho privado, derecho laboral, derecho internacional, derechos humanos, estudios poscoloniales, teoría de género, etc.) y a las fuentes de las que se nutre (marxismo, estructuralismo, fenomenología, semiología, etc.). La siguiente cita del jurista español Díez de Velasco constituye un buen resumen de las intenciones y fuentes teóricas de la *Critical Legal Theory*:

Esta corriente, que adoptó en sus inicios el nombre de *Critical Legal Studies* se caracteriza por explicar el Derecho internacional como una “conversación sin contenido”, como una estructura fundamentalmente contradictoria, compuesta por normas indeterminadas, vacías y manipulables. Para esta corriente crítica, muy en la línea del pensamiento marxista, la ideología se encuentra, como superestructura, en la base del derecho y la política y es función del iusinternacionalista desenmascararla. Por ello, esta corriente propone, desde el mencionado “deconstructivismo” y análisis cuasiliterario de los textos, mostrar las contradicciones propias del discurso iusinternacionalista tradicional, descubriendo la indeterminación y politización del Derecho Internacional. Estas contradicciones en las que cae el Derecho Internacional son una de sus principales preocupaciones. De esta forma, uno de los objetivos principales de esta tendencia es mostrar el carácter retórico de la estructura del Derecho Internacional. En este sentido busca,

⁶¹⁸ “Es porque afecta a solidas estructuras, instituciones “materiales”, y no solamente discursos o representaciones significantes, que la deconstrucción no se confunde nunca con un análisis o con una “crítica””. DERRIDA, J., *La verdad en pintura*, op.cit., p. 31.

⁶¹⁹ *Idem*. “Para muchos académicos críticos legales, el hecho de que la justicia no sea intrínseca solo implica, esencialmente, una llamada a mejorar la ley en la dirección de la justicia. La manera preferida para ello es politizar la ley y la práctica jurídica a través de reformas legales y el activismo judicial “ilustrado”, o si esto no es una opción, usar la ley existente y las prácticas jurídicas subversivamente para potenciar gradualmente las causas *justas*. El propio Derrida compara con aprobación dicho tipo de activismo jurídico crítico con la forma más radical de deconstrucción...” HOFFMANN, F., “Deadlines: Derrida and Critical Legal Scholarship”, op.cit., pp.193-194.

⁶²⁰ Esta idea así de clara fue expresada en una entrevista entre Martti Koskeniemi y la autora de esta tesis en un congreso celebrado en la Universidad de Utrecht (septiembre 2013).

de una parte, la impugnación de las construcciones dogmáticas anteriores (iusnaturalismo, positivismo, sociologismo,...) y, de otra parte, manifiesta una especial hostilidad al pragmatismo conceptual irreflexivo de un gran número de autores que, intentando superar los debates doctrinales bajo un pretendido eclecticismo, realizan un discurso lleno de contradicciones.⁶²¹

Esta excesiva heterogeneidad de la *Critical Legal Theory* también llama la atención de Hunt que, aun reconociendo la importancia fundamental que ha tenido esta teoría en la historia del derecho (“la emergencia de los *Critical Legal Studies* es el desarrollo intelectual más importante en el ámbito de los estudios jurídicos desde la emergencia del realismo”),⁶²² señala su falta de cohesión teórica: “gran parte de la dificultad gira en torno a intentar establecer exactamente qué marco teórico adoptan los académicos críticos”.⁶²³ Según él, la *Critical Legal Theory* pretende hacer teoría pero sin querer constituirse como tal, porque rechaza crear una ortodoxia cerrada que iría en contra del pluralismo característico de esta corriente.⁶²⁴ Es más, tampoco parece haber mucho interés por parte de la *Critical Legal Theory* en crear algo así como un sistema porque su objetivo no es estrictamente teórico, ya que creen que lo sistemático corre el riesgo de convertirse en dogmático. La misión de esta corriente es señalar las injusticias a las que el sistema jurídico da cabida, por la estructura de su lenguaje y de sus instituciones. En palabras de Duncan Kennedy, uno de los mayores exponentes de esta corriente:

Hemos hecho un intento para definir qué es la *Critical Legal Theory*. El movimiento *Critical Legal Theory* ha estado generalmente preocupado por la relación de la academia y las prácticas legales con la lucha para crear una sociedad más humana, igualitaria y democrática. La escuela *Critical Legal Theory* ha sido influenciada por una variedad de corrientes de la teoría social radical contemporánea, pero no refleja ningún conjunto de dogmas políticos o aproximaciones metodológicas acordados. Por el contrario, hay una aguda división en el movimiento *Critical Legal Theory* en estos asuntos.⁶²⁵

Junto con esta falta de coherencia interna Hunt critica el rechazo a la filosofía que parece experimentar la *Critical Legal Theory*. Según él, los autores críticos, al identificar la filosofía occidental con el pensamiento dominante liberal, han generado

⁶²¹ DIEZ DE VELASCO, M., *Instituciones de Derecho Internacional Público*, op.cit., p.112-113.

⁶²² HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, op.cit., p.43.

⁶²³ *Ibid.*, p.23.

⁶²⁴ “Pese a que la mayoría de la academia crítica legal opera a un nivel teóricamente sofisticado, hay una ausencia de discusiones explícitas sobre asuntos teóricos”. *Ibid.*, p.44.

⁶²⁵ KENNEDY, D., KLARE, K., “A Bibliography of Critical Legal Studies”, op.cit., pp.461-462.

una animadversión injustificada por la filosofía. Ahora bien, Hunt recuerda que la posición de corte escéptico de la *Critical Legal Theory* es ya filosófica:

El núcleo de la objeción contra la abstracción es que la distancia y la generalización sacrifican la particularidad o especificidad de la realidad. Entonces, si el objetivo del pensamiento es comprender y cambiar la realidad, la “abstracción” entra en conflicto con este objetivo [...] Esta es una posición perfectamente plausible *en* la filosofía, pero ni abole la filosofía ni supera su objeción primaria a la abstracción.⁶²⁶

En línea con esta desconfianza hacia el pensamiento filosófico que parece mantener la corriente crítica, Hunt señala otro aspecto discordante: la *Critical Legal Theory* basa su rechazo a la teoría jurídica liberal fundamentalmente en las contradicciones e irracionalidades que encuentra en dicho pensamiento. Ahora bien, según Hunt esto no debería ser suficiente razón de rechazo para una doctrina que es tan reacia al pensamiento filosófico clásico occidental, ya que las apelaciones a la racionalidad, la coherencia y lo sistemático son propias de este último:

¿[Q]ué prueba demostrar una incoherencia o contradicción en una posición intelectual? Es una característica enraizada de la epistemología racionalista el que la búsqueda de coherencia interna constituye una forma mayor de legitimación intelectual. Pero dado que la teoría crítica legal discute las afirmaciones mismas de la epistemología racionalista en su búsqueda de constructos intelectuales sin fallas lógicas, es desconcertante por qué el grito del triunfo debería sonar cuando se demuestran incoherencias o contradicciones.⁶²⁷

Carreras, por su parte, también señala las fallas que ha detectado en esta teoría. Por un lado, indica que la *Critical Legal Theory*, al utilizar a la vez el subjetivismo y el estructuralismo o el marxismo, incurre en una contradicción: si sus análisis parten del sujeto como creador de significados no se puede afirmar al mismo tiempo que son grandes estructuras las que surgen como fuentes de verdad y dominación,⁶²⁸ como denuncia esta corriente. Carreras también subraya que si las instituciones jurídicas, políticas y educativas están imbuidas de intereses ideológicos y deben ser deconstruidas,

⁶²⁶ HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, *op.cit.*, p.27.

⁶²⁷ *Ibid.*, p.33. De hecho, Hunt recuerda cómo el propio Duncan Kennedy renuncia a este motivo teórico de la contradicción. *Ibid.*, p.24.

⁶²⁸ CARRERAS, M., “Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*”, *op.cit.*, p.168-9.

¿por qué no afirmar lo mismo de la propia *Critical Legal Theory*?⁶²⁹ ¿Por qué estarían sus representantes excluidos de la parcialidad que afecta a todas las corrientes?, ¿no debería arrastrar también esta teoría la sombra de la sospecha de la que acusa al liberalismo? El propio Koskenniemi parece ser consciente de esta problematicidad: “El teórico crítico parece atrapado en este dilema [...] incapaz de explicar por qué, o cómo, su propio punto de vista [...] no implicaría una “falsa conciencia” más”.⁶³⁰

Por último, al igual que ya señalé a propósito de Koskenniemi, algunos autores acusan a la *Critical Legal Theory* de desmontar el sistema, incluido el Derecho Internacional, sin ofrecer ningún tipo de alternativa. Creen que el hecho de achacar una parcialidad o ideología congénita al derecho, supone una amenaza (nihilista, como señala la siguiente cita de Díez de Velasco) para el concepto mismo de ley.

En nuestra opinión, sin menospreciar el trabajo intelectual de algunos de estos autores y sin negar la necesidad de que un modelo científico de esa orientación exista en nuestra disciplina, por lo que ello supone de apertura a otras, creemos que una concepción científica de esas características, por su desvinculación del análisis substantivo, por su criticismo exagerado que puede llevar al nihilismo y por la confusión metodológica que implica, no puede llegar a constituir un modelo científico mayoritario en nuestra disciplina.⁶³¹

A este respecto habría que analizar hasta qué punto, y pese a no aportar ninguna solución concreta, no es la deconstrucción, en sí misma, una alternativa. La crítica, en su labor de desmontaje de contradicciones ancladas, de aporías por todos aceptadas, se convertiría en un desvelamiento o desocultamiento que desplegaría una nueva conciencia del derecho absolutamente renovada y crítica y, en ese sentido, portadora de un cambio significativo. Quizás hay un tipo de conflictos cuya problematicidad es tan abismal que no permiten su cierre. Eso es lo que la *Critical Legal Theory* cree acerca del derecho, que su parcialidad le es tan connatural que exigir soluciones concretas es no haber entendido el problema filosófico que plantea la ley. Deconstruir es ya una acción, es manejar de una determinada manera los conceptos, es no dejarlos tranquilos. Derrida afirma que ante el abismo que supone intentar superar esta escisión poco más queda por hacer que la sátira del abismo, y eso es “mucho decir”: “es bastante decir: abismo y sátira del abismo”.⁶³²

⁶²⁹ *Ibid.*, pp. 169 y 172.

⁶³⁰ KOSKENNIEMI, M., *From Apology to Utopia*, *op.cit.*, p.541.

⁶³¹ DIEZ DE VELASCO, M., *op.cit.*, p.112-113.

⁶³² DERRIDA, J., *La verdad en pintura*, *op.cit.*, p.29.

Todas estas críticas son ciertamente interesantes y ponen el foco en el carácter más vulnerable de la *Critical Legal Theory*. La mejor manera de comprobarlo es estudiar a estos autores críticos. Dedicarme a todos y cada uno de ellos es una tarea que excede los límites de este trabajo y quizás sea imposible por la propia naturaleza de la corriente. Por esta razón he elegido centrarme en Martti Koskenniemi. La motivación de esta elección es doble: a su radical contemporaneidad se suma que entre sus muchos temas de estudio se encuentran, precisamente, el Derecho Internacional Clásico y el pensamiento de Carl Schmitt.

7.2. MARTTI KOSKENNIEMI Y EL ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS ARGUMENTOS JURÍDICOS: UN ESTUDIO DEL CONTEXTO WESTFALIANO.

En Westfalia, los soberanos hicieron un contrato social. Esto implicó aceptar un argumento ascendente y descendente sobre la legitimidad internacional: el orden emergía de los mismos soberanos y el derecho de los soberanos para constituir un orden de su gusto se asumió como “inherente”.

MARTTI KOSKENNIEMI⁶³³

El derecho internacional sería así, o un sueño, o una fábula apta para satisfacer las cándidas almas de los intelectuales incapaces de mirar a los ojos a la medusa del poder que dirige implacablemente las relaciones internacionales, o bien mera apología del statu quo y justificación *a posteriori* de los peores desafueros del Estado llevados a cabo con la cobertura de algún principio internacionalista.

MASSIMO LA TORRE⁶³⁴

La teoría jurídica de Martti Koskenniemi, diplomático y académico del derecho finlandés, ha adquirido una notable celebridad en el ámbito de los estudios jurídicos contemporáneos, en gran medida, por haber puesto en cuestión, desde una perspectiva crítica y hasta cierto punto escéptica, todo el aparato conceptual en el que se sustenta el derecho internacional. Las influencias que se advierten en el desarrollo de sus tesis son principalmente la *Critical Legal Theory*,⁶³⁵ el estructuralismo francés,⁶³⁶ el marxismo y la filosofía de la deconstrucción. Koskenniemi no quiere construir ni una teoría ni una filosofía propias, simplemente se está dirigiendo a sus compañeros juristas internacionales.⁶³⁷ Ya que, pese a la intención de los jueces y académicos dedicados al Derecho Internacional de mantenerse en un terreno no ideológico, estos no pueden evitar caer en posiciones utópicas u apologistas, esto es, en posturas idealistas o realistas, respectivamente.⁶³⁸ La labor de Koskenniemi no es solo desenmascarar la falsa

⁶³³ KOSKENNIEMI, M., *From Apology to Utopia*, op.cit., p.94

⁶³⁴ LA TORRE, M., GARCÍA PASCUAL, C., “La utopía realista de Hans Kelsen”, Introducción a KELSEN, H., *La paz por medio del derecho*, Trotta, Madrid, 2008, pp. 9-29, p.11.

⁶³⁵ “Tal y como aprendí de David Kennedy, el argumento jurídico, de forma inexorable, y bastante predecible, permitió la defensa de cualquier posición, siendo constreñido simultáneamente por un lenguaje formal riguroso”. KOSKENNIEMI, M., “Style as Method: Letter to the Editors of the Symposium”, op.cit., p.298.

⁶³⁶ Cfr., JOUANNET, E., “Koskenniemi: A Critical Introduction” en KOSKENNIEMI, M., *The Politics of International Law*, op.cit., pp. 1-32, p.2.

⁶³⁷ *Idem*.

⁶³⁸ Este relato se encuentra especialmente en *El discreto civilizador de naciones*, donde Koskenniemi muestra a través de la explicación de la actuación de grandes juristas internacionales y diplomáticos el carácter parcial o ideológico de los productores de la ley internacional. KOSKENNIEMI, M., *Discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional 1860-1960*, op.cit., p.21.

neutralidad de los argumentos jurídicos sino, en general, denunciar la objetividad con la que la que los juristas internacionales adornan su labor. Quiere mostrar que lejos de constituir un almacén cerrado y consistente de axiomas, el derecho internacional tiene una narrativa, un contexto y un carácter histórico. Se pueden apreciar similitudes entre sus intenciones teóricas y las de la deconstrucción.

Koskenniemi establece un paralelismo entre el ejercicio dialéctico de la teoría marxista y su ejercicio deconstructor. La deconstrucción, como la dialéctica, desenmascara el conflicto oculto bajo las formas neutrales del lenguaje jurídico; en el caso del derecho internacional, su misión no consiste en la mera crítica o descripción de la historia de la diplomacia, sino en señalar las crisis de legitimidad que se esconden bajo las luchas subyacentes a dicha diplomacia así como sus incoherencias y contradicciones.⁶³⁹

Mientras que la dialéctica muestra la contingencia histórica de lo social, la “deconstrucción” apunta a la indeterminación radical [...] de lo simbólico y redescubre el conflicto social en términos de conflicto (político) por encima de lo que los símbolos sociales significan [...] Por eso parece correcto decir que la deconstrucción lleva a cabo el trabajo de la dialéctica mostrando la inestabilidad radical de las formas de representar la sociedad.⁶⁴⁰

El método deconstructivo, como “juego de narrativas de unidad y fragmentación”,⁶⁴¹ supone denunciar y rechazar una visión lineal de la historia en la que la racionalidad de los acontecimientos queda resaltada e inserta en una lógica de sentido. Para Koskenniemi la deconstrucción no es un vórtice de sinsentido, sino un ejercicio de comprensión de las discontinuidades, las incoherencias y las falacias que atraviesan el devenir del derecho. Esta visión contingente de la historia, frente a las visiones más científicas o racionalistas, permite exigir responsabilidades ante los acontecimientos ya que estos no se convierten en hechos naturales inevitables, sino en acciones políticas de sujetos (ya sean estados o individuos) responsables que toman decisiones:

⁶³⁹ Cfr., KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?” en MARKS, S (ed.), *International Law on the Left. Re-examining Marxist Legacies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008, pp.30-52, p.39.

⁶⁴⁰ *Ibid.*, p. 39.

⁶⁴¹ KOSKENNIEMI, M., “The Fate of Public International Law: Between Technique and Politics”, *The Modern Law Review*, v.70, n.1, 2007, p. 25.

El enfoque posmoderno no está de acuerdo con las “metanarrativas” que otorgaban coherencia y dirección al discurso histórico en el pasado. No comparte el juicio de que la Modernidad esté unida al “progreso” o que el “progreso” pueda ser captado por el humanitarismo liberal que otorgó una base intelectual e ideológica al derecho internacional desde finales del siglo XIX en adelante. Desde esta perspectiva, parece urgente reinterpretar el pasado en términos de “genealogías” discontinuas que unan los problemas de una Modernidad gigante a las elecciones hechas en el pasado y no a unas leyes históricas inexorablemente constringentes. El estudio del pasado toma entonces la forma de: “¿Quién tiene la culpa y qué se puede hacer?”⁶⁴²

En línea con el pensamiento de la *Critical Legal Theory*, Koskenniemi presta una especial atención al lenguaje ya que su labor principal es desmontar los argumentos y los conceptos aceptados y asimilados pasivamente por el discurso jurídico internacional. Como el propio Koskenniemi apunta⁶⁴³ y señalan comentadores como Jouannet,⁶⁴⁴ en la idea de que el lenguaje es una construcción social, determinada por un contexto particular que configura los significados, quedaría patente la influencia del giro lingüístico estructuralista de Saussure y del pragmatismo de Wittgenstein.

El derecho internacional, según Koskenniemi, es capaz de acomodar todas las posiciones y argumentos. En este sentido, el derecho es como un lenguaje, una “gramática generativa”, que delimita solo cómo deberían ser hechos los argumentos, no qué argumentos deben ser hechos. De hecho, él va más allá, el derecho internacional no es como un lenguaje, es un lenguaje.⁶⁴⁵

Las dos tesis principales de Koskenniemi – que el derecho es político y que ese mismo derecho es indeterminado⁶⁴⁶ – también están directamente relacionadas con la *Critical Legal Theory*. Respecto a la primera, el carácter ideológico del derecho, Koskenniemi no valora positivamente la primacía de lo político sobre lo jurídico. En

⁶⁴² KOSKENNIEMI, M., “The history of International Law Today”, *Rechtsgeschichte*, 2004, p.5.

⁶⁴³ “Me uní al estructuralismo francés (clásico), a su diferenciación entre el lenguaje y el habla (o “estructura profunda” y “superficie”) y a su habilidad para explicar de una manera dura y positivista – “científica” – la construcción del lenguaje o la forma cultural de una red de combinaciones posibles limitadas. Siguiendo al estructuralismo convencional, describí el derecho internacional como un lenguaje que fue construido con oposiciones binarias que representaban respuestas posibles, pero contradictorias, a cualquier problema jurídico internacional”. KOSKENNIEMI, M., “Style as Method: Letter to the Editors of the Symposium”, *op.cit.*, p.298.

⁶⁴⁴ *Cfr.*, JOUANNET, E., “Koskenniemi: A Critical Introduction”, *op.cit.*, p.9.

⁶⁴⁵ BECKETT, J.A., “Rebel without a Cause? Martti Koskenniemi and the Critical Legal Project”, *German Law Journal*, Vol.07, núm.12, pp. 1045-1088, p.1051.

⁶⁴⁶ “Gran parte de *From Apology to Utopia* está dedicado a la demostración de la tesis de la indeterminación. Como crítica inmanente muestra que los principios justificadores del derecho internacional – la doctrina política liberal – fracasan de hecho como principios justificadores”. KOSKENNIEMI, M., *From Apology to Utopia*, *op.cit.*, p.610.

cuanto a la segunda, la tesis de la indeterminación, Koskenniemi considera que la gramática del derecho genera unas normas internas que permiten la construcción de argumentos contrarios, asentados al mismo tiempo en una estructura apologética y normativa. Esto revela el carácter contradictorio de los argumentos jurídicos y la incapacidad o indeterminación del derecho para poder decantarse por unos u otros.

Esta tendencia simultánea a la facticidad y a la normatividad o, en términos de Koskenniemi, al apologismo y al utopismo, que presentan los argumentos del derecho queda trazada en la obra principal de Koskenniemi, *From apology to utopia*,⁶⁴⁷ una cartografía de la estructura de los argumentos utilizados por el Derecho Internacional desde su prefiguración en la Edad Media hasta el actual panorama post-westfaliano, pasando por el desarrollo del *Ius publicum europaeum* de Westfalia. La labor de metacrítica explícita en la obra permite señalar, desde el interior de la propia gramática del derecho, sus propias antinomias. La manera en que Koskenniemi delinea la geografía del derecho convierte a sus obras en relatos epistemológicos a través de los cuales el derecho se narra a sí mismo su propio argumento. El resultado de ese proceso de autoconocimiento fue, en sus propias palabras, el siguiente:

El resultado fue un análisis formal-estructural de las “condiciones de posibilidad” del derecho internacional como práctica argumentativa – de las reglas transformativas que fortalecieron al derecho internacional como discurso – que se apoya en oposiciones binarias entre argumentos...⁶⁴⁸

En concreto, la tesis en torno a la cual se articula el recorrido de su obra *From Apology to Utopia* es que a lo largo de la evolución del *Ius publicum europaeum*, entendido como máxima expresión del Derecho Internacional del panorama westfaliano, los argumentos jurídicos han sufrido un problema de justificación epistemológica. El derecho adolece de una dinámica contradictoria que hace que sus argumentos se conviertan siempre, según Koskenniemi, en “apologistas y utópicos”. Los argumentos “apologistas” fundamentan la ley en el comportamiento, deseo o interés del estado, pues son los que convierten la ley en vinculante. Desde la perspectiva utópica, la ley queda justificada a través de la normatividad de ciertos ideales o valores, que son los que

⁶⁴⁷ “*From Apology to Utopia* de Martti Koskenniemi es el monográfico en lengua inglesa más importante de finales del siglo XX en el ámbito del derecho internacional”. KENNEDY, D., “The Last Treatise: Project and Person. (Reflections on Martti Koskenniemi’s *From Apology to utopia*”, *German Law Journal*, Vol.07, núm.12, p.982.

⁶⁴⁸ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.256.

harían vinculante a la ley. Hay entonces un balanceo constante entre la justificación del *status quo* – la acción del estado– y la tendencia a fines normativos – más allá de la estatalidad –: “O algo es vinculante como efecto de una deseo u orden de un sujeto, o es vinculante independientemente de ese deseo, porque es justo lo que debería ser la norma”.⁶⁴⁹

El propio derecho internacional, inconsciente de la aporía que le atraviesa, ha criticado ambas justificaciones, la primera por ser demasiado dependiente de la política estatal y la otra por estar fundada en utopías especulativas. Su objetivo era proveer de objetividad a la ley, crear soluciones estrictamente legales tanto en el ámbito del contenido como de la aplicación. Ahora bien, cualquier justificación jurídica obliga a partir o de normas *in abstracto* o del comportamiento fáctico del estado. La inexistencia de un lugar situado más allá de la facticidad o de la normatividad, es decir, de la apología de la realidad existente o del utopismo de determinados ideales, muestra una brecha connatural al derecho, a saber, la imposibilidad de proceder de una forma neutral o apolítica en la arena internacional. Esto afecta incluso a la figura del jurista, cuya labor se ve atravesada también por la dinámica apologismo/utopismo:⁶⁵⁰

O bien elige un razonamiento deductivo y argumenta a favor de la existencia de obligaciones internacionales que se derivan de principios como la justicia, el interés común, el progreso, la naturaleza de la comunidad mundial o ideas similares que tienen en común el ser anteriores, o superiores, al comportamiento del estado a su voluntad o interés. O bien opta por una aproximación inductiva y argumenta en base al comportamiento, la voluntad o el interés del Estado. [...] El primero nos lleva a la utopía, al deber ser, el segundo, a la política entendida como defensa del interés del Estado o la sociología si se entiende por tal y en este ámbito la mera descripción de las relaciones de fuerza.⁶⁵¹

No se trata de que las discusiones jurídicas elijan voluntariamente ser apologistas o utópicas, sino que, queriendo ser neutral, toda corriente jurídica acaba cayendo inevitablemente en una u otra posición. Esto no afecta exclusivamente al derecho internacional, sino al derecho en su conjunto, si bien es en el ámbito exterior donde esa aporía es más visible ya que es donde más se manifiesta el dilema *facticidad versus normatividad*, concretado en la disyuntiva *estado versus federalismo*. Esta

⁶⁴⁹ KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, *op.cit.*, p.40.

⁶⁵⁰ “¿Podemos mostrar la falta de objetividad de la ciencia del derecho internacional y a la vez defender la función del jurista internacionalista?”. GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, *op.cit.*, p.220.

⁶⁵¹ *Ibid.*, p.226.

problematicidad no es accidental, sino que define una anomalía congénita al derecho internacional:

Estas dicotomías no pueden pensarse como “problemas” a resolver sino que definen el campo en el que la “ley internacional” es representada como práctica social. Sin tales oposiciones y la manera en que proporcionan una temática para el “discurso” legal internacional, no podría haber ley internacional en primer lugar. Es precisamente la dicotomización lo que muchos comentadores encuentran (correctamente) tan llamativo en este tipo de investigación pero, de alguna manera, también lo encuentran (quiero pensar que equivocadamente) decepcionante o contraproducente en un supuesto trabajo “crítico”.⁶⁵²

Un problema añadido es el fenómeno de la reversibilidad⁶⁵³ que consiste en que las dinámicas utópicas acaban convirtiéndose en apologistas y viceversa. Es decir, el apologismo se apoya tanto en el estado para justificar el derecho que esa acción estatal se convierte en normativa. Por eso Koskenniemi, al referirse a las dinámicas apologistas, habla de un *movimiento ascendente* porque la acción del estado llega a hipostasiarse tanto que se eleva hasta convertirse en un fin, en una utopía. Por su parte, el utopismo, movimiento través del cual se proyectan unos ideales normativos (la idea de justicia, de libertad, de igualdad, etc.) que se erigen como fundamentos del derecho, se convierte en apologismo porque para que esas ideas se manifiesten es necesaria la presencia del estado, que es quien las hace reales. Se habla entonces de un *movimiento descendente* porque, a partir de esa posición superior, las normas descienden y pasan a apoyarse en las actuaciones particulares de los estados, como forma de materializar esos fines.

Ambas posturas se acusan mutuamente: el fallo del utopismo, según la vertiente apologista, es que no puede justificar sus normas en la experiencia, mientras que la crítica del utopismo al apologismo se basa en que da preeminencia al estado por encima de las normas.⁶⁵⁴ Dicho de otra manera, en el sucesivo desenvolvimiento de las Relaciones Internacionales se han generado unas dinámicas argumentativas contradictorias en las que, o bien se han justificado las Relaciones Internacionales apelando a determinados fines normativos (utopismo) o atendiendo a la práctica fáctica del estado (apologismo). Y, como en función de la reversibilidad del discurso jurídico, el utopismo se vuelve apologético cuando sus ideales se justifican en nombre de los

⁶⁵² KOSKENNIEMI, M., “A Response”, *op.cit.*, p 1104.

⁶⁵³ *Cfr.*, KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p.504.

⁶⁵⁴ *Cfr.*, KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p.60.

derechos del estado, y el apologismo se transforma en normativo al convertir al estado en la máxima autoridad, la discusión entre las corrientes jurídicas de uno y otro lado conduce a una discusión *ad infinitum*.

Para defender un punto de vista normativo se necesita un discurso de la justicia o de la moral (utopismo) que al final acabará necesitando justificarse en la práctica de las instituciones, las cuales terminarán convirtiéndose en el sostén del derecho (el utopismo se convierte en apologismo). Y para defender una posición fáctica habrá que demostrar el papel fundamental del estado o las instituciones políticas para el desarrollo del derecho (apologismo), que tendrán que justificarse mostrando que tienden a determinados ideales o hacen cumplir ciertas normas (el apologismo se convierte en utopismo), normatividad que a su vez debería ser justificada. Se produce así un círculo vicioso irresoluble:

[E]l discurso legal internacional es incoherente porque incorpora supuestos contradictorios acerca de lo que es argumentar objetivamente sobre normas. Esto da lugar a argumentos legales contradictorios y a la incapacidad para preferir cualquiera de ellos.⁶⁵⁵

Si se traslada este esquema al desarrollo histórico de las relaciones interestatales se observa, según Koskenniemi, que en la Modernidad el cristianismo, como cosmovisión basada en una jerarquía objetiva de valores, entró en decadencia y la soberanía del príncipe se convirtió en la piedra de toque del sistema jurídico moderno. Y es precisamente con la emergencia del estado soberano y del liberalismo jurídico cuando se empiezan a generar de forma clara las dinámicas apologistas y utopistas descritas. Es decir, hay una unión intrínseca entra la generación de argumentos contradictorios e indeterminados y la estructura del liberalismo que surge en el contexto westfaliano.⁶⁵⁶ Koskenniemi señala que el liberalismo surge como estrategia de la Modernidad para preservar la libertad en un orden político neutral no dependiente de principios teológicos. Pero, ¿cómo se justifica ese concepto de libertad?, ¿atendiendo a

⁶⁵⁵ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p.63.

⁶⁵⁶ “De esta manera, el vínculo entre las dos tesis de Koskenniemi – esto es, entre su explicación del lenguaje del derecho internacional como imbuido de una estructura argumentativa altamente determinada y su crítica política al liberalismo – es clara inmediatamente: al poner en primer plano la estructura argumentativa del discurso jurídico internacional, fue capaz de mostrar que la idea de la primacía del derecho sobre la política es pura ilusión”. JOUANNET, E., “Koskenniemi: A Critical Introduction”, *op.cit.*, p.13.

una determinada normatividad que indique qué se entiende por libertad?, ¿o debe estar justificado en lo que las instituciones y prácticas estatales determinen como libertad?⁶⁵⁷

El problema es que el liberalismo acaba aceptando ambas posiciones, termina asumiendo las dinámicas utópicas y apologistas, y no sólo a propósito del concepto de libertad, sino a propósito de cualquier concepto. Lo que está en juego, en definitiva, es hasta qué punto el estado, para justificar las prácticas que lleva a cabo necesita recurrir no solo a sí mismo, sino también a un horizonte normativo.

Primero, [el liberalismo] asume que las normas legales emergen de los propios sujetos jurídicos. No hay un orden normativo natural. Dicho orden es artificial y justificable solo si puede vincularse a los deseos e intereses concretos de los individuos. Segundo, asume que una vez creado, el orden social se volverá vinculante para esos mismos individuos.⁶⁵⁸

Una vez instaurado el contrato social en la Modernidad los soberanos, a través de su decisionismo, tenían capacidad para crear ley, pero esa ley debía fundamentarse en un sistema preceptivo. Los hechos de por sí no crean ley. La creación de ley implica ya una autoconcepción, una epistemología y una interpretación normativa y a su vez esa normatividad necesita revertir en los hechos y aplicarse a ellos. Por eso, el estado soberano tenía que justificar su existencia o apelando a unos principios normativos superiores a él, o bien atendiendo a su existencia concreta como entidad estatal, es decir, a través de un argumento utopista o apologista, respectivamente. Lo mismo ocurre con los principios ligados al estado, como la libertad o la igualdad, que pueden quedar justificadas postulando esos fines como unos ideales normativos que hay que alcanzar (utopismo) o pueden quedar ligadas al estado soberano si se piensa que solo son posibles gracias a la actuación de este (apologismo).

La reversibilidad, entendida como la transformación del apologismo en utopismo y del utopismo en apologismo, es clara en este caso: si se defiende el papel del soberano porque es la única instancia capaz de hacer reales en la tierra ciertos principios normativos (utopismo), se habrá hecho depender a esos ideales de la existencia particular de una entidad contingente como es el estado (apologismo).

⁶⁵⁷“La esfera de libertad del estado debe ser capaz de determinarse desde una perspectiva que le sea externa. Por otro lado, no podemos derivar completamente el estado de sus relaciones sociales y su libertad desde una (predominante) perspectiva normativa externa sin perder la individualidad del estado como nación y la justificación de sus reclamos de independencia y autodeterminación”. KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, op.cit., p.225.

⁶⁵⁸ *Ibid.*, p.21.

Si por el contrario, el estado se fundamenta en su particularidad misma, asumiendo su contingencia y su capacidad de crear orden en el caos (apologismo), será necesario vincularlo con la defensa de determinados principios (de igualdad, de libertad), que son los que va a materializar dicho estado (utopismo). Ahora bien, una vez que el paradigma religioso deja de ser funcional para las relaciones internacionales westfalianas, ¿qué puede hacer de cimiento normativo para la actuación del estado?, ¿en qué teoría normativa convergen las apelaciones a la libertad o a la igualdad? Pareciera que, como se ha venido denunciando a lo largo de esta tesis, esos ideales recaen en la noción misma de estado soberano, es decir, que en la Modernidad el apologismo ganaría ventaja sobre el utopismo, con todos los riesgos que esto acarrea para la convivencia internacional, ya que la apología de cada soberano entraría en conflicto con la de los demás: “si confiamos en la autodefinición de la entidad soberana, adolecemos de apologismo y la soberanía de otras entidades resultará transgredida”.⁶⁵⁹

En la noción de equilibrio, otro concepto clave del *Ius publicum europaeum*, se advierte también la dinámica apologismo/utopismo. El equilibrio puede quedar justificado bien a través de una argumentación utopista, que recurriría a los ideales de la estabilidad y de la armonía entre los estados; bien a través de una argumentación apologista, que apelaría a los intereses del estado para defender los beneficios de la coexistencia interestatal.

¿Qué base hay para imponer un equilibrio, cierta concepción de equidad, “razonabilidad” o buena fe, en un estado que no la ha aceptado? Argumentar que es vinculante porque otros estados lo han aceptado no explica por qué un estado debería ser obligado por los valores subjetivos de otro estado. Esto es manifiestamente contrario a su igualdad soberana. Desde la perspectiva del estado contra el que se invoca el equilibrio esto parece un intento de imponerle las visiones políticas de otros.⁶⁶⁰

Otro ejemplo, relacionado con la soberanía, que reproduce la teoría del movimiento apologismo/utopismo es el principio de no intervención en un estado o, lo que es lo mismo, su derecho a la independencia. Por un lado, se puede pensar que este principio obedece a razones de interés estatal relacionadas con el mantenimiento de la autonomía del estado y la no injerencia de terceras partes. Sin embargo, dicho principio también puede justificarse apelando a la necesidad normativa de la emancipación y la

⁶⁵⁹*Ibid.*, p. 300.

⁶⁶⁰*Ibid.*, p. 269.

libertad de los estados soberanos. Se ve entonces como el principio de no intervención puede entenderse como la manifestación de un fin normativo trascendente más allá de la particularidad de las prácticas de los estados o como la afirmación de la política concreta de un estado:

De nuevo, la autodeterminación puede ser interpretada como un reclamo de justicia, solidaridad e igualdad (interpretación descendente) o como un reclamo de libertad e independencia (interpretación ascendente). Correspondientemente, puede ser criticado como un principio totalitario (dado que rechaza la autodeterminación de sus unidades más pequeñas) o como una política separatista, egoísta. Ninguna de estas interpretaciones tiene una prioridad intrínseca frente a la otra. Ninguna de la que escojamos depende de su esencia natural sino de nuestra posición (la del intérprete) respecto a algún principio de justicia.⁶⁶¹

Un último ejemplo del dilema entre facticidad y normatividad o, lo que es lo mismo, entre apologismo y utopismo, es la adquisición de territorios, en lo que respecta a la actividad colonial: ¿tal apropiación debe basarse en la mera posesión fáctica por parte de un estado o tiene que obedecer a una normativa internacional?⁶⁶² Se puede aceptar que una vez que un estado ha ejercido una ocupación sobre un territorio, esa imposición de fuerza crea derecho ya que la decisión soberana puede crear efectos jurídicos. O, se puede argumentar que esa misma ocupación debería llevarse a cabo aludiendo a la legalidad internacional vigente o en un contexto de acuerdos y cooperación con otros países:

La ley de adquisición territorial oscila entre basar el título en la posesión efectiva (y sus derivados) y en un reconocimiento externo (aquiescencia). No sería difícil percibir aquí la oposición entre un enfoque de la soberanía puro fáctico [apologista] y uno legal [utopista].⁶⁶³

Esto no hace sino poner de manifiesto, según determina Koskenniemi apoyado en la teoría de Laclau, como se verá más adelante, el problema de fondo del lenguaje jurídico: los principios jurídico-políticos, incluido evidentemente el de soberanía, carecen de un significado determinado. Esta plasticidad de los conceptos permitiría que las dinámicas apologistas y utopistas tuvieran más facilidad para desenvolverse, ya que

⁶⁶¹ *Ibid.*, p.504.

⁶⁶² *Cfr.*, *Ibid.*, p.282 y siguientes.

⁶⁶³ *Ibid.*, p.286.

al no existir una definición política fija e inamovible de los conceptos, la justificación podrá adquirir, según el caso, un cariz apologista o utopista:

La expresión “soberanía” o cualquier definición de lo mismo no pueden tener un contenido fijo “automáticamente” aplicable. No es solo que son ambiguas o tienen una penumbra de incertidumbre sobre ellas. Simplemente no hay significado fijo, no hay en absoluto una extensión natural de la soberanía.⁶⁶⁴

Que esas dinámicas apologistas y utopistas sigan presentes a día de hoy, como piensa Koskenniemi, significa que la estructura presente en todo discurso jurídico internacional es la de la dialéctica facticidad/normatividad o el dilema política *versus* derecho. Se pondría así de manifiesto la doble tendencia de las relaciones internacionales: por un lado, la creencia de que solo una fuerte actuación estatal puede imponer la paz y la necesidad de apostar por unos ideales regulativos (en el caso del derecho internacional, la consecución de la paz entre los estados y el cumplimiento de los derechos humanos principalmente) cuya realización total, por otro lado, se sabe de antemano imposible.

⁶⁶⁴ *Ibid.*, p.242.

7.3. LA DENUNCIA DE KOSKENNIEMI: NI APOLOGISMO SCHMITTIANO NI UTOPIISMO UNIVERSALISTA.

Desde esta perspectiva, el sistema de Schmitt es subjetivo por apologista, porque asume que el poder hace el deber.

MARTTI KOSKENNIEMI⁶⁶⁵

Quizás la versión más frecuente del enfoque de la pura facticidad se exprese en el voluntarismo, la opinión de que la ley internacional emerge del deseo del estado. Esta opinión acepta como dada la existencia de un deseo autoritativo y procede a construir la ley desde él.

MARTTI KOSKENNIEMI⁶⁶⁶

En *From apology to utopia* Koskenniemi sostiene que una de las teorías que mejor ilustra la contradicción apologismo/utopía presente en el pensamiento del *Ius publicum europaeum* es la doctrina de Carl Schmitt. En concreto, el acercamiento de la postura schmittiana a posiciones apologistas hace que Koskenniemi denomine al enfoque de Schmitt “pure fact approach”, “enfoque de la facticidad pura”, que no es sino el “decisionismo” o “voluntarismo” que teóricamente se le suele asignar a Schmitt. Con ello pretende subrayar la primacía de lo político sobre lo jurídico presente en Schmitt, que queda especialmente escenificada en el hecho de que la pregunta que prima no es qué aspecto controla la decisión de las normas, sino quién decide.⁶⁶⁷

Que el tomar decisiones sea “una cuestión de poder, no de ley”⁶⁶⁸ muestra, según la distinción establecida por Koskenniemi, una posición ascendente, es decir, apologista, ya que parte de un estado fáctico, la decisión del estado, que se eleva hasta convertirse en vinculante normativamente: “el poder del estado es normativo y este poder es él mismo externo y constitutivo de la ley”.⁶⁶⁹ Es decir, la normatividad a la que tendería el estado no sería ningún principio situado en una esfera trascendente, sino que el estado mismo se convertiría en ideal normativo. Como Schmitt sostiene, según Koskenniemi, que ningún ideal cosmológico otorga la regla de la interpretación del estado, la propia facticidad del estado justificaría su existencia. El surgimiento de la entidad soberana no dependería de un acto legal, sino de una decisión o actuación fáctica del estado, que

⁶⁶⁵ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, op.cit., p.227.

⁶⁶⁶ *Ibid.*, p.233.

⁶⁶⁷ “Todo depende en el fondo de la decisión factual, no de la norma abstracta”. *Ibid.*, p. 226.

⁶⁶⁸ “Y esto es una cuestión de poder, no de derecho”. *Idem.*

⁶⁶⁹ *Ibid.*, p.226.

alcanzaría en Schmitt un rango teológico. El propio Schmitt lo señala en la siguiente cita:

Toda unidad política existente tiene su valor y su “razón de existencia” no en la justicia o conveniencia de normas, sino en su existencia misma. Lo que existe como magnitud *política* es, jurídicamente considerado, digno de existir. Por eso su “derecho a sostenerse y subsistir” es el supuesto de toda discusión ulterior; busca ante todo subsistir en su existencia, *in suo esse perseverare* (Spinoza); defiende “su existencia, su integridad, su seguridad y su Constitución, todo valor existencial.”⁶⁷⁰

Ahora bien, si ser estado depende de una cuestión fáctica independientemente de la ley, la estatalidad misma se convierte en código normativo.⁶⁷¹ Y hasta tal punto dicha estatalidad se convierte en modelo de conducta que servirá para justificar la ocupación de las colonias.⁶⁷² Negándoles la estatalidad a esos territorios – lo cual permitía que esos espacios vacíos pudieran ser utilizados al antojo de las potencias europeas – la personalidad existencial y soberana de las naciones europeas quedaba reafirmada y, así, su poder de decisión como actores legítimos.

[S]i las entidades no europeas no reunieron las condiciones para la estatalidad no fue por la existencia de un código material que, durante todo el tiempo, hubiera impedido su calificación como tales. Fue simplemente porque su esencia subjetiva (grado de civilización) no correspondía a la de los estados europeos: eran, sencillamente, demasiado diferentes.⁶⁷³

La problemática consiste en cómo justificar el fundamento del estado, determinar qué hace que un estado sea un estado. Como se dijo en el apartado anterior, si ese principio de estatalidad es independiente de la particularidad del estado, hay que encontrar un principio anterior, de carácter no empírico, una norma previa fundante (utopismo). Pero esa regla tiene que entroncar con el estado en algún momento y quedar

⁶⁷⁰ SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, op.cit., p.59.

⁶⁷¹ Este argumento es decisivo para la conquista americana española, pues habría que discutir si verdaderamente el imperio inca o azteca eran, desde el punto de vista organizativo, tan distintos al imperio español. A este respecto, Kokenniemi subraya cómo Vitoria y Soto advirtieron la legitimidad de los procedimientos administrativos indígenas: “[L]os indios eran legítimos propietarios de su propiedad y [...] sus jefes ejercieron jurisdicción válidamente sobre sus tribus”. (Vitoria, ‘On the American Indians,’ 2. 1–2 (252–64); y Vitoria, ‘On the Law of War’ in Vitoria, *Political Writings*, § 13 (293, 303–4). KOSKENNIEMI, M., “Empire and international law: the real Spanish contribution”. *University of Toronto*, enero 2010, p. 13.

⁶⁷² “El *Ius publicum europaeum* que vino a regular la relación entre los estados europeos fue consolidado a través de los grandes descubrimientos que se extendieron a territorios no europeos como un ámbito de toma de tierra europea ilimitada e hizo posible así que el propio orden europeo permaneciera estable”. KOSKENNIEMI, M., “International Law as Political Theology: How to read the Nomos der Erde?”, *Constellations*, 2004, pp.492-511, p.494.

⁶⁷³ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, op.cit., p.232.

justificada en él (apologismo): “Si esta regla precede a cualquier Estado individual entonces parece una regla del estado natural. Una regla justificable de la estatalidad necesita tener alguna relación con la aceptación subjetiva por parte de los estados”.⁶⁷⁴

La posición de Schmitt solo es una muestra de algo mayor, del problema congénito del derecho internacional, el cual se manifiesta, según Koskenniemi, en que “no hay espacio en la ley internacional que esté “libre” de decisionismo, ni aspecto del oficio legal que no implique una “elección” – que no debiera ser, en este sentido, una política de la ley internacional”.⁶⁷⁵ Política y ley aparecen indefectiblemente unidas en Schmitt, como también afirma Kervégan:

[La teoría de Schmitt] quiere ser un tipo de pensamiento jurídico que, por medio de una cierta articulación entre derecho y política, se desmarque a la vez de la política liberal y de la epistemología normativista, caracterizadas una y otra por la denegación de dicha articulación.⁶⁷⁶

No es dicha unión lo que critica Koskenniemi del sistema westfaliano, sino su ocultamiento y simulación. Schmitt nunca trató de esconder su decisionismo pero no comentó ni mencionó que ese decisionismo soberano fuera ya potencialmente imperial. Quiso hacer creer que el *Ius publicum europaeum* permitía la pluralidad y la coexistencia, pero Westfalia no permitió el federalismo, sino que fue política de prestigio en sus prácticas y, sobre todo, por pasión y espíritu. En la dialéctica entre hegemonía y equilibrio⁶⁷⁷ Koskenniemi sostiene que fue la primera la que salió victoriosa en la política westfaliana.

Rechazar el apologismo presente en el argumento de Schmitt no significa que Koskenniemi defienda las posiciones utopistas (por ejemplo, de Kelsen), esto es, la justificación de la política a partir de ideales normativos a los que se ajuste la práctica

⁶⁷⁴ *Ibid.*, p.274.

⁶⁷⁵ *Ibid.*, p.596.

⁶⁷⁶ KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, op.cit., p.319.

⁶⁷⁷ Dicha dialéctica entre hegemonía y equilibrio ha sido un tema muy teorizado por autores como Ludwig Dehio o Leopold von Ranke. “Ludwig Dehio ha demostrado que [...] es la manifestación de la misma dinámica de la razón de Estado, que se aferra a su lógica interna de construcción de hegemonía – en la que el equilibrio es el estado de excepción y de impotencia – en todos los episodios decisivos de la historia europea, con la tozudez del retorno de lo mismo, desde las aspiraciones hegemónicas españolas bajo Carlos V y Felipe I, hasta las aspiraciones hegemónicas de Hitler, pasando por las aspiraciones de Luis XIV o de Napoleón”. VILLACANA, J. L., *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, op.cit, p, 144.

estatal.⁶⁷⁸ El hecho de verse inmerso en esta disyuntiva, entre la crítica al apologismo de Schmitt y el rechazo a posiciones utopistas, y de no poder posicionarse ni con una ni con otra doctrina muestra la incapacidad, no solo de Koskenniemi, sino del propio argumento jurídico de generar neutralidad. Y esta incoherencia congénita al derecho explicaría la incapacidad de Westfalia de crear un equilibrio. Según Koskenniemi, no se trataría tanto de buscar una solución a esta problemática como de aceptar que no hay alternativa en absoluto (“no podemos manifestar una preferencia por argumentos alternativos porque no son en absoluto alternativos”).⁶⁷⁹ La falla de los argumentos no es un fallo temporal, sino un vicio connatural a la política internacional.

Si bien los argumentos apologistas acaban sancionando el *status quo* y la actuación del estado, las posiciones utopistas, al estar ligadas a concepciones teleológicas y normativistas, corren el riesgo de caer en la defensa del universalismo. Es más, el universalismo habría venido a sustituir el carácter religioso de épocas precedentes.⁶⁸⁰ En el siglo XIX se sirvió de la idea universal de progreso, a partir del XX de la del humanitarismo.⁶⁸¹

Koskenniemi se sirve de la teoría de Laclau y Mouffe para fundamentar su rechazo del universalismo. Apoyándose en la tesis de los significantes flotantes, Koskenniemi sostiene que no es posible afirmar que los conceptos tengan validez objetiva y universal dado que – y aquí entronca con la influencia recibida por el estructuralismo francés – cobran su significado en la red de relaciones con otros conceptos. El carácter contextual y relacional de la estructura lingüística convierte a los conceptos, no en relativos, pero sí en dependientes de sus conexiones con su entorno. Pero es necesario introducir un matiz, Koskenniemi no está en contra de la defensa de ideas universales, sino de la utilización que el derecho internacional ha hecho de ellas a lo largo de la historia:

⁶⁷⁸ “La vulnerabilidad política de Kelsen radicaba en su igualmente “arbitraria” elección de la primacía de lo internacional sobre lo nacional”. KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, op.cit., p.242.

⁶⁷⁹ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, op.cit., p.10.

⁶⁸⁰ KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, op.cit., *passim*.

⁶⁸¹ “Siguiendo a Carl Schmitt, Koskenniemi abre la posibilidad de que el internacionalismo jurídico liberal basado en [la idea] de humanidad sea un falso universalismo. Sugiere que el reclamo de universalismo o el reclamo en nombre de la humanidad en conjunto, es esencialmente una estrategia de poderes particulares o tipos particulares de intereses, que buscan la hegemonía o la dominación enmascarando lo que les beneficia como lo que es bueno o correcto universalmente”. HOWSE, R. y TEITEL, R., “Does Humanity-Law require (or imply) a progressive Theory of History? (and other Questions for Martti Koskenniemi)”, *Temple International and Comparative Law Journal*, 2013, pp.377-397, pp. 385-386.

La cuestión es cómo distinguir entre un compromiso con el universalismo y las políticas de actores poderosos internacionales que constantemente invocan el universal con el objetivo de justificar sus agendas particulares.⁶⁸²

Como buen crítico, Koskenniemi quiere cambiar las instituciones y estructuras del derecho internacional y acabar con las situaciones de injusticia y, por eso, plantea su propuesta de *cultura del formalismo* como alternativa frente a las “ideologías universalistas y la gestión burocrática de los conflictos sociales”.⁶⁸³ Ese formalismo no indica ningún contenido sustantivo acerca de lo que deba ser la acción política, sino que expresa una manera de canalizar las preocupaciones internacionales. Articulado en torno al respeto a los principios democráticos, el formalismo supone una apuesta por la responsabilidad internacional, el rendimiento de cuentas y el freno al ejercicio de dominio de las grandes potencias.⁶⁸⁴ “Los ideales [del formalismo] incluyen los de la responsabilidad, igualdad, reciprocidad y transparencia, y nos llegan con un vocabulario incrustado de derechos (formales)”.⁶⁸⁵

Al fin y al cabo, lo que Koskenniemi demanda es una base jurídica para la política internacional: “Los defensores de tal cultura [del formalismo] tendrían que seguir el ejemplo de Kant e insistir en la necesidad de basar el resultado en algún principio general”.⁶⁸⁶ Ahora bien, esto ya se puede encontrar en Kelsen o en la corriente del pacifismo jurídico. La novedad que introduce Koskenniemi es que dicho formalismo no es planteado en forma de teoría, sino como una cultura. Klabbers considera que el formalismo es una posición más ética que política.⁶⁸⁷ Se trataría de reconocer que los sujetos de la sociedad internacional plantean constantemente demandas que deben ser amparadas por un marco de derecho capaz de adaptarse a las necesidades concretas de los individuos: “La universalidad aquí no es ni un principio fijo ni un proceso sino un horizonte de posibilidad que despliega las identidades particulares en el mismo proceso

⁶⁸² KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, *op.cit.*, p. 35.

⁶⁸³ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p.504.

⁶⁸⁴ BECKETT, J.A., “Rebel without a Cause? Martti Koskenniemi and the Critical Legal Project”, *op.cit.*, p.1070.

⁶⁸⁵ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p.616.

⁶⁸⁶ *Ibid.*, p.501.

⁶⁸⁷ “El principal impulso de la “cultura del formalismo”, tal como lo entiendo, es que refiere a una posición ética más que a un proyecto político particular”. KLABBERS, J., “Towards a Culture of Formalism? Martti Koskenniemi and the Virtues”, *Temple Int'l & Comp. L.J.*, 27.2., 279, 2013, pp.417-435, p.420. De hecho, Koskenniemi afirma: “El formalismo no pregunta “¿qué debería hacer para satisfacer mi preferencia?”, sino “¿qué debería hacer en vista de las demandas justificadas que me hacen los otros?””. KOSKENNIEMI, M., “Formalism, Fragmentation, Freedom. Kantian Themes in Today’s International Law”, *No Foundations*, 4, 2007, p.23.

en el que hacen sus demandas de identidad”.⁶⁸⁸ Parece entonces que se formula un concepto negativo de universalidad,⁶⁸⁹ una universalidad sin contenido o una universalidad construida a partir de las demandas que en cada caso articulan el descontento de los ciudadanos:⁶⁹⁰

[N]o puede crearse un sentido de universalidad sin intereses objetivos [...] Pero aquellos que son diferentes pueden unirse por lo que experimentan como una violación dirigida, no a nadie en particular, sino a todos en general. Aquí es donde los juristas internacionales, aprendiendo de Marx, podrían ver la promesa emancipadora del derecho internacional. El derecho internacional podría actuar precisamente como instrumento a través del cual los agravios particulares pudieran ser articulados como universales y así, como el mito, construir un sentido de humanidad universal a través del acto de invocarla.⁶⁹¹

Koskenniemi no es defensor de la teoría kantiana de un gobierno mundial, pero integra sus propuestas de autonomía y republicanism en su proyecto de la cultura del formalismo para hacer frente a lo que, según Koskenniemi, se configura como el gran bloque de amenazas globales: la desformalización, la fragmentación y el imperio.⁶⁹²

[La cultura del formalismo] representa la posibilidad de lo universal (como bien sabía Kant) pero lo hace permaneciendo “vacía”, un dato negativo en lugar de positivo, y evitando así el peligro del imperialismo. En cambio, intenta inducir toda particularidad para dar lugar a la universalidad escondida en ella [...] Ninguna identidad particular, sin embargo, puede hacer una propuesta sin hacerlo en

⁶⁸⁸ KOSKENNIEMI, M., *From apology to utopia*, *op.cit.*, p. 506.

⁶⁸⁹ “Esto crea la aparente paradoja de que aunque la articulación del universal ha sido rechazada como posibilidad, permanece como condición de posibilidad”. BECKETT, J.A., “Rebel without a Cause? Martti Koskenniemi and the Critical Legal Project”, *op.cit.*, p. 1062.

⁶⁹⁰ Prueba de ello fueron para Koskenniemi las manifestaciones mundiales contra la ocupación de Irak del 2003. *Cfr.*, KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, *op.cit.*, p. 50. La tesis que suscribe la importancia de las manifestaciones del 15 de febrero de 2003 es defendida también por Derrida y Habermas en un escrito común – suscrito por otros pensadores como Richard Rorty o Umberto Eco – titulado “El 15 de febrero, o lo que une a los europeos”, en HABERMAS, J., *El Occidente escindido*, *op.cit.*, pp.45-53.

⁶⁹¹ KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, *op.cit.*, pp.51-52.

⁶⁹² “Al final del milenio, tres fenómenos aparecieron para ensombrecer estos desarrollos: la “desformalización”, la “fragmentación” y el “imperio”. Por “desformalización” quiero referirme al proceso por el cual el derecho se retira de la escena y se dedica únicamente a la provisión de procedimientos o directivas formuladas a expertos y responsables con el propósito de administrar problemas internacionales mediante soluciones funcionalmente efectivas e “intereses de equilibrio”. ¿Por fragmentación? Me refiero a la división del derecho en “régimenes” funcionalmente definidos, como el “derecho comercial”, el “derecho de los derechos humanos”, el “derecho criminal”, el “derecho medioambiental”, el “derecho marítimo”, incluso el “derecho deportivo”, cada uno de ellos engranado a otros tipos particulares de intereses y dirigido por una competencia estrechamente definida. Por imperio me refiero a la emergencia de patrones de constricción deliberadamente destinados a fomentar los objetivos de un único autor dominante, ya sea a través de la ley o independientemente de ella”. KOSKENNIEMI, M., “Constitutionalism as Mindset: Reflections on Kantian Themes about International Law and Globalization”, *Theoretical Inquiries in Law* 8.1, 2007, pp.9-36, p.13.

términos universales, aunque lo haga, como mostró Ernesto Laclau, en términos que son necesariamente negativos, en lugar de positivos, en cuanto a una falta...⁶⁹³

Esa carencia de significado fijo o de contenido sustantivo que tienen los conceptos jurídico-políticos en la actualidad no tiene por qué ser negativa. Pero, como señalé anteriormente, el sistema jurídico liberal se aprovecha de esa liquidez y permite que el derecho pueda llegar a mantener posturas completamente contradictorias y que sea imposible decidir entre ellas, situación de *indeterminación* que tanto la *Critical Legal Theory* como Koskenniemi denuncian. La cultura del formalismo que propone este último podría ayudar a mitigar los efectos de dicha indeterminación. Pues, dado que hoy no tiene sentido postular contenidos universales, pero tampoco es útil para el derecho esa indeterminación, el límite o el dique destinado a contenerla no puede ser otro, según Koskenniemi, que la defensa de los derechos de los sujetos. Así lo explica Klebber: “la crítica de la indeterminación da por hecho que cualquier “ley” puede sostener cualquier significado. Sin embargo, el formalismo coloca una garantía interpretativa: solo son válidas las interpretaciones que sostendríamos contra nosotros mismos”.⁶⁹⁴

⁶⁹³ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones*, op.cit., p.480. Referencia a LACLAU, E., “Universalism, Particularism and the Question of Identity”, y “Subject of Politics, Politics of Subject” en *Emancipation(s)*, Verso, Londres, 1996, pp.20-35, 48-51.

⁶⁹⁴ BECKETT, J.A., “Rebel without a Cause? Martti Koskenniemi and the Critical Legal Project”, op.cit., p.1070.

CAPÍTULO 8: Sociología Histórica Internacional: la necesidad del conocimiento socio-histórico para una teoría de las Relaciones Internacionales.

8.1. LA CRÍTICA A LA POLÍTICA MODERNA SCHMITTIANA DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA INTERNACIONAL.

La contribución del marxismo político es haber participado al cambio histórico en las Relaciones Internacionales. Esta corriente ha estimulado la reevaluación de conceptos aceptados en el seno de este campo de estudio: capitalismo, soberanía, modernidad, estado, globalización.

FRÉDÉRIC G. DUFOUR ⁶⁹⁵

Pero si Westfalia no codificó la estatalidad moderna y si 1648 representa entonces un (poderoso) mito para la disciplina de las Relaciones Internacionales, tendremos que reescribir la historia de los orígenes, la consolidación y la subsiguiente expansión del moderno sistema internacional.

BENNO TESCHKE ⁶⁹⁶

La Sociología Histórica Internacional (*International Historical Sociology*) es una corriente dedicada al estudio de la política internacional que surgió en los años 70 como resultado de la imbricación de dos corrientes de disciplinas diferentes. En concreto, es fruto de la unión entre el materialismo histórico, subcorriente de la Sociología Histórica, y el marxismo político, rama de la disciplina neo-marxista⁶⁹⁷ de las Relaciones Internacionales.

La enorme pléyade de corrientes y subcorrientes existentes en el seno de las diferentes teorías contemporáneas de las Relaciones Internacionales puede acabar

⁶⁹⁵ DUFOUR, F.G., “Approches néomarxistes: la théorie néogramscienne et le marxisme politique” en MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, CEPES (Centre d’Études des Politiques Étrangères et de Sécurité), Quebec, 2007, pp.207-229, p.224.

⁶⁹⁶ TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction” en BURGESS, M., VOLLAARD, H. (ed.), *State Territoriality and European Integration*, Routledge, Nueva York, 2006, pp.37-67, pp.40-41.

⁶⁹⁷ Dentro de la corriente del neomarxismo se pueden distinguir dos ramas: la teoría neogramsciana (articulada en torno a los conceptos de estructura histórica y hegemonía) y el marxismo político, que es el que voy a desarrollar. Cfr., O’MEARA, D., “La théorie marxiste et l’analyse des conflits et des relations de pouvoir mondiaux” en MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, op.cit., pp.133-158, *passim*. Según Dufour, la vertiente neogramsciana se centra en la evolución de los procesos posteriores a la revolución industrial, mientras que el marxismo político presta atención a la evolución de los conceptos de períodos de ruptura histórica como es el caso del Imperio Romano o la Paz de Westfalia. DUFOUR, F.G., “Approches néomarxistes: la théorie néogramscienne et le marxisme politique”, op.cit., p.214.

dificultando la comprensión de su núcleo epistemológico. Por eso, lo fundamental aquí no es tanto la etiqueta de las doctrinas que componen la Sociología Histórica Internacional, como comprender que su originalidad se fundamenta en la aplicación de las premisas de carácter histórico propias de la Sociología Histórica al estudio de unas Relaciones Internacionales de corte neomarxista.

Para Benno Teschke, el autor de esta corriente en el que me centraré en el siguiente apartado, la dificultad que plantea la investigación de la Sociología Histórica y sus diferentes corrientes⁶⁹⁸ es el dilema, también presente en el marxismo en los años 70 y 80,⁶⁹⁹ entre utilizar un enfoque historicista o uno científicista: “Mientras que el científicismo se dirige hacia generalizaciones teóricas, el historicismo se dirige hacia la especificación histórica”.⁷⁰⁰ Uniendo este interés por la historia a una de las herramientas teóricas del marxismo político, la atención a la transformación de las relaciones de propiedad,⁷⁰¹ la epistemología resultante en la Sociología Histórica Internacional será un enfoque no positivista que explicará la política internacional teniendo en cuenta la evolución histórica de las relaciones de propiedad.

El historicismo es, de esta manera, la clave para comprender qué tipo de Sociología Histórica Internacional propone Benno Teschke. Frente a una concepción estática y estable de los objetos estudiados, ya sea el estado, las relaciones sociales o la

⁶⁹⁸La Sociología Histórica engloba, además del materialismo histórico, otras corrientes como el neo-realismo, el neo-weberianismo, el constructivismo, el post-estructuralismo o el post-colonialismo. Y en el seno del materialismo histórico se encuentra a su vez un conjunto de subteorías dedicadas al estudio de las Relaciones Internacionales: las teorías de sistema-mundo, la neogramsciana, la escuela de Amsterdam, la teoría del desarrollo desigual y comparado, y el marxismo político. Cfr., TESCHKE, B., “IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology”, *Spectrum: Journal of Global Studies*, 2014, 6 (1). pp. 1-66, pp.2-3. Estas divisiones no son inamovibles. De hecho, hay autores que no habrían hecho la división de este modo y que separan la Sociología Histórica del Materialismo Histórico. Cfr., HALLIDAY, F., “Las Relaciones Internacionales y sus debates”, Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM), Madrid, 2006, p.11. Benno Teschke habla de las tres etapas o movimientos que ha experimentado la Sociología Histórica. La primera, en la década de 1980, con autores como K. Polany, C. Tilly, T. Skocpol, A. Giddens o M. Mann y centrada en una revisión de las relaciones de Marx con Weber y de poco carácter histórico. La segunda, que tuvo lugar en la década de 1980 y 1990, tiene un marcado carácter historicista de la mano de A. Gramsci, I. Wallerstein, P. Anderson, R. Brenner, E. Wood, F. Braudel, R. Cox, F. Halliday, G. Arrighi, J. Rosenberg o B. Teschke. La tercera surge en el 2000 y se divide en cinco subcorrientes: institucionalismo, elección racional, giro cultural, feminismo y post-colonialismo. Cfr., TESCHKE, B., “IR Theory, Historical Materialism, and the false Promise of International Historical Sociology”, *op.cit.*, pp.9-11. Me centraré en la segunda ola por tres motivos: porque las temáticas tratadas coinciden con nuestro tema de estudio, por su insistencia en la historización y especialmente porque es la tradición en la que se inserta Benno Teschke.

⁶⁹⁹ Cfr., *Ibid.*, p.3.

⁷⁰⁰ *Idem.*

⁷⁰¹ “Según los defensores del marxismo político, lo que es central en la reconstrucción de una dinámica geopolítica es la forma histórica específica que ha tomado la institucionalización de las relaciones sociales de propiedad [...] La historia representa entonces una dimensión constitutiva de la epistemología del marxismo político...”. DUFOUR, F.G., “Approches néomarxistes: la théorie néogramscienne et le marxisme politique”, *op.cit.*, p.210.

guerra, esta corriente insiste en la importancia del carácter histórico de las realidades políticas analizadas y de la propia teoría desde la que se estudian. No se pueden enunciar leyes generales aplicables a cualquier caso, sino que hay que atender a la especificidad de la realidad estudiada, a su contexto concreto y a sus circunstancias particulares. Los fenómenos políticos no pueden ser tratados como fotos fijas, hay que hacer justicia al dinamismo propio de todo acontecimiento inscrito en la historia.

Por eso, la Sociología Histórica Internacional, incorporando los presupuestos del neo-marxismo y de la sociología histórica, tratará los fenómenos políticos reconociendo que su surgimiento y desarrollo obedecen a una contingencia muy determinada que necesita ser contextualizada en unas determinadas coordenadas históricas:

Esto implicó la historización del ámbito conceptual y de las prácticas geopolíticas. Esto estaba unido al rechazo de la premisa trans-histórica de que el estado [...] puede ser concebido como una categoría analítica coherente por derecho propio, dotada de una racionalidad unitaria, cerrada y fija...⁷⁰²

Los conceptos histórico-políticos no son realidades que hayan existido desde siempre, sino que han surgido en contextos históricos determinados respondiendo a demandas teóricas concretas.⁷⁰³ Uno de los ejemplos que pone Teschke para ilustrar este marcado carácter historicista es el concepto mismo de “relaciones internacionales”. Este solo surge cuando tienen lugar momentos de ruptura, de conflicto, que ponen en peligro la unidad de la entidad política de que se trate. No hay pensamiento sobre la realidad internacional en Roma, o en la *Respublica Christiana*.⁷⁰⁴ Sí aparece, por el contrario, en Grecia, en el Renacimiento y durante la emergencia del contexto westfaliano, “cuando las geografías políticas imperiales y las concepciones cosmológicas del orden mundial estaban bajo amenaza”.⁷⁰⁵

⁷⁰² TESCHKE, B., “IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology”, *op.cit.*, p.6.

⁷⁰³ Y esta teoría afecta por supuesto a la propia consideración que tiene Teschke de su teoría, de la Sociología Histórica Internacional, a la cual concibe como un producto contextual que no es definitivo ni está cerrado para siempre: “Cualquier respuesta requiere ella misma un conocimiento sociológico histórico para determinar las condiciones históricas de posibilidad para que cristalice la cuestión misma de la Sociología Histórica Internacional”. *Ibid.*, p.62.

⁷⁰⁴ “¿Por qué los teóricos escolásticos, anteriores a los descubrimientos y solo interrumpidos por las Cruzadas, deberían preocuparse por las Relaciones Internacionales cuando su “mundo” estaba constituido por una *Respublica Christiana*, que integraba jerárquicamente el mundo católico “conocido” y sus diferentes poderes intermedios bajo la autoridad espiritual y mundana de la Curia y el mandato papal?”. *Ibid.*, p.55.

⁷⁰⁵ “[L]as prácticas cambiantes de la geografía política tienen que ser historizadas conceptualmente, más que apoyarse pasivamente en sociedades aparentemente seguras y pre-constituidas como unidades de análisis...”. *Ibid.*, p.56.

De acuerdo con los postulados de la Sociología Histórica Internacional, las teorías realistas de las Relaciones Internacionales utiliza dos técnicas a través de las cuales el análisis histórico queda anulado: el “cronofetichismo” y el “tempocentrismo”. Partiendo de la teoría del fetichismo de Marx, el cronofetichismo expresa la hipóstasis del presente, es decir, cómo determinados momentos históricos, véase el contexto westfaliano, se llegan a objetivar a través de su aceptación acrítica hasta convertirse en realidades fijas e inamovibles, ya dadas de manera natural, en vez de ser comprendidas como constructos meramente históricos. El tempocentrismo sirve para explicar cómo determinados acontecimientos históricos sirven de modelo explicativo para el pasado e incluso para el futuro, sin reconocer ni comprender las particularidades propias de cada época histórica.

Ante estos dos fenómenos la Sociología Histórica Internacional insiste en señalar que el presente es pura construcción, maleable y producible por el contexto. No es natural, sino conformado por relaciones de poder. Por esa razón, hay que aceptar que los grandes eventos de la historia están anclados en contextos concretos y no pueden servir para explicar cualquier suceso de cualquier otra época, porque eso significaría no reconocer la exclusiva particularidad y contingencia de cada período de la historia y sus relaciones socio-políticas propias. Por ejemplo, tal como explica otro exponente de la Sociología Histórica Internacional, John Hobson, la lucha de Estados Unidos contra la URSS no puede constituir un esquema explicativo de la guerra entre Atenas y Esparta, ni la hegemonía estadounidense puede considerarse similar al poderío inglés del siglo XIX, ni el sistema westfaliano ser equiparado al sistema feudal bajomedieval.⁷⁰⁶ Precisamente, Hobson señala cómo la utilización del paradigma político westfaliano se ha convertido, a través de un ejercicio cronofetichista y tempocentrista, en uno de los mayores ejemplos de concepción a-histórica de las Relaciones Internacionales:

El conocimiento de la sociología histórica revela que los principales teóricos de las relaciones internacionales han tomado en efecto una “instantánea” cronofetichista del presente sistema westfaliano en un momento particular del que fueron extraídas sus características más básicas sin ninguna consideración hacia su marco histórico

⁷⁰⁶ HOBSON, J., “What’s at stake in “bringing Historical Sociology *back* into international relations”? Transcending “cronofetichism” and “tempocentrism” in international relations” en HOBSON, J. (ed.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp.3-41, *passim*. “[C]uando mostramos a través de la investigación histórico-sociológica que los sistemas históricos de estados antiguos no eran equivalentes al moderno sistema westfaliano [...] estamos forzados a repensar los diferentes procesos que originaron y constituyeron las cualidades específicas del sistema moderno”. *Ibid.*, pp. 10-11.

específico, para extraer una teoría “científica” de las relaciones internacionales. Esto solo puede ser problemático porque el “momento” Westfalia es precisamente eso: es la excepción temporal más que la norma en la historia internacional. El siguiente paso de los principales teóricos de las relaciones internacionales fue tomar este “momento” excepcional y extrapolarlo al pasado de forma tempocéntrica para deslustrar todos los sistemas históricos como isomórficos o homólogos, imponiendo así un carácter históricamente saneado y totalizado al pasado y presente de las relaciones internacionales y oscureciendo las diferencias y discontinuidades significantes entre los sistemas históricos.⁷⁰⁷

De acuerdo con esta cita, el momento “Westfalia” ha sido extrapolado a otros momentos del pasado y del presente obviando que ese contexto siendo, como fue, una ruptura y un hito en la historia europea, fue una realidad histórica muy concreta y, además, un contexto no reductible a la mera fecha de la firma de los tratados (1648) sino un paradigma político de diferentes matices según su adaptación a cada estado europeo y a cada momento de los diferentes siglos que abarcó. El ejercicio positivista de congelar el hito de Westfalia borra cualquier atisbo de diferenciación, tan necesaria para indagar la genealogía de los conceptos que componen el mapa conceptual de la política exterior. Esto llega hasta el punto de que hoy en día se habla con normalidad de contextos y universos tanto pre-westfalianos como post-westfalianos, como si se hubieran asimilado por completo todas las implicaciones de lo que significa “westfaliano”. De este modo, la reivindicación del reconocimiento de la diferencia de los tiempos históricos y el rechazo a la objetivización del presente con fines críticos se presentan como los grandes rasgos de la Sociología Histórica Internacional.

[Es] un enfoque crítico que rechaza tratar el presente como una entidad autónoma fuera de la historia, sino que insiste en incrustarlo en un lugar socio-temporal específico, ofreciendo así remedios sociológicos a las ilusiones ahistóricas que producen el cronofetichismo y el tempocentrismo.⁷⁰⁸

Esta defensa a ultranza del carácter histórico que debiera tener toda teoría de las Relaciones Internacionales es una respuesta a las teorías dominantes en las Relaciones Internacionales, especialmente al neo-liberalismo y al realismo,⁷⁰⁹ que son ahistóricas y

⁷⁰⁷ *Ibid.*, p. 19.

⁷⁰⁸ *Ibid.*, p.13.

⁷⁰⁹ También es una respuesta a una sección del marxismo que Teschke llama “marxismo científico” y que se opone al “marxismo crítico”. El primero es anti-hegeliano, cientificista y formulador de leyes generales, mientras que el segundo está en línea con las tesis hegelianas, defiende la historia y no se atreve a enunciar leyes de carácter científico. *Cfr.*, TESCHKE, B., “IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology”, *op.cit.* pp. 2-3.

asociológicas, en definitiva, “historofóbicas”.⁷¹⁰ Al usar instrumentalmente la historia, no han logrado hacer un análisis de la realidad, sino justificar dicha realidad, tesis que también encontramos en Koskenniemi.⁷¹¹ No se han servido de la historia para comprender las estructuras explicativas de las diferentes situaciones internacionales. No acuden a ella como fuente epistémica sino que recurren a ella como si fuera una lista de ejemplos aplicables a cualquier realidad. Los efectos de la congelación de los períodos históricos son totalitarios porque aplastan la particularidad y no dejan que se desvelen las diferencias, las sublevaciones, las incoherencias, etc. Dado que el conocimiento surge de una posición histórica determinada, hay que tener en cuenta los matices que definen cada período histórico, pues no se pueden dar explicaciones generales o globales para cualquier etapa de la historia.

Los paradigmas dominantes en las Relaciones Internacionales, el Neorrealismo y el Neoliberalismo, permanecen ligados a una concepción positivista de la ciencia para explicar la política internacional. La subsunción del comportamiento internacional bajo una ley general que reclama objetividad está teóricamente empobrecida y debilita intelectualmente. Políticamente, es peligroso y a menudo cómplice de las políticas agresivas del estado hegemónico. En algunas versiones, es escandaloso. El Neorrealismo es una ciencia de la dominación. Es una tecnología del poder estatal impregnada de racionalidad instrumental.⁷¹²

Esta atención a la diferencia y a la particularidad permite advertir mejor las evoluciones conceptuales presentes, tanto a nivel histórico como jurídico-político, de cada acontecimiento histórico. Esto implica reconocer, en línea con la tesis de la imbricación de esferas clásica del marxismo, la influencia de los diferentes ámbitos que componen la realidad: el económico, el político, el social, etc., lo que supone un ataque a la concepción liberal que intenta tratar por separado la economía, la política, el derecho, etc. Esta demanda de interconexión también tiene implicaciones teóricas para las Relaciones Internacionales. Estas no pueden constituirse como una materia aislada,

⁷¹⁰ HOBSON, J., “What’s at stake in “bringing Historical Sociology *back* into international relations”? Transcending “cronofetichism” and “tempocentrism” in international relations”, *op.cit.*, p.5.

⁷¹¹ “[I]ncluso aunque el “realismo” describa la política internacional como una lucha por el poder de los estados para realizar sus intereses, salta en un instante de la explicación de Tucídides de las guerras del Peloponeso alrededor del año 400 a.C. a una discusión de las relaciones entre las ciudades-estado italianas en los siglos XIV y XV, a la paz de Utrecht en 1713 y a la Guerra Fría. ¿Cuál es la fuerza de una teoría que congela dos siglos y medio en un patrón único e invariable?”. KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”. *op.cit.*, pp.42-43.

⁷¹² TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, Verso, Londres, 2003, p.274. En su día tesis doctoral del Prof. Teschke, actualmente profesor del CAIT - *Centre for Advanced International Theory* - de la Universidad de Sussex, Brighton, Inglaterra.

tal y como tradicionalmente ha sido concebida la disciplina, sino que tienen que conectar directamente con otras ramas del saber, como la economía y la política. El marxismo político exige que la teoría de las Relaciones Internacionales sea estudiada como formando parte del resto de la realidad a la que conforma y por la que es conformada.

La separación de disciplinas académicas hace pensar que las Relaciones Internacionales no tienen que ver, por ejemplo, con las relaciones de propiedad. Por esta razón, el estudio crítico de la política internacional no solo implica un ejercicio constante de enjuiciamiento de las instituciones dadas como objetivas o neutrales – como el concepto de estado –. También requiere sacar a la disciplina de las Relaciones Internacionales de una posición cómoda, limitada a la mera descripción de los acontecimientos históricos y exigirla, por un lado, que subraye el dinamismo y la movilidad propia del funcionamiento de los conceptos políticos y, por otro, que reconozca su relación intrínseca con otros saberes.

Este rechazo del estado-centrismo, de las ontologías estables y de las racionalidades políticas universales implicaron básicamente la negación directa de las tesis constitutivas de la disciplina de que las relaciones internacionales ocupan una esfera de la realidad separada, distinta y autónoma, justificando la posición de las Relaciones Internacionales como una disciplina propia, atada igualmente a la Historia y a la Sociología⁷¹³.

Parte de la labor crítica consiste en considerar los enunciados y conceptos de las teorías internacionales como normativos, no neutrales. Los conceptos de “seguridad” u “orden” no son pacíficos sino que responden a intereses determinados. Una teoría crítica de las Relaciones Internacionales tiene que hacerse cargo de la verdadera naturaleza interesada de esos conceptos, desvelarlos como portadores de intereses e intenciones dominantes e incluso imperiales:

Los neomarxistas analizan estos conceptos bajo el ángulo particular de los intereses que consolidan: ¿quién se beneficia de un orden internacional y quién no? ¿Quién tiene los medios materiales para promover determinada doctrina de la seguridad nacional? ⁷¹⁴

⁷¹³ TESCHKE, B., “IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology”, *op.cit.*, pp.6-7

⁷¹⁴ DUFOUR, F.G., “Approches néomarxistes: la théorie néogramscienne et le marxisme politique”, *op.cit.*, p.215.

En el caso de Benno Teschke, esta labor de historización va ligada a la específica noción de dialéctica que utiliza, ligada a la praxis y a la concreción del contexto histórico.⁷¹⁵ La dialéctica en Teschke subraya el carácter constantemente cambiante de la realidad, nunca cerrada del todo,⁷¹⁶ sin leyes generalizables como las que construye el neorrealismo. La historia no responde a un fin trascendente, tampoco responde a un conjunto de voluntades humanas ni a procesos mecánicos deterministas, sino a un “desarrollo dialéctico”.⁷¹⁷ Esto permite entender las contradicciones de la historia como un movimiento propio del proceso histórico,⁷¹⁸ las categorías están abiertas y sujetas al cambio debido a la propia contingencia de la estructura histórica.⁷¹⁹ “la dialéctica sugiere estrategias de especificación histórica y concretización para estrechar el espacio entre un concepto y su referente empírico y así evitar la reificación conceptual”.⁷²⁰ Y este carácter dialéctico e historizante se debe aplicar al estudio de las Relaciones Internacionales.⁷²¹

Con todo, el diagnóstico de Teschke acerca de la posibilidad de que la Sociología Histórica Internacional se convierta en una disciplina del ámbito internacional cuyas tesis pudieran aplicarse de modo general a cualquier objeto de estudio de su campo es negativo. La Sociología Histórica Internacional puede servir de instrumento o herramienta para dotar a una teoría internacional de un nutrido fondo histórico-sociológico, pero no puede ser la base desde la que construir una teoría internacional independiente: “El intento de pasar de un diálogo interdisciplinario entre las Relaciones Internacionales y la Sociología Histórica a una superdisciplina sintética de la Sociología Histórica Internacional válida para la historia universal está, de momento,

⁷¹⁵ “La dialéctica equivale a un procedimiento epistemológico que reconvierte los fenómenos sociales como abstracciones en concreciones construidas inter-subjetivamente”. TESCHKE, B. y CEMGIL, C., “The Dialectic of the Concrete: Reconsidering Dialectic for IR and Foreign Policy Analysis”, *Globalizations*, 2014, vol.11, No 5, 605-625, p.615.

⁷¹⁶ “Por tanto, la primera premisa ontológica de la dialéctica es que la naturaleza, incluidos los seres humanos y sus creaciones, están en un flujo constante. Esto implica que la actividad práctica de las personas no puede ser “congelada” y subsumida bajo categorías generales preestablecidas en niveles de abstracción cada vez más altos, y exige que su actividad relacional dirija la investigación hacia la concreción conceptual”. *Ibid.*, p.616.

⁷¹⁷ *Cfr.*, TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.273.

⁷¹⁸ TESCHKE, B. y CEMGIL, C., “The Dialectic of the Concrete: Reconsidering Dialectic for IR and Foreign Policy Analysis”, *op.cit.*, p.611

⁷¹⁹ *Cfr.*, *Ibid.*, p.608.

⁷²⁰ *Ibid.*, p. 606.

⁷²¹ “Esto requiere una atención mucho más rigurosa al detalle y la praxis histórica, dado que los actores de la política exterior nunca promulgan automáticamente un conjunto de causas antecedentes estructurales y nunca están dotados de una racionalidad estática y genérica, sino que responden a contextos domésticos e internacionales complejos de maneras específicas y creativas. Esto debería ser esencial a la autodefinición del enfoque historicista de las Relaciones Internacionales”. *Ibid.*, p.608.

paralizado”.⁷²² Justin Rosenberg, otro teórico neomarxista, comparte esta opinión y considera que el enfoque sociológico, por un lado, y el geopolítico, por otro, no han logrado encontrar un puente para construir una teoría conjunta. No hay una Sociología Histórica Internacional porque no se han combinado los elementos constitutivos de esas tres denominaciones: hay apuntes sociológicos, históricos e internacionales pero no un esquema que imbrique orgánicamente a los tres.

En resumen, requiere un marco conceptual que, procediendo desde la estructura relacional de las sociedades como *explanans* (sociología), incorpore sistemáticamente la significancia causal de su interacción asincrónica (internacional) a una explicación de su desarrollo individual y colectivo y de su cambio en el tiempo (histórico).⁷²³

El propio reconocimiento que hace esta teoría del camino que le queda por recorrer es señal, en mi opinión, de sinceridad teórica y coherencia con sus propios principios, contrarios a la sistematización absoluta y a las ambiciones totalitarias también en lo referente al ámbito académico. Autores como Jaime Pastor destacan que, pese a las carencias que presenta esta corriente teórica, no se puede dejar de reconocer su aportación al estudio de los conceptos internacionales:

Con su contribución se ha hecho más fácil, entre otras cosas, hacer volver la historia a primer plano, revalorizar el papel de la fuerza y del poder militar desde un enfoque distinto al realismo, ir saliendo del etnocentrismo y, sobre todo, repensar la conformación de los distintos tipos de poder y, en particular, los estados en un marco crecientemente interdependiente y global, y en progresiva interacción con otros actores, muy diversos, que compiten, cooperan o entran en conflicto con aquéllos a distintas escalas, muchas veces, combinándose y mezclándose todas ellas.⁷²⁴

⁷²² TESCHKE, B., “*IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology*”, *op.cit.*, p.66.

⁷²³ ROSENBERG, J., “Why is There No International Historical Sociology?”, *European Journal of International Relations*, SAGE Publications y ECPR, 2006, Vol.12 (3): 307-340, p.335. Según Rosenberg, no existe una Sociología Histórica Internacional: “Sencillamente, no hay una teoría clásica sociológica de “lo internacional””. *Ibid.*, p.312.

⁷²⁴ PASTOR, J., “Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance”, *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, Núm. 5, 2006, pp. 20-21. Este artículo es fundamental para comprender las diferentes teorías y etapas en el seno de la Sociología Histórica Internacional.

8.2. BENNO TESCHKE Y LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA INTERNACIONAL: EXPLICACIÓN DEL CONTEXTO WESTFALIANO.

Es este compromiso con un historicismo radical anti-formalista, a mi parecer,
la *differentia specifica* de nuestra comprensión del marxismo político. Me
enfoco más a lo que denomino las geografías políticas del capitalismo
histórico...

BENNO TESCHKE⁷²⁵

Sostengo que el sistema westfaliano se caracterizó por unas claras relaciones
no-modernas entre comunidades dinásticas y otras comunidades políticas pre-
modernas fundamentadas en relaciones sociales de propiedad pre-capitalistas.

BENNO TESCHKE⁷²⁶

Benno Teschke es un académico de las Relaciones Internacionales perteneciente a la corriente recién explicada, la Sociología Histórica Internacional, en concreto a la rama del marxismo político. Este autor resulta relevante para mi análisis porque aplica los postulados de dicha teoría – bajo la influencia de las tesis de Robert Brenner y Ellen Meiksins Wood – al estudio de la política westfaliana y de la concepción que Carl Schmitt tuvo de ese paradigma internacional. Uno de los propósitos principales de Teschke es desmontar el mito originado en torno al sistema internacional creado a partir de la Paz de Westfalia.⁷²⁷ Como bien explica en su obra principal, *The Myth of 1648*,⁷²⁸ Westfalia se ha convertido en una leyenda cuyos conceptos (“la soberanía estatal, la territorialidad exclusiva, la igualdad legal, la no intervención, la diplomacia de prestigio, el derecho internacional”)⁷²⁹ no están bien ensamblados, pero que son asimilados acríticamente como logros en la historia de las Relaciones Internacionales.

Fiel a los postulados de la Sociología Histórica Internacional, Teschke quiere mostrar la particularidad de cada uno de los conceptos y realidades que articulan el Derecho Internacional Clásico en vez de presentarlos conjuntamente. Y como entiende

⁷²⁵ SOUVLIS, G. y ANDRY, A., “Rethinking International Relations: An Interview with Benno Teschke”, ViewPoint Magazine, 2016, 18 de Agosto, <https://viewpointmag.com/2016/08/18/rethinking-international-relations-an-interview-with-benno-teschke/>

⁷²⁶ TESCHKE, B., “Theorizing the Westphalian System of States: International Relations from Absolutism to Capitalism”, *European Journal of International Relations*, SAGE Publications and ECPR, 2002, Vol. 8(1): 5–48, p.6.

⁷²⁷ Desde un punto de vista semántico, el propio lenguaje de los tratados (restauración, restablecimiento, restitución), muestra según Teschke, la falta de intención de crear un nuevo Derecho Internacional, como por otra parte, ya señalé al principio de la tesis. Cfr., TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit, p. 239.

⁷²⁸ *Ibid.*, op.cit.

⁷²⁹ Cfr., TESCHKE, B. “Theorizing the Westphalian System of States: International Relations from Absolutism to Capitalism”, op.cit., p.6.

las relaciones interestatales como una evolución o proceso, y no como una estructura fija, su lectura es capaz de señalar las discontinuidades y transformaciones del devenir histórico. El relato de las Relaciones Internacionales, según Techke, no puede estar construido únicamente en torno a hitos o fechas clave, sino que debe dar cuenta de las modificaciones conceptuales que gradualmente se van dando y que permiten ilustrar el carácter procesual y evolutivo de todo cambio político. La apelación al conocimiento de la diferencia, del detalle de cada unidad del sistema, el rechazo a la generalización y el afán por la búsqueda de la especificidad y la diferenciación de los distintos procesos históricos se convierten en los rasgos distintivos de la actitud teórica de Teschke:

[Un] enfoque marxista, que atienda a las relaciones entre las relaciones sociales de propiedad, las formas del estado y los patrones de interacción geopolítica, es más capaz de explicar las características históricamente específicas del sistema de estados moderno que las generalizaciones atemporales del realismo.⁷³⁰

A propósito de la política westfaliana y de acuerdo con esos principios teóricos, Teschke va desatar tres nudos presentes en el discurso historiográfico tradicional: (I) la unión entre estado absolutista y soberanía moderna; (II) la ligazón entre estado absolutista y capitalismo; y (III) la asociación entre estado absolutista y territorialidad definida. Su objetivo es demostrar que el estado westfaliano era un estado absolutista y despojar al concepto de estado absolutista de sus atributos clásicos: soberanía moderna, capitalismo y territorio. Es decir, va a desligar estos tres últimos conceptos del esquema político westfaliano. Estos tres elementos, soberanía estatal institucionalizada, emergencia del capitalismo y territorialidad como atributo del estado, no aparecerán, según Teschke, hasta el siglo XIX. Por tanto, según argumenta Teschke desde los presupuestos de marxismo político, no se puede apostar por una noción de sistema westfaliano en el que se den conjuntamente esas tres nociones porque resulta incoherente.⁷³¹

Para ello Teschke necesita justificar, en primer lugar, que la soberanía moderna no surge en el contexto histórico del absolutismo, con la excepción de Inglaterra a partir de

⁷³⁰ TESCHKE, B., "The origins and evolution of the European states-system" en BROWN, W., BROMLEY, S., ATHREYE, S. (ed.), *Ordering the International. History, Change and Transformation*, Pluto Press, Londres, 2004, pp. 21-66, p.22.

⁷³¹ Cfr., TESCHKE, B. y LACHER, H., "The changing 'logics' of capitalist competition", *Cambridge Review of International Affairs*, Volume 20, núm. 4, Dic. 2007, p.569.

la Revolución inglesa de 1688.⁷³² Segundo, tiene que mostrar por qué las sociedades westfalianas no son capitalistas. Y tercero, tiene que dar cuenta de por qué el territorio no forma parte esencial del concepto de estado absolutista.

I. Estado absolutista no es sinónimo de soberanía moderna

A ojos de Teschke, los estados westfalianos, en contra de las grandes tesis de Hobbes, Carl Schmitt o del propio relato que vengo desarrollando en esta tesis, no se pueden identificar con la soberanía moderna sino con los estados dinásticos absolutistas. Según Teschke, soberanía moderna y absolutismo no son conceptos equivalentes y no tienen por qué implicarse mutuamente. Por eso, la pareja conceptual soberanía/absolutismo atribuida al contexto westfaliano tiene que ser disuelta.

[E]ste libro argumenta que 1648, lejos de suponer un avance en las relaciones modernas interestatales, fue la culminación de la época de la formación del estado absolutista: marcó el reconocimiento y la regulación de las relaciones internacionales – o, para ser más preciso, inter-dinásticas – de las políticas absolutistas dinásticas.⁷³³

Una de las premisas fundamentales de las que parte Teschke es la distinción entre dos modernidades: una modernidad temprana, relacionada con el contexto absolutista westfaliano del siglo XVII, y otra modernidad más tardía, en la que surgiría la soberanía estatal. En la primera no tendría sentido hablar ni de soberanía, ni de territorio como constituyente de esta, ni de capitalismo. La segunda tendría lugar, no en los siglos XVI, XVII y XVIII, sino en el siglo XIX, cuando los estados europeos comenzaban a ser capitalistas.

Para Teschke, el absolutismo propio de los estados del contexto westfaliano era ejercido por el gobierno de las dinastías reales, cuyo fin sería la acumulación de propiedades y territorios y no la realización de un proyecto político ligado a la soberanía moderna. Según Teschke, no tendría sentido articular la política westfaliana en torno a los intereses de estado – como vengo aceptando y explicando a lo largo de la tesis – ya que no habría noción de estado como totalidad política con personalidad propia cuyos

⁷³² Como se verá, la conclusión de todo este análisis supondrá el reconocimiento de Inglaterra como único estado capaz de salir de una monarquía absolutista y transformarse en un estado soberano moderno y capitalista.

⁷³³ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit., p. 3.

intereses fueran defendibles, sino que el estado se identificaba, al fin y al cabo, con la figura del rey, de tal manera que lo único existente eran los intereses del rey.

La realeza propietaria significó que la política pública y, *a fortiori*, la política exterior, no eran dirigidas en nombre de los intereses de estado o del interés nacional, sino en nombre de los intereses dinásticos. *Raison d'état* (razón de estado) significó *raison de roi* (razón del rey).⁷³⁴

En los tratados de Westfalia quedaría ya de manifiesto, como he señalado en el apartado dedicado a su estudio, que el proceso iniciado en 1648, más que una renovación de las relaciones interestatales, significó la conservación de los privilegios de las casas reales y sus propiedades. Según Teschke, los términos en los que quedan expresados los tratados dejan claro que los acuerdos no se realizan entre estados sino entre reyes:

El indicador más obvio de la no modernidad de Westfalia está en la naturaleza de los regímenes políticos contratantes. Los tratados no fueron concluidos entre estados sino entre gobernantes, o, para ser más preciso, entre personas privadas y cuerpos corporativos.⁷³⁵

La estrategia de las relaciones interestatales westfalianas se reducía, según Teschke, a una serie de matrimonios entre miembros de las distintas realezas con el fin de acumular poder en el continente y a diferentes enfrentamientos dinásticos, lo que implicaba la existencia de guerras hereditarias, por cuestiones de sucesión.⁷³⁶ “El

⁷³⁴ TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.52.

⁷³⁵ *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.238. “La semántica de la restauración reflejaba el consenso prevaleciente de que los tratados no debían promulgar nuevos principios del derecho internacional público, sino más bien codificar el retorno al *status quo ante bellum*”. *Ibid.*, p.239.

⁷³⁶ “Las disputas “privadas” interfamiliares, los accidentes físicos y las calamidades patológicas eran inmediatamente traducidos en conflictos “públicos” internacionales. Las reclamaciones de prioridad genealógico-hereditaria eran resueltas normalmente a través de la guerra. Junto con las guerras comerciales mercantilistas (esto es, guerras por el control político y militar del comercio internacional) las guerras de sucesión y, más ampliamente, las guerras por pretensiones hereditarias se convirtieron en las formas de conflicto internacional dominantes”. TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, pp.54-55. Y se sirve también de la siguiente cita de Kant de *Sobre la paz perpetua*: “Todo el mundo conoce a qué peligros ha conducido a Europa [...] contraerse matrimonios entre Estados; este modo de adquisición es, en parte, un nuevo instrumento para aumentar la potencia sin gasto de fuerzas mediante pactos de familia, y, en parte, sirve para ampliar, por esta vía, las posesiones territoriales”. KANT, I., *Sobre la paz perpetua*, *op.cit.*, pp.142-143 *apud* TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p. 225 en referencia a KANT, I., *To Perpetual Peace. A Philosophical Sketch* en KANT, I., *Perpetual Peace and Other Essays on Politics, History, and Morals*, Indianapolis, 1983, pp.107-139, p.108.

derecho familiar “privado” llegó a ser parte no solo del derecho constitucional sino también del derecho “público” internacional”.⁷³⁷

El teórico Gopal Balakrishnan critica que Teschke solo centre su atención en el aspecto personal de esas relaciones dinásticas, no en la impronta política que implicaban. “Se podría decir que de los dos cuerpos del rey, Teschke solo reconoce el privado”.⁷³⁸ Ahora bien, considero que Teschke es muy consciente de que la consecuencia política de dichas maniobras dinásticas matrimoniales era el equilibrio. Él mismo lo explica al criticar que la unidad del estado en el contexto westfaliano no venía dada siempre por el carácter geográfico, sino por ser propiedad de un mismo rey, lo que provocaba que territorios inconexos y aislados formaran parte del mismo “estado”,⁷³⁹ gracias precisamente a esa política matrimonial. Del mismo modo, según Teschke, en los estados absolutistas, los ejércitos no eran armadas modernas profesionales y organizadas en función de su lealtad al estado, sino de su obediencia al rey:⁷⁴⁰ “Al igual que los “estados” estaban personalizados (“*L’État, c’est moi!*”), así también lo estaban las guerras (“*La guerre, c’est moi!*”)”.⁷⁴¹

Pero donde más se advierten las consecuencias de esta concepción dinástica de la política es en la noción de equilibrio westfaliano, que se convierte en un ejercicio de aumento de la gloria del monarca. Teschke considera que el equilibrio, entendido como mecanismo según el cual habría una distribución equitativa del poder y del territorio, no existió: “El equilibrio absolutista era una técnica inter-dinástica de expansión territorial a través de un engrandecimiento proporcional que rutinariamente eliminaba a los estados más débiles”.⁷⁴² Esto hace que Teschke se refiera a los estados del contexto westfaliano como estados pre-modernos⁷⁴³ (también pre-capitalistas, como explicaré a continuación), que mantienen todavía rasgos feudales. Para mostrarlo pone de ejemplo a

⁷³⁷ TESCHKE, B., *The Myth of 1648, op.cit.*, p.227. “Dado que la soberanía era transmitida por nacimiento, el sexo real, como argumentaba Marx, era directamente político”. TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.54.

⁷³⁸ BALAKRISHNAN, G., “The Age of Warring States”, *New Left Review*; Mar-Abril, 2004; 26, 148-160. Reseña de *The Myth of 1648*, p.154.

⁷³⁹ Cfr., TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.56.

⁷⁴⁰ Cfr., TESCHKE, B., *The Myth of 1648, op.cit.*, p.185.

⁷⁴¹ BURKHARDT, J., “Die Friedlosigkeit der frühen Neuzeit. Grundlegung einer Theorie der Bellizität Europas”, *Zeitschrift für Historische Forschung*, vol.24, núm.4, 1997, pp.509-74, p.545 *apud* TESCHKE, B., *The Myth of 1648, op.cit.*, p.185. “Los pasos hacia una centralización administrativa fueron socavados por redes descentralizadas de clientela, clientelismo y corrupción, que borraron las líneas entre el poder público y el beneficio privado”. *Ibid.*, p.190.

⁷⁴² *Ibid.*, p.234.

⁷⁴³ Cfr., TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.54.

Francia, estado baluarte de Westfalia pero premoderno y absolutista, como enseña el ejemplo de la expulsión de los hugonotes de Francia.⁷⁴⁴

Un asunto clave que hay que abordar es el de cómo la comunidad de estudios internacionales afirma repetidamente que Westfalia marcó los orígenes del sistema de estados moderno, aunque su mayor signatario – Francia, que junto con Suecia, aseguró los tratados como una *Garantiemacht* (poder garante) – fue a fin de cuentas un estado premoderno.⁷⁴⁵

Esta política westfaliana, centrada únicamente en la actividad del monarca y sus relaciones dinásticas, permite entender la idiosincrasia propia del colonialismo de la época westfaliana. Teschke señala que la forma de producción de la época, en este caso, la acumulación de tierras por parte de los monarcas europeos, tuvo como consecuencia internacional la ocupación de territorios como mero acaparamiento. El colonialismo no respondería a una estrategia política internacional por parte de los estados, sino al deseo de los monarcas de obtener réditos para sus respectivas coronas: “La lógica de la política exterior no era el poder político sino la acumulación geopolítica – políticas de poder social – en la que el territorio y el control exclusivo sobre las rutas comerciales eran los mayores premios”.⁷⁴⁶

II. *Estado absolutista no es sinónimo de estado capitalista*

Según Teschke, la desatención a las unidades constituyentes del sistema internacional ha contribuido a la mitificación de Westfalia. Se ha dado por hecho que el capitalismo se adoptó de forma estática y homogénea en todo el continente, en vez de aceptar que no se dio simultáneamente en todos los estados europeos y que donde se originó fue en Inglaterra. De ahí la insistencia de Teschke en reconocer la diferenciación y especificidad propias de cada país del contexto westfaliano, lo que le lleva a hablar de: “la peculiar combinación de diferentes complejos estatales y sociales en la temprana

⁷⁴⁴ “La fórmula de Westphalia, *cuius regio, eius religio*, no permitió la tolerancia con los sujetos privados, sino que sancionó el derecho de los gobernantes regionales de determinar e imponer la fe de su territorio”. TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *New Left Review*, 69, Mayo-Junio, 2011, pp.81-100, p.98.

⁷⁴⁵ TESCHKE, B., “Theorizing the Westphalian System of States: International Relations from Absolutism to Capitalism”, *op.cit.*, p.9. “Si Francia era el típico estado westfaliano, entonces Westfalia representó a los estados dinásticos que operaron a partir de la acumulación política y geopolítica, una forma de poder centralizada pero todavía personalizada, organizada en estados absolutistas”. TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.51.

⁷⁴⁶ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.192.

Modernidad europea, que tiene que ser teorizada como un “escenario mixto””.⁷⁴⁷ El análisis de Teschke cobra la forma de un movimiento que va del interior al exterior: son las relaciones de propiedad, sus avatares y conflictos, los que explican el devenir de las relaciones interestatales, la guerra, la paz o el equilibrio. Esta afirmación se relaciona con el axioma marxista, aceptado por Teschke, según el cual las variaciones geopolíticas dependen de los cambios de sus unidades constituyentes. El devenir político de los estados a nivel internacional depende de las dinámicas internas de dichos países y, especialmente, de las relaciones de propiedad que se dan en ellos:

Mi argumento teórico principal, desarrollado elaborando los principios del marxismo político, es que la constitución, el funcionamiento y la transformación de los órdenes geopolíticos son predicados de las identidades cambiantes de sus unidades constitutivas. Las relaciones sociales de propiedad, mediando las relaciones entre las clases principales, definen principalmente la constitución e identidad de estas unidades políticas.⁷⁴⁸

Los actores del sistema westfaliano, que como ya he señalado, para Teschke serían de naturaleza pre-moderna, se enmarcarían en un contexto de condiciones económicas pre-capitalistas. Es decir, el estado absolutista del contexto westfaliano no puede identificarse con el capitalismo, sino que reproduce las condiciones del pre-capitalismo.⁷⁴⁹ El problema de la argumentación de Teschke según el teórico Henrik Spruyt es que se centra en el aspecto económico y deja de lado o minimiza la importancia del aspecto ideológico o militar, que quedan subsumidos al modo de producción:⁷⁵⁰

¿[S]e puede tratar el modo de producción como ontológicamente primario comparado con otros ámbitos – la esfera política, militar o ideológica –? Para los neomarxistas como Brenner y Teschke no hay duda de que es así [...] Esto hace surgir un problema cuando Teschke quiere deducir la política exterior únicamente de las características internas del estado capitalista y de las relaciones de

⁷⁴⁷ *Ibid.*, p.11.

⁷⁴⁸ *Ibid.*, p. 7.

⁷⁴⁹ “Teschke comprende la modernidad como una condición socio-jurídica en la que lo político está *separado* de lo económico. Desde este punto de vista, el Antiguo Régimen fue una modernidad temprana sin salida, careciendo incluso de las precondiciones para una transición posterior al capitalismo nacional”. BALAKRISHNAN, G., “The Age of Warring States”, *op.cit.*, p.154.

⁷⁵⁰ A su vez, Balakrishnan le acusa de no tener suficientemente en cuenta las consecuencias de las guerras de religión: “Teschke no logra registrar la relación entre la crisis política del siglo XVII en Inglaterra y las guerras civiles religiosas de toda Europa que formaron su contexto de posibilidad histórica [...] La caracterización de la geopolítica moderna temprana como mera lucha dinástica ignora las fallas geológicas de las guerras confesionales que atravesaron los estados dirigentes de la época...”. *Ibid.*, p.156.

propiedad, más que de la competición militar, la posición geoestratégica o la ideología.⁷⁵¹

No parece ser así cuando precisamente es Teschke y su corriente los que abogan por la interconexión de las disciplinas. Ahora bien, siendo neo-marxista parece lógico y consistente con su marco teórico que ponga el foco en el análisis de las relaciones de producción. Y, tomando como punto de partida esas relaciones económicas, Teschke se encargará de realizar un análisis de la geopolítica medieval para entender el paso a la geopolítica westfaliana.

Uno de los logros del tránsito de lo medieval a lo moderno fue el paso de la no diferenciación entre público/privado, política/economía, nacional/internacional a la distinción de esos dualismos. En la Edad Media no existían esas claras diferencias; no existía la soberanía, no había institucionalización estatal y la política estaba absolutamente personalizada ya que las familias eran las transmisoras del poder político: “Los “estados”, como tales, no eran unidades claramente definidas territorialmente bajo una autoridad unificada y exclusiva, sino asociaciones cambiantes de señores feudales con límites territoriales complejos y solapados”.⁷⁵²

Teschke identifica el feudalismo con la “descentralización y personalización del poder político por parte de los señores feudales”.⁷⁵³ Las influencias del rey, los señores feudales y las autoridades religiosas estaban fusionadas de tal manera que la plusvalía se obtenía a través de una coerción no económica (presiones religiosas, políticas, legales, etc.) hacia los campesinos. Las relaciones de producción estaban determinadas por esa interdependencia de las diferentes esferas de poder. El monopolio de la violencia no estaba únicamente en manos de una instancia, como ocurrirá con el absolutismo de estado westfaliano, que queda definido por Teschke como “centralización y personalización persistente del poder político por parte de las dinastías”.⁷⁵⁴ Esto es, el contexto westfaliano se caracterizaría por la unificación de la estructura administrativa estatal y del poder político en la figura de los monarcas absolutos. Ahora bien, el paso

⁷⁵¹ SPRUYT, H., “Genealogy, Territorial Acquisition and The Capitalist State”, *International Politics*, 2006, 43, 511–518, pp.515-516.

⁷⁵² TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.33. “[C]omo el mundo medieval carecía de un “estado”, también carecía de una “economía” y una “sociedad” como instituciones separadas con mecanismos de integración social y lógicas de desarrollo autónomos. Estas tres instituciones, como sugerían Hegel y Marx, son específicas de la era del capitalismo”. TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p. 62.

⁷⁵³ TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.51.

⁷⁵⁴ TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction”, *op.cit.*, p.39.

de la monarquía feudal a la monarquía absolutista tampoco significó la aparición del capitalismo.

La formación de un sistema de estados territorialmente fragmentado precede al inicio del capitalismo. Claramente, este sistema era socioeconómica y (geo)políticamente pre-moderno, dado que sus unidades constitutivas eran predominantemente estados dinásticos y, en menor grado, repúblicas oligárquicas mercantiles. Este orden internacional pre-moderno era precisamente el sistema de relaciones internacionales westfaliano.⁷⁵⁵

A ojos de Teschke, es el carácter dinástico de dichos estados lo que les impide ser estados capitalistas debido a que la separación propia del capitalismo entre la economía y la política no se da en el estado absolutista.⁷⁵⁶ Que hubiera mercantilismo, incluso a nivel mundial, no implica que hubiera capitalismo. Según Teschke, el comercio mundial es un mercado basado en la circulación – si se quiere, un capitalismo comercial –, pero no en la producción, lo que impide que sea capitalista.⁷⁵⁷

La inexistencia de un tejido social propio de sociedades capitalistas refuerza la tesis de Teschke de que el panorama westfaliano no se puede identificar con el capitalismo. Los campesinos poseen las tierras que trabajan y la confrontación social no se dibuja en términos de una lucha de clases articulada por el protagonismo de la burguesía activa, sino como protesta frente a los abusos de la monarquía absolutista.

Primero, el campesinado permaneció en posesión directa de sus medios de subsistencia a lo largo del periodo moderno temprano. Segundo, las actividades mercantiles no crearon *eo ipso* una burguesía capitalista, ya que el crecimiento del mercado no actúa como disolvente del feudalismo. Tercero, las relaciones de clase entre la burguesía y la aristocracia no eran totalmente antagónicas, ya que ambas compartían la misma relación propietaria con los medios de explotación extra-económicos. Cuarto, el estado absolutista siguió siendo patrimonial, absorbiendo a una burguesía no capitalista y a una aristocracia desfeudalizada [...] Quinto, el eje principal del conflicto entre las clases gobernantes – del que 1789 fue una parte constitutiva – no era entre una burguesía capitalista emergente y una aristocracia en

⁷⁵⁵ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.145.

⁷⁵⁶ “Considero que la formación de un sistema plural de estados, creando la distinción entre lo doméstico y lo internacional, y el capitalismo, creando la distinción entre lo político y lo económico, no fueron ni geográfica ni temporalmente co-constitutivos. La formación múltiple de estados vino primero”. *Ibid.*, p.74.

⁷⁵⁷ “Dado que el capitalismo comercial solo media el intercambio de excedente extraído por medios políticos, no cambia básicamente las relaciones sociales de producción. El mercado no genera por sí plusvalía, ni siquiera valor; solo alcanza beneficios. El mercado no genera de ninguna manera crecimiento económico agregado; simplemente redistribuye los excedentes existentes. La riqueza mercantil no es por tanto capital”. *Ibid.*, p.207.

declive, sino más bien entre una insatisfecha clase dependiente del estado y la corona.⁷⁵⁸

Cuando entre los siglos XVI y XVIII se den una serie de luchas militares por el monopolio de los mercados y las rutas comerciales y surja un nuevo orden territorial, la corona aprovechará ese mercantilismo para maximizar sus rendimientos políticos y para crear una alianza con los grandes mercaderes. Pero, según Teschke, esto tampoco puede considerarse capitalismo,⁷⁵⁹ porque la economía no llegó a configurarse como una esfera de influencia aislada y regulada únicamente por el establecimiento de precios, sino que dependía directamente de la política de los monarcas. La economía internacional no estaba apoyada en una estructura competitiva de precios, sino en la creación de monopolios por parte de los imperios⁷⁶⁰: “el mercado mercantilista permaneció subordinado y dependiente del poder político de la corona”.⁷⁶¹ Según Teschke, hasta que no aparezca el estado soberano propiamente dicho, en el siglo XIX, la fijación de precios no regulará la economía: “El dinero (capital) sustituye al poder como mecanismo regulatorio dominante”.⁷⁶²

Pero hasta entonces, la economía estuvo directamente ligada a las actividades de los monarcas. Incluso, el monopolio de la violencia por parte de esos estados absolutistas no se ejercía a través de una organización militar moderna, sino de agentes privados – de los que dependía el rey por la deuda acumulada – y de un ejército a cargo del monarca.⁷⁶³ Esa deuda, fruto de la financiación de las campañas bélicas, equivalía a una economía basada en una alta carga impositiva para las poblaciones, lo que conduce a Teschke a insistir en la idea de que el estado westfaliano era pre-capitalista y pre-moderno: “El estado absolutista no era moderno, racionalizado o “eficiente””.⁷⁶⁴ Esta estructura económica se dio en todos los países europeos, a excepción de Inglaterra.

El capitalismo estará ligado a la aparición del estado moderno en el siglo XIX (“el capitalismo no se entiende simplemente como una categoría económica sino como un régimen social de propiedad relacionado con una forma específica de autoridad política:

⁷⁵⁸ *Ibid.*, p.165

⁷⁵⁹ La caracterización económica específica del contexto westfaliano que da Teschke es la siguiente: “1. Ser autosuficiente [...] en claro contraste con la racionalidad capitalista, la producción rural no estaba especializada. 2. No dependencia del mercado [...] racionalidad económica no orientada al beneficio [...] 3. Minimización de riesgos a través de matrimonios tempranos [...] 4. Organización de clase colectiva para resistir las usurpaciones de los señores feudales”. *Ibid.*, p. 60.

⁷⁶⁰ *Cfr.*, *Ibid.*, p.10.

⁷⁶¹ *Ibid.*, p. 204.

⁷⁶² *Ibid.*, p.143.

⁷⁶³ *Ibid.*, p.155.

⁷⁶⁴ *Ibid.*, p.10.

el estado moderno”),⁷⁶⁵ junto con otros elementos ligados a dicha estatalidad como “el crecimiento económico prolongado, la innovación tecnológica y el crecimiento demográfico”.⁷⁶⁶ El capitalismo queda entonces definido como “centralización y despersonalización del poder político en la forma del estado moderno”.⁷⁶⁷ Es decir, a partir del siglo XIX el poder político seguirá centralizado pero no en las manos de las dinastías reales, sino que adquirirá, ahora sí, una forma estatal propiamente moderna.

Antes he comentado que Francia no es un estado moderno para Teschke, sino el paradigma absolutista de la época westfaliana. Pues bien, una de las razones para sostener esta idea es el carácter pre-capitalista de sus modos de producción. Cuando estos comienzan a transformarse en 1789 se inicia un camino hacia la Modernidad que no se completará hasta finales del siglo XIX. Esa evolución fue anterior en el caso de Inglaterra, país que inaugura en el siglo XVII la senda de la soberanía propiamente moderna y además parlamentaria.⁷⁶⁸ La diferencia entre el paso del feudalismo al absolutismo en Francia, y el tránsito del feudalismo al capitalismo en Inglaterra es significativa porque muestra que Inglaterra fue el único país que pudo sustraerse a la lógica absolutista que marcaban los tiempos wesfalianos.⁷⁶⁹

Sostengo que la brecha decisiva hacia unas relaciones internacionales modernas no está marcada por los tratados de paz de Westfalia, sino que llega con el surgimiento del estado moderno – la Inglaterra post-revolucionaria – [...] El movimiento de una soberanía dinástica a una parlamentaria señala la consolidación de la soberanía moderna. Después de eso, la Inglaterra post-1688 empieza a desplegar nuevas técnicas de política exterior mientras que permanece rodeada de estados dinásticos acumuladores de territorio.⁷⁷⁰

⁷⁶⁵ *Ibid.*, p.139.

⁷⁶⁶ *Idem.*

⁷⁶⁷ TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction”, *op.cit.*, p.39.

⁷⁶⁸ Parece que Koselleck también comparte la tesis de que en Inglaterra, a diferencia del continente, el fin de las guerras religiosas coincidió con la revolución y que esto propició la aparición del estado burgués: “El Estado absolutista en trance de surgimiento fue aniquilado aquí [en Inglaterra] por la guerra civil religiosa, y a su vez, las luchas religiosas vinieron a significar ya la revolución burguesa”. KOSELLECK, R., *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, *op.cit.*, p.31.

⁷⁶⁹ “Los orígenes y la evolución del sistema de estados europeo descansa en una doble transición. La primera de ellas fue la transición del feudalismo al mundo de múltiples estados absolutistas – el mundo de Westfalia –. La segunda fue el desarrollo de un estado y economía capitalistas en Inglaterra”. TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction”, *op.cit.*, p.54. “Significativamente, mientras que la Inglaterra del siglo XVII se convirtió en un estado parlamentario constitucional basado en una economía capitalista en expansión en la que la soberanía descansaba en el parlamento, Francia empezó a perfeccionar su absolutismo patrimonial-dinástico basado en una economía agraria no capitalista mientras que la soberanía estaba personalizada en el rey”. TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p. 38.

⁷⁷⁰ TESCHKE, B., “Theorizing the Westphalian System of States: International Relations from Absolutism to Capitalism”, *op.cit.*, p.8. “El resultado de estas divergentes y largas trayectorias implicaron

Inglaterra marca el surgimiento del capitalismo y del estado soberano cuando pasa del feudalismo a la soberanía parlamentaria y se convierte en una monarquía constitucional.⁷⁷¹ Lo político se separa de lo económico, la burguesía mercantil se convierte en aristocracia capitalista. Además, la Inglaterra capitalista del siglo XVII tenía como objetivo, según Teschke, desarrollar una política marítima específica y mantener el equilibrio en el continente europeo.⁷⁷² Con esta tesis quiere combatir la noción clásica de equilibrio, hasta cierto punto complaciente con el *status quo*, entendido como un juego de pesos y contrapesos entre los intereses de los diferentes estados. Como buen crítico, él pretende mostrar que el equilibrio fue el resultado de una acción estratégica específica de la Inglaterra post-1688 para expandir el capitalismo y contener a las potencias rivales:

Irónicamente, a lo mejor es el núcleo de la teoría del realismo de las relaciones internacionales, a saber, el equilibrio (*balance of power*), lo que necesita ser reinterpretado – no como un regulador atemporal de la “gran estrategia” entre las grandes potencias – sino como el conducto específico para la expansión accidental del capitalismo a través del continente durante el siglo XIX.⁷⁷³

III. *Estado absolutista no es estado territorialmente definido*

En la Edad Media no existía una noción clara de territorialidad pues, como he dicho, las dicotomías propias de la Modernidad, incluida la distinción dentro/fuera, no funcionaban. La paz dependía del deseo o la capacidad del noble de armar más o menos a su ejército y el territorio requería la presencia del señor feudal y dependía de él: “de este modo, la territorialidad feudal puede ser mejor visualizada en términos de círculos concéntricos de proyección de poder”;⁷⁷⁴ la autoridad medieval era “dispersa, fragmentada y solapada”.⁷⁷⁵ Esta afirmación parece evidente, pero Teschke da un paso más y llega a afirmar que ni siquiera con la aparición del estado absolutista en el

que el estado absolutista francés estructurara el sistema westfaliano de estados dinásticos, mientras que el estado capitalista inglés desafió ese orden e impuso gradualmente una lógica diferente en las relaciones internacionales en el continente europeo durante los siglos XVIII y XIX”. TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.40.

⁷⁷¹ Spruyt sugiere que “el enfoque de Teschke amenaza hasta cierto punto con reemplazar el Mito de 1648 por el Mito de 1688”. SPRUYT, H., “Genealogy, Territorial Acquisition And The Capitalist State”, *op.cit.*, p.517.

⁷⁷² Cfr., TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system”, *op.cit.*, p.57.

⁷⁷³ TESCHKE, B., “Bourgeois Revolution, State Formation and the Absence of the International”, *Historical Materialism*, volume 13:2 (3–26), Koninklijke Brill NV, Leiden, 2005, p.18.

⁷⁷⁴ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p. 66.

⁷⁷⁵ TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction”, *op.cit.*, p.41.

contexto westfaliano se puede hablar de territorialidad clara (exceptuando el caso de Inglaterra):

Significativamente, debemos rechazar el término modernidad en conexión con la centralización del estado de la modernidad temprana. Ningún estado temprano-moderno europeo, con la excepción de la Inglaterra post-revolucionaria, logró la soberanía en el sentido moderno del término.⁷⁷⁶

En la teoría de Teschke el paso de la monarquía feudal a la monarquía absolutista westfaliana no implicaba la aparición del capitalismo. La aparición de dicho estado absolutista tampoco significó la emergencia del estado moderno. La idea, una vez más, es que no se puede calificar a las relaciones interestatales westfalianas como modernas, sino como absolutistas.⁷⁷⁷ Y dado que la soberanía moderna está estrechamente ligada a un territorio definido, hasta que esta no aparezca no se podrá hablar de una identificación entre estado y territorio, sino de la equiparación entre estado y dinastía real: “El territorio no era constitutivo de la soberanía, sino un apéndice propietario de la dinastía”.⁷⁷⁸ Según Teschke, para los estados westfalianos la acumulación de territorios era una mera estrategia dinástica para mostrar su poderío al resto de monarcas, no obedecía a maniobras con fines geopolíticos: “Como la soberanía absolutista era imperfecta y feudal y sobrevivían las prácticas feudales y patrimoniales, el territorio siguió siendo no-exclusivo y administrativamente no uniforme”.⁷⁷⁹

Para que el territorio sea nota definitoria del estado moderno habrá que esperar al siglo XIX. Pero en pleno contexto westfaliano, en lo que Teschke entiende por modernidad temprana, no se puede decir que exista ni una unidad territorial geoestratégica vinculada al estado, ni una administración integrada que ordenara dicho

⁷⁷⁶ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit., p. 125. Balakrishnan critica la poca explicación que da Teschke al concepto “modernidad temprana”, siendo, como es, la bisagra clave para comprender su tesis de un contexto westfaliano no moderno: “La fórmula narrativa de la modernización genera [...] una antinomia peculiar: la “modernidad temprana” queda abandonada como una categoría socio-temporal anómala sin ninguna relación con lo siguiente”. BALAKRISHNAN, G., “The Age of Warring States”, op.cit., p.153.

⁷⁷⁷ “La formación de un sistema de estados territorialmente fragmentados precedió al inicio del capitalismo. Este sistema era socio-económica y (geo)políticamente claramente pre-moderno, ya que sus unidades constitutivas eran predominantemente estados dinásticos y, en menor grado, repúblicas mercantiles oligárquicas. Este orden internacional pre-moderno era precisamente el sistema de relaciones internacionales westfaliano”. TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit., p.146. Entiendo que por soberanía moderna Teschke se refiere a un sistema similar al de la Inglaterra de la época – único sistema que Teschke considera como estado soberano moderno –, con un fuerte poder político parlamentario no dependiente exclusivamente del monarca.

⁷⁷⁸ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit., p.231.

⁷⁷⁹ *Ibid.*, p.230.

territorio, ni una uniformidad geográfica que conformara unidades políticas cerradas. El territorio era mera acumulación dinástica, un apéndice o añadido a las dinastías.

Si aceptamos la proposición de que la territorialidad política es dinámica e históricamente variable, más que estática y fija, esto implica rechazar la idea predominante de que el territorio – en su sentido geográfico-topológico o geoestratégico posicional – es un determinante primario de la formación estatal, la estatalidad y la gobernabilidad (la política exterior). Sin embargo, esta ontología territorial tiene un largo y poderoso pedigrí en las ciencias políticas y sociales.⁷⁸⁰

⁷⁸⁰ TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction”, *op.cit.*, p.39.

8.3. BENNO TESCHKE Y LA CRÍTICA A CARL SCHMITT.

Una clara sociología del poder schmittiana resulta una contradicción...

BENNO TESCHKE⁷⁸¹

Esto convierte tanto a la jerga de la excepción (la esencia reformulada de la soberanía) como a la jerga de lo concreto (la esencia reformulada de los órdenes territoriales) en abstractos, formalistas y explicativamente vacíos.

BENNO TESCHKE⁷⁸²

Benno Teschke manifiesta su preocupación por la recuperación del schmittianismo en el entorno académico, especialmente norteamericano. Este proceso de rehabilitación de Carl Schmitt atraviesa dos etapas,⁷⁸³ la primera afecta a la política interna y la segunda al pensamiento internacional desarrollado, especialmente, a partir de la llegada al gobierno estadounidense de George W. Bush y su *guerra contra el terror*.⁷⁸⁴

Mientras que la primera ola de schmittianismo en la década de 1980 y 1990 estuvo restringida principalmente a la investigación de su crítica del liberalismo y de la democracia parlamentaria – y, por tanto, confinada a la teoría política doméstica y a los estudios jurídicos – esta segunda recuperación ha ampliado el alcance intelectual de Schmitt a los ámbitos de las relaciones internacionales, la filosofía política y la teoría jurídica internacional.⁷⁸⁵

Las razones de que Schmitt haya recuperado su popularidad hay que encontrarlas en que el nuevo schmittianismo ha venido muy bien para rechazar el liberalismo

⁷⁸¹ TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *op.cit.*, p.88.

⁷⁸² TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, Oxford Handbooks Online, Oxford University Press, 2014, p.87.

⁷⁸³ Juan Carlos Velasco destaca la recepción de Schmitt en nuestros días: “La deslumbrante capacidad de persuasión de la que hizo gala no sólo desborda hoy las fronteras de su propio país e incluso de Europa, sino que se extiende sobre las bases teóricas de la nueva derecha y los principios de la política exterior norteamericana implementada justo después del 11-S”. VELASCO, J.C., “Habermas, lector de Schmitt”, *op.cit.* Germán Gómez Orfanel destaca la acogida de su pensamiento en Italia: “En primer lugar Italia, que es sin duda, el país donde la recepción y crítica de Schmitt es en la actualidad más intensa [...] El trabajo de Galli, pretende ofrecer un marco de referencia para diferenciar los elementos “ideológicos” de Schmitt, de aquellos otros que pudiesen catalogarse como aportaciones más subjetivas”. GÓMEZ ORFANEL, G., “¿Vuelve Schmitt?”, *Arbor*, Nov 1, 198, pp.139-145, p.142.

⁷⁸⁴ “Mientras que la recepción de Schmitt en el discurso público alemán y en la academia – pese a ser cada vez más creciente y estridente – parece mantenerse de forma residual ligado a cierta inhibición ética que evita una aceptación plena e incondicional del antiguo protegido de Göring, la literatura anglosajona de Schmitt, más allá de algunos compromisos críticos notables, ha generado una menos restringida rehabilitación”. TESCHKE, B., “Decisions and indecisions. Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt”, *New Left Review* 67, 2011, p.61.

⁷⁸⁵ *Idem.*

estadounidense y, a partir del 11S, para oponerse al autoritarismo imperialista de los Estados Unidos. Para Teschke esto resulta muy negativo por dos razones, una de índole teórica y otra práctica, aunque entrelazadas entre sí. Carl Schmitt es un pensador cuya filosofía es absolutista, lo cual lleva a justificar y fundamentar teóricamente – a través de la teología, de la teoría de los grandes espacios, etc. – acciones políticas claramente totalitarias, como las del régimen nazi.⁷⁸⁶

La crítica de Teschke se centra en una serie de contradicciones que, según él, están presentes en el pensamiento schmittiano: primero, la ausencia de análisis sociológico en Schmitt en su estudio de la realidad internacional contradice su énfasis en el enfoque de estudio del orden concreto; segundo, la separación interior/exterior propia del sistema westfaliano es incoherente con la propia teoría schmittiana; y tercero, el desarrollo de una economía liberal desterritorializada no es compatible con la tesis de Schmitt del orden concreto asentado en un *nomos*. Todas estas incoherencias apuntan a una falla en el sistema del orden concreto que defiende Schmitt a la hora de abordar la política internacional.

Según Teschke, el problema se localiza en la carencia de base sociológica que sufre la teoría de Schmitt, lo que hace que sus categorías queden vacías de contenido: el decisionismo, la distinción amigo/enemigo, *nomos* y otros términos típicamente schmittianos definen relaciones, modos de intervención, direcciones de actuación, pero no explican los fundamentos de las causas de los devenires políticos internacionales. Para empezar, “de los famosos “tratados de paz de Westfalia” Schmitt apenas dice nada”,⁷⁸⁷ pero lo preocupante es que la falta de análisis sociológico se percibe especialmente en los conceptos clave de la teoría schmittiana sobre Westfalia: soberanía, excepción, guerra, tomas de tierra, etc.⁷⁸⁸ Dichos términos no pueden explicarse sin prestar atención a las relaciones sociales que se establecen entre los

⁷⁸⁶ Para Teschke es determinante el apoyo de Schmitt al régimen nazi, siendo muchos de sus conceptos, como el de *Großraum* una herramienta para la justificación de la política alemana. “La categoría anti-universalista de *Großraum* llegó a ser la piedra de toque de la estructura teórica del derecho internacional nazi, diseñado para revolucionar el sistema internacional”. TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *op.cit.*, p.76. A su vez se pregunta si es posible separar esos elementos biográficos de los conceptos fundamentales de su teoría y así salvarla en cierta manera. Cfr., TESCHKE, B., “Decisions and Indecisions. Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt”, *op.cit.*, p.79.

⁷⁸⁷ TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *op.cit.*, p.96. Teschke hace referencia a los tres momentos en los que Schmitt habla de esos tratados en *El Nomos de la Tierra* y en *Staat, Großraum, Nomos*.

⁷⁸⁸ Aunque Teschke reconoce que en *La dictadura* es dónde se da por hecho la importancia de lo social, sin ser explicitada. Cfr., TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *op.cit.*, p.87.

sujetos de dichas relaciones y las dinámicas que se generan entre ellos.⁷⁸⁹ Hay una falta de referencia a lo social, y sin ella no se puede construir una teoría política internacional, porque es lo que “activa” los conflictos políticos internacionales.⁷⁹⁰ Por ejemplo, tanto la decisión como la excepción se imbrican en marcos sociales que Schmitt ignora:

Como el método de Schmitt está desprovisto de una sociología del poder, el decisionismo carece de la analítica para identificar qué equilibrio de fuerzas sociopolíticas activan, en qué tipo de situación, la política de la excepción y el miedo.⁷⁹¹

Esto no sería grave si su pensamiento no estuviera anclado en una concepción del orden concreto que, en teoría, reclama poner el foco en las instituciones y sus dinámicas concretas. Sin embargo, Schmitt, al no estudiar las causas sociales que determinan los acontecimientos, acaba convirtiendo su análisis en una simple justificación de lo existente, en la aceptación de lo fáctico en nombre de una teoría fundada en lo concreto, pero únicamente en lo concreto como fenoménico, como lo que aparece, como *status quo*, no como algo histórico, con biografía, contingente y cambiante: “El pensamiento del orden concreto identifica lo concreto con los hechos más que con el análisis de las confluencias de múltiples determinaciones”.⁷⁹²

Por poner otro ejemplo, las motivaciones o consecuencias socio-económicas que llevan a la guerra o a las tomas de tierra son obviadas en el análisis que hace Schmitt, que centra su explicación únicamente en la primacía de lo político sobre lo jurídico, en la capacidad del soberano de tomar decisiones de manera autoritaria y originaria tanto en lo referente a cuestiones bélicas como coloniales, sin tener en cuenta el contexto

⁷⁸⁹ En eso está también de acuerdo Koskeniemi, para quien el realismo olvida o ignora ciertos análisis relacionados con lo social y la configuración de las estructuras sociales. El realismo solo se centra en el papel del estado porque si reconociera la imbricación entre la política interior y la exterior se disolvería la distinción sobre la que se asienta la teoría realista. *Cfr.*, KOSKENIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?”, *op.cit.*, p.43.

⁷⁹⁰ “El pensamiento de Schmitt no contiene categorías para captar las crisis sociopolíticas (guerra civil, revoluciones, golpes de estado) y geopolíticas (guerra, terrorismo, guerra irregular) contra las que él desarrolló su vocabulario de ley y orden [...] Y como la definición schmittiana de lo político refería a la intensificación de antagonismos y no a procesos o contenidos políticos específicos (económicos, culturales, étnicos, constitucionales, etc.) – carece de cualquier indicación sobre las dinámicas que activan e intensifican las diferencias geopolíticas...”. TESCHKE, B., “Fatal attraction: a critique of Carl Schmitt’s international political and legal theory”, *International Theory*, 3:2, 179–227 & Cambridge University Press, 2011, p. 215.

⁷⁹¹ *Ibid.*, p. 213.

⁷⁹² TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, *op.cit.*, p.4.

jurídico o social: “Por tanto, la guerra es readmitida como concepto político por antonomasia, no jurídico. La guerra precede al derecho”.⁷⁹³

El estado soberano llega a estar tan desligado de sus referentes sociales que no solo logra alejarse de la esfera social, sino también de la política, situándose en un ámbito que roza ya lo teológico, con las consecuencias totalitarias que puede acarrear un soberano convertido en dios y desligado del material social sobre el que tiene que conformar el orden:

Carente de relaciones sociales, la concepción de soberanía de Schmitt también queda curiosamente despolitizada: él busca identificar un punto arquimédico no solo fuera de la sociedad, sino igualmente fuera de la política – aislado de cualquier lucha sociopolítica – para neutralizar totalmente la política doméstica: la ultra-soberanía. [...] Pero este “lugar más allá” realmente pertenece a la esfera propia de la teología.⁷⁹⁴

La falta de análisis sociológico se refleja también en un concepto clave para la soberanía schmittiana: el estado de excepción. El potencial explicativo que pudiera tener esta lógica de la excepción queda anulado desde el momento en que, una vez más, esa excepción es extraída de las relaciones que mantiene con la mundanidad y es convertida en una actuación superior, *pseudo*-teológica, que no entra en contacto con el material sobre el que ejerce su poder excepcional. Schmitt olvida el lado terrenal de la excepción, los sujetos sobre los que actúa y la manera en que lo hace:

El estado de excepción nunca es una creación no relacional, *ex nihilo* – un evento único y autoreferencial, equivalente al milagro en teología. Permanece ligado a lo social por un acto indispensable de cálculo, que precede a su declaración, y ligado a sus oportunidades de implementación y al cumplimiento diario público o a la resistencia de aquellos para quienes es relevante: a las relaciones sociales de la soberanía. La excepción por antonomasia permanece inserta en una relación de poder cuyo punto de referencia es lo social. La decisión por sí sola nunca es decisiva. De las dos caras de la excepción – el poder que la invoca y el poder que está siendo excluido de la ley habitual – Schmitt solo teoriza la primera.⁷⁹⁵

Y lo mismo ocurre, incluso, con su explicación territorial de las diferencias ontológico-políticas de la tierra y el mar. Schmitt llega a exagerar tanto los rasgos míticos de estos dos diferentes ámbitos que lo que pudiera ser una explicación de las

⁷⁹³ *Ibid.*, p.7.

⁷⁹⁴ TESCHKE, B., “Decisions and Indecisions. Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt”, *op.cit.*, pp.80-81.

⁷⁹⁵ *Ibid.*, p.80.

diferencias entre dos formas de hacer política acaba convirtiéndose en el relato de dos mitologías: “moviliza un registro de lo geo-mitológico – la existencia marítima de Inglaterra, tierra *versus* mar –”.⁷⁹⁶ Como explicaré con detenimiento en el siguiente apartado, la falta de análisis sociológico y las carencias que esto acarrea para una teoría internacional que se quiere concebir como concreta también está presente, según Teschke, en el motivo teórico de las tomas de tierra. Teschke critica que Schmitt considerase que la conquista de América no inauguraba un nuevo *nomos* (hay que recordar que para Schmitt, esos descubrimientos supusieron la primera revolución espacial, pero no el primer *nomos* de la tierra), ya que la imagen que la época tenía del mundo seguía siendo la propia de la *Respublica Christiana*:

[É]l excluyó explícitamente las conquistas de América de la constitución de la Europa temprano-moderna [...] Contra su propósito expreso – la centralidad de las tomas de tierra para la constitución de una civilización interestatal europea gobernada por la ley – Schmitt muestra que este nexo causal no se sostiene.⁷⁹⁷

La segunda gran crítica de Teschke hacia Schmitt se articula en torno a la distinción, propia de Westfalia, entre el interior, definido por una política absolutista de homogeneización y eliminación del enemigo interno, y el exterior, marcado por la frágil coexistencia entre Leviatanes con ambiciones imperiales. Para Teschke es una clara contradicción que Schmitt aplauda el *Ius publicum europaeum*, basado en el respeto a un conjunto de leyes, por muy precario que fuera ese sistema, y la defensa del absolutismo del estado a nivel interno. Lo que le extraña de Schmitt es: “la aceptación literal del *ius publicum*, respaldando un positivismo jurídico y un formalismo que por otro lado él combate violentamente”.⁷⁹⁸ Esto esconde una profunda contradicción, a ojos de Teschke: ¿cómo es posible que una teoría como la de Schmitt sea capaz de sostener a la vez un sistema de dominación no pacífico en el interior del estado y una cierta pacificación y respeto a las leyes en el exterior (europeo, se entiende) sin dar una mínima explicación acerca de esta diferencia?

Consiste en la contradicción entre la interpretación e idealización de Schmitt del estado absolutista como una política decisionista (literalmente absuelta de la ley; *legibus absolutus*), que dio rienda suelta a los gobernantes para imponer ley y

⁷⁹⁶ Cfr., *Ibid.*, p. 85.

⁷⁹⁷ TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, *op.cit.*, p.12.

⁷⁹⁸ TESCHKE, B., “Decisions and Indecisions. Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt”, *op.cit.*, p.81.

orden domésticos, y su aceptación simultánea del *ius publicum* como un sistema internacional de leyes y normas que prescribían las guerras (no discriminatorias, civilizadas y limitadas) del absolutismo externo y de los asuntos exteriores importantes como una conducta respetuosa con la ley, militarmente racionalizada y sujeta al *jus belli ac pacis*.⁷⁹⁹

¿Por qué no sostener abiertamente la necesidad de que el absolutismo también esté presente en la esfera exterior en forma de imperialismo?, ¿o es que acaso Schmitt conocía el potencial absolutista del *Ius publicum europaeum* pero le ayudaba aún más el que este se presentara bajo una capa de formalidad o una coraza de simulacro? Una defensa abierta del imperialismo internacional resulta más agresiva que apoyar un absolutismo a nivel interno, y el *Ius publicum europaeum* le regalaba a Schmitt la posibilidad de hacer las dos cosas, especialmente la primera, sin sospechas de ningún tipo.

Según Teschke, hay un tercer error en la teoría del orden concreto de Schmitt. Este pensamiento no habría sabido captar el papel desterritorializado que juega la economía internacional en la contemporaneidad. Teschke se refiere al carácter virtual que adquiere la economía a partir del siglo XX. Esto quiere decir que ni con un *Ius publicum europaeum* reciclado, esto es, ni con una teoría de los grandes espacios, se podía hacer frente a una realidad que desbordaba los pilares del derecho clásico. La teoría de los grandes espacios no puede combatir aquello que se le escapa por definición: lo privado-económico, no es exactamente un “espacio” y ni siquiera es “grande” porque no tiene magnitud, porque es abstracto, porque sus movimientos y flujos son invisibles a la vez que reales. Y en este punto considero que la crítica de Teschke a Schmitt no resulta del todo coherente. Por un lado, acusa a Schmitt de no comprender el carácter contemporáneo de la política y la pérdida de vigencia de las entidades territorialmente cerradas en un mundo conectado por el capitalismo. A la vez, le recrimina estudiar la política estadounidense, basada en esos principios económicos desterritorializados que Teschke le acusa de ignorar:

Al excavar las raíces del nuevo orden universal, Schmitt se ve obligado a analizar la política económica internacional del gobierno americano – un análisis que contradice su premisa de que todo orden legal internacional está fundado en un acto original y constitutivo de “apropiación de tierra” –.⁸⁰⁰

⁷⁹⁹ TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, *op.cit.*, p.13.

⁸⁰⁰ TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *op.cit.*, p.92.

Hay que poner en duda que Schmitt no fuera consciente de que el tiempo del *Ius publicum europaeum* estaba acabado, de ahí su defensa de los grandes espacios, que supone una adaptación de la *potestas* soberana a un contexto en el que el poder funciona mejor a través del regionalismo o el multilateralismo. Su crítica al carácter discriminatorio del nuevo concepto de guerra o su preocupación por la introducción del elemento aéreo muestran que Schmitt ya había advertido el fin del *Ius publicum europaeum* y las transformaciones territoriales que ello implicaba. Aun así, formula una solución basada en la tierra, pero no parece que esto sea contradictorio con sus tesis. Él acepta que el siglo XX ya no está anclado en las relaciones entre política y territorio, lo que promulga es una vuelta a esa unión pasada con la tierra. Y para reclamar esa vuelta es necesario aceptar que esa relación se ha perdido, cosa que Schmitt sí hace.

8.4. CONFLUENCIA DE DOS CRÍTICAS: LA CRÍTICA DE KOSKENNIEMI Y TESCHKE A LA FALTA DE ANÁLISIS CONCRETO EN SCHMITT.

Veremos que esta concreción de lo concreto, determinación de última instancia a la que Schmitt apela sin descanso, es siempre excedida, desbordada, digamos, atormentada por la abstracción de un espectro. ¿No es por esta razón que hay que desplegar tantos esfuerzos, y esfuerzos desesperados, para igualarlo a una intuición y a un concepto?

JACQUES DERRIDA⁸⁰¹

En el fondo, a Schmitt no le preocupa la conquista de América, sino la división del mundo en dos: Europa como colonizadora y el resto del planeta como colonizable.

MIGUEL SARALEGUI⁸⁰²

Se podría decir que la *Critical Legal Theory* y la Sociología Histórica Internacional son primas hermanas porque comparten ciertas raíces y objetivos pese a sus diferencias focales: su rechazo al liberalismo y al neorrealismo, su intención crítica para lograr una mejora social tanto a nivel teórico como práctico, la denuncia del carácter ideológico de lo que se presenta como neutral y la necesidad del estudio de los contextos y elementos aparentemente secundarios para lograr una comprensión global de las Relaciones Internacionales. El propio Koskenniemi defiende la necesidad de una sociología histórica para el estudio de las Relaciones Internacionales:

Las representaciones de “sistema westfaliano”, “anarquía”, “imperio” y “comunidad internacional” han permanecido como los ideales-tipo abstractos de la sociedad internacional como resultado de una generalización acrítica más que de un estudio sociológico. Sería necesaria una “historia social del derecho internacional” para emprender estudios más detallados de las conexiones entre diferentes tipos históricos de sociedad internacional y los tipos de sistemas normativos conectados con ellas.⁸⁰³

Según Koskenniemi, el estudio de la política internacional estuvo marcado hasta finales del siglo XIX por el deseo de que las directrices histórico-filosóficas fueran la guía de un proyecto civilizatorio. Posteriormente el estudio de la ley internacional abandonó su carácter histórico y el lenguaje filosófico en pos de una orientación científico-social y funcional. Sin embargo, desde 1990 se ha producido un retorno al

⁸⁰¹ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, Galilée, París, 1994, p.137.

⁸⁰² SARALEGUI, M., *Carl Schmitt. Pensador español*, Trotta, Madrid, 2016, p.45.

⁸⁰³ KOSKENNIEMI, M., “The history of International Law Today”, *op.cit.*, p.8.

análisis histórico de las relaciones internacionales. Esa vuelta se ha producido de dos formas diferentes: algunas teorías han centrado sus análisis en las estructuras que se mantienen a lo largo de la evolución histórica y siguen vigentes en la actualidad (“*narrative of continuation*”), y otras han pretendido desmontar el viejo sistema (“*narrative of a wholesale break*”).⁸⁰⁴ Es a esta última corriente a la que, entiendo, pertenecen tanto Koskenniemi como Teschke:

La narrativa de la ruptura total (*narrative of a wholesale break*) sobre el pasado ha dado origen a estudios que pretenden generar una historia a gran escala del sistema de igualdad soberana desde su origen (normalmente en Westfalia) a lo largo de su apogeo (el siglo XIX) hasta su declive y descomposición en las crisis del siglo XX. Desde esta perspectiva, la Guerra Fría constituyó la última grieta de ese sistema. Tales historias buscan presagiar la llegada de un tipo de derecho internacional completamente diferente, quizás uno con una atención mayor a las necesidades y el *status* de los seres humanos”.⁸⁰⁵

Koskenniemi considera que hay al menos tres enfoques aceptables desde los cuales estudiar el derecho internacional: la *Ideengeschichte* o historia intelectual; las posturas no eurocéntricas; o la Sociología Histórica Internacional (representada en este trabajo por Benno Teschke).⁸⁰⁶ Por su parte, Benno Teschke subraya el componente crítico de su labor investigadora: “El objetivo es contribuir a un giro histórico a las Relaciones Internacionales aportando una teoría crítica de las Relaciones Internacionales”.⁸⁰⁷

Aprovechando esta sintonía entre las dos teorías o, más bien, entre los dos autores, voy a explicar los puntos comunes de su crítica al pensamiento schmittiano en lo referente a la conquista del continente iberoamericano. Si la intención de una corriente crítica de las Relaciones Internacionales es revisar y corregir los mitos de la política internacional, la ocupación de América tiene que ser tratada como un motivo fundante susceptible de ser deconstruido. La razón de unificar ahora las críticas de los dos autores y de hablar de convergencia es su semejanza interna y argumental. El motivo de su crítica compartida es el carácter absolutista y descontextualizado que adquieren los argumentos de Schmitt, especialmente en el *Nomos de la Tierra*, lo cual entra en contradicción con las premisas de su enfoque del orden concreto.

⁸⁰⁴ KOSKENNIEMI, M., “Why History of International Law Today?”, *Rechtsgeschichte: Zeitschrift des Max-Planck-Instituts für Europäische Rechtsgeschichte* Rg 04, 2004, 61-66, pp.63-64.

⁸⁰⁵ KOSKENNIEMI, M., “The history of International Law Today”, *op.cit.*, p.5.

⁸⁰⁶ KOSKENNIEMI, M., “Why History of International Law Today?”, *op.cit.*, pp.64-66.

⁸⁰⁷ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.8.

Para empezar, sostienen que Schmitt no articula de manera coherente la interrelación entre los distintos períodos históricos que configuran las ocupaciones de América desde el siglo XV al siglo XIX. En esa desatención histórica y social Teschke advierte una clara falta de coherencia teórica. La teoría schmittiana establece varias fechas clave, pero en vez de estudiar en qué se fundamenta la importancia de cada una de ellas o los motivos sociales que determinan sus diferencias, se limita a analizar el paso de las rayas a las líneas de amistad y esto, a ojos de Teschke, no es suficiente para analizar el desarrollo de un acontecimiento, como son los descubrimientos, que se extendió durante tantos siglos en el tiempo y que tuvo tanta importancia para la política internacional moderna.

Schmitt vacila entre tres polos de explicación – los descubrimientos (1492), la emergencia del estado absolutista (1648), el equilibrio inglés (1713) –. Al final no consigue clarificar su interrelación y su jerarquía causal. Esta vaguedad explicativa está agravada por una periodicidad no precisa y una idealización insostenible de la forma y la sustancia de las relaciones internacionales modernas.⁸⁰⁸

El problema no solo atañe a la falta de fundamentación a la hora de establecer la periodización de las distintas fases de los descubrimientos, sino también a la diferencia entre los distintos países colonizadores y a sus diferentes maneras de ocupar, que no son analizadas ni comparadas en la teoría de Carl Schmitt. En definitiva, Schmitt no analiza el carácter internacional del acontecimiento y eso contradice, según Teschke, el deseo schmittiano de llevar a cabo un análisis del orden concreto:

Se abre un vacío en el centro del pensamiento del orden concreto de Schmitt – la ausencia de una sociología de la sociedad y del poder –. Al final, Schmitt no da respuesta a su propia pregunta: ¿qué procesos establecen este orden?⁸⁰⁹

Koskenniemi sigue una línea argumental muy parecida a la de Teschke y sugiere que Schmitt no estudia a fondo la realidad de los cuatrocientos años que describe, sino que más bien proyecta los presupuestos de su enfoque decisionista – la visión teórica que mantenía Schmitt antes de centrarse en el enfoque de análisis concreto – al contexto del *Ius publicum europaeum*. Koskenniemi asegura que el relato del *Nomos de la Tierra* no es un repaso del desarrollo del derecho internacional sino más bien un manifiesto

⁸⁰⁸ TESCHKE, B., “Fatal attraction: a critique of Carl Schmitt’s international political and legal theory”, *op.cit.*, p.194.

⁸⁰⁹ *Ibid.*, p.195.

contra la misión moralizadora de Estados Unidos y un alegato en favor del *Ius publicum europaeum*.⁸¹⁰ De modo que, según Koskenniemi, no nos hallaríamos ante una mera descripción jurídica del contexto de los descubrimientos, sino ante una justificación de la política absolutista europea. Esto supondría aceptar que el tránsito, típicamente atribuido a Schmitt, desde un enfoque decisionista a otro del orden concreto no sería tal, sino que siempre se habría mantenido fiel a los principios decisionistas:

[L]a aceptación de Schmitt en 1950 de la narrativa propia de la profesión jurista internacional sobre el *ius publicum europaeum* (...) es una proyección de su *dictum* de 1922 de que “todos los conceptos fundamentales de la teoría moderna del estado son conceptos teológicos secularizados”. A través del uso del concepto “Nomos” Schmitt da la impresión de describir un “orden concreto” cuando simplemente está describiendo los corolarios lógicos de una teoría del absolutismo doméstico.⁸¹¹

Que Schmitt no cumple con su objetivo del análisis concreto también se manifiesta, en este caso según Teschke, en su eurocentrismo, al no realizar ni un mínimo análisis sobre los habitantes del territorio ocupado, algo comprensible teniendo en cuenta el rol de papel en blanco que Schmitt otorgaba a las colonias:

Los amerindios permanecen ausentes de su explicación [...] Ni siquiera son reconocidos como portadores pasivos y víctimas de la entrada de los españoles y portugueses. Son anulados y descritos fuera de la historia, ya que Schmitt concibió las Américas como un vacío des-subjetivado.⁸¹²

Como ya expliqué, para Schmitt las colonias introducirán la novedad del vacío, los amerindios no serán considerados combatientes (a diferencia de los adversarios musulmanes que sí eran considerados enemigos debido a que su sistema era una teocracia, es decir, un sistema político consistente), porque su falta de tradición político-institucional les convertía en individuos no susceptibles de ser reconocidos como sujetos políticos, por tanto, tampoco como enemigos. Pero aceptar que esos espacios

⁸¹⁰ Es más, el sentimiento anti-universalista propio de Schmitt iría particularmente en contra de un determinado universalismo, según Koskenniemi, el del liberalismo estadounidense: “[L]os ataques de Schmitt a los humanistas liberales, los neutralizadores y despolitizadores, no se basan en un rechazo del universalismo, sino en una distinción no articulada entre un universalismo “falso” y uno “genuino”. KOSKENNIEMI, M., “International Law as Political Theology: How to read the Nomos der Erde?”, *op.cit.*, p.495.

⁸¹¹ *Idem.*

⁸¹² TESCHKE, B., “Fatal attraction: a critique of Carl Schmitt’s international political and legal theory”, *op.cit.*, p.195.

eran libres y que esos individuos no eran sujetos políticos, era garantía de que allí se ejercería la máxima violencia.

Schmitt, tan defensor del decisionismo en lo que a política interna se refiere, se deja llevar en el orden internacional por el legalismo de las grandes potencias y por la alabanza de la falsa formalidad de la política exterior de estas, según Teschke. No hay que olvidar que el jurista alemán mantenía un claro dualismo entre la esfera nacional y la esfera internacional, garantía del equilibrio y la coexistencia entre naciones: “el corolario es una explicación del absolutismo idealizada, des-sociologizada e historiográficamente desacreditada y política, complementada por una aceptación *à la lettre* del normativismo legal en el derecho internacional...”.⁸¹³ Teschke sostiene que, en su alabanza desmesurada al *Ius publicum europaeum*, Schmitt acaba sancionando el *status quo* y acercándose así a posiciones positivistas. Al mismo tiempo, su apelación a la concreción carece de sentido, ya que convierte a la concreción misma en una entidad abstracta sin relación con su referente. Al igual que cuando Schmitt convertía a Westfalia o a la soberanía en mitos, conseguía desligarlas de lo concreto, la apelación a lo concreto acaba convirtiendo a la propia concreción en algo vacío, en un concepto sin intuición.

La explicación de Schmitt del *Ius publicum europaeum* – de los descubrimientos a Versailles – está impregnada de contradicciones, omisiones y juicios empíricos erróneos, fundados en una oscilación entre una abstracción no autorizada y una concreción vacía. En el centro se sitúa una vacilación entre una adherencia literal al positivismo mínimo de un *ius publicum* aceptado abstractamente – una idealización del estado absolutista, un informe no examinado de las geopolíticas de la modernidad temprana y una total acogida de la noción legal de guerra no discriminatoria – y una noción de concreción sociológicamente incorpórea e internacionalmente vacua, formalizada en el pensamiento espacial del orden concreto. Esta falsa noción de concreción – apropiación de tierra, división de la tierra, partición del mar – disociada cuidadosamente de los procesos de las relaciones sociales de propiedad en disputa, de las relaciones de autoridad y de los encuentros geopolíticos, re-emerge en consecuencia como otra mega-abstracción: el orden espacial. Al final, Schmitt cartografía la abstracción positivista del *ius publicum* a través de la abstracción territorial de la constitución espacial – combinándola para formar el *nomos* –.⁸¹⁴

Schmitt cree que analiza la situación concreta porque insiste en el asunto de la territorialidad y en las tomas de tierra cuando, en realidad, obvia todo otro tipo de

⁸¹³ *Ibid.*, pp.197- 198.

⁸¹⁴ *Ibid.*, p.207.

cuestiones concretas. Al no detenerse en las particularidades y al no analizar las diferencias del contexto, genera un relato acrítico de los descubrimientos y consigue sancionar el *status quo*. Y acaba teorizando igual que los positivistas que tanto critica, porque su concreción es tan fáctica que deviene positiva.⁸¹⁵ De hecho, afirma Koskenniemi, el análisis de la toma de tierra de Schmitt es idéntico al de los justificadores del *Ius publicum europaeum* de la época, como von Martens y Klüber, esto es, mera descripción positivista. Pero, ¿cómo es posible este movimiento teórico con lo antipositivista que es Schmitt? Según Koskenniemi, la defensa tan radical que hacía Schmitt de la soberanía continental y de sus consecuencias absolutistas era tal, que le llevaba a situarse del lado de las teorías más conservadoras, aunque fueran positivistas: “su respaldo al viejo orden europeo surge en sus escritos sobre el estado previos a la guerra, que apoyaban precisamente el tipo de reclamos absolutistas de la soberanía contra los que la Revolución se había iniciado”.⁸¹⁶

Por otro lado, tanto Koskenniemi como Teschke plantean una duda radical acerca del sistema estatocéntrico centrado en la territorialidad que plantea Schmitt. Habría que ver qué eran esos “estados” del siglo XVI al XIX, se preguntan ambos autores. A lo largo de cuatrocientos años se ven muchas formas políticas, desde “los regímenes más frágiles y exiguos, a menudo feudales o aristocráticos *de facto*, a dictaduras militares centralizadas”.⁸¹⁷

Que estas variadas formas de dominio fueran etiquetadas como “estados” no deriva de que consiguieran alguna forma determinada de poder social o de control territorial – de hecho, la delimitación territorial a través de mapas y delimitaciones con piedras o censos de población se desarrolló solo en el siglo XVIII – sino del desarrollo de una teoría política autoritaria que secularizó el monoteísmo en una teoría de un único soberano.⁸¹⁸

⁸¹⁵ “El *nomos*, a pesar de la insistencia de Schmitt en lo concreto, permanece ampliamente escrito en el registro de la historia de las ideas, más parecida a la práctica contemporánea de la “historia semántica”, intercalada con derivaciones etimológicas, geo-mitología e historia jurídica, contraria conceptualmente a cualquier sociología histórica internacional”. *Ibid.*, p.215.

⁸¹⁶ KOSKENNIEMI, M., “International Law as Political Theology: How to read the Nomos der Erde?”, *op.cit.*, p.497.

⁸¹⁷ Benno Teschke hace referencia a las siguientes formas políticas presentes durante el *Ius publicum europaeum*: “[M]onarquías hereditarias y electivas, repúblicas mercantiles, confederaciones, repúblicas aristocráticas, monarquías constitucionales, ciudades, estados de estados...”. TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, *op.cit.*, p.230.

⁸¹⁸ KOSKENNIEMI, M., “International Law as Political Theology: How to read the Nomos der Erde?”, *op.cit.*, p.498.

Ya estudié cómo Teschke pensaba que la unidad territorial del contexto westfaliano equivalía a la unidad de la casa dinástica, lo que implicaba que el territorio se convirtiera en una propiedad (“apéndice”) de la dinastía.⁸¹⁹ Koskenniemi parece compartir esta tesis, pues afirma que en el *Ius publicum europaeum* hay elementos más importantes que la territorialidad, como el comercio internacional.⁸²⁰ Que la economía, más que el territorio, o conjuntamente con él, fuera motivo central de las conquistas, quedaría plasmado en la época de los descubrimientos en la teoría de Vitoria y Soto acerca de la relación entre *dominium* y *Ius Gentium*.⁸²¹ *Dominium* es el derecho que tienen los humanos a apropiarse o utilizar las cosas, es una relación con la propiedad que tiene un aspecto divino y otro humano. Es una ley divina en tanto que Dios da el dominio de todo a todos. Y es humano en la medida en que los hombres han adaptado la ley divina a sus necesidades, permitiendo que unos dominen a otros, es decir, que haya dominados. Además, los hombres han escindido la ley del *dominium* en dos, en derecho público y en relaciones privadas comerciales,⁸²² enfocando las relaciones internacionales más bien hacia el segundo ya que era el que permitía mayores ganancias: “El mundo era un imperio, pero un “imperio de derechos privados”.⁸²³ De hecho, la guerra justa no solo se fundamentará en motivos religiosos, sino que también podrá llevarse a cabo ante cualquier violación de ese *dominium*. Así, más que por motivos territoriales, es por asuntos de índole económica-privada como queda justificada la ocupación americana, según Koskenniemi: “los españoles aparecen claramente como los abogados no tanto del “imperio formal”, defendiendo o apoyando las anexiones territoriales, como del “imperio informal”, el control de los recursos a través del ejercicio de relaciones de contratos y propiedades del derecho privado”.⁸²⁴

Sobre Francisco de Vitoria, en este caso sobre la acusación que Carl Schmitt vierte sobre él en el *Nomos de la Tierra* y su “argumentación neutralizadora”, tal y

⁸¹⁹ TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, op.cit., p.131.

⁸²⁰ Cfr., KOSKENNIEMI, M., “Empire and International Law: The Real Spanish Contribution”, op.cit., Este artículo contiene una teoría muy interesante sobre el dinero en la Escuela de Salamanca.

⁸²¹ Koskenniemi llega a hablar de un “*ius dominativum*” en Vitoria y Soto. Cfr., KOSKENNIEMI, M., “The Political Theology of Trade Law: The Scholastic Contribution” en *From Bilateralism to Community Interest: Essays in Honour of Judge Bruno Simma*, Oxford University Press, 2011, p.24.

⁸²² “El *Ius Gentium* de hoy en día continúa estando dividido en el derecho de tratados, por un lado, y el derecho de contratos, por otro. No hay duda de en qué lado se ejercían los aspectos más importantes – esto es, el poder de los humanos sobre otros humanos –. Es una gran paradoja que los líderes políticos españoles no entendieran nunca que esto era lo que estaban profetizando sus pensadores más brillantes”. KOSKENNIEMI, M., “Colonization of the “Indies”- The origin of International Law?” ”, en GAMARRA, Y. (ed), *La idea de la América en el pensamiento ius internacionalista del siglo XXI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, p.24.

⁸²³ KOSKENNIEMI, M., “Empire and International Law: The Real Spanish Contribution”, op.cit., p. 23.

⁸²⁴ *Ibid.*, p. 24.

como la denomina Schmitt, Koskenniemi realiza un análisis muy interesante. Sostiene que el argumento de que Vitoria rompiera una lanza en favor de la consideración de los indios no es tan relevante como se ha hecho pensar, porque lo que importa no es cómo era su carácter personal, sino cuáles eran sus opciones teóricas (la inclusión o la exclusión de los amerindios). Este pensamiento está en línea con la concepción de la historia que tiene Koskenniemi, entendida como un conjunto de narrativas en contextos de ambigüedad y no como *magistra vitae*: “No tiene sentido entablar una controversia sobre la moralidad de Vitoria, el hombre, y parece importante en su lugar subrayar la ambivalencia de sus opciones”.⁸²⁵ Además realiza el siguiente análisis: los críticos con la conquista española subrayan lo negativo que supuso la exclusión de los amerindios durante el colonialismo y este argumento es aceptable, pero quizás sería más provechoso teóricamente comprender la complejidad y la ambivalencia del contexto tratado, algo ignorado por esos críticos, y estudiar las implicaciones de esa anhelada “inclusión”. Dicho ambigüedad consistía en que el vocabulario de conquista de los españoles era de tal naturaleza que daba pie a justificar distintas posiciones interpretativas: la conquista podía leerse tanto en clave de subyugación (los conquistadores ocuparon y maltrataron a los amerindios y eso supone una exclusión) como de regalo (los españoles traen la civilización a aquellos para que la disfruten, lo cual implica un ejercicio de inclusión, que es el que habría llevado a cabo Vitoria). Y este es un ejemplo de la indeterminación de los términos jurídicos que tanto insiste en señalar la teoría de Koskenniemi:

El “universalismo” de los españoles era tan indefinido que podía ser usado y era usado para defender políticas variadas y a menudo contradictorias (...) A menudo el amor es difícil de distinguir del deseo de dominar – lo que no quiere decir que no se deba hacer una distinción entre ellos –.⁸²⁶

Koskenniemi sugiere que quizás, entre estas dos opciones, la inclusión y la exclusión, no haya que criticar sin más esta última, sino que hay que recordar las desventajas del argumentario de la inclusión. Es cierto que América tenía un carácter pasivo, objetual y, en ese sentido, excluido (del derecho), “un lugar para el mundo no-

⁸²⁵ KOSKENNIEMI, M., *Histories of International Law: dealing with Eurocentrism*, Universiteit Utrecht, Faculteit Geesteswetenschappen, Noviembre 2011, p. 20.

⁸²⁶ KOSKENNIEMI, M., “Empire and International Law: The Real Spanish Contribution”, *op.cit.*, p. 11.

europeo solo como un objeto de la toma europea de tierra”,⁸²⁷ pero una verdadera exclusión, es decir, la no intromisión de Europa en América hubiera sido en realidad “una muestra de respeto”.⁸²⁸

⁸²⁷ GREWE, W., *Epochs of International Law*; SCHMITT, C., *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Ius publicum europaeum* (Berlin, Duncker & Humblot 1950) *apud* KOSKENNIEMI, M., *Histories of International Law: dealing with Eurocentrism*, *op.cit.*, p.10.

⁸²⁸ “El asunto se basa en la asunción (eurocéntrica) de que ser incluido es bueno (porque el derecho internacional es “bueno”) mientras que la exclusión tiene que ser condenada”. KOSKENNIEMI, M., “Empire and International Law: The Real Spanish Contribution”, *op.cit.*, p. 20.

CAPÍTULO 9: Derrida y Foucault: disecciones posmodernas del poder soberano.

9.1. MICHEL FOUCAULT Y EL ESTADO SOBERANO .

El Estado [...] sería, si se quiere...no sé muy bien cómo decirlo...principio de inteligibilidad y esquema estratégico, digamos, para emplear una palabra anacrónica con respecto a la época de la que les hablo: la idea reguladora.

MICHEL FOUCAULT⁸²⁹

En la sociedad disciplinaria, la relación entre el poder y el individuo continuaba pues siendo una relación estática: la invasión disciplinaria del poder correspondía a la resistencia del individuo. En cambio, cuando el poder llega a ser completamente biopolítico, la maquinaria del poder invade el conjunto del cuerpo social que se desarrolla en su virtualidad.

MICHAEL HARDT Y TONI NEGRI⁸³⁰

Los análisis de Michel Foucault y Jacques Derrida a propósito de las Relaciones Internacionales contrastan con las teorías clásicas u oficiales que toman la soberanía y el derecho como instituciones carentes de contradicciones y dadas de manera pacífica. El ánimo posmoderno que fluye en los estudios de estos dos filósofos permite poner de relieve las aporías del sistema conceptual de la política moderna y de sus conceptos principales: soberanía, guerra y derecho. Pese a esta similitud, los estudios de Foucault y Derrida toman caminos distintos en determinados momentos. Foucault centra su estudio en las formas que tiene el poder de ejercerse a través de la soberanía. Su distinción entre dos modos de hacer teoría, entre los discursos históricos tradicionales o saberes oficiales y los discursos críticos, ha influido en las teorías críticas contemporáneas de las Relaciones Internacionales, pero en él no se encuentran referencias o contestaciones explícitas a la teoría de Schmitt.

Martti Koskeniemi alaba la labor de Foucault por haber resaltado el carácter irregular del derecho internacional clásico, por hablar de las narrativas del poder, por denunciar que los argumentos del derecho ni son tan jurídicos ni tan racionales como aparentan sino que esconden una serie de contradicciones, que en el fondo remiten a los

⁸²⁹ FOUCAULT, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, p. 328.

⁸³⁰ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio, op.cit.*, p.39.

más primarios impulsos de violencia que se dan en los leviatanes que componen la sociedad internacional:

El trabajo de Michel Foucault ha sido muy influyente al proponer un estudio del pasado del derecho internacional centrado más en las discontinuidades que en las continuidades, en la relación entre los relatos y el poder como en las consideraciones de la autonomía disciplinaria para efectuar maniobras sutiles de exclusión e inclusión.⁸³¹

La labor deconstructiva de Derrida también disecciona, al servicio de la crítica, los discursos tradicionales, pero me llama la atención especialmente su recepción del pensamiento de Schmitt en lo tocante a la noción de enemigo y sus reflexiones acerca de las acciones terroristas contemporáneas que quedan inauguradas, como tendencia, a partir del 11 de septiembre de 2001. Como ya he explicado anteriormente las bases de la filosofía jurídica de Derrida, comenzaré este capítulo introduciendo el sentido de la crítica que Foucault imprime a su discurso político. Para ello es imprescindible mencionar su distinción entre saberes totalitarios y saberes sometidos.

Los discursos totalitarios que surgen en la Modernidad son bloques de conocimientos sistemáticos que funcionan en torno a la relación conocimiento/verdad y que generan una relación cerrada o directa con la verdad, formulando leyes generales sobre la guerra o la soberanía, en línea con la historia de las ciencias (siendo la Ilustración el momento del desvelamiento de ese conjunto de verdades). En contraposición con estos discursos, los saberes sometidos surgieron como conocimientos no-conceptuales, descalificados a veces como inocentes e inferiores, no científicos e insurrectos, porque se elevaban contra los efectos centralizadores del poder ejercido a través de los discursos totalizadores. Sustraían los saberes ocultos y escondidos en éstos y se posicionaban contra la institucionalización misma del discurso:

De modo que los “saberes sometidos” son esos bloques de saberes históricos que estaban presentes y enmascarados dentro de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica pudo hacer reaparecer por medio, desde luego, de la erudición.⁸³²

Estos discursos críticos no son científicos y no tienen la pretensión de serlo, porque contra lo que luchan es contra su propia institucionalización, la cual implicaría

⁸³¹ KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960, op.cit.*, p.20.

⁸³² FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Akal, Madrid, 2003, p. 17.

su funcionamiento como mecanismo de poder rígido y contrario a la crítica. Esto hace que los saberes sometidos sean siempre abiertos, ya que la creación de poder a través del discurso y del discurso a través del poder es un flujo no totalmente racionalizado, sino sometido a las pulsiones del propio devenir político, que nunca son sistemáticas. Y por ello suelen ser los más desesperanzadores y, a la vez, los más utópicos, por no ofrecer jamás respuestas definitivas.

A partir de este eje discurso/poder Foucault analiza la realidad política moderna tomando como objeto la tríada saber/guerra/soberanía, un conjunto conceptual inseparable. La soberanía sería el resultado de la imbricación de tres elementos: el sujeto, la unidad del poder y la legitimidad. Una teoría que se quiera hacer cargo de la verdadera naturaleza del poder no tiene que limitarse señalar esos tres ejes, sino que debe vislumbrar cómo se crean esas redes de circulación/dominación entre ellos, dicho con otras palabras, lo que hay que estudiar es el “cómo” del poder. Según explica Foucault, en el discurso clásico de la soberanía la aparición del derecho está profundamente ligada a la figura del rey, ya sea para alabarla o para criticarla: algunos reconocen al rey como soberano y otros cuestionan la legitimidad y los límites del poder del soberano. Lo que está en juego en ambos casos es la legitimidad del monarca y, en esa medida, la obediencia de sus súbditos se torna necesaria para evitar la guerra civil a través del pacto social.

La creación del Leviatán – que para Foucault constituye el paradigma del discurso clásico o totalizador de la soberanía – supone la suma de los cuerpos de los súbditos del estado en un solo cuerpo y una sola alma, la del soberano, un poder que canaliza la violencia que le transfieren los individuos con el fin de evitar la guerra civil. Las relaciones de poder que se crean a partir de ese momento son las que se establecen entre el Leviatán y los individuos. Pero para Foucault, esto no agota todo lo que se puede extraer de las relaciones de poder. Es más, lo afirmado hasta aquí constituye el núcleo de los saberes totalizadores. Foucault quiere ir más allá y llegar ahí donde el poder se convierte en capilar, a sus formas más locales o regionales e incluso menos jurídicas.⁸³³

Para ello hay que dejar de lado la consideración de la soberanía como núcleo central y localizado de poder y aceptar que existen una serie de ramificaciones en las que se hacen patentes relaciones de dominación. Esto implica una crítica al modelo epistémico atómico de Hobbes. Lo que importa no es el análisis del soberano en sí, de

⁸³³ FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, op.cit., p.32.

quién sea el Leviatán, o de su fuerza o capacidad decisoria, sino de cómo la soberanía está presente en los sujetos más alejados de ese centro de dominación a través de dinámicas de dominación no estáticas. Por eso, para analizar el poder, Foucault no acude al derecho como institución o conjunto de leyes, sino a la lectura de todos los mecanismos que las rodean, que no crean relaciones de soberanía, sino de dominación. Hay que ir de lo más jurídico a lo menos jurídico, analizando la presencia del poder, por ejemplo, en el control de los cuerpos a través de las formas de dominación relacionadas con las prácticas de castigo o las costumbres sexuales.

Frente a los procesos de legitimación de corte racionalista, liberal y contractualista, el interés de Foucault es reconstruir el surgimiento de un discurso dispuesto a mostrar no solo la falsedad del ideal de la universalidad jurídica y política, sino igualmente su utilización al servicio del ocultamiento de la escisión social entre los vencedores y los derrotados.⁸³⁴

En este horizonte epistémico, los discursos críticos tratan de desvelar las diferentes formas no jurídicas a través de las cuales se ejerce el poder. Este no siempre adquiere una forma unitaria, a modo del soberano, sino que está presente en todas partes. No es una instancia colocada en un lugar superior. Se toma por lo bajo en cada relación. El poder no va en línea recta, sino que circula, funciona y se extiende en red. (“El poder funciona. El poder se ejerce en red...”).⁸³⁵ Esta lectura permite romper los dualismos típicos de la Modernidad: arriba/abajo, dominadores/dominados, exterior/interior. Es decir, el análisis del poder no puede hacerse desde el lado de la soberanía o desde las instituciones en las que esta se muestra o desde la que esta ejerce su poder, sino desde la dominación que se extiende a todos los subsistemas locales a través de los dispositivos de saber. Para ello es fundamental entender las relaciones que ese poder mantiene con el discurso.

Saber, poder, no son más que una rejilla de análisis. Vemos también que esta rejilla no está compuesta de dos categorías de elementos extraños entre sí, que serían el saber por un lado y el poder por otro – lo que les haría exteriores entre sí –, porque nada puede figurar como un elemento de saber si, por una parte no es conforme a un conjunto de reglas y de coacciones características [...] y si, por otra parte, no está dotado de efectos de coerción [...] Inversamente, nada puede funcionar como

⁸³⁴ LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política”, *op.cit.*, p.163. Aquí Foucault hace referencia a las corrientes contrarias al discurso clásico de la soberanía que surgen ya en los siglos XVI, XVII y XVIII.

⁸³⁵ FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, *op.cit.*, p.34.

un mecanismo de poder si no se despliega según procedimientos, instrumentos, medios, objetivos, que puedan ser validados en unos sistemas de saber más o menos coherentes [...] [S]e trata más bien de describir un nexo de saber-poder que permite aprehender lo que constituye la aceptabilidad de un sistema, sea el sistema de la enfermedad mental, el de la penalidad, la delincuencia, la sexualidad, etc.⁸³⁶

El discurso del poder es el derecho, es la forma que tiene la soberanía de ejercer la decisión. Paralelamente, el discurso de la disciplina es el de la norma no jurídica, prácticas alejadas del centro del poder soberano pero que introducen relaciones de dominación.⁸³⁷ Respecto a lo primero, lo que le interesa a Foucault es cómo el poder es capaz de crear discursos productores de derecho, cómo surge el derecho a partir de un discurso acerca de la verdad. La verdad es un mecanismo de producción más al que el poder nos impele y que el poder institucionaliza. Hay una imbricación entre poder y verdad: al mismo tiempo que el poder crea discurso (“todo ejercicio de poder [...] implica por lo menos un saber hacer”),⁸³⁸ el discurso crea poder porque tiene efectos jurídicos (“para que el saber funcione como saber, esto solo es posible en la medida en que el saber ejerce un poder”).⁸³⁹ El poder generaría un discurso de la verdad que generaría unas reglas jurídicas y que fijaría los límites del derecho. Esas normas, a su vez, generarían discursos sobre la verdad. “Por lo tanto, reglas de derecho, mecanismos de poder, efectos de verdad. O bien: reglas de poder y poder de los discursos verdaderos”.⁸⁴⁰

Respecto al poder que ejerce la disciplina, también llamado poder disciplinario, Foucault señala que ha quedado oculto ya que el poder soberano lo ha enmascarado bajo la sociedad disciplinaria. Su dominio se ejerce a través del control sobre los cuerpos y toma forma, especialmente, en el discurso de la ciencia estadística, que se encarga de analizar los fenómenos en serie relacionados con la corporalidad de los sujetos: tasas de natalidad y mortalidad, etc., para así poder regularlos y dominarlos. La normalización de las conductas que ejercen los sistemas educativos, penitenciarios o sanitarios constituye otra forma de poder disciplinario. Pero a partir del siglo XVIII y XIX, esa sociedad disciplinaria se ve sustituida por una sociedad de control que ejerce su

⁸³⁶ FOUCAULT, M., *Sobre la Ilustración*, Tecnos, Madrid, 2006, pp.27-28.

⁸³⁷ “La norma es lo que puede aplicarse tanto a un cuerpo al que se quiere disciplinar como a una población a la que se pretende regularizar”. FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, op.cit., p.217.

⁸³⁸ FOUCAULT, M., *Sobre la Ilustración*, op.cit., p.40.

⁸³⁹ *Ibid.*, p.39.

⁸⁴⁰ FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, op.cit., p.30.

dominio, no ya sobre los cuerpos, sino sobre la vida de los sujetos, sobre la masa. A día de hoy ese control biopolítico es ejercido, por ejemplo, a través de las cámaras de vigilancia existentes en las ciudades, el registro de información de los ciudadanos en bases de datos telemáticas, etc.

En el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control queda establecido un nuevo paradigma de poder definido por las tecnologías que reconocen a la sociedad como la esfera de influencia del biopoder.⁸⁴¹

El concepto de gubernamentalidad expresa el hecho de que gobernar no se limita a reinar o hacer la ley, sino que existen otros mecanismos de dominación que permiten explicar el poder, que los tentáculos de la decisión soberana alcanzan las capas más profundas de la vida de los individuos de la sociedad y que dicho poder no se agota en la institución. El estado es una práctica, una forma de hacer, no una entidad uniforme y cerrada, sino un ejercicio de poder. Como lo que importa no es tanto quién sea el soberano, sino el proceso de construcción de los sujetos a través de técnicas y mecanismos de dominación, lo que hay que analizar son las relaciones que se dan en el interior del juego del poder y las relaciones que este mantiene con otras instancias. Y la mejor forma de estudiar estas relaciones de fuerza o de poder es analizar las relaciones de guerra, siendo estas el caso límite o máximo de la tensión de esas relaciones de fuerza. La imbricación entre discursos y guerra es inseparable: la guerra es producto de un discurso acerca del poder y, a la vez, genera un determinado tipo de relato. A este respecto López Álvarez habla de “la utilización bélica del saber histórico” como objeto de estudio de Foucault.⁸⁴²

Los discursos totalizadores explican la guerra como una manifestación más del poder. Los discursos críticos son conscientes de que la piedra de toque de todas las relaciones de poder es precisamente la guerra, que esta es la que permite leer cómo se construye el poder y sus relaciones. Según la lectura crítica de Foucault, bajo la institución y la ley hay un desarrollo constante de la guerra que emerge como estructura originaria determinante de todo lo demás. Las relaciones de guerra son ontológicamente primarias o superiores respecto a otro tipo de relaciones de dominación. Y la estrategia y técnicas militares y lo que se deriva de ellas son en realidad el núcleo de las instituciones políticas.

⁸⁴¹ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.38

⁸⁴² LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política”, *op.cit.*, p.170.

Con la estatalización que surge en la Modernidad, el conflicto no desaparece, sino que se transforma. El estado se hace con el monopolio de la guerra, de sus instrumentos y de sus técnicas y ejerce la violencia a través del poder institucional y del poder disciplinario. Esta estatalización de la guerra a la que se refiere Foucault produce una aparente pacificación interna y relega la guerra a las fronteras, a la amenaza de los otros estados. La idea de fondo presente en Foucault es que, haya una guerra declarada o no, el conflicto como lucha de voluntades siempre existirá. Se produce la inversión de la tesis de Clausewitz: la guerra no sería la política continuada por otros medios sino que la política sería el ejercicio de una guerra disimulada a través de múltiples mecanismos. Aquí se puede encontrar una similitud de Foucault con Schmitt, como señala Eudald Espluga. Ambos denuncian que el liberalismo, al trasladar los conflictos a ámbitos no específicamente políticos, desdibuja precisamente el carácter político que tiene toda lucha:

Se está denunciando el resultado del triunfo de una historia de tipo liberal, que entiende que se ha producido una autonomización de las esferas política, educativa, económica, etc. Triunfo, por tanto, del proyecto de la “unidad del mundo” totalmente despolitizada y naturalizada al que se enfrentaba Schmitt. La reivindicación de Foucault, como la de Schmitt, es la de la ineluctabilidad de lo político.⁸⁴³

La neutralidad no existe porque la guerra está siempre presente, tanto en el aparato jurídico-político como en las prácticas más alejadas de él. En el conflicto no existe una gran asimetría entre fuertes y débiles. Si no, automáticamente los primeros serían los vencedores y no habría posibilidad de guerra. Se parte de una no diferenciación o simetría de fuerzas. Lo que importa es el juego de representaciones, el cálculo de fuerzas y la voluntad. Es eso lo que determina la guerra. Por tanto, da igual el nombre, el tipo de conflicto, declarado o no, si es conquista o batalla. La piedra de toque es la relación de fuerzas que se establece entre las voluntades. Los tratados de paz, la instauración misma del contrato social, según Foucault, no se producen en un contexto neutralizado de pacificación, sino que suceden en medio del pillaje, los incendios y la más exacerbada violencia. Según Foucault, haya una guerra declarada o no, el conflicto como lucha de voluntades siempre existirá. Esto queda patente en la Paz de Westfalia,

⁸⁴³ ESPLUGA, E., “La sublevación de Behemoth: Carl Schmitt y Michel Foucault, un diálogo entre ausentes”. *Bajo Palabra, Revista de Filosofía* II Época, núm.8, 2013, pp.113-124, p.122.

momento en que la rivalidad de los príncipes cede el testigo a la competencia entre los estados.

Y entonces vemos aparecer algo relativamente nuevo [...], me refiero en todo caso al Tratado de Westfalia, que es un tratado multilateral en el cual no se zanja un litigio entre varias personas: por su conducto, la totalidad de los Estados que constituyen ese nuevo conjunto que es Europa, con la excepción de Inglaterra, resuelven sus problemas y su conflicto...⁸⁴⁴

Según Foucault el objetivo de la paz de Westfalia era garantizar el equilibrio en Europa,⁸⁴⁵ entendiendo por ello una relación entre estados en la cual ninguno de ellos podía ejercer el dominio sobre los demás, sin que esto impidiese que cada estado pudiera ejercer su derecho a expandirse. El conflicto se mantiene pero bajo las coordenadas de la fuerza de los tratados y las alianzas provisionales que permiten cierta coexistencia interestatal. Este pluralismo entre los estados europeos depende de una determinada relación hacia el exterior: de la colonización. Por tanto, según Foucault, y como vengo señalando a lo largo de la tesis, el primer instrumento para lograr la paz y el equilibrio es la guerra (“se deberá hacer la guerra para mantener precisamente ese equilibrio”).⁸⁴⁶

El segundo instrumento lo constituyen la diplomacia y las negociaciones internacionales, que constituyen un dispositivo cuyo fin es mantener un equilibrio que es europeo y que no tiene la vocación universalista del cristianismo o del imperio. Como garantía de ese equilibrio, junto con la guerra y la diplomacia, se hace necesario un dispositivo militar profesional y permanente.

El Tratado de Paz de Westfalia pone de manifiesto, según Foucault, el fin de dos estructuras que hasta ahora habían dotado de inteligibilidad al mundo: el Imperio y la Iglesia. Uno de las novedades que esto implica, en comparación con el poder medieval, es la ausencia de preocupación tanto por el origen del soberano como, especialmente, por su finalidad. Esto retoma uno de los temas planteados a lo largo de la tesis, la teleología del estado soberano moderno que, a ojos de Foucault, es en principio

⁸⁴⁴ FOUCAULT, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978, op.cit.*, pp.348-349.

⁸⁴⁵ Así define Foucault Europa: “Europa como región geográfica de una multiplicidad de Estados, sin unidad pero con desniveles entre los pequeños y los grandes y una relación de utilización, colonización, dominación con el resto del mundo: esta idea se forjó [a] fines [del] siglo XVI y comienzos del siglo XVII y cristalizaría a mediados de esta última centuria con el conjunto de tratados firmados en ese momento, para constituir la realidad histórica de la que todavía no hemos salido. Eso es Europa”. *Ibid.*, p.344. Pareciera que Foucault concibe que en el siglo XX aún estamos insertos en un contexto westfaliano.

⁸⁴⁶ *Ibid.*, p.346.

inexistente o remite al propio estado. Existiría un nexo entre esa falta de teleología (o teleología circular si entendemos con Foucault – y también con Teschke y Koskenniemi – que el fin del estado es el estado mismo) y la necesidad de los golpes de estado, porque a través de ellos el estado manifiesta su excepcionalidad. Si se considera que es pertinente dar un golpe de estado es por la propia salud y conservación del estado: “El golpe de Estado es la automanifestación del Estado”.⁸⁴⁷ Este tiempo moderno sin sentido, consciente de su radical contingencia, solo permite que el estado mismo sea el único fin: se trata de una “historia sin esperanza, puesto que carece de final”.⁸⁴⁸

[N]o solo no hay un punto de origen pertinente para modificar el arte del gobierno, sino que tampoco debe plantearse el problema del punto terminal. Y esto es sin duda aún más importante que aquello. Significa que el Estado – la razón de Estado y el gobierno regido por ella – no deberá preocuparse por la salvación de los individuos. Ni siquiera tendrá que buscar nada semejante a un fin de la historia, una consumación, un punto donde se articulen el tiempo de la historia y la eternidad [...] Estamos en la historicidad abierta, a causa del carácter indefinido del arte político.⁸⁴⁹

El estado es el esquema que permite hacer inteligibles realidades ya dadas y hacia el cual tienen que tender esas realidades: “El Estado es, por lo tanto, principio de inteligibilidad de lo que es, pero también de lo que debe ser”.⁸⁵⁰ Y esa autocentralidad del estado, multiplicada por los múltiples estados existentes, da lugar a una situación constante de competencia.⁸⁵¹ Foucault es consciente de que la rivalidad entre estados ha existido siempre, pero es en la Modernidad cuando esa competición se vuelve competencia como tal y objeto de reflexión y de discurso. No es lo mismo la rivalidad dinástica que la competencia interestatal, señala Foucault, porque esta última representa una específica lucha entre los estados y sus intereses, no una batalla entre príncipes. Y

⁸⁴⁷ *Ibid.*, p.304. “Por lo tanto, el golpe de Estado no es una ruptura con respecto a la razón de Estado. Al contrario, es un elemento, un acontecimiento, una manera de actuar que se inscribe en el horizonte general, la forma general de la razón de Estado, es decir, algo que excede las leyes o, en todo caso, que no se somete a ellas”. *Ibid.*, p.303.

⁸⁴⁸ *Ibid.*, p.309.

⁸⁴⁹ *Ibid.*, p. 300.

⁸⁵⁰ *Ibid.*, p.329.

⁸⁵¹ “Ahora se trata, en cierto modo, de unidades absolutas, sin subordinación ni dependencia alguna [entre sí], al menos en lo concerniente a las principales de ellas, y esas unidades [...] se afirman o en todo caso se buscan, procuran afirmarse en un espacio que ha pasado a ser el de la competencia y la dominación comerciales, un espacio de circulación monetaria, un espacio de conquista colonial, un espacio de control de los mares, todo lo cual da a la afirmación de cada Estado por sí mismo no solo la forma de la autofinalidad a la que me refería la vez pasada, sino la nueva forma de la competencia [...] un espacio de competencia que va a dar su sentido al problema del aumento estatal como principio, como hilo conductor de la razón de Estado”. *Ibid.*, p.335.

la ausencia de fines, o el estado como fin, unida a ese estado de coexistencia/competencia da lugar a una específica noción de paz. Foucault se refiere a la paz de la Modernidad como una “escatología frágil”,⁸⁵² que cobraría la forma de un objetivo difuso ante la ausencia de objetivos finales (“la paz ya no nace de la unidad sino de la no-unidad, de la pluralidad mantenida como pluralidad”).⁸⁵³ Resulta llamativo cómo Foucault hace referencia a la noción de paz perpetua.

[Una] idea de paz perpetua que en mi opinión va a sustituir la idea del Imperio final – cuando este era en la Edad Media la fusión de todas las particularidades y todos los reinos en una sola forma de soberanía – [...] ya existente en el medioevo, pero siempre como uno de los aspectos del Imperio final o del Imperio de la Iglesia. Será el lazo imaginado entre Estados que seguirán manteniendo el carácter de tales. Es decir que la paz universal no va a ser la consecuencia de la unificación en un Imperio temporal o espiritual, sino la manera cómo diferentes Estados, si las cosas funcionan efectivamente, podrán coexistir en un equilibrio que ha de impedir la dominación de uno sobre los demás. La paz universal es la estabilidad adquirida en y por la pluralidad...⁸⁵⁴

Este concepto de paz perpetua es muy diferente al explicado en capítulos anteriores. Entiendo que Foucault no lo entiende en el sentido kantiano de ideal irrealizable pero deseable, sino que hace referencia a esa idea de coexistencia no hegemónica pero pseudo-imperial presente en el ánimo westfaliano, esto es, a la ficción que se construye en el imaginario del *Ius publicum europaeum*. La paz universal es, al fin y al cabo y, como dice el final de la cita, el frágil equilibrio westfaliano que tuvo la funcionalidad de contener, aunque fuera anímicamente, el conflicto.

⁸⁵² *Ibid.*, p.346.

⁸⁵³ *Ibid.*, p.346.

⁸⁵⁴ *Ibid.*, pp.300-301.

9.2. DERRIDA Y LA ANIMALIDAD SOBERANA: LA IMPERIOSA NECESIDAD DE TENER ENEMIGOS.

Desde el momento en que hay soberanía, hay abuso de poder y *rogue State* [...] No puede sino tender a la hegemonía imperial [...] No hay, por lo tanto, más que Estados canallas. En potencia y en acto. El Estado es canalla.

JACQUES DERRIDA⁸⁵⁵

El poder en general, el poder soberano como todo poder en particular no se deja determinar en la casilla oposicional de lo grande y de lo pequeño.

JACQUES DERRIDA⁸⁵⁶

El análisis de Derrida parte de la doble naturaleza del poder soberano, situado entre un estado animal o natural y un estado jurídico que aparece casi divinizado. En otras palabras, el poder no puede evitar actuar o como una bestia o como un soberano. El estado, como artificio humano (aunque presente rasgos teológicos), utilizar la barbarie en determinados momentos para crear el orden y el contrato social. Como ya expliqué anteriormente, para crear ley el estado tiene que situarse excepcionalmente fuera de la ley, momento en que el estado se asemeja a la bestia, por su arbitrariedad y su despliegue de fuerzas. Este carácter fundante *ex nihilo* y violento produce miedo pero es requerido para luchar contra el miedo a la violencia pre-estatal: “La soberanía da miedo, y el miedo hace al soberano”.⁸⁵⁷ Además, ese carácter fundador de ley establece las condiciones de posibilidad de la existencia de las leyes concretas.⁸⁵⁸

[El soberano] constituye una determinada capacidad de *dar*, de *hacer* pero también de *suspender* la ley; es el derecho excepcional de situarse por encima del derecho, el derecho al no-derecho, si lo puedo decir así, lo que, a la vez, corre el riesgo de llevar al soberano humano por encima de lo humano, hacia el poderío divino (que, por cierto, habrá fundado muy a menudo el principio de soberanía en su origen sagrado y teológico) y, a la vez, a causa de esta suspensión arbitraria o ruptura del derecho, corre el riesgo justamente de hacer parecer al soberano la bestia más

⁸⁵⁵ DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, Trotta, Madrid, 2005, pp.126-127.

⁸⁵⁶ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I (2001-2002), Galilée, París, 2008, pp.347-348.

⁸⁵⁷ *Ibid.*, pp.68-69.

⁸⁵⁸ “El ser-fuera-de-la-ley puede sin duda, por un lado, y es la figura de la soberanía, tomar la forma del ser-por-encima-de-las-leyes, y por tanto, la forma de la Ley misma, del origen de las leyes, del garante de las leyes, como si la Ley, con una gran L, la condición de la ley, estuviera antes, por encima y, por tanto, fuera de la ley”. *Ibid.*, p.38. Ese es precisamente el carácter del *nomos* en Schmitt, constituyente y no constituido, mas condición para todo lo constituido.

brutal, que no respeta ya nada, que desprecia la ley, que se sitúa desde un principio fuera de la ley, al margen de la ley. Para la representación corriente, a la que nos referiremos para comenzar, el soberano y la bestia parecen tener en común su ser-fuera-de-la-ley.⁸⁵⁹

Derrida da un paso más y llega a comparar este esquema soberano, que no deja de ser el esquema de la excepción, que implica la capacidad de poder ejercer la decisión, con la estructura de la imaginación, tronco común de la sensibilidad y del entendimiento en la teoría kantiana. De igual manera que la imaginación necesita de lo sensible y del concepto, el estado necesita manifestar su lado primario, sensible, bestial, en esos momentos en los que tiene que hacer demostraciones de fuerza y, al mismo tiempo, en contextos de normalidad política, tiene que hacer gala de su aspecto más racional y elevado, en definitiva, más soberano.

Como Kant decía que el esquema de la imaginación era la mediación entre la intuición y el concepto del entendimiento, participando de los dos a la vez, del mismo modo tenemos que vérnoslas aquí con dos figuras esquemáticas e imaginativas y fantásticas y fabulosas y quiméricas y sintéticas que hacen la mediación entre dos órdenes y participan de dos organizaciones de lo viviente, lo que llamamos todavía lo animal y lo que llamamos todavía lo humano, o también lo que llamamos la bestia y lo que llamamos el soberano.⁸⁶⁰

Este carácter híbrido pone de manifiesto los momentos de violencia, ilegalidad e irracionalidad que puede llegar a protagonizar el soberano moderno, en contra del relato mítico generado en torno a la entidad estatal por parte de la historiografía tradicional. Otro de los atributos de este estado soberano moderno era la configuración de lo político a partir del reconocimiento del enemigo. Partiendo de esta premisa, Derrida va a centrar su análisis sobre Schmitt en las graves consecuencias que ha supuesto para la contemporaneidad occidental la inauguración de un mundo sin “enemigos” tras la caída del muro de Berlín y el fin del comunismo en Occidente. Este ocaso de la oposición fundamental schmittiana de amigo/enemigo supone para Derrida “la ruina misma del concepto de fin y de guerra”⁸⁶¹ y ejemplifica la disolución definitiva de las distinciones clásicas del *Ius publicum europaeum*. De hecho, Derrida va a coincidir con Schmitt en que la criminalización del enemigo, es decir, el fin de la enemistad equivale al fin de la política, ya que la capacidad de distinguir amigos y enemigos constituye el criterio de

⁸⁵⁹ *Ibid.*, pp.37-38.

⁸⁶⁰ *Ibid.*, p.119.

⁸⁶¹ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen II (2002-2003), Galilée, París, 2010, p. 359.

toda actividad política: “el concepto del enemigo es deducido o construido *a priori*, de manera analítica y sintética a la vez, sintética *a priori*, si se prefiere, como concepto político o mejor, como el concepto mismo de lo político”.⁸⁶² El enemigo es necesario como condición de la política porque el estado, necesita tener la capacidad de señalar al “otro” como adversario para conformarse una imagen de sí mismo: “El señor (y lo que decimos del señor es fácilmente transferible al primero de todos, al príncipe, al soberano), el señor es aquel que se dice, que se puede decir y que puede decir “sí mismo”, el mismo, “mí mismo””.⁸⁶³

La propia estructura del enfrentamiento político es la de amigo/enemigo y dicho esquema resume las condiciones de cualquier posible batalla: constituye “la oposición misma”.⁸⁶⁴ Por esta razón, lo que en un principio pudiera aparecer como una ventaja, la desaparición de los enemigos o el inicio de un mundo sin ellos, no es sino una herida mortal a la propia noción de lo político, una despolitización que Schmitt, y con él Derrida, considera especialmente grave. El reconocimiento del enemigo aseguraba la aceptación de un *alter ego* identificable y delimitable, y eso ayudaba a calmar los ánimos de los conflictos, como si la familiaridad apaciguara los instintos bélicos. Pero un conflicto sin la garantía de la contención que aporta la figura de un enemigo reconocible corre el riesgo de convertirse en descomunal e indefinible, sorprendente por la magnitud de su violencia y por un adversario cuyos límites no se conocen del todo.

Perder el enemigo, en esta hipótesis, no sería necesariamente un progreso, una reconciliación, la apertura de una era de paz o de fraternidad humana. Sería peor: una violencia inaudita, el mal de una crueldad sin medida y sin fondo, un desencadenamiento inconmensurable en sus formas inéditas, esto es, monstruosas, una violencia respecto de la cual lo que llamamos hostilidad, guerra, conflicto, enemistad, crueldad, odio, reencontrarían contornos reconfortantes y finalmente apaciguadores – porque son *identificables*. La figura del enemigo sería entonces socorrida, precisamente en tanto que figura, en razón de sus rasgos que permiten *identificarlo* como tal, idéntico incluso a eso que siempre hemos determinado bajo ese nombre. Enemigo identificable, es decir, fiable incluso en su perfidia – y por tanto familiar. A un cercano, en resumen, podríamos casi amarlo como a sí mismo, le reconocemos desde el fondo de una historia común. Este adversario seguiría siendo un vecino, incluso si es un mal vecino al que hay que hacer la guerra.⁸⁶⁵

⁸⁶² DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., p.106.

⁸⁶³ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, op.cit., p.102.

⁸⁶⁴ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., p.104.

⁸⁶⁵ *Ibid.*, p.101.

Para empezar, si el enemigo es reconocible es porque está dotado de “presencia” y lo que le otorga esa visibilidad es su carácter público. La posibilidad de un conflicto público, entre estados, y no privado o fuera de la ley, garantiza que las relaciones privadas de amor/odio no intervengan en la esfera del conflicto. Por eso los conflictos contemporáneos rompen el esquema de la guerra moderna, porque la relación deja de ser interestatal y los actores que intervienen pueden ser tanto públicos como privados.

Hay que recordar que la relación amigo/enemigo propia de Schmitt alberga la posibilidad constante de la guerra aunque esta no se esté dando de manera continua.⁸⁶⁶ En cuanto que es posible, puede suceder y tiene entidad en potencia. A este respecto se pregunta Derrida “¿Qué es esta “posibilidad real” que obsesiona a Schmitt sino la ley misma de la espectralidad?”.⁸⁶⁷ Significa, por un lado, que en la medida en que las relaciones políticas están definidas intrínsecamente por la estructura amigo/enemigo, el conflicto siempre será un acontecimiento plausible y probable, porque el esquema de la enemistad siempre acompaña a lo político como un “espectro”. También se podría interpretar que la presencia del enemigo es potencial y que se hace efectiva en la guerra.

Lo decisivo es, pues, siempre y solo la posibilidad de este caso decisivo, el de la lucha real, así como la decisión de si se da o no se da ese caso. El que este caso solo se produzca excepcionalmente no afecta a su carácter determinante, sino que es lo que le confiere su naturaleza de fundamento.⁸⁶⁸

Lo importante, en cualquier caso, es que cuando se elimina la posibilidad misma del conflicto, en nombre del humanitarismo, de la técnica y de la despolitización, el conflicto está sucediendo virtualmente sin terminar de adquirir efectividad, según la teoría de Schmitt, y se entiende que también de Derrida. Significa que la enemistad está a las puertas, que está presente sin hacerse presente, que al no haber guerras, la violencia encontrará otros cauces para desarrollarse, aunque sea de manera transferida: “Matar sin efusión de sangre, con ayuda de nuevas técnicas, es quizás acceder ya a un mundo sin guerra y sin política, a la inhumanidad de una guerra sin guerra”.⁸⁶⁹

⁸⁶⁶ Repito la frase ya citada en el apartado “Teología política internacional: excepción y decisión en las relaciones interestatales”: “Al Estado, en su condición de unidad esencialmente política, le es atribución inherente el *ius belli*, esto es, la posibilidad real de, llegado el caso, determinar por propia decisión quién es el enemigo y combatirlo”. SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.75.

⁸⁶⁷ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., p.152.

⁸⁶⁸ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.66.

⁸⁶⁹ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., p.154.

Según Derrida, esto permite comprender también la enorme crítica que dirige Schmitt al humanitarismo, pues bajo la aparente despolitización de esta ideología se da una “hiperpolitización interesada”,⁸⁷⁰ orientada en función de los intereses imperiales y los económicos. El discurso humanitario, bajo su apariencia pacifista, cuando justifica acciones militares en nombre de la justicia o la democracia, no da tratamiento humanitario al enemigo, sino que considera al adversario como a una bestia y así lo criminaliza: “en nombre de lo humano, de los derechos del hombre y de lo humanitario, se trata a otros hombres como bestias, y se vuelve uno mismo, por consiguiente, inhumano, cruel y bestial”.⁸⁷¹ Ahora bien, según Derrida, cuando el estado soberano incurre en estas actuaciones, cuando criminaliza y denigra a su adversario, por ejemplo, al considerar terroristas a determinadas poblaciones, él mismo se vuelve una bestia.

En el fondo, cuando un imperialismo hipócrita combate a sus enemigos en nombre de los derechos del hombre y trata a sus enemigos como bestias, como no-hombres, o como seres fuera-de-la-ley, como a hombres lobo, no practica una guerra sino lo que hoy denominaríamos un terrorismo de estado que no dice su nombre.⁸⁷²

Incluso en el peor de los escenarios bélicos, el estado adversario tiene que ser considerado como un enemigo. Cuando el estado mantiene una actitud imperial y considera a otro estado como a un criminal, deja de respetar su *status* de enemigo y rompe la garantía del conflicto limitado. Esto convierte la enemistad en total y al adversario en un ser no reconocido como digno contendiente.

[I]ncluso en la guerra y en la violencia relacionada con el enemigo, hay que respetar el derecho europeo, empezando por la ley de la guerra; el enemigo absoluto debe ser tratado sin odio, la hostilidad política no es un odio como pasión psicológica, la guerra debe ser *declarada* de estado a estado, sinceramente declarada, los derechos de la guerra deben ser lealmente respetados, y deben oponerse a militares y no a partisanos terroristas que toman poblaciones civiles, etc.⁸⁷³

Ahora bien, para que el estado soberano reconozca en su adversario a un enemigo y que el desarrollo del conflicto no se salga de los cauces de la guerra limitada, dicho contendiente tiene que ser un estado. El problema del que adolece la contemporaneidad es la carencia de enemigos, dado que muchos conflictos actuales – si bien no todos, ya

⁸⁷⁰ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, *op.cit.*, p.110.

⁸⁷¹ *Idem.*

⁸⁷² *Ibid.*, p.112.

⁸⁷³ *Idem.*

que sigue habiendo conflictos interestatales – enfrentan a estados contra entidades no-estatales, como grupos terroristas. ¿Se puede hablar de “guerra contra el terrorismo”, siquiera de “guerra”,⁸⁷⁴ cuando aquellos que se enfrentan no poseen la misma idiosincrasia ontológica, cuando son dos elementos que no pueden coincidir al mismo nivel en el campo de batalla conceptual?⁸⁷⁵ La supuesta imposibilidad de la guerra contra el terrorismo es bidireccional. Por un lado, el estado se ve incapaz de acabar con las estructuras terroristas a través de la guerra porque estas no presentan visibilidad o presencia estatal. Por otro lado, el grupo terrorista no puede llevar a cabo una guerra contra el estado enemigo porque su *modus operandi* no corresponde al de la estatalidad, sino al del ataque sorpresa e indiscriminado contra la población civil, no contra otro ejército. En teoría, en estas guerras asimétricas o híbridas no cabe hablar siquiera de una “oposición” debido a esa diferente naturaleza.⁸⁷⁶

Este contexto de enemistad contemporánea surge con fuerza a partir del 11 de septiembre de 2001, momento inaugural de la nueva etapa en las relaciones internacionales que surge en el siglo XXI. Según Derrida el cambio que se produce con el atentado de Al Qaeda a las Torres Gemelas y a otras instalaciones en suelo estadounidense se debió especialmente al impacto simbólico y mediático del acontecimiento. Con la caída del World Trade Center se derrumbaba el icono del imperialismo norteamericano y del capitalismo occidental:

No es accidental que el colapso de las Torres Gemelas en el World Trade Center, y no el ataque al Pentágono, se haya convertido en el símbolo más intenso de los ataques. La imagen que ha sido más recordada no es el ataque a la ciudadela militar, sino la conquista de la acrópolis económica.⁸⁷⁷

“La novedad radicó en el poder simbólico de los objetivos apuntados”, señala también Habermas, junto al hecho de que resultó ser un evento planetario.⁸⁷⁸ El 11S

⁸⁷⁴ Derrida toma del psicoanálisis el término “racionalizaciones” para ejemplificar esos intentos de los estados de pensar que llevan a cabo guerras corrientes cuando se enfrentan al terrorismo.

⁸⁷⁵ Habermas considera un error hablar de guerra contra el terrorismo porque desde un punto de vista normativo eso supone considerar a los terroristas con el rango de enemigos de guerra; y desde un punto de vista pragmático porque es imposible hacerle la guerra a grupos que se articulan en red. Cfr., HABERMAS, J. en DERRIDA, J., HABERMAS, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori, op.cit.*, p.67.

⁸⁷⁶ No hay que entender que Derrida defiende que en la guerra haya que tratar a los terroristas como a enemigos, sino que precisamente dicha guerra no es posible, porque solo puede realizarse entre estados soberanos. Cuando denuncia que determinados estados criminalizan a sus enemigos se refiere, precisamente, a la gravedad que supone que un estado trate a otro estado como a un criminal.

⁸⁷⁷ GALLI, C., *Political spaces and Global War, op.cit.*, p.174.

⁸⁷⁸ HABERMAS, J. en DERRIDA, J., HABERMAS, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori, op.cit.*, p.57.

hizo presente ante el mundo el potencial virtual de la violencia.⁸⁷⁹ Y aquí se podría recurrir a la teoría de Schmitt: ya he comentado que en la guerra clásica el conflicto siempre se plantea como posibilidad; al hablar del terrorismo ocurre lo mismo, pero en este caso hablamos de una posibilidad no siempre realizada y que cuando es llevada a cabo lo es por cauces no limitados o imprevisibles. Es decir, surgen unos mecanismos de terror que funcionan a partir de un miedo generado por la “posibilidad” de un atentado que quizás nunca tendrá lugar, un terror basado en la sombra de lo potencial y de lo virtual. El potencial atentado terrorista carece de presencia corporal en la medida en que todavía no ha tenido lugar pero al mismo tiempo posee una presencia constante, porque el miedo siempre está presente⁸⁸⁰ y, a partir del elemento subjetivo de la “inseguridad” – vivencia propiamente contemporánea –, es capaz de generar su propia política.

Si debiéramos hacer una historia del Terror y del Terrorismo, de los terrorismos llamados nacionales e internacionales (el nombre moderno de *terrorismo* viene primero, lo sabéis, del Terror revolucionario francés, de una Revolución que estuvo también en el origen de todas las declaraciones universales de los derechos del hombre) [...] habría que reconstituir todas las teorías políticas que han hecho del miedo o del pánico (por tanto, del terror o del terrorismo como saber-hacer reinar el miedo) un motivo esencial y estructural de la subjetividad, de la sujeción, del ser-sujeto, de la sumisión o del sometimiento político.⁸⁸¹

En este contexto de “guerra contra el terrorismo” una de las consecuencias de la falta de un enemigo reconocible y reconocido es la aparición en el lenguaje político internacional del término “Estados canallas” (del inglés *rogue states*), que Derrida denuncia con insistencia:⁸⁸² ““Un estado canalla – decía Litwak – es aquel que Estados

⁸⁷⁹ “El trauma sigue siendo traumatizante e incurable porque procede del porvenir. Lo virtual también traumatiza. El trauma tiene lugar allí donde estamos heridos por una herida que todavía no ha tenido lugar, de una forma efectiva ni de otro modo que mediante la señal de su anuncio”. DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, op.cit., p. 129.

⁸⁸⁰ Como ya señalé al principio de este apartado, Derrida señala que el miedo está estrechamente relacionado con la ley: o bien hace que esta surja, o bien anima a incumplirla: “[L]o que da miedo no está nunca plenamente presente ni plenamente corporal, en el sentido en que lo puramente corporal se supone saturado de presencia. El miedo excede siempre la presencia corporal, y es la razón por la que es también la pasión correlativa de la ley; el miedo es, por tanto, a la vez el origen de la ley y de la transgresión de la ley, de la ley y del crimen”. DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, op.cit., p.70.

⁸⁸¹ *Ibid.*, pp.67-68.

⁸⁸² Esto muestra que la filosofía posmoderna de Derrida no se limita a realizar una crítica a la soberanía moderna, sino que mantuvo su batalla contra el absolutismo hasta sus últimas obras, lo que le excluiría de la acusación que Negri y Hardt lanzan a los estudios de la posmodernidad por su supuesta connivencia con las formas imperiales contemporáneas: “De modo que la política posmoderna de la diferencia, a pesar de estar animada por las mejores intenciones, no solo resulta ineficaz contra las funciones y prácticas de dominio imperial, sino que hasta puede coincidir con ellas y apoyarlas. El peligro que corren estos

Unidos diga que lo es””.⁸⁸³ El estado canalla comete acciones viles, despreciables, fuera de la ley, imperdonables e inadmisibles, según los políticos que utilizan dicha expresión, la cual comienza a usarse en el ámbito internacional tras la caída del muro de Berlín, y muy especialmente por la administración Clinton.

La cualidad de “canalla” es siempre, precisamente, una atribución, el predicado o la categoría, por consiguiente, la acusación lanzada no contra algo natural sino contra una institución. Es una interpretación y una asignación; en verdad, es siempre una denuncia, una queja o una acusación, un perjuicio, una evaluación y un veredicto. En cuanto tal anuncia, prepara y comienza a justificar una sanción. El Estado canalla debe ser castigado, refrenado, impidiéndole que pueda perjudicar, si fuera necesario recurriendo a la fuerza del derecho y al derecho de la fuerza.⁸⁸⁴

Para Derrida el mayor estado canalla es aquél que puso en circulación dicha denominación, Estados Unidos. El primer país al que Estados Unidos calificó de canalla fue Nicaragua,⁸⁸⁵ después de haber mantenido excelentes relaciones con Noriega; lo mismo ocurrió con el Irak de Sadam Hussein, calificado como la “bestia de Bagdad” (vemos una vez más el carácter de bestialidad que puede adquirir el soberano)⁸⁸⁶ y con otros muchos estados a los que Estados Unidos ha declarado la guerra o ha incluido en el famoso “eje del mal”, expresión usada por la administración George W. Bush⁸⁸⁷ que muestra la moralización del lenguaje político internacional contemporáneo.

Por muy sorprendente que parezca, Derrida hace una especie de llamada a la recuperación de los enemigos: “La invención del enemigo, he aquí la urgencia y la angustia, he aquí lo que habría que lograr, en resumen, para repolitizar, para poner fin a la despolitización”.⁸⁸⁸ Su objetivo consistiría en superar el modelo schmittiano sin que ello implicase un rechazo a la política o al estado soberano:

[L]o que busco es, por tanto, una deconstrucción lenta y diferenciada de esta lógica y del concepto dominante, clásico, de soberanía estatal-nacional (la que sirve de referencia a Schmitt) sin desembocar en una despolitización, sino en otra politización, en una re-politización.⁸⁸⁹

teóricos posmodernos al enfocar tan resueltamente su lente en las antiguas formas de poder de las que pretenden huir, con la cabeza siempre vuelta hacia el pasado, es que sin querer pueden caer en los acogedores brazos del nuevo poder”. HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit., pp.139-140.

⁸⁸³ DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, op.cit., p. 128.

⁸⁸⁴ *Ibid.*, p. 102.

⁸⁸⁵ *Cfr.*, *Ibid.*, p. 121.

⁸⁸⁶ *Idem.*

⁸⁸⁷ Para referirse, entre otros, a Irak, Corea del Norte e Irán.

⁸⁸⁸ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., p.103.

⁸⁸⁹ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, op.cit., p.113.

Lo que sí parece evidente, a ojos de Derrida, es que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, como mano ejecutora con capacidad de tomar medidas de excepción,⁸⁹⁰ es decir, como institución con poder de decisión independientemente del consenso de la Asamblea, es el órgano soberano en el que se juega la supervivencia de la democracia internacional.⁸⁹¹ Hay que tener en cuenta que para Derrida la democracia no es una institución completa o susceptible de ser completada, sino que siempre es *democracia por venir*, acontecimiento nunca realizado ni en el presente ni en el futuro, al igual que la *hospitalidad*, pero al que hay que tender constantemente a través de la acción política. La falta de hospitalidad hacia los refugiados y las personas migrantes por parte de los poderes públicos muestra, precisamente, la crisis del estado soberano. No hay que olvidar que Derrida impulsó junto con otros pensadores una iniciativa de *ciudades-refugio*, que a través de redes municipales pretendía dar a esos refugiados la acogida que el estado no les otorgaba.⁸⁹²

La decadencia de la estatalidad hará, según Derrida, que la guerra venidera sea mundial, dado que ya no existirán guerras locales o nacionales:⁸⁹³ “[D]espués de la Guerra Fría, la amenaza absoluta ya no tenía una forma estatal”.⁸⁹⁴ Con ello ni siquiera se hace referencia a una tercera guerra mundial, pues eso supondría repetir el esquema

⁸⁹⁰ La excepción en el uso de la no violencia es el artículo 51.1 de la Carta de las Naciones Unidas, que permite tomar las decisiones necesarias para asegurar la paz y la seguridad: “La razón del más fuerte no determina solo la política efectiva de la institución internacional; habrá determinado, en un primer momento, la arquitectura conceptual de la propia Carta, la ley que rige, en sus principios fundamentales y en sus reglas prácticas, el devenir de dicha institución. Organiza, pone en funcionamiento y al servicio de la ONU, para utilizarla, todos los conceptos, todas las ideas (constitutivas o reguladoras), todos los teoremas políticos occidentales necesarios, empezando por los de *democracia* y *soberanía*”. DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, *op.cit.*, p. 124.

⁸⁹¹ “[E]s la institución del Consejo de Seguridad la que, con su derecho de veto, esperando el día en que una situación radicalmente nueva palie semejante monstruosidad, asume todo el peso del poder y de la decisión ejecutoria, toda la fuerza de la soberanía efectiva. Si yo quisiese abusar de una fórmula tajante, diría que la suerte de la democracia por venir, en el orden mundial, depende de aquello en lo que se convierta esa extraña y supuestamente todopoderosa institución denominada el Consejo de Seguridad”. *Ibid.*, p. 122.

⁸⁹² En *Cosmopolites de tous les pays, encore un effort!* (Galilée, París, 1997) Derrida sienta las bases filosóficas del proyecto insistiendo en que hospitalidad no es tolerancia y en que la hospitalidad como tal, al igual que la democracia, son irrealizables como estructuras de manera unitaria. Únicamente se pueden dar a través de actos contingentes y limitados: “habría antinomia, una *antinomia* insoluble, una antinomia no dialectizable entre, por una parte, *La ley de la hospitalidad*, la ley incondicional de la hospitalidad ilimitada (dar al que llega todo el propio-lugar y su sí mismo, darle su propio, nuestro propio, sin pedir la menor condición), y por otra parte, *Las leyes de la hospitalidad*, esos derechos y deberes siempre condicionados y condicionales, tal como los define la tradición grecolatina, incluso judeocristiana, todo el derecho y toda la filosofía del derecho hasta Kant y Hegel en particular, a través de la familia, la sociedad y el Estado”. DERRIDA, J., y DUFOURMANTELLE, A., *La hospitalidad*, Ed. de la Flor, Buenos Aires, 2006, p.81.

⁸⁹³ DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen II, *op.cit.*, véase la Dixième séance, 26 mars 2003.

⁸⁹⁴ DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, *op.cit.*, p. 129.

de las pasadas guerras mundiales que, aunque suponen una superación del *Ius publicum europaeum*, forman parte ya de nuestro imaginario conceptual. En la guerra por venir no se distinguirá ningún tipo de límites, ninguna forma de enemistad conocida, ya que es esa limitación la gran pérdida sufrida con el fin del Derecho Internacional Clásico:

Una nueva violencia se prepara y, en verdad, se desencadena para largo, de un modo más visiblemente suicida o auto-inmunitario que nunca. Dicha violencia no procede ya de la guerra *mundial*, ni siquiera de la *guerra*, todavía menos de algún derecho a la guerra. Y esto no tiene nada de tranquilizador. Todo lo contrario. No se trata, en lo esencial, ni de una guerra clásica e internacional de acuerdo con el viejo *ius europaeum*, ni de una guerra civil intra-nacional, ni siquiera de lo que Schmitt llamó la “guerra de partisanos”; pues esta, lo mismo que el terrorismo en su denominación clásica, no recurría todavía a la violencia y al terror sino con vistas a la liberación o a la fundación más o menos lejana de cierta comunidad estatal-nacional y territorializada, por consiguiente, con vistas a cierta soberanía.⁸⁹⁵

⁸⁹⁵ *Ibid.*, pp.185-186. Derrida no explicita qué formas tendrá ese enfrentamiento. Aunque descarte como dicha novedad la actuación del terrorismo, lo hace en su acepción “clásica” – partisanos originarios –, no en las nuevas formas que este pueda adoptar.

**CUARTA SECCIÓN: Miradas a un
escenario global presente y futuro.
Argumentos schmittianos para un
panorama presuntamente
postschmittiano.**

CAPÍTULO 10: Del partisano al terrorista yihadista: diferencias y similitudes.

10.1. EL PARTISANO COMO FIGURA REPRESENTATIVA DE LA TRANSICIÓN DEL *IUS PUBLICUM EUROPAEUM* AL DERECHO INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEO.

Solo los Superestados pueden fabricar las grandes armas y hacer uso de ellas.
Pero la emboscadura puede ser puesta en obra también por una minoría
pequeñísima e incluso por una persona singular. Aquí está la respuesta que la
libertad ha de dar. Y ella tiene la última palabra.

ERNST JÜNGER⁸⁹⁶

El partisano es y seguirá siendo siempre tan distinto del pirata, y también del
corsario, como tierra y mar son distintos espacios elementales de la actividad
humana y de disputas bélicas entre los pueblos. Tierra y mar no solo han
desarrollado distintos medios de la beligerancia y campos de batalla muy
desiguales, sino también distintas ideas de guerra, enemigo y botín.

CARL SCHMITT⁸⁹⁷

Después del recorrido que he realizado por la evolución del *Ius publicum europaeum* y por la interpretación que diferentes autores contemporáneos han hecho de la lectura schmittiana de ese fenómeno, voy a estudiar ahora ciertas problemáticas que son una clara muestra de la decadencia definitiva de ese Derecho Internacional Clásico y que se plantean como los auténticos retos a los que hacer frente en el siglo XXI. Schmitt ya entrevió algunos de ellos, como el peligroso avance de la técnica, el ocaso de la estatalidad o la transformación del partisano en un guerrillero global, tema por el que empezaré esta cuarta sección.

La figura del partisano es uno de los más claros reflejos del cambio que experimenta la guerra al inicio del mundo contemporáneo en el siglo XIX. Este guerrillero no es militar ni civil, sino una fusión de ambas cosas. No pertenece a un ejército, pero sus prácticas son bélicas y, por eso, es considerado como *combatiente irregular*. Y del mismo modo que su carácter se inscribe en dos ontologías sociales diferentes – la de lo civil y la de lo militar –, temporalmente se sitúa en la brecha que separa dos épocas jurídicas, dos derechos, dos formas de concebir el mundo: la del *Ius*

⁸⁹⁶ JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.142

⁸⁹⁷ Cfr., SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.37.

publicum europaeum y la del Derecho Internacional Contemporáneo. El partisano anuncia la disolución del contexto westfaliano, es decir, de las líneas conceptuales y territoriales que distinguían nítidamente la guerra de la paz, el combatiente del no combatiente, el amigo del enemigo y el enemigo del criminal. De ahí la importancia de las reflexiones que Schmitt dedica a este tipo específico de combatiente, especialmente en su obra *Teoría del partisano*, pues ayudan a comprender el concepto de guerra en un momento clave de su evolución, el de su transformación desde un paradigma clásico a uno contemporáneo.⁸⁹⁸ El partisano es un nuevo tipo de combatiente que surge en la transición de la guerra surgida en el siglo XVII, caracterizada por la limitación y la acotación, a la guerra contemporánea total.

La progresiva pérdida de dichos rasgos y la emergencia del partisano no es casual. Este conserva todavía algo de esa antigua idiosincrasia, pero anuncia un nuevo tipo de combatiente que difumina los límites característicos de la política moderna. Su momento de aparición, a comienzos del siglo XIX, forma parte del contexto del Congreso de Viena, que supuso el principio del fin del Derecho Internacional entendido como *Ius publicum europaeum*.

Schmitt considera que los primeros partisanos fueron los soldados españoles que lucharon contra los franceses en la Guerra de Independencia entre 1808 y 1814 y los guerrilleros prusianos que se enfrentaron al Imperio de los Habsburgo en 1813.⁸⁹⁹ El Congreso de Viena fue un último intento de preservar y mantener lo que ya estaba perdido. Un siglo más tarde, con la Primera Guerra Mundial, cristalizará el abandono definitivo de los atributos clásicos del *Ius publicum europaeum*. La piedra de toque de su disolución es el abandono de la dinámica amigo/enemigo que permitía entender la guerra como un duelo entre enemigos y que, a su vez, proporcionaba un esquema territorial claro acerca de dónde había guerra y dónde se mantenía la paz. Cuando el contendiente deja de ser el enemigo y se procede a la criminalización del adversario, la

⁸⁹⁸ Según Jochen Hoock, la obra *Teoría del partisano* inicia en 1963 una oleada de nuevos adeptos a Schmitt: “Esta publicación marca el inicio de una recepción más amplia que abarca la década de 1970 y se prolongará hasta final de siglo. La larga crisis de la guerra de Vietnam y después la de 1968, que Schmitt parece haber observado no sin cierta simpatía, le abre un público que va en adelante de la extrema izquierda a la extrema derecha de la palestra política”. HOOCK, J., “Carl Schmitt: une réception controversée”, en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages, op.cit.*, pp.175-194, pp.187-188.

⁸⁹⁹ De hecho, según Schmitt, el Edicto de 1813 del rey de Prusia supone la “Carta Magna del partisanismo”, aunque se acabó modificando y se eliminaron las partes referentes al partisanismo: “Cada súbdito, dice el real edicto prusiano de abril de 1813, está obligado a oponerse al enemigo invasor con armas de cualquier clase. Se recomiendan expresamente hachas, horquillas, guadañas y escopetas. Cada prusiano está obligado, no solo a no obedecer ninguna orden del enemigo, sino a hacerle daño con todos los medios posibles”. SCHMITT, C., *Teoría del partisano, op.cit.*, p.57.

guerra se convierte en guerra total o en guerra civil mundial. El partisano se sitúa entre estos dos paradigmas histórico-políticos y entre las diferentes ontologías del conflicto que porta cada uno.

La característica principal con la que Schmitt define al partisano es la irregularidad. En cierto sentido, el predecesor del partisano es el pirata, que en el contexto del Derecho Internacional Clásico quedaba fuera del derecho y cuyo ámbito era el de la ilegalidad y la irregularidad, es decir, el espacio marítimo. El partisano, situado en el fin del contexto westfaliano, hará de esa irregularidad uno de sus rasgos esenciales, tanto a nivel espacial como existencial. Lo irregular es aquello que queda fuera de la línea que delimita lo regular, es decir, aquello que no se deja acotar ni clasificar por las dicotomías clásicas propias de la Modernidad (guerra/paz, combatiente/no combatiente) y que solo funcionan en el marco regular: “el partisano está fuera del acotamiento”.⁹⁰⁰

Para comprender la irregularidad inherente al partisano, hay que referirla y compararla con la regularidad: “El partisano lucha irregularmente. Pero la diferencia de lucha regular e irregular depende de la precisión de lo regular...”.⁹⁰¹ Dado que, según Schmitt, lo irregular se conforma por oposición a lo regular, se puede afirmar que los rasgos propios del partisano se definen por contraste con los de la figura del combatiente regular, especialmente en lo que respecta a su posición espacial y a su *status* jurídico.

Para empezar, el lugar de aparición del partisano tiene que ser aquel que no se deje incluir automáticamente por la lógica de la regularidad del *Ius publicum europaeum*: la guerra colonial o la guerra civil;⁹⁰² la primera porque, aunque determinaba el devenir del transcurso histórico internacional, quedaba, a efectos jurídicos, fuera de ese derecho clásico que era únicamente europeo; la segunda porque, pese a que también las guerras civiles podían ser leídas en clave internacional, en ellas no regía el *Ius publicum europaeum*.⁹⁰³ Ahora bien, según Schmitt, la presencia del

⁹⁰⁰ *Ibid.*, p.29.

⁹⁰¹ *Ibid.*, p.23.

⁹⁰² “Por tanto, no es accidental que el *locus classicus* del partisano sea la guerra colonial y civil – los dos ámbitos que precisamente denotan más la ausencia de la regularidad política en un lado del conflicto –”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*, *op.cit.*, p.162.

⁹⁰³ Según Agamben y su interpretación de la *stasis* griega, la guerra civil estaría desde siempre atravesada por la irregularidad: “[L]o que se deduce del texto de la ley propuesto por el Ateniense en el diálogo de Platón [*Leyes*, IX, 869c-d] no es tanto la conexión entre *stasis* y *oikos* como el hecho de que la guerra civil asimila y vuelve imposibles de distinguir el hermano del enemigo, el adentro y el afuera, la casa y la ciudad”. AGAMBEN, G., *La guerre civile. Pour une théorie politique de la stasis*, Points, París, 2015, pp.21-22.

partisano no es excesivamente destacada en el ámbito de las guerras coloniales ya que su papel de combatiente queda eclipsado entre los muchos que participan en la lucha contra la ocupación de un estado extranjero. Si bien, la figura del guerrillero español en la lucha anticolonial contra los franceses es uno de los ejemplos más célebres de partisanismo, como señala, por ejemplo Ernst Jünger.⁹⁰⁴ Sin embargo, según Schmitt, en la guerra civil se despliega todo el potencial propio del partisano y él es el verdadero protagonista.⁹⁰⁵ En cualquier caso, Schmitt no niega el papel del partisano en la guerra colonial. Únicamente subraya que es en la lucha civil donde adquiere su mayor protagonismo. Por otro lado, hay que tener en cuenta que el partisano no solo se ve instalado en lugares no encasillables en lo regular que lo determinan, sino que él mismo adquiere un papel activo e imprime su propia dinámica al espacio desde el que actúa. Es decir, el partisano vuelve irregular al espacio porque su irregularidad introduce nuevas variables en la concepción del espacio, como la de la profundidad, como ya hizo en su día el submarino:

En la lucha partisana surge un nuevo espacio de acción de estructura muy complicada, porque el partisano no lucha en un campo de batalla abierto ni en el mismo plano una guerra de frentes declarados. Más bien le impone a su enemigo otro espacio distinto. Al plano evidente del escenario de guerra regular y tradicional se añade otra dimensión poco clara, la dimensión de profundidad [...] Tenemos aquí una analogía inesperada – pero no por eso menos eficaz – con el submarino, que añadió también una dimensión de profundidad a la superficie del mar, en donde se desarrollaba la guerra marítima de estilo tradicional [...] En función de su irregularidad, el partisano cambia las dimensiones...⁹⁰⁶

Como el partisano no pertenece a un ejército regular, su actuación no puede ser regular, sino que se basa en el escondite, el camuflaje y la nocturnidad. Al no poder situarse frente a su enemigo, al romper la demarcación clásica de los conflictos regulares que colocaba a los diferentes ejércitos a cada lado de una línea, en una suerte de simple horizontalidad, el partisano introduce una dinámica de actuación no frontal u horizontal, pero sí oblicua o profunda, con zigzagueos, interrupciones, irregularidades al

⁹⁰⁴ Jünger también pone como ejemplo de emboscado al guerrillero español del siglo XIX: “El emboscado organiza el espionaje, los sabotajes, la difusión de noticias entre la población. Se retira a parajes donde no hay caminos, se sumerge en el anonimato, para volver a hacer acto de presencia así que el enemigo da muestras de debilidad. El emboscado difunde un desasosiego continuo, provoca pánicos nocturnos. Incluso puede reducir a la parálisis a ejércitos enteros, como pudo verse en España en el caso de los ejércitos napoleónicos”. JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.141.

⁹⁰⁵ La distinción anterior es discutible o, al menos, no es evidente que el carácter político de un guerrillero esté menos acentuado en una guerra colonial que en una guerra civil, pero Schmitt no termina de desarrollar el argumento.

⁹⁰⁶ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., pp.80-81.

fin y al cabo. Como muestran muchos ejemplos históricos, difícilmente puede un ejército regular vencer a una guerrilla enfrentándose a ella desde el plano de la regularidad, como si se tratara de otro ejército, pues las coordenadas espacio-ontológicas son diferentes y no comprenderlo puede conducir a la derrota.⁹⁰⁷

Al partisano le define, junto con la irregularidad espacial, la irregularidad jurídica. Según Schmitt, en la contemporaneidad se produce una identificación entre regularidad y legalidad que no se había dado hasta entonces, pues anteriormente se podían encontrar elementos irregulares dentro de la legalidad. El partisano, por ser irregular, es considerado ilegal y, por tanto, criminal. Y no por sus métodos, sino por el mero hecho de situarse fuera del derecho. El partisano no es un enemigo. El enemigo entra dentro de la lógica del reconocimiento de lo regular aunque sea como adversario. El partisano es el criminal, aquel que ni siquiera es respetado como un igual en el combate: “cuanto más se respeta al adversario regular y uniformado como enemigo y no se confunde con un criminal aun en la lucha más sangrienta, tanto más inexorablemente se trata como criminal al combatiente irregular”.⁹⁰⁸ En resumen, al desbordar la línea del derecho, el partisano también desborda la consideración del enemigo como mero combatiente en un duelo (*Ius publicum europaeum*) y se mueve en las líneas de la enemistad radical y existencial.

Como lo irregular desborda cualquier marco de contención, en la guerra partisana no hay limitación y eso encrudece más la violencia. De nuevo se ve aparecer el tópico schmittiano finitud/infinitud. La finitud, ya sea espacial o ideológica, siempre es garantía de pluralidad y de reconocimiento del otro y, por tanto, de contención y cierta paz, mientras que la infinitud, al no plantearse límites, presenta tendencias imperiales, como se vio en la política internacional medieval. Esa es la razón por la que Schmitt critica a los pacifistas de su tiempo que arguyen que la paz implica el fin de las guerra regulares. Para Schmitt resulta más bien al revés: la guerra regular es lo más parecido a la paz y lo que garantiza que se dé un mínimo de ella. Como no es posible una paz perpetua lo único que queda es elegir entre una guerra total ilimitada o un conflicto acotado que dé espacio a momentos de cierta pacificación aunque esta no sea total.

⁹⁰⁷ “Hay una frase famosa, que se suele citar como orden de Napoleón al general Lefèvre, del 12 de septiembre de 1813, y que no perdió nada de su actualidad y exactitud: con partisanos hay que luchar a la manera de los partisanos, *Il faut opérer en partisan partout où il a des partisans*”. *Ibid.*, p.31.

⁹⁰⁸ *Ibid.*, p. 50. Para Jünger, la emboscadura también es la apertura de un espacio de juego irregular, donde se manifiesta la libertad: “salirse del marco de las viejas nociones acerca de la mayoría”. JÜNGER, E., *La emboscadura*, *op.cit.*, p.45.

El aspecto fisionómico del guerrillero hace patente otra irregularidad: el partisano es el que combate sin uniforme y esto está relacionado tanto con el aspecto espacial como con el jurídico. Siguiendo el esquema de analizar lo irregular como contraste o reverso de lo regular, y aceptando que la regularidad está encarnada y manifestada en un elemento material como es el uniforme de los soldados de los ejércitos regulares, se puede concluir que el uniforme no es un elemento meramente material, sino que porta la importancia de un símbolo, de un valor indicativo, del que carece el partisano. Es más, como dice Schmitt, más que la demostración de auto-regularidad para el soldado, el uniforme es el objetivo, la diana a la que apuntar para el partisano. El hecho de no llevar uniforme le confiere la capacidad de realizar prácticas de simulacro, que le permiten jugar una vez más con el espacio, y la posibilidad de ejercer una movilidad acentuada, segundo rasgo fundamental del partisano.⁹⁰⁹

Esta movilidad guerrillera no es solo física, sino que es una nota de su concepto existencial. Este carácter general de sorpresa, de imprevisibilidad o de actuación sin preaviso rompe con la concepción clásica del conflicto, que se transforma en algo no pautado ni razonado. En lo estipulado hay límites derivados del propio acto de la fijación de las normas de lo que es o no válido. Pero siendo la actuación del partisano algo que va más allá de cualquier regla, se produce una alteración en la forma de comprender la batalla, que puede transformarse en cualquier cosa ante la falta de limitación.

Pese a todo esto, pareciera que existe en el partisano un deseo de regularidad,⁹¹⁰ el anhelo del derecho.⁹¹¹ Para empezar, el partisano necesita un aliado regular: “el tercero interesado” (término de Rolf Schroers), que da armas al partisano y además le otorga reconocimiento: “El partisano que lucha con armas depende siempre de una organización regular. Precisamente Ernesto Che Guevara, el compañero de Fidel Castro en la lucha cubana, lo subraya con insistencia”.⁹¹² Ahora bien, especialmente en el siglo XX, esa ayuda se convierte en totalmente interesada.

⁹⁰⁹ “[E]l cambio rápido en el tipo de aparición forma parte de la movilidad”. *Ibid.*, p.121.

⁹¹⁰ En este sentido la figura del partisano entrañaría la contradicción de autodefinirse desde la irregularidad pero tender hacia su contrario: “El auténtico partisano está atrapado en una contradicción performativa que normalmente resolverá logrando la regularidad – plegándose en un sistema regular de soberanía –”. HOOKER, W., *op.cit.*, p.190.

⁹¹¹ “Como figura definitivamente “irregular”, el partisano siempre es dependiente de su relación con la “regularidad” de algún tipo. Es una categoría relacional...”. *Ibid*, p. 179.

⁹¹² SCHMITT, C., *Teoría del partisano, op.cit.*, p.34.

En la moderna guerra de partisanos, tal como se inició en la conflagración chino-japonesa a partir de 1932, luego en la Segunda Guerra Mundial y finalmente, desde 1945, en Indochina y otros países, se unen dos procesos de signo opuesto, dos modalidades completamente distintas de guerra y hostilidad: por una parte, una resistencia autóctona que es en esencia defensiva y que la población de un país opone a un invasor extranjero y, por la otra, el apoyo y utilización de tal resistencia por terceras potencias interesadas y de actitud agresiva hacia el resto del mundo.⁹¹³

Ese tercero o amigo – pues en la dialéctica amigo/enemigo tan importante es uno como otro –,⁹¹⁴ que puede llamarse “interesado”, sirve de enlace para convertir la irregularidad del partisano en regular: “A la larga, lo irregular tiene que legitimarse con lo regular. Para esto no hay más que dos posibilidades: el reconocimiento por una fuerza regular que ya exista o la conquista de una nueva regularidad por la propia fuerza”.⁹¹⁵ Mao utiliza la siguiente imagen para poner de manifiesto que el partisano, pese a sus peculiaridades, forma parte de la guerra general y que, en consecuencia, no puede lograr la victoria únicamente a través de sus acciones, sino que necesita la colaboración del ejército regular:

Los dirigentes de la guerra de partisanos se sirven de los destacamentos de partisanos igual que un pescador de su red; unas veces el pescador lanza su red, otras veces la trae. Cuando la lanza debe conocer perfectamente la profundidad de las aguas, la velocidad de la corriente, debe saber si no hay en el agua algún obstáculo.⁹¹⁶

Una vez que el partisano lleva a cabo su acción “irregular” la incluye en la órbita de la regularidad, tanto en lo que se refiere al territorio como a la transformación del propio partisano. A nivel espacial esto se muestra a través de la necesidad de la creación de bases de apoyo a los partisanos que estabilicen los territorios conquistados por los guerrilleros.⁹¹⁷ A eso hay que añadir que dada la larga duración de la guerra, algunos partisanos se ven en la obligación de transformarse en soldados regulares. Incluso en el seno de la guerrilla, aun definiéndose por la irregularidad, se requiere un simulacro de institucionalización. El propio Mao subraya que no es posible la absoluta regularidad del partisano, pues es incompatible con su movilidad,⁹¹⁸ pero como no puede haber una

⁹¹³ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit. Prólogo, p.50.

⁹¹⁴ “La esencia de lo político no es la enemistad como tal, sino la distinción de amigo y enemigo, y supone la existencia de los dos, amigo y enemigo”. *Ibid.*, p.98.

⁹¹⁵ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.86.

⁹¹⁶ MAO TSÉ-TUNG, *Oeuvres Choiesies*, Editions Sociales, París, 1955. Tomo II (1937-1938), p.92.

⁹¹⁷ *Ibid.*, p.98 y siguientes.

⁹¹⁸ *Ibid.*, p.121.

total ausencia de mando, es necesaria “la organización de un comando centralizado en estrategia y de un comando descentralizado en el campo”,⁹¹⁹ esto es, de una sección más regularizada y otra más irregular.

El recorrido histórico de los vaivenes entre regularidad e irregularidad se hace patente en su despliegue histórico. Si en el siglo XVII el partisano era un mero bandido o vagabundo, según Schmitt, en el siglo XVIII es la parte de la tropa que realiza acciones de manera irregular, desligada del ejército, pero formando parte de él. En el siglo XIX el partisano ya es totalmente irregular aunque, como he señalado, conserva la necesidad de volcarse o volver a la regularidad. Como colofón de esta tendencia o deseo de regularidad, a finales del siglo XX se produce la inclusión definitiva del partisano en el Derecho Internacional. A instancias de los países subdesarrollados, que veían en sus guerrilleros a los verdaderos héroes de las luchas de liberación, se acordó que los partisanos fueran reconocidos como combatientes, siempre que sus armas estuvieran a la vista,⁹²⁰ esto es, en la medida en que su regularidad fuera más patente.

La enorme dificultad con que se enfrentó la Conferencia [diplomática de Ginebra de 1974-1977] radicaba en que el guerrillero participa en el conflicto armado sin distinguirse de la población civil y todo el sistema del Derecho humanitario bélico descansa precisamente en la distinción a través de signos exteriores entre los combatientes y la población civil. Haciéndose eco de esta dificultad, la delegación española en la Conferencia señaló que “la guerrilla es un fenómeno esencialmente incompatible con cualquier reglamentación y es contradictorio querer someterla a un régimen de derecho” (*Actes de la Conférence diplomatique sur la réaffirmation et le développement du Droit international humanitaire applicable dans les conflits armés* (1974-1977), Vol. XV, Département fédéral, Berna, 1978, p.161). Sin embargo, los países del Tercer Mundo insistieron en la necesidad de incluir a los guerrilleros entre quienes pudieran ser considerados como combatientes y, en su caso, beneficiarse del trato de prisioneros de guerra.⁹²¹

El tercer gran rasgo del partisano es su carácter eminentemente político. El partisano es “el que toma parte”, el que se decanta por una opción política y la defiende con su vida. Este aspecto es fundamental y determina ulteriores comparaciones entre partisanos y terroristas. La enemistad que experimentan los enemigos del partisano hacia él es criminalizadora, pero ese sentimiento no es recíproco. El partisano reconoce

⁹¹⁹ *Ibid.*, p.122.

⁹²⁰ De esto también da cuenta Carl Schmitt, aunque no deje de parecerle paradójico: “¿Qué quiere decir, por ejemplo, la orden de que hay que portar las armas “abiertamente”, si la Instrucción general de guerrilla de la Asociación de suboficiales suizos, mencionada anteriormente, indica a los combatientes de la resistencia: “Opera solamente de noche, y descansa durante el día en los bosques?”. SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, *op.cit.*, p.41.

⁹²¹ DIEZ DE VELASCO, M., *Instituciones de Derecho Internacional Público*, *op.cit.*, pp.1123-1124.

en su adversario a un enemigo, pero sin una animadversión irracional, sino contenida y digna.

El partisano tiene, pues, un enemigo verdadero, pero no absoluto. Es la consecuencia lógica de su carácter político. Se comporta exactamente como lo precisó Santa Juana de Arco ante el tribunal eclesiástico. No era partisana y luchó regularmente contra los ingleses. Cuando el juez eclesiástico le hizo la pregunta – una trampa teológica – de si pretendía afirmar que Dios odiaba a los ingleses, ella contestó: “No sé si Dios ama u odia a los ingleses; lo único que sé es que hay que echarlos de Francia”. Cualquier partisano normal que defiende el suelo de su patria podría haber dado esta contestación. Esta actitud fundamentalmente defensiva implica también la limitación fundamental de la enemistad. El enemigo real no se declara enemigo absoluto ni tampoco enemigo último de la humanidad en general.⁹²²

El partisano se mantiene en la limitación, tanto espacial como existencial: lucha por una tierra delimitada, lo que hace que sus acciones sean defensivas y no ofensivas, y la relación que establece con su contrincante es la enemistad, no la criminalización. La limitación de sus objetivos políticos convierte en limitada el tipo de enemistad que experimenta hacia su adversario. E, insisto, aunque él sea considerado criminal, él no criminaliza, sino que toma a su adversario como a un enemigo. Y esta es una de las claves de la defensa que hace Schmitt de esta figura: el partisano hace suyo uno de los rasgos fundamentales del *Ius publicum europaeum*, la distinción entre amigo y enemigo no absoluto. Por eso Schmitt considera que esta figura es el último vestigio de un derecho internacional en decadencia cuyo fin generará un tipo de partisano – el partisano contemporáneo – que sí se enemistará con sus contrincantes de forma absoluta.

Su vinculación con la defensa de una determinada política es lo que le diferencia de otro personaje irregular, el pirata, un criminal al que solo le mueve el afán de conseguir el botín. El partisano, aunque sea considerado criminal, no es tal, precisamente porque su impulso no es lucrativo, sino extremadamente político. Schmitt define el carácter del guerrillero como “intensamente político [...] para no confundirlo con el vil ladrón y atracador que piensan exclusivamente en su provecho particular, sin tener otros motivos”.⁹²³ La diferencia entre partisano y pirata remite, en última instancia, a su pertenencia a dos ámbitos geográficos distintos, la tierra y el mar, que

⁹²² SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.99.

⁹²³ *Ibid.*, p.32.

son los que generan dos tipos de guerra diferentes – guerra terrestre y guerra marítima –, como ya he explicado.

Me voy a permitir aquí introducir la teoría de un autor, Ernst Jünger, que junto con su coetáneo Schmitt fue uno de los mayores teóricos del tema. *Der Waldgang* es el libro que Jünger dedica en 1951 a la figura del partisano, traducido al italiano y al francés como *Tratado del rebelde* y al castellano como *La emboscadura*. El título original alemán, que se podría traducir como “El que se adentra en el bosque”, deja traslucir aquello que aquellas traducciones no muestran de forma clara, esto es, el carácter existencial que Jünger atribuye al partisano en su relación con el espacio. Esta es una de las grandes diferencias del planteamiento de Jünger respecto al de Schmitt. Como señala Ninon Grangé, el enfoque de Jünger hace del partisano o emboscado un personaje profundamente existencial, solitario, anarquista, alejado de cualquier proyecto político colectivo, que no exige la ayuda de la tropa regular o del estado y que no necesita confrontarse con un enemigo real. Reproduzco *in extenso* la cita de Grangé que pone de manifiesto la diferencia entre Jünger y Schmitt y que considero muy aclaradora:

Con el partisano, Schmitt piensa que niega lo legal para afirmar la esencia de lo político: con el *Waldgänger* Jünger abandona lo legal para reencontrar la esencia de una libertad individual. Los derroteros comparables [de ambos] conducen a conclusiones radicalmente divergentes (notar que, en este caso, Jünger anticipa una buena década a Schmitt: el *Waldgänger* sería el Informe del Partisano). Lo que indudablemente el *Waldgänger* aclara acerca del partisano de Schmitt es que el primero está solo, el segundo solo lo está teóricamente (Schmitt no lo dice explícitamente). Si el partisano lleva consigo su territorio, lleva también una aspiración política colectiva. Y es un paso que Schmitt efectúa *in extremis* subrayando la importancia del reconocimiento por un tercero. Pero esta observación no tiene futuro, incluso se inscribe más bien en el derecho internacional (un estado solo existe si es reconocido por otros estados) [...] El vínculo entre el partisano y el pueblo es el punto ciego de la teoría política de Schmitt, puesta de relieve por el *Waldgänger* de Jünger, que, asumiendo su soledad absoluta, reemplaza la población por el “recurso a los bosques”.⁹²⁴

Jünger no tiene ningún problema en desvincular totalmente al partisano de la regularidad. No sitúa al emboscado en ningún tipo específico de guerra, sino en el bosque, que aparece como un espacio relacionado con el hogar y a la vez con la inquietud o el conflicto. Es importante notar que el rebelde se adentra en el bosque, no

⁹²⁴ GRANGÉ, N., “Carl Schmitt, Ernst Jünger et le spectre de la guerre civile. L’individu, le “soldat”, l’État” en GRANGÉ, N. (ed.), *Carl Schmitt : nomos, droit et conflit dans les relations internationales*, op.cit., pp.39-60, p.55.

corre o huye por él, sino que hace de él un lugar donde hospedarse y desenvolverse.⁹²⁵ El partisano va acompañado de su pueblo, patria o proyecto político, el emboscado, por el contrario, solo del bosque:

[L]lamamos Emboscado, en cambio, a quien, privado de patria por el gran proceso y transformado por él en un individuo aislado, acaba viéndose entregado al aniquilamiento. Este destino podría ser el destino de muchos y aun el de todos – no es posible dejar de añadir, por lo tanto, una precisión –. Y esta consiste en lo siguiente: el emboscado está decidido a ofrecer resistencia y se propone llevar adelante la lucha, una lucha que acaso carezca de perspectivas. Un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad...⁹²⁶

Lo normal en Schmitt es recalcar la dimensión política del derecho. Al hablar del partisano descubre la dimensión de lo político en un ámbito completamente alejado de la lógica del derecho, precisamente en un ámbito no tocado en ningún punto por el derecho. El partisano está fuera del derecho. De ahí que los revolucionarios no hagan leyes, sino que tomen medidas,⁹²⁷ lo cual hace aún más palpable el momento de la decisión en la excepción, acción tan típicamente política. Aunque busque crear uno, el partisano desborda la consideración de la forma “estado”. El *Ius publicum europaeum* no puede contener ni albergar todo el potencial político de esta estructura no jurídica.⁹²⁸ Y esto también fue algo que observó Jünger:

El emboscado es la persona singular concreta; el hombre que actúa en el caso concreto. Para saber lo que es justo no necesita teorías ni tampoco leyes elucubradas por los juristas de los partidos. El emboscado desciende hasta aquellos manantiales de la moralidad cuyas aguas aún no han sido distribuidas por los canales de las instituciones. Aquí las cosas se tornan sencillas, con tal de que en el emboscado continúe vivo lo no-falseado.⁹²⁹

⁹²⁵ Se puede afirmar que esta teoría del bosque como hogar entronca con la línea heideggeriana de recuperación de un espacio mítico (contrario a la técnica y al nihilismo desarraigado que implica la concepción liberal) anclado a la tierra y a los orígenes que le devuelven al hombre a su naturaleza originaria.

⁹²⁶ JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., pp.59-60. Para Jünger, el emboscado puede luchar por la libertad política, pero también puede querer alcanzar únicamente una libertad existencial o su soberanía interna: “Igualmente insuficiente sería el limitarse a objetivos reales; por ejemplo, a la conducción de la lucha para recuperar la libertad nacional. Antes al contrario, veremos que los esfuerzos de que estamos hablando son coronados también por la libertad nacional; pero esta es aquí algo añadido”. *Ibid.*, p.76.

⁹²⁷ “Los jacobinos, en la Revolución Francesa, aún eran conscientes de la santidad de su noción de ley; tenían la inteligencia y el valor suficientes, en el plano político, para distinguir con precisión *loi* y *mesure*, ley y medida. La medida se calificaba abiertamente como *revolucionaria*...”. SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.93.

⁹²⁸ “Esta actividad partisana, argumenta Schmitt, es un síntoma preciso de la debilidad creciente del estado europeo, y de la creciente incapacidad del *Ius publicum europaeum* para contener la política...”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*. op.cit., p.159.

⁹²⁹ JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.150.

Para Schmitt, el partisano representa una figura heroica, aunque haya sido tratado por el derecho clásico como estando fuera de los límites y por el derecho de los siglos XIX y XX como un criminal. No le es imputable el honor porque esa dignidad es el plus que confiere el hecho de pertenecer a las instituciones soberanas y legítimas: “no solamente arriesga su vida como cualquier combatiente regular, sino que también es consciente y está dispuesto a que el enemigo le ponga fuera de ley, derecho y honor”.⁹³⁰ Pero eso no implica que su figura no sea honorable desde una perspectiva no jurídica. Como ya señalé, el partisano, al ser profundamente político, tiene clara la distinción de amistad/enemistad que atraviesa cualquier conflicto o relación, como bien explica Mao:

Las leyes de la guerra, como las leyes de todos los otros fenómenos, constituyen el reflejo de la realidad objetiva en nuestra conciencia [...] Por eso dos aspectos constituyen el objeto de nuestro estudio, de nuestro esfuerzo de conocimiento: nosotros y el adversario...⁹³¹

Puede que el partisano represente la última o única oportunidad de defender y encarnar “lo político” como tal en una etapa en la que el liberalismo propugna la despolitización.⁹³² En este sentido, pese a ser un producto del *Ius publicum europaeum*, inaugura una nueva época en el derecho internacional.⁹³³ Ya no es como el pirata, que está fuera sin más, sino que ahora desde su posición extrajurídica funda una manera de hacer política, implanta las condiciones para un nuevo tipo de guerra, tiene en su mano el poder de instituir la forma de conducir los conflictos. Forma parte de una época que ya no es la de la guerra clásica, sino la del olvido total del componente teológico, como señala Jünger:

⁹³⁰ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.45.

⁹³¹ MAO TSÉ-TUNG, *Oeuvres Choiesies*, Editions Sociales, París, 1955. Tomo I (1926-1937), p.224.

⁹³² Según Hooker, Schmitt vio en la figura del partisano una limitación a la guerra descarnada y desproporcionada: “Además, como figura defensiva, el partisano podría abrir la posibilidad de nuevas vías a la restricción y a la limitación de la enemistad – es decir, el partisano podría ser una fuente de orden. A su manera, *Teoría del partisano* es un intento de pensar el fin del *Ius publicum europaeum* y de buscar una solución fuera del estado”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*. Cambridge University Press, op.cit., p.160. En el siguiente artículo también se mantiene esa tesis: LÓPEZ LOPERA, L.M., “Los límites de la crítica liberal schmittiana”. *Res publica*, 21, 2009, pp. 273-281.

⁹³³ El profesor J.W. Müller, señala que el partisano es conservador, no se adapta al universalismo liberal, pero al mismo tiempo forma parte ya del cambio conceptual de la política: “El partisano de Carl Schmitt habrá sido desde el principio una figura paradójica: un tradicionalista al que solo las condiciones de la modernidad han podido poner de manifiesto y que, aun intentando desesperadamente remontar el tiempo en su parte del mundo, precipita, en realidad, el declive del derecho interestatal europeo convencional”. MÜLLER, J.W., *Carl Schmitt. Un esprit dangereux*. Ed. Armand Colin, París, 2007, pp.204-219, p.209.

La resistencia del emboscado es absoluta. El emboscado desconoce la neutralidad, desconoce la clemencia, desconoce el encarcelamiento en fortalezas. El emboscado no aguarda que el enemigo admita argumentos y, mucho menos, que se comporte con caballerosidad. El emboscado también sabe que, en lo que a él respecta, no está abolida la pena de muerte. Conoce una soledad nueva: la soledad que proviene ante todo de la maldad acrecentada hasta extremos satánicos. Conoce la vinculación de esa maldad con la ciencia y con las máquinas; una vinculación que, por cierto, no introduce en la historia un elemento nuevo, pero sí unos fenómenos nuevos. Nada de esto puede conciliarse con el neutralismo. En esa situación tampoco se puede estar a la espera de las Iglesias, o de guías espirituales, o de libros que tal vez aparezcan.⁹³⁴

Junto con la irregularidad (espacial, jurídica y fisionómica), la movilidad y el carácter político, Schmitt destaca un cuarto rasgo del partisano: su carácter telúrico, su defensa del trozo de tierra que considera suyo: “La fundamentación del partisano en el carácter telúrico me parece necesaria para destacar espacialmente la postura defensiva, es decir, la limitación de la enemistad en el espacio y para evitar la reivindicación absoluta de una justicia abstracta”.⁹³⁵ Aquí se ve de nuevo el tópico de que el suelo crea limitación política. La concreción de su localización hace que la postura del partisano sea defensiva y convierte sus aspiraciones en concretas y no universales. En este sentido, son el vestigio de un contexto jurídico en desaparición, el del *Ius publicum europaeum* westfaliano, aunque el nuevo panorama internacional propugnará una guerra total ilimitada.

El carácter telúrico supone una profunda y estrecha relación del partisano con la tierra, ligada a un espacio delimitado, el de la casa, el hogar terrenal, todo lo contrario a fletar barcos a la mar.⁹³⁶ El espacio se conjuga con lo político y el partisano hace de la naturaleza su patria, porque ya no puede moverse dentro de los límites territoriales “normales” de lo que fuera su verdadera patria. Es un sin patria que necesita acudir a donde él considera que están los orígenes míticos de esa nación de la que ha sido expulsado y que le permiten desarrollar al máximo su libertad y su carácter político. Dice Jünger: “El emboscado no es un soldado. No conoce las formas propias del soldado ni conoce tampoco su disciplina [...] En el caso ideal, la libertad personal de los emboscados coincidirá con la libertad de su país”.⁹³⁷

⁹³⁴ JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.126.

⁹³⁵ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.37.

⁹³⁶ El pirata lo hacía porque el mar era su lugar natural. El partisano no es el pirata aunque comparta con él su estar fuera de la ley. El partisano, como he explicado, está íntimamente relacionado con las guerras civiles y con las guerras coloniales, pero no con el mar.

⁹³⁷ JÜNGER, E., *La emboscadura*, op.cit., p.139.

El partisano se convierte en la imagen invertida del ejército regular, de modo que si bien para este último el espacio y la geografía pueden resultar problemáticas, el partisano va a hacer de ellos un aliado mediante la mimetización. Clausewitz establecía lo siguiente, refiriéndose a las armadas regulares: “De tres maneras influye el terreno en la acción de la guerra: presentando un obstáculo al avance, presentando un obstáculo a la visión general y protegiendo contra el efecto de las armas de fuego...”.⁹³⁸ Los ejércitos son incapaces de encontrar un aliado en dicha naturaleza: o la consideran un instrumento del que servirse o un obstáculo a superar, ya que su rígida regularidad no les permite jugar con ella, fundirse con ella o entender el carácter existencial del suelo. El partisano, por el contrario, da la vuelta a la situación. Para él, el terreno no es un obstáculo para avanzar, sino la garantía de un hogar donde resistir. Tampoco es un obstáculo para la visión, sino un escondite que le va a permitir mantenerse con vida. Las fuerzas de la naturaleza, de la verdadera patria, se alían con el partisano, el verdadero defensor de la misma.

Este carácter telúrico del partisano se diferencia de los otros rasgos explicados anteriormente. Tanto la irregularidad como el perfil político del partisano lo relacionaban con cierta tendencia a lo absoluto, a la ilimitación, a la afirmación de su carácter existencial y auténtico frente a la inautenticidad de las acotaciones de la guerra regular. Sin embargo, esa falta de acotación se topa ahora con la limitación concreta del terreno de la patria del partisano [*Heimatboden*].⁹³⁹ Ahora bien habría que poner en duda que este rasgo telúrico evite el carácter ilimitado de las pretensiones políticas. ¿Por qué del apego concreto a un espacio limitado se deduce la ausencia de aspiraciones universales? ¿Acaso las intenciones del partisano español decimonónico eran meramente fácticas o terrenales? En este punto considero coherente la postura de Jünger, siempre atravesado por una mística existencialista, pues reconoce cierta tendencia del partisano a pensar o creer más allá de las meras circunstancias espaciales, aun actuando siempre desde ellas:

[E]l emboscado se propone defenderse; para ello no solo utiliza los medios y las ideas que son propios de su tiempo, sino que a la vez mantiene abierto el acceso a

⁹³⁸ CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra*, op.cit., libro V, cap. XVII, p.409.

⁹³⁹ “Defiende un trozo de tierra que es suyo de manera autóctona. Su posición fundamental permanece siendo defensiva a pesar de la táctica y movilidad acentuadas”. SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.99.

unos poderes que son superiores a los temporales y que nunca podrán ser diluidos en puro movimiento.⁹⁴⁰

Parece entonces que en el partisano, o al menos en el partisano originario, se da cierta tensión o peculiaridad: asume la carga de la tarea abstracta de la lucha bajo unas condiciones íntimamente ligadas a la tierra.⁹⁴¹ Esta es la razón por la cual, para Schmitt, el partisano sería el último centinela de la tierra, el único capaz de mantener la conexión con el *nomos* en un tiempo en el que la unión política-territorio comienza a hacer agua y de ralentizar la globalización de la técnica: “Hasta ahora el partisano no se puede separar de la tierra auténtica; es uno de los últimos guardas de la tierra como elemento histórico universal mientras que no esté completamente destruida”.⁹⁴²

Me he referido a los “partisanos originarios” porque que en la teoría de Schmitt se puede advertir el siguiente movimiento: el paso de los partisanos del siglo XIX, (a los que yo llamo “primeros partisanos”) a los partisanos del siglo XX. Si creo que es necesaria esta distinción es porque considero apropiado ligar al partisano a la guerra de cada época. Hablar hoy de partisanos no puede tener el mismo sentido que en el siglo XIX. Hay que atender a la particularidad histórica de cada tipo de guerra para comprender la evolución de esos partisanos originarios a los partisanos contemporáneos. Por eso es importante destacar que esos primeros partisanos, los del siglo XIX, pertenecen al contexto de disolución del *Ius publicum europaeum*. Una vez que en el siglo XX la noción de guerra abandone por completo sus rasgos modernos y se convierta en la guerra contemporánea absoluta, el partisano también enlazará su guerra revolucionaria con esa guerra absoluta. En concreto, a partir de la revolución comunista el partisano abandona su carácter telúrico y sus aspiraciones se convierten en universales. El avance de la técnica contribuyó en gran medida a difuminar su carácter telúrico al producir una deslocalización del partisano, al permitir acciones a distancia y ataques en cualquier lugar del planeta, algo muy utilizado por el terrorismo yihadista.

Gracias a la motorización, su movilidad se aumenta de tal forma que está en peligro de desincardinarse por completo. En las situaciones de la Guerra Fría se convierte en técnico de la lucha invisible, en saboteador y espía. En la Segunda Guerra Mundial hubo ya tropas de sabotaje con entrenamiento partisano. Este

⁹⁴⁰ JÜNGER, E., *La emboscadura*, p.99.

⁹⁴¹ Según Eva Horn, la teoría del partisano sería “antropomórfica” por la razón que acabo de nombrar. Cfr., HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*, op.cit., p.164.

⁹⁴² SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.81.

partisano motorizado pierde su carácter telúrico. Ya no es más que un instrumento, transportable e intercambiable...⁹⁴³

Derrida también defiende que la técnica es el factor detonante de esta transformación del partisano originario y de la quiebra del carácter telúrico: “esta velocidad de la motorización, esto es de la automatización tele-técnica, produce una ruptura con la autoctonía. Arranca las raíces telúricas que caracterizaban no solo al enemigo clásico sino a la primera forma de la guerrilla de los partisanos”.⁹⁴⁴

La consecuencia de ese abandono de la finitud y del arraigo es la transformación del concepto de enemigo del partisano y este es un punto clave: ya no concebirá a su adversario como a un enemigo, sino como a un criminal. Se pasa de una enemistad limitada a una enemistad absoluta. El propósito del partisano ya no se ve cumplido con la consecución de determinados logros políticos sino que su objetivo nunca se ve saciado ya que se basa en el odio indiscriminado, personal y visceral hacia su enemigo, lo que le hace introducirse en una espiral de violencia absoluta e ilimitada.

[E]l partisano moderno no espera ni gracia ni justicia del enemigo. Él dio la espalda a la enemistad convencional con sus guerras domesticadas y acotadas, y se fue al ámbito de otra enemistad verdadera, que se enreda en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total.⁹⁴⁵

Para Schmitt hay dos maneras de enfocar la relación de la técnica con el partisanismo. Se puede plantear desde una perspectiva “técnico-optimista” y pensar que el desarrollo de la técnica llegará hasta tal punto que el mundo entero esté tecnificado, lo cual conllevaría la desaparición del partisano. O se puede concebir, según una visión “radical-pesimista” que en el futuro el partisano se adaptará a la expansión de la técnica y se convertirá en el “partisano industrial”. Así Schmitt, haciendo gala de su carácter visionario, pareciera advertir acerca del advenimiento del terrorista:

¿Pero, no será posible que el tipo humano que hasta ahora constituyó el partisano consiga adaptarse al nuevo ambiente técnico-industrial, que se sirva de los medios nuevos y que desarrolle una nueva especie adecuada de partisano, digamos el partisano industrial?⁹⁴⁶

⁹⁴³ *Ibid.*, p.38.

⁹⁴⁴ DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, op.cit., 1994, p.164.

⁹⁴⁵ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.29.

⁹⁴⁶ *Ibid.*, p.88.

Schmitt llega a hablar del “cosmopartisano”, un partisano que, gracias al avance de la ciencia, entrará en la lucha de la conquista del espacio, no ya terrestre, sino cósmico.⁹⁴⁷ Lo preocupante de esta evolución de la figura partisana, repito, es que adopta, al igual que los estados a los que se enfrenta, la actitud de criminalización del enemigo.

Sin embargo, cuando se lucha con criminalizaciones del adversario bélico en su totalidad, cuando la guerra se hace guerra civil, y se lucha entre enemigos de clase, cuando su objetivo principal es la eliminación del gobierno del Estado enemigo, entonces la explosiva fuerza revolucionaria de la criminalización del enemigo provoca que el partisano se convierta en el verdadero héroe de la guerra. Él ejecuta la pena capital contra un criminal, y corre por su parte el riesgo de que lo traten como criminal o antisocial. Es la lógica de una guerra que reclama la *justa causa* sin reconocer un *justus hostis*. Esta lógica convierte al partisano revolucionario en figura central de la guerra.⁹⁴⁸

La cuestión a dilucidar es si el partisano, al abandonar aquello que le es más propio, su concepción limitada del conflicto a partir de su unión con la tierra y su reconocimiento del enemigo, sigue siendo un partisano o si ya se ha convertido en otra cosa. Schmitt se inclina por seguir denominando partisano a este nuevo guerrillero de finales del siglo XX, quizás porque sigue manteniendo sus rasgos de movilidad acentuada y de irregularidad o, simplemente, porque estaba lejos de intuir los límites a los que llegaría el terrorismo en décadas posteriores.

⁹⁴⁷ Cfr., *Ibid.*, p.90.

⁹⁴⁸ *Ibid.*, p.45.

10.2. DE CÓMO EL PARTISANO SE TRANSFORMÓ EN TERRORISTA GLOBAL.

El espectro de un terrorismo permanente, planetario y totalizante se cierne hoy día sobre el conjunto de las relaciones internacionales.

DOMENICO LOSURDO⁹⁴⁹

No hemos derrotado la idea. Ni siquiera entendemos la idea.

MICHAEL NAGATA⁹⁵⁰

Carl Schmitt, muy consciente en todo momento de la rápida evolución a la que está sometida la política internacional en la contemporaneidad, se pregunta en *Teoría del partisano* por las formas que adquirirá el partisanismo y por los tipos de “enemistad absoluta” que surgirán una vez erradicada la dinámica amigo/enemigo, esto es, una vez eliminada la posibilidad del reconocimiento del enemigo:

Nuevas especies de enemistad absoluta tienen que surgir en un mundo en donde los contrincantes se empujan unos a otros hacia el abismo de la desvalorización total antes de aniquilarse físicamente. La enemistad se hará tan horrorosa que ni siquiera se podrá hablar de enemigo y enemistad. Ambos se procribirán y condenarán en debida forma antes de empezar con la obra de la destrucción. La destrucción se hará entonces completamente abstracta y absoluta. Ya no se dirige contra un enemigo, sino que servirá a la imposición, llamada objetiva, de valores supremos, y éstos, como es sabido, no tienen precio. Solo la negación de la enemistad verdadera abre el camino para la obra destructora de la enemistad absoluta [...] ¿Quién podrá impedir que, de manera análoga, pero mucho más intensa, surjan nuevas especies insospechadas de enemistad que provoquen por su parte apariencias y formas inesperadas de un nuevo partisanismo?⁹⁵¹

Por eso me gustaría plantear una cuestión vigente en la actualidad en el campo de la filosofía política: ¿puede el terrorista global del siglo XXI ser considerado un partisano, como esa “forma inesperada”, en palabras de Schmitt, que puede adquirir el partisanismo?⁹⁵² En el apartado anterior he señalado que Schmitt hablaba de partisanos

⁹⁴⁹ LOSURDO, D., *El lenguaje del imperio. Léxico de la ideología americana*, Escolar y mayo, Madrid, 2008, p.24.

⁹⁵⁰ Declaraciones del más alto general a cargo de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos, Michael Nagata, hablando del Estado Islámico: <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2890266/We-not-understand-movement-Special-Forces-general-confessed-clueless-ISIS-FBI-agent-warns-terror-army-s-youth-recruiting.html>, 29/12/2014.

⁹⁵¹ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., pp.100-101.

⁹⁵² Según Walter Laqueur, aunque ha habido acciones terroristas desde los inicios de la historia, el terrorismo que él denomina “sistemático” surge en la segunda mitad del siglo XIX. Cfr., LAQUEUR, W.,

para referirse a los nuevos guerrilleros, ligados al desarrollo de la técnica, que aparecen en el siglo XX, si bien no llegó nunca a manifestarse a propósito del terrorismo yihadista ya que Schmitt no pudo ser testigo del protagonismo que dicho fenómeno ha adquirido en los últimos años. Para mostrar en qué medida el terrorista actual es o no la transformación del partisano en el contexto global del siglo XXI voy a tomar como punto de partida las notas distintivas que componen el concepto de partisano, según la filosofía de Schmitt, para ver si coinciden con los rasgos del terrorista global, entendido este como yihadista.

Existen muchos tipos de terrorismo, si bien todavía no existe una definición clara.⁹⁵³ Como señala el teórico De la Corte, es difícil establecer un límite temporal a la hora de hablar de terrorismo: terroristas eran los miembros de la secta de los *assassins* en la Edad Media y el terror revolucionario francés también recibió ese nombre.⁹⁵⁴ Ahora bien, esas formas de terror son, para empezar, previas al siglo XIX, esto es, a la aparición del partisanismo tal y como Schmitt lo entiende, y, por tanto, no responden a su esquema evolutivo. Sin embargo, el terrorismo contemporáneo – sea yihadista o de cualquier otro tipo – sí parece responder a la lógica de la transformación del partisano. De modo que centraré mi estudio en el terrorista yihadista, no solo por una cuestión de actualidad teórica, sino porque lo que está en juego en este caso es la evolución del partisano. Es cierto que hay muchos tipos de terrorismo contemporáneo, no solo yihadista, y también podría ocurrir que el partisano siguiera existiendo en la figura del guerrillero que lucha contra la ocupación de su país sin recurrir al terror, sino únicamente a los ataques contra las tropas invasoras. Sin embargo, ese tipo de combatiente es residual y, en cualquier caso, formaría parte del concepto originario de partisano.

Por esta razón compararé los cuatro rasgos que Schmitt atribuía al partisano, irregularidad, movilidad, carácter político y telúrico, con los del yihadista.⁹⁵⁵ El

Una historia del terrorismo, Paidós, Barcelona, 2003, p.43. En este texto me refiero específicamente al prototipo de terrorista global de finales del siglo XX y principios del XXI.

⁹⁵³ “[A]un no disponemos de una definición de los fenómenos terroristas que concite un consenso más o menos universal”. DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p.37.

⁹⁵⁴ *Cfr.*, *Ibid.*, pp.23-25.

⁹⁵⁵ No me detendré en las causas psicológicas, sociales o identitarias que forman parte fundamental de la comprensión del problema. Tampoco analizaré el impacto que el desarrollo de la tecnología y las comunicaciones ha supuesto para el ejercicio del terrorismo global y para su escenografía simbólica, tan eficaz para el reclutamiento de terroristas: “Hay que preguntarse qué habría pasado si Bin Laden hubiera tenido cuenta en Twitter y no solo unos minutos de gloria en Al-Jazeera”. MARTÍ, A., “5 razones por las

terrorista yihadista presenta un carácter irregular ya que su acción no se adscribe a ninguna política estatal y se sitúa fuera de la legalidad internacional. La estructura de los grupos de los que forma parte el yihadista, aunque no es la de un ejército convencional, sí contiene un elemento jerárquico, al igual que las guerrillas partisanas. La novedad estriba en que los yihadistas se articulan formando miríadas de células que a su vez forman grupúsculos en forma de red a nivel global. Esto supone una dificultad para conocer dónde se encuentra la cúpula dirigente de estos movimientos. No obstante, al igual que el partisano, el yihadista tiende a la regularidad y a crear una estructura de gobierno, como es el caso del autodenominado Estado Islámico.⁹⁵⁶ De aquí se deduce que el terrorista comparte con el partisano su carácter irregular sin menoscabo de su tendencia a la regularidad.

Ambos tienen en común la movilidad, esto es, la facilidad para desplazarse y esconderse en guaridas o pisos francos, lo que facilita la preparación de sus ataques en la clandestinidad. En el caso del yihadista contemporáneo, la movilidad se ve acentuada por el desarrollo de las nuevas tecnologías, que le permiten establecer redes de financiación y reclutamiento en cualquier parte del mundo. Como ya he señalado anteriormente, Schmitt era muy consciente de que estas nuevas formas de enemistad absoluta serían impulsadas por el imparable avance de la técnica. Esto refuta la tesis de Clausewitz, autor que aún pertenece al contexto westfaliano, según la cual “la guerra no se realiza con un enemigo abstracto, sino contra uno real, al cual debemos tener siempre presente”,⁹⁵⁷ ya que el partisano global pertenece, en parte, al espacio de la virtualidad o del enemigo no presente.

Una vez aceptado que ambas figuras comparten la irregularidad y la movilidad voy a analizar su distinta manera de entender lo político, pues aquí podría hallarse una primera diferencia entre partisanos y yihadistas. Para Schmitt, una reivindicación política nunca podría haber sido exclusivamente religiosa. La política es contención y limitación del conflicto, aspiración y conciencia de finitud y, especialmente, creación de

que el Estado Islámico triunfa donde Al-Qaeda ha fracasado”, <http://alejandromarti.es/742/5-razones-estado-islamico-triunfa-donde-al-qaeda-ha-fracasado/>, 25/09/2014.

⁹⁵⁶ También es el caso de Al Qaeda. Andreas Behnke señala que la dispersión atribuida a las redes yihadistas no implica que carezcan de una organización: “[E]ste argumento subestima la importancia inicial de la organización como coordinadora de los ataques llevados a cabo contra objetivos en diferentes países. Además, aunque ahora aparece significativamente debilitada, Al Qaeda tiene todavía una estructura organizativa”. BEHNKE, A., “El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia”, *Relaciones Internacionales* 23, Junio - Septiembre 2013 Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) – UAM, p.136.

⁹⁵⁷ CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra, op.cit.*, libro II, cap. V, p.138.

orden. De ahí que el partisano sea considerado por él como el último guardián del *Ius publicum europaeum*. La religión, por el contrario, y especialmente en sus versiones más fundamentalistas, tiene aspiraciones universales.⁹⁵⁸ El terrorista yihadista entiende la política a partir del fundamentalismo religioso,⁹⁵⁹ lo que convierte a sus ambiciones en ilimitadas:

Mientras que la campaña del “partisano” tradicional llegaba a un final definitivo con la retirada de las fuerzas de ocupación, parece difícil imaginar una suspensión de hostilidades por parte de Al Qaeda. Dada la presencia mundial de la política, la economía y la cultura estadounidense en el mundo, la meta de Bin Laden es realmente una utopía, ya que profetiza un mundo preglobalización sin todas estas influencias. Lo cual hace que, tratándose de una meta imposible e ilimitada, el plazo para la lucha se vuelva infinito.⁹⁶⁰

Eso no significa que el terrorista yihadista no pueda defender un fin político, como la creación de un estado o un califato, ahora bien, ese objetivo será siempre subsidiario de la religión, lo que mitigará su carácter político. Es llamativo que el símbolo gestual de los miembros y simpatizantes del Estado Islámico no sea la V de la victoria, sino el dedo índice señalando hacia arriba. Este gesto es símbolo del *tawhid*, la proclamación de la unidad de Dios y señal de que el fundamento político es religioso. La victoria en la batalla partisana es una victoria política. Significa que se ha ganado al enemigo en una contienda, supone reconocer una cierta limitación, al menos que la guerra ha acabado y que se han logrado los objetivos políticos. Pero invocar a un fundamento trascendental no tiene fin ni límites. Es infinito. El terrorista no funciona con las coordenadas amigo/enemigo. Para él, todos los que no apoyan sus principios son enemigos absolutos o criminales⁹⁶¹ y eso hace que conciben su causa de manera providencial:

⁹⁵⁸ Si bien es cierto que no solo la religión las tiene, véase el imperialismo basado en el estado, tema tratado a lo largo de la tesis. “En todo caso, el recurso a la violencia intimidatoria con fines o pretextos religiosos no es patrimonio exclusivo de los extremistas musulmanes”. DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, op.cit., p.32.

⁹⁵⁹ Para el ayatolá Jomeini, fundamentalista religioso, que no yihadista, en la política todo era religión o no era nada.

⁹⁶⁰ BEHNKE, A., “El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia”, op.cit., p.144.

⁹⁶¹ “El objetivo, hecho alcanzable a los musulmanes por la gracia de Dios, es cada hombre americano. Él es nuestro enemigo tanto si nos combate directamente como si simplemente paga sus impuestos. Ustedes pueden haber oído que tres cuartas parte de la población estadounidense apoyó los ataques de Clinton contra Irak. Un pueblo que apoya a su presidente cuando mata a personas inocentes es un pueblo decadente, sin moralidad”. BARRY, R., COLP RUBIN, J. (ed.), ‘Interview with Osama bin Laden’ (Diciembre 1998) en *Anti-American Terrorism and the Middle East. A Documentary Reader*, Oxford

[S]i a un terrorista, por una parte, y a un soldado (*gudari*), por la otra, el hombre que cada uno de ellos va a matar se les muere de un rayo unos momentos antes, para el soldado será tan valedero, según su propio fin, el efecto de tal rayo como si a su fusil fuese debido, mientras que el terrorista juzgará que el rayo ha desbaratado su propósito y frustrado su fin [...] Lo que le importa al terrorista, a diferencia del soldado, no es el que su víctima muera (esté muerta), cosa que está desentendida de quién sea o no sea el agente, sino poner (tener) en su haber nominal el haberla matado. Por eso tiene que firmar sus muertes, que de modo específico serán *muertes firmadas*.⁹⁶²

Ahora bien, no se pueden olvidar dos cosas. Primero, la idiosincrasia del islam es esencialmente política, de manera que no existe islam sin manifestación política. Precisamente, la *umma* es la comunidad política musulmana que aúna a todos los musulmanes de la tierra independientemente de su lugar de origen. Esto explica que el carácter marcadamente religioso que presenta el yihadista no agote su carácter político.⁹⁶³ Y esa impronta política que porta consigo esta religión hace de ella una fuente de *nomos*, esto es, de conformación de orden y de espacios que, o bien puede estar basada en la finitud, o bien en una política imperial, difícil de concebir en un mundo post-hegemónico, por otro lado. El yihadista desvirtúa el mensaje del islam. Pero eso no puede impedir recordar que el gran dilema al que se enfrenta hoy en día el islam es al de su propia potencialidad para generar un gran espacio político musulmán en Oriente Medio de corte fundamentalista o más moderado.

Enfocar políticamente este asunto es importante para no suscribir tesis como la del “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington.⁹⁶⁴ Para él, la enemistad y la geopolítica se articulan cultural o civilizatoriamente.⁹⁶⁵ Esto ignora la pluralidad y complejidad de grupos culturales heterogéneos que albergan distintas religiones – sin ir más lejos, el “mundo árabe” está compuesto por una mayoría de árabes musulmanes, pero también por árabes cristianos y judíos – y, lo que es aún más grave, el componente

University Press, Oxford, 2002, p. 153 *apud* BEHNKE, A., “El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia”, *op.cit.*, p.138.

⁹⁶² SÁNCHEZ FERLOSIO, R., “Notas sobre el terrorismo/1”,

El País, 11/03/1980 http://elpais.com/diario/1980/03/11/opinion/321577209_850215.html

⁹⁶³ “Lo que debemos siempre resaltar es que el Estado Islámico es algo más que una organización islamista”; reitera Lister. “Ellos mismos se presentan como una alternativa y una fuerza que protege a los musulmanes suníes de un enemigo que perciben como sectario. Hay también en este sentido una inherente organización política”. MARTÍN, J., *Estado Islámico. Geopolítica del Caos*, Catarata, Madrid, 2015, p.150.

⁹⁶⁴ Cfr., HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997.

⁹⁶⁵ “[L]a identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente [...] El tema central de este libro es el hecho de que la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría”. *Ibid.*, p.20.

político de los conflictos internacionales.⁹⁶⁶ Según Pierre Manent, no es coherente hablar de guerra de civilizaciones porque las civilizaciones no entran en guerra, lo hacen los cuerpos políticos.⁹⁶⁷ Según Manent, al islam le falta definir su forma política ya que no está articulado por la división terrenal/espiritual. Su época de mayor esplendor político, el califato, estaba basado en la forma imperio.⁹⁶⁸ Sin embargo, tal y como señala Manent, los imperios pertenecen a la Antigüedad. En el caso de Europa, tras los dos imperios, el romano y el católico, este último supo redefinirse a través de la forma estado y de un ejercicio de autoconciencia política. Lo religioso pasó de ser sustantivo a adjetivo.⁹⁶⁹ Esto no le pasó al islam: “De ahí la infecundidad política de los tardíos movimientos nacionales, o nacionalistas, en la tierra del islam; de ahí el recurso a la idea de “nación árabe”, que designa precisamente lo que falta”.⁹⁷⁰

El conflicto entre las dos ramas fundamentales del islam, la sunní y la chií, es generadora a día de hoy de dos grandes bloques de confrontación, cada uno de los cuales lucha para hacerse con el dominio de Oriente Medio. Este carácter político connatural al islam da idea de que el yihadista – guerrillero sunní de la corriente salafista – sí puede tener un carácter político porque es capaz de definir el contexto de una contienda en la que se presentan ante él aliados y enemigos.

Pero el yihadista, al verse inmerso en un contexto en el que el *Ius publicum europaeum* ya no es funcional, entra en la lógica de la discriminación del adversario y de su aniquilación. Es por esta razón que los medios y acciones que utiliza el yihadista para intentar lograr sus fines se caracterizan por una violencia indiscriminada⁹⁷¹ contra la población civil y por el deseo de instaurar un régimen de miedo y terror cotidiano entre la ciudadanía en forma de ataque terrorista en lugares públicos como transportes, mercados o centros educativos o de ocio.⁹⁷² En relación a esta vulnerabilidad de la

⁹⁶⁶ Joseph Nye señala: “La mayoría de los enfrentamientos mundiales han tenido lugar en el interior de aquellas civilizaciones más que entre ellas. [Huntington] pasa por alto lo que Freud llamó el “narcisismo de las pequeñas diferencias”, como se vio en Irlanda del Norte o Bosnia”. NYE, J., “Interview: Joseph Nye the inventor of the term “soft power” on the US role in an increasingly affluent world”, *The world today*, Jun-Jul, 2013, Vol.69, Núm. 3, pp.32-33, p. 34.

⁹⁶⁷ Cfr., MANENT, P., *La razón de las naciones. Reflexiones sobre la democracia en Europa*, Escolar y Mayo, Madrid, 2009, p.74.

⁹⁶⁸ Cfr., *Ibid.*, p.77.

⁹⁶⁹ Cfr., *Ibid.*, p.78.

⁹⁷⁰ *Idem.*

⁹⁷¹ El terrorista viola el principio de discriminación y el principio de proporcionalidad pertenecientes al derecho de los conflictos armados. Cfr., DIEZ DE VELASCO, M., *Instituciones de Derecho Internacional Público*, op.cit., p.1100.

⁹⁷² Derrida señala que la escenografía terrorífica del propio ataque yihadista se convierte en arma: “Más que en destruir las Torres Gemelas o en atacar el Pentágono, más que en asesinar a miles de personas, el verdadero “terror” consistió y comenzó por ahí, en exponerlo, en explotarlo, en hacer exponer y explotar

población civil frente a las acciones yihadistas, considero que la disolución del *Ius publicum europaeum* es la clave también para comprender la diferencia esgrimida por Anne-Marie Le Gloannec entre amenaza y riesgo. La primera formaría parte del entramado político conceptual del sistema westfaliano en el que el enemigo está presente, a la vista, y se configura como peligroso. La amenaza está dotada de presencia, de algún modo, está ya realizándose en su efectividad. El riesgo, por el contrario, caracterizaría el sentimiento posmoderno de inseguridad ante un adversario no visible, no presentable, y no considerado como enemigo. El riesgo esconde una posibilidad que puede no realizarse nunca:

Después del final de la Guerra Fría, expertos y técnicos no cesan de repetir que ya no hay amenazas sino riesgos, concepto en el que está ausente cualquier intención, cualquier voluntad o poder, mientras que la noción de amenaza se refiere a un proyecto, al de perjudicar al otro [...] El tránsito de la amenaza o del peligro al riesgo señala una despolitización y, como corolario, una desestatalización.⁹⁷³

Y es que, una vez más, otra de las claves del problema es la noción de enemistad, en este caso, del yihadista. El partisano originario no utilizaba la violencia indiscriminada contra la población civil. Su objetivo no era crear un reino del terror, sino recuperar el territorio de la patria y, además, con la ayuda de la población civil. Sin embargo, uno de los rasgos fundamentales del terrorista es el establecimiento de un clima de pánico, siendo el miedo al terrorismo parte de la propia acción terrorista, como señala De la Corte (“El propio Lenin lo dijo alguna vez: el terrorismo tiene un propósito y es aterrorizar”)⁹⁷⁴ o Raymond Aron:

Es considerada como terrorista una acción violenta cuyos efectos psicológicos no guardan proporción con los resultados físicos [...] La ausencia de discriminación contribuye a propagar el temor, ya que, como quiera que nadie está directamente apuntado, nadie se encuentra protegido.⁹⁷⁵

la imagen por el objetivo mismo”. DERRIDA, J., en HABERMAS, J. y DERRIDA, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori*, op.cit., p.163.

⁹⁷³ LE GLOANNEC, A-M., “Y a-t-il une pensée stratégique dans l’après-guerre froide ?” en SMOUTS, M.C. (ed.), Presses de Sciences Po, París, 1998, pp.355- 376, p.355.

⁹⁷⁴ DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, op.cit., p.40.

⁹⁷⁵ ARON, R., *Paz y guerra entre las naciones*, op.cit., p.219

El terror se expande en la medida en que genera un sentimiento de “vulnerabilidad universal”,⁹⁷⁶ según Michael Walzer, ya que “extiende la violencia o la amenaza de violencia y la hace pasar de los individuos a los grupos [...] Lo que nos hace vulnerables emana de quienes somos, no de lo que hacemos: identidad equivale a responsabilidad”.⁹⁷⁷ El Che Guevara, en su obra clásica *La guerra de guerrillas*,⁹⁷⁸ señala como indispensable el respeto, la ayuda y la colaboración de la población de los lugares en los que se instalan, ya que comparten objetivos comunes. Y por ello, como señalaba el Che Guevara, la acción partisana se alejaba de la acción terrorista:

Es preciso diferenciar claramente el sabotaje, medida revolucionaria de guerra, altamente eficaz y el terrorismo, medida bastante ineficaz, en general, indiscriminada en sus consecuencias, pues hace víctimas de sus efectos a gente inocente en muchos casos y que cuesta gran número de vidas valiosas para la revolución.⁹⁷⁹

Tenemos que llegar a la conclusión inevitable de que el guerrillero es un reformador social, que empuña las armas respondiendo a la protesta airada del pueblo contra sus opresores y que lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria.⁹⁸⁰

El terrorista yihadista demoniza a su víctima y absolutiza su enemistad. Para justificar esta actitud culpabiliza a su adversario de los agravios a los que se cree que está sometido (“El terrorista culpabiliza a su enemigo de sus desgracias”).⁹⁸¹ Responsabiliza a los gobiernos occidentales y a los estados musulmanes que considera colaboradores de Occidente y extiende esa culpabilidad a los civiles de esos estados: “Los terroristas suelen identificar dos tipos de enemigos: instituciones y colectivos

⁹⁷⁶ WALZER, M., *Terrorismo y guerra justa*, Katz, Buenos Aires, 2008, p.20. “El terrorismo es el asesinato aleatorio de personas inocentes impulsado por la esperanza de producir un terror generalizado”. *Ibid.*, p.9.

⁹⁷⁷ *Ibid.*, p.25

⁹⁷⁸ CHE GUEVARA, E., *La guerra de guerrillas*, Narrativa, Hiru, Hondarribia, 2001. Autoras como Mary Luz Sandoval Robayo insisten en señalar la diferencia entre partisano y terrorista: “Los medios del partisano se supone deben respetar la vida, la integridad y la libertad de quienes no están directamente involucrados en la reyerta armada, es decir, los no combatientes, en cambio, los ejercidos por el terrorista no tienen en consideración tales preceptos, trátase del terrorismo de Estado o del terrorismo de facción”. SANDOVAL ROBAYO, M.L. “Partisanismo o terrorismo en la era técnico-industrial”, *Jurídicas*, vol. 3, núm. 1, enero-junio, 2006, pp. 35-58, p.41.

⁹⁷⁹ *Ibid.*, pp.38-39.

⁹⁸⁰ CHE GUEVARA, E., *La guerra de guerrillas*, *op.cit.*, p.20.

⁹⁸¹ Cfr., DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, *op.cit.*, p.241. O como señala Habermas: “El mundo occidental en su conjunto sirve como chivo expiatorio para las experiencias de pérdida, sumamente reales, que sufre una población arrancada de sus tradiciones culturales en el curso de procesos de modernización radicalmente acelerados”. “Fundamentalismo y terror”, en HABERMAS, J., *El Occidente escindido*, *op.cit.*, pp. 13-32, p.21.

humanos”.⁹⁸² Esa supuesta culpa legitima cualquier uso desmesurado del terror contra el adversario, que tiene que ser aniquilado por esa culpa que porta, que no es individual sino colectiva, esto es, no por sus acciones concretas y particulares, sino por su pertenencia a una determinada religión, secta, estado, etc.

La conversión de los enemigos en criaturas demoníacas permite sumar al efecto deshumanizante la consideración de las propias víctimas como seres poderosos y terriblemente amenazantes. Un enemigo satánico no puede ser transformado o doblegado, solo destruido.⁹⁸³

A diferencia del partisano contemporáneo o yihadista, que convierte al ciudadano en la primera víctima de su contienda, el partisano clásico lograba que el aldeano se convirtiera en su compañero de batalla. Ambos disciernen entre población civil y ejército regular; pero el guerrillero para colaborar con los civiles, el terrorista yihadista para atentar contra ellos como estrategia sistemática. Y a ello contribuye que el escenario de la lucha partisana haya cambiado: si el campo con sus aldeanos era el lugar natural del partisano originario, el campo de actuación del yihadista es la ciudad y sus habitantes. Una ciudad, que junto con el resto de ciudades del mundo, se inserta en un contexto de globalización.

Esto es fundamental porque, como señala Agamben, una vez que la distinción interior/exterior pierde vigencia lo que aparece es un único espacio “global” en el que coinciden la *polis* y el *oikos*. Es decir, la globalización ha hecho de la vida un espacio en el que lo político y lo económico, lo público y lo privado, el adentro y el afuera, están fusionados. No hay resquicios donde pueda uno guarecerse y proteger su vida de los embistes de la economía capitalista porque esta se ha convertido en la vida misma. Y la guerra repite esa estructura global, ya no tiene lugar en un afuera lejano del que protegerse en un interior seguro. El terrorismo se convierte en guerra civil en un contexto globalizado, ya que el conflicto ya no puede ser expulsado a un tercer espacio o a un exterior que ya ha dejado de existir:

La forma que ha tomado hoy la guerra civil en la historia mundial es el terrorismo. Si el diagnóstico foucauldiano de la política moderna como biopolítica es correcto y si lo es igualmente la genealogía que la conduce a un paradigma teológico-

⁹⁸² *Ibid.*, p.241. “El ideólogo salafista Al Maqdisi dedica un libro entero a describir la democracia como un sistema político radicalmente perverso por razón de su radical oposición a la religión islámica. Según dice en una de sus obras, los occidentales creen en la democracia como los musulmanes creen en Alá, lo cual hace incompatibles esas dos creencias”. DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, op.cit., p.243.

⁹⁸³ *Ibid.*, p.248.

económico, el terrorismo mundial es la forma que toma la guerra civil cuando la vida como tal se convierte en el desafío de la política. Cuando la *polis* se presenta bajo los rasgos reconfortantes de un *oikos* – la “maison Europe”, o el mundo como espacio absoluto de la gestión económica global –, entonces la *stasis*, que ya no puede situarse sobre el límite entre *oikos* y *polis*, se convierte en el paradigma de todo conflicto y entra en la figura del terror.⁹⁸⁴

Pese a que sus lugares naturales sean diferentes, el campo en el caso del partisano originario y la ciudad en el caso del terrorista yihadista hay una cierta similitud en lo que respecta a su conexión con la tierra o su carácter telúrico, tan íntimamente ligado a las aspiraciones políticas que pretenden alcanzar. El objetivo del partisano era lograr unos objetivos políticos relacionados con el trozo de tierra limitado que querían liberar o hacer suyo. El *Daesh* (el autodenominado *Estado Islámico*), grupo terrorista derivado de Al Qaeda que enarbola la causa del yihadismo global en el momento actual, es consciente del potencial geográfico de la política y por eso pretende instaurar un orden geográfico nuevo. Los terroristas ya han manifestado su desprecio por las líneas territoriales clásicas, en concreto por la frontera Sykes-Picot por la que en 1916 ingleses y franceses establecieron las fronteras entre pueblos árabes que pertenecían anteriormente a la Gran Siria.⁹⁸⁵

Una de las problemáticas que surge con el *Daesh*, aspecto que le diferencia de otros grupos terroristas yihadistas y en el que radica su novedad, es el de la estatalidad, porque su objetivo es recuperar la gloria pasada del imperio musulmán construyendo un califato.⁹⁸⁶ Cualquier territorio que en el pasado formara parte del imperio musulmán, aunque fuera hace varios siglos, pertenece al califato. Su intención es crear un espacio en la tierra no occidentalizado, no democrático, enemigo de los modos de vida capitalistas – aunque sirviéndose de los medios que dicho capitalismo ofrece – y portador de una determinada autenticidad moral y religiosa. Y en eso radica precisamente la diferencia entre grupos terroristas yihadistas como Al Qaeda y el *Daesh*. Este último ha logrado enraizarse en el territorio, conformar un estado a partir de la tierra, algo que jamás consiguió Al Qaeda, como señala el especialista Patrick Cockburn:

⁹⁸⁴ AGAMBEN, G., *La guerre civile. Pour une théorie politique de la stasis*, op.cit., p.30.

⁹⁸⁵ Cfr., MARTÍN, J., *Estado Islámico. Geopolítica del Caos*, op.cit., véase el capítulo “Un diablo llamado Sykes-Picot”.

⁹⁸⁶ Y basándose en una errónea y distorsionada interpretación del islam.

Al Qaeda es más una idea que una organización, y así ha sido por mucho tiempo. A partir de 1996, durante un período de cinco años, tuvo cuadros, recursos y campos en Afganistán, pero estos fueron eliminados después del derrocamiento de los talibanes en 2001. De ahí en adelante, el nombre de Al Qaeda primordialmente ha sido un grito de batalla, una serie de creencias islámicas que se centran en la creación de un Estado islámico...⁹⁸⁷

El *Daesh* es la materialización en la tierra de lo que solo era una idea creada por Al Qaeda. De ahí su triunfo entre sus acólitos.⁹⁸⁸ Al Qaeda nunca logró crear un estado.⁹⁸⁹ Su acción se centró en llevar a cabo determinadas acciones en los países que consideraba enemigos. Ahora bien, el *Daesh* casi ha logrado convertirse en un estado. Si se acepta, que, en líneas generales, lo que conforma un estado es el territorio, el gobierno y la población, el *Daesh* casi cumple las condiciones (incluso con elementos como la acuñación de moneda o la creación de tribunales de justicia y de documentos de identidad). Y señalo que “casi” porque uno de los atributos fundamentales de un estado, como bien señaló Hegel, es *ser reconocido* por otros estados, y esto es algo de lo que carece el *Daesh*. Este supuesto estado se concibe a sí mismo como una unidad territorial cerrada (sus posesiones en Siria e Irak) aunque formen parte de su estrategia de terror los atentados de los lobos solitarios o células en países extranjeros. Existe por tanto un anclaje al territorio en el caso del *Daesh* que no existía con Al Qaeda, o al menos no de forma tan patente.

Ambas organizaciones presentan dicha identidad como la de la nación del islam. Pero la propuesta de la segunda – matriz emergente en el yihadismo global – resulta más atractiva debido a sus conquistas en Oriente Medio, haber proclamado el califato y estar configurando una sociedad a la cual adherirse e incluso emigrar para adquirir esa nueva identidad.⁹⁹⁰

⁹⁸⁷ “[E]l Estado Islámico puede presumir de controlar un territorio y de hacer prevalecer su ley. Mientras tanto, al Qaeda sigue reclutando persona a persona, como si se tratara del departamento de recursos humanos de cualquier empresa”. COCKBURN, P., *Isis, el retorno de la yihad*, Ariel, Barcelona, 2015, p.60

⁹⁸⁸ MARTÍ, A., “5 razones por las que el Estado Islámico triunfa donde Al-Qaeda ha fracasado”, *op.cit.*

⁹⁸⁹ Con todo, hay que señalar que aunque Al Qaeda no fue capaz de crear un estado, sus aspiraciones tienen un componente telúrico, como apunta el profesor Andreas Behnke: “[N]o está del todo claro que el aspecto espacial esté totalmente ausente de la estructura y de las estrategias de esta organización. Como el propio Derrida señala, uno de los objetivos de Al Qaeda es la liberación de Arabia Saudita de sus ocupantes americanos [BORRADORI, G., *Philosophy in a Time of Terror: Dialogues With Jürgen Habermas and Jacques Derrida*, University of Chicago Press, Chicago and London, 2003, p.102]”. BEHNKE, A., “El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia”, *op.cit.*, p.135.

⁹⁹⁰ REINARES, F., “Yihad en pos de una identidad”,

http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/reinares-yihad-en-pos-de-una-identidad#.VL1NnkeG_2c, publicado por primera vez el 12/01/2015 en La Vanguardia.

Esto último es importante, pues para poder aumentar su población, el *Daesh* no solo ha hecho un llamamiento a utilizar a las mujeres para poblar el territorio, sino que para muchas familias fundamentalistas se ha convertido en un centro de peregrinación para crear asentamientos territoriales en un lugar donde llevar una vida auténticamente salafista en la “Ítaca musulmana”,⁹⁹¹ ajena y contraria a cualquier forma de nacionalismo, socialismo o régimen democrático.

El nombre originario del *Daesh* da pistas sobre su carácter geográfico específico y el artículo de Alejandro Martí es una buena explicación de ello.⁹⁹² En su origen, el Estado Islámico surge como la filial *Al Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos* (AQTDR) surgida en el año 2004.⁹⁹³ En esa denominación inicial ya se percibe la importancia del elemento geográfico, con esa referencia al Tigris y al Éufrates. Al Qaeda no incluía esos guñños y su nombre significaba “la base”. Posteriormente AQTDR se independiza de Al Qaeda y se convierte en el autodenominado *Estado Islámico de Irak y Siria* (ISIS en sus siglas inglesas) o en el *Estado Islámico para Irak y el Levante* (ISIL). En árabe es hoy en día conocido como DAESH (*al Dawla al Islamiya fi al Irak wa al Sham*), que significa *Estado Islámico en Irak y el Sham*. Con el término *Sham* se designa, con carácter nacionalista, a lo que fuera la Gran Siria y, hoy en día, al estado de Siria. No se sabe si esa referencia a *Sham* se hace en un sentido coloquial por referencia al estado sirio o si implica una visión romantizada de la unidad de los países que comprendían la Gran Siria.⁹⁹⁴ Martí señala que el término *Levante* pertenece al vocabulario colonial, mientras que *Sham* forma parte de la terminología nacionalista árabe.⁹⁹⁵

Una vez que a finales de junio de 2014 el *Daesh* proclamó el califato, también anunció que su nombre había evolucionado y que a partir de ese momento se autodenominarían *Estado Islámico* sin más.⁹⁹⁶ Una vez conseguida la creación de su estado el yihadista disuelve las distinciones territoriales artificiales. Ya no concibe Irak

⁹⁹¹ MARTÍN, J., *Estado Islámico. Geopolítica del Caos*, op.cit., p.16.

⁹⁹² Para un análisis más detallado de la evolución del nombre es imprescindible la lectura completa del siguiente artículo del que hemos hecho un breve resumen. MARTÍ, A., “¿ISIS, ISIL, Daish o Estado Islámico? Por qué es imposible ponerse de acuerdo”, <http://alejandromarti.es/634/isis-isil-daish-estado-islamico-irak-siria/>

⁹⁹³ REINARES, F., “Al Qaeda y el Estado Islámico”, *El País*, 11/01/2015, http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/11/actualidad/1421004019_193415.html

⁹⁹⁴ La rama egipcia del *Daesh* se hace llamar, por su parte, *Estados del Sinaí*, utilizando también esa referencia geográfica de forma mítica.

⁹⁹⁵ Cfr., MARTÍ, A., “¿ISIS, ISIL, Daish o Estado Islámico? Por qué es imposible ponerse de acuerdo”, op.cit.

⁹⁹⁶ Muchas personas se niegan a utilizar la expresión “Estado Islámico” para referirse al *Daesh* porque reconocer su estatalidad significaría otorgarles la credibilidad o el derecho a conformar un estado. Esta es la razón por lo que estoy utilizando el segundo término.

o Siria como estados soberanos, sino como un solo estado basado en la religión y no en la estatalidad política. No hay que olvidar que los yihadistas se oponen al nacionalismo o panarabismo árabe que pretendía hace décadas reforzar los vínculos entre los países árabes a través de una política laica y nacionalista.⁹⁹⁷

Los yihadistas reconocen la importancia de la geografía, pero para superarla y disolverla, para crear un califato lo más grande posible, en línea con sus aspiraciones universalistas. Es más, como ya tienen un pseudo-estado, ya no necesitan camuflaje. Hay que recordar que una de las características que definían al partisano era su falta de uniforme, muestra de su falta de regularidad respecto a los ejércitos. El *Daesh* tiene sus propios uniformes y a los terroristas les interesa llevarlo para manifestar su condición de miembro del grupo. Solo se visten de incógnito cuando salen de sus fronteras y realizan sus acciones en el extranjero.

Autores como Laleff han señalado que el uso de las nuevas tecnologías por parte de los yihadistas hace que el carácter telúrico pierda importancia.⁹⁹⁸ Los ataques terroristas pueden ser organizados a distancia y pueden tener lugar en cualquier punto del globo ya que las nuevas tecnologías permiten la dispersión de los núcleos organizativos de estas organizaciones: “[el terrorista] está tan descontextualizado y desarraigado que se siente tan cómodo (o tan incómodo) en Manhattan como en Tora Bora, en ciudades y en desiertos montañosos”.⁹⁹⁹ Pero incluso aceptando que la tecnología haya trastocado las variables espaciales de los conflictos – como explicaré en detalle al hablar del dron – no considero que el rasgo telúrico o territorial del yihadista haya desaparecido. Se podría decir que las variables territoriales han aumentado porque los atentados en el extranjero son una realidad, pero la conexión con el espacio de tierra al que los terroristas se sienten ligados sigue intacta y el terror se impone de manera sistemática, como forma de gobierno, precisamente en dichos territorios. Las dinámicas

⁹⁹⁷ El fracaso de dicho nacionalismo árabe es uno de los factores que explica la emergencia del yihadismo. Muchos antiguos nacionalistas forman parte ahora de las organizaciones terroristas. “[E]l fundamentalismo islámico actual elabora también motivos políticos. En todo caso, no hay que pasar por alto los motivos políticos que hoy nos salen al paso en la forma del fanatismo religioso. Esto se corresponde con el dato de que algunos de los terroristas que hoy se lanzan a la “guerra santa” fueron hace pocos años nacionalistas seculares. Cuando uno examina las biografías de esa gente, descubre continuidades notables. La decepción que han producido los regímenes autoritarios de signo nacionalista puede haber contribuido a que hoy la religión ofrezca un nuevo lenguaje para las antiguas orientaciones políticas...”. HABERMAS, J., “Fundamentalismo y terror”, *op.cit.*, p.22.

⁹⁹⁸ “En verdad, la técnica viabiliza cursos de acción de forma notoriamente rápida pero también posibilita el accionar lejos de la tierra y cuestiona si el apego a ella sigue siendo vital para pensar en combatientes no-estatales”. LALEFF, R.J., “Carl Schmitt: límites y potencialidades del partisano”, *Cuadernos de Marte*, A. 1, N. 2, Octubre 2011, p.116.

⁹⁹⁹ GALLI, C., *Political spaces and Global War*, *op.cit.*, p.171.

territoriales y la repartición de la tierra tienen presencia en el ideario radical islamista. En el caso del *Daesh* ya he explicado que la creación de un califato fundaría un carácter telúrico, si bien no idéntico al del partisano originario.

Tras esta comparación entre los rasgos del partisano clásico y los del yihadista se puede concluir que ambos comparten su irregularidad, con tendencia a la regularidad, la movilidad y el carácter telúrico:

El terrorista puede ser considerado como la figura contemporánea del partisano en la medida en que elige un combate irregular, fundado sobre una táctica de movilidad – astucia y sorpresa –, bajo un compromiso político marcado por el maximalismo y la hostilidad absoluta, a la que responde la hostilidad absoluta de los estados, y, finalmente la inscripción más o menos fuerte en un “santuario” territorial.¹⁰⁰⁰

Ahora bien, hay dos rasgos que marcan la diferencia entre el partisano clásico u originario y el yihadista: por un lado, el carácter político del yihadista es religioso-político; por otro, tiene la intención de implantar un reinado del terror a través del ejercicio de la violencia indiscriminada contra la población civil. Estos dos rasgos no son atribuibles al partisano clásico, pero sí podrían formar parte del proceso de transformación del partisano clásico en un partisano global, industrial, como ya señaló Schmitt, con aspiraciones universales y dependiente de la técnica.

Algunos autores sostienen que aunque el terrorista yihadista pueda compartir ciertos rasgos con el partisano e incluso tener su origen en él, debido especialmente a su carácter fundamentalista religioso y a su actuación indiscriminada contra poblaciones civiles por medio de la instauración del terror, lo que podía ser una diferencia de grado se convierte en una diferencia cualitativa. Mary Luz Sandoval señala que la cuestión clave es la de la legitimidad, que sí posee el partisano pero no el yihadista: “El partisano tiene carácter de ilegalidad, mientras el terrorista, si tal tipo puro existiera, tiene un carácter de ilegalidad e ilegitimidad simultáneamente”.¹⁰⁰¹

Derrida considera que el alto grado de terror y enemistad total presentes en el terrorista no permiten hablar de dinámicas de amistad/enemistad: “El partisano ya no es, aparentemente, un enemigo y él no tiene enemigo en el sentido clásico del término. La hostilidad real va en adelante, hacia el terrorismo y el contra-terrorismo, hasta la exterminación”.¹⁰⁰² Según Habermas el partisano formaría parte de un proyecto político

¹⁰⁰⁰ HOLEINDRE, J-V., “Carl Schmitt penseur des transformations de la guerre”, *op.cit.*, pp.86-87.

¹⁰⁰¹ SANDOVAL ROBAYO, M.L., “Partisanismo o terrorismo en la era técnico-industrial”, *op.cit.*, p.46.

¹⁰⁰² DERRIDA, J., *Politiques de l'amitié*, *op.cit.*, p.163.

concreto y definido, mientras que el terrorista carecería de él,¹⁰⁰³ pero esta posición la mantuvo tras el 11S, antes de la aparición del *Daesh*. Al igual que Habermas, Galli es de la opinión de que el concepto de terrorista contemporáneo no es asimilable al del partisano ya que carece de carácter político, de componente telúrico y, sobre todo, de teología política.

[N]o se puede describir al terrorista en términos de *hostis*, ni de guerrillero, ni siquiera de revolucionario internacional, quizás tampoco de guerrillero tecnológico. La suya es una especie nueva, tanto en el plano subjetivo (no tiene amigos sino solo enemigos, y en los casos extremos es enemigo incluso de sí mismo porque con el suicidio renuncia al propio cuerpo y a la propia vida) como en el plano objetivo (el terrorismo no tiene otra estrategia propia sino el terror, y su hostilidad no prefigura órdenes que no sean imaginarios); y la motivación religiosa que le adjudica a su hostilidad no constituye una teología política (ni siquiera en una acepción no secularizada), es decir, no tiene funciones ordinativas, sino que es más bien una “teología inmediata” y “extrema”.¹⁰⁰⁴

Galli explica cómo Westfalia triunfa gracias a que la religión, aunque deje de ser el motivo central de la política internacional, consigue adaptarse a la Modernidad en forma de teología política. En ese sentido, la religión, con su influencia, es capaz de ordenar la producción de la política, es capaz de seguir creando *nomos*. El terrorista, según él, es incapaz de generar una teología política, no tiene la intención de mantener el orden, sino de extender el caos.

Aquellos elementos de los que carece el yihadista y que en un principio pudieran conducir a afirmar que el yihadista no es un partisano porque sus medios son indiscriminados y excesivamente violentos o porque no reconoce en el adversario a un enemigo, son elementos que pertenecen al partisano que he denominado originario, es decir, a aquellos partisanos más cercanos al principio del fin del *Ius publicum europaeum* que a su fin definitivo. El contexto específico en el que aparece el yihadista es el del siglo XX y XXI, cuando el *Ius publicum europaeum* ha dejado por completo de

¹⁰⁰³ “[L]os guerrilleros combaten en territorio conocido con una finalidad política declarada: tomar el poder. Esto les distingue de estos terroristas, diseminados un poco por todo el mundo y organizados en redes según los principios de los servicios secretos, que expresan desde luego palabras de orden fundamentalista, pero que no obedecen a ningún programa que vaya más allá de la destrucción y la inseguridad”. HABERMAS, J. en DERRIDA, J., HABERMAS, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori*, op.cit., p.58.

¹⁰⁰⁴ GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., p.189. Y continúa más adelante: “[L]as diferencias de poder en el planeta no configuran hoy grandes espacios; el terrorista no es el guerrillero, porque no es ni telúrico, ni espacial, ni defensivo, y su irregularidad absoluta y sistemática, su nihilismo que lo alcanza a él mismo, su excepción sin norma, están fuera del horizonte histórico e intelectual schmittiano [...] la guerra global en cuanto tal no resulta del todo comprensible a partir de las categorías schmittianas: es sutilmente “otra”, posmoderna”. *Ibid.*, pp.195-196.

funcionar. Según Schmitt, una vez que el partisano se contagia de la lucha por ideales o ideologías universalistas, véase el comunismo, y se ve impulsado por el avance arrollador de la técnica, él mismo se universaliza, así como su lucha. En ese alejamiento y abandono de la finitud y de la contención sus relaciones de enemistad se radicalizan y pierden el muro de contención que el propio carácter telúrico y su carácter político clásico les otorgaban.

Solo reconociendo que ha habido una evolución de un partisano originario a un partisano global, que en su día Schmitt identificó con el partisano industrial, se puede aceptar que el terrorista yihadista tiene rasgos partisanos. El yihadista no es identificable con el partisano originario, pero heredaría la lógica de criminalización del enemigo y de la absolutización de la política propia de los partisanos del siglo XX. Sería el resultado del proceso de transformación que ha sufrido la figura del guerrillero desde su aparición en el siglo XIX hasta la actualidad, una de las formas más radicales de esa “enemistad absoluta” que ya profetizó Schmitt. Esto es, el partisano habría sufrido una transformación demoníaca y demonizadora.

En resumen, con esta comparación entre el partisano y el terrorista yihadista he querido destacar, en la línea de la evolución de los conceptos de la política internacional que mueve a esta investigación, varios aspectos significativos. Por un lado, las dudas y las discusiones que plantea calificar al terrorista yihadista de partisano muestran una especie de ruptura en el seno de la propia teoría schmittiana, cuyos conceptos carecen, por razones históricas, de elementos contemporáneos que permitan su adaptación completa a las realidades del siglo XXI. Por otro lado queda claro que lo que está en juego es la pérdida de monopolio del estado sobre el control y la decisión de la guerra y, a su vez, cómo las formas radicales de enemistad, aun siendo no estatales, presentan en su ejercicio bélico un anhelo hacia lo político y hacia lo estatal.

Esta tensión no permite, sin embargo, fundir ambas realidades. El estado como institución mantiene su independencia y su estatus, de modo que sus acciones son estatales y las acciones que no son del estado no pueden ser consideradas como tales. Esto no es una redundancia. Con ello quiero resaltar que la acción terrorista, por muy jerarquizada u organizada que esté, no llega a atravesar el filtro de la institucionalidad política (que al fin y al cabo no deja de ser *res publica* y reconocimiento). Lo cual conlleva a que por mucho que un individuo pueda realizar una acción en nombre del estado (como si un sujeto decidiera por cuenta propia recaudar impuestos), no llegará a ser una acción estatal. La acción terrorista tiene un componente performativo especial,

pues no requiere la adscripción a un estado soberano, ni siquiera a la propia organización (piénsese en la figura del “lobo solitario”), sino que en el acto locutivo de actuar “en nombre de” ya está ejecutando una acción terrorista: “[E]l carácter delictivo de esos actos convierte la “reivindicación”, como suelen llamarla, en una reclamación de autoría, donde el “he sido yo” deja de ser una simple información para tomar fisonomía de acto jurídico con efectos de derecho”.¹⁰⁰⁵

Otro elemento fundamental a tener en cuenta, en línea con las demandas de Benno Teschke acerca de la atención a la particularidad, es el reconocimiento de la diferencia en el seno del terrorismo yihadista: los motivos, los orígenes y las circunstancias de los yihadistas de Irak (véase, el contexto de la posguerra iraquí, en la que un gobierno chií, aliado de los Estados Unidos, ha marginado a las poblaciones suníes) no son los mismos que los de los yihadistas de Siria (que forman parte de algunos de los grupos rebeldes que combaten al régimen de Al Assad), ni muchos menos son comparables a los de los yihadistas de Europa (ciudadanos de barriadas o guetos europeos, excluidos del sistema, por regla general, y con problemas identitarios), pese a que todos ellos formen parte de la misma organización. Solo la vigilancia de estas particularidades y diferencias permitirá un análisis complejo y completo del problema, si no el yihadismo se convertirá en una idea cerrada, monolítica y vacía, sin referentes concretos.

Paralelamente, y sea o no el terrorista la última transformación del partisano, hay que subrayar que la lógica del conflicto en la contemporaneidad no enfrenta a estados entre sí, como ocurría en las guerras modernas, sino a dos entidades de naturalezas diferentes: el estado frente a lo no estatal. Esa es la clave de la dificultad de vencer de manera definitiva las “guerras contra el terrorismo” (si es que esta expresión tiene algún sentido, como ya expliqué al hablar de Derrida), porque no existe un contrincante concreto al que el estado pueda atacar directamente, sino que se trata de conflictos irregulares o asimétricos. El propio Schmitt reconocía que en la Modernidad, el pirata no podía ser combatido por el estado ya que no podía considerarse que una acción entre un ente político (el estado) y un ente no político (el pirata), pudiera considerarse una guerra. Solo cabía la acción de la policía marítima.¹⁰⁰⁶ Quizás la clave para solucionar estos conflictos contemporáneos pase por reconocer que no son “guerras” y de que una mayor actividad policial contra esos grupos terroristas, y las actividades que permiten su

¹⁰⁰⁵ SÁNCHEZ FERLOSIO, R., “Notas sobre el terrorismo/2”,

El País, 09/04/1980 http://elpais.com/diario/1980/04/09/opinion/324079206_850215.html

¹⁰⁰⁶ Cfr., SCHMITT, C., “Der Begriff der Piraterie” en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939*, op.cit., pp.274-277, p.274.

funcionamiento, puede ser más ventajosa que las intervenciones militares, que en ocasiones pueden resultar completamente inútiles y hasta contraproducentes.

CAPÍTULO 11: La apuesta schmittiana: la teoría de los grandes espacios.

11.1. APROXIMACIÓN A LA TEORÍA DE LOS GRANDES ESPACIOS.

Voy a depositar *El Nomos de la Tierra* en la tumba del derecho internacional europeo como si las distinciones que propongo fuesen un ramo de flores.

CARL SCHMITT¹⁰⁰⁷

Mao expresó en el poema *Kunlun* la idea pluralista de un nuevo *Nomos* de la tierra, en los versos siguientes:

Si tuviera mi sitio en el cielo, cogería mi espada/
y te cortaré en tres pedazos.
Uno como regalo para Europa,
otro para América,
pero guardando el otro para China;
y la paz reinaría en el mundo.

CARL SCHMITT¹⁰⁰⁸

El desarrollo de la técnica, la disolución de la distinción interior/exterior y la radicalización de la enemistad son fenómenos que van conjuntamente, como se ha visto en el apartado anterior dedicado al terrorismo contemporáneo. Como se acaba de explicar, la transformación del partisano originario en un guerrillero global y desvinculado de la tierra es un indicio más de que las claves interpretativas de la Modernidad ya no son útiles para descifrar los problemas que se plantean a partir del siglo XX, que ya no puede ser pensado en los términos del *Ius publicum europaeum*. Las guerras mundiales marcaron su final irreversible. La emergencia de un soberano mundial imperial, Estados Unidos, choca de frente con la pluralidad internacional defendida por Schmitt. ¿De qué manera afronta Schmitt todas estas transformaciones?

La peculiar forma que tiene Schmitt de seguir apostando por el pluriverso y el equilibrio entre estados soberanos en este complejo contexto es su teoría de los grandes

¹⁰⁰⁷ Traducción personal. Cita original: “Ich werde den “Nomos der Erde” als einen Blütenzweig meiner Diskriminierung am Grabe des europäischen Völkerrechts niederlegen”. SCHMITT, C., *Glossarium*, op.cit., 5.9.1948, p.149.

¹⁰⁰⁸ SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, op.cit., p.70.

espacios (*Großräume*).¹⁰⁰⁹ Después de haber defendido el papel del estado soberano como *kathéchon*, como la única estructura capaz de contener el conflicto, y de haber entendido el sistema internacional como una comunidad de soberanos, Schmitt reconoce que ese esquema no es válido para la Contemporaneidad. Schmitt es muy consciente de que a cada época histórica le corresponde una ontología política. Su melancolía ante el recuerdo de los tiempos del *Ius publicum europaeum* no le ciega para comprender que esa estructura ya no funciona. Todo lo contrario. Si siente nostalgia es porque atisba la imposibilidad de que vuelva a funcionar un sistema parecido. Vislumbra un mundo ocupado por completo y dividido entre las dos potencias en pugna, Estados Unidos y Rusia, y también por países intermedios. Los proyectos universales, ya sean liberales o comunistas, rompen con todo concepto de guerra o de soberanía limitados y ponen de manifiesto la imposibilidad del *pluriversum* y la incapacidad de una política basada en la acotación y el límite, en definitiva, la desaparición de la conciencia de la finitud.

La teoría de los grandes espacios es la apuesta de Schmitt para recuperar cierto equilibrio internacional a través de la creación de grupos regionales, creados en función de similitudes culturales, cada uno de los cuales buscaría el liderazgo mundial de manera independiente, en contra de cualquier forma de universalismo. Según David Cumin, en el surgimiento teórico de la noción de gran espacio interviene una “cuádruple inspiración”: “la *geopolitik* de Ratzel y de Haushofer, un determinado concepto de “federación”, una determinada interpretación de la doctrina Monroe [y] la percepción de una revolución espacial debido a los cambios técnicos y económicos”.¹⁰¹⁰ Precisamente, respecto a la primera influencia, existe un debate acerca de si Schmitt desarrolla su concepto de *Großraum* en línea con la ideología nazi del espacio vital o *Lebensraum*,¹⁰¹¹ expresión creada por Ratzel¹⁰¹² y desarrollada posteriormente por Haushofer,¹⁰¹³ y que teorizaba la conexión del espacio geográfico-político con

¹⁰⁰⁹ Siempre que aparezca el concepto “*Großraum*” (con sus respectivo plural) lo traduciré por “gran espacio”, tomando como referencia la traducción española de Dora Schilling de SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, *op.cit.*

¹⁰¹⁰ CUMIN, D., “Le “grand espace”: variantes et problèmes géopolitiques d'une idée schmittienne inactuelle” en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, *op.cit.*, pp.37-55, p.38.

¹⁰¹¹ “Quizás Schmitt se encuentra atrapado entre un deseo de presentar una justificación específica de la expansión alemana en el espacio europeo y una reflexión más profunda sobre la categoría política de espacio en un contexto post-westfaliano”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought: Order and Orientation*, *op.cit.*, p.144.

¹⁰¹² Ratzel fue el impulsor del término “geografía política”, que en el contexto intelectual del darwinismo social del siglo XIX derivó en “geopolítica”. Cfr., LACOSTE, Y., *Géopolitique: La longue histoire d'aujourd'hui*, Larousse, París, 2008, p. 19 y siguientes.

¹⁰¹³ “El espacio vital o *Lebensraum* fue la teoría geopolítica adoptada por el nacionalsocialismo en su estrategia imperialista. El creador de esta teoría fue el geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904),

elementos étnicos o de raza,¹⁰¹⁴ o si únicamente se sirvió del elemento espacial del concepto de “Raum” para construir una alternativa a la configuración contemporánea del sistema de estados. En teoría, Schmitt no centra su *Großraum* exclusivamente en la raza, sino que aquello que da homogeneidad a los países que conforman el gran espacio es su situación en un área geográfica determinada que les hace compartir historia y cultura, esto es, civilización, si bien esto pudiera implicar cierta homogeneidad étnica, aunque Schmitt no lo reconozca abiertamente: “Schmitt reconoce que la coherencia y estabilidad del concepto de *Großraum* descansan en una cierta homogeneidad concreta y pre-existente – un ambiente *völkisch* [...] – pero no ofrece un conocimiento teórico del contenido de esa homogeneidad”.¹⁰¹⁵

Habermas, por su parte, subraya abiertamente el enfrentamiento étnico que parece estar implícito en esta teoría: “[E]ste diseño carga a estos grandes espacios de connotaciones que lindan con la idea de un “choque de civilizaciones””.¹⁰¹⁶ Habermas parece no estar desencaminado pues, como cada gran espacio implica el ejercicio de la hegemonía sobre un mismo conjunto civilizatorio, hay que dar por hecho que existe una cierta homogeneidad que sirve de nexo de unión entre las distintas unidades que componen cada gran espacio. Pero Schmitt prefiere centrarse, una vez más, en el pensamiento de que la geografía crearía un determinado derecho. Y el gran espacio sería, en este caso, el *nomos* de una nueva tierra, la forma política específica que demandaría este contexto concreto para ordenar la política mundial. Según Schmitt, siempre ha habido organización de espacios conjuntos, de hecho, la Doctrina Monroe de 1823 es el primer ejemplo de gran espacio para él:

Aquí está el núcleo de la gran y original Doctrina Monroe, un principio genuino de *Großraum*, a saber, la conexión de una nación recién despertada políticamente y un

quien postuló una relación básica entre espacio y población afirmando que la existencia de un Estado quedaba garantizada cuando dispusiera del suficiente espacio para atender a sus necesidades. Sería Karl Haushofer, general y geógrafo alemán, quien aplicaría las nociones de Ratzel a la situación concreta en que se encontraba su país tras la derrota y los recortes territoriales sufridos en el Tratado de Versalles”. GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, op.cit., pp.133-134.

¹⁰¹⁴ Según Lacoste, Alemania es el primer país en crear cátedras dedicadas a la geografía política. Cfr., LACOSTE, Y., *La géopolitique et le géographe. Entretiens avec Pascal Lorot*. Choiseul Editions, París, 2010, p.26. Debido al origen germano del concepto, después de la Segunda Guerra Mundial se prohíbe en Rusia y Francia el uso del término “geopolítica”, muy asociado a la academia alemana. Tanto es así que a día de hoy sigue siendo una expresión peyorativa. En principio, Francia creará una nueva geopolítica menos imperialista. Cfr., LACOSTE, Y., *Géopolitique: La longue histoire d'aujourd'hui*, op.cit., p. 23.

¹⁰¹⁵ HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought: Order and Orientation*, op.cit., p.138.

¹⁰¹⁶ HABERMAS, J., “La constitucionalización del derecho internacional” en HABERMAS, J., *El Occidente escindido*, op.cit., pp.113-187, p.187.

Großraum dirigido por esta idea, un *Großraum* que excluye intervenciones extranjeras.¹⁰¹⁷

Pero, a ojos de Schmitt, las políticas intervencionistas de Wilson y Roosevelt falsificarán esa teoría de carácter aislacionista, olvidarán su conexión espacial ligada a la limitación y la convertirán en una teoría universalista. “Esta reinterpretación está en estrecha conexión con la falsificación de la doctrina en un principio universal-imperialista de expansión”.¹⁰¹⁸

Según la teoría de Carl Schmitt, los grandes espacios no se organizan bajo la forma de la soberanía porque esta ha quedado obsoleta y ha perdido gran parte de los atributos que poseía en la Modernidad. Sin embargo, esos grandes espacios mantienen todavía ciertos rasgos de la entidad soberana, como la inviolabilidad del ente político y la independencia o la capacidad de decisión, con lo cual el *Großraum* se convierte en un cuasi-estado. El principio de no injerencia en los quehaceres de los otros grandes espacios es lo que garantiza la pluralidad del sistema internacional frente a los esquemas imperiales que Schmitt tanto denuesta. Esta concepción pretende haber superado la institución de la soberanía clásica y se manifiesta en contra de cualquier proyecto cosmopolita, ya sea de carácter europeo o mundial; en resumen, contra el “soberanismo”, el “atlantismo” y la “mundialización”.¹⁰¹⁹ Esta cita de Cumin resume las características de la teoría schmittiana de los grandes espacios:

Relacionada con la geografía, y vinculando el derecho a la geografía, la teoría schmittiana del *Großraumordnung* es una aplicación sistemática al derecho internacional del pensamiento jurídico del “orden concreto”, anticipando la idea del *nomos* de la Tierra. Asocia los elementos siguientes: la delimitación de un espacio bajo una hegemonía que reúne a los estados de la misma civilización bajo un régimen similar, y el principio de no injerencia de las potencias extranjeras en este espacio, a la vez dominado, homogéneo y exclusivo. Combinados con el “pueblo” (en sentido étnico), y el “estado” (organización administrativa, jurisdiccional y militar), estos elementos formaban “el Imperio”, nuevo sujeto de un nuevo sistema de derecho de gentes llamado *Großraumordnung*. Este nuevo sistema se oponía tanto al imperialismo marítimo anglosajón, a la Sociedad de Naciones y a los Internacionales, con sus pretensiones universalistas comunes, como a los conceptos de estado y de derecho interestatal, convertidos en obsoletos.¹⁰²⁰

¹⁰¹⁷ SCHMITT, C., “The *Großraum* Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of *Reich* in International Law”, *op.cit.*, p.88.

¹⁰¹⁸ *Ibid.*, p.89.

¹⁰¹⁹ CUMIN, D., “Le “grand espace”: variantes et problèmes géopolitiques d'une idée schmittienne inactuelle”, *op.cit.* p.42.

¹⁰²⁰ *Ibid.*, p.39.

¿Qué especificidad tiene entonces este nuevo tipo de territorialidad internacional, el gran espacio, que no es exactamente soberano y que tampoco es una organización internacional? La particularidad propia del gran espacio es que su forma de gobierno o, dicho de otra manera, su sujeto político, es el imperio, en el sentido de *Reich* al estilo Romano Germánico, no de *imperium*. La traducción española del texto *Der Reichsbegriff im Völkerrecht*, “El concepto de imperio en el derecho internacional”, plantea problemas a este respecto ya que “imperio” pudiera interpretarse en el sentido clásico de actividad política hegemónica o ejercicio imperialista llevado a cabo por una potencia. Sin embargo, el término utilizado en alemán no es *imperium*, sino *Reich*. La siguiente cita de Schmitt aclara las diferencias entre gran espacio e imperio (en el sentido de *Reich*) pues muestran dos aspectos diferentes de un mismo fenómeno: el territorial y el político respectivamente:

Reichen en este sentido son los poderes destacados y orientadores cuyas ideas políticas irradian en algún *Großraum* y que fundamentalmente excluyen las intervenciones de poderes espacialmente extranjeros en este *Großraum*. El *Großraum* no es, por supuesto, idéntico al *Reich* en el sentido en que el *Reich* no es lo mismo que el *Großraum*, protegido de las intervenciones por ese *Reich*. No todo estado o todo pueblo en el *Großraum* es en sí mismo una pieza del *Reich* [...] Pero, para estar seguros, cada *Reich* tiene un *Großraum* en el que irradian sus ideas políticas y que no está destinado a ser confrontado con intervenciones extranjeras.¹⁰²¹

Hay entonces dos conceptos de imperio: el imperio de estilo estadounidense rechazado por Schmitt y el imperio schmittiano entendido como la forma de gobierno de los grandes espacios. Al permitir la existencia de diferentes *Großräume* con sus respectivos *Reichen*, esta teoría implica la adaptación del *pluriversum* moderno a las circunstancias de la contemporaneidad. Por el contrario, el imperialismo estadounidense, según Schmitt, no es plural, no da cabida a varios imperios, sino a una sola hegemonía.¹⁰²² Que bajo la aparente moderación de este pensamiento schmittiano se halle el deseo de que Alemania devenga la nación imperial que gobierne al mundo es

¹⁰²¹ SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law”, *op.cit.*, p.101.

¹⁰²² “*Reich*, *imperium*, e imperio no son lo mismo y no son comparables entre sí si se ven desde dentro. Mientras que “*imperium*” tiene a menudo el significado de una estructura universalista que abarca el mundo y la humanidad [...] nuestro *Deutsches Reich* está determinado fundamentalmente en la base de la nación y es un orden jurídico fundamentalmente no-universalista construido en la fundación del respeto a cada identidad nacional. Mientras que “imperialismo” se ha convertido en un eslogan a menudo usado incorrectamente como una descripción de los métodos económico-capitalistas de colonización y expansión desde finales del siglo XIX, la palabra “*Reich*” permanece libre de este estigma”. *Ibid.*, p.102.

algo que, atendiendo a la biografía de Schmitt, parece evidente, pero lo que resalta en su teoría de los grandes espacios no es eso, sino las ventajas que aporta para la convivencia internacional una noción de imperio que permite la presencia de otros imperios:

En un Derecho internacional nuevo el concepto ordenador es nuestro concepto de Imperio, que toma por punto de partida en el orden del espacio un ámbito nacional muy extenso sustentado por un pueblo. Vemos en él la entraña de una nueva manera de pensar el Derecho internacional que arranca del concepto del pueblo y deja subsistir íntegramente los elementos ordenadores contenidos en el concepto del Estado, a la vez que hace honor a la noción actual del espacio y a la disposición de las fuerzas políticas; que mide con medida “planetaria”, es decir, con la medida espacial de la tierra, sin aniquilar a los pueblos y a los Estados y sin poner proa hacia un derecho mundial de cuño universalista e imperialista como el Derecho internacional imperialista de las democracias occidentales, una vez superado el viejo concepto del Estado.¹⁰²³

Existe una tensión entre equilibrio e imperialismo en la concepción de los grandes espacios que, según cómo se enfoque, puede acercarla más o menos a posiciones totalitarias. En principio, lo que Schmitt pretende lograr con los grandes espacios es una configuración de estados que permita el equilibrio. El objetivo es el mismo que en el sistema westfaliano, pero como la soberanía ha perdido el papel que ostentaba en la Modernidad y los principios de la política han cambiado con el auge del neoliberalismo y de la técnica, ya no es posible pensar en el estado como unidad decisoria única. Es el momento de concebir agrupaciones de mayor extensión y fuerza, en clave de áreas de influencia:

La formación de grandes espacios [...] se sitúa en la fuerte tensión entre el dominio unilateral y la búsqueda de un equilibrio mundial entre las grandes potencias. En la medida en que se alcance esa situación de equilibrio se podrán crear las bases sólidas de una paz estable en el ámbito global. De este modo, parece que Schmitt había planteado el dilema fundamental del orden mundial contemporáneo.¹⁰²⁴

El *Reich* schmittiano queda definido por dos rasgos principalmente: una amplia extensión territorial (o, dicho de otra manera, los propios “grandes espacios”) y el principio de no intervención en los estados.¹⁰²⁵ El aspecto territorial es importante

¹⁰²³ *Ibid.*, pp.100-101.

¹⁰²⁴ MONEREO, J.C., Estudio preliminar a SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p. XLVIII.

¹⁰²⁵ “Al concepto de Imperio que aspirarnos a introducir en la investigación científica del Derecho internacional como una entidad específica dentro de ese Derecho corresponde, en el orden del espacio, un

porque, pese a que el gran espacio es fiel al principio schmittiano de crear política a partir de un espacio con unas particularidades concretas – en este caso, el compartir una cultura o una civilización –,¹⁰²⁶ el tránsito del modelo de la soberanía moderna al gran espacio no es un cambio cuantitativo de un espacio pequeño a uno grande, sino uno cualitativo que determina otro tipo de relaciones y marca una nueva etapa en el Derecho Internacional: “La adición de la palabra “gran” debería y puede cambiar el ámbito conceptual”.¹⁰²⁷ Implica el reconocimiento del abandono del paradigma estatal de la Modernidad, basado en una territorialidad cerrada, no compartida, y la aceptación de la conformación de áreas regionales de poder: “Tan pronto como los *Reichen*, más que los estados, son reconocidos como portadores del desarrollo del Derecho Internacional y de la formación de ley, el territorio estatal deja de ser la única concepción espacial del Derecho Internacional”.¹⁰²⁸ Con todo, se advierte, una vez más, la repetición del tópico schmittiano que liga la finitud espacial, en este caso la del *Großraum*, con la finitud de las ambiciones políticas:

Mientras que la idea espacial implica una perspectiva de delimitación y distribución y así construye un principio jurídico ordenador [*ordnendes Rechtsprinzip*], la demanda universalista de interferencia mundial [*Welt-Einmischungsanspruch*] destruye cualquier delimitación y distinción razonable.¹⁰²⁹

Pese al desprecio que manifiesta Schmitt por el intervencionismo americano y su papel como potencia, el proyecto político que él va a proponer para este contexto no deja de ser imperial. Él insistió en señalar la diferente naturaleza de su propuesta y del proyecto estadounidense: “Al paso que el término “imperialismo” se ha convertido, desde fines del siglo XIX, en pura denominación de métodos económico-capitalistas de colonización y de expansión, usados frecuentemente como mera consigna, el vocablo

ámbito espacial grande. Son Imperios en este sentido aquellas potencias rectoras y propulsoras cuya idea política irradia en un espacio determinado y que excluyen por principio la intervención de otras potencias extrañas al mismo”. SCHMITT, C., “El concepto de imperio en el Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.83.

¹⁰²⁶ “Mientras que la palabra “espacio” contiene, además de todas sus diferentes definiciones específicas, un significado universal, neutral, físico-matemático, el *Großraum* es para nosotros un concepto concreto, histórico-político del presente”. SCHMITT, C., “The *Großraum* Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law”, *op.cit.*, p.77.

¹⁰²⁷ *Ibid.*, p.119.

¹⁰²⁸ *Ibid.*, p.113.

¹⁰²⁹ SCHMITT, C., “*Großraum versus universalism. The international legal struggle over the Monroe Doctrine*” en LEG, S. (ed.), *Spatiality, Sovereignty and Carl Schmitt Geographies of the nomos*, Routledge, Nueva York, 2011, pp.46-54, p.46.

“*Reich*” ha quedado limpio de esta mácula”.¹⁰³⁰ Sin embargo, esto no ha convencido a todos los teóricos. La mayoría de ellos coincide en resaltar el elemento imperial subyacente a la teoría de los grandes espacios, autores como Galli¹⁰³¹ o Hooker insisten en el riesgo de que la teoría de los grandes espacios sea un pensamiento abiertamente imperial. Hooker desconfía del carácter plural de ese sistema conformado por grandes espacios y sospecha que es la forma, adaptada a los nuevos tiempos, que ha encontrado Schmitt de defender el ejercicio hegemónico de las grandes potencias bajo el simulacro del *pluriversum*.¹⁰³²

Sin embargo, otros estudiosos, como Cumin o Pasquier, subrayan que el propósito de Schmitt no fue presentar su teoría de los grandes espacios como un proyecto imperial y que en ese gesto, en esa intención anti-imperial, pese a sus dejes pseudo-imperiales, hay un ejercicio de contención reseñable. Según Cumin, aunque el sujeto político de este contexto sea el imperio, en el fondo, Schmitt pretendía salvar el pluralismo de la univocidad del universalismo.¹⁰³³ Parece claro que lo que se mantiene en Schmitt, tanto al hablar de un contexto westfaliano como post-westfaliano, es su ambigua posición entre el equilibrio y las actitudes imperialistas. El teórico Emmanuel Pasquier tampoco cree que se pueda hablar de imperialismo respecto a la teoría del *Großraum* porque el fundamento de esta forma política no es la expansión territorial sin más, sino una base común – cultural o civilizatoria – que crearía bloques asentados en un *nomos*, no un mero imperio desarraigado.

El “gran espacio” schmittiano, aunque sea una manera edulcorada de hablar de “*Reich*”, no es (en teoría), un “imperio”, es decir, el simple producto de una conquista por un estado, más allá de sus fronteras según un principio de expansión indefinida.¹⁰³⁴

¹⁰³⁰ SCHMITT, C., “El concepto de imperio en el Derecho Internacional”, *op.cit.*, p.85.

¹⁰³¹ “Al imperialismo indirecto del universalismo marítimo, técnico y demócrata liberal (del cual es expresión el formalismo jurídico de la Sociedad de las Naciones, porque es ajeno a toda concreción, y por lo tanto, incapaz de salir de la “situación intermedia”), Schmitt responde con un Imperio directo, con la reterritorialización de la política, que es también una totalización directa, y con la explícita afirmación de las lógicas de la unidad política (de explícita derivación estatal, aunque convertida en forma postestatal como “totalidad”)”. GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.168.

¹⁰³² “Los juristas internacionales estaban preocupados en la década de 1930 por la cuestión acerca de cómo el concepto de Schmitt [de grandes espacios] podía ser distinto de un estado simplemente expandido a nivel territorial y esta línea de crítica sigue siendo relevante para las preocupaciones del presente”. HOOKER, W., *Carl Schmitt's International Thought: Order and Orientation*, *op.cit.*, p.127.

¹⁰³³ *Cfr.*, CUMIN, D., “Le “grand espace”: variantes et problèmes géopolitiques d'une idée schmittienne inactuelle”, *op.cit.*, p.40.

¹⁰³⁴ PASQUIER, E., “Le pirate et la Maison Europe” en GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, *op.cit.*, 77-89, p.86.

Considero que en la teoría schmittiana de los grandes espacios, siendo el objetivo el equilibrio, podría ocurrir lo mismo que he denunciado sobre el contexto westfaliano, a saber, que bajo esa aparente coexistencia, ahora entre grandes espacios en vez de entre soberanías, se esconda el impulso de la hegemonía de cada una de esas áreas sobre las demás. Schmitt considera una falsa alternativa tener que elegir entre un sistema estatocéntrico ya en decadencia y un universalismo de terribles consecuencias. La teoría de los grandes espacios se configura como tercera vía para la política contemporánea.¹⁰³⁵ Así, las regiones políticas podrían adaptarse al contexto global sin perder la identidad que provee la territorialidad. Esto es muy llamativo ya que Schmitt siempre ha planteado la política moderna en términos dicotómicos: o Westfalia o imperio. ¿Por qué ahora abre la posibilidad a una tercera opción que, de todas formas, sigue sin estar basada en principios democráticos?

Lo reseñable en cualquier caso es que en la política schmittiana la tendencia al imperialismo está siempre presente, aunque sea de forma disimulada. Hay que determinar entonces hasta qué punto los grandes espacios portan tanto la semilla del imperio como la del equilibrio. Esta teoría no es equivalente a la del imperialismo norteamericano universalista ni a la de un imperialismo de corte medieval, sino que emerge como un tipo de hegemonía que no se concibe como universal, aunque se vea impulsada por un afán de dominio muy cercano al imperialismo. En este sentido, la visión que el historiador alemán Otto Hinze tenía del imperialismo resulta similar a la noción de *Großraum*: “La lucha por el *status* de gran potencia es la verdadera esencia del movimiento imperialista en el mundo moderno. No es una cuestión, como en tiempos antiguos, de un poder dominando el mundo, sino de la selección de naciones que van a asumir el liderazgo en los asuntos mundiales”.¹⁰³⁶ Se trata entonces de un imperialismo nuevo, cuyo objetivo es la conquista del poder pero no de la mano de un único ente político, sino de una vanguardia de estados líderes, lo cual garantizaría la pluralidad en el contexto internacional.

En resumen, Schmitt no cree ni en esquemas de monopolio del poder, como el modelo imperialista norteamericano, ni tampoco en estructuras dualistas, como el bipolarismo de la Guerra Fría. Si esos proyectos políticos unitarios y binarios acaban y se instaura la teoría de los grandes espacios, el pluralismo estará asegurado, porque solo

¹⁰³⁵ Cfr., SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law”, *op.cit.*, p.109.

¹⁰³⁶ HINTZE, O., “Imperialismus und Weltpolitik” en *Staat und Verfassung*, ed. G. Oestreich, Göttingen, 1962, p.469 *apud* MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism*, *op.cit.*, p.5.

esta puede proporcionar las condiciones de posibilidad para la coexistencia de una multitud de estados o entidades internacionales: “Tan pronto como aparezca una tercera fuerza se abrirá el camino para una pluralidad de fuerzas. Porque las fuerzas nuevas no se detendrán ante el número tres”.¹⁰³⁷

¹⁰³⁷ *Ibid.*, p.23.

11.2. GRANDES ESPACIOS Y SIGLO XXI. REINTERPRETACIONES DE LA TEORÍA SCHMITTIANA.

¿No representa la Unión Europea de ahora en adelante [...] un “evento filosófico” en el sentido que G.W.F. Hegel le había atribuido a la Revolución Francesa, es decir, el desafío de afrontar cambios fundamentales que presentan implicaciones a nivel teórico?

MARIO TELÒ¹⁰³⁸

Esto implica la posibilidad de un equilibrio de fuerzas, un equilibrio de varios grandes espacios que creen entre sí un nuevo derecho de gentes en un nuevo nivel y con dimensiones nuevas, pero, a la vez, dotado de ciertas analogías con el derecho de gentes europeo de los siglos XVIII y XIX, que también se basaba en un equilibrio de potencias, gracias al cual se conservaba su estructura.

CARL SCHMITT¹⁰³⁹

Schmitt nunca hizo mención a la estructura concreta que adquiriría el esquema de los grandes espacios, pues nunca lo planteó de manera sistemática. Parece que, una vez más, Schmitt profetizó la estructura del devenir de los estados ya que, si bien a día de hoy la geopolítica no está estructurada en torno a esos grandes espacios, sí se advierten grandes grupos regionales con sus respectivas áreas de influencia – véase, la Unión Europea, China, Rusia, agrupaciones panafricanas, panasiáticas, Estados Unidos –. Sin embargo, la forma que adquieren no responde exclusivamente a razones civilizatorias sino, más bien, político-económicas, lo que hubiera provocado el rechazo de Schmitt.

Alexander Dugin, uno de los pensadores más influyentes en la esfera política rusa actual, ha hecho una reinterpretación de la teoría schmittiana para justificar la expansión del poder ruso. Este filósofo es impulsor de una teoría a la que denomina “Cuarta Teoría Política” y con ella pretende superar las tres teorías anteriores que, según él, han conformado el pensamiento político a lo largo de la historia: el liberalismo, el comunismo y el fascismo.¹⁰⁴⁰ Es difícil encuadrar a este autor en una determinada corriente teórica, pero la mayoría de estudiosos coincide en considerarle un nacionalista ruso de derechas, heideggeriano y schmittiano. Algunos incluso hablan de él como el inspirador ideológico de Vladimir Putin y su nacionalismo ruso.¹⁰⁴¹ Vista la emergencia

¹⁰³⁸ TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne*, op.cit., p.16.

¹⁰³⁹ SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, op.cit., pp.23-24.

¹⁰⁴⁰ Cfr., Blog dedicado a la expansión del pensamiento de Alexander Dugin, en concreto su teoría de La Cuarta Teoría Política. <https://4tpes.wordpress.com/acerca-de/>

¹⁰⁴¹ Cfr., SHEKHOVSTOV, A., “Putin’s Brain?”, <http://www.eurozine.com/articles/2014-09-12-shekhovstov-en.html>. Cfr., BARBASHIN, A. y THOBURN, H., “Putin’s Brain. Alexander Dugin and the Philosophy Behind Putin’s Invasion of Crimea”, *Foreign Affairs*, Marzo 2014,

de Rusia como potencia, parece pertinente plantearse qué programa ideológico está presente en ese desarrollo. Dugin es defensor del “euroasismo”, es decir, de la creación de un espacio ruso de influencia y hegemonía que abarcaría grandes extensiones de territorio más allá de las fronteras rusas establecidas actualmente y que se posicionaría contra el imperialismo norteamericano y su economía liberal. Dugin es defensor de la multipolaridad y de que Europa recupere el protagonismo que los Estados Unidos le han arrebatado para ejercer una soberanía real.¹⁰⁴²

Una Europa más Grande en el contexto general de un mundo multipolar se concibe como rodeada por otros grandes territorios, que basan sus respectivas unidades en la afinidad de las civilizaciones. Así podemos postular la aparición eventual de una Gran Norteamérica, una Gran Eurasia, una Gran Sudamérica y una Gran África [...] Imaginamos esta Gran Europa como un poder soberano geopolítico.¹⁰⁴³

Su proyecto concreto es la creación de un gran espacio ruso y europeo, que conviviría con otros espacios del mismo tipo y con los que mantendría relaciones de competencia por el poder global. Dugin habla directamente de la necesidad de luchar contra el universalismo y de lidiar con un mundo dominado por la técnica mediante la creación de una política multilateral:

Mi ideario es simple: hay que combatir el imperialismo estadounidense, el mundo unipolar, el universalismo de los valores liberales, del mercado y de la tecnocracia. Como alternativa propongo una organización del mundo multipolar como conjunto de grandes espacios, cada uno con su sistema de valores propio, sin ningún prejuicio. Para realizar este proyecto es necesario crear el proyecto euroasiático común para Europa y Rusia pero con alianzas estratégicas con otras fuerzas y culturas que rechazan el mundialismo estadounidense y la dictadura liberal planetaria. El eurasismo que defiende es el del pluralismo absoluto de valores.¹⁰⁴⁴

Considero que la teoría de Dugin presenta demasiados elementos esotéricos y milenaristas y demasiado poco fundamento filosófico. Sus apelaciones espirituales

<https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-03-31/putins-brain> Para analizar la trayectoria profesional y académica de Dugin el artículo LARUELLE, M., “Aleksandr Dugin: A Russian Version of the European Radical Right?”, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, Kennan Institute Occasional Papers, 294.

¹⁰⁴² *Cfr.* DUGIN, A.,

“Un esbozo geopolítico para un futuro mundo multipolar”, <http://www.4pt.su/es/content/un-esbozo-geopol%C3%ADtico-para-un-futuro-mundo-multipolar>

¹⁰⁴³ *Idem.*

¹⁰⁴⁴ LATSA, A., “Un entretien avec Alexander Douguine”,

http://www.voxnr.com/cc/d_douguine/EkFIFuFluAdsBvkIpX.shtml. Traducción de: “Eurasia: la visión geopolítica de Alexander Dugin”. <http://www.4pt.su/es/content/eurasia-la-vision-geopolitica-de-alexander-dugin>.

carecen de contenido teológico y se convierten en una amalgama de ideas vagas y generales. A su vez, sus ataques contra Estados Unidos y el liberalismo resultan panfletarios. Sin embargo, considero que es interesante mencionar esta teoría, primero, por la enorme influencia que recibe de la teoría de los grandes espacios de Schmitt y, segundo, por el importante papel teórico que Dugin parece tener en el pensamiento político ruso actual.

Otro punto fuerte que articula la teoría de Dugin es la distinción schmittiana entre tierra y mar, identificando a Rusia con la primera y a Estados Unidos con la segunda.¹⁰⁴⁵ El gran espacio ruso, como representante mundial de los intereses continentales y terrestres, establecería alianzas con otros grandes espacios en su lucha contra los espacios marítimos: “Dugin caracteriza la cuádruple alianza Rusia-Alemania-Japón-Irán, que reaccionaría contra las talasocracias (Estados Unidos, Inglaterra en Europa, China en Asia, Turquía en el mundo musulmán), como una “confederación de grandes espacios” ya que cada aliado es en sí un imperio que domina la correspondiente área civilizatoria”.¹⁰⁴⁶ Lo que Dugin parece olvidar es que, incluso para Schmitt, la geopolítica articulada en torno a la distinción tierra/mar dejó de ser funcional una vez que *el Ius publicum europaeum* perdió su vigencia.

Pero existe otro punto en el que Dugin deja de ser schmittiano: en el fondo su concepción es abiertamente imperial.¹⁰⁴⁷ Eliminar la posibilidad del equilibrio global significa no haber comprendido a Schmitt y este parece ser el caso de Dugin. Aunque tanto en su concepción de Westfalia como en su propuesta de los grandes espacios para la contemporaneidad existe un componente de gran potencial imperialista en Schmitt, lo que pretendía con su teoría de los grandes espacios era plantear una alternativa viable que frenara el avance del imperialismo norteamericano, pero no con la creación de otra estructura imperial, sino con una alternativa parecida a la westfaliana (no idéntica porque era imposible) que proporcionara un mínimo de pluralidad internacional. Parece que la teoría de los grandes espacios de Dugin, aunque hable de “multipolaridad”,¹⁰⁴⁸ al hacerlo sin un verdadero fundamento filosófico y únicamente motivado por el rechazo a la política estadounidense y el deseo de que Rusia recupere su gloria pasada, no puede

¹⁰⁴⁵ DUGIN, A., “Principios y estrategia de la guerra que viene”, <http://www.4pt.su/es/content/principios-y-estrategia-de-la-guerra-que-viene>

¹⁰⁴⁶ LARUELLE, M., “Aleksandr Dugin: A Russian Version of the European Radical Right?”, *op.cit.*, p.7.

¹⁰⁴⁷ “El belicismo de Huntington permite a Dugin afirmar la necesidad de mantener la estructura imperial rusa y rechazar cualquier perspectiva de un equilibrio global”. *Ibid.*, p.8.

¹⁰⁴⁸ Cfr. DUGIN, A., “Un esbozo geopolítico para un futuro mundo multipolar”, *op.cit.*

esconder su instinto imperial y en esa falta de disimulo ya se establece una gran separación con Schmitt. Pues, aunque la diferencia entre imperial y pseudo-imperial es mínima, en el “pseudo”, el simulacro ocultador de estructuras imperiales y absolutistas propio de Schmitt, esto es, el hecho de recubrir el enfrentamiento bajo el manto de la pluralidad, conforma una funcionalidad que tiene efectos políticos: una contención de la conflictividad.

En cualquier caso, sea debido a la influencia de Dugin o a otros factores, Rusia ha recobrado en la actualidad el protagonismo internacional que había perdido tras la caída del muro de Berlín. La apelación al nacionalismo, a esa construcción de un espacio civilizatorio enfrentado a otros, la designación de un enemigo, todo ello muy schmittiano, parecen estar funcionando a nivel ideológico para volver a situar a Rusia en una posición más activa y beligerante en la arena internacional. Sería necesario hablar también del papel de la Unión Europea, de China, de Estados Unidos y de países emergentes como India o Brasil. Ahora bien, por cuestiones de espacio y para mantenerme fiel a la perspectiva de Schmitt solo me centraré en aquellos grandes espacios que Schmitt tenía a la vista en su época.

Desconozco qué hubiera dicho Schmitt a propósito de la Unión Europea y si la hubiera considerado o no un gran espacio. Se podría pensar que la cultura europea occidental hace de nexo civilizatorio entre todos los países que componen esta organización, que no deja de ser la heredera de una estructura que en su día fue hegemónica – la del *Ius publicum europaeum* –. Sin embargo, la Unión Europea no cifra hoy en día su potencial en el aspecto militar, sino en el económico y también, al menos en teoría, en la defensa de los derechos humanos, lo que convertiría a esta organización, según los términos de Mario Telò, en una “potencia civil”.¹⁰⁴⁹ Desafortunadamente, este asunto excede los límites de esta tesis y requeriría un análisis jurídico-político exhaustivo. Simplemente quería poner de manifiesto las consecuencias de la teoría schmittiana. Ya he mencionado el caso de Rusia y de la Unión Europea. En los siguientes capítulos hablaré de la importancia que la teoría del *soft power* de Joseph Nye ha adquirido en la política estadounidense y china.

¹⁰⁴⁹ TELÒ, M., *Europe: A Civilian Power?, European Union, Global Governance, World Order*, Palgrave MacMillan, Londres, 2006, *passim*.

CAPÍTULO 12: Aproximación a la teoría del dron. La desaparición definitiva del combate clásico y un nuevo tipo de guerra asimétrica.

En general, los talibanes veían los drones como una manera cobarde de luchar. Decían, ¿por qué los americanos no vienen a combatirnos sobre el terreno? [...] Entiendo cómo debe ser de frustrante para los soldados americanos. Aun así, los talibanes interpretaban el uso de drones como una manera de evitar la lucha cara a cara.

DAVID ROHDE¹⁰⁵⁰

[E]s un “objeto violento no identificado”: desde el momento en que intentemos pensarlo bajo las categorías establecidas, una agitación intensa afecta a nociones tan elementales como las de *zona* o *lugar* (categorías geográficas y ontológicas), de virtud o de valentía (categorías éticas) de guerra o de conflicto (categorías estratégicas y jurídico-políticas a la vez).

GRÉGOIRE CHAMAYOU¹⁰⁵¹

El concepto de guerra clásica del *Ius publicum europaeum*, alabada por Schmitt por su limitación y contención, queda obsoleto con la aparición de un nuevo tipo de guerra a partir del siglo XX. El desarrollo de la aviación en las dos guerras mundiales puso de manifiesto el carácter total que habían adquirido los conflictos bélicos. Schmitt fue más allá y advirtió de que el siguiente escenario de confrontación política sería el de la futura conquista del espacio: “debemos pensar en un *nomos* del cosmos”.¹⁰⁵² Ya en el siglo XX, la lucha que enfrentaba a Rusia con Estados Unidos quedó proyectada en la carrera espacial. Según Schmitt, la potencia vencedora en la contienda terrestre dominaría el espacio y viceversa.¹⁰⁵³ En el siglo XXI, la competitividad internacional, aunque no cobre la forma de una guerra abierta, sigue presente en todo lo relacionado con los proyectos planetarios: “Soberano es quien dispone de las ondas del espacio”.¹⁰⁵⁴ Sin embargo, no hace falta hablar de las luchas cósmicas para señalar la importancia de

¹⁰⁵⁰ ROHDE, D., “My Guards Absolutely Feared Drones. Reflections on Being Held Captive for Seven Months by the Taliban”, en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2015, pp.9-11, p.10.

¹⁰⁵¹ CHAMAYOU, G., *Théorie du drone*, La fabrique Ed., París, 2013, p.26.

¹⁰⁵² SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *op.cit.*, p.23.

¹⁰⁵³ De ahí, dice Schmitt, toda la propaganda realizada en torno a los astronautas y los cohetes, no para impresionar a los posibles habitantes de otros planetas, sino para ganar la admiración de los terrícolas.

¹⁰⁵⁴ SCHMITT, C., *apud* HÜSMERT, E., “Die letzten Jahre von Carl Schmitt” en TOMMISSEN, P. ed. *Schmittiana I*, pp.40-45, p.43 *apud* HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.230.

la aviación en la política internacional, pues las guerras que tienen lugar en la tierra están altamente determinadas por la evolución del elemento aéreo.

Por esta razón, voy a hacer el ejercicio de “mirar en el corazón de los aparatos”,¹⁰⁵⁵ como decía Günther Anders, y a analizar el concepto de “dron”, un nuevo tipo de arma que se desarrolla a finales del siglo XX y comienzos del XXI con el perfeccionamiento de la técnica aérea. Su utilización supondrá un cambio cualitativo para la epistemología del conflicto. El dron desdibuja definitivamente los rasgos del conflicto bélico típico del *Ius publicum europaeum* y contribuye a forjar una nueva noción de guerra muy diferente a la clásica. El impacto de los drones en la guerra ha sido tratado hasta ahora desde la óptica militar o jurídica, pero merece una mayor atención filosófica.¹⁰⁵⁶ Si los drones merecen un análisis a nivel conceptual no es solo porque manifiestan las transformaciones ideológicas que ha experimentado la guerra desde la Modernidad a la Contemporaneidad, sino especialmente porque suponen un indicador de las formas bélicas que se pueden dar en el futuro.

La introducción del elemento aéreo en la guerra ya había destruido el concepto de guerra tradicional del *Ius publicum europaeum*. El desarrollo de drones forma parte de esta constelación bélica que criminaliza al enemigo y que, debido a la reintroducción de la moralización, considera el motivo de batalla como una causa justa. Si considero que el uso de drones va a transformar aún más el concepto de guerra es por la nueva variable que introduce respecto a la guerra aérea: la enorme distancia que se establece entre el piloto y su arma.

Las diferentes formas de concebir el espacio generan distintas necesidades armamentísticas y, por tanto, diferentes tipos de guerra. En este caso, como la distancia entre el dron y el soldado es categórica, gracias a los avances de la tecnología y de la robótica, se produce una ruptura del espacio. Para empezar, la guerra con drones elimina la limitación del territorio donde tiene lugar el conflicto ya que este no se restringe al lugar donde caen las bombas, sino que incluye el espacio dedicado a la guerra en su conjunto, incluido el lugar desde donde actúa el piloto. Además, pone en entredicho el concepto de combatiente o soldado, ya que este no se halla junto a su arma en la batalla.

¹⁰⁵⁵ ANDERS, G., *Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre el piloto de Hiroshima Claude Eatherly y Günther Anders*, Paidós, Barcelona, 2003, p.52.

¹⁰⁵⁶ Por ello, me serviré de autores como Grégoire Chamayou, Hugh Gusterson o Klem Ryan, que han dado a sus enfoques una perspectiva de corte más filosófico-político. Por ejemplo, para Chamayou el arma no es un mero instrumento, sino que determina la estructura de la acción que va a desencadenar y, por esta razón, la filosofía debería construir una “teoría crítica de las armas”. CHAMAYOU, G., *op.cit.*, p.28.

Por último, el piloto de dron, al igual que ocurría con la guerra aérea tradicional, considera que el enemigo al que se enfrenta es un criminal. La desvinculación física y humana que se establece entre el piloto y el objetivo es tan extrema que este es, aún más que en la guerra aérea, un mero blanco al que abatir, sin ninguna consideración hacia su *status* como enemigo político. En resumen, las principales transformaciones que se producen con la guerra de drones son las referentes al campo de batalla, a la distinción combatiente/no combatiente y a la del enemigo, que explicaré a continuación.

En primer lugar, el dron rompe las coordenadas espacio-temporales de la guerra. El espacio queda alterado desde el momento en el que la acción del dron es dirigida a una enorme distancia. La separación entre el lugar de la decisión y el lugar de la ejecución, o dicho con otras palabras, entre el soberano y la guerra ya existía en las guerras clásicas, las decisiones bélicas se tomaban en el estado y las acciones militares se llevaban a cabo en el campo de batalla. Pero lo que se discute aquí no es la distancia entre la decisión y la ejecución de una acción, sino la separación entre el soldado y el arma, el soldado y el enemigo y el soldado y el campo de batalla. El propio Schmitt indica que un cambio fundamental de la guerra naval consistió en la incorporación de cañones a los barcos, pues supuso la primera aparición del ataque a distancia.¹⁰⁵⁷

Al hablar de la Primera Guerra Mundial, donde aún se conservan ciertos rasgos del *Ius publicum europaeum*, Zweig se refiere al “balazo mortal siempre disparado noblemente en medio del corazón”,¹⁰⁵⁸ en relación a esa distancia entre contendientes que todavía se mantiene pese a que la aviación empieza a ser un instrumento de la batalla. Sin embargo, al hablar de los soldados de la Segunda Guerra Mundial, cuando la aviación ya formaba parte de la normalidad de la guerra y el Derecho Internacional Clásico había desaparecido, escribe acerca de los soldados: “los harían añicos y los mutilarían desde lejos sin siquiera haber visto al enemigo cara a cara”.¹⁰⁵⁹ La introducción de la variable “distancia” crea una ecuación cuyo resultado es discriminatorio porque el soldado deja de prestar atención al *cuerpo* concreto del enemigo y pasa a atacar *cuerpos en general*.

¹⁰⁵⁷ Hasta ese momento el enfrentamiento entre galeras “era un simple combate terrestre sobre cubiertas de navíos”. SCHMITT, C., *Tierra y mar, op.cit.*, p.38. O como lo expresó Tierno Galván en un texto sobre la importancia del mar y de la isla como elementos configuradores de lo político: “Pero ¿qué es todo barco sino una plaza sitiada?”, TIERNO GALVÁN, E., “Benito Cereno o el mito de Europa” en *Obras Completas* (Dir. Antonio Rovira), Tomo I, 1945-1955, Pamplona, 2002, pp.333-347, p.337.

¹⁰⁵⁸ ZWEIG, S., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo, op.cit.*, p.289.

¹⁰⁵⁹ *Ibid.*, p.290.

Quien quiere eliminar al oponente según las reglas técnico-militares adecuadas para dar muerte a distancia, no puede menos de abrigar con la ayuda de un cañón de artillería, una *intentio directa* [*intención directa*] que apunta a su cuerpo, del mismo modo que se necesita inmovilizar el objetivo deseado por medio de impactos lo suficientemente certeros. Desde las postrimerías de la Edad Media hasta los albores de la Primera Guerra Mundial se conviene en definir al soldado como alguien que es capaz de encarnar y “albergar” esta intencionalidad. Durante este tiempo la virilidad se codifica al lado de otros rasgos como la capacidad y disposición de dar muerte a un enemigo de un modo causalmente directo: bien con las propias manos, bien con la propia arma. Apuntar a un oponente es, por así decirlo, una suerte de continuación del duelo con medios balísticos.¹⁰⁶⁰

Si se compara la distancia que separa a un soldado medieval de su contrincante con la que separa a un piloto de un caza de su objetivo, la diferencia es considerable y, de hecho, la guerra aérea supone para Schmitt el comienzo de un tipo de guerra discriminadora y destructora. Ahora bien, considero que esta diferencia es de grado. El piloto del avión puede ver el terreno que va a destruir, la explosión y el humo causados por las bombas que lanza. Sin embargo, la novedad que introduce el uso de drones es que la distancia entre el piloto del dron y la batalla es categórica, ese soldado no se halla cerca del lugar donde está aconteciendo la batalla, incluso aunque la cámara del dron le permita ver con mayor “definición” el objetivo a alcanzar.¹⁰⁶¹ La diferencia de distancia no es de grado, es categorial, porque nos adentramos en el ámbito de la representación virtual. No es mi objetivo discutir si la percepción del piloto es más vívida o no desde un simulador o desde la cabina de un avión, sino señalar que las condiciones de la percepción han variado y que la acción a partir de un “simulador” rompe con las coordenadas clásicas de la acción bélica.¹⁰⁶²

¹⁰⁶⁰ SLOTERDIJK, P., *Temblores de aire. En las fuentes del terror*, Pre-textos, Valencia, 2003, pp. 44-45.

¹⁰⁶¹ Medea Benjamin los llama *cubicle warriors*, es decir, ‘guerreros de cabina’. BENJAMIN, M., *Drone Warfare. Killing by Remote Control*, Verso, Nueva York, 2013, p.87.

¹⁰⁶² No voy a centrar la discusión en las consecuencias psicológicas que conlleva el hecho de matar a distancia. Hay estudios que confirman que el impacto es mayor al matar a un objetivo lejano que matar sobre el terreno. Otros concluyen lo contrario. Pero las siguientes declaraciones de un piloto de dron reflejan las alteraciones perceptivas que produce una guerra de drones: “Una de las sensaciones más extrañas que tengo es cuando salgo del GCS [Ground Control Station] y me doy cuenta de que “vale, no estoy allí”. Voy a encontrarme con mi mujer para comer. Dejaré de hacer una misión y me pasaré por el partido de fútbol de mi hijo. Aquellos son dos mundos muy, muy diferentes. Y tú estás dentro y fuera de aquellos mundos diariamente. Tengo que combinar aquellos dos mundos. Todos los días. Varias veces al día. Así que estoy allí y después no estoy allí y después estoy allí otra vez [...] Quizás, incluso, ya no sigamos llamándolos pilotos”. Pilot Nellis Air Force Base, Las Vegas, “It is War at a Very Intimate Level”, entrevista dirigida y editada por ROTHENBERG, D., en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit., pp.113-117, pp.116-117.

Todo esto conduce a la desaparición de la noción de “campo de batalla”.¹⁰⁶³ Si antes por dicho término se entendía el lugar acotado y delimitado donde tenía lugar el conflicto y donde regía el *ius belli*, ahora el campo de batalla es toda la tierra y esto por dos razones: porque el enemigo, considerado como terrorista o criminal, puede hallarse en cualquier lugar del planeta, y porque si se acepta que el piloto del dron forma parte de la guerra, el lugar desde el que interviene, por muy alejado que esté del foco del conflicto, también se incorpora al espacio de la guerra:

De manera convergente, todo un sector de juristas americanos afirma hoy que la noción de “zona de conflicto armado” ya no debe ser interpretada en un sentido estrechamente geográfico. A esta concepción geo-centrada, supuestamente caducada, oponen otra, objetivo-centrada, unida a los cuerpos de los enemigos-presa, según la cual la zona de conflicto armado “va donde ellos vayan, ya sin ninguna consideración por la geografía”.¹⁰⁶⁴

El desarrollo del ámbito de lo virtual provoca alteraciones espaciales. El espacio contemporáneo, a diferencia del moderno, es un espacio que no presenta continuidad ni límites cerrados y que pone en jaque a la territorialidad clásica: “Dios ha muerto quiere decir: el espacio ha muerto, la corporeidad ha muerto”, dice Schmitt.¹⁰⁶⁵ Según Kervégan, espacio no es lo mismo que territorio. Este último estaría ligado al estado soberano desarrollado desde el siglo XVII al XIX.¹⁰⁶⁶ Ahora nos encontramos con espacios sin territorios que, precisamente, por carecer de límites físicos concretos pierden su carácter finito. Partiendo de la premisa ya explicada de que la finitud es la que hace posible la pluralidad, considero que la pérdida de la empiricidad a la que parece conducir el ámbito de lo virtual nos adentra en terrenos infinitos o no limitados

¹⁰⁶³ “Era tan obvio para la mayoría de teóricos y juristas de los siglos XVIII y XIX que la guerra tenía lugar en campos de batalla que eran claramente distinguibles de cualesquiera otros espacios que esto no justificaba una mención explícita. Solo a finales del siglo XIX y a principios del XX, cuando se desarrollaron nuevas tecnologías armamentísticas, especialmente con el desarrollo de la guerra aérea, se convirtió en evidente la necesidad de definir el campo de batalla”. RYAN, K., “What’s wrong with Drones? The Battlefield in International Humanitarian Law” en EVANGELISTA, M. y SHUE, H. (ed.), *The American Way of Bombing. Changing Ethical and Legal Norms, from B-17s to Drones*, Cornell University Press, Nueva York, 2014, pp. 207-223, p.212.

¹⁰⁶⁴ CHAMAYOU, G., *op.cit.*, pp.85-86, expresión de ANDERSON, K., “Self-Defense and Non-International Armed Conflict in Drone Warfare”, *Opinio Juris*, 22/10/2010, <http://opiniojuris.org/2010/10/22/self-defense-and-non-international-armed-conflict-in-drone-warfare>.

¹⁰⁶⁵ SCHMITT, C., *Glossarium* (1991), p.187. *apud* HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt, op.cit.*, p.56. “Con el nuevo concepto de espacio cambian los modos de manifestación del poder. Uno de ellos es lo que Schmitt llama influencia. Donde no hay límite, tampoco se conoce el alcance del propio poder. Al quedar – en la influencia – el espacio indiferenciado, el poder puede aumentar de forma inadvertida e indiscriminada”. HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt, op.cit.*, p.95.

¹⁰⁶⁶ KERVÉGAN, J.F., “Carl Schmitt and “World Unity”, *op.cit.*, p.65.

y, en esa medida, incapaces de albergar la posibilidad de una coexistencia política plural y consciente de su finitud.

Como ya señaló Schmitt, con la desaparición de la distinción entre interior y exterior se diluye también el límite entre la guerra y la paz. En el contexto de globalización actual se intensifica esa homogeneización espacial: en el seno de muchos estados occidentales se producen ataques y atentados sin que exista ninguna guerra declarada y, al mismo tiempo, estados occidentales participan en conflictos en el exterior sin declarar la guerra, ya que esta está prohibida por las organizaciones internacionales. La violencia está presente en cada punto del planeta. Según David Harvey, el ritmo de la economía necesita este espacio difuso y no diferenciado ni acotado para fluctuar a través de todo el globo,¹⁰⁶⁷ sin menoscabo de la continua construcción de barreras, muros y alambradas para retener a los individuos no deseados por el sistema. Klem Ryan habla de la “disociación” y la “desespacialización” que produce la guerra de drones:

El término colectivo que uso para las implicaciones de esta falta de compromiso es “disociación”, que surge, al menos, de tres formas distintas, cada una de ellas exagerada en la medida en que la distancia entre beligerantes aumenta: disociación de los agentes respecto de sus actos violentos, disociación de los objetivos respecto de la fuente de la violencia dirigida contra ellos, y disociación del público respecto de la violencia cometida en su nombre.¹⁰⁶⁸

Gusterson prefiere utilizar el término “respacialización”.¹⁰⁶⁹ Considero más correcto este último término. El fin del paradigma de un único área territorial donde tiene lugar el conflicto – los terceros espacios del *Ius publicum europaeum* – ha dado lugar a la multiplicación de la conflictividad en todo el planeta y a un contexto con múltiples espacios bélicos. Pero eso no significa que el espacio desaparezca o pierda importancia, sino más bien que se desdobra o multiplica.¹⁰⁷⁰

¹⁰⁶⁷ “Se plantea entonces una cuestión crucial: ¿cómo puede responder la lógica territorial de poder, que tiende a permanecer embarazosamente fija en el espacio, a la dinámica espacial abierta de la acumulación incesante de capital?”. HARVEY, D., *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2003, p.43.

¹⁰⁶⁸ RYAN, K., “What’s wrong with Drones? The Battlefield in International Humanitarian Law”, *op.cit.*, p.213.

¹⁰⁶⁹ Cfr., GUSTERSON, H., “Towards an Anthropology of Drones: Remaking Space, Time, and Valor in Combat en EVANGELISTA, M. y SHUE, H. (ed.), *The American Way of Bombing. Changing Ethical and Legal Norms, from B-17s to Drones*, *op.cit.*, pp.191-206, p.197.

¹⁰⁷⁰ Considero que la siguiente cita de Carlo Galli expresa esta misma idea de alteración de las coordenadas espacio-temporales, sin menoscabo de su mantenimiento: “La era global es el hundimiento de los límites espaciales, políticos y económicos [...] y es al tiempo el fin de la linealidades temporales modernas, del tiempo vectorial y del progresivo desarrollarse de la humanidad. No se puede pensar en la

Por un lado, está el espacio en el que el dron mata, por otro, el espacio de trabajo aparentemente pacificado desde el que el piloto del dron dirige el arma o, dicho con otras palabras, el campo de batalla y la oficina. Como ya he señalado, si se acepta que el piloto del dron es un combatiente, habrá que considerar que el simulador y el edificio desde el que maneja el arma también forman parte del campo de batalla, aunque estén a miles de kilómetros del mismo:

[O]tra manera de pensar esta situación es insistir en que si un combatiente actúa desde un lugar, entonces por definición, ese lugar es parte del campo de batalla. Si es así, el manipulador del dron no se ha retirado tanto del campo de batalla ya que ha globalizado el campo de batalla, trayendo el campo de batalla, o fragmentos experienciales de él, dentro de las fronteras nacionales de la patria.¹⁰⁷¹

Esta falta de acotamiento del espacio dedicado a la guerra produce una confusión respecto a qué se considera espacio privado o familiar y qué espacio de trabajo. Como el piloto del dron se encuentra muy alejado del lugar donde el dron actúa, para él, “ir al trabajo” no es ir a la guerra, en el sentido tradicional de ir al campo de batalla, alejarse de sus seres queridos e iniciar un peligroso viaje, sino ir a la oficina en un horario concreto y disfrutar del ámbito familiar una vez acaba la jornada laboral. Estas dos realidades, la privada y la laboral, son muy cercanas a efectos físico-espaciales en el caso del piloto de drones, pero muy distintas desde la perspectiva de la vivencia de la guerra.¹⁰⁷² Esto es una de las consecuencias de la dislocación del espacio que lleva consigo un avión cuyo piloto no está en el avión. La noción de campo de batalla se vuelve entonces dislocada, desdoblada o multiplicada.

La manera de concebir el tiempo también sufre alteraciones en este nuevo tipo de guerra. No se sabe cuándo empieza y cuándo acaba la guerra porque las acciones del dron, al no tener lugar bajo las coordenadas clásicas del conflicto, no son consideradas como momentos de la batalla. Además, el tiempo del dron parece coincidir con el ritmo

era global como en el triunfo de lo universal, ni tampoco como en su transformación lineal en lo uniforme; en realidad, la globalización es el recíproco confundirse, el entrelazarse y el contaminarse (con intensidad variable en las diversas áreas del planeta) de las culturas tradicionales con los impulsos ultramodernos y posmodernos del Occidente en expansión. La era global es de hecho una nueva dimensión magmática de lo real, precisamente la “movilización global”, caracterizada por la presencia conjunto de multiplicidades espaciales y temporales, donde nada ni nadie es ya lo mismo que antes”. GALLI, C., *La humanidad multicultural*, Katz, Buenos Aires, 2010.

¹⁰⁷¹ GUSTERSON, H., “Towards an Anthropology of Drones. Remaking Space, Time and Valor in Combat”, *op.cit.*, p.197.

¹⁰⁷² Como ejemplo de la confusión que produce esta alteración del espacio, el antropólogo Hugh Gusterson narra cómo en sus clases universitarias pregunta a sus alumnos si atacar el centro de drones supondría un acto de guerra o de terrorismo. Ellos responden sin dudar que formaría parte de la guerra. Cuando Gusterson les plantea qué ocurriría en el caso de que el piloto del dron fuera atacado si vuelve conduciendo a su casa, los estudiantes no lo tienen tan claro. *Cfr., Ibid.*, p.199.

de la economía global, tal y como señala Gusterson: “Esto es un poco como la relación contemporánea entre el trabajo, que está atrapado a nivel local por la falta de recursos y por fronteras nacionales, y el capital globalizado, que es libre de moverse a cualquier sitio del mundo con unas pocas tecleas de ordenador”.¹⁰⁷³ El envío de soldados a la guerra se topa con ciertas condiciones geográficas, de envío y transporte de tropas; sin embargo, un tecleo en un simulador en un lugar del planeta tiene efectos bélicos al otro lado del globo sin que el territorio haya supuesto un grave problema de movilidad. Adam Sitze también comparte la tesis de que el ritmo de la guerra responde a la lógica de la economía global, muestra de la pérdida de protagonismo del estado:

La guerra global no es anómala a la globalización económica; es el modo normal en el que se manifiesta la polemicidad misma bajo condiciones de “glocalidad”, una guerra en la que cada punto de la tierra es – en principio, sino de hecho – inmediata y directamente expuesto al flujo global de la violencia sin la intervención mediadora del estado.¹⁰⁷⁴

Junto con la noción de campo de batalla, cambia el concepto de combatiente. El soldado no va a la guerra, no entra en contacto con su enemigo, no toca su arma. Esto pone en cuestión que el piloto de drones sea un verdadero soldado y que el conflicto que se desarrolla sea una verdadera guerra, ya que el enfrentamiento no es recíproco, sino unilateral. Medea Benjamin explica cómo se ha denominado a esta estrategia *Kill-don't-capture doctrine*,¹⁰⁷⁵ “doctrina matar-no-capturar”: los enemigos son directamente eliminados porque no son representantes de una armada enemiga, sino que son terroristas o criminales, y los soldados no exponen sus cuerpos al peligro ni a un posible secuestro y posterior rescate.

La gravedad de este asunto no solo reside en las consecuencias bélicas de un soldado separado de su arma, sino sobre todo en la posibilidad de que en el futuro los soldados no sean humanos. Si el soldado no combate, difícilmente puede demostrar su heroicidad. Autores como Chamayou o Gusterson han señalado esta pérdida de rasgos relacionados con el honor y la valentía, típicos de la guerra tradicional. Según el primero se está produciendo una auténtica “crisis del *ethos* militar”, ya que la guerra de drones pone de manifiesto la falta de necesidad de la ocupación terrestre de los países

¹⁰⁷³ *Ibid.*, p.197.

¹⁰⁷⁴ SITZE, A., “Editor’s Introduction”, *op.cit.*, p.lxi.

¹⁰⁷⁵ BENJAMIN, M., *Drone Warfare. Killing by Remote Control*, *op.cit.*, p.138.

enemigos, esto es, de la labor del ejército de tierra, y pone en cuestión la propia labor de los pilotos tradicionales, a saber, al ejército del aire:¹⁰⁷⁶

El Pentágono estudiaba, en septiembre de 2012, la oportunidad de otorgar las medallas militares a los operadores de dron. El problema residía, por supuesto, en saber por qué aquéllos se las merecían, sabiendo que tales condecoraciones se supone que recompensan la *valentía en el combate*.¹⁰⁷⁷

La única valentía existente en este contexto es el buen manejo del dron, pero esto tiene que ver más con una habilidad técnica que con un carácter verdaderamente guerrero. Tradicionalmente el arma y el soldado eran inseparables, pero en el caso del dron, el soldado no comparte espacio ni con su arma ni con su objetivo: “A la distancia del impacto – distancia del arma a su objetivo – se añade la del telecomando – distancia del operador a su arma”.¹⁰⁷⁸ O, tal y como lo explica Gusterson, “el arma y el guerrero eran más o menos coincidentes en el espacio. Los drones han desarticulado la relación espacial entre el arma y el guerrero”.¹⁰⁷⁹

El arma se ha convertido en el verdadero combatiente porque el soldado de carne y hueso ha desaparecido del campo de batalla. Chamayou se pregunta por la esencia del piloto de drones a propósito de la definición que Hegel da del soldado: “Pues las armas no son otra cosa que la *esencia* de los luchadores mismos, que surge, de manera recíproca, solo para ellos dos”.¹⁰⁸⁰ Según Hegel, todo combatiente queda definido por su arma y esto genera una relación de reciprocidad en virtud de la cual un soldado reconoce a su enemigo porque también él delimita su esencia por el hecho de portar un arma. El arma genera las posibilidades del reconocimiento del *alter ego* enemigo. En este caso se fractura la continuidad arma-soldado, desaparece la *quidditas* del combatiente, no solo porque la falta de reconocimiento del enemigo hace imposible crear una relación de reciprocidad con él, sino porque el nexo con su arma está roto.

¹⁰⁷⁶ Cfr., CHAMAYOU, G., *op.cit.*, p.141. “[E]ste intento de erradicación de cualquier reciprocidad en la exposición a la violencia en la hostilidad reconfigura no solo la conducta material de la violencia armada, técnicamente, tácticamente, psicológicamente, sino también los principios tradicionales de un *ethos* militar fundado oficialmente en la valentía y el espíritu de sacrificio. Según el rasero de las categorías clásicas, el dron aparece como el arma del vago”. *Ibid.*, p.30.

¹⁰⁷⁷ *Ibid.*, p.145.

¹⁰⁷⁸ *Ibid.*, p.23.

¹⁰⁷⁹ GUSTERSON, H., “Towards an Anthropology of Drones. Remaking Space, Time and Valor in Combat”, *op.cit.*, p.196.

¹⁰⁸⁰ CHAMAYOU, G., *Théorie du dron*, *op.cit.*, pp. 269-270 y HEGEL, G.W.F., *Fenomenología del espíritu*, Abada, Madrid, 2010, [209], p.463.

El valor militar para Hegel es el “sacrificio para la individualidad del estado”¹⁰⁸¹ y la “suprema abstracción de la libertad de todas las finalidades, posesiones, placeres y vida particulares”.¹⁰⁸² Las supuestas contradicciones que, según Hegel, definían al soldado se veían superadas en mor de esa apertura a la defensa del estado: el soldado dejaba de ser él mismo pero para conseguir ser lo más libre posible, defendía su identidad más íntima pero en la medida en que estaba volcado a lo otro, que es el estado, batallaba con toda su fuerza contra su enemigo, pero respetando su dignidad:

[L]a *exteriorización* misma, pero como *existencia* de la libertad; la suprema *autonomía* del *ser-para-sí*, cuya existencia está a la vez en lo mecánico de un *orden externo* y del *servicio*; la obediencia total y el renunciamiento a la opinión propia y al razonamiento y, por tanto, ausencia del propio espíritu y la más intensiva y amplia *presencia* instantánea del espíritu y de la decisión; el actuar más hostil y más personal contra individuos, cabe la disposición de ánimo plenamente indiferente, incluso buena, respecto a ellos como individuos.¹⁰⁸³

¿Dónde cabe encontrar estos atributos en el piloto de dron o en el soldado virtual? Todos esos rasgos parecen estar ausentes en la guerra contemporánea en general, y muy especialmente en el caso del piloto de dron, quien por su dislocación espacial no puede desarrollar ni demostrar un sacrificio real (corporal) por su país y que se ve envuelto en otras contradicciones, la de estar y no estar en la guerra al mismo tiempo, la de estar y no estar luchando a la vez.

La noción de enemistad es, una vez más, el termómetro que mide el estado de las relaciones internacionales. Que el enemigo en las guerras contemporáneas es criminalizado es algo que ya señaló con insistencia Carl Schmitt al referirse a la guerra aérea. El adversario del dron no es realmente un combatiente, independientemente de que sea un civil, un guerrillero o un terrorista, porque se ve privado de la posibilidad de combatir. La acción del dron se caracteriza por su unilateralidad: el piloto ataca pero no puede ser atacado. Esta imposibilidad de dar respuesta al ataque marca la imposibilidad de que se dé un verdadero combate y de que lo que se enfrenten sean verdaderos enemigos: “El escudo del dron “MQ 9 Reaper” representa la parca, con un rictus inquietante y gotas de sangre sobre su cuchilla, con el lema: “Que mueran los otros””.¹⁰⁸⁴

¹⁰⁸¹ HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, op.cit., Párrafo 325, p.378.

¹⁰⁸² *Ibid.*, Párrafo 327, p.379.

¹⁰⁸³ *Ibid.*, Párrafo 328, p.380.

¹⁰⁸⁴ CHAMAYOU, G., *Théorie du dron*, op.cit., p.133.

Desde una perspectiva jurídica, hay que señalar que el uso de drones solo está autorizado si hay un conflicto armado declarado, ya que deben estar sujetos a las normas del derecho internacional, si bien pareciera que aún falta mucho por legislar en este novedoso terreno. El problema es que muchas guerras ya no consisten en enfrentamientos entre estados, sino en batallas entre estados y grupos considerados terroristas. Este tipo de conflicto es denominado por el artículo 3 de la Convención de Ginebra de 1949 como NIAC (*Non International Armed Conflict*), Conflicto Armado No Internacional. El NIAC se caracteriza por enfrentar a estados contra grupos no estatales. Según Rothenberg, la diferencia combatiente/no combatiente se mantiene a nivel jurídico, pero como el enemigo no es un estado y normalmente no cumple con la legalidad internacional, los estados tienen más libertad para establecer cuáles son sus objetivos.¹⁰⁸⁵

Por más que el partisano, según la fórmula de Schmitt, permanezca esencialmente telúrico, el contra-partisano contemporáneo debe hacerse estratosférico [...] El dron aparece como la respuesta tardía a este problema: vuelve contra la guerrilla, pero bajo una forma radicalmente absolutizada, su antiguo principio: *privar de enemigo al enemigo*. Un partisano enfrentado a un ejército de drones no dispone ya de ningún objetivo a atacar.¹⁰⁸⁶

Esto tiene como consecuencia que los civiles puedan ser considerados objetivos por su supuesta capacidad de llevar a cabo acciones terroristas en el futuro. Como lo que se persigue es un criminal, más que un enemigo, su aniquilación justifica los medios. Aunque la intromisión del sector privado en la guerra¹⁰⁸⁷ pone de relevancia el progresivo debilitamiento del concepto de guerra tradicional, en la que la soberanía estatal tenía el monopolio único de la guerra y la violencia, el estado todavía no ha perdido todo su protagonismo y capacidad de decisión. Chamayou cuenta que cada semana se reúnen en Washington más de cien personas dedicadas a la seguridad

¹⁰⁸⁵ “Los contextos en los que los drones están actualmente desplegados se comprenden mejor como conflictos no internacionales más que como internacionales. En conflictos armados no internacionales el principio de distinción [entre combatiente y civil] permanece, en efecto, pero su aplicación es más compleja legalmente, las fuerzas no estatales no pueden ser partes de tratados internacionales y no están obligadas por la provisión específica de las regulaciones, haciendo menos claros los mecanismos y procesos de determinación de objetivos”. ROTHENBERG, D., “Drones and the Emergence of Data-Driven Warfare” en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit., pp.441-464, p.447.

¹⁰⁸⁶ CHAMAYOU, G., *Théorie du dron*, op.cit., p.93.

¹⁰⁸⁷ La intervención de empresas de seguridad privada en la guerra ha sido significativa a partir de la ocupación de Irak del 2003.

nacional y proceden a la elaboración de una “kill list” con los objetivos a matar. Lo denominan “el martes del terror”.¹⁰⁸⁸

Chamayou señala, en línea con el proceso de criminalización del enemigo propio de la guerra contemporánea, que la guerra de drones se asemeja a la persecución de una presa, es decir, a un ejercicio de caza muy alejado del concepto de guerra tradicional. Pues si la persona perseguida es concebida como presa, pierde su carácter de enemigo.¹⁰⁸⁹ De hecho, los drones son conocidos como “predators” o “reapers”, es decir, depredadores o segadores.

Hay que tener en cuenta que los drones no solo matan, sino que también se dedican a labores de observación y vigilancia. Como dice Chamayou, no solo tienen ojos, también oídos.¹⁰⁹⁰ Este control de la vida del objetivo, muy ligado a la gubernamentalidad foucaultiana, se realiza en base al análisis de las regularidades e irregularidades de la cotidianeidad del sujeto. Cuando algo se sale de la norma de la cotidianeidad empiezan las sospechas y aumentan las posibilidades de proceder a la eliminación del individuo. Esto incide en la idea del objetivo como presa, desprovisto ya de su consideración como enemigo. La observación, persecución y captura no son labores típicamente bélicas, sino un trabajo policial de búsqueda de terroristas. Los ejércitos tradicionales se observan, es cierto, pero no se persiguen o capturan, sino que luchan entre sí.¹⁰⁹¹

La unilateralidad de la acción del dron es patente incluso a nivel perceptivo: ellos ven a sus víctimas, pero las víctimas no les ven a ellos. Esto implica, una vez más, el no reconocimiento del enemigo. Por un lado, este se ve privado de la capacidad de defenderse, por otro, también se ve privado de la posibilidad de postular un ser humano que le ataca.¹⁰⁹² La víctima de un ataque aéreo tradicional, aunque no vea al piloto,

¹⁰⁸⁸ CHAMAYOU, G., *Théorie du dron*, op.cit., p.69.

¹⁰⁸⁹ “Si la guerra se define en última instancia por el combate, la caza lo es esencialmente por la persecución”. *Ibid.*, p.79.

¹⁰⁹⁰ *Ibid.*, p.63.

¹⁰⁹¹ “El análisis de las formas de vida se define más precisamente como “la fusión del análisis de los lugares y del análisis geoespacial”. Para tener una idea de que se trata, hay que imaginarse la sobreimpresión, sobre un mismo mapa numérico, de Facebook, de Google Maps y de un calendario de Outlook. Fusión de coordenadas sociales, espaciales y temporales; cartografía conjunta del *socius*, del *locus* y del *tempus* – es decir, de las tres dimensiones que constituyen, en sus regularidades pero también en sus discordancias, lo que es prácticamente una vida humana”. *Ibid.*, p.72. La definición de las formas de vida es de MASON, T., FOSS, S. y LAM, V., “Using ArcGIS for Intelligence Analysis”, Esri International User Conference, 2012, <http://proceedings.esri.com/library/userconf/feduc11/papers/tech/feduc-using-arcgis-for-intelligence-analysis.pdf>

¹⁰⁹² Esta omnipotencia del dron que se advierte en su capacidad de ver, oír, atacar y matar sin ser vulnerado muestra un aspecto teológico que según Noys, pese a su carácter parargonal – en línea con la

presupone su existencia, y eso supone un acicate psicológico, puede gritarle o increparle aunque no sea oído, pero ante un dron el mero hecho de alzar la voz pierde su sentido:

El hecho de que el asesino y su víctima no estén inscritos en los “campos perceptivos recíprocos” facilita la administración de la violencia [...] lo que Milgram llama la ruptura de “la unidad fenomenológica del acto”. Pulso este botón y una silueta desaparece en una explosión allá.¹⁰⁹³

Este aspecto también ha generado un debate moral, que únicamente mencionaré. Se ha generalizado la idea de que la distancia que separa al piloto de dron de su víctima hace más fácil la tarea de matar: “Cuanto mayor es la distancia física y emocional del enemigo, más fácil es matarlo. Los soldados de cerca o involucrados en combates mano a mano exhiben una resistencia mucho más grande a matar, pero de lejos, la resistencia a matar es mucho más baja”.¹⁰⁹⁴ Ahora bien, en contra de esta opinión, la escritora y activista Medea Benjamin sugiere una visión alternativa al resaltar que, precisamente por la labor de observación y espionaje que realizan los pilotos de drones a través de las pantallas que reciben las imágenes que graba el dron, aquéllos llegarían a establecer una relación mucho más estrecha y personal con sus víctimas que, por ejemplo, los pilotos de aviones convencionales, ya que estos se marcharían tras realizar un ataque y no tendrían experiencia de sus víctimas: “A pesar de que los pilotos que dejaron caer las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki mataron a cientos de miles de civiles, no vieron los efectos de primera mano. En cambio, aquellos que pilotan *Predator* y *Reaper* ven casi todo cuando lanzan un misil”.¹⁰⁹⁵

El nombre técnico del dron dedicado a labores bélicas es “UCAV” (*Unmanned Combat Air Vehicle*), Vehículo Aéreo de Combate No Tripulado. “Unmanned” se traduce en jerga militar como “no tripulado”, pero atendiendo a la semántica del vocablo, se podría interpretar que lo que designa es un objeto cuya esencia consiste en no ser humana, en no ser hombre o, como señala Chamayou, en no tener carne. El objetivo, sin embargo, sí tiene carne. De lo que carece es del derecho a ser enemigo y, por tanto, a ser tratado como prisionero de guerra, con todo lo que eso implica. Existe una ausencia de derechos por parte del objetivo y una falta de responsabilidad por parte

teoría de Derrida – es constituyente del dron. NOYS, B. “Drone Metaphysics”, *Culture Machine*, vol.16, 2015, pp.2-3.

¹⁰⁹³ *Ibid.*, pp.167-168. Chamayou se refiere a MILGRAM, S., *Obedience to Authority: An Experimental View*, Harper & Row, Nueva York, 1974, p.39.

¹⁰⁹⁴ SINGER, P. W., *Wired for War. The Robotics Revolution and Conflict in the 21st Century*, Penguin Books, Londres, 2010, p.395.

¹⁰⁹⁵ BENJAMIN, M., *Drone Warfare. Killing by Remote Control*, *op.cit.*, pp.89-90.

del lado atacante, pues no hay sujeto al que imputar la responsabilidad.¹⁰⁹⁶ El desarrollo de la técnica ha producido que las causas estén muy alejados de sus efectos. Como señala Schmitt, esto es consecuencia de una división del trabajo que convierte la cadena de las causas en una sucesión infinita a través de la cual se va diluyendo poco a poco la responsabilidad:

El brazo humano que sostiene la bomba atómica, el cerebro humano que enerva los músculos de este brazo humano, no son, en el momento decisivo, un miembro del ser humano individual, sino una prótesis, una parte de la estructura técnica y social que produce la bomba atómica y la aplica. El poder del poderoso individual no es aquí más que el exudado de una situación que resulta de un sistema de una incalculablemente excesiva división del trabajo.¹⁰⁹⁷

Como el ámbito de justificación del uso de drones es la lucha contra el terrorismo, la teoría de la guerra justa tiene un alto grado de justificación entre la opinión pública,¹⁰⁹⁸ que puede llegar a entender que cuando el dron alcanza su objetivo no está llevando a cabo una campaña bélica, sino el asesinato de un criminal.

Cabe preguntarse, si pese a todos estos inconvenientes, el dron *sirve* para poner fin a los conflictos. No parece ser el caso. Su uso no ha disminuido la acción de los grupos terroristas ni ha mitigado los efectos de la guerra. No crean soluciones a largo plazo porque la instauración de gobiernos de transición o de estructuras políticas capaces de contener los conflictos requiere de la *presencia* política de las comunidades locales y de vínculos políticos entre ellas y, de momento, los drones solo constituyen una presencia técnica.¹⁰⁹⁹ El ataque de drones, por sí solo, como única estrategia de

¹⁰⁹⁶ Esto es más importante de lo que parece pues no existen las compensaciones ante errores que causan la muerte de civiles: “Uno de los mayores problemas con los drones en Waziristán del Norte cuando son asesinadas personas inocentes. Cuando esto ocurre, sus familias no obtienen ninguna compensación de nadie. Al menos, con otros tipos de ataques que matan civiles las familias reciben alguna compensación del gobierno”. KHAN, A., “No One Feels Safe”, entrevista dirigida y editada por ZUBAIR SHAH, P. en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit., pp.345-347, p.346.

¹⁰⁹⁷ SCHMITT, C., “Coloquio sobre el poder y sobre el acceso al poderoso”, *Revista de Estudios Políticos*, op.cit., p.17. Carlo Galli considera que las causas eficientes habrían dejado de existir ya que las causalidades se encontrarían entremezcladas en un contexto en el que el espacio y el tiempo están rotos. Tampoco habría causas finales porque, incluso aceptando que las motivaciones políticas se mantienen, estas quedarían diluidas en la porosidad y mezcolanza de los múltiples actores y factores que entran en juego. Cfr., GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, op.cit., pp.189-190.

¹⁰⁹⁸ “En otras palabras, incluso si los drones son inconsistentes con los conceptos subyacentes al Derecho Humanitario Internacional y causan un profundo resentimiento y hostilidad de las poblaciones contras las que son desplegados, en tanto que sus objetivos son declarados “injustos”, los recelos acerca de desplegar drones son fácilmente mitigados”. RYAN, K., “What’s wrong with Drones? The Battlefield in International Humanitarian Law”, op.cit., p.223.

¹⁰⁹⁹ En estados desestructurados, la construcción de un tejido social que haga concebible una mínima posibilidad de paz, pasa por vincular a los habitantes de esas zonas entre sí, con la ayuda de los líderes

guerra, carece de proyecto político, destruye tejidos sociales y genera odio entre las poblaciones civiles, propiciando la aparición de caldos de cultivo de radicalización.

Ya señalaba Carl Schmitt que la técnica es abrazada en nuestra época porque parece lo más neutral. Como cualquiera puede utilizarla se identifica con la despolitización, y como se considera erróneamente que la despolitización es sinónimo de paz, se concluye que la técnica es pacífica.¹¹⁰⁰ Sin embargo, Schmitt señala que la técnica no es neutral, precisamente, porque cualquiera puede hacer uso de ella: “sabemos que hoy día la guerra más aterradora solo se realiza en nombre de la paz, la opresión más terrible solo en nombre de la libertad, y la inhumanidad más atroz solo en nombre de la humanidad”.¹¹⁰¹

A día de hoy, el uso de drones es una de las muchas herramientas que se utiliza en la guerra. La preocupación no deriva de este estado actual, sino de la potencialidad de este tipo de armas, esto es, de las posibilidades que ofrece el desarrollo de la robótica y del nuevo concepto de guerra que se genere.¹¹⁰² Ya se están desarrollando y utilizando nanorobots con forma de pequeños insectos para poder penetrar en lugares recónditos. Según Benjamin, en declaraciones al Wall Street Journal, un alto dirigente de una empresa de defensa israelí afirmó que esperan que para el 2025 un tercio del equipamiento militar sea robótico.¹¹⁰³

General Atomics ya tiene un modelo, el *Gray Eagle*, que actualmente está desplegado en Irak. “Piensa por sí solo”, dijo con entusiasmo el ejecutivo de General Atomics James Bouchard en un comunicado de prensa de la empresa titulado “*Armed and Dangerous – The Gray Eagle goes Lethal*”.¹¹⁰⁴

No es incoherente que en un futuro no muy lejano que la guerra sea llevada a cabo por máquinas, esto es, que la guerra se realice *únicamente* con drones o armas parecidas, lo cual cambiaría por completo la noción de guerra. Un robot no es un combatiente, ni regular ni irregular, razón por la cual no existe la responsabilidad por sus actos. Esta recaerá sobre aquél que decida cómo y contra qué debe actuar el dron o

tribales, a través del contacto entre las diferentes comunidades. Solo así se pueden sentar las bases de una construcción política.

¹¹⁰⁰ Además, según Schmitt, se da por hecho, erróneamente, que despolitización es paz, cuando precisamente lo político permite la acotación de la guerra, única posibilidad real de la paz.

¹¹⁰¹ SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, op.cit., p.127.

¹¹⁰² Sobre la siguiente generación de pilotos un coronel de las fuerzas armadas estadounidenses afirma: “Les daremos unas cuantas vueltas en avión para que sepan lo que se siente, pero no sabrán realmente cómo volar”. SINGER, P. W., *Wired for War. The Robotics Revolution and Conflict in the 21st Century*, op.cit., p.364.

¹¹⁰³ BENJAMIN, M., *Drone Warfare. Killing by Remote Control*, op.cit., p.49.

¹¹⁰⁴ *Ibid.*, p.41.

el robot. En este caso todavía se mantiene cierto rasgo clásico de la guerra: el de la capacidad de decisión de los hombres a la hora de luchar. Ahora bien, el dron muestra que incluso esa última nota del conflicto tradicional que aún se mantiene se pondrá en cuestión en poco tiempo. Si se acepta que es plausible imaginar un futuro en el que la propia tecnología se haga con las variables de la decisión, la situación se torna más compleja. Aceptar el fin de la decisión es aceptar el fin de la soberanía y esto acarrea consecuencias graves para el derecho internacional. La dificultad de legislar en una guerra sin soldados, en la que no está presente la materialidad del estado, se perfila como uno de los grandes retos internacionales del futuro.

En el curso de la era técnica, la relación clásica entre imaginación y acción se ha invertido: si nuestros antepasados consideraron obvio que la imaginación era una facultad “desbordante”, es decir, una facultad que sobrepasaba y superaba la realidad, hoy las posibilidades de nuestra imaginación (así como de nuestra capacidad de sentir y de responsabilizarnos de nuestros actos) están por debajo de las posibilidades de nuestra acción; así pues, actualmente la imaginación es incapaz de hacer frente a los efectos de nuestra acción. No solo nuestra razón tiene sus “límites” (kantianos), no solo ella es finita, también lo es nuestra imaginación; y en primer lugar nuestra capacidad de sentir.¹¹⁰⁵

Habría que preguntarse qué opinaría Schmitt de la guerra de drones. En sus últimos textos, especialmente en *El nomos de la tierra* y en *Teoría del partisano*, Schmitt anticipa un futuro en el que la técnica hará que la guerra sea más cruel. Ya he explicado que la guerra aérea puso las bases para un avance técnico que, en realidad, supuso un retroceso pues criminalizó al enemigo, reintrodujo la causa justa en el marco de la guerra y convirtió el conflicto en ilimitado. El dron exagera estos rasgos, con la novedad de la ruptura del espacio y de la separación entre el soldado y su arma. Insisto en subrayar, una vez más, cómo la concepción del espacio determina tanto el tipo de guerra como el tipo de enemigo. En este sentido, la distancia entre el piloto y su arma provoca, no ya que no haya un duelo clásico, sino que ni siquiera exista el combate.

¹¹⁰⁵ ANDERS, G., *Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre el piloto de Hiroshima Claude Eatherly y Günther Anders*, op.cit., p.44.

CAPÍTULO 13: Transformación de la soberanía: *soft power* y multilateralismo. Nuevas formas de ejercer la decisión.

13.1. INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE SOFT POWER DE JOSEPH NYE.

Los humanos no solo se guían por la espada, también por la palabra.

JOSEPH NYE¹¹⁰⁶

Es cierto que los imperios se han construido a menudo con la ayuda de las armas, pero las armas no bastan para mantener el orden, como nos lo recuerda un viejo dicho que se remonta a los tiempos napoleónicos: “Puedes hacer lo que quieras con una bayoneta, salvo sentarte en ella”.

ERIC HOBSBAWM¹¹⁰⁷

En el marco de esta cuarta sección, concebida como un espacio donde plantear nuevas perspectivas – incluidas las schmittianas – ante el panorama político global, considero interesante dedicarle unas páginas a la teoría del *soft power*. Esta línea de pensamiento escenifica bien las formas que el ejercicio soberano, si bien en declive o coexistiendo con otros poderes, utiliza para mantener su capacidad de decisión. Dado que el estado ha perdido el monopolio de ese poder decisorio, tiene que encontrar maneras diferentes a aquellas basadas en el uso de la fuerza y de la autoridad, o, al menos, conjugarlas con estas. Las bases de esta corriente fueron establecidas en 1990 por el académico estadounidense Joseph Nye, antiguo decano de la Harvard's Kennedy School of Government y asistente de defensa del gobierno de Estados Unidos para asuntos de seguridad internacional. El *soft power* se plantea como una manera suave y amable de hacer política y de invitar al resto de estados a mantener la coexistencia pacífica, y es una estrategia ampliamente desarrollada por Estados Unidos y China.

Nye considera que es necesario formular una teoría política contraria a la concepción excesivamente belicista que había caracterizado la política estadounidense en las últimas décadas. No obstante, la crítica que Nye dirige al realismo político no equivale a una apuesta por la posibilidad de un mundo pacificado, sino que mantiene

¹¹⁰⁶ NYE, J., “America's soft learning curve”, The Economist, 30/11/2003, <http://www.economist.com/node/2188803>

¹¹⁰⁷ HOBSBAWM, E., “Guerra y paz en el siglo XX” en HOBSBAWM, E., *Guerra y paz en el siglo XX*, Público, Madrid, 2009, p.59.

una posición intermedia: Nye cree que el conflicto se puede evitar, pero no que se pueda instaurar una paz global.

Para entender la teoría del *soft power* es necesario mencionar que Nye entiende por “poder” la capacidad de un estado para lograr que los demás actúen según sus directrices. Hay varias maneras de lograr esto: una es imponer la obligación y la coerción (*hard power* o poder duro) y otra es convencer al otro de la necesidad de llevar a cabo dicha acción (*soft power* o poder blando). El *hard power* ha sido la manera típicamente soberana de encarar los problemas internacionales, esto es, desplegando todo el poder de decisión de un estado a través de sus medios económicos y militares con el fin de proteger la soberanía estatal de cualquier afrenta: ya sea ocupando un país enemigo, imponiéndole un embargo, restricciones económicas, prohibiciones comerciales o armamentísticas, etc. En contraste con esta forma que tienen los estados de hacer política, basada en su superioridad material y económica, Nye defiende que existe otra forma de liderazgo internacional: la seducción y el poder de atracción que un estado puede ejercer sobre otros. Para ello es necesario poner en juego todo el vocabulario y la semántica de la negociación, la cooperación, la estrategia y la persuasión. El actor político que pretenda ejercer su poder deberá mostrar una actitud y unas políticas susceptibles de ser deseadas, imitadas y adoptadas por terceros.¹¹⁰⁸

El *soft power* descansa en la habilidad de persuadir más que en la coerción. Significa que otros quieren lo que tú quieres, y hay menos necesidad de usar zanahorias y palos. El *hard power*, la habilidad de obligar, surge del poderío militar y económico de un país. El *soft power* resulta del atractivo de la cultura de un país, de sus ideales políticos y de sus políticas. Cuando las políticas americanas aparecen como legítimas a los ojos de otros, su *soft power* aumenta. El *hard power* sigue siendo crucial en un mundo en el que los estados intentan mantener su independencia y los grupos no estatales quieren usar la violencia. Pero el *soft power* será cada vez más importante para prevenir que los terroristas recluten seguidores entre la mayoría moderada y para lidiar con asuntos transnacionales que requieren una cooperación multilateral para su solución.¹¹⁰⁹

Esta atracción puede llevarse a cabo a través de tres caminos: por vías que enfaticen determinados valores políticos como la defensa de los derechos humanos y las

¹¹⁰⁸ “Hace más de cuatro siglos, Nicolás Maquiavelo aconsejó a los príncipes en Italia que era más importante ser temido que ser amado. Pero en el mundo de hoy, es mejor ser ambas cosas”, NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, Public Affairs, Nueva York, 2004, p.1.

¹¹⁰⁹ NYE, J., “America's soft learning curve”, *The Economist*, 30/11/2003, <http://www.economist.com/node/2188803>

libertades;¹¹¹⁰ con una política internacional que refuerce la cooperación entre los estados (a través de encuentros bilaterales y multilaterales, la organización de cumbres y encuentros internacionales, la creación de instituciones transnacionales, etc.); y por medio de los canales culturales y comunicativos que ofrecen las nuevas tecnologías, como el fomento de la educación, el estudio de las lenguas o el consumo de cine y literatura.

Piensen en el impacto de las *Cuatro Libertades* de Franklin Delano Roosevelt en Europa a finales de la Segunda Guerra Mundial; en gente joven tras el Telón de Acero escuchando música americana y noticias en la Radio Europa Libre; en los estudiantes chinos simbolizando sus protestas en la plaza de Tiananmén con una réplica de la Estatua de la Libertad; en los recientemente liberados afganos pidiendo en 2001 una copia de la Carta de Derechos; en los jóvenes iraníes de hoy viendo subrepticamente vídeos americanos prohibidos y programas de la televisión por satélite en la intimidad de sus casas. Todos estos son ejemplos de *soft power*. Cuando puedes conseguir que otros admiren tus ideales y que quieran lo que tú quieres, no tienes que gastar mucho en palos y zanahorias para moverlos en tu dirección. La seducción es siempre más efectiva que la coerción, y muchos valores, como la democracia, los derechos humanos y las oportunidades individuales, son profundamente seductores.¹¹¹¹

La estrategia del *soft power* consiste en atribuir legitimidad a una determinada política para que gane adeptos sin necesidad de ejercer la violencia. Más que una manera de hacer política, el *soft power* es un instrumento para hacer política. A diferencia del *hard power*, puede ser utilizado por cualquier actor político, incluso por actores no estatales: “el *soft power* no pertenece al gobierno en el mismo grado que lo hace el *hard power*”.¹¹¹² Es más, los grupos terroristas también pueden servirse de él: “El terrorismo depende significativamente del *soft power* para su victoria definitiva. Depende de su habilidad para atraer el apoyo de la multitud al menos tanto como de su habilidad para destruir la voluntad de luchar del enemigo”.¹¹¹³ Pero, al mismo tiempo, el *soft power* puede ser un arma fundamental en la lucha contra el terror: “Los Estados Unidos solo ganarán si ganan los musulmanes moderados, y la habilidad de Estados Unidos de atraer a los moderados es crucial para la victoria”.¹¹¹⁴

¹¹¹⁰ A nivel económico, el plan Marshall es uno de los ejemplos más claros de *soft power*.

¹¹¹¹ NYE, J., Prefacio y capítulo 5 “El Poder blando y la Política exterior americana”, en *Soft Power*, Public Affairs, New Hampshire, 2004, ps. IX-XIII y 127-147, Relaciones Internacionales, núm. 14, junio de 2010 GERI – UAM, pp.118-119.

¹¹¹² NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, op.cit., p.14.

¹¹¹³ *Ibid.*, p.22.

¹¹¹⁴ NYE, J., “The Velvet Hegemon How soft power can help defeat terrorism”, *Foreign Policy*, May-Jun 2003, pp.74-75, p.75.

Aunque pueda ser utilizado por cualquiera, Nye centra su análisis en cómo el uso del *soft power* puede beneficiar a la política estadounidense. Ya he mencionado que la cooperación política y económica es una de las herramientas del *soft power*. Pero me gustaría centrarme en el papel que esta teoría otorga a la cultura. A este respecto, aunque todos los países desarrollen políticas de este tipo, el verdadero competidor de Estados Unidos es Europa, según Nye, en concreto Francia, porque su poder simbólico es enorme. Nye parte de la premisa de que el rechazo a la política americana no significa el rechazo a los valores culturales americanos y la cultura, especialmente la música y el cine, tiene mucho que hacer en este sentido.¹¹¹⁵

Durante la Guerra Fría Estados Unidos se presentó al mundo a través de la música y el cine de Hollywood. Según Nye, esto mostraba a los rusos que los americanos no eran unos monstruos. En el otro bando, la Unión Soviética también desarrolló su *soft power* con la promoción de las ciencias y artes como la danza (véase la importancia de la compañía Bolshoi) y de los deportes olímpicos.¹¹¹⁶ A pesar de ello, Nye considera que estas campañas no tuvieron un gran impacto y que no lograron que el público concibiera a la URSS como una potencia cultural digna de ser imitada. Sin embargo, posteriormente la estrategia de la política *Glasnost* de Gorbachov sí fue realmente exitosa desde este punto de vista.

Con la introducción del satélite, la televisión por cable e internet, en definitiva, del ámbito de lo virtual, el panorama del *soft power* encontró nuevos espacios donde desarrollarse. En concreto, el ejercicio de poder a través de las redes da lugar a un nuevo concepto: el ciberpoder o *ciberpower*. Aplicando la noción de poder de Nye, se puede definir el ciberpoder como la capacidad de un sujeto político de obtener respuestas de terceros a través de la acción en la red. La entrada a este campo virtual se produce a un coste muy bajo, lo que permite el acceso de diversos actores que no tienen por qué ser estatales. Según Nye, el declive del estado soberano se ve enfatizado por el desarrollo de este ciberpoder.¹¹¹⁷ Aun así, considera que el estado no ha perdido “todavía” de

¹¹¹⁵ Por ejemplo, el hecho de que las élites de los gobiernos de otros países decidan estudiar en Estados Unidos es una clara muestra de cómo funciona el *soft power*.

¹¹¹⁶ La URSS centraba su gloria en agrupaciones colectivas, no en estrellas individuales. Cfr., NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, op.cit, p.74.

¹¹¹⁷ “Algunos observadores dan la bienvenida a esta tendencia marcando el declive del estado soberano que ha sido la institución dominante a nivel global desde la Paz de Westfalia en 1648. Ellos predicen que la revolución de la información arrasará las jerarquías burocráticas y las reemplazará con organizaciones en red. Más funciones gubernamentales serán tratadas por mercados privados así como por entidades sin ánimo de lucro. En la medida en que las comunidades virtuales se desarrollen, trascenderán las jurisdicciones territoriales y desarrollarán sus propios patrones de gobernanza. Los estados se volverán

manera definitiva su rol fundamental, pues incluso para llevar acciones totalmente cibernéticas es necesario un asiento territorial: “El ciberespacio no reemplazará al espacio geográfico y no abolirá el estado soberano, pero la difusión del poder en el ciberespacio coexistirá y complicará bastante lo que significa ejercer el poder”.¹¹¹⁸ El escenario virtual puede ser utilizado para producir *soft power* y *hard power*. El primero a través de la creación de redes de diálogo y cooperación y de la apertura de espacios de debate; el segundo, con acciones de prohibición o ataque a los sistemas.

A este respecto, el concepto de *soft power*, ya sea en su vertiente política, cultural o cibernética, da buena cuenta de cómo el espacio de la soberanía se ha desdoblado en dos ámbitos: uno que aún conserva los atributos clásicos del estado y otro que anuncia precisamente la disolución del primero y la multiplicación de espacios, no necesariamente geográficos, a través de los cuales discurre el poder. Esta idea ya fue intuita por Carl Schmitt a propósito de la influencia de la política estadounidense:

Se podrían evocar aquí otros espacios: el espacio de auténtica influencia americana, que no es idéntico al espacio de la doctrina de Monroe, ni mucho menos; además, el espacio de alcance económico del mercado interior y exterior de Norteamérica, el espacio de influencia del dólar americano, y también el espacio de la expansión cultural, del idioma y del prestigio moral.¹¹¹⁹

Espacios muy desligados de la geografía crean nuevas dimensiones para el ejercicio del poder: la red, la bolsa o la especulación económica escenifican la apertura de nuevos lugares donde ejercer el dominio, pero que ya no son territorios porque no están ligados a la tierra (ya señalé la importancia de la distinción de Kervégan entre espacio y territorio). Schmitt ya intuyó que la falta de asidero geográfico generaría una ontología de la ilimitación en la contemporaneidad. Esos espacios, véase el cibernético, carecen de una finitud física material que, a su vez, produce una falta de contención en sus efectos políticos.

Ante esta situación, Nye propone que los espacios virtuales sean aprovechados por las potencias para ayudar a disminuir la conflictividad internacional y crear un clima de coexistencia. Además, Estados Unidos, según el autor, no es ni un imperio ni una

mucho menos centrales en la vida de la gente”. NYE, J., “Cyber Power”, Harvard Kennedy School, Belfer Center for Science and International Affairs, Mayo 2010, p.1.

¹¹¹⁸ *Ibid.*, p.3. Y continúa más adelante: “Dado que la infraestructura física de internet permanece ligada a la geografía y los gobiernos son soberanos sobre los espacios geográficos, la localización todavía importa como recurso en el ámbito cibernético”. *Ibid.*, p.9

¹¹¹⁹ SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *op.cit.*, p.33.

potencia hegemónica,¹¹²⁰ lo cual favorecería aún más la convivencia. El mundo actual se asemeja, según él, a una partida de ajedrez tridimensional, en la que no solo hay que jugar horizontalmente, sino también verticalmente. Esto significa que aunque Estados Unidos mantenga una posición de liderazgo no puede actuar sin la ayuda, el consentimiento o el apoyo de otros actores como la Unión Europea o Japón.¹¹²¹ Sin embargo, los intereses concretos del autor parecen ligados a una mejora de la imagen de la política internacional estadounidense,¹¹²² que desde la ocupación de Irak del 2003 se ha visto gravemente deteriorada tanto en Europa y Oriente Medio como en el resto del mundo. Para cambiar esa percepción, Estados Unidos necesita servirse de las herramientas que le ofrece el *soft power*, según Nye, a través de cuatro estrategias concretas: evitando las respuestas desproporcionadas a los ataques, mostrando una imagen menos beligerante o abusiva, usando todo lo posible la diplomacia y expandiendo una imagen positiva de Estados Unidos.¹¹²³ Esto no implica el abandono del *hard power*, sino más bien, su necesaria combinación con el *soft power*. A partir de esta doble articulación de la política internacional, Nye acuña el concepto de *smart power* o poder inteligente:

Smart power no es ni *hard* ni *soft* – es la hábil combinación de ambos. El *smart power* significa desarrollar una estrategia integrada, una base de recursos y un kit de herramientas para lograr los objetivos americanos, recurriendo tanto al *hard* como al *soft power*. Es un enfoque que subraya la necesidad de unas fuerzas armadas fuertes, pero que también invierte en alianzas, colaboraciones, e instituciones a todos los niveles para expandir la influencia americana y establecer la legitimidad de la acción americana.¹¹²⁴

Este papel propagandístico que el *soft power* otorga a la cultura puede resultar contradictorio cuando las potencias que venden una imagen positiva en el exterior

¹¹²⁰ “En muchos sentidos la metáfora del imperio es seductora. El ejército americano tiene una proyección global con bases alrededor del mundo y sus comandantes regionales algunas veces actúan como si fuesen procónsules e incluso son llamados procónsules en la prensa. El inglés es una lengua franca como lo fue el latín. La economía americana es la mayor del mundo, y la cultura americana funciona como un imán. Pero es un error confundir las políticas de primacía con las del imperio”. NYE, J., Prefacio y capítulo 5 “El Poder blando y la Política exterior americana”, *op.cit.*, p.129. Considero que esto es discutible desde el punto de vista militar, económico y político. Sin menoscabo de la influencia de otros estados e incluso de actores no estatales, el liderazgo a nivel mundial que ejerce Estados Unidos, por mucho que se vea amenazado, sigue siendo paradigmático.

¹¹²¹ NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, *op.cit.*, p.4.

¹¹²² La gran mayoría de sus textos están dedicados a reflexionar acerca de cómo Estados Unidos debe ejercer ese poder.

¹¹²³ Cfr. NYE, J., ARMITAGE, R.L. (ed.), *CSIS Commission on smart power. A smarter, more secure America*, Center for strategic & international studies, Washington, 2007, pp.11-12.

¹¹²⁴ *Ibid.*, p.7.

cometen al mismo tiempo delitos flagrantes contra los derechos humanos.¹¹²⁵ Y, según Nye, ese es el principal problema de China, que intenta reflejar una imagen positiva y atrayente de su cultura desarrollando una gran capacidad de *soft power* en Asia,¹¹²⁶ pero que aun así no consigue mejorar su proyección internacional debido a la falta de desarrollo democrático interno.¹¹²⁷

Las grandes potencias intentan usar la cultura y la narrativa para crear un *soft power* que promueva sus intereses nacionales, pero no es fácil de convencer cuando el mensaje es inconsistente con sus realidades domésticas. Tal y como cuento a mis estudiantes universitarios, en una era de la información en la que la credibilidad es el recurso más escaso, la mejor propaganda *no* es propaganda.¹¹²⁸

La problemática a la que se enfrenta la teoría de Nye, no es solo que la contradicción entre la propaganda y los hechos puede ser aplicada a casos más allá del chino, como el estadounidense,¹¹²⁹ o que su teoría acabe convirtiéndose en la sanción del *status quo*,¹¹³⁰ o que esto tenga efectos contraproducentes – pues la propaganda de determinados modelos de vida, como el occidental, no siempre genera admiración, sino que puede provocar rechazo o sensación de agravio –,¹¹³¹ o que Nye no se detenga a discutir las prácticas ideológicas hegemónicas subyacentes a la expansión cultural, especialmente norteamericana, sino que el *soft power* entendido como propaganda no constituye una verdadera filosofía de las Relaciones Internacionales. O se entiende que el *soft power* tiene un uso meramente instrumental y que es una herramienta más de la que se puede servir la política o se considera que como política resulta un poco hueca. Lo que en apariencia se muestra como una teoría política carece de proyecto político y se limita a la explicación de los mecanismos indirectos de poder de las potencias sin albergar una intención crítica al respecto.

¹¹²⁵ “La hipocresía percibida es particularmente corrosiva con el poder que está basado en valores proclamados. Aquellos que nos desdeñan o desprecian son menos propensos a querer ayudarnos a conseguir nuestros objetivos políticos”. NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, *op.cit.*, p.55.

¹¹²⁶ A través de la inversión en programas económicos y humanitarios en países africanos y latinoamericanos o la expansión de *Institutos Confucio* para la enseñanza del chino.

¹¹²⁷ Cfr., NYE, J., “China's Soft Power Deficit”, *The Wall Street Journal*, 08/05/2012, www.wsj.com/articles/SB10001424052702304451104577389923098678842

¹¹²⁸ *Idem.*

¹¹²⁹ “El concepto de poder blando es ante todo una propuesta para lograr la perpetuación de la hegemonía norteamericana, y no puede ser entendido sino se tiene en cuenta esta finalidad”. TORRES SORIANO, M.R., “El poder blando: ¿una alternativa a la fuerza militar?”, *Política y Estrategia*, núm.100, 2005, p.3.

¹¹³⁰ “Para algunos, el poder blando no deja de ser un revestimiento amable al tradicional ejercicio del poder “más duro” por parte de las grandes potencias. Para otros ni siquiera es poder, sino simple ideología presentada de manera eufemística”. *Ibid.*, p.5.

¹¹³¹ Cfr., *Ibid.*, p.11.

Por eso considero que la crítica de Galli a la política estadounidense es acertada. Él defiende que, pese a que la forma imperio se concibe como una manera de traer orden a un mundo en conflicto, de aplicar la decisión para reinstaurar una normalidad quebrada, sin embargo, el imperio estadounidense se manifiesta incapaz de instaurar un *nomos*. Esto quiere decir que la política exterior de Estados Unidos genera constantemente situaciones de conflicto y de excepción, pero es incapaz de plantear la vuelta a la normalidad porque hay una carencia absoluta de proyecto. Esa política también se ve imposibilitada, dice Galli, para embarcarse en relaciones de amigo/enemigo, ya que los políticos estadounidenses, en su proceso de criminalización del adversario, “no tienen *iusti hostes*”.¹¹³² En palabras del propio Schmitt: “El enemigo es nuestra propia cuestión en forma. A este respecto, un dotado joven [...] me dijo recientemente: Los Estados Unidos no tienen enemigo porque no tienen forma [*Gestalt*]”.¹¹³³ Pese a sus esfuerzos, Estados Unidos no termina de ser una potencia completamente admirada y es rechazada en muchos países del extranjero porque su *soft power* no es capaz de contrarrestar los terribles efectos de su *hard power*: “Ganar la paz es más difícil que ganar una guerra, y el poder blando es esencial para ganar la paz. Sin embargo, la vía por la que acudimos a la guerra en Irak resultó ser tan desastrosa para nuestro *soft power* como claramente victoriosa para nuestro *hard power*”.¹¹³⁴

La carencia de ideología a la base de esta teoría revela, como ya he señalado, algo más grave, la inexistencia de una *teoría* clara. Nye sostiene que “es más fácil atraer a la gente a la democracia que obligarles a ser demócratas”¹¹³⁵ y esto puede ser cierto. Pero las bases para una democracia no se construyen solo culturalmente, sino también a través de la política. Y aunque los tres pilares que constituyen el *soft power* son la promoción de derechos y libertades, una política exterior atrayente y un aparato cultural seductor, siendo los dos primeros objetivos políticos, no termina de quedar claro en qué consiste esa política. Es evidente que decidir qué contenidos culturales se promocionan sí es política.¹¹³⁶ Nadie duda de los efectos políticos del marketing, pero sí de que el marketing constituya una teoría política.¹¹³⁷ Ya Schmitt en su día denunció cómo la

¹¹³² GALLI, C., *Political spaces and Global War*, op.cit., p.178.

¹¹³³ SCHMITT, C., KOJÉVE, A., “Alexandre Kojève-Carl Schmitt Correspondence”, Ed. Erik de Vries, *Interpretation*, 2001, vol.29, núm.1, p.105.

¹¹³⁴ NYE, J., Prefacio y capítulo 5 “El poder blando y la política exterior americana”, op.cit., p.120.

¹¹³⁵ NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, op.cit., p.17.

¹¹³⁶ Como ocurrió con los dibujos animados y las películas que se produjeron en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.

¹¹³⁷ “Como nos enseñaron Tucídides, Tito Livio y Tácito (junto con Maquiavelo cuando comenta las obras de estos), el imperio se forma no solo sobre la base de la fuerza misma, sino también sobre la

capacidad de manejar los símbolos y los discursos constituía una manera sutil de ejercer el poder:

Constituye una expresión de poder político genuino el que un gran pueblo sea capaz de determinar por sí mismo la manera de hablar e incluso de pensar de otros pueblos, el vocabulario, la terminología y los conceptos [...]. Un elemento fundamental para que un imperialismo sea históricamente significativo no es solo el armamento militar y marítimo ni la riqueza económica y financiera, sino también esta capacidad de determinar por sí mismo el significado de los conceptos políticos y jurídicos.¹¹³⁸

Esta especie de juego propagandístico por medio del lenguaje es, según Martti Koskenniemi, una muestra más de uno de los grandes problemas a los que se enfrentan las relaciones internacionales contemporáneas: la “fragmentación del Derecho Internacional”. Con esa expresión hace referencia al fin del Derecho Internacional Clásico como institución sólida y a la aparición de diferentes regímenes legales (derecho mercantil, derecho criminal, derechos humanos, etc.), cada uno de ellos con un lenguaje especializado y tecnificado y enfocado a la consecución de sus propios intereses. Esta parcelación o fragmentación del derecho convierte a este en una técnica instrumental y lo aleja de un derecho entendido de manera universal.

La globalización significa la autoridad creciente de lenguajes científicos y técnicos – lenguajes cuyos hablantes nativos se sitúan casi exclusivamente en Occidente – para los que los seres humanos aparecen como objetos de “protección” o caridad pero raramente como dirigentes de sus propias vidas.¹¹³⁹

Según Koskenniemi, este proceso ha sido llevado a cabo en seis pasos a través de los cuales se ha ido debilitando la soberanía tradicional y se han ido fortaleciendo los medios informales de poder. Se han tecnificado los lenguajes de cada régimen jurídico

capacidad de presentar dicha fuerza como un bien al servicio de la justicia y de la paz”. HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.31.

¹¹³⁸ SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939*, *op.cit.*, p.202 *apud* CAMPDERRICH, R. *La palabra de Behemoth. Derecho, política y orden internacional en la obra de Carl Schmitt*, Trotta, Madrid, 2005, pp.190-191. Traducción de A. Scherp recogida en H. Orestes Aguilar, FCE, México, 2001 (indicación de Ramón Campderrich).

¹¹³⁹ KOSKENNIEMI, M., “What Use for Sovereignty Today?”, *Asian Journal of International Law*, 1, (2011), pp. 61-70, p.68. Aquí se ve, una vez más, la insistencia de Koskenniemi en el aspecto lingüístico de los argumentos jurídicos. “El *ethos* del derecho y el republicanismo se reemplazan por intereses individuales, planes estratégicos y redes técnicas; la soberanía formal es reemplazada por el poder disciplinario; la coacción viene de vocabularios cognitivos en vez de normativos”. KOSKENNIEMI, M., “Formalism, Fragmentation, Freedom. Kantian Themes in Today’s International Law”, *op.cit.*, p.11.

(lo que Koskeniemi denomina el paso de “las instituciones a los regímenes”);¹¹⁴⁰ se ha pasado de las “reglas a la regulación”, es decir se ha ahondado en la transición del *hard power* al *soft power*;¹¹⁴¹ del “gobierno a la gobernanza,¹¹⁴² de la “responsabilidad al cumplimiento”;¹¹⁴³ de “la ley a la “legitimidad”;¹¹⁴⁴ y de “los juristas a los expertos en relaciones internacionales”.¹¹⁴⁵ Todo esto supone, además, el cambio de “la forma a la función”,¹¹⁴⁶ esto es, de la política al instrumento, de la decisión a la utilidad o al pragmatismo. Este carácter instrumental está íntimamente ligado al ejercicio del *soft power* y, unido a la falta de principios teóricos claros de esta teoría, implica otra consecuencia muy negativa: el hecho de que cualquier idea o intervención política de la que se quiera convencer a los individuos, independientemente de sus tendencias más o menos autoritarias, queda legitimada si aparece bajo la forma del *soft power*:

La conclusión a la que se llega es que el poder blando no es un tipo de poder, sino que cualquier recurso, incluso las capacidades militares, puede ser blando en la medida en que esté socialmente legitimado para un fin. Esto hace que el aspecto de la percepción se convierta en el elemento clave.¹¹⁴⁷

A este respecto, considero muy acertada la crítica de Bazzicalupo a la noción de *soft power*, pues subraya cómo bajo esos mecanismos subjetivos de seducción y atracción, que conciben a los sujetos como posibles compradores de ideología y receptores de propaganda, lo que se hace presente es la aplicación de mecanismos de dominación a individuos de la sociedad. Esto sería un ejemplo de biopolítica y de mecanismo de dominación gubernamental:¹¹⁴⁸

Es una forma de racionalidad que [...] no opera a través del mecanismo de la coerción (aunque nunca nos cansaremos de argumentar que coexiste con ellos), sino que pretende producir subjetivaciones apropiadas para un mundo inestable

¹¹⁴⁰ KOSKENIEMI, M., “Formalism, Fragmentation, Freedom. Kantian Themes in Today’s International Law”, *op.cit.*, p.12.

¹¹⁴¹ *Ibid.*, pp.12-13.

¹¹⁴² *Ibid.*, p.13.

¹¹⁴³ *Ibid.*, p.14.

¹¹⁴⁴ *Ibid.*, pp.15-16.

¹¹⁴⁵ *Ibid.*, p.16.

¹¹⁴⁶ *Ibid.*, p.11.

¹¹⁴⁷ NOYA, J., “El poder simbólico de las naciones”, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/DT35-2005, 29/06/2005

¹¹⁴⁸ “Es una práctica biopolítica no porque se base en el poder de la vida o la muerte, como argumenta Agamben, sino porque supera el umbral del *externum forum*, en el que se ejerce el poder moderno y penetra la escena secreta del sujeto, operando en sus procesos de individualización y sus deseos”. BAZZICALUPO, L., “Soft Power, Editorial”, <http://www.softpowerjournal.com/web/?p=47>, 29/09/2014

[...] El *soft power* tiene mucho que ver, por tanto, con esa forma neoliberal de gubernamentalidad...¹¹⁴⁹

Es decir, se trataría de una forma de autoridad recubierta de la ilusión de la ausencia de dominación, “el guante de terciopelo que envuelve un puño de hierro”.¹¹⁵⁰ Lo único que define a la política del *soft power* es su rasgo *atrayerente* o *seductor*, pero esto no dice nada acerca de la política que pretende, sino únicamente de sus modos de presentarse. Considero que Nye es consciente de ello, pero se detiene demasiado en los efectos del *soft power* como propaganda y demasiado poco en las razones del rechazo de la política estadounidense que son las que producen la necesidad de un aparato cultural atrayerente. Con una teoría articulada en torno a la suma del *soft power* y del *hard power* como opción política no se construye *nomos* de la tierra. Las prácticas culturales crean política, pero la política no se reduce a ellas. Dibujar como objetivo unas relaciones internacionales amables es muy loable pero no informa acerca de qué tipo de política es deseable. Puede que como actitud, el *soft power* introduzca la novedad de unas formas no totalitarias y amigables, pero una teoría política internacional que se presenta como siendo diferente a las demás tiene que plantear, además, una concepción diferente del estado soberano y de sus relaciones con los otros estados.

Por último, considero que otro aspecto problemático de la teoría de Nye es la confusión entre dos ámbitos: el de la facticidad y el de la validez o, dicho de otra manera, el del ser y el del deber ser. Nos hallamos actualmente en un contexto político internacional en el que el *soft power* adquiere cada vez más importancia, en el que las políticas informales provocan efectos de mucha significancia, en el que las redes conforman espacios de actuación a los que los largos brazos de la soberanía no llegan. Todo ello no deja de ser la descripción de una realidad que está aconteciendo. Pero que esté ocurriendo no nos dice nada acerca de si debe ser así o no, ni tampoco acerca de las implicaciones positivas y negativas que esto conlleva. El análisis de Nye confunde estos dos planos y los funde en uno: como la política global se caracteriza por el *soft power*, el *soft power* tiene consecuencias positivas.

¹¹⁴⁹ BAZZICALUPO, L., “Soft Power, Editorial”,
<http://www.softpowerjournal.com/web/?p=47>, 29/09/2014

¹¹⁵⁰ FERGUSON, N., *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*, Debate, Barcelona, 2005, p. 75
apud NOYA, J., “El poder simbólico de las naciones”, *op.cit.*

13.2. EL MULTILATERALISMO CONTEMPORÁNEO: JOSEPH NYE Y ROBERT KEOHANE.

La cooperación internacional entre los países industrializados desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha sido probablemente más amplia que la cooperación internacional entre grandes estados durante cualquier periodo de duración comparable en la historia.

ROBERT KEOHANE¹¹⁵¹

Hoy se admite ampliamente que la noción de orden internacional que propuso una y otra vez la modernidad europea, por lo menos a partir de la Paz de Westfalia, ahora está en crisis. En realidad, siempre estuvo en crisis y esa crisis fue uno de los motores que continuamente dio impulso al imperio.

MICHAEL HARDT Y TONI NEGRI¹¹⁵²

La teoría del *soft power*, pese a sus inconvenientes, es el reflejo de un contexto en el que las relaciones interestatales – al menos entre países desarrollados – parecen haberse distendido. La competición económica habría tomado el relevo del tradicional campo de batalla. Para estudiar esta nueva situación internacional, a partir de los años 60 surgen en Occidente un conjunto de doctrinas académicas que pueden agruparse bajo el nombre de “teorías de la cooperación”. Estas parten de la premisa de que la paz mundial es un proyecto irrealizable y que, por ello, las garantías que ofrece la cooperación para limitar y minimizar los conflictos entre los estados, aunque sea de manera interesada, es la mejor de las opciones para mantener el equilibrio mundial. Por ello ensalzan la labor del regionalismo y del neorregionalismo, como formas coherentes de proceder en política internacional, ya que manteniendo intacta la soberanía estatal son capaces de crear redes de cooperación conjuntas.

Estas teorías de la cooperación celebran que el contexto internacional contemporáneo esté caracterizado por la coexistencia entre los actores estatales y los actores no estatales. Las organizaciones transnacionales, los acuerdos multilaterales y las relaciones de todo tipo, incluyendo las actividades económicas, culturales, militares, criminales, etc., se multiplican. Este esquema se aleja de un sistema internacional dominado exclusivamente por una sola potencia o por dos y de cualquier modelo político en el que solo primara la soberanía estatal, como pudiera ser el contexto westfaliano.

¹¹⁵¹ KEOHANE, R.O., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton University Press, New Jersey, 1984, p.5.

¹¹⁵² HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit., pp.21-22.

Además, desde 1960 Estados Unidos pierde su papel hegemónico, pese a mantener su capacidad de liderazgo. Las teorías de la cooperación entienden que la hegemonía no consiste en un liderazgo militar, algo que sigue caracterizando hoy en día a Estados Unidos, sino en cierta estabilidad y dominio económicos, algo que ya no define exclusivamente a su política. El marco post-hegemónico da entrada a nuevos actores como los BRICS o las organizaciones regionales. Uno de los argumentos que utilizan estas teorías en defensa de los regímenes internacionales es que, pese a que existan deseos secesionistas o separatistas (como el BREXIT, por ejemplo), estas estructuras regionales son integradoras.

Hay una pléyade de teorías de la cooperación. El propio Joseph Nye desarrolló junto con Robert Keohane la idea de “transnacionalismo” y de “interdependencia compleja” en su obra *Power and Interdependence: World Politics in Transition*,¹¹⁵³ que expresan esa situación de coexistencia típica de la contemporaneidad. Sus tesis son el resultado de la evolución del transnacionalismo de Stanley Hoffman (1928-2015) y se centran en las siguientes cuestiones: la supuesta pérdida de control por parte de los estados respecto a la independencia de acción de otros actores no estatales; las dudas acerca de que el marco estado-céntrico sea el adecuado para seguir estudiando la política internacional; quién gana y quién pierde en este contexto transnacional; y hasta qué punto es necesario crear unas nuevas organizaciones internacionales que se adapten a esta nueva situación.¹¹⁵⁴ El principio del que parten es la existencia de actores tanto estatales como no estatales en el escenario político internacional y el rechazo al diagnóstico pesimista de las corrientes realistas arguyendo que es necesaria la rehabilitación del concepto de Derecho Internacional y de cooperación.

Una buena cantidad de relaciones internacionales, con una importancia política significativa, tiene lugar sin control gubernamental. Por ejemplo, entre la mayoría de países occidentales esto incluye a la mayoría del comercio, el contacto personal y la comunicación. Además, los estados no son de ninguna manera los únicos actores de la política mundial.¹¹⁵⁵

Eso no significa que el poder de los estados esté en cuestión: “nuestras observaciones sobre los cambios de la política mundial no niegan que los gobiernos

¹¹⁵³ KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Little, Brown, 1977.

¹¹⁵⁴ KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *International Organization*, 1971, Vol.25, No.3, 329-349, p.331.

¹¹⁵⁵ *Ibid.*, p.330.

sigan siendo los jugadores más importantes del juego”.¹¹⁵⁶ Sin embargo, la necesidad de compartir espacio y capacidad de decisión con actores que no son estados, es decir, que no son de la misma naturaleza política, hace variar las condiciones de ese juego político internacional y hace que esa “interdependencia” sea compleja. Que las organizaciones internacionales o las empresas tengan la misma relevancia o posibilidad de intervención en tomas de decisión que un estado pone en cuestión una visión del mundo que hasta las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial había sido indiscutible: la del estado soberano. En *After Hegemony* Keohane sitúa precisamente 1945 como la fecha a partir de la cual comienza a crecer la cooperación de una forma jamás experimentada. Dicha cooperación queda plasmada en los múltiples regímenes internacionales, organizaciones supraestatales y acuerdos multilaterales que se dan tanto entre estados como entre estados y actores no estatales:

Algunas interacciones globales son iniciadas y sustentadas completamente, o casi completamente, por gobiernos o estados nacionales. Esto es así en lo que respecta a la mayoría de las guerras, a una gran parte de las comunicaciones internacionales, a una parte considerable del mercado y a algunas finanzas [...] Otras interacciones, sin embargo, involucran a actores no gubernamentales – individuos u organizaciones – y consideramos a estas interacciones “transnacionales”. Así, una interacción transnacional puede involucrar a gobiernos, pero puede no involucrar únicamente a gobiernos [...] Por consiguiente, “interacciones transnacionales” es nuestro término para describir el movimiento de productos tangibles o intangibles a lo largo de las fronteras estatales cuando al menos un actor no es un agente de un gobierno o de una organización intergubernamental.¹¹⁵⁷

En un principio, la teoría transnacionalista puede dar la impresión de afirmar que el conflicto queda superado mediante acuerdos que servirían para que el panorama internacional gozara de un equilibrio y un estado de paz. Sin embargo, este análisis no es del todo correcto si uno analiza en profundidad las distinciones conceptuales de las que se sirve Keohane: armonía, cooperación y desacuerdo. No hay que confundir armonía y cooperación. El primer término hace referencia a un contexto ideal en el que el conflicto no existe y en el que cada estado busca la satisfacción de sus intereses sin que esto provoque un enfrentamiento o un conflicto con los otros estados, que mantienen la misma actitud porque ninguno tiene la intención de dañar a otro. Keohane pone como ejemplo la mano invisible de la teoría del mercado liberal. En este marco

¹¹⁵⁶ *Ibid.*, p.342.

¹¹⁵⁷ KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *op.cit.*, p.332.

completamente apolítico no es necesaria la cooperación porque no hay una pugna en la que mediar o que resolver: “La armonía es apolítica. No es necesaria ninguna comunicación y no es necesario ejercer ninguna influencia. La cooperación, en cambio, es extremadamente política: de alguna manera, deben alterarse los patrones de comportamiento.”¹¹⁵⁸

La cooperación, por el contrario, parte de la existencia del conflicto, que es la condición *sine qua non* de su necesidad. El concepto mismo de cooperación presupone que hay una lucha que hay que solucionar. Esa batalla proviene de la acción de determinados estados o grupos que buscan la satisfacción de sus intereses y dañan a otros, lo cual implica la necesidad de la negociación y de llegar a un acuerdo para ajustar los intereses de cada actor con los de los demás: “la cooperación intergubernamental tiene lugar cuando las políticas seguidas realmente por un gobierno son consideradas por sus compañeros como facilitadoras de la realización de sus propios objetivos, como el resultado de un proceso de coordinación política”.¹¹⁵⁹ De esto se deduce que para que exista la cooperación se requiere de voluntad política. Si no hay ningún esfuerzo por parte de los actores políticos en querer llegar a un acuerdo lo que hay es “desacuerdo”. Si de esta situación surge un esfuerzo por llegar a un acuerdo y este es alcanzado, surge la cooperación; si a pesar de intentarlo no se consigue, se vuelve a la situación de desacuerdo.

Ahora bien, para Keohane la cooperación no puede ser un medio al alcance de cualquier fin, sino que tiene que estar al servicio de objetivos aceptables. Como él dice, si la cooperación se realiza para explotar a otros estados, es preferible que no se lleve a cabo. Pero más allá de que la cooperación no pueda estar ligada directamente a la explotación, no queda claro en la teoría de Keohane qué criterios son los que definen y demarcan los fines aceptables de los que no lo son ni si, en última instancia, no se esconde tras la persecución de determinados fines la afirmación de la razón de estado o de la razón interesada de los organismos no estatales:

Es importante definir la cooperación como una adaptación mutua más que verla simplemente como reflejo de una situación en la que los intereses comunes sobrepasan a los conflictivos. En otras palabras, necesitamos distinguir entre la cooperación y el mero hecho de los intereses comunes. Requerimos esta distinción porque el desacuerdo a veces prevalece incluso cuando existen los intereses

¹¹⁵⁸ KEOHANE, R.O., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, op.cit., p.53.

¹¹⁵⁹ *Ibid.*, pp.51-52.

comunes. Dado que los intereses comunes a veces están asociados con la cooperación, pero, a veces, con el desacuerdo, la cooperación no es, evidentemente, una simple función de intereses.¹¹⁶⁰

Atendiendo a esta cita, pareciera que Keohane quiere evitar relacionar la noción de cooperación con la de intereses mutuos y, por esa razón, defiende que habría que alejar el concepto de cooperación del concepto de “intereses”. Pero abandonar la noción de interés del panorama explicativo de la cooperación es un salto que requeriría más explicación. Los sujetos políticos de la cooperación son, principalmente aunque no solo, los estados y éstos, entendidos como entes soberanos que se configuran en el siglo XVII, se definen analíticamente por estar atravesados por una razón de estado, es decir, por un interés de estado. Los acuerdos conjuntos o las acciones que llevan a cabo varios países, aunque se hagan dejando de lado el egoísmo estatal y en aras a un fin común, obedecen en última instancia a la consecución de un interés que es el que en el fondo va a compensar la pérdida de una pequeña parte de la soberanía. Sirva de ejemplo la Paz de Westfalia, momento a partir del cual se instaura el *Ius publicum europaeum*. ¿Fueron estos acuerdos ajenos a los “intereses”? En absoluto. De hecho fue la inauguración y plasmación de la reafirmación de los entes soberanos y de sus intereses, si bien para satisfacerlos fuera más útil un ejercicio de colaboración que una guerra encarnizada como venía sucediendo en la Edad Media.

Aunque el estado contemporáneo no es el mismo que el estado westfaliano, esta falta de atención a la noción de interés estatal por parte del transnacionalismo de Keohane y Nye deriva en una imagen demasiado optimista, por decirlo de alguna manera, del panorama internacional y da la impresión de que hay una ausencia de conflicto allí donde hay cooperación. Esto contrasta fuertemente con los principios del realismo, teoría a la que los transnacionalistas se oponen firmemente. En el fondo subyace el debate clásico de las Relaciones Internacionales realismo *versus* transnacionalismo. Según la doctrina realista, en la política existe un conflicto permanente y bajo la apariencia pacífica de los acuerdos interestatales hay una estrategia de conflictos de intereses. Como no podía ser de otra manera, Keohane no comparte esta tesis y argumenta que, de ser así, los acuerdos de cooperación *de facto* existentes solo podrían enmarcarse en un contexto de lucha por el poder, es decir, que bajo cualquier tipo de acuerdo existiría la sospecha de la búsqueda de un beneficio y la actuación contra grupos contrarios:

¹¹⁶⁰ *Ibid.*, p.12.

Si esta descripción de la política mundial fuera correcta, cualquier cooperación que tuviera lugar derivaría de patrones generales de conflicto [...] Si la política internacional fuera un estado de guerra, los patrones de cooperación institucionalizados según objetivos compartidos no existirían salvo como parte de una lucha mayor por el poder.¹¹⁶¹

La cuestión es que ese supuesto hipotético que rechaza Keohane es bastante plausible, es decir, que la cooperación (ya sea entre estados, entre estados y entes no estatales o entre entes no estatales entre sí) tenga su origen en la búsqueda de determinados intereses y en el deseo de su consecución frente a posibles adversarios no resulta contradictorio ni inimaginable. Del mismo modo que no es incoherente pensar que la Unión Europea, uno de los mayores entes regionales y transnacionales del mundo, albergue en su seno unas tensiones soberanas entre sus miembros que a veces no son del todo resueltas a través de la cooperación.

La batalla dialéctica entre transnacionalismo y realismo se libra también en el campo de la terminología. Los realistas usan el término “*international politics*”, para mostrar que la política internacional se refiere únicamente a las relaciones de estado a estado. Hablar de la realidad “interestatal” forma parte de una visión estado-centrista de las relaciones internacionales que considera que los estados son los únicos actores de la política. Sin embargo, los regionalistas como Keohane y Nye prefieren hablar de “*world politics*” para así incluir, no solo aspectos estatales, sino también factores como la cultura, la economía o el comercio. Política incluiría estados, empresas, relaciones comerciales, redes culturales, grupos religiosos, etc.: “Siempre que una organización emplee técnicas como boicots económicos, secuestros de aviones o excomuniones religiosas para conseguir cambiar el comportamiento de otros actores, está actuando políticamente”.¹¹⁶² Los transnacionalistas creen que a los realistas les son ajenas la variedad de dinámicas transnacionales, la multiplicación de actores y las organizaciones internacionales que configuran la política internacional. Sostienen que, pese a lo que afirma el realismo, la seguridad y los aspectos militares ya no son la prioridad máxima en la agenda política, sino más bien las actividades económicas y el refuerzo de la cooperación.

¹¹⁶¹ *Ibid.*, p.7.

¹¹⁶² KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *op.cit.*, p.345.

Además, el comercio tendría la capacidad de crear relaciones pacíficas. Así, por ejemplo, aunque haya tensión entre China y Estados Unidos, las actividades económicas consiguen que no haya un clima de guerra fría, lo cual ya es un avance para la paz. Pero esta idea del comercio como estructura pacificadora no es nueva. Para Montesquieu el comercio era garantía de paz, ya que la guerra perjudicaba los intereses comerciales, llegando a afirmar: “Es casi una regla general que, dondequiera que haya costumbres agradables, hay comercio; y que dondequiera que hay comercio, hay costumbres agradables”¹¹⁶³ o: “el efecto natural del comercio es conducir a la paz”.¹¹⁶⁴ Ahora bien, la primera cita deja claro que es una relación mutua, es decir, no solo el comercio trae paz, sino que la paz es condición de posibilidad para que se desarrolle el comercio, es más, Montesquieu es consciente de que la economía no puede ser el único tipo de relación existente.

Como ya he señalado, la problemática de fondo que plantea el multilateralismo contemporáneo es si los regionalismos son totalmente integradores o si, por el contrario, albergan en su seno el deseo de los estados de ejercer con más fuerza su soberanía y de no ceder tanto poder como requiere ese tipo de organizaciones regionales. Esta estructura multilateral, que se empieza a estudiar a partir de los años 60, pero que se mantiene a día de hoy, contiene el conflicto en un contexto de enorme violencia internacional y en una etapa de tránsito entre lo nacional y lo global. Esta tensión entre el pasado y el nuevo paradigma internacional del futuro que se está dibujando ahora y del que todavía no se tiene un concepto claro, obliga a apuntar de nuevo la mirada hacia el paradigma estado-céntrico westfaliano. Así se podrá distinguir hasta qué punto el multilateralismo contemporáneo sigue conservando rasgos westfalianos o si, por el contrario, supone un verdadero cambio respecto de la manera de concebir la política internacional.

Hablar de rasgos westfalianos una vez que he señalado en la segunda sección de la tesis que el *Ius publicum europaeum* llegó a su fin con las dos guerras mundiales parece incoherente. Sin embargo, hay que distinguir entre un derecho internacional concreto, como el *Ius publicum europaeum*, que tuvo su duración particular en el tiempo histórico, y determinados rasgos que, a modo de tendencias, se repiten a lo largo de la

¹¹⁶³ “El efecto natural del comercio es traer la paz”. MONTESQUIEU, *De l'esprit des lois*, Gallimard, Paris, 1995, t. II, Libro XX, Capítulo I, p.609.

¹¹⁶⁴ *Ibid.*, Libro XX, Capítulo II, p.610. Además señala: “Pero si el espíritu del comercio une a las naciones, no une de la misma manera a los particulares. Vemos que en los países donde uno está solo afectado por el espíritu del comercio, se trafica con todas las acciones humanas y con todas las virtudes morales...”, *Ibid.*, Libro XX, Capítulo II, p.610.

historia independientemente de los sistemas jurídicos concretos en los que se encarnen. Sobre este punto, Mario Telò introduce una útil e interesante distinción entre sistema westfaliano y paradigma westfaliano, entendiendo por el primero el contexto específico creado a partir de la paz de Westfalia en 1648 y que se extiende hasta el siglo XX y por el segundo, un modelo o estructura política que puede repetirse en varios momentos de la historia:

Sobre todo, no hay que confundir el sistema histórico de Westfalia con el paradigma westfaliano [...] El “paradigma westfaliano” es un concepto tipo que puede ser conjugado tanto con el sistema de Westfalia (establecido en 1648 y que se derrumbó definitivamente en 1914) como con la siguiente fase de transición (1914-1947), como con el sistema bipolar (1947-1991) y, según el punto de vista, muy controvertido, de las teorías neorrealistas, también con el orden internacional post-bipolar (1991-...).¹¹⁶⁵

Mario Telò distingue tres etapas de multilateralismo: la primera corresponde a Westfalia (1648-1789), la segunda al Concierto europeo (1815-1919)¹¹⁶⁶ y la tercera al multilateralismo contemporáneo. No hace falta insistir en que los acuerdos westfalianos estaban orientados al juego de la política de tablero: alianzas variables en función de la amistad/enemistad entre los estados, formaciones de bloque para evitar la hegemonía de la potencia en boga, véase Francia, etc. El mismo significado tiene la Paz de Utrecht, acontecimiento celebrado como la instauración definitiva del equilibrio en Europa. La Revolución Francesa fue el intento de ruptura de la estructura típica de la Modernidad falsamente equilibrada pero tendente al imperialismo. Este afán revolucionario es cortado de raíz por el Congreso de Viena en 1815, que reinstaura la estructura de contención o de imperialismo disimulado y que inicia la segunda fase de multilateralismo. La tercera fase correspondería al multilateralismo desarrollado a partir del siglo XX.

En esta tercera fase de multilateralismo, ¿ha habido un cambio cualitativo respecto a las fases anteriores?, ¿es un multilateralismo que repite las estructuras del contexto westfaliano?, es decir, ¿está basado únicamente en los beneficios que otorga el formar parte de una estructura supranacional o, por el contrario, han abandonado los actores políticos sus pulsiones imperiales y se disponen a construir proyectos

¹¹⁶⁵ TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne, op.cit.*, p.17.

¹¹⁶⁶ TELÒ, M., “The Three Historical Epochs of Multilateralism”, en TELÒ, M. (ed.), *Globalisation, Multilateralism, Europe. Towards a Better Global Governance?*, Ashgate, Surrey, 2013, pp.33-74, p.40.

transnacionales conjuntamente en pos de la consecución de la paz? Por ejemplo, ¿está la Unión Europea más definida por el deseo de llevar a cabo un proyecto transnacional conjunto o priman los deseos de cada estado? Al fin y al cabo, la importancia del estado soberano sigue siendo evidente y, en este sentido, se podría pensar que el multilateralismo repite el esquema westfaliano disimulando, bajo la idea de cooperación, la persecución de los intereses de cada estado. Insisto entonces en la pregunta: ¿repetición o superación del esquema westfaliano? Es plausible pensar que el paradigma westfaliano ha estado vigente en esta última etapa de multilateralismo, caracterizada por una filosofía del acuerdo y de la cooperación que ha ayudado a limitar la anarquía internacional, pero sin realizar verdaderos esfuerzos por intentar cumplir con el objetivo de la paz mundial. A día de hoy, los efectos de la globalización y de la virtualidad parecen amenazar más que nunca la capacidad de decisión del estado. Para algunos autores, véase Tiqqun,¹¹⁶⁷ la estabilidad de la que siempre ha hecho gala la soberanía estatal habría estado siempre transida por la crisis y por la contradicción, y la época actual no sería más que la puesta al descubierto de todas sus carencias.

Institucionalmente nadie parece dudar de que la soberanía estatal mantiene su preeminencia como núcleo decisorio, incluso, por encima de las instituciones jurídicas,¹¹⁶⁸ pero como apunta Mario Telò, para afinar el análisis habría que distinguir entre la *soberanía de facto* y la *soberanía de jure*. Él sostiene que el sistema de estados internacional actual mantiene la primacía de la soberanía *de jure*, pues nadie niega la no injerencia en asuntos internos, ni la independencia, ni la igualdad legal internacional de los estados y, sin embargo, sí está puesta en cuestión en el debate teórico – e incluso práctico – el papel protagonista del estado en la arena internacional, la soberanía *de facto*.¹¹⁶⁹ Quizás cuando esta haya desaparecido por completo, se pueda hablar definitivamente de un cambio radical de paradigma.

Algunos teóricos contemporáneos, como Hardt y Negri, han definido el contexto internacional actual como imperial: “El imperio es el sujeto político que efectivamente

¹¹⁶⁷ TIQQUN afirma lo siguiente: “El Estado moderno se dio como etimología la raíz indoeuropea *st-* de la fijeza, de las cosas inmutables, de lo que *es*. La maniobra ha engañado a más de uno. Ahora que el Estado ya sólo se encarga de sobrevivir, la conmovición se esclarece: es la guerra civil —*stasis* en griego— la que figura la permanencia, y el Estado moderno sólo habrá sido un *proceso de reacción* a esta permanencia”. *Introducción a la guerra civil*, *op.cit.*, Párrafo 33.

¹¹⁶⁸ “A nivel internacional falta esta compenetración de poder y derecho. Aquí subsiste una relación asimétrica entre poder y derecho, porque más que penetrarlas normativamente, las regulaciones del derecho internacional reflejan las constelaciones de poder que en cada caso subyacen a las relaciones entre Estados: el derecho conforma las relaciones de las potencias soberanas entre sí, pero no las domésticas”. HABERMAS, J., “La constitucionalización del derecho internacional”, *op.cit.*, p.118

¹¹⁶⁹ TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne*, *op.cit.*, p. 25.

regula estos intercambios globales, el poder soberano que gobierna el mundo”.¹¹⁷⁰ Y cabría preguntarse hasta qué punto estas teorías de la cooperación, en su similitud con Westfalia, no albergan también intenciones imperiales del mismo modo que el sistema westfaliano las tenía. El hecho de que Estados Unidos haya dejado de ser el *hegemon* no significa que no vivamos en un mundo con tendencias imperiales. Para Keohane no está claro que el contexto global sea totalmente imperial, señala que puede haber algunas relaciones transnacionales que sean imperiales, pero no es un tema que parezca interesarle teóricamente:

Alguien podría considerar las relaciones transnacionales como un nuevo nombre para el viejo fenómeno del imperialismo [...] algunas relaciones transnacionales serían presuntamente “imperialistas” y otras no. Sin embargo, las ambigüedades presentes incluso en este uso de “imperialismo” son tan grandes que haríamos mejor en preguntar directamente por los efectos de las relaciones transnacionales antes que analizar si un conjunto dado de relaciones transnacionales es “imperialista” o no.¹¹⁷¹

En este punto vuelvo a discrepar con la teoría de Keohane, pues la diferencia entre un marco imperial y uno que no lo es puede ser una cuestión fundamental a la hora de abordar las relaciones internacionales. Frente al esquema de infinitud que plantea el imperio (el cual, según Hardt y Negri,¹¹⁷² jamás se vende como guerra, sino que transmite un deseo de paz mundial),¹¹⁷³ el paradigma westfaliano fue un intento de adherirse al esquema de la finitud, de la contención del conflicto, no a través de su eliminación total, porque esto es imposible, sino reteniéndolo lo máximo posible. Sin embargo, Westfalia no funcionó porque el ansia imperial de los entes soberanos pudo

¹¹⁷⁰ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.13. La diferencia que proponen Hardt y Negri entre imperio e imperialismo es fundamental. El imperialismo está todavía asociado a la soberanía clásica, es decir, al colonialismo; mientras que el imperio se sitúa ya en esta fase post-westfaliana que Schmitt empezó a intuir y que se caracteriza por un tiempo y un espacio no aritméticos, sino difusos y completamente permeables, con efectos totalizantes.

¹¹⁷¹ KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *op.cit.*, p.346.

¹¹⁷² David Harvey también sostiene esta postura y en su obra *El nuevo imperialismo* reproduce un extracto de un discurso pronunciado por G.W. Bush para demostrarlo: “Aprovecharemos nuestra situación de fuerza e influencia sin parangón para construir una atmósfera de orden y apertura internacional en la que puedan florecer el progreso y la libertad en muchas naciones. Un mundo pacífico de creciente libertad favorece los intereses estadounidenses a largo plazo [...] Queremos una paz justa – escribía mientras se preparaba para ir a la guerra – para que la represión, el resentimiento y la pobreza sean sustituidos por la esperanza de la democracia, el desarrollo, el libre mercado y el libre comercio...”. HARVEY, D., *El nuevo imperialismo*, *op.cit.*, p.23.

¹¹⁷³ “[A]unque la práctica del imperio está continuamente bañada en sangre, el concepto de imperio siempre está dedicado a la paz: una paz perpetua y universal, que trasciende la historia”. HARDT, M., NEGRI, T., *op.cit.*, p.16.

más que el deseo de cooperación. Pareciera que el multilateralismo que promueven las teorías de la cooperación se situara, al igual que Westfalia, en ese dilema entre imperialismo abierto e imperialismo disimulado.

Desde una posición o filosofía crítica hay que exigir al multilateralismo, aceptando sus loables intenciones, un esfuerzo más para proponer un cambio real en las relaciones internacionales. Es decir, según Keohane, los teóricos tienen cierta obligación de cambiar la realidad que estudian: “los estudiantes de derecho internacional y las organizaciones deberían, por tanto, involucrarse en el estudio de las relaciones transnacionales no solo por el bien del conocimiento de la realidad, sino también para ayudar a cambiar la realidad”.¹¹⁷⁴ La teoría de Keohane aplaude los acuerdos institucionales en la medida en que son un medio útil y eficaz para canalizar el conflicto y, a la vez, satisface las respectivas soberanías estatales. Pero como no propone un proyecto de paz más allá de los acuerdos multilaterales empíricos deja a la teoría un poco huérfana. “No es particularmente útil pensar acerca de las instituciones en términos de “paz a través del derecho” o gobierno mundial”, llega a manifestar.¹¹⁷⁵ Considero que las intenciones teóricas de Keohane quedan claras ante el reconocimiento de esa falta de aspiración a construir una estructura política en la que lo que se desee alcanzar no sean acuerdos concretos, sino la paz misma, es decir, la cooperación misma como tal, como fin y no como medio.

¹¹⁷⁴ KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *op.cit.*, p.349.

¹¹⁷⁵ KEOHANE, R.O., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, *op.cit.*, p.246.

CONCLUSIONES

1. CONCLUSIONES PARCIALES

En la Introducción de este trabajo esboqué la hipótesis central de cada una de las cuatro secciones que lo componen. El desarrollo de esta tesis me permite dar respuesta a esas hipótesis formuladas y extraer además unas conclusiones generales que describo a continuación:

1.1. RESPUESTA A LA HIPÓTESIS DE LA PRIMERA SECCIÓN:

La contradicción conceptual de la política internacional westfaliana: esta primera hipótesis se preguntaba por la supuesta incoherencia del aparato conceptual sobre el que se apoyaba el tratado de Westfalia. Las esperanzas de paz que se inauguraron con la firma de los tratados se vieron frustradas con la instauración de un derecho internacional basado en el mantenimiento de conflictos de baja intensidad en el continente europeo y en el ejercicio de la violencia en los espacios periféricos. La paz solo era posible a partir de la defensa de la guerra, por muy limitada que fuera esta, y el equilibrio del sistema de estados se construyó a partir de la primacía del ente estatal, esto es, de cada uno de los miembros de dicho sistema. Se podría pensar que esto respondía a un desajuste entre teoría y realidad, esto es, que la política pacífica que planteaban los tratados no supo adaptarse a unas circunstancias históricas concretas, las de la Modernidad, que no estaban preparadas para la pacificación. Sin embargo, considero que el problema residió, más bien, en que el propio sistema teórico westfaliano era estructuralmente incoherente porque fundamentaba la paz y el equilibrio en una noción de estado expansiva y totalizadora. Y no solo porque asentara la convivencia interestatal en el interés de estado de cada uno de los soberanos, sino también por todas las consecuencias que se derivaban de ello: porque fundamentaba el equilibrio en la razón de estado de los anteriores y basaba la neutralidad en la existencia de espacios donde no existía dicha neutralidad. De este modo, la razón por la que Westfalia no terminó de ser un sistema pacífico no fue la inadaptación de una teoría coherente a la realidad política, sino la falta de consistencia del propio sistema teórico. Las bases teóricas y conceptuales de Westfalia escondían ya la posibilidad del absolutismo, en el interior, y del imperialismo, en el exterior, y eso permitió que *de facto* dichas dinámicas se desarrollaran con facilidad en el ámbito práctico. Schmitt no habla en ningún

momento de tales incoherencias. Para él la política internacional moderna resultaba congruente y funcional. Era, de hecho, “la expresión más elevada de la humanidad”.¹¹⁷⁶

1.2. RESPUESTA A LA HIPÓTESIS DE LA SEGUNDA SECCIÓN:

- **Las alteraciones sufridas por la soberanía estatal moderna, en concreto la exaltación del sentimiento nacional, provocarán la crisis del *Ius publicum europaeum*.** Durante la Modernidad el estado soberano había sido garantía de la relativa pacificación del continente europeo. El estado era capaz de decidir quién era el enemigo interno y quién el enemigo externo y de aceptar que la hostilidad hacia esos adversarios tenía que alejarse del odio encarnizado, típico del Medievo, para encauzar las relaciones políticas a través del reconocimiento de los contendientes. Ese olvido o alejamiento de la moderación y de la contención está estrechamente relacionado con la emergencia del sentimiento nacional en el seno de los estados modernos que se gesta a partir de la Revolución Francesa y que se expresa abiertamente en el siglo XX. Los instintos viscerales que despertaban las apelaciones a la nación fueron el desencadenante para que se disolviera la formalidad propia de la Modernidad que, aunque falsa o simulada, permitía canalizar la conflictividad internacional. El sentimiento nacional tiene aspiraciones que desbordan lo finito, no se conforma con ambiciones limitadas, sino que aspira a la totalidad. Cuando el estado hizo acopio del material subjetivo y exaltado que ofrecía el sentimiento de la nación, la finitud se fue dejando de lado y emergió un deseo imperial de infinitud contrario a cualquier límite. Esto hizo que se disolvieran las dicotomías clásicas de la política moderna: el enemigo entonces perdió el *status* que le otorgaba el reconocimiento moderno y se convirtió en un criminal; la distinción entre tierra y mar tuvo que dar paso al elemento aire, que potenció la violencia de la guerra; la distinción tripartita tierra/mar/colonias, construida a partir de la preeminencia del estado europeo, dio paso a una consideración homogénea y unitaria del mundo en la que la estatalidad europea perdió su protagonismo y dio paso a otras potencias. De este modo, la guerra dejó de ser contenida y se convirtió en total y mundial.

¹¹⁷⁶ SCHMITT, C., *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p. 181.

1.3. RESPUESTA A LA HIPÓTESIS DE LA TERCERA SECCIÓN:

- **El nexo de unión de las cuatro críticas contemporáneas a la soberanía reside en resaltar el carácter presuntamente totalitario de la soberanía westfaliana.** Cada una de ellas, desde sus presupuestos teóricos, hace resaltar que la exaltación de la soberanía en la Modernidad, así como la teoría que Schmitt construye en torno a ella, acaban teniendo efectos totalizadores. Koskenniemi ha señalado que los discursos jurídicos liberales, de forma innata, alternan constantemente entre la normatividad y la facticidad (entre el utopismo y el apologismo). Por su parte, Teschke introduce una crítica radical al concepto de estado westfaliano que, aunque puede ser puesta en cuestión, resalta el carácter absolutista del ente estatal que surge a partir del siglo XVII. Teschke sostiene que el estado westfaliano no puede identificarse ni con la soberanía moderna, ni con un concepto de territorialidad definida, ni con el capitalismo. Para contemplar esas tres realidades unidas habrá que esperar al siglo XIX. Esto supone un desmontaje del concepto de estado que hemos hilado a lo largo de la tesis. Ahora bien, sin estar del todo acuerdo, es importante analizar las diferentes maneras que tienen los discursos críticos de resaltar las carencias del proyecto político de la Modernidad. Derrida y Foucault, como posmodernos, también señalan los puntos de fractura donde la racionalidad del derecho se quiebra: el primero, mostrando la animalidad que lleva ínsita el concepto de estado y la violencia presente en el derecho; el segundo, desvelando los canales por los que discurre el poder, la imposibilidad de la neutralidad y la presencia constante del conflicto. Que el hilo que una a estas cuatro críticas contemporáneas sea la denuncia del germen totalitario que portaba el paradigma conceptual westfaliano pone de relieve que aquello que se presentó como garantía de paz y coexistencia, el *Ius publicum europaeum*, escondía el potencial de la barbarie y del imperio. Esto muestra una doble gravedad: primero, que ese sistema tuviera ambiciones imperiales, pero, sobre todo, que fuera capaz de ocultarlas y presentarlas como pacíficas en un gran ejercicio de simulacro. Se le suele reprochar a la filosofía de la deconstrucción, y a las teorías críticas en general, que no aportan soluciones, que el diagnóstico que arrojan es extremadamente negativo. Sin embargo, nuestra conclusión es que la propia crítica tiene efectos sobre el poder. Denunciar la estructura incoherente de ciertas políticas también implica solucionar problemas. Que el objetivo que postulan dichas teorías críticas, sea la libertad o la democracia, no sea nunca alcanzable por completo no significa que la deconstrucción no sirva como herramienta para propiciar avances. Implica reconocer

que los ideales normativos nunca se realizan del todo y que por eso hay que estar constantemente luchando por ellos: “El porvenir de la expresión *democracia por venir* no es solamente un indicador de la promesa sino también del carácter aporético de la estructura de la democracia...”.¹¹⁷⁷ Ahora bien, autores como Negri y Hardt, aun destacando las aportaciones de las corrientes críticas, señalan que hay que tener especial cuidado con ellas porque, en su denuncia de la soberanía estatal, podrían obedecer a la lógica del capitalismo, interesado en la ausencia de un centro soberano,¹¹⁷⁸ y convertirse en la opción de aquellos que rechazan el estado: “sería más exacto presentar la teoría posmoderna no como un desafío a la Ilustración ni a la Modernidad en su conjunto, sino específicamente a la tradición de la soberanía moderna”.¹¹⁷⁹ Consideramos que esta sospecha no tiene sentido en el caso de las cuatro teorías críticas presentadas, pues no hay duda de que Koskenniemi, Teschke, Foucault o Derrida tienen un interés claro en hacer frente al sistema, pero no para destruir la soberanía, sino para hacer del estado una institución republicana y democrática. Con todo, y sin pretender esconder mis intenciones críticas y la parcialidad de mi propio punto de vista,¹¹⁸⁰ he de apuntar que esta tesis no ha pretendido ser un alegato en contra del estado. Todo lo contrario, es precisamente por la importancia mediadora que otorgo a la soberanía, que considero que las desviaciones absolutistas de la misma deben ser señaladas y criticadas. Es más, considero que es el estado, y ninguna otra instancia, como el mercado,¹¹⁸¹ puede actuar

¹¹⁷⁷ VERMEREN, P., “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, *Enrahonar Quaderns de Filosofia* 48, 2012, pp. 85-94, p.88. “Se puede ciertamente renunciar al imaginario revolucionario, a la retórica revolucionaria, incluso a una política o a toda política de la revolución, pero no se puede renunciar a la revolución, afirma Derrida, sin renunciar al acontecimiento y a la justicia”. *Ibid.*, p.87.

¹¹⁷⁸ “Al caer las fronteras nacionales, el mercado mundial se libera del tipo de divisiones binarias que habían impuesto los Estados-nación y en ese nuevo espacio libre aparece una miríada de diferencias [...] Cada diferencia es una oportunidad”. HARDT, M. y NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.147-148.

¹¹⁷⁹ *Ibid.*, p.138.

¹¹⁸⁰ Considero que no es posible hablar desde una posición exterior y neutra, sino que los teóricos y académicos están imbuidos de parcialidad a la hora de escribir: “Las relaciones dialécticas entre las múltiples maneras de contar la historia de la filosofía y la formación de los futuros filósofos e historiadores de la filosofía ponen de manifiesto la fuerza de la tesis hegeliana que asegura que todo contar e interpretar el pasado y sus textos consiste necesariamente en narrar desde un determinado prejuicio y tradición”. GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., “Reflexión historiográfica y tradiciones filosóficas: un conflicto sin resolver”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 16, pp. 35-56, p.39.

¹¹⁸¹ “El trasunto es que tampoco el mercado, por sí solo, consigue, ni mucho menos, la anhelada ciudad buena, como implícitamente se pretende hacer creer con la inexorable política privatizadora. Por su naturaleza el mercado no se ocupa de quienes carecen de oportunidades, precisamente lo que es sustancial al estado moderno, para los poderes públicos. De ahí la necesidad, no igual para todos, de mantener en pie a los poderes públicos que generan oportunidades; y también la desigual necesidad de continuar con unos servicios públicos que las propician, en su caso, incluso para los movimientos sociales que pretenden reducir la capacidad de intervención estatal, directa o indirectamente”. FERRI DURÁ, J., “Movimientos sociales y poderes públicos” en ROMAN, P., FERRI, J. (ed.), *Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada*, Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2002, pp.23-44, p.31.

de estructura pacificadora: “[P]ues parece que lo que sí que consigue hacer la política, al menos en un principio, es reducir el riesgo de que se declaren hostilidades, que se rompan relaciones, que se entre en una espiral incontenible de violencia; en definitiva la forma estatal parece que consigue amortiguar, reducir, los conflictos”.¹¹⁸²

1.4.RESPUUESTA A LA HIPÓTESIS DE LA CUARTA SECCIÓN:

- En la contemporaneidad, pese a que el paradigma de la globalización haya sustituido al del *Ius publicum europaeum*, el estado soberano sigue siendo la forma política que canaliza la actividad internacional. Tras las dos guerras mundiales acontecidas en el siglo XX, el *Ius publicum europaeum* quedó clausurado.¹¹⁸³ Lo que toca explicar ahora es el relato de una pérdida: el de un sistema político-jurídico cuyo adiós todavía sigue teniendo consecuencias internacionales. Según Galli, los investigadores deberían dejar de pensar que la Modernidad, con sus esquemas y conceptos, pueden dar respuesta a los problemas de la posmodernidad.¹¹⁸⁴ Hay que aceptar que la Modernidad es el único contexto posible para el desarrollo de las estructuras del *Ius publicum europaeum*. Nietzsche se pregunta en el párrafo 125 de *La Gaya Ciencia*¹¹⁸⁵ acerca de quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte y quién desencadenó al sol de su lugar, en definitiva, cómo ha sido posible la pérdida de los puntos cardinales a través de los cuales se guiaba y orientaba el pensamiento. De igual forma, las claves del esquema político internacional de la Modernidad van desapareciendo y dando lugar a unas nuevas. Pero, se podría llegar a pensar que la herencia del *Ius publicum europaeum* todavía sigue presente de alguna manera, en la medida en que ciertas actividades del mundo contemporáneo tienden a repetir

¹¹⁸² FERRI DURÁ, J., “Del conflicto a la mediación, un recorrido por la evolución de la política y su ciencia”, *Política y Sociedad*, 2013, 50, núm.1, pp.13-38, p.25.

¹¹⁸³ De esto fue muy consciente Schmitt, más aún porque tenía una concepción lineal del tiempo, es decir, no creía en el eterno retorno. Para él cada acontecimiento era singular y cada época tenía su momento y no se repetirá. De ahí sus alabanzas a la concepción del tiempo del cristianismo: “La religión cristiana se distingue esencialmente de todas las demás religiones en que sus misterios no son simples doctrinas, símbolos o mitos, sino acontecimientos históricamente concretos, únicos e irrepetibles. Esta irrupción concreta de lo eterno en el tiempo; ese encuadramiento de lo divino en la humanidad, fue lo que hizo posible la singularidad de lo histórico y, a la vez, nuestra idea de la Historia”. SCHMITT, C., *La unidad del mundo*, op.cit., p.36. Herrero lo explica muy bien en la siguiente cita: “Que la excepción sea lo característico del espíritu humano a diferencia de lo natural [...] es análogo a decir que el reino del espíritu es el lugar de la libertad. La esfera de la libertad no es mecánica, no puede ser determinada, sino que deja lugar a la acción y a la decisión. Es el hombre quien hace la historia y, por eso, ella no es cíclica”. HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.227.

¹¹⁸⁴ Cfr., GALLI, C., *Political spaces and Global War*, op.cit., p.188.

¹¹⁸⁵ NIETZSCHE, F., *La ciencia jovial*, Gredos, Madrid, 2010, p.440.

abiertamente las estructuras westfalianas. Por ejemplo, las organizaciones internacionales aparentan ser plataformas de consenso, pero los acuerdos a los que llegan responden, en última instancia, al dominio que las potencias hegemónicas, como Estados Unidos o China, ejercen sobre las demás. Esta coexistencia aparente que, en el fondo, esconde las pulsiones imperiales de los estados, ¿no se parece al contexto westfaliano? No puede ser idéntico, pero la repetición de ciertos motivos (el de la hegemonía, el de las tendencias imperiales) hace referencia a un pasado, el del *Ius publicum europaeum* que, aunque ya no sirva como clave de interpretación, es necesario asimilar porque de alguna forma, aunque sea como recuerdo, todavía sigue presente: “Westfalia es nuestra herencia, por eso es necesario estudiarla: el ascenso y la caída de anteriores órdenes mundiales fundamentados en muchos Estados, desde la Paz de Westfalia hasta nuestra época, es la única experiencia en que podemos basarnos para tratar de comprender los desafíos a los que se enfrentan los estadistas contemporáneos”.¹¹⁸⁶

2. CONCLUSIONES FINALES

- **La funcionalidad del sistema político westfaliano.** El sistema westfaliano, como todo constructo político humano, adoleció de irracionalidades y sinsentidos, pero, al fin y al cabo, resultó funcional durante al menos tres siglos (siglos XVII, XVIII y XIX). En la medida en que generó, aunque fuera a través de la simulación, un clima de contención y limitación, acabó generando un cierto freno a la guerra total. En ese sentido, la teoría de Schmitt merece reconocimiento por haber visualizado las ganancias que otorgaba este sistema. Por eso, se puede considerar que el contexto westfaliano fue un intento a medias fallido y a medias logrado de mantener una cierta paz. Logró evitar la repetición de las guerras de religión pero no pudo evitar que la violencia se desarrollara en espacios periféricos – por no hablar de las consecuencias del absolutismo en el seno del continente europeo –. Y lo que es más grave, a nivel teórico no construyó un sistema jurídico pacífico coherente. El estado soberano como axioma ontológico a partir del cual justificar y derivar toda acción política sólo podía conducir a consecuencias totalizantes e imperialistas. Con todo, quizás Westfalia, al canalizar la vida política de

¹¹⁸⁶ KISSINGER, H., *Diplomacia*, op.cit., p.20.

una época, entregó su mejor funcionalidad, aunque no por ello debamos dejar de resaltar sus contradicciones. Todo esto no puede sino recordarnos al chiste que cuenta Woody Allen al final de la película *Annie Hall*: “Un tipo va al psiquiatra y dice: -Doctor, mi hermano está loco, cree que es una gallina. Y el doctor dice: -¿Por qué no lo interna? - Lo haría, pero necesito los huevos. Bueno, supongo que eso es lo que siento sobre las relaciones [internacionales], ya sabéis, son totalmente irracionales, locas y absurdas... Pero supongo que seguimos con ellas porque la mayoría necesitamos los huevos”.

- El estado y la guerra como matrices del estudio de las relaciones interestatales schmittianas. A la hora de estudiar la teoría internacional de Carl Schmitt surge un interrogante: ¿cuál es el concepto central que articula todos los demás? A lo largo de la tesis he sostenido que es el concepto de estado el que estructura el pensamiento schmittiano. Autoras como Montserrat Herrero consideran que la noción clave en Schmitt es la de *nomos*, pues serviría para articular toda su teoría, incluso tras la decadencia de la estatalidad.¹¹⁸⁷ Otros, como Ramón Campderrich plantean una estrecha relación en Schmitt entre la política y la guerra, dado que la distinción amigo-enemigo es el fundamento de su noción de lo político.¹¹⁸⁸ Aceptamos, con Herrero y Campderrich, que no podemos entender la política internacional de Schmitt sin recurrir a la evolución del concepto de *nomos* y guerra, pero siempre teniendo de fondo la preeminencia del concepto de estado. El estado es la instancia capaz de lograr la pacificación en el interior del estado y, así evitar la guerra civil, y de plantear las condiciones de la guerra exterior, decidiendo en cada caso quién sea el amigo y el enemigo. Incluso con el declive de la estatalidad, la fórmula “estado” sigue siendo la más aceptable para Schmitt, su teoría de los grandes espacios no deja de ser una fórmula pseudo-estatal adaptada a un contexto post-*Ius publicum europaeum*.

¹¹⁸⁷ “Ahora bien, aunque el Estado se puede considerar el punto de referencia contextual de su pensamiento, no es el punto de referencia de la lógica interna del mismo, el cual nos parece ser, como ya dijimos, el *nomos*. El *nomos* es una categoría, el estado un concepto histórico. Además, es preciso notar que su teoría es más que una teoría acerca del estado. El estado es el punto de partida histórico que Schmitt utiliza para la elaboración de conceptos de carácter más universal, como el de unidad política. Si no fuera así, toda su teoría caería con la caída del estado, y no parece que vaya a ser así”. HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.363.

¹¹⁸⁸ “La matización schmittiana acerca de su posición en cuanto a la relación entre “lo político” y la guerra no logra ocultar la tendencia manifiesta que recorre *El concepto de lo político* a asociar la política genuina con la guerra y la violencia; al contrario, la pone en evidencia: aunque “lo político” no sea equivalente a actividad bélica permanente, tiene siempre como referente necesario a la guerra, la cual reviste el carácter de manifestación prototípica de “lo político””. CAMPDERRICH, R., *La palabra de Behemoth. Derecho, política y orden internacional en la obra de Carl Schmitt*, op.cit., pp.43-44.

- **En Schmitt, la forma en la que se concibe al enemigo determina la mayor o menor crueldad de la guerra.** Al igual que en el tránsito de la guerra religiosa a la guerra moderna se da un viraje del *inimicus* al *iustus hostis* y esto implica la moderación de la violencia hacia el adversario que se convierte en “enemigo”, en el tránsito de la guerra moderna a la guerra del siglo XX se advierte un paso del conflicto limitado a una guerra total aniquiladora que convierte al anterior “enemigo” en “criminal”. El sentido de esto hay que hallarlo, una vez más, en la transición de lo finito a lo infinito. Las aspiraciones falsamente finitas de los estados modernos tenían que responder a la lógica del simulacro de la coexistencia. Esto exigía la moderación aparente de las ambiciones estatales, lo cual incluía el tratamiento adecuado al contendiente, su reconocimiento como enemigo y la aceptación de que el rechazo hacia ese adversario debía ser contenido porque ya existía un espacio, las colonias, donde ejercer una violencia total. Pero cuando el *Ius publicum europaeum* llega a su fin, la moralización vuelve a entrar en la escena internacional y las aspiraciones se vuelven universales, es decir, infinitas, porque vuelven a responder al esquema de la causa justa (de la democracia, de la libertad, etc.). Aquel que se presentaba como enemigo de dichas causas no merecía un rechazo contenido, sino que era merecedor del más absoluto desprecio. La ilimitación de la causa defendida iba unida a la ilimitación del descrédito del adversario. La diferenciación de espacios propia del contexto westfaliano permitía la existencia de lugares, los espacios periféricos, donde dar rienda suelta a la agresividad del estado. Pero la homogeneización del espacio propia del siglo XX permitió que Europa pudiera ser también escenario de violencia. Además, se produce un doble movimiento en la criminalización: al mismo tiempo que el enemigo es criminalizado, la guerra misma también lo es. La proclama universalista y pacifista de organizaciones internacionales como la Sociedad de Naciones obligaba a criminalizar a todo aquello que se opusiera a esas demandas humanitarias: la guerra misma y aquellos que la llevaban a cabo. Pero esto generó una paradoja, muy criticable a ojos de Schmitt: la guerra estaba prohibida, pero las acciones contra aquellos que la llevaran a cabo, considerados criminales, podían ser igual de aniquiladoras que la propia guerra. Al echar una mirada a la actualidad se observa que el enemigo, además de ser considerado criminal, es tildado de terrorista. Se advierte además un fenómeno proto-medieval: la vuelta a las apelaciones a la religión por parte de algunos actores de la política internacional. Muchos ciudadanos encuentran en el islam radical antimodernista un catalizador del descontento producido por la corrupción de sus gobiernos, la falta de perspectivas laborales y el fracaso del

nacionalismo y el comunismo árabes.¹¹⁸⁹ Ya en su día, Foucault manifestó un profundo interés por la Revolución Iraní de 1979, que más tarde tuvo que matizar. Lo que llamó su atención de ese histórico fenómeno fue el potencial simbólico de una masa que salió a la calle de forma masiva, no sólo para protestar contra un soberano – en este caso, el sha de Persia – sino para reclamar la llegada de otro soberano, el soberano religioso: “La situación en Irán parece pender de un gran combate entre dos personajes con blasones tradicionales: el rey y el santo, el soberano en armas y el exiliado desvalido; el déspota frente a un hombre que se subleva con las manos desnudas, aclamado por un pueblo”.¹¹⁹⁰ Así, Foucault parecía adivinar la vuelta de motivos religioso-políticos a la escena internacional, la vuelta a los santos, la vuelta al espiritualismo. “¿Qué sentido tiene para los hombres que habitan la tierra buscar, incluso por el precio de su vida, aquello cuya posibilidad hemos olvidado desde el Renacimiento y las grandes crisis del cristianismo: una espiritualidad política? Oigo ya reír a los franceses, pero yo sé que están equivocados”.¹¹⁹¹

- La falaz dicotomía schmittiana: o conflicto mitigado o violencia total. La alternativa dicotómica que bosqueja Schmitt, tanto para el escenario de la Modernidad como de la Contemporaneidad, es falaz. El dilema, tal como lo plantea Schmitt, podría resumirse en lo siguiente: ¿Imperio o Westfalia? o, lo que es lo mismo, ¿totalidad o limitación? Para Schmitt esa totalidad cobra forma tanto a través del imperialismo como del pacifismo.¹¹⁹² Frente a ella solo cabe la contención y la aceptación de que un enfrentamiento minimizado es preferible a una lucha encarnizada. Pero este planteamiento olvida que existe, al menos, una tercera opción posible, la del republicanismo, la de la creación de estructuras democráticas tanto a nivel interno como externo, la de la solidaridad interestatal. Que Westfalia fuese la única solución para mantener el conflicto, tal como lo plantea Schmitt, es teóricamente falso. Había la

¹¹⁸⁹ “[L]o que une de manera más coherente a los fundamentalismos islámicos es el hecho de oponerse resueltamente a la modernidad y a la modernización”. HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.143.

¹¹⁹⁰ FOUCAULT, M., “A quoi rêvent les Iraniens ?”, *Le Nouvel Observateur*, no 727, 16- 22 octobre 1978, pp. 48- 49. Dits Ecrits Tome III texte n°245 extraído de <http://libertaire.free.fr/MFoucault143.html>

¹¹⁹¹ *Idem*.

¹¹⁹² “La crítica del “humanitarismo” es, pues, la fórmula de batalla empleada por Schmitt en su particular cruzada contra la moral universalista. Sobre esa noción vierte toda su afamada mordacidad. Del mismo modo procede con los derechos humanos y con el pacifismo jurídico, pues todos ellos no serían sino instrumentos ideológicos al servicio de un proyecto de dominación mundial”. VELASCO, J.C., “Habermas, lector de Schmitt”, *op.cit.*

posibilidad de plantear opciones democráticas y comunitarias.¹¹⁹³ Pero Schmitt construye todo su aparato teórico en torno a la necesidad ontológica del paradigma westfaliano para el contexto internacional de la Modernidad. Al plantear como necesario lo que pudo haber sido de otra manera, no deja opción al desarrollo de otras alternativas distintas a la guerra limitada moderna. Viene a decir que como la realidad está atravesada por el conflicto, el conflicto no puede sino permanecer, siendo la única opción el contenerlo. No negamos que su lectura sea correcta, ni que su nostalgia por el *Ius publicum europaeum* sea comprensible,¹¹⁹⁴ pero eso no significa que no se puedan plantear otras salidas a nivel teórico. Es más, sostenemos que son necesarias y esa necesidad Schmitt nunca la planteó, como bien señala Habermas:

Según la concepción de Schmitt, el pacifismo legalista conduce inevitablemente a una violencia desenfrenada, porque Schmitt parte tácitamente de la convicción de que *todo* intento de domesticar jurídicamente la violencia bélica debe fracasar, debido a la incommensurabilidad de las distintas concepciones de la justicia. Los Estados o naciones que compiten entre sí no pueden ponerse de acuerdo sobre ninguna concepción de la justicia (y mucho menos sobre los conceptos liberales de democracia y derechos humanos). Ahora bien, Schmitt nunca ofreció una fundamentación filosófica de esta tesis. En lugar de ello, el no-cognitismo de Schmitt se apoya en un concepto existencialista de “lo político”.¹¹⁹⁵

- Territorio y espacio como condición de posibilidad de la política internacional: en uno de sus escritos Schmitt relata su asombro ante la cantidad de “soberanías” que atraviesa uno en pocas horas cuando viaja en avión.¹¹⁹⁶ Esta afirmación no es banal, sino que expresa la forma en la que la técnica y la globalización han disuelto la forma tradicional de concebir la territorialidad. Precisamente, uno de los tópicos que ha servido de guía a esta tesis ha sido la influencia de las formas espaciales en las prácticas políticas. “Para nosotros, ni hay ideas políticas a-espaciales ni, recíprocamente, espacios

¹¹⁹³ En las palabras de Adam Sitze, en las que comenta el rechazo de Carlo Galli al contexto westfaliano, hallamos un buen resumen acerca de la existencia de otras alternativas: “Para Galli, el *Ius publicum europaeum* no fue trágico porque fuera “imposible pero necesario”, sino al contrario, porque *nunca fue necesario en primer lugar*, y porque su *falsa* necesidad se incautó de una multitud de posibilidades teóricas, institucionales y prácticas para la política”. SITZE, A., “Editor’s Introduction”, *op.cit.*, p.lxxx.

¹¹⁹⁴ “Es el mundo de ayer lo que él añora, aquel en el que los estados se reconocían como igualmente habilitados para recurrir a la fuerza, sin que una moral vulgar viniera a perturbar su apreciación soberana. Según él, era un mundo de medida, regulado por un derecho garantizado por el estado, que algunos juzgarían superficial pero que estaba fundado en un orden concreto”. FERNANDEZ, J., “Du côté sombre de la Cour pénale internationale : revenir à Carl Schmitt?” en SUR, S., *Carl Schmitt. Concepts et usages*, *op.cit.*, pp.156-171, p.160.

¹¹⁹⁵ HABERMAS, J., “La constitucionalización del derecho internacional”, *op.cit.*, p.184.

¹¹⁹⁶ *Cfr.*, SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law”, *op.cit.*, p.108.

sin ideas o principios espaciales sin ideas”, afirmaba Schmitt.¹¹⁹⁷ La labor del geógrafo en la Modernidad está estrechamente unida a la actividad política. El cartógrafo se convierte en el paladín del soberano. En el trazado de las fronteras estatales europeas se genera una distinción entre el adentro y el afuera que permitirá delimitar el alcance de poder de cada soberano. Pero esto se pone aún más de manifiesto más allá de las fronteras europeas, precisamente en la conformación de una imagen global dividida en tres espacios: el continente europeo, el mar y las colonias. Esta distinción geográfica produce efectos políticos porque delinea los espacios donde sí rige el derecho – y, por tanto, donde los conflictos entre estados son moderados – y las áreas donde no lo hace. Es decir, el trazado entre un adentro y un afuera respecto del continente europeo determina el grado de violencia de la conflictividad. Podríamos afirmar que esta disposición político-espacial funciona en círculos concéntricos de manera que, a medida que nos alejamos del área interna del estado, el conflicto es más permisible. En el interior, la necesidad de la paz civil excluye la posibilidad de la guerra. En el continente europeo no se producen batallas exacerbadas, sino conflictos enmarcados en el contexto de las normas del *Ius publicum europaeum*. Y fuera del continente, tanto en el mar como en las colonias, la guerra puede ser encarnizada porque no hay derecho que la regule. Esta división espacial es la manifestación del *nomos* de la tierra propio de la Modernidad, es decir, de su ordenación jurídico-política, y queda muy bien explicada en Schmitt con su distinción entre guerras terrestres y guerras marítimas. Pero en el momento en el que el aire se convierte en el elemento clave de la actividad bélica, el *Ius publicum europaeum* queda despedazado. De ello se puede concluir que, tal vez, el derecho público tenía algo que ver con el espacio bajo condiciones cartesianas, que una concepción finita del espacio generaba conflictos limitados (en el continente europeo se entiende). Cuando a partir de finales del siglo XIX y principios del XX la política estatal ya no disimule sus ambiciones y se convierta abiertamente en política de expansión y la distinción entre un exterior donde ejercer la guerra y un interior pacificado se disuelva, se perderá la finitud de la guerra y del espacio. El territorio europeo también se convertirá en campo de batalla a partir de las dos guerras mundiales. A partir del reconocimiento de la estatalidad del Congo, al aceptar que existe una entidad con la forma “estado” fuera del continente europeo, comienza a producirse la homogeneización del espacio. Esto resulta terrible para Schmitt. Por un lado, por las

¹¹⁹⁷ *Ibid.*, p.87.

consecuencias anti-europeas que esto pone en juego, ya que Europa dejará de ser el fiel de la balanza, el punto de referencia a partir del cual se pueda hablar de derecho internacional. No hay que olvidar que hasta ese momento estatalidad y Europa eran sinónimos. Reconocer que existen estados en otros continentes abre el espacio para que otros soberanos, como Estados Unidos, disputen la hegemonía a Europa. Por otro lado, hay que subrayar que Schmitt no entiende una política desligada de la tierra, esto es, que no atiende a las particularidades propias y únicas de cada contexto. La forma “estado” era específicamente europea y trasladarla a otros contextos como el colonial significaba no entender la particularidad del surgimiento de las formas políticas. Los estados europeos habían recorrido un largo camino para configurarse como soberanos. La estatalidad, insistimos, era para Schmitt una especificidad de la política europea porque cada forma de ordenación de la tierra engendraba diferentes maneras de hacer política.¹¹⁹⁸ Ya en el siglo XXI, la globalización contemporánea continuará la senda de la ilimitación político-espacial. El espacio adquirirá rasgos difusos, en red y no-finitos y las guerras no serán contenidas, ni a nivel espacial (pues los conflictos tendrán efectos en cualquier punto del globo, incluso en estados aparentemente pacificados) ni tampoco en cuanto a sus participantes (que ya no serán únicamente estados, sino además grupos empresariales, organizaciones transnacionales, grupos terroristas, etc.). Esta visión es compartida por Galli, que habla de un espacio “que es ya paradójico y no euclideo [...] recorrido no por fronteras sino por fracturas que ponen en comunicación inmediata espacios y tiempos distintos: las cavernas de Afganistán y las Torres Gemelas de Nueva York, la civilización tribal arcaica y la hipermodernidad avanzada”.¹¹⁹⁹ O en palabras de Foucault: “La época actual es más bien la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, del lado a lado, de lo disperso”.¹²⁰⁰

¹¹⁹⁸ La copia o el traslado hueco de esa forma “estado” a lugares que no han visto germinar su evolución, carece de sentido. Hasta la paz, para Schmitt, tiene un componente telúrico, pues la paz se construye desde el contexto concreto de cada estado, nunca viene impuesta desde fuera, por otros estados, o desde arriba, por organizaciones internacionales. “Una palabra como “paz”, que desde el siglo XIX se ha convertido en parte en una vaguedad emocional, en parte en un término intelectualmente abstracto, siempre reside en todo caso en el concepto de orden de la Edad Media germana como un concepto locacional y, por tanto, concreto: como paz de la casa, paz de la iglesia, paz de la tierra”. SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law”, *op.cit.*, p.124

¹¹⁹⁹ GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.187.

¹²⁰⁰ FOUCAULT, M., “Des espaces autres” (conferencia de 1967), en “Architecture, Mouvement, Continuité”, n°5, oct. 1984, pp. 46-49. Dits Ecrits IV, texto n°360 extraído de la web <http://libertaire.free.fr/MFoucault120.html>

- **Virtualidad y mantenimiento de la soberanía.** El contexto en el que se enmarca la política del siglo XXI está marcado por el declive de la soberanía estatal. Pero la era de la gobernanza no ha supuesto la desaparición definitiva del estado soberano. El estado sigue siendo el protagonista de las relaciones internacionales pero hay al menos dos elementos que permiten hablar de su decadencia y que tienen que ver con lo que le es más propio, esto es, con su capacidad de decisión: la aparición de entidades no estatales con capacidad de decisión (como agentes privados, organizaciones transnacionales o grupos terroristas) y el surgimiento del ámbito virtual como espacio o estructura donde también se desarrollan la política y la economía (“En su forma ideal, no existe lo exterior al mercado mundial: todo el planeta es su dominio”¹²⁰¹). Gracias al desarrollo de la tecnología, la estructura de lo virtual rompe el esquema moderno epistemológico espacial y acaba con el esquema de la mediación. La inmediatez de lo virtual elimina la estructura de contención que suponía el estado en la Modernidad, desaparece la necesidad de conectar la trascendencia con la inmanencia porque lo virtual permite el acceso directo a lo inmanente. El poder ya no se ejerce mostrándose como un artificio colosal, como la gran máquina del Leviatán que es capaz de ordenar y ejecutar gracias a su grandeza, sino que “funciona” y tiene efectos que no se muestran en la experiencia de la ostentación del tamaño.¹²⁰² Algunas fronteras, como las económicas o las virtuales, tienen un carácter poroso y difuso, pero eso no significa que el control que despliegan sea menor que el de las fronteras físicas,¹²⁰³ sino que pueden ejercer las mismas funciones de exclusión e inclusión.¹²⁰⁴ El drama de los refugiados, por ejemplo, nos muestra que pese al carácter transnacional que pueda tener el espacio Schengen, los

¹²⁰¹ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit., p.190.

¹²⁰² “[L]o más pequeño de la miniaturización se disocia de lo más grande pero puede seguir asociándose a lo más alto [...] El poder en general, el poder soberano como todo poder en particular no se deja determinar en la casilla oposicional de lo grande y de lo pequeño”. DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, op.cit., pp.347-348.

¹²⁰³ Es más, las fronteras físicas existen en la medida en que pueden ser de nuevo demandadas y reestablecidas: “Nada ilustra mejor la manera en que la norma ha subsumido la Ley que la manera en que los viejos Estados territoriales de Europa han “abolido” sus fronteras, en favor de los acuerdos de Schengen. La abolición de las fronteras de la que se trata aquí, es decir, la renuncia al atributo más sagrado del Estado moderno, no tiene naturalmente el sentido de su desaparición efectiva, sino que por el contrario significa la posibilidad permanente de su restauración, a merced de las circunstancias”. TIQQUN, *Introducción a la guerra civil*, op.cit., Glosa 53.

¹²⁰⁴ “Las fronteras regulan y estructuran las relaciones entre capital, trabajo, derecho, sujetos y poder político incluso en ocasiones en las que no están demarcadas por muros u otras fortificaciones [...] las funciones regulativas y el poder simbólico de las fronteras evalúa la barrera entre soberanía y formas más flexibles de gobernanza global”. MEZZADRA, S. y NEILSON, B., *Border as Method*, Duke University Press, Durham and London, 2013, p. 8. apud TUCCI, A., “Crossing the Borders of Governance” en *Soft Power Revista euro-americana de teoría e historia de la política*, Volumen 1, núm.1, enero-junio, 2014, pp.59-72, p.64.

estados pueden decidir de *motu proprio* paralizar esa legalidad internacional y cerrar sus fronteras, esto es, ejercer su soberanía del modo más tradicional posible. La era cibernética también permite la participación activa de sectores no incluidos en la órbita de poder del estado, como la sociedad civil. El carácter instrumental de la red deja que actores no estatales aprovechen las rendijas por las que puede quebrar el sistema y a la vez posibilita que el estado – y el mercado – la utilice como instrumento de dominación. Además, lo virtual altera las condiciones espacio-temporales de la acción, determinadas ahora, según Sassen, por la variable “velocidad”.¹²⁰⁵ Los procesos virtuales se multiplican cada segundo (creación de páginas webs, envío de datos y de información, etc.) a una velocidad casi incomprensible para la mente humana. Esta forma de concebir el tiempo no es un cambio de grado – como pudo serlo el paso de desplazarse en coche a desplazarse en avión –, sino que la velocidad extrema de lo cibernético no es accesible a la intuición, se escapa del campo perceptivo de nuestro razonamiento limitado a unas coordenadas espacio-temporales finitas. Internet se aproxima al ámbito de la infinitud, no sólo por su velocidad, sino por sus infinitas posibilidades de multiplicación y su duración eterna. Esta infinitud acarrea los riesgos de todo aquello que se presenta como ilimitado: sus efectos totalizantes y dominadores.

PERSPECTIVAS FUTURAS

Son muchos los temas que han quedado por desarrollar en profundidad en esta tesis (la estructura de las organizaciones internacionales, los derechos humanos, la crisis de los refugiados o de la socialdemocracia, el debate Schmitt – Kelsen, etc.). En un futuro me gustaría seguir analizando lo que las teorías contemporáneas tienen que decir acerca de la conflictividad contemporánea y de las nuevas formas que adquiere el ejercicio de la violencia. He señalado a lo largo de la tesis que un estudio acerca de las relaciones internacionales carece de sentido si no comienza reconociendo sus orígenes y la herencia de sus padres. Gran parte de esta tesis ha estado dedicada a saldar esa deuda con el pasado. Pero si bien los problemas contemporáneos requieren miradas a la Modernidad, las soluciones deben ser contemporáneas. Como ya he señalado a lo largo de la tesis, existe una pléyade de teorías políticas contemporáneas que intentan dar respuestas a los problemas de la actualidad. Me he centrado en algunas de ellas, pero lo

¹²⁰⁵ SASSEN, S., *Territory. Authority. Rights. From Medieval to Global Assemblages*, Princeton University Press, Princeton, 2006, p.473.

he hecho desde la perspectiva de cómo enfocaban la problemática *del Ius publicum europaeum*. Una vez reconocido y superado (si es que acaso alguna vez se puede superar) el legado westfaliano, me gustaría estudiar en un futuro esas mismas corrientes – *Critical Legal Theory*, *Sociología Histórica Internacional*, etc. – respecto a lo que específicamente tienen que decir de nuestras preocupaciones actuales. Junto a ellas, desearía prestar una especial atención a la teoría del pacifismo jurídico, pues la mirada kantiana con la que plantean su estudio de lo internacional me parece, hoy más que nunca, necesaria. También me gustaría detenerme más en las teorías de Derrida y Foucault, pues su aportación teórica es mucho mayor de lo que ha podido quedar reflejado en esta tesis, al igual que en las de autores como Habermas, Arendt, Benhabib, Laclau, Mouffe y otros muchos filósofos que han tenido o tienen la habilidad de leer la actualidad internacional en clave conceptual.

ANEXO 1: Extracto del Tratado de Paz de Westfalia.

Presento a continuación un extracto del Tratado de la Paz de Westfalia, firmado en Münster y Osnabrück en 1648. Resulta curioso comprobar la dificultad de encontrar una traducción del tratado en lengua castellana. Los fragmentos que se muestran a continuación pertenecen a la versión inglesa, ofrecida por la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale,¹²⁰⁶ pues considero que es una fuente de renombre.

El análisis crítico de dicho tratado se encuentra en el primer capítulo de la primera sección de esta tesis. El subrayado es personal y remite a los conceptos que se pretenden resaltar en dicho capítulo.

La selección de artículos no puede ser más amplia debido a que la extensión de este trabajo no lo permite. Considero que los que se pueden leer a continuación son los más representativos de la filosofía política de la época que exponemos conceptualmente en la primera parte de la tesis.

Peace Treaty between the Holy Roman Emperor and the King of France and their respective Allies.

In the name of the most holy and individual Trinity: Be it known to all, and every one whom it may concern, or to whom in any manner it may belong, That for many Years past, Discords and Civil Divisions being stir'd up in the Roman Empire, which increas'd to such a degree, that not only all Germany, but also the neighbouring Kingdoms, and France particularly, have been involv'd in the Disorders of a long and cruel War: And in the first place, between the most Serene and most Puissant Prince and Lord, Ferdinand the Second, of famous Memory, elected Roman Emperor, always August, King of Germany, Hungary, Bohemia, Dalmatia, Croatia, Slavonia, Arch-Duke of Austria, Duke of Burgundy, Brabant, Styria, Carinthia, Carniola, Marquiss of Moravia, Duke of Luxemburgh, the Higher and Lower Silesia, of Wirtemberg and Teck, Prince of Suabia, Count of Hapsburg, Tirol, Kyburg and Goritia, Marquiss of the Sacred Roman Empire, Lord of Burgovia, of the Higher and Lower Lusace, of the Marquisate of Slavonia, of Port Naon and Salines, with his Allies and Adherents on one side; and the most Serene, and the most Puissant Prince, Lewis the Thirteenth, most Christian King of France and Navarre, with his Allies and Adherents on the other side. And after their Decease, between the most Serene and Puissant Prince and Lord, Ferdinand the Third, elected Roman Emperor, always August, King of Germany, Hungary, Bohemia, Dalmatia,

¹²⁰⁶ Yale Law School, Lillian Goldman Law Library, The Avalon Project, Documents in Law, History and Diplomacy, http://avalon.law.yale.edu/17th_century/westphal.asp.

Croatia, Slavonia, Arch-Duke of Austria, Duke of Burgundy, Brabant, Styria, Carinthia, Carniola, Marquiss of Moravia, Duke of Luxemburg, of the Higher and Lower Silesia, of Wirtemberg and Teck, Prince of Suabia, Count of Hapsburg, Tirol, Kyburg and Goritia, Marquiss of the Sacred Roman Empire, Burgovia, the Higher and Lower Lusace, Lord of the Marquisate of Slavonia, of Port Naon and Salines, with his Allies and Adherents on the one side; and the most Serene and most Puissant Prince and Lord, Lewis the Fourteenth, most Christian King of France and Navarre, with his Allies and Adherents on the other side: from whence ensu'd great Effusion of Christian Blood, and the Desolation of several Provinces. It has at last happen'd, by the effect of Divine Goodness, seconded by the Endeavours of the most Serene Republick of Venice, who in this sad time, when all Christendom is imbroil'd, has not ceas'd to contribute its Counsels for the publick Welfare and Tranquillity; so that on the side, and the other, they have form'd Thoughts of an universal Peace. And for this purpose, by a mutual Agreement and Covenant of both Partys, in the year of our Lord 1641. the 25th of December, N.S. or the 15th O.S. it was resolv'd at Hamburgh, to hold an Assembly of Plenipotentiary Ambassadors, who should render themselves at Munster and Osnabrug in Westphalia the 11th of July, N.S. or the 1st of the said month O.S. in the year 1643. The Plenipotentiary Ambassadors on the one side, and the other, duly establish'd, appearing at the prefixt time, and on the behalf of his Imperial Majesty, the most illustrious and most excellent Lord, Maximilian Count of Trautmansdorf and Weinsberg, Baron of Gleichenberg, Neustadt, Negan, Burgau, and Torzenbach, Lord of Teinitz, Knight of the Golden Fleece, Privy Counsellor and Chamberlain to his Imperial Sacred Majesty, and Steward of his Houshold; the Lord John Lewis, Count of Nassau, Catzenellebogen, Vianden, and Dietz, Lord of Bilstein, Privy Counsellor to the Emperor, and Knight of the Golden Fleece; Monsieur Isaac Volmamarus, Doctor of Law, Counsellor, and President in the Chamber of the most Serene Lord Arch-Duke Ferdinand Charles. And on the behalf of the most Christian King, the most eminent Prince and Lord, Henry of Orleans, Duke of Longueville, and Estouteville, Prince and Sovereign Count of Neuschaftel, Count of Dunois and Tancerville, Hereditary Constable of Normandy, Governor and Lieutenant-General of the same Province, Captain of the Cent Hommes d'Arms, and Knight of the King's Orders, &c. as also the most illustrious and most excellent Lords, Claude de Mesmes, Count d'Avaux, Commander of the said King's Orders, one of the Superintendents of the Finances, and Minister of the Kingdom of France &c. and Abel Servien, Count la Roche of Aubiers, also one of the Ministers of the Kingdom of France. And by the Mediation and Interposition of the most illustrious and most excellent Ambassador and Senator of Venice, Aloysius Contarini Knight, who for the space of five Years, or thereabouts, with great Diligence, and a Spirit intirely impartial, has been inclin'd to be a Mediator in these Affairs. After having implor'd the Divine Assistance, and receiv'd a reciprocal Communication of Letters, Commissions, and full Powers, the Copys of which are inserted at the end of this Treaty, in the presence and with the consent of the Electors of the Sacred Roman Empire, the other Princes and States, to the Glory of God, and the Benefit of the Christian World, the following Articles have been agreed on and consented to, and the same run thus.

I.

That there shall be a Christian and Universal Peace, and a perpetual, true, and sincere Amity, between his Sacred Imperial Majesty, and his most Christian Majesty; as also, between all and each of the Allies, and Adherents of his said Imperial Majesty, the

House of Austria, and its Heirs, and Successors; but chiefly between the Electors, Princes, and States of the Empire on the one side; and all and each of the Allies of his said Christian Majesty, and all their Heirs and Successors, chiefly between the most Serene Queen and Kingdom of Swedeland, the Electors respectively, the Princes and States of the Empire, on the other part. That this Peace and Amity be observ'd and cultivated with such a Sincerity and Zeal, that each Party shall endeavour to procure the Benefit, Honour and Advantage of the other; that thus on all sides they may see this Peace and Friendship in the Roman Empire, and the Kingdom of France flourish, by entertaining a good and faithful Neighbourhood.

II.

That there shall be on the one side and the other a perpetual Oblivion, Amnesty, or Pardon of all that has been committed since the beginning of these Troubles, in what place, or what manner soever the Hostilitys have been practis'd, in such a manner, that no body, under any pretext whatsoever, shall practice any Acts of Hostility, entertain any Enmity, or cause any Trouble to each other; neither as to Persons, Effects and Securitys, neither of themselves or by others, neither privately nor openly, neither directly nor indirectly, neither under the colour of Right, nor by the way of Deed, either within or without the extent of the Empire, notwithstanding all Covenants made before to the contrary: That they shall not act, or permit to be acted, any wrong or injury to any whatsoever; but that all that has pass'd on the one side, and the other, as well before as during the War, in Words, Writings, and Outrageous Actions, in Violences, Hostilitys, Damages and Expences, without any respect to Persons or Things, shall be entirely abolish'd in such a manner that all that might be demanded of, or pretended to, by each other on that behalf, shall be bury'd in eternal Oblivion.

III.

And that a reciprocal Amity between the Emperor, and the Most Christian King, the Electors, Princes and States of the Empire, may be maintain'd so much the more firm and sincere (to say nothing at present of the Article of Security, which will be mention'd hereafter) the one shall never assist the present or future Enemys of the other under any Title or Pretence whatsoever, either with Arms, Money, Soldiers, or any sort of Ammunition; nor no one, who is a Member of this Pacification, shall suffer any Enemys Troops to retire thro' or sojourn in his Country.

IV.

That the Circle of Burgundy shall be and continue a Member of the Empire, after the Disputes between France and Spain (comprehended in this Treaty) shall be terminated. That nevertheless, neither the Emperor, nor any of the States of the Empire, shall meddle with the Wars which are now on foot between them. That if for the future any Dispute arises between these two Kingdoms, the above said reciprocal Obligation of not aiding each others Enemys, shall always continue firm between the Empire and the Kingdom of France, but yet so as that it shall be free for the States to succour; without the bounds of the Empire, such or such Kingdoms, but still according to the Constitutions of the Empire.

V.

That the Controversy touching Lorain shall be refer'd to Arbitrators nominated by both sides, or it shall be terminated by a Treaty between France and Spain, or by some other friendly means; and it shall be free as well for the Emperor, as Electors, Princes and States of the Empire, to aid and advance this Agreement by an amicable Interposition, and other Offices of Pacification, without using the force of Arms.

XXVIII.

That those of the Confession of Augsburg, and particularly the Inhabitants of Oppenheim, shall be put in possession again of their Churches, and Ecclesiastical Estates, as they were in the Year 1624. as also that all others of the said Confession of Augsburg, who shall demand it, shall have the free Exercise of their Religion, as well in publick Churches at the appointed Hours, as in private in their own Houses, or in others chosen for this purpose by their Ministers, or by those of their Neighbours, preaching the Word of God.

XXXVIII.

That if Debtors have by force got some Bonds from their Creditors, the same shall be restor'd, but not with prejudice to their Rights.

XLIV.

But for those who are Subjects and Hereditary Vassals of the Emperor, and of the House of Austria, they shall really have the benefit of the Amnesty, as for their Persons, Life, Reputation, Honours: and they may return with Safety to their former Country; but they shall be oblig'd to conform, and submit themselves to the Laws of the Realms, or particular Provinces they shall belong to.

XLIX.

And since for the greater Tranquillity of the Empire, in its general Assemblys of Peace, a certain Agreement has been made between the Emperor, Princes and States .of the Empire, which has been inserted in the Instrument and Treaty of Peace, concluded with the Plenipotentiarys of the Queen and Crown of Swedeland, touching the Differences about Ecclesiastical Lands, and the Liberty of the Exercise of Religion; it has been found expedient to confirm, and ratify it by this present Treaty, in the same manner as the abovesaid Agreement has been made with the said Crown of Swedeland; also with those call'd the Reformed, in the same manner, as if the words of the abovesaid Instrument were reported here verbatim.

LXIV.

And to prevent for the future any Differences arising in the Politick State, all and every one of the Electors, Princes and States of the Roman Empire, are so establish'd and confirm'd in their antient Rights, Prerogatives, Libertys, Privileges, free exercise of Territorial Right, as well Ecclesiastick, as Politick Lordships, Regales, by virtue of this

present Transaction: that they never can or ought to be molested therein by any whomsoever upon any manner of pretence.

LXV.

They shall enjoy without contradiction, the Right of Suffrage in all Deliberations touching the Affairs of the Empire; but above all, when the Business in hand shall be the making or interpreting of Laws, the declaring of Wars, imposing of Taxes, levying or quartering of Soldiers, erecting new Fortifications in the Territorys of the States, or reinforcing the old Garisons; as also when a Peace of Alliance is to be concluded, and treated about, or the like, none of these, or the like things shall be acted for the future, without the Suffrage and Consent of the Free Assembly of all the States of the Empire: Above all, it shall be free perpetually to each of the States of the Empire, to make Alliances with Strangers for their Preservation and Safety; provided, nevertheless, such Alliances be not against the Emperor, and the Empire, nor against the Publick Peace, and this Treaty, and without prejudice to the Oath by which every one is bound to the Emperor and the Empire.

LXIX.

And since it much concerns the Publick, that upon the Conclusion of the Peace, Commerce be re-establish'd, for that end it has been agreed, that the Tolls, Customs, as also the Abuses of the Bull of Brabant, and the Reprisals and Arrests, which proceeded from thence, together with foreign Certifications, Exactions, Detensions; Item, The immoderate Expences and Charges of Posts, and other Obstacles to Commerce and Navigation introduc'd to its Prejudice, contrary to the Publick Benefit here and there, in the Empire on occasion of the War, and of late by a private Authority against its Rights and Privileges, without the Emperor's and Princes of the Empire's consent, shall be fully remov'd; and the antient Security, Jurisdiction and Custom, such as have been long before these Wars in use, shall be re-establish'd and inviolably maintain'd in the Provinces, Ports and Rivers.

LXX.

The Rights and Privileges of Territorys, water'd by Rivers or otherways, as Customs granted by the Emperor, with the Consent of the Electors, and among others, to the Count of Oldenburg on the Viserg, and introduc'd by a long Usage, shall remain in their Vigour and Execution. There shall be a full Liberty of Commerce, a secure Passage by Sea and Land; and after this manner all and every one of the Vassals, Subjects, Inhabitants and Servants of the Allys, on the one side and the other, shall have full power to go and come, to trade and return back, by Virtue of this present Article, after the same manner as was allowed before the Troubles of Germany; the Magistrates, on the one side and on the other, shall be oblig'd to protect and defend them against all sorts of Oppressions, equally with their own Subjects, without prejudice to the other Articles of this Convention, and the particular laws and Rights of each place. And that the said Peace and Amity between the Emperor and the Most Christian King, may be the more corroborated, and the publick Safety provided for, it has been agreed with the Consent, Advice and Will of the Electors, Princes and States of the Empire, for the Benefit of Peace:

LXXI.

First, That the chief Dominion, Right of Sovereignty, and all other Rights upon the Bishopricks of Metz, Toul, and Verdun, and on the Citys of that Name and their Diocesses, particularly on Mayenvick, in the same manner they formerly belong'd to the Emperor, shall for the future appertain to the Crown of France, and shall be irrevocably incorporated therewith for ever, saving the Right of the Metropolitan, which belongs to the Archbishop of Treves.

LXXXIX.

All Ortnaw, with the Imperial Citys of Ossenburg, Gengenbach, Cellaham and Harmospach, forasmuch as the said Lordships depend - on that of Ortnaw, so that no King of France can or ought ever to ; pretend to or usurp any Right or Power over the said Countrys situated on this and the other side the Rhine: nevertheless, in such a manner, that by this present Restitution, the Princes of Austria shall acquire no new Right; that for the future, the Commerce and Transportation shall be free to the Inhabitants on both sides of the Rhine, and the adjacent Provinces. Above all, the Navigation of the Rhine be free, and none of the partys shall be permitted to hinder Boats going up or coming down, detain, stop, or molest them under any pretence whatsoever, except the Inspection and Search which is usually done to Merchandizes: And it shall not be permitted to impose upon the Rhine new and unwonted Tolls, Customs, Taxes, Imposts, and other like Exactions; but the one and the other Party shall contented with the Tributes, Dutys and Tolls that were paid before these Wars, under the Government of the Princes of Austria.

CIV.

As soon as the Treaty of Peace shall be sign'd and seal'd by the Plenipotentiarys and Ambassadors, all Hostilitys shall cease, and all Partys shall study immediately to put in execution what has been agreed to; and that the same may be the better and quicker accomplish'd, the Peace shall be solemnly publish'd the day after the signing thereof in the usual form at the Cross of the Citys of Munster and of Osnabrug. That when it shall be known that the signing has been made in these two Places, divers Couriers shall presently be sent to the Generals of the Armys, to acquaint them that the Peace is concluded, and take care that the Generals chuse a Day, on which shall be made on all sides a Cessation of Arms and Hostilitys for the publishing of the Peace in the Army; and that command be given to all and each of the chief Officers Military and Civil, and to the Governors of Fortresses, to abstain for the future from all Acts of Hostility: and if it happen that any thing be attempted, or actually innovated after the said Publication, the same shall be forthwith repair'd and restor'd to its former State.

CVII.

If any of those who are to have something restor'd to them, suppose that the Emperor's Commissarys are necessary to be present at the Execution of some Restitution (which is left to their Choice) they shall have them. In which case, that the effect of the things agreed on may be the less hinder'd, it shall be permitted as well to those who restore, as to those to whom Restitution is to be made, to nominate two or three Commissarys immediately after the signing of the Peace, of whom his Imperial Majesty shall chuse

two, one of each Religion, and one of each Party, whom he shall injoin to accomplish without delay all that which ought to be done by virtue of this present Treaty. If the Restorers have neglected to nominate Commissioners, his Imperial Majesty shall chuse one or two as he shall think fit (observing, nevertheless, in all cases the difference of Religion, that an equal number be put on each side) from among those whom the Party, to which somewhat is to be restor'd, shall have nominated, to whom he shall commit the Commission of executing it, notwithstanding all Exceptions made to the contrary; and for those who pretend to Restitutions, they are to intimate to the Restorers the Tenour of these Articles immediately after the Conclusion of the Peace.

CX.

Moreover, all Prisoners on the one side and the other, without any distinction of the Gown or the Sword, shall be releas'd after the manner it has been covenanted, or shall be agreed between the Generals of the Armys, with his Imperial Majesty's Approbation.

CXVII.

That it shall not for the future, or at present, prove to the damage and prejudice of any Town, that has been taken and kept by the one or other Party; but that all and every one of them, with their Citizens and Inhabitants, shall enjoy as well the general Benefit of the Amnesty, as the rest of this Pacification. And for the Remainder of their Rights and Privileges, Ecclesiastical and Secular, which they enjoy'd before these Troubles, they shall be maintain'd therein; save, nevertheless the Rights of Sovereignty, and what depends thereon, for the Lords to whom they belong.

CXVIII.

Finally, that the Troops and Armys of all those who are making War in the Empire, shall be disbanded and discharg'd; only each Party shall send to and keep up as many Men in his own Dominion, as he shall judge necessary for his Security.

CXXIII.

That nevertheless the concluded Peace shall remain in force, and all Partys in this Transaction shall be oblig'd to defend and protect all and every Article of this Peace against any one, without distinction of Religion; and if it happens any point shall be violated, the Offended shall before all things exhort the Offender not to come to any Hostility, submitting the Cause to a friendly Composition, or the ordinary Proceedings of Justice.

CXXVI.

And as often as any would march Troops thro' the other Territorys, this Passage shall be done at the charge of him whom the Troops belong to, and that without burdening or doing any harm or damage to those whole Countryes they march thro'. In a word, all that the Imperial Constitutions determine and ordain touching the Preservation of the publick Peace, shall be strictly observ'd.

CXXVIII.

In Testimony of all and each of these things, and for their greater Validity, the Ambassadors of their Imperial and most Christian Majestys, and the Deputys, in the name of all the Electors, Princes, and States of the Empire, sent particularly for this end (by virtue of what has been concluded the 13th of October, in the Year hereafter mention'd, and has been deliver'd to the Ambassador of France the very day of signing under the Seal of the Chancellor of Mentz) viz. For the Elector of Mayence, Monsieur Nicolas George de Reigersberg, Knight and Chancellor; for the Elector of Bavaria, Monsieur John Adolph Krebs, Privy Counsellor; for the Elector of Brandenburg, Monsieur John Count of Sain and Witgenstein, Lord of Homburg and Vallendar, Privy Counsellor.

In the Name of the House of Austria, M. George Verie, Count of Wolkenstein, Counsellor of the Emperor's Court; M. Corneille Gobelius, Counsellor of the Bishop of Bamberg; M. Sebastian William Meel, Privy Counsellor to the Bishop of Wirtzburg; M. John Earnest, Counsellor of the Duke of Bavaria's Court; M. Wolff Conrad of Thumbshirn, and Augustus Carpzovius, both Counsellors of the Court of Saxe-Altenburg and Coburg; M. John Fromhold, Privy Counsellor of the House of Brandenburg-Culmbac, and Onolzbac; M. Henry Laugenbeck, J.C. to the House of Brunswick-Lunenbourg; James Limpodius, J.C. Counsellor of State to the Branch of Calemburg, and Vice-Chancellor of Lunenburg. In the Name of the Counts of the Bench of Wetteraw, M. Matthews Wesembecius, J. D. and Counsellor.

In the Name of the one and the other Bench, M. Marc Ottoh of Strasburg, M. John James Wolff of Ratisbon, M. David Gloxinus of Lubeck, and M. Lewis Christopher Kres of Kressenstein, all Syndick Senators, Counsellors and Advocates of the Republick of Noremberg; who with their proper Hands and Seals have sign'd and seal'd this present Treaty of Peace, and which said Deputys of the several Orders have engag'd to procure the Ratifications of their Superiors in the prefix'd time, and in the manner it has been covenanted, leaving the liberty to the other Plenipotentiarys of States to sign it, if they think it convenient, and send for the Ratifications of their Superiors: And that on condition that by the Subscription of the abovesaid Ambassadors and Deputys, all and every one of the other States who shall abstain from signing and ratifying the present Treaty, shall be no less oblig'd to maintain and observe what is contain d in this present Treaty of Pacification, than if they had subscrib'd and ratify'd it; and no Protestation or Contradiction of the Council of Direction in the Roman Empire shall be valid, or receiv'd in respect to the Subscription and said Deputys have made.

Done, pass'd and concluded at Munster in Westphalia, the 24th Day of October, 1648.

ANEXO 2: Resumen y conclusiones en francés (Mención Doctorado Europeo).

*Nota aclaratoria: para cumplir con la normativa que regula la mención europea en el título de doctor, presento a continuación el resumen y las conclusiones de la tesis en francés.

*Note explicative: pour se conformer aux règles relatives à la mention européenne dans le titre de docteur, je présente ci-dessous le résumé et les conclusions de la thèse en français.

RÉSUMÉ

- Titre

“Carl Schmitt et l’évolution de l’*Ius publicum europaeum*: interprétation et critique à partir des nouvelles épistémologies des Relations Internationales”.

- Introduction

Cette thèse cherche à présenter les concepts fondamentaux qui ont articulé la pensée politique internationale de la Modernité à partir de l’apparition du Droit International Classique (*Ius publicum europaeum*) au XVII^e siècle. On étudiera l’évolution de notions comme celles de souveraineté, guerre, paix et équilibre à partir de la vision favorable qu’avait Carl Schmitt de ce paradigme politique westphalien, qui sera confrontée avec l’analyse critique que différents théoriciens contemporains ont réalisée, comme Martti Koskenniemi, Benno Teschke, Michel Foucault et Jacques Derrida, entre autres. L’objectif est de montrer la transformation de ces notions à partir de la signature des Traités de Paix de Westphalie en 1648 jusqu’à leur complète dissolution au XX^e siècle, en passant par leurs différentes étapes de crise, telles que la Révolution Française ou la Conférence du Congo. De plus, on étudiera les nouvelles menaces que présente le panorama international contemporain, comme l’expansion du terrorisme, les nouvelles dimensions de l’armement, les tentatives de coopération et de multilatéralisme actuelles

ainsi que le diagnostic que Schmitt a établi à ce propos. On essayera d'élucider s'il reste quelque vestige de l'*Ius publicum europaeum* dans les défis que pose le XXI^e siècle ou si ce paradigme est complètement clos.

- **Objectif, objets et hypothèses**

1. Objectif
2. Objet matériel
3. Objet formel
4. Hypothèses

Ad. 1. L'objectif de cette thèse est de développer une analyse et une critique des principales notions qui ont articulé la structure conceptuelle du Droit International Classique, que Carl Schmitt a défendu dans ses œuvres, depuis ses débuts jusqu'à l'actualité.

Ad. 2. L'*objet matériel* de cette thèse consiste en l'étude des notions qui conforment l'univers conceptuel du Droit International Classique, telles que *souveraineté, guerre ou paix*, de la Modernité jusqu'à l'époque contemporaine. En faisant ainsi, tous les aspects qui influencent l'horizon du droit international ne sont pas épuisés, comme, par exemple, les relations internationales privées, les accords économiques ou l'ensemble des événements historiques remarquables. Étant donné que l'inclusion de tous ces aspects n'est pas viable, je me suis concentrée sur les événements marquants qui, de manière structurelle, ont composé l'armature du droit public international, entendant en ce sens que l'élément principal à partir duquel le reste de ces aspects peuvent être compris (comme la guerre ou les relations avec d'autres États) n'est autre que l'État souverain. C'est pour cette raison qu'on ne s'arrêtera pas à considérer certaines questions qui, même si elles sont fondamentales pour encadrer le problème étudié (la dimension religieuse, économique ou historique qui entoure Westphalie), ne peuvent pas constituer l'étude centrale de cette thèse. Cependant, pour ne pas omettre d'en faire mention, certaines œuvres furent utilisées seulement dans le but de signaler l'importance de telles problématiques, bien que le gros de la bibliographie se concentre sur ce qui a à voir avec l'étude philosophique du caractère international du contexte westphalien et post-westphalien.

Ad.3. L'*objet formel* est le caractère évolutif des phénomènes que je viens de mentionner. Il ne s'agit pas d'établir une analyse historique, sociale ou économique (bien que ce soit inévitable de déterminer certains facteurs à partir de ces perspectives), mais bien d'étudier, par une approche philosophico-politique, comment les concepts expliqués ont impliqué une transformation ; c'est-à-dire, comment la pensée a disposé les conditions de possibilité de l'évolution de notions comme *souveraineté, guerre, équilibre ou paix* et comment une telle évolution n'a pas obéi à un simple hasard historique, ayant été plutôt le résultat de modifications conceptuelles concrètes.

Ad.4. Les hypothèses qui guident ce travail sont articulées autour des quatre sections qui structurent la thèse. Chaque section cherche donc à répondre à une hypothèse.

La *première hypothèse* suggère que le paradigme politique international conformé dans le contexte de la Paix de Westphalie, qui s'est maintenu jusqu'à la fin du XIX^e siècle, était apparemment construit, au niveau idéologique, en fonction du rôle dominant de l'État, ainsi que sur des structures conceptuelles incohérentes et contradictoires qui, même si elles réussirent à conserver une paix relative, réunissaient néanmoins les conditions de possibilité du développement du conflit et de la guerre, aussi bien hors du continent qu'à l'intérieur. L'on part donc de l'idée que, sous des apparences de pacification, l'absence de bases conceptuelles pour créer une paix réelle aida à générer une idéologie complice du conflit et qu'une telle carence fut ce qui provoqua qu'en termes pratiques les conditions de la paix n'aient pas été *de facto* effectives.

La *deuxième hypothèse* considère que, en se figurant l'État comme sujet et protagoniste principal des relations internationales modernes, une fois que ce dernier sera conscient de son caractère national, il détruira les limitations propres à l'*Ius publicum europaeum*, ce qui provoquera que le conflit, qui était modéré et limité, devienne total, en finissant avec la retenue qui avait caractérisé le système westphalien.

La *troisième hypothèse* est liée à la manière par laquelle certains courants critiques (la *Critical Legal Theory*, la *Sociologie Historique Internationale* et la déconstruction de Foucault et Derrida) ont assimilé la pensée implicite à l'*Ius publicum europaeum*. On soutient que le fil qui unit les quatre auteurs présentés ici n'est autre que la reconnaissance de l'empreinte totalitaire que porte le concept de souveraineté westphalienne.

La *quatrième hypothèse* fait référence aux relations internationales contemporaines et exprime une question commune au cadre académique de la discipline : vit-on dans une étape post-westphalienne de la politique internationale ? Il semble évident que si la fin de l'*Ius publicum europaeum* eut lieu à la fin du XIX^e siècle et au début du XX^e siècle, notre XXI^e siècle devrait être complètement libéré de ce paradigme. Pourtant, on voudrait jauger jusqu'à quel point certaines structures westphaliennes continuent à être vives, même si adaptées à notre ère – spécialement celles qui concernent la simulation de la paix et le multilatéralisme –, à savoir : si l'on parle de "post-Westphalie" parce qu'il reste encore un vestige de cette politique ou parce qu'elle a été surpassée définitivement.

- Résultats

La réponse à ces hypothèses apparaît tout au long du développement de la thèse et au fil de l'articulation de ses quatre grandes sections.

La première s'intitule « L'univers conceptuel westphalien. Genèse philosophique des concepts de l'*Ius publicum europaeum* à partir de la théorie de Carl Schmitt » et explique comment Carl Schmitt concevait les concepts du Droit International Classique, ou *Ius publicum europaeum*. J'ai expliqué la composante pseudo-impériale que portait l'appareil conceptuel westphalien, en apparence basé sur la pacification et la coexistence. J'ai aussi tenté de montrer comment la prééminence de l'État, comme noyau de l'ontologie politique de la Modernité, put avoir pour résultat une politique internationale installée sur la capacité de la prise de décisions exceptionnelles par les États, un aspect très applaudi par Schmitt, tant à l'intérieur, de par l'exercice de l'absolutisme, qu'à l'extérieur, avec le déploiement d'attitudes impérialistes.

La deuxième a pour titre « Destruction de l'univers westphalien et déploiement de la raison impériale » et montre la décadence des schémas conceptuels de la Modernité, l'émergence du concept de nation et les changements dans la guerre et la souveraineté. Le résultat qu'éclaire cette section consiste en la reconnaissance du fait que le germe absolutiste et impérialiste inséré dans la souveraineté moderne se manifesta quand la Révolution Française déploya tout le potentiel mythique et subjectif des forces patriotiques. Cela affectera la façon de concevoir la guerre et l'ennemi, une fois que le Concert européen, instauré suite au Congrès de Vienne, soit arrivé à sa fin,

tout comme, avec lui, le *Ius publicum europaeum*. La limitation disparaîtra complètement, les guerres deviendront totales et l'adversaire, auparavant reconnu comme ennemi, se transformera en criminel. La reconnaissance du caractère étatique du Congo, même si encore insérée dans le schéma de colonisations de l'*Ius publicum europaeum*, signifia pour Carl Schmitt la fin de ce système, car cela impliquait reconnaître la possibilité que puissent exister des États non européens.

La troisième, « Interprétation et critique de la philosophie internationale schmittienne. Nouvelles épistémologies dans les Relations Internationales », analyse la perspective de trois courants contemporains critiques de la politique westphalienne et de la théorie schmittienne: la *Critical Legal Theory*, la Sociologie Historique Internationale et la déconstruction de Foucault et Derrida. La première d'entre elles a expliqué le caractère idéologique du droit et l'absence de cohérence de ses arguments. Koskenniemi a appliqué cette thèse au contexte de la Modernité et à l'interprétation schmittienne de cette période et a signalé leurs respectives incongruences. Le deuxième courant, représenté dans cette thèse par la théorie de Benno Teschke, a insisté sur la nécessité d'introduire l'analyse historique dans l'étude des Relations Internationales afin d'arriver à comprendre les origines et les causes des devenirs politiques. Pour leur part, Foucault et Derrida ont mis l'accent sur les moments d'irrationalité propres à la structure souveraine.

Pour terminer, la quatrième, qui s'intitule « Regards à un scénario global présent et future. Arguments schmittiens pour un panorama prétendument post-schmittien », aborde les problèmes politiques que pose le futur par rapport aux Relations Internationales. Ici j'ai envisagé des problématiques telles que la transformation du partisan en terroriste, la particularité de la guerre de drones et les solutions envisagées face au panorama de la crise de l'État : la théorie des grands espaces de Schmitt, la théorie du *soft power* de Joseph Nye et la théorie du multilatéralisme, que Joseph Nye a développée avec Robert Keohane.

- Conclusions

- Malgré son caractère contradictoire, le système politique westphalien comportait une certaine fonctionnalité : comme tout produit politique humain et malgré son caractère contradictoire, il fut fonctionnel pendant, au moins, trois siècles.

- Le concept d'État est l'axe conceptuel principal pour comprendre la pensée internationale schmittienne, avec ses concepts de *nomos* et de guerre. Avec eux, le territoire et l'espace sont fondamentaux parce qu'ils créent les conditions de possibilité de la politique internationale.
- Dans la pensée internationale de Schmitt, la façon de concevoir l'adversaire détermine le niveau de violence de la guerre. Dans la transition de la guerre religieuse à la guerre moderne il y eut un changement de l'*inimicus* à l'*iustus hostis*, impliquant ainsi la modération de la violence. Quand on passe de la guerre moderne à la guerre contemporaine, on observe la transformation graduelle de l'ennemi en criminel, ainsi que d'une guerre limitée à une guerre totale.
- Il existe une fausse dichotomie chez Schmitt : le choix entre un conflit mitigé et la violence totale. Mais cette position oublie qu'il y a, au moins, une troisième option, celle du républicanisme, de la création de structures démocratiques tant au niveau interne qu'au niveau externe.
- Même dans le paradigme virtuel de la politique de la globalisation, l'État maintient son influence et son pouvoir. En effet, la gouvernance n'a pas encore impliqué la fin de l'État.

CONCLUSIONS

1. CONCLUSIONS PARTIELLES

Dans l'introduction de cette thèse, j'ai esquissé l'hypothèse centrale de chacune des quatre sections qui composent ce travail. Le développement de la thèse me permet de répondre aux hypothèses formulées et de déduire, en plus, d'autres conclusions, décrites à continuation :

1.1. REPONSE A L'HYPOTHESE DE LA PREMIERE SECTION :

- **La contradiction conceptuelle westphalienne** : cette première hypothèse fut formulée quant à l'incohérence de l'appareil conceptuel sur lequel s'appuyait le Traité de Paix de Westphalie. Les espoirs de paix qui apparurent avec la signature de ces

traités se verront frustrés par l'instauration d'un droit international basé sur le maintien de conflits de basse intensité dans le continent européen et sur l'exercice de la violence dans les espaces périphériques. La paix n'était alors possible qu'à partir de la défense de la guerre, même si celle-ci était très limitée, et l'équilibre du système établi entre les États était construit à partir de la primauté de l'entité étatique, c'est-à-dire à partir de chacun des membres de ce système. On pourrait penser que cette situation répondait au déséquilibre entre théorie et réalité, que la politique pacifique que les traités proposèrent ne sut pas s'adapter à des circonstances historiques concrètes, celles de la Modernité, qu'elles n'étaient pas préparées pour la pacification. Néanmoins, l'on pourrait aussi considérer que le problème résidait plutôt dans le fait que le propre système théorique westphalien était structurellement incohérent, ayant fondé la paix et l'équilibre sur une notion d'État expansive et totalisante. Et ce non seulement parce qu'il fonda la cohabitation interétatique sur l'intérêt d'État de chacun des souverains, mais aussi à cause de toutes les conséquences qui en dérivent : parce qu'il fonda l'équilibre sur la raison d'État de ces derniers et basa la neutralité sur l'existence d'espaces où celle-ci n'existe pas. Ainsi, la raison pour laquelle Westphalie ne réussit jamais à être un système pacifique ne fut pas l'inadéquation d'une théorie cohérente à la réalité politique, mais le manque de consistance du propre système théorique. Les bases théoriques et conceptuelles de Westphalie cachaient déjà la possibilité de l'absolutisme, vers l'intérieur, et de l'impérialisme, vers l'extérieur, et ceci permit *de facto* que de telles dynamiques se développèrent avec facilité dans le domaine de la pratique. Schmitt ne parle jamais de telles incohérences. Pour lui la politique internationale moderne était congruente et fonctionnelle, il la considérait en fait comme une expression élevée de l'humanité.¹²⁰⁷

1.2. REPONSE A L'HYPOTHESE DE LA DEUXIEME SECTION:

- **Les altérations que subirent la souveraineté étatique moderne, concrètement l'exaltation du sentiment national, provoquèrent la crise de l'*Ius publicum europaeum*.** La clé se trouve dans le fait de répondre à la question : « qu'est-ce qui, au XXe siècle, a provoqué l'effondrement d'un système comme l'*Ius publicum europaeum*, qui, malgré ses défauts et incohérences, avait été fonctionnel pendant plus de trois

¹²⁰⁷ Cfr., SCHMITT, C., *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, op.cit., p. 181.

siècles ?». Pendant la modernité, l'État souverain avait été garant de la relative pacification du continent européen. L'État était capable de décider qui était l'ennemi interne et qui était l'ennemi externe et d'accepter que l'hostilité envers ces adversaires devait s'éloigner de la haine acharnée, typique du Moyen Âge, afin de canaliser les relations politiques par le biais de la reconnaissance des adversaires. Cet oubli, ou éloignement, de la modération et de la contention est étroitement lié à l'émergence du sentiment national au sein des États modernes, qui surgit à partir de la Révolution Française et qui s'exprima ouvertement tout au long du XXe siècle. Les instincts viscéraux que réveillèrent les appels à la Nation ont été le déclencheur de la dissolution de la formalité propre à la Modernité, laquelle, même si fausse ou simulée, permit de canaliser la conflictualité internationale. Le sentiment national a des aspirations qui débordent la finitude, il ne se conforme pas avec des ambitions limitées, aspirant plutôt à la totalité. Quand l'état eut fait provision du matériel subjectif et exalté que le sentiment de la nation offrait, la finitude fut laissée de côté et un désir impérial d'infinitude, contraire à toute idée de limite, put surgir. Cela produisit la disparition des dichotomies classiques de la politique moderne : l'ennemi perdit le statut que la reconnaissance moderne lui donnait et devint un criminel ; la distinction entre terre et mer dut incorporer l'élément aérien, qui renforçait la violence de la guerre; la distinction tripartite terre/mer/colonies, construite à partir de la primauté de l'État européen, ouvrit la voie à une considération homogène et unitaire du monde dans laquelle ce dernier perdait sa prééminence, ouvrant du même coup le chemin à d'autres puissances. Ainsi, la guerre arrêta d'être contenue et devint totale et mondiale.

1.3. REPONSE A L'HYPOTHESE DE LA TROISIEME SECTION :

- Le lien entre les quatre critiques contemporaines se situe dans la dénonciation du caractère supposément totalitaire de la souveraineté westphalienne. Chacune d'elles, à partir de ses principes théoriques, souligne comment l'exaltation de la souveraineté dans la Modernité, ainsi que la théorie que Schmitt construit autour d'elle, finit par avoir des effets totalisateurs. Koskenniemi a signalé que les discours juridiques libéraux, de manière innée, alternent constamment entre la normativité et la facticité (entre l'utopisme et l'apologisme). Pour sa part, Teschke introduit une critique radicale du concept d'état westphalien qui, même si elle peut être remise en question, fait ressortir le caractère absolutiste de l'entité étatique qui surgit à partir du XVIIe siècle.

Teschke affirme que l'état westphalien ne peut pas être identifié ni avec la souveraineté moderne, ni avec un concept de territorialité définie, ni avec le capitalisme. Pour contempler l'union de ces trois réalités il faudra attendre le XIX^e siècle. Même si cela suppose le démontage du concept d'État déployé au long de la thèse, et sans être complètement d'accord, on considère néanmoins important d'analyser les discours critiques et leurs différentes manières de souligner les manques du projet politique de la Modernité. Derrida et Foucault, comme philosophes postmodernes, signalent aussi les points de fracture où la rationalité du droit se brise : le premier montre l'animalité que porte l'État et la violence présente dans le droit ; le deuxième dévoile les caniveaux au travers desquels s'écoule le pouvoir, l'impossibilité de la neutralité et la présence constante du conflit. Que le fil qui unit ces quatre courants critiques soit la dénonciation du germe totalitaire que portait le paradigme conceptuel westphalien met en relief que ce qui, en premier lieu, se présenta comme garantie de paix et coexistence, l'*Ius publicum europaeum*, cachait le potentiel de la barbarie et de l'empire. De cela s'ensuit une double conséquence : d'abord, que ce système avait des ambitions impériales, mais, surtout, qu'il était capable, en un grand exercice de simulacre, de les cacher et de les présenter comme pacifiques.

Il est fréquent de reprocher à la philosophie de la déconstruction qu'elle n'apporte pas de solutions, que le diagnostic qu'elle offre est extrêmement négatif. Cependant, notre conclusion implique que la critique même a des effets sur le pouvoir ; dénoncer la structure incohérente de certaines politiques implique aussi solutionner les problèmes. Que l'objectif que postulent ces théories critiques, qu'il s'agisse de la liberté ou de la démocratie, ne soit pas réalisable complètement ne signifie pas que la déconstruction ne puisse servir comme outil afin de faciliter des avancées, mais implique la reconnaissance du fait que les idéaux normatifs ne se réalisent jamais au complet, démontrant ainsi, pour cette raison même, qu'il faut lutter pour eux constamment : « L'avenir de l'expression *démocratie à venir* n'est pas seulement indicateur de la promesse, mais aussi du caractère aporétique de la structure de la démocratie... ».¹²⁰⁸ Cependant, des auteurs comme Negri et Hardt, même s'ils remarquent les contributions des courants critiques, soulignent qu'il faut, avec elles, être prudents, car, dans leur

¹²⁰⁸ VERMEREN, P., "La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía", *Enrahonar Quaderns de Filosofia* 48, 2012, pp. 85-94, p.88. « On peut renoncer sans aucun doute à l'imaginaire révolutionnaire, à la rhétorique révolutionnaire, même à une politique ou à toute politique de la révolution, mais on ne peut pas renoncer à la révolution, affirme Derrida, sans renoncer à l'évènement et à la justice ». *Ibid.*, p.87. Traduction inédite de l'auteur.

dénonciation de la souveraineté étatique, elles pourraient obéir à la logique du capitalisme, intéressé précisément par l'absence d'un centre souverain,¹²⁰⁹ et devenir l'option de ceux qui rejettent l'État: « ce serait plus exact de présenter la théorie postmoderne non pas comme un défi aux Lumières ni à la Modernité dans son ensemble, mais plus spécifiquement à la tradition de la souveraineté moderne ».¹²¹⁰ On considère que cette suspicion n'a pas de sens dans le cas des quatre théories présentées, car il n'y a pas de doute que Koskenniemi, Teschke, Foucault ou Derrida ont un intérêt clair de faire face au système, mais non pas pour détruire la souveraineté, sinon pour faire de l'État une institution républicaine et démocratique. Malgré tout, et sans vouloir cacher mes intentions critiques et la partialité de tout point de vue,¹²¹¹ il faut que je constate que cette thèse n'avait pas pour but d'être une plaidoirie contre l'État. Bien au contraire, c'est précisément de par l'importance médiatrice que j'attribue à la souveraineté que je considère que ses déviations absolutistes doivent être signalées et critiquées. En outre, je considère que seul l'État, et aucune autre instance, comme les marchés¹²¹², par exemple, peut agir comme structure pacificatrice : « Car il semble que ce que la politique réussit à faire est, au moins au début, de réduire le risque de déclarations d'hostilités, de rupture de relations, de l'entrée dans une spirale incontrôlable de violence ; en définitive, il semble que la forme étatique parvient à amortir, à réduire, les conflits ».¹²¹³

¹²⁰⁹ « Quand les frontières nationales tombent, le marché mondial se libère du type de divisions binaires que les états-nations avaient imposé et dans ce nouvel espace libre apparaît un regard de différences [...] Chaque différence est une opportunité ». HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, op.cit., p.147-148. Traduction inédite de l'auteure.

¹²¹⁰ *Ibid.*, p.138.

¹²¹¹ Je considère que ce n'est pas possible de parler d'une position extérieure et neutre, mais que les théoriciens et académiciens sont imprégnés de partialité à l'heure d'écrire: « Les relations dialectiques entre les multiples manières de raconter l'histoire de la philosophie et la formation des futurs philosophes et historiens de la philosophie manifestent la force de la thèse hégélienne qui assure que tout raconter et interpréter le passé et ses textes consiste nécessairement à narrer à partir d'un certain préjugé et d'une certaine tradition ». GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., «Reflexión historiográfica y tradiciones filosóficas: un conflicto sin resolver», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 16, pp. 35-56, p.39. Traduction inédite de l'auteure.

¹²¹² « L'affaire est que le marché non plus, lui seul, atteindre, loin de là, la désirée bonne ville, comme implicitement on prétend faire croire avec l'inexorable politique qui privatise. Dû à sa nature, le marché ne s'occupe pas de ceux qui manquent d'opportunités, précisément ce qui est substantiel à l'état moderne, pour les pouvoirs publiques. De là, la nécessité, non égale pour tous, de maintenir debout les pouvoirs publics qui génèrent opportunités; et aussi l'inégale nécessité de continuer avec des services publics qui les favorisent, même pour les mouvements sociaux qui prétendent de réduire la capacité d'intervention étatique, directe ou indirectement ». FERRI DURÁ, J., «Movimientos sociales y poderes públicos» en ROMAN, P., FERRI, J. (ed.), *Los movimientos sociales. Ciencia y acción de una sociedad politizada*, Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2002, pp.23-44, p.31. Traduction inédite de l'auteure.

¹²¹³ FERRI DURÁ, J., «Del conflicto a la mediación, un recorrido por la evolución de la política y su ciencia», *Política y Sociedad*, 2013, 50, núm.1, pp.13-38, p.25. Traduction inédite de l'auteure.

1.4. REPONSE A L'HYPOTHESE DE LA QUATRIEME SECTION :

- Dans l'époque contemporaine, même si le paradigme de la globalisation a substitué l'*Ius publicum europaeum*, l'État souverain continue à être la forme politique qui canalise l'activité internationale. Après les deux guerres mondiales du XXe siècle, l'*Ius publicum europaeum* fut interrompu.¹²¹⁴ Ce qui, maintenant, est pertinent résiderait dans le fait d'expliquer le récit d'une perte : celle d'un système politico-juridique dont l'adieu a toujours des conséquences internationales. Selon Galli, les chercheurs devront abandonner l'idée que la Modernité, avec ses schémas et concepts, peut répondre aux problèmes de la postmodernité.¹²¹⁵ Il faut accepter que la Modernité soit le seul contexte possible pour le développement de la structure de l'*Ius publicum europaeum*. Nietzsche se demande dans le paragraphe 125 du *Gai Savoir*¹²¹⁶, qui cherche à voir qui put nous prêter l'éponge qui servit à effacer l'horizon et qui décrocha le soleil de son emplacement, comment, en définitive, fut possible la perte des points cardinaux grâce auxquels la pensée s'est guidée et orientée. De la même façon, les clés du schéma politique international de la Modernité sont en train de disparaître pour faire place à d'autres. Malgré cela, dans la mesure où certaines activités du monde contemporain ont tendance à répéter ouvertement les structures westphaliennes, on pourrait penser que l'héritage de l'*Ius publicum europaeum* est toujours présent. Par exemple, les organisations internationales donnent l'impression d'être des plateformes de consensus lorsque les accords réalisés répondent, en dernière instance, à la domination que les puissances hégémoniques, comme les États-Unis ou la Chine, exercent sur le reste. Cette coexistence apparente qui, au fond, cache les pulsions impériales des États, ne ressemble-t-elle pas au contexte westphalien ? Elle ne peut bien

¹²¹⁴ Schmitt en était très conscient, surtout parce qu'il avait une conception linéale du temps, c'est-à-dire qu'il ne croyait pas en l'éternel retour. Pour lui, chaque événement était singulier et chaque époque avait son moment et ne se répéterait pas. Ceci explique ses éloges de la conception du temps du christianisme : « La religion chrétienne se distingue essentiellement de toutes les autres religions par le fait que ses mystères ne sont pas de simples doctrines, symboles ou mythes, mais des événements historiquement concrets, uniques et irrépétibles. Cette irruption concrète de l'éternel dans le temps ; c'est cet encadrement du divin dans l'humanité, qui a rendu possible la singularité de l'historique et, en même temps, notre idée de l'Histoire ». SCHMITT, C., *La unidad del mundo*, op.cit., p.36. Traduction inédite de l'auteur. Herrero l'explique très bien dans la citation suivante : « Que l'exception soit la caractéristique de l'esprit humain à différence de ce qui est naturel [...] est analogue à dire que le royaume de l'esprit est le lieu de la liberté. La sphère de la liberté n'est pas mécanique, elle ne peut pas être déterminée, mais elle laisse lieu à l'action et à la décision. C'est l'homme qui fait l'histoire et, pour ça, elle n'est pas cyclique ». HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.227. Traduction inédite de l'auteur.

¹²¹⁵ Cfr., GALLI, C., *Political spaces and Global War*, op.cit., p.188.

¹²¹⁶ NIETZSCHE, F., *La ciencia jovial*, Gredos, Madrid, 2010, p.440.

sûr pas être identique, mais la répétition de certains motifs (celui de l'hégémonie ou des tendances impériales) fait référence à un passé, celui de l'*Ius publicum europaeum*, que, même s'il ne sert déjà plus comme clé d'interprétation, l'on se doit d'assimiler, car, d'une certaine façon, même comme souvenir, il est toujours présent : « Westphalie est notre héritage, c'est pour ça qu'il est nécessaire de l'étudier ; l'ascension et la défaillance d'ordres mondiaux antérieurs fondés sur plusieurs États, à partir de la Paix de Westphalie jusqu'à notre époque, est la seule expérience sur laquelle on peut se baser pour essayer de comprendre les défis que les politiciens contemporains affrontent ».¹²¹⁷

2. CONCLUSIONS FINALES

- **La fonctionnalité du système politique westphalien.** Le système westphalien, comme toute construction politique humaine, a souffert d'irrationalités, mais, finalement, il s'est révélé fonctionnel pendant au moins trois siècles (XVIIe, XVIIIe et XIXe siècles). Dans la mesure où il a généré, ne serait-ce que par simulation, un climat de contention et limitation, il a fini par engendrer un certain frein à la guerre totale. Dans ce sens, la théorie de Schmitt mérite d'être reconnue comme ayant su visualiser les bénéfices qu'a offerts ce système. Pour cette raison, l'on peut considérer que le système westphalien fut une tentative plus ou moins réussie de maintenir une certaine paix. Il est parvenu à éviter la répétition des guerres de religion ; cependant, il n'a pas pu éviter que la violence ne soit déployée dans les espaces périphériques – sans parler des conséquences de l'absolutisme au sein du continent européen. Et, ce qui est plus grave, au niveau théorique, Westphalie n'a pas construit de système juridique pacifique cohérent. L'état souverain, comme axiome ontologique à partir duquel justifier et dériver toute action politique, ne pouvait que conduire à des conséquences totalisantes et impérialistes. Malgré tout, peut-être que Westphalie, en canalisant la vie politique d'une époque, a su livrer sa meilleure fonctionnalité, et ce même si on ne doit pas arrêter de souligner ses contradictions. Tout ça rappelle la blague que raconte Woody Allen à la fin de son film *Annie Hall* : « Un mec va au psychiatre et dit : - Docteur, mon frère est fou, il croit qu'il est une poule. Et le docteur dit : - Pourquoi ne l'internez-vous pas ? - Je le ferais, mais j'ai besoin des œufs. Alors, je suppose que c'est ce que je sens

¹²¹⁷ KISSINGER, H., *Diplomacia*, op.cit., p.20. Traduction inédite de l'auteure.

à propos des relations [internationales], vous savez, elles sont totalement irrationnelles, folles et absurdes... Mais j'imagine qu'on les garde parce que la plupart d'entre nous avons besoin des œufs ».¹²¹⁸

- L'état et la guerre comme matrices de l'étude des relations internationales schmittiennes. À l'heure d'étudier la théorie internationale de Carl Schmitt, surgit une interrogation : quel est le concept central qui articule tous les autres ? Dans la thèse, j'ai soutenu que le concept d'État est celui qui structure la pensée schmittienne. Des auteurs comme Montserrat Herrero considèrent que la notion clé chez Schmitt est celle de *nomos*, parce qu'elle sert à articuler toute sa théorie, même après la chute de l'État.¹²¹⁹ D'autres, comme Ramón Campderrich posent une étroite relation chez Schmitt entre la politique et la guerre, étant donné que la distinction ami/ennemi est le fondement de sa notion du politique.¹²²⁰ On accepte, avec Herrero et Campderrich, qu'on ne peut pas comprendre la politique internationale de Schmitt sans faire appel à l'évolution des concepts de *nomos* et de guerre, mais pas sans avoir toujours pour toile de fond la prééminence du concept d'État. Ce dernier est l'instance capable d'obtenir la pacification en son sein, d'éviter ainsi la guerre civile et d'établir les conditions de la guerre extérieure en décidant dans chaque cas qui sont l'ami et l'ennemi. Même avec le déclin de l'État, la formule « État » continue d'être la plus acceptable pour Schmitt, sa théorie des grands espaces n'étant qu'une formule pseudo-étatique adaptée à un contexte post-*Ius publicum europaeum*.

- Chez Schmitt, la manière dont on conçoit l'ennemi détermine le niveau de cruauté de la guerre. Le transit de l'*inimicus* à l'*iustus hostis* a signifié la modération

¹²¹⁸ Woody Allen, Annie Hall, 1977. Les crochets sont de l'auteur.

¹²¹⁹ « Alors, même si l'État peut être considéré le point de référence contextuel de sa pensée, il n'est pas le point de référence de la logique interne de celle-ci, ce qui nous semble être, comme on l'a dit, le *nomos*. Le *nomos* est une catégorie, l'État un concept historique. En plus, il est nécessaire de noter que sa théorie est plus qu'une théorie sur l'État. L'État est le point de départ historique que Schmitt utilise pour l'élaboration de concepts de caractère plus universel, comme celui de l'unité politique. S'il n'en était pas ainsi, toute sa théorie tomberait avec la chute de l'État, et il ne semble que ce fut le cas ». HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, op.cit., p.363. Traduction inédite de l'auteur.

¹²²⁰ « Les nuances schmittiennes quant à sa position par rapport à la relation entre « le politique » et la guerre ne parviennent pas à occulter la tendance manifeste qui parcourt *Le concept du politique* d'associer la politique véritable avec la guerre et la violence ; au contraire, il la met en évidence : même si « le politique » n'est pas équivalent à l'activité belliqueuse permanente, elle a toujours comme référent nécessaire la guerre, laquelle revêt le caractère de manifestation prototypique « du politique » ». CAMPDERRICH, R., *La palabra de Behemoth. Derecho, política y orden internacional en la obra de Carl Schmitt*, op.cit., pp.43-44. Traduction inédite de l'auteur.

de la violence envers l'ennemi. Cependant, au cours du XXe siècle, la guerre totale transforma l'ennemi en criminel. Le sens de cette transition se trouve dans la transition de la finitude à l'infinitude. Les aspirations faussement limitées des États modernes devaient répondre à la logique du simulacre de la coexistence. Cela exigeait la modération apparente des ambitions étatiques, ce qui incluait le traitement adéquat de l'adversaire, sa reconnaissance comme ennemi et l'acceptation du fait que le rejet de cet adversaire devait être contenu parce qu'il y avait déjà un espace, les colonies, où exercer une violence totale. Mais quand l'*Ius publicum europaeum* tira à sa fin, la moralisation revint sur la scène internationale et les aspirations devinrent universelles, à savoir, infinies, parce que répondant de nouveau au schéma de la cause juste (de la démocratie, de la liberté, etc.). Celui qui s'est présenté comme ennemi de telles causes ne méritait pas un rejet contenu, mais plutôt le mépris le plus absolu. L'illimitation de la cause défendue était unie à l'illimitation du discrédit de l'adversaire. La différenciation des espaces, propre au contexte westphalien, permettait l'existence de lieux, les espaces périphériques, où donner libre cours à l'agressivité de l'État. Mais l'homogénéisation de l'espace, propre au XXe siècle, a permis que l'Europe puisse être aussi le scénario de la violence. De plus, un double mouvement de criminalisation s'est produit : en même temps que l'ennemi est criminalisé, la guerre même l'est aussi. La proclamation universaliste et pacifiste des organisations internationales comme les Nations Unies obligea à criminaliser tout ce qui eut pu s'opposer aux demandes humanitaires : la guerre comme telle ainsi que ceux qui l'exécutent. Mais cela généra un paradoxe, très critiquable aux yeux de Schmitt : la guerre était certes bannie, mais les actions entreprises contre ceux qui l'avaient exercé, considérés criminels, pouvaient être aussi annihilatrices que la guerre en tant que telle. Quand on jette un regard à l'actualité, on observe que l'ennemi, en plus d'être considéré criminel, est qualifié de terroriste. On constate aussi un phénomène proto-médiéval : le retour aux appels à la religion par quelques acteurs de la politique internationale. Beaucoup de citoyens voient dans l'islam radical antimoderniste un catalyseur du mécontentement produit par la corruption de leurs gouvernements, le manque de perspectives de travail et l'échec du nationalisme et du communisme arabes.¹²²¹ En son temps, Foucault a manifesté un profond intérêt pour la Révolution Iranienne de 1979, qu'il a dû nuancer plus tard. Ce qui a attiré son attention sur cet événement historique a été le potentiel symbolique

¹²²¹ « Ce qui unit d'une manière plus cohérente les fondamentalismes islamiques est le fait de s'opposer résolument à la Modernité et à la modernisation ». HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio, op.cit.*, p.143.

d'une masse qui est sortie massivement à la rue non seulement pour protester contre un souverain – dans ce cas, le shah d'Iran – mais aussi pour réclamer l'arrivée d'un autre souverain, le souverain religieux : « La situation en Iran semble être suspendue à une grande joute entre deux personnages aux blasons traditionnels : le roi et le saint, le souverain en armes et l'exilé démuné ; le despote avec en face de lui l'homme qui se dresse les mains nues, acclamé par un peuple ». ¹²²² Ainsi, Foucault semblait deviner le retour des motifs religieux-politiques à la scène internationale, le retour au spiritualisme. « Quel sens, pour les hommes qui l'habitent, à rechercher au prix même de leur vie cette chose dont nous avons, nous autres, oublié la possibilité depuis la Renaissance et les grandes crises du christianisme : une spiritualité politique. J'entends déjà des Français qui rient, mais je sais qu'ils ont tort ». ¹²²³

- La fallacieuse dichotomie schmittienne : ou conflit mitigé, ou violence totale.

L'alternative dichotomique qu'envisage Schmitt, tant pour le scénario de la Modernité que pour celui de l'époque contemporaine, est fallacieuse. Le dilemme, comme Schmitt le pose, pourrait être résumé de la manière suivante : empire ou Westphalie ? Ou, en d'autres mots, totalité ou limitation ? Pour Schmitt cette totalité prend forme tant au travers de l'impérialisme que du pacifisme. ¹²²⁴ Face à elle, restent seulement la contention et l'acceptation de l'idée qu'un affrontement minimisé est préférable à une lutte acharnée. Mais cette approche oublie qu'il existe, au moins, une troisième option possible, celle du républicanisme, liée à la création de structures démocratiques tant au niveau interne qu'externe, celle de la solidarité interétatique. Que Westphalie fût la seule solution pour contenir le conflit est théoriquement faux. Existait aussi la possibilité de considérer des options démocratiques et communautaires. ¹²²⁵ Pourtant, Schmitt construisit tout son appareil théorique autour de la nécessité du paradigme

¹²²² FOUCAULT, M., "A quoi rêvent les Iraniens ?", Le Nouvel Observateur, no 727, 16- 22 octobre 1978, pp. 48- 49. Dits Ecrits Tome III texte n°245 extrait de <http://libertaire.free.fr/MFoucault143.html>

¹²²³ *Idem.*

¹²²⁴ « La critique de "l'humanisme" est, donc, la formule de bataille employée par Schmitt dans sa croisade particulière contre la morale universaliste. Sur cette notion verse toute sa célèbre mordacité. Il agit de la même manière avec les droits humains et avec le pacifisme juridique, car tous ne seraient qu'instruments idéologiques au service d'un projet de domination mondiale ». VELASCO, J.C., "Habermas, lecteur de Schmitt", *op.cit.*

¹²²⁵ Dans les termes d'Adam Sitze, où il commente le rejet de Carlo Galli du contexte westphalien, on trouve un bon résumé à propos de l'existence de d'autres alternatives : « Pour Galli, l'*Ius publicum europaeum* ne fut pas tragique dû au fait qu'il ait été "impossible mais nécessaire", mais plutôt, au contraire, car *il ne fut jamais nécessaire en premier lieu* et parce que sa *fausse* nécessité se saisit d'une multitude de possibilités théoriques institutionnelles et pratiques pour la politique ». SITZE, A., "Editor's Introduction", *op.cit.*, p.lxxx. Traduction inédite de l'auteure.

westphalien pour le contexte international de la Modernité. En posant comme nécessaire ce qui aurait parfaitement pu être autrement, il ne laissa pas place au développement d'alternatives à la guerre limitée moderne. Il en arrive à dire que, puisque la réalité est traversée par le conflit, celui-ci ne peut que demeurer, le contenir étant la seule option possible. On ne nie pas que sa lecture soit correcte, ni que sa nostalgie pour l'*Ius publicum europaeum* ne soit compréhensible,¹²²⁶ mais cela ne signifie pas qu'il ne puisse y avoir d'autres options au niveau théorique. En plus, on soutient qu'elles sont nécessaires et que cette nécessité ne fut jamais signalée par Schmitt, comme l'explique Habermas :

Selon la conception de Schmitt, le pacifisme légaliste conduit inévitablement à une violence effrénée, parce que Schmitt part tacitement de la conviction que toute tentative de domestiquer juridiquement la violence armée doit échouer, dû à l'incommensurabilité de différentes conceptions de la justice. Les états ou nations qui rivalisent entre eux ne peuvent se mettre d'accord sur aucune conception de la justice (et beaucoup moins sur les concepts libéraux de démocratie et droits humains). Pourtant, Schmitt n'a jamais offert une argumentation philosophique de cette thèse. Au lieu de ça, le non-cognitivism de Schmitt s'appuie sur un concept existentialiste du "politique".¹²²⁷

- Territoire et espace comme condition de possibilité de la politique internationale.

Dans un de ses écrits, Schmitt raconte avec étonnement la quantité de « souverainetés » que l'on traverse quand on voyage en avion.¹²²⁸ Cette affirmation n'est pas banale, puisque qu'elle exprime comment la technique et la globalisation ont dissous la manière traditionnelle de concevoir la territorialité. Précisément, un des sujets qui ont servi de guide à cette thèse a été l'influence des formes spatiales dans les pratiques politiques. « Pour nous, il n'y a pas d'idées politiques non spatiales, ni, réciproquement, d'espace sans idées ou de principes spatiaux sans idées », a affirmé Schmitt.¹²²⁹ La tâche du géographe dans la Modernité était étroitement liée à l'activité politique. Le cartographe est devenu le paladin du souverain. Dans le dessin des frontières étatiques européennes s'est générée une distinction entre le dedans et le dehors qui permettra de délimiter la

¹²²⁶ « C'est le monde d'hier qu'il regrette, celui où les États se reconnaissaient comme également habilités à recourir à la force, sans qu'une vulgaire morale ne vienne perturber leur appréciation souveraine. C'était selon lui un monde de mesure, régulé par un droit garanti par l'État, que certains jugeraient sommaire mais qui est fondé sur un ordre concret ». FERNANDEZ, J., "Du côté sombre de la Cour pénale internationale : revenir à Carl Schmitt?" en SUR, S., *Carl Schmitt. Concepts et usages*, op.cit., pp.156-171, p.160.

¹²²⁷ HABERMAS, J., "La constitucionalización del derecho internacional", op.cit., p.184.

¹²²⁸ Cfr., SCHMITT, C., "The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law", op.cit., p.108.

¹²²⁹ Ibid., p.87. Traduction inédite de l'auteure.

portée du pouvoir de chaque souverain. Mais ceci devient plus évident au-delà des frontières européennes, dans la conformation d'une image globale divisée en trois espaces : le continent européen, la mer et les colonies. Cette distinction géographique produit des effets politiques parce qu'elle trace une ligne entre les espaces où le droit régit – et, par conséquent, où les conflits entre États sont modérés – et les espaces où il ne régit pas. C'est-à-dire que par la délimitation entre un intérieur et un extérieur du continent européen se voit déterminé le grade de violence de la conflictualité. On pourrait affirmer que cette disposition politico-spatiale fonctionne en cercles concentriques, de façon que, au fur et à mesure qu'on s'éloigne de la zone interne à l'État, le conflit est plus permmissible. À l'intérieur, le besoin de paix civile exclut la possibilité de la guerre. Dans le continent européen, il n'y a pas de batailles féroces, mais plutôt des conflits encadrés dans le contexte des normes de l'*Ius publicum europaeum*. Et, en dehors du continent, dans la mer et les colonies, la guerre peut être féroce parce qu'il n'y a pas de droit qui la règle. Cette division spatiale est la manifestation d'un *nomos* de la terre propre à la Modernité, à savoir, sa disposition juridico-politique, qui est très bien expliquée chez Schmitt par sa distinction entre guerres terrestres et guerres maritimes. Mais, au moment où l'air devient l'élément clé de l'activité guerrière, l'*Ius publicum europaeum* sera détruit. Peut-être pourrait-on conclure que ce qu'était le droit public avait quelque chose à voir avec ce qu'était l'espace selon les coordonnées cartésiennes, c'est-à-dire qu'une conception limitée de l'espace générerait des conflits limités (dans le sens de limités au continent européen). Quand, à partir de la fin du XIXe siècle et du début du XXe siècle, la politique étatique ne dissimula plus ses ambitions, elle devint une politique d'expansion, et la distinction entre une extériorité où pratiquer la guerre et un espace intérieur pacifié fut dissoute, la finitude de la guerre et de l'espace s'estompa. Le territoire européen deviendra aussi champ de bataille à partir des deux guerres mondiales. À partir de la reconnaissance du caractère étatique du Congo, au moment où l'on accepte l'existence d'une entité avec la forme « État » hors du continent européen, commencera l'homogénéisation de l'espace. Ceci résulta terrible pour Schmitt. D'un côté, quant aux conséquences anti-européennes que cela impliquait, étant donné que l'Europe ne serait dès lors plus le point de référence du droit international. Il ne faut pas oublier que, jusqu'à ce moment-là, le fait d'être un État et l'Europe étaient synonymes. Reconnaître le fait qu'existent des États dans d'autres continents laissait entrevoir la possibilité que d'autres souverains, comme les États-Unis, puissent disputer l'hégémonie à l'Europe. De l'autre côté, il faut

souligner que Schmitt ne conçoit pas une politique qui soit coupée de la terre, c'est-à-dire qui ne tienne pas compte des particularités propres et uniques à chaque contexte. La forme « État » était spécifiquement européenne et la déplacer vers d'autres contextes comme le colonial signifiait n'avoir pas compris la particularité de l'apparition des formes politiques. Les États européens parcoururent un long chemin pour se configurer comme souverains. Être un État, on insiste, était pour Schmitt une spécificité de la politique européenne parce que chaque forme de régulation de la terre engendrerait différentes manières de faire la politique.¹²³⁰ Et au XXI^e siècle, la globalisation contemporaine continuera le chemin de l'illimitation politico-spatial. L'espace acquerra des traits diffus, en réseau et non-limités, et les guerres ne seront pas contenues, ni au niveau spatial (car les conflits auront des effets dans quelque point du globe que ce soit, même dans les pays apparemment pacifiés), ni quant à leurs participants (qui ne seront pas seulement des États, mais aussi des groupes entrepreneuriaux, des organisations transnationales, des groupes terroristes, etc.). Cette vision est partagée par Galli, qui parle d'un espace « qui est déjà paradoxal et non euclidien [...] parcouru non par frontières mais par des fractures qui mettent en communication immédiate des espaces et des temps différents : les cavernes d'Afghanistan et les Tours Jumelles de New York, la civilisation tribale archaïque et l'hipermodernité avancée ».¹²³¹ Ou, selon les termes de Foucault : « L'époque actuelle serait peut-être plutôt l'époque de l'espace. Nous sommes à l'époque du simultané, nous sommes à l'époque de la juxtaposition, à l'époque du proche et du lointain, du côte à côte, du dispersé ».¹²³²

- Virtualité et maintenance de la souveraineté.

Le contexte dans lequel s'inscrit la politique du XXI^e siècle est déterminé par le déclin de la souveraineté étatique. Néanmoins, l'ère de la gouvernance n'a pas signifié la disparition définitive de l'État souverain. L'État continue d'être le protagoniste des

¹²³⁰ La copie ou le transfert creux de cette forme « état » aux lieux qui n'ont pas vu germer son évolution manque de sens. Même la paix, pour Schmitt, a une composante tellurique, car la paix se construit à partir du contexte concret de chaque État, elle ne vient jamais imposée du dehors, par d'autres États, ou d'en haut, par les organisations internationales. « Un mot comme "paix" qui, à partir du XIX^e siècle, est devenu en partie une ambiguïté émotionnelle, en partie un terme intellectuellement abstrait, réside quoiqu'il en soit toujours dans le concept d'ordre du Moyen Âge allemand comme un concept *locationel* et, par conséquent, concret : comme paix de la maison, paix de l'église, paix de la terre ». SCHMITT, C., "The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law", *op.cit.*, p.124

¹²³¹ GALLI, C., *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, *op.cit.*, p.187.

¹²³² FOUCAULT, M., "Des espaces autres" (conférence de 1967), en "Architecture, Mouvement, Continuité", n°5, oct. 1984, pp. 46-49. Dits Ecrits IV, texte n°360 extrait du web <http://libertaire.free.fr/MFoucault120.html>

relations internationales, mais il y a, au moins, deux éléments qui permettent de mentionner sa décadence et qui ont à voir avec ce qui est le plus propre à l'État, c'est-à-dire avec sa capacité de décision : l'apparition d'entités non étatiques avec un pouvoir de décision (agents privés, organisations transnationales ou groupes terroristes) et le surgissement du milieu virtuel comme espace ou structure où se développe aussi la politique et l'économie (« Dans sa forme idéale, il n'y a pas un espace extérieur au marché mondial : toute la planète est son domaine »¹²³³). Grâce au développement de la technologie, la structure du virtuel enfreindrait le schéma épistémologique spatial moderne et en finirait avec le schéma de la médiation. La promptitude du virtuel éliminerait la contention qu'entraînait l'État de la Modernité, la nécessité de connecter la transcendance avec l'immanence disparaîtrait parce que le virtuel permet l'accès direct à l'immanence. Le pouvoir ne s'exerce plus à travers la monstration d'un artifice colossal, comme la grande machine du Léviathan qui est capable d'ordonner et d'exécuter grâce à sa grandeur, mais il « fonctionne » et a des effets qui ne se montrent pas dans l'expérience de l'ostentation de la taille.¹²³⁴ Quelques frontières, comme les économiques ou les virtuelles, ont un caractère poreux et diffus, mais cela ne signifie pas que le contrôle qu'elles déploient soit plus petit que celui des frontières physiques,¹²³⁵ mais plutôt qu'elles peuvent exercer les mêmes fonctions d'exclusion et d'inclusion.¹²³⁶ Le drame des réfugiés, par exemple, nous montre que, malgré le caractère transnational que puisse avoir l'espace Schengen, les États peuvent décider *motu proprio* de paralyser cette légalité internationale et de fermer leurs frontières, c'est-à-dire d'exercer leur souveraineté de la façon la plus traditionnelle possible. L'ère

¹²³³ HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, *op.cit.*, p.190. Traduction inédite de l'auteure.

¹²³⁴ « [L]e plus petit de la miniaturisation se dissocie du plus grand mais peut continuer de s'associer au plus haut [...] La puissance en général, la puissance souveraine comme toute puissance en particulier ne se laisse pas déterminer dans la grille oppositionnelle du grand et du petit ». DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I, *op.cit.*, pp.347-348.

¹²³⁵ En plus, les frontières physiques existent dans la mesure où elles peuvent être demandées et rétablies de nouveau : « Rien n'illustre mieux la façon dont la norme a subsumé la loi que la manière par laquelle les vieux états territoriaux de l'Europe ont « aboli » ses frontières en faveur des accords de Schengen. L'abolition des frontières dont on parle, c'est-à-dire le renoncement à l'attribut le plus sacré de l'État moderne, n'a pas naturellement le sens de sa disparition effective, mais, au contraire, signifie la possibilité permanente de sa restauration, à la merci des circonstances ». TIQQUN, *Introducción a la guerra civil*, *op.cit.*, Glose 53. Traduction inédite de l'auteure.

¹²³⁶ « Les frontières régulent et structurent les relations entre capital, travail, droit, sujets et pouvoir politique, même dans les occasions où elles ne sont pas démarquées par des murs ou d'autres fortifications [...] les fonctions régulatrices et le pouvoir symbolique des frontières évaluent la barrière entre la souveraineté et des formes plus flexibles de gouvernance globale ». MEZZADRA, S. y NEILSON, B., *Border as Method*, Duke University Press, Durham and London, 2013, p. 8. *apud* TUCCI, A., « Crossing the Borders of Governance » en *Soft Power Revista euro-americana de teoría e historia de la política*, Volumen 1, núm.1, enero-junio, 2014, pp.59-72, p.64. Traduction inédite de l'auteure.

cybernétique permet aussi la participation active de secteurs non inclus dans la sphère de pouvoir de l'État, comme la société civile. Le caractère instrumental du réseau permet que les acteurs non étatiques profitent des interstices où le système peut échouer et rendent en même temps possible que l'État – et le marché – l'utilise comme instrument de domination. En plus, le champ virtuel altère les conditions spatio-temporelles de l'action, déterminées maintenant, selon Sassen, par la variable « vitesse ». ¹²³⁷ Les processus virtuels se multiplient chaque seconde (création de pages web, envoi de données et d'information, etc.) à une vitesse presque incompréhensible pour la raison humaine. Cette façon de concevoir le temps n'est pas un changement de grade – comme la transition du déplacement en voiture au déplacement en avion –, car la vitesse extrême du cybernétique n'est pas accessible à l'intuition, elle s'échappe du champ perceptif de notre raison, limité aux coordonnées spatio-temporelles finies. Internet s'approche du domaine de l'infinitude, non seulement par sa vitesse, mais aussi par ses infinies possibilités de multiplication et de durée éternelle. Cette infinitude entraîne les risques de tout ce qui se présente comme illimité : ses effets totalisants et dominateurs.

PERSPECTIVES FUTURES

Il y a plusieurs sujets qui n'ont pas été développés en profondeur dans cette thèse (la structure des organisations internationales, les droits humains, la crise des réfugiés ou de la social-démocratie, le débat Schmitt – Kelsen, etc.). Dans l'avenir, je voudrais continuer ma recherche et analyser ce que les théories contemporaines affirment à propos de la conflictualité contemporaine et des nouvelles formes que l'exercice de la violence acquiert au présent. J'ai signalé au long de la thèse qu'une étude des relations internationales manque de sens si elle ne commence pas par reconnaître ses origines et l'héritage de ses parents. Une grande partie de cette thèse a été dédiée à régler cette dette-là avec le passé. Or, même si les problèmes actuels requièrent qu'on garde en perspective la Modernité, les solutions doivent être contemporaines. Comme je l'ai souligné dans la thèse, il y a une pléiade de théories politiques contemporaines qui essaient d'offrir des réponses aux problèmes de l'actualité. Je me suis concentrée sur une partie d'entre elles, mais je l'ai fait du point de vue de l'analyse de la problématique

¹²³⁷ SASSEN, S., *Territory. Authority. Rights. From Medieval to Global Assemblages*, Princeton University Press, Princeton, 2006, p.473.

de l'*Ius publicum europaeum*. Une fois reconnu et surpassé (si possible) le legs westphalien, je voudrais étudier dans le futur ces mêmes courants – *Critical Legal Theory*, *Sociologie Historique Internationale*, etc. – par rapport à ce qu'elles disent spécifiquement de nos préoccupations actuelles. En parallèle, je voudrais prêter une attention spéciale à la théorie du pacifisme juridique – étant donné que l'approche kantienne avec laquelle cette théorie envisage son étude de la réalité internationale me semble, aujourd'hui plus que jamais, très nécessaire –; ainsi qu'aux théories de Derrida et Foucault, car leur contribution théorique est plus grande que ce qui a pu être reflété dans cette thèse : tout comme à la théorie d'auteurs comme Habermas, Arendt, Benhabib, Laclau, Mouffe et beaucoup d'autres philosophes qui ont eu l'habileté de lire conceptuellement l'actualité internationale.

BIBLIOGRAFÍA

SELECCIÓN DE OBRAS DE CARL SCHMITT UTILIZADAS

Las obras de Carl Schmitt indicadas a continuación constituyen una selección de todas las utilizadas para la realización de esta tesis. Entre corchetes figura la versión original alemana.

SCHMITT, C., *El valor del estado y el significado del individuo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2011. Trad. Celestino Pardo [*Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*, Mohr, Tubinga, 1914].

SCHMITT, C., *Aurora Boreale* (Nordlicht), Napoli, Edizione Scientifiche Italiane, 1995. [Theodor Däubler “Nordlicht”. Drei Studien über die Elemente, den Geist und die Aktualität des Werkes, Goerg Müller, Munich, 1916].

SCHMITT, C., *Romanticismo político*, Edición Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005. Trad. Luis A. Rossi, Silvia Schawarzböck [*Politische Romantik*, Duncker & Humblot, Berlin 1919].

SCHMITT, C., *Ensayos sobre la dictadura 1916-1932*, Tecnos, Madrid, 2013. Trad. José Díaz, Pedro Madrigal [*Die Diktatur. Von den Anfängen des modernen Souveränitätsgedankens bis zum proletarischen Klassenkampf*, Duncker & Humblot, Berlín, 1921].

SCHMITT, C., *Teología política*, v. I y II, Trotta, Madrid, 2009. Trad. Francisco Javier Conde, Jorge Navarro [*Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*, Duncker & Humblot, Berlin 1922, *Politische Theologie II. Legende von der Erledigung jeder Politischen Theologie*, Duncker & Humblot, Berlin 1970].

SCHMITT, C., *Catolicismo romano y forma política*, Tecnos, Madrid, 2011. Trad. Pedro Madrigal [*Römischer Katholizismus und politische Form*, Hegner, Hellerau, 1923].

SCHMITT, C., *Sobre el parlamentarismo*, Tecnos, Madrid, 1990. Trad. Rosa Grueso. [*Die geistigeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, Duncker & Humblot, Berlín, 1923].

SCHMITT, C., “La question clé de la Société des Nations” en KOLB, R. (ed.), *Textes de Carl Schmitt, op.cit.* [“Die Kernfrage des Völkerbundes”, Dümmler, Berlín, 1926].

SCHMITT, C., *Teoría de la Constitución*, Alianza Editorial, Madrid, 2011. Trad. Francisco Ayala [*Verfassungslehre*, Duncker & Humblot, Berlín, 1928].

SCHMITT, C., La polémica Schmitt / Kelsen sobre la justicia constitucional: el defensor de la constitución *versus* ¿quién debe ser el defensor de la constitución?, Tecnos, Madrid, 2009. Trad. Manuel Sánchez, Roberto J. Brie [*Der Hüter der Verfassung*, Mohr, Tübinga, 1931].

SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, Alianza Editorial, Madrid, 2009. Trad. Rafael Agapito. [*Der Begriff des Politischen, Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*, Duncker & Humblot, Berlin, 1932].

SCHMITT, C., *Legalidad y legitimidad*, Comares, Granada, 2006. Trad. Cristina Monereo. [*Legalität und Legitimität*, Duncker & Humblot, Berlín, 1932].

SCHMITT, C., “Frieden oder Pazifismus?”, *Münchener Neueste Nachrichten* 86, Núm.308, 1933.

SCHMITT, C., *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica*, Tecnos, Madrid, 1996. Trad. Montserrat Herrero. [*Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, Hanseatische Verlagsanstalt, Hamburgo, 1934].

SCHMITT, C., “Der Begriff der Piraterie” en SCHMITT, C. *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, pp. 274-277, 1937.

SCHMITT, C., “Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat” en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, pp. 268-273, 1937.

SCHMITT, C., *El Leviathan en la teoría del estado de Thomas Hobbes*, Comares, Granada, 2003. Trad. Francisco Javier Conde. [*Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols*, Hanseatische Verlagsanstalt, Hamburgo, 1938].

SCHMITT, C., “Le passage au concept de guerre discriminatoire” en KOLB, R. (ed.), *Deux textes de Carl Schmitt, op.cit.* SCHMITT., C., “The Turn to the Discriminating Concept of War” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War, op.cit.*, pp.30-74. [*Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff*, Duncker & Humblot, Berlín, 1938].

SCHMITT, C., “Über die zwei großen “Dualismen” des heutigen Rechtssystem” en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, pp.297-308, 1939.

SCHMITT, C., “El concepto de imperio en el Derecho Internacional”, *Revista de Estudios Políticos*, 1941, pp.83-101. [“Der Reichsbegriff im Völkerrecht“ en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, pp.344-354, 1939].

SCHMITT, C., “Großraum versus universalism. The international legal struggle over the Monroe Doctrine”, Trad. alemán-inglés: Matthew Hannah en LEG, S. (ed.), *Spatiality, Sovereignty and Carl Schmitt Geographies of the nomos, op.cit.* [Großraum gegen Universalismus en SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939, op.cit.*, pp.335-343, 1939].

SCHMITT, C., “Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionensverbot für raumfremde Mächte. Ein Beitrag zu Reichsbegriff im Völkerrecht”, *Deutscher Rechtsverlag*, Berlín, 1939.

SCHMITT, C., “Reich und Raum. Elemente eines neuen Völkerrechts”, *Zeitschrift der Akademie für deutsches Recht* 7, 201-203, 1940.

SCHMITT, C., “Die Raumrevolution: durch den totalen Krieg zu einem totalen Frieden”, *Das Reich* 19, 1940.

SCHMITT, C., “Raum und Großraum im Völkerrecht”, *Zeitschrift für Völkerrecht* 24, 145-179, 1941.

SCHMITT, C. *Tierra y mar. Una reflexión sobre la historia universal*, Trotta, Madrid, 2007. Trad. Rafael Fernández-Quintanilla. [*Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*, Reclam, Leipzig, 1942].

SCHMITT, C., “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1943.

SCHMITT, C., “The International Crime of the War of Aggression and the Principle “Nullum crimen, nulla poena sine lege”” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War, op.cit.*, pp. 125-197. [“Das internationalrechtliche Verbrechen des Angriffskrieges und der Grundsatz “Nullum crimen, nulla poena sine lege””, Duncker & Humblot, Berlin, 1994, 1945].

SCHMITT, C., “The Großraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law” en NUNAN, T. (ed.), *Writings on War, op.cit.*, pp. 75-124. [“Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte: ein Betrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht”, Duncker & Humblot, Berlin, 1991].

SCHMITT, C., *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum*, Comares, Granada, 2002. Trad. Dora Schilling [Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum, Duncker & Humblot, Berlin 1950].

SCHMITT, C., *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*, Minima Trotta, Madrid, 2010. Trad. Ánima Schmitt. [Ex captivitate Salus. Erfahrungen der Zeit 1945-1947, Greven Verlag, Colonia, 1950].

SCHMITT, C., *Die Lage der europäischen Rechtswissenschaft*, Internationaler Universitätsverlag, Tubinga, 1950.

SCHMITT, C., *La unidad del mundo*, Universidad de Murcia, 1951 [“Die Einheit der Welt”, *Merkur*, 6, 1-11, 1952].

SCHMITT, C., “Coloquio sobre el poder y sobre el acceso al poderoso”, *Revista de Estudios Políticos*, núm.78, 1954, pp.3-20. [Gespräch über die Macht und den Zugang zum Machthaber, Neske, Pfulingen, Württemberg, 1954].

SCHMITT, C., “Nomos-Nahme-Name”, *Der beständige Aufbruch. Festschrift für Erich Pryzwara*, Siegfried Behn (ed.), Vrlag Glock & Lütz, Núremberg, 92-105, 1959.

SCHMITT, C., *Hamlet o Hécuba: la irrupción del tiempo en el drama*, Pre-Textos, Universidad de Murcia, Valencia, 1993. Trad. Román García [*Hamlet oder Hekuba. Der Einbruch der Zeit in dem Spiel*, Eugen Diederichs, Düsseldorf, 1956].

SCHMITT, C., “El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 122, 1962, pp. 19-38.

SCHMITT, C., *Teoría del partisano*, Trotta, Madrid, 2013. Trad. Ánima Schmitt. [*Theorie des Partisanen. Zwischen Bemerkung zum Begriff des Politischen*, Duncker & Humblot, Berlin, 1963].

SCHMITT, C., *La tiranía de los valores*, Comares, Granada, 2010. Ed. Montserrat Herrero. Trad. Ánima Schmitt. [“Die Tyrannei der Werte”, en *Säkularisation und Utopie*, Ebracher Studien, Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1967].

SCHMITT, C., “Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia”, *Revista de estudios políticos*, núm.163, 1969, pp. 5-30 [“Clausewitz als politischer Denker. Bemerkungen und Hinweise”, *Der Staat* 6, 478-502, 1967].

SCHMITT, C., “Nehmen, Teilen, Weiden, Rechtsstaatlichkeit und Sozialstaatlichkeit”, Band 118, Colección Wege der Forschung, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968, pp.489-504.

SCHMITT, C., *Glossarium. Aufzeichnungen aus den Jahren 1947 bis 1958*, Duncker & Humblot, Berlín, 1991.

SCHMITT, C., *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar-Genf-Versailles 1923-1939*, Duncker & Humblot, Berlín, 1994.

SCHMITT, C., *Staat, Großraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969*. Günter Maschke (ed.), Duncker & Humblot, Berlin, 1995.

SCHMITT, C., KOJÈVE, A., “Alexandre Kojève-Carl Schmitt Correspondence”, Erik de Vries (ed.), *Interpretation*, 2001, vol.29, núm.1.

SCHMITT, C., *Respuestas en Núremberg*, Helmut Quaritsch (ed.), Escolar y mayo, Madrid, 2016. Trad. Alejandro García y Kilian Lavernia.

SELECCIÓN DE FUENTES SECUNDARIAS UTILIZADAS

ADORNO, T., *Minima Moralia*, Taurus, Madrid, 1987. Trad. Joaquín Chamorro.

AGAMBEN, G., *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pretextos, Valencia, 2010. Trad. Antonio Gimeno.

AGAMBEN, G., *La guerre civile. Pour une théorie politique de la stasis*, Points, París, 2015.

ALSINA CALVÉS, J., “Civilizaciones y geopolítica de los “grandes espacios” en la Cuarta Teoría Política”, <http://www.4pt.su/es/content/civilizaciones-y-geopolitica-de-los-grandes-espacios-en-la-cuarta-teoria-politica>. Última visita: 05/01/2016.

ANDERS, G., *Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre el piloto de Hiroshima Claude Eatherly y Günther Anders*, Paidós, Barcelona, 2003. Trad. Vicente Gómez.

ANDERSON, P., *Passages from Antiquity to Feudalism*, Verso, Londres, 2013.

ANDERSON, K., “Self-Defense and Non-International Armed Conflict in Drone Warfare”, *Opinio Juris*, 22/10/2010, <http://opiniojuris.org/2010/10/22/self-defense-and-non-international-armed-conflict-in-drone-warfare>. Última visita: 01/02/2017

ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1973. Trad. Guillermo Solana.

ARENDT, H., *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, Paidós, Buenos Aires, 2003. Trad. Carmen Corral.

ARON, R., “Qu'est-ce qu'une théorie des Relations Internationales?”, *Revue française de science politique*, 1967, Vol. 17, Núm.5, pp. 837-861.

ARON, R., *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza Universidad, Madrid, 1985. Trad. Mari Carmen Ruiz.

BADIE, B., *La fin des territoires*, CNRS, París, 2013.

BALAKRISHNAN, G., “The Age of Warring States”, *New Left Review*; Mar-Abril, 2004; 26, 148-160 Reseña de *The Myth of 1648*.

BALIBAR, E., “We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship”, Princeton University Press, Princeton, 2004.

BALL, H., *Dios tras Dadá. Las consecuencias de la Reforma y “Teología política de Carl Schmitt”*, Berenice, Madrid, 2013. Trad. Fernando González.

BARBASHIN, A y THOBURN, H., “Putin’s Brain. Alexander Dugin and the Philosophy Behind Putin’s Invasion of Crimea”, *Foreign Affairs*, Marzo 2014.

BARRY, R., COLP RUBIN, J. (ed.), ‘Interview with Osama bin Ladin’ (Diciembre 1998), en *Anti-American Terrorism and the Middle East. A Documentary Reader*, Oxford University Press, Oxford, 2002. <https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-03-31/putins-brain> Última visita. 05/01/2016.

BAUDRILLARD, J., *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1978. Trad. Antoni Vicens, Pedro Rovira.

BAZZICALUPO, L., “Soft Power, Editorial”, <http://www.softpowerjournal.com/web/?p=47>, 29/09/2014.

BECKETT, J., “Rebel without a Cause? Martti Koskenniemi and the Critical Legal Project”, *German Law Journal*, vol. 7, núm.12.

BEHNKE, A., “El Terror y lo Político: el 11-S en el contexto de la globalización de la violencia”, *Relaciones Internacionales* 23, Junio - Septiembre 2013 Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) – UAM.

BENHABIB, S., “Carl Schmitt’s Critique of Kant: Sovereignty and International Law”, *Political Theory*, 40 (6), 2012.

BENJAMIN, W., *Crítica de la violencia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010. Trad. Eduardo Maura.

BENJAMIN, M., *Drone Warfare. Killing by Remote Control*, Verso, Nueva York, 2013.

BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2015.

BERGERON, L., FURET, L., KOSELLECK, R., *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1976.

BERNS, T., *Souveraineté, droit et gouvernementalité. Lectures du politique moderne à partir de Bodin*, Léo Scheer, Clamecy, 2005.

BIGO, D., “Nouveaux regards sur les conflits?” en SMOUTS, M.C. (ed.), *Les nouvelles relations internationales, pratiques et théories*, op.cit., pp.309-354.

BLUMENBERG, H., *La legitimación de la Edad Moderna*, Pre-Textos, Valencia, 2008. Trad. Pedro Madrigal.

BODINO, J., *Exposé du droit universel*, PUF Questions, París, 1985.

BODINO, J., *Los seis libros de la República*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992. Ed. José Luis Bermejo.

BOFFA, M., “Emigrés” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.346-354.

BOGDAN, H., *La guerre de Trente ans, 1618-1648*, Perrin, París, 2006.

BOSSINGA, G., “Impôt” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.586-595.

BOTERO, G., *De la raison d’État (1589-1598)*, Gallimard, París, 2014.

BRECHT, B., *Madre Coraje y sus hijos*, Centro Dramático Nacional, Madrid, 2010, Versión Antonio Buero Vallejo.

BROWN, W., BROMLEY, S., ATHREYE, S. (ed.), *Ordering the International. History, Change and Transformation*, Pluto Press, Londres, 2004.

BUIS, E., “Sobre gnomos y gigantes: los tratados grecorromanos y la igualdad soberana de los estados como ficción histórico-jurídica”, *Lecciones y Ensayos*, núm. 89, 2011, pp.73-117.

BURGESS, M., VOLLAARD, H. (ed.) *State Territoriality and European Integration*, Routledge, Nueva York, 2006.

CAGNI, H., “Una visión de la política mundial contemporánea en clave schmittiana” en DOTTI, J. y PINTO, J. (ed.) *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*, op.cit., pp.293-318.

CANEFE, N., “The fragmented nature of the international refugee regime and its consequences: a comparative analysis of the applications of the 1951 Convention” en SIMEON, J (ed.), *Critical Issues in International Refugee Law*, op.cit., pp.174-210.

CAMPDERRICH, R., *La palabra de Behemoth. Derecho, política y orden internacional en la obra de Carl Schmitt*, Trotta, Madrid, 2005.

CARRERAS, M., “Cuando el Derecho se convierte en política: reflexiones sobre *Critical Legal Studies*”, *Isegoría*, núm.21, 1999.

CARRINO, A., “Solidaridad y derecho. La sociología jurídica de los “*Critical Legal Studies*”, *Doxa*, Cuadernos de Filosofía del Derecho, Alicante, 1992, p.125.

CHAMAYOU, G., *Théorie du drone*, La fabrique Ed., París, 2013.

CHE GUEVARA, E., *La guerra de guerrillas*, Narrativa, Hiru, Hondarribia, 2001.

CHRISTENSTON, G.A., “Liberty of the Exercise of Religion in the Peace of Westphalia”, *Cincinnati Law Research Paper Series*, núm. 12-11 (2012).

CLAUSEWITZ, C. von, *De la guerra*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2005.

COCKBURN, P., *Isis, el retorno de la yihad*, Ariel, Barcelona, 2015. Trad. Alma Alexandra García.

CONSTANT, B., *Del espíritu de la conquista y de la usurpación*, Tecnos, Madrid, 2008. Trad. Ana Portuondo.

CRAVEN, M., FITZMAURICE, M., VOGIATZI, M. (ed.), *Time, History and International Law*, Developments in International Law, Vol. 58, Leiden & Boston, 2007.

CRAVEN, M., "Introduction: International Law and Its Histories" en CRAVEN, M., FITZMAURICE, M., VOGIATZI, M. (ed.), *Time, History and International Law*, *op.cit.*, pp. 1-25.

CUMIN, D., *Carl Schmitt. Biographie politique et intellectuelle*, Cerf, París, 2005.

CUMIN, D., "Le "grand espace": variantes et problèmes géopolitiques d'une idée schmittienne inactuelle", en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, *op.cit.*, pp.37-55.

DEHIO, L., *Gleichgewicht und Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte*, Sherper, Krefeld, 1948.

DE LA CORTE IBÁÑEZ, L., *La lógica del terrorismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F., *Capitalisme et schizophrénie. Mille plateaux*. Ed. Minuit, París, 1980.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F., *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona, 2009, Trad. Thomas Kauf.

DE LUCAS, J., *Prólogo a GARCÍA PASCUAL, C., Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, *op.cit.*

DE MARTENS, *Précis du Droit International*, París, 1883-1884, 1887.

DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, Trotta, Madrid, 2005. Trad. Cristina de Peretti.

DERRIDA, J. *Politiques de l'amitié*, Galilée, París, 1994.

- DERRIDA, J., *Cosmopolites de tous les pays, encore un effort!*, Galilée, París, 1997.
- DERRIDA, J., “La frente de Althusser”, *Márgenes de la psiquiatría*, 682, 1997, pp.85-90.
- DERRIDA, J., *La verdad en pintura*, Paidós, Barcelona, 2001. Trad. María Cecilia González y Dardo Scavino.
- DERRIDA, J., *De la gramatología*, Siglo XXI, México, 2003. Trad. Óscar del Barco, Conrado Ceretti.
- DERRIDA, J., HABERMAS, J., *Le “concept” du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre) avec Giovanna Borradori*, Giovanna Borradori (ed.), Galilée, París, 2004.
- DERRIDA, J., DUFOURMANTELLE, A., *La hospitalidad*, Ed. de la Flor, Buenos Aires, 2006. Trad. Mirta Segoviano.
- DERRIDA, J., *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid, 2008. Trad. Patricio Peñalver, Adolfo Barberá.
- DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen I (2001-2002), Galilée, París, 2008.
- DERRIDA, J., *Séminaire La bête et le souverain*, Volumen II (2002-2003), Galilée, París, 2010.
- DIEZ DE VELASCO, M., *Instituciones de Derecho Internacional Público*, Tecnos, Madrid, 2013.
- DOTTI, J. y PINTO, J. (ed.), *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*, Eudeba, Buenos Aires, 2002.
- DUFOUR, F.G., “Approches néomarxistes: la théorie néogramscienne et le marxisme politique” en MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, op.cit., pp.207-229.

DUGIN, A., “Un esbozo geopolítico para un futuro mundo multipolar”, <http://www.4pt.su/es/content/un-esbozo-geopol%C3%ADtico-para-un-futuro-mundo-multipolar>. Última visita: 05/01/2017.

DUGIN, A. “Principios y estrategia de la guerra que viene”, <http://www.4pt.su/es/content/principios-y-estrategia-de-la-guerra-que-viene>, Última visita 5/01/2016.

*Blog dedicado a la expansión del pensamiento de Alexander Dugin, en concreto su teoría de La Cuarta Teoría Política. <https://4tpes.wordpress.com/acerca-de/> Última visita: 05/01/2016.

DUPUY, P-M., “Some Reflections on Contemporary International Law and the Appeal to Universal Values: A Response to Martti Koskenniemi”, *The European Journal of International Law*, Vol.16, núm.1, 2005, pp.131-137.

EDELMAYER, F., “¿Una “gran estrategia” de los Habsburgo? Las relaciones entre Madrid y Viena”, *Desperta Ferro: Especiales*, núm.1, 2013 (Ejemplar *La Guerra de los Treinta Años*), pp. 10-17.

EDELMAYER, F., “Albrecht von Wallenstein”, *Desperta Ferro: Especiales*, núm. 1, 2013 (Ejemplar *La Guerra de los Treinta Años*), pp. 26-29

ESPLUGA, E., “La sublevación de Behemoth: Carl Schmitt y Michel Foucault, un diálogo entre ausentes”, *Bajo Palabra, Revista de Filosofía II Época*, núm. 8, 2013.

EVANGELISTA, M., SHUE, H. (ed.), *The American Way of Bombing. Changing Ethical and Legal Norms, from B-17s to Drones*, Cornell University Press, Nueva York, 2014.

FERGUSON, N., *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*, Debate, Barcelona, 2016. Trad. Magdalena Chocano.

FERNANDEZ, J., “Du côté sombre de la Cour pénale internationale : revenir à Carl Schmitt?” en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages, op.cit*, pp.156-171.

FERRAJOLI, L., *Razones jurídicas del pacifismo*, Trotta, Madrid, 2004. Ed. Gerardo Pisarello.

FERRI DURÁ, J., “Movimientos sociales y poderes públicos” en ROMAN, P., FERRI, J. (ed.), *Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada*, Consejo de la Juventud de España, Madrid, 2002, pp.23-44.

FERRI DURÁ, J., “Del conflicto a la mediación, un recorrido por la evolución de la política y su ciencia”, *Política y Sociedad*, 2013, 50, núm.1, pp.13-38.

FERRI DURÁ, J., “De la violencia, la política y sus adláteres”, Cuadernos de estrategia, núm.183, 2016.

FERRY, L., “Hegel”, en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.974-977.

FORREST, A., “La Révolution et l’Europe” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.146-156.

FOUCAULT, M., “Des espaces autres” (conferencia de 1967), en “Architecture, Mouvement, Continuité”, núm.5, oct. 1984, pp. 46-49. Dits Ecrits IV, texto n°360 extraído de la web <http://1libertaire.free.fr/MFoucault120.html> Última visita: 14/01/2017

FOUCAULT, M., “A quoi rêvent les Iraniens ?”, *Le Nouvel Observateur*, núm. 727, 16-22 octubre 1978, pp. 48- 49. Dits Ecrits III, texto n°245, extraído de <http://1libertaire.free.fr/MFoucault143.html> Última visita: 14/01/2017

FOUCAULT, M., “Inutile de se soulever ?”, *Le Monde*, núm.10661, 11-12 mayo 1979, pp.1-2. Dits Ecrits III, texto n°269, extraído de <http://1libertaire.free.fr/MFoucault154.html> Última visita: 14/01/2017

FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Madrid, 1997. Trad. Elsa Cecilia Frost.

FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Akal, Madrid, 2003. Trad. Horacio Pons.

FOUCAULT, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006. Trad. Horacio Pons.

FOUCAULT, M., *Sobre la Ilustración*, Tecnos, Madrid, 2006. Trad. Javier de la Higuera, Eduardo Bello, Antonio Campillo.

FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Madrid, 2009. Trad. Aurelio Garzón.

FRAGA IRIBARNE, M., “Carl Schmitt en interpretación española” en NEGRO PAVÓN, D. (ed.) *Estudios sobre Carl Schmitt, op.cit.*, pp.137-159.

FRANCO SÁ, A. G., *Metamorfose do poder*, Ariadne, Coimbra, 2004.

FRANCO SÁ, A. G., *O poder pelo poder: ficção e orden no combate de Carl Schmitt em torno do poder*, Universidad Lisboa, Lisboa, 2009.

FRANCO SÁ, A. G., *Poder, Direito e Ordem: ensaios sobre Carl Schmitt*, Via Verita, Río de Janeiro, 2012.

FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988.

FURET, T., “Bonaparte” en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.216-229.

FURET, F., *Penser la Révolution française*, Gallimard, París, 1978.

GALLI, C., *La Mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011. Trad. María Julia de Ruschi.

GALLI, C., *Political Spaces and Global War*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2010.

GALLI, C., *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Il Mulino Saggi, Bolonia 2010.

GALLI, C., *La humanidad multicultural*, Katz, Buenos Aires, 2010. Trad. Juan Ramón Azaola.

GALLI, C., *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Bologna, il Mulino, 2001.

GAMARRA, Y., (ed), *La idea de la América en el pensamiento ius internacionalista del siglo XXI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.

GARCÍA, R., “Historia de los conceptos y filosofía política en Carl Schmitt”. *Res publica*, I, 1998.

GARCÍA PASCUAL, C., “Orden jurídico cosmopolita y Estado mundial en Hans Kelsen”, *Cuadernos electrónicos de filosofía del derecho*, núm.2, 1999.

GARCÍA PASCUAL, C., “Una tragedia de los Derechos Humanos. Violencia y religión”, *Derechos y libertades: Revista del Instituto Bartolomé de las Casas* 17, núm.29, pp.129-154, 2013.

GARCÍA PASCUAL, C., *Norma mundi. La lucha por el Derecho Internacional*, Trotta, Madrid, 2015.

GARCÍA-SALMONES, M., “Razón práctica, lo mecánico y teoría legal en Hobbes: la legalización de lo político”. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I época, vol. 5, 2010, pp. 261-272.

GAUCHET, M., “Necker”, en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française, op.cit.*, pp.307-317.

GÓMEZ ORFANEL, G., “¿Vuelve Schmitt?”, *Arbor*, Nov 1, 198, pp.139-145, 1987.

GÓMEZ ORFANEL, G., “Carl Schmitt y el decisionismo político”, en VALLESPÍN, F. (ed.), *Historia de la teoría política*, Alianza Editorial, vol. 5, Madrid, 1995, pp.243-272.

GÓMEZ ORFANEL, G., “El final de la república de Weimar y Carl Schmitt” en NEGRO PAVÓN, D. (ed), *Estudios sobre Carl Schmitt*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1996, pp.213-230.

GÓMEZ ORFANEL, G., “Soldados y ciudadanos, según Carl Schmitt”, *Revista de estudios políticos*, núm.123, 2004.

GÓMEZ ORFANEL, G., “El secreto de Estado en Saavedra Fajardo”, *Res publica*, núm.19, pp.177-188, 2008.

GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., “El camaleón y el filósofo: deseo, bien y metafísica”, *Éndoxa* 8, 1998, pp. 209-216.

GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., “Reflexión historiográfica y tradiciones filosóficas: un conflicto sin resolver”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 16, pp. 35-56.

GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., “Interpretación y políticas de la borrosidad”, *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 2, 2000, pp. 313-338

GONZÁLEZ CASTÁN, O.L., “La gestión del pasado y los modelos del individuo”, *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 2003, 36, pp.187-213.

GOODRICH, P., DOUZINAS, F., HACHAMOVITCH. C. (ed.), *Politics, Postmodernity and Critical Legal Studies, The legality of the contingent*, Routledge, Londres, 1994.

GORDON, K., “The Origins of Westphalian Sovereignty”, Western Oregon University, 2008.

GRAMSCI, A., *Antología I*, “Neutralidad activa y operante”, 1910-1917 [31-X-1914] en *Antología*, Siglo XXI, Madrid, 1974. Ed. Manuel Sacristán.

GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2013.

GRANGÉ, N., “Carl Schmitt, Ernst Jünger et le spectre de la guerre civile. L’individu, le “soldat”, l’État” en GRANGÉ, N. (ed.), *Carl Schmitt : nomos, droit et conflit dans les relations internationales*, *op.cit.*, pp.39-60

GRANGÉ, N., MOREAU, P.F. y RAMEL, F., Introducción a GRANGÉ, N. (ed.), *Carl Schmitt : nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, *op.cit.*

GUSTERSON, H., "Towards an Anthropology of Drones. Remaking Space, Time and Valor in Combat" en EVANGELISTA, M., SHUE, H. (ed.), *The American Way of Bombing. Changing Ethical and Legal Norms, from B-17s to Drones*, op.cit., pp. 191-206.

HABERMAS, J., *El Occidente escindido*, Trotta, Madrid, 2006. Trad. José Luis López.

HABERMAS, J., "Les affres de l'autonomie. Carl Schmitt en anglais" en HABERMAS, J. *Écrits politiques. Culture, droit, histoire*, Flammarion, París, 1990, pp.169-183.

HABERMAS, J., "La idea kantiana de paz perpetua. Desde la distancia histórica de doscientos años", *Isegoría*, núm. 16, 1197, pp.61-90. Trad. Juan Carlos Velasco.

HABERMAS, J., *Après l'État-nation. Une nouvelle constellation politique*, Fayard, París, 2000.

HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 2007. Trad. Manuel Jiménez.

HALLIDAY, F., "Las Relaciones Internacionales y sus debates", Centro de Investigación para la Paz, CIP-FUHEM, Madrid, 2006.

HARDT, M., NEGRI, T., *Imperio*, Paidós, Madrid, 2002. Trad. Alcira Bixio.

HARVEY, D., *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2003. Trad. Juan María López.

HEGEL, G.W.F., *La constitución de Alemania*, Tecnos, Madrid, 2010. Trad. Dalmacio Negro Pavón.

HEGEL, G.W.F., *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000. Trad. Eduardo Vázquez.

HEGEL, G.W.F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 2008. Trad. José Gaos.

HEGEL, G.W.F. *Fenomenología del espíritu*, Abada, Madrid, 2010. Ed. Antonio Gómez.

HEIDEGGER, M., *Construir Habitar Pensar, Bauen Wohnen Denken*, La oficina, Madrid, 2015. Trad. Jesús Adrián Escudero.

HEINE, H., *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania*, Alianza Editorial, Madrid, 2008. Trad. Manuel Sacristán. Ed. Juan Carlos Velasco.

HELLER, H., *La soberanía*, FCE, México D.F., 1995. Trad. Luis Tobío.

HERMOSA ANDÚJAR, A., “La libertad política en *El Antiguo Régimen y la Revolución*”, Introducción a TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, *op.cit.*, pp.9-41.

HERNÁNDEZ MARCOS, M., “La formación del criticismo jurídico de Kant”, *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), Núm.89, Jul-Sep, 1995.

HERNÁNDEZ MARCOS, M., “De la persona moral a la persona civil. Una contribución al republicanismo desde una perspectiva kantiana”, *Diálogo filosófico* 59, pp.295-322, 2004.

HERNÁNDEZ MARCOS, M., “Kant entre tradición y modernidad: hacia una nueva visión republicana de la sociedad civil” en *Sociedade civil, entre miragem e oportunidade* 1, Universidade de Coimbra, pp.75-102, 2003.

HERRERO LÓPEZ, M., *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, Eunsá, Pamplona, 1997.

HERRERO LÓPEZ, M., *Carl Schmitt und Álvaro d'Ors Briefwechsel*, Duncker & Humblot, Berlín, 2004.

HERRERO LÓPEZ, M. “Tres argumentos de utilidad en la teología política de Thomas Hobbes”, *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, vol. XVI/1, 2006, pp. 9-26.

HERRERO LÓPEZ, M., “The aperture to transcendence as political-theological event in Carl Schmitt’s thought”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 60, 2012, pp. 431-455.

HERRERO LÓPEZ, M., “La auténtica recepción de Carl Schmitt en España”, *Carl Schmitt Studien* 2, núm.1, 2014, pp. 141-169.

HERRERO LÓPEZ, M., *The Political Discourse of Carl Schmitt. A Mystic of Order*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2015.

HERRERO LÓPEZ, M., “Carl Schmitt: gone, but still among us”, *European Political Science* 16, núm.1, 2017, 120–124.

HINTZE, O., “Imperialismus und Weltpolitik”, *Staat und Verfassung*, G. Oestreich (ed.), Gotinga, 1962.

HIRST, P., “Carl Schmitt’s Decisionism” en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, op.cit., pp.7-17.

HOBBS, T., *Leviatán*, Losada, Buenos Aires, 2007. Trad. Antonio Escohotado.

HOBBS, T., *On the Citizen*, TUCK, R., SILVERTHORNE, M. (ed.), Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

HOBDEN, S., HOBSON, J. (ed.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

HOBBSBAWM, E., “Guerra y paz en el siglo XX” en HOBBSBAWM, E., *Guerra y paz en el siglo XX*, Público, Madrid, 2009. Trad. Ferrán Esteve.

HOBSON, J., “What’s at stake in “bringing Historical Sociology *back* into international relations”? Transcending “cronofetichism” and “tempocentrism” in international relations” en HOBDEN, S., HOBSON, J. (ed.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp.3-41.

HOFFMANN, F., “Deadlines: Derrida and Critical Legal Scholarship” en GOODRICH, P., HOFFMANN, F., ROSENFELD, H., VISMANN, C. (ed.), *Derrida and Legal Philosophy*, op.cit., pp.183-200.

HOLEINDRE, J-V., “Carl Schmitt penseur des transformations de la guerre”, en SUR, S. (ed.) *Carl Schmitt. Concepts et usages, op. cit.*, pp.73-92.

HOOCK, J., “Carl Schmitt: une réception controversée”, en SUR, S. (ed.) *Carl Schmitt. Concepts et usages, op.cit.*, pp.175-194.

HOOKE, W., *Carl Schmitt's International Thought. Order and Orientation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

HOWSE, R. y TEITEL, R., “Does Humanity-Law require (or imply) a progressive Theory of History? (and other Questions for Martti Koskenniemi)”, *Temple International and Comparative Law Journal*, 2013, pp.377-397.

HUNT, A., “The Theory of Critical Legal Studies”, Oxford University Press, Oxford Journal of Legal Studies, 1986, Vol.6, Núm.1.

HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997. Trad. José Pedro Tosa.

JOUIN, C., “Du secret en démocratie. Réflexions sur l’irreprésentable chez Carl Schmitt”, en SUR, S. (ed.) *Carl Schmitt. Concepts et usages, op.cit.*, pp.195-514.

JOUIN, C. (ed.), *La guerre civile mondiale. Essais (1943-1978)*, Ed. Ere, París, 2007.

JÜNGER, E., *Der Waldgang*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2001.

JÜNGER, E., *La emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 2011. Trad. Andrés Sánchez.

KANT, I., *Crítica de la razón pura*, Taurus, Madrid, 2005. Ed. Pedro Ribas.

KANT, I., *Crítica de la razón práctica*, Alianza Editorial, Madrid, 2013. Ed. Roberto Rodríguez Aramayo.

KANT, I., *Crítica del discernimiento*, Alianza Editorial, Madrid, 2012. Ed. Roberto Rodríguez Aramayo y Salvador Mas.

KANT, I., *Filosofía de la historia*, FCE, México D.F., 2004. Trad. Eugenio Ímaz.

KANT, I., *Comienzo presunto de la historia humana* en KANT, I., *Filosofía de la historia*, *op.cit.*

KANT, I., *Metafísica de las Costumbres*, Tecnos, Madrid, 2008. Estudio preliminar de Adela Cortina. Trad. Adela Cortina y Jesús Conill.

KANT, I., *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, Cátedra, Madrid, 2005.

KANT, I., *Sobre la paz perpetua* en KANT, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, *op.cit.* Trad. Joaquín Abellán.

KANT, I., *Teoría y práctica*, Tecnos, Madrid, 2011. Incluye el texto *Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía*. Trad. Roberto Rodríguez Aramayo, Pérez Ló, Francisco Pérez.

KELSEN, H., *La paz por medio del derecho*, Trotta, Madrid, 2008. Trad. Luis Echávarri.

KENNEDY, D., KLARE, K., “A Bibliography of Critical Legal Studies”, *The Yale Law Journal*, Vol.94: 461, 1984.

KENNEDY, D., “Critical Labour Theory: A Comment”, *4 International Relations Law Journal*, 503-506.

KENNEDY, D., “The Last Treatise: Project and Person. (Reflections on Martti Koskenniemi’s *From Apology to utopia*)”, *German Law Journal*, Vol.07, núm.12.

KENNEDY, E., *Carl Schmitt en la República de Weimar. La quiebra de una constitución*, Tecnos, Madrid, 2012. Trad. Pedro Lomba.

KEOHANE, R.O., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Little, Brown, 1977.

KEOHANE, R.O. y NYE, J. S., “Transnational Relations and World Politics: An Introduction”, *International Organization*, 1971, Vol.25, No.3, 329-349.

KERVÉGAN, J.-F., *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2014. Trad. Alejandro García.

KERVÉGAN, J.F., *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, Escolar y mayo, Madrid, 2007. Trad. Alejandro García.

KERVÉGAN, J.F., “Sociedad civil y derecho privado. Entre Hobbes y Hegel”, *Res publica*, 3, 1999.

KHAN. A., “No One Feels Safe”, entrevista dirigida y editada por ZUBAIR SHAH, P. en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit., pp.345-347.

KISSINGER, H., *A world restored, Metternich, Castlereagh and the problems of peace 1812-1822*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1957.

KISSINGER, H., *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona. Trad. Mónica Utrilla.

KLABBERS, J., “Towards a Culture of Formalism? Martti Koskenniemi and the Virtues”, *Temple Int'l & Comp. L.J.*, 27.2., 279, 2013, pp.417-435.

KLABBERS, J., “The Undesirability of Soft Law”, *Nordic Journal of International Law*, 67, 1998, pp.381-391, p.382.

KLABBERS, J., “Reflections on Soft International Law in a Privatized World”, http://www.helsinki.fi/eci/Publications/articles_klabbers.html, p. 4. Última visita: 16/02/2016.

KOLB, R. (ed.), *Deux textes de Carl Schmitt*, Ed. A. Pedone, París, 2009.

KOSELLECK, R., *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007. Trad. Rafael de la Vega, Jorge Pérez.

KOSELLECK, R. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid, 2012, p.21. Trad. Luis Fernández Torres.

KOSELLECK, R., *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, Escolar y Mayo, Madrid, 2013. Trad. Kilian Laverna.

KOSKENNIEMI, M., *The gentle civilizer of nations. The rise and fall of International Law 1870-1960*, Cambridge University, Cambridge, 2002.

KOSKENNIEMI, M., “Why History of International Law Today?”, *Rechtsgeschichte: Zeitschrift des Max-Planck-Instituts für Europäische Rechtsgeschichte* Rg 04, 2004, 61-66.

KOSKENNIEMI, M., “The history of International Law Today”, *Rechtsgeschichte*, 2004.

KOSKENNIEMI, M., *El discreto civilizador de naciones. El auge y la caída del derecho internacional. 1860-1960*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 2005. Trad. Natalia Zaragozá.

KOSKENNIEMI, M., *From Apology to Utopia: The Structure of International Legal Argument*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

KOSKENNIEMI, M., “A Response”, *German Law Journal*, Vol.07, No. 12, 2006.

KOSKENNIEMI, M., “International Law as Political Theology: How to read the Nomos der Erde?”, *Constellations*, 2004, pp.492-511.

KOSKENNIEMI, M., “The Fate of Public International Law: Between Technique and Politics”, *The Modern Law Review*, v.70, n.1, 2007.

KOSKENNIEMI, M., “Formalism, Fragmentation, Freedom. Kantian Themes in Today’s International Law”, *No Foundations*, 4, 2007.

KOSKENNIEMI, M., “Constitutionalism as Mindset: Reflections on Kantian Themes About International Law and Globalization”, *Theoretical Inquiries in Law* 8.1, 2007, pp.9-36.

KOSKENNIEMI, M., “What should lawyers learn from Marx?” en MARKS, S (ed.) *International Law on the Left. Re-examining Marxist Legacies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008, pp.30-52.

KOSKENNIEMI, M. “Colonization of the “Indies”- The origin of International Law?” , en GAMARRA, Y. (ed), *La idea de la América en el pensamiento ius internacionalista del siglo XXI*, op.cit.

KOSKENNIEMI, M., *Histories of International Law: dealing with Eurocentrism*, Universiteit Utrecht, Faculteit Geesteswetenschappen, Noviembre 2011.

KOSKENNIEMI, M., “Empire and International Law: The Real Spanish Contribution”, *University of Toronto Law Journal*, 61, 2011.

KOSKENNIEMI, M., “What Use for Sovereignty Today?”, *Asian Journal of International Law*, 1, 2011, pp. 61-70.

KOSKENNIEMI, M., “The Political Theology of Trade Law: The Scholastic Contribution” en *From Bilateralism to Community Interest: Essays in Honour of Judge Bruno Simma*, Oxford University Press, 2011.

KOSKENNIEMI, M., *The Politics of International Law*, Hart Publishing, Londres, 2011.

KOSKENNIEMI, M., “Style as Method: Letter to the Editors of the Symposium” en KOSKENNIEMI, M., *The Politics of International Law*, op.cit.

KOSKENNIEMI, M., “The Political Theology of Trade Law: The Scholastic Contribution” en *From Bilateralism to Community Interest: Essays in Honour of Judge Bruno Simma*, op.cit.

LACLAU, E., “Universalism, Particularism and the Question of Identity”, y “Subject of Politics, Politics of Subject” en *Emancipation(s)*, Verso, Londres, 1996, pp.20-35.

LACOSTE, Y., *Géopolitique: La longue histoire d'aujourd'hui*, Larousse, París, 2008.

LACOSTE, Y., *La géopolitique et le géographe. Entretiens avec Pascal Lorot*. Choiseul Editions, París, 2010.

LALEFF, R.J., “Carl Schmitt: límites y potencialidades del partisano”, *Cuadernos de Marte*, A. 1, N. 2, Octubre 2011.

LA METTRIE, J.O., *L'Homme-Machine*, Folio, Denoël, París, 1981.

LAQUEUR, W., *Una historia del terrorismo*, Paidós, Barcelona, 2003. Trad. Tomás Fernández, Beatriz Batallé.

LARUELLE, M., “Aleksandr Dugin: A Russian Version of the European Radical Right?”, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, Kennan Institute Occasional Papers, 294.

LA TORRE, M., GARCÍA PASCUAL, C., “La utopía realista de Hans Kelsen”, Introducción a KELSEN, H., *La paz por medio del derecho*, *op.cit.*, pp. 9-29.

LATSA, A., “Un entretien avec Alexander Douguine”, http://www.voxnr.com/cc/d_douguine/EkFIFuFluAdsBvkIpX.shtml. Traducción de: “Eurasia: la visión geopolítica de Alexander Dugin”. <http://www.4pt.su/es/content/eurasia-la-vision-geopolitica-de-alexander-dugin> Última visita 5/01/2016.

LEG, S. (ed.), *Spatiality, Sovereignty and Carl Schmitt Geographies of the nomos*, Routledge, Nueva York, 2011.

LE GLOANNEC, A-M., “Y a-t-il une pensée stratégique dans l’après-guerre froide ?” en SMOUTS, M.C. (ed.), *Les nouvelles relations internationales, pratiques et théories*, *op.cit.*

LENIN, V.L., *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*, Taurus, Madrid, 2012. Trad. Fundación Federico Engels.

LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, Cambridge University Press, Nueva York, 2004.

LINK (ed.), *Papers of Woodrow Wilson*, Princeton University Press, Princeton, vol.40.

LIVET, G., *La Guerre de Trente Ans*, París, PUF, 1963.

LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política” en SÁNCHEZ DURÁ, N. (ed.) *La guerra, op.cit*, pp.161-183.

LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault” en ARRIBAS, S., CANO, G., UGARTE, J. (ed.), *Hacer vivir, dejar morir: biopolítica y capitalismo*, CSIC, Madrid, 2010, pp.39-62.

LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “La política como continuación de la guerra: notas sobre un tema foucaultiano”, *Paideia*, 2005.

LÓPEZ ÁLVAREZ, P., “Los instrumentos de la libertad: poder, estado y salvación” en MUÑOZ, J. (ed.), *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp.321-362.

LÓPEZ LOPERA, L.M., “Los límites de la crítica liberal schmittiana”. *Res publica*, 21, 2009, pp. 273-281.

LOSURDO, D., *El lenguaje del imperio. Léxico de la ideología americana*. Escolar y mayo, Madrid, 2008, Trad. Alejandro García Mayo.

LÖWITH, K., “The Occasional Decisionism of Carl Schmitt”, WOLIN, R. (ed.), *Martin Heidegger and European Nihilism*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.

MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (dir.) *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, CEPES (Centre d’Études des Politiques Étrangères et de Sécurité), Québec, 2007.

O’MEARA, D., “La théorie marxiste et l’analyse des conflits et des relations de pouvoir mondiaux” en MACLEOD, A. y O’MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances, op.cit.*, pp.133-158.

MACLEOD, A. y O'MEARA, D., "Qu'est-ce qu'une théorie des relations internationales?" en MACLEOD, A. y O'MEARA, D. (ed.), *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, op.cit., pp.1-17.

MACLEOD, A., "Émergence d'un paradigme hégémonique" en MACLEOD, A. y O'MEARA, D. (ed.) *Théories des relations internationales. Contestations et résistances*, op.cit., pp.19-34.

MANENT, P., *La razón de las naciones. Reflexiones sobre la democracia en Europa*, Escolar y Mayo, Madrid, 2009. Trad. Esteban Molina.

MANN, H., *La juventud del rey Enrique IV*, Pocket Edhasa, Barcelona, 1998. Trad. Luis Tobío.

MANN, T., *Doktor Faustus*, Pocket Edhasa, Madrid, 2009. Trad. Eugenio Xammar.

MARCÍLIO TOSCANO, M., "Historia y razón del paradigma westfaliano". *Revista de Estudios Políticos*, Núm. 131, Madrid, 2006.

MARRADES MILLET, J., "Estado y guerra en Hegel" en SÁNCHEZ DURÁ, N. (ed.) *La guerra*, op.cit., pp.11-34.

MARTÍ, A., "5 razones por las que el Estado Islámico triunfa donde Al-Qaeda ha fracasado", <http://alejandromarti.es/742/5-razones-estado-islamico-triunfa-donde-al-qaeda-ha-fracasado/>, 25/09/2014, última visita 14/01/2017

MARTÍ, A., "¿ISIS, ISIL, Daish o Estado Islámico? Por qué es imposible ponerse de acuerdo", <http://alejandromarti.es/634/isis-isil-daish-estado-islamico-irak-siria/>, última visita, 26/02/2017.

MARTÍN, J., *Estado Islámico. Geopolítica del Caos*, Catarata, Madrid, 2015.

MARTOSKO, D., "'We do not understand the movement': Top Special Forces general confessed the US is clueless about ISIS as FBI agent warns about terror army's youth recruiting", *Daily Mail*, 29/12/2014
<http://www.dailymail.co.uk/news/article-2890266/We-not-understand-movement->

Special-Forces-general-confessed-clueless-ISIS-FBI-agent-warns-terror-army-s-youth-recruiting.html Última visita: 29/12/2016

MAO TSÉ-TUNG, *Oeuvres Choiesies*, Editions Sociales, París, 1955. Tomos I (1926-1937) y II (1937-1938).

MASON, T., FOSS, S. y LAM, V., “Using ArcGIS for Intelligence Analysis”, Esri International User Conference, 2012, <http://proceedings.esri.com/library/userconf/feduc11/papers/tech/feduc-using-arcgis-for-intelligence-analysis.pdf>. Última visita: 01/02/2017.

MEINECKE, F., *La idea de la razón de estado en la edad moderna*, Centro de estudios constitucionales, Madrid, 1983. Trad. Felipe González.

METTERNICH, K., *Memorias del Príncipe de Metternich. El arquitecto de la Europa de hierro que restauró el Antiguo Régimen*, Desván de Hanta, Madrid, 2016. Trad. Mauricio Carlavilla.

MEZZADRA, S. y NEILSON, B., *Border as Method*, Duke University Press, Durham and London, 2013.

MILGRAM, S., *Obedience to Authority: An Experimental View*, Harper & Row, Nueva York, 1974.

MOLINA, J., *Contra el “mito Carl Schmitt”*, Ediciones Universidad de Murcia, Murcia, 2014.

MOMMSEN, W.J., *Theories of Imperialism*, The University of Chicago Press, Chicago, 1980.

MOMMSEN, W.J., *La época del Imperialismo, Europa 1885-1918*, Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 2002. Trad. Genoveva y Antón Dieterich.

MONEREO, J.K., “Soberanía y orden internacional en Carl Schmitt”, estudio preliminar a SCHMITT, C. *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius publicum europaeum.*, *op.cit.*

MONEREO, J.C., Introducción a SCHMITT, C. *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes*, op.cit.

MONTESQUIEU, *De l'esprit des lois*, Gallimard, Paris, 1995.

MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, Verso, Londres, 1999.

MOUFFE, C., "Carl Schmitt and the Paradox of Liberal Democracy" en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, op.cit., pp.38-53.

MÜLLER, J.W., *Carl Schmitt. Un esprit dangereux*. Ed. Armand Colin, París, 2007.

NADEAU, C. y SAADA, J., *Guerre juste, guerre injuste. Histoire, théories et critiques*, PUF, París, 2009.

NAUDÉ, G., *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*, Tecnos, Madrid, 1998. Trad. Carlos Gómez.

NEGRO PAVÓN, D. (ed.), *Estudios sobre Carl Schmitt*, Veintiuno Colección, Madrid, 1996.

NIETZSCHE, F., *La ciencia jovial*, Gredos, Madrid, 2010. Ed. Germán Cano.

NORA, P., "Nation" en FURET, F. y OZOUF, M. (ed.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, op.cit., pp.801-811.

NOYA, J., "El poder simbólico de las naciones", http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/DT35-2005, 29/06/2005 Última visita: 04/03/2016

NUNAN, T. (ed.), *Writings on War*, Polity Press, Cambridge, 2011.

NYE, J., *Bound to lead. The Changing Nature of American Power*, Basic Books, Nueva York, 1990.

NYE, J., "The Velvet Hegemon How soft power can help defeat terrorism", *Foreign Policy*, May-Jun 2003, pp.74-75.

NYE, J., Prefacio y capítulo 5 “El Poder blando y la Política exterior americana”, en *Soft Power, Public Affairs*, New Hampshire, 2004, ps. IX-XIII y 127-147, *Relaciones Internacionales*, núm. 14, junio de 2010 GERI – UAM.

NYE, J., *Soft Power. The means to success in world politics*, Public Affairs, Nueva York, 2004.

NYE, J., ARMITAGE, R.L. (ed.), *CSIS Commission on smart power. A smarter, more secure America*, Center for strategic & international studies, Washington, 2007.

NYE, J., “Cyber Power”, Harvard Kennedy School, Belfer Center for Science and International Affairs, Mayo 2010.

NYE, J., “America's soft learning curve”, *The Economist*, 30/11/2003, <http://www.economist.com/node/2188803>, última visita 15/02/2017.

NYE, J., “China's Soft Power Deficit”, *The Wall Street Journal*, 08/05/2012, www.wsj.com/articles/SB10001424052702304451104577389923098678842. Última visita: 02/02/2017

*“Interview: Joseph Nye the inventor of the term “soft power” on the US role in an increasingly affluent world”, *The world today*, Jun-Jul, 2013, Vol.69, Núm. 3, pp.32-33

NOYS, B., “Drone Metaphysics”, *Culture Machine*, vol.16, 2015.

PASQUIER, E., “Carl Schmitt. Deux inédites” en GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, op.cit., pp.112-125.

PASQUIER, E., “Le pirate et la Maison Europe” en GRANGÉ, N. (ed.), *Nomos, droit, et conflit dans les relations internationales*, op.cit., 77-89.

PASTOR, J., “Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance”, *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, núm. 5, 2006.

PEREC, G., *La vie mode d'emploi*, Hachette, París, 1978.

POTTAGE, A., “The paternity of law” en GOODRICH, P., DOUZINAS, F., HACHAMOVITCH, C. (ed.), *Politics, Postmodernity and Critical Legal Studies, The legality of the contingent*, op.cit., pp.147-186.

PREUSS, L., “La Dénationalisation imposée pour des motifs politiques”, en *Revue Internationale Française du Droit des Gens*, 1937, vol. IV, núm. 1, 2 y 5.

RAMEL, F., *Philosophie des Relations Internationales*, París, Science Po Les Presses, 2011.

RAMEL, F., “Schmitt contre l’idée d’État mondial” en SERGE, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, op.cit, pp.57-72.

RAWLS, J., *The law of peoples*, Harvard University Press, Estados Unidos, 1999.

REINARES, F., “Al Qaeda y el Estado Islámico”, El País, 11/01/2015, http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/11/actualidad/1421004019_193415.html, última visita 19/01/2017

REINARES, F., “Yihad en pos de una identidad”, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/reinares-yihad-en-pos-de-una-identidad#.VL1NnkeG_2c publicado por primera vez el 12/01/2015 en La Vanguardia, última visita 19/01/2017.

RIVERA, A., “Thomas Hobbes: modernidad e historia de los conceptos políticos”, *Res publica*, 1, 1998, pp. 183-198.

RIVERA, A., “Floridablanca y los conceptos fundamentales del *Ius Gentium europaeum*”, Ediciones Universidad de Salamanca, 18, 3, 2002.

RIVERA, A., “Federalismo y derecho cosmopolita en el marco de la crisis global de la soberanía”, *Daimon*, núm.29, 2003, pp.155-170.

RIVERA, A., *El dios de los tiranos*, Almuzara, 2007.

RIVERA, A., “Saavedra y el derecho de gentes moderno”, *Res publica*, 19, 2008, pp.381-404.

RIVERA, A., “Secularización y crítica del liberalismo moderno”, *Isegoría*, 39, 2008, pp.79-100.

RIVERA, A., “El concepto de imperio tras el fin de Westfalia”. *Res publica*, 21, 2009, pp. 137-147.

RIVERA, A., “El legendario Gran Proyecto de Enrique IV y Sully: soberanía y confederación europea”, *Res publica*, 24, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2010.

RODRÍGUEZ ARAMAYO, R., Estudio preliminar a KANT, *Teoría y práctica*, Tecnos, Madrid, 2011.

ROHDE, D., “My Guards Absolutely Feared Drones. Reflections on Being Held Captive for Seven Months by the Taliban” en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit.

ROSENBERG, J., “Why is There No International Historical Sociology?”, *European Journal of International Relations*, SAGE Publications y ECPR, 2006, Vol.12 (3): 307-340.

ROTHENBERG, D., Entrevista a Pilot Nellis Air Force Base, Las Vegas, “It is War at a Very Intimate Level”, en BERGEN, P.L. y ROTHENBERG, D. (ed.), *Drone Wars. Transforming Conflict, Law and Policy*, op.cit.

RYAN, K., “What’s wrong with Drones? The Battlefield in International Humanitarian Law” en EVANGELISTA, M. y SHUE, H. (ed.) *The American Way of Bombing. Changing Ethical and Legal Norms, from B-17s to Drones*, op.cit., pp. 207-223

SAAVEDRA FAJARDO, D., *Empresas políticas*, Cátedra, Madrid, 1999.

SAAVEDRA FAJARDO, D., *Rariora et Minora*, Tres Fronteras, Murcia, 2008.

SÁNCHEZ DURÁ, N. (ed.), *La guerra*, Pre-Textos, Valencia, 2006.

SÁNCHEZ FERLOSIO, R., “Notas sobre el terrorismo/1”, El País, 11/03/1980
http://elpais.com/diario/1980/03/11/opinion/321577209_850215.html Última visita:
30/12/2016

SÁNCHEZ FERLOSIO, R., “Notas sobre el terrorismo/2”, El País, 09/04/1980
http://elpais.com/diario/1980/04/09/opinion/324079206_850215.html Última visita:
30/12/2016

SANDOVAL ROBAYO, M.L., “Partisanismo o terrorismo en la era técnico-industrial”,
Jurídicas, vol. 3, núm. 1, enero-junio, 2006, pp. 35-58.

SARALEGUI, M., *Carl Schmitt. Pensador español*, Trotta, Madrid, 2016.

SASSEN, S., *Territory. Authority. Rights. From Medieval to Global Assemblages*,
Princeton University Press, Princeton, 2006.

SHEKHOVSTOV, A., “Putin’s Brain?”, <http://www.eurozine.com/articles/2014-09-12-shekhovtsov-en.html>. Última visita: 05/01/2017.

SIMEON, J. (ed.), *Critical Issues in International Refugee Law*, Cambridge University
Press, Cambridge, 2010.

SINGER, P. W., *Wired for War. The Robotics Revolution and Conflict in the 21st
Century*, Penguin Books, Londres, 2010.

SITZE, A., “Editor’s Introduction” en GALLI, C., *Political spaces and Global War*,
op.cit.

SLOTERDIJK, P., *Temblores de aire. En las fuentes del terror*, Pre-textos, Valencia,
2003. Trad. Germán Cano.

SMOUTS, M.C., (ed.), *Les nouvelles relations internationales, pratiques et théories*,
Presses de Sciences Po, París, 1998.

SMOUTS, M.C., Introducción a SMOUTS, M.C., (ed.) *Les nouvelles relations
internationales, pratiques et théories, op.cit.*

SOBOUL, A., *La Révolution française*, PUF, París, 2014.

SOUVLIS, G. y ANDRY, A., “Rethinking International Relations: An Interview with Benno Teschke”, ViewPoint Magazine, 2016, 18 de Agosto, <https://viewpointmag.com/2016/08/18/rethinking-international-relations-an-interview-with-benno-teschke/>

SPINOZA, *Tratado teológico-político*, Madrid, Tecnos, 2010. Trad. Enrique Tierno Galván.

SPRUYT, H., “Genealogy, Territorial Acquisition and The Capitalist State”, *International Politics*, 2006, 43, 511–518.

STADTMÜLLER, G., *Geschichte Südeuropas*, Munich-Viena, 1976.

STOLLEIS, M., *L'Œil de la Loi. Histoire d'une métaphore*. Mille et une nuits, Paris, 2004.

STONE, L., *The crisis of the aristocracy 1558-1641*, Abridged Edition, Oxford University Press, Nueva York, 2008.

SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, CNRS Éditions, París, 2014.

SUR, S., “Ami, ennemi : Le politique selon Carl Schmitt. Formule simple, idée fausse” en SUR, S. (ed.), *Carl Schmitt. Concepts et usages*, *op.cit.*, pp.231-250.

TELÒ, M., *Europe: A Civilian Power?, European Union, Global Governance, World Order*, Palgrave MacMillan, Londres, 2006.

TELÒ, M. (ed.), *Globalisation, Multilateralism, Europe. Towards a Better Global Governance?*, Ashgate, Surrey, 2013.

TELÒ, M., *Relations internationales. Une perspective européenne*, Editions de l'Université de Bruxelles, Bruselas, 2013.

TELÒ, M., “The Three Historical Epochs of Multilateralism”, en TELÒ, M. (ed.), *Globalisation, Multilateralism, Europe. Towards a Better Global Governance?*, Ashgate, Surrey, 2013, pp.33-74.

TESCHKE, B., “Theorizing the Westphalian System of States: International Relations from Absolutism to Capitalism”, *European Journal of International Relations*, SAGE Publications and ECPR, 2002, Vol. 8(1): 5–48.

TESCHKE, B., *The Myth of 1648*, Verso, Londres, 2003.

TESCHKE, B., “The origins and evolution of the European states-system” en BROWN, W., BROMLEY, S., ATHREYE, S. (ed.), *Ordering the International. History, Change and Transformation*, Pluto Press, Londres, 2004, pp. 21-66.

TESCHKE, B., “Bourgeois Revolution, State Formation and the Absence of the International”, *Historical Materialism*, vol. 13:2 (3–26), Koninklijke Brill NV, Leiden, 2005.

TESCHKE, B., “The metamorphoses of European territoriality. A historical reconstruction” en BURGESS, M., VOLLAARD, H. (ed.), *State Territoriality and European Integration*, Routledge, Nueva York, 2006, pp.37-67.

TESCHKE, B., “Debating ‘The Myth of 1648’: State Formation, the Interstate System and the Emergence of Capitalism in Europe — A Rejoinder”, *International Politics*, 43, Palgrave Macmillan, 2006.

TESCHKE, B. y LACHER, H., “The changing ‘logics’ of capitalist competition”, *Cambridge Review of International Affairs*, Volume 20, núm. 4, Diciembre 2007.

TESCHKE, B., “Marxism” en REUS-SMIT, C. y SNIDAL, D., *The Oxford Handbook of International Relations*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, pp.163-187.

TESCHKE, B., “The Fetish of Geopolitics. Reply to Gopal Balakrishnan”, *New Left Review*, 69, Mayo-Junio, 2011, pp.81-100.

TESCHKE, B., “Fatal attraction: a critique of Carl Schmitt’s international political and legal theory”, *International Theory* (2011), 3:2, 179–227 & Cambridge University Press, 2011.

TESCHKE, B., “Decisions and indecisions. Political and Intellectual Receptions of Carl Schmitt”, *New Left Review* 67, 2011.

TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, Oxford Handbooks Online, Oxford University Press, 2014.

TESCHKE, B. y CEMGIL, C., “The Dialectic of the Concrete: Reconsidering Dialectic for IR and Foreign Policy Analysis”, *Globalizations*, 2014, vol.11, núm. 5, 605-625.

TESCHKE, B., “IR theory, historical materialism, and the false promise of international historical sociology”, *Spectrum: Journal of Global Studies*, 2014, 6 (1). pp. 1-66.

TESCHKE, B., “Carl Schmitt’s Concepts of War”, Oxford Handbooks Online, Oxford University Press, 2014, pp. 1-24.

TIERNO GALVÁN, E., “Benito Cereno o el mito de Europa” en *Obras Completas* (Dir. Antonio Rovira), Tomo I, 1945-1955, Pamplona, 2002, pp.333-347.

TIQQUN, *Introducción a la guerra civil*.
<http://tiqqunim.blogspot.com.es/2013/03/introduccion-la-guerra-civil.html>

TOCQUEVILLE, A., *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Istmo, Madrid, 2004. Trad. Antonio Hermosa.

TORRES SORIANO, M.R., “El poder blando: ¿una alternativa a la fuerza militar?”, *Política y Estrategia*, Núm.100.

Treaty of Westphalia, October 24, 1648. Multilaterals Project, The Fletcher School, Tufts University, <http://fletcher.tufts.edu/multilaterals.html> Trad. British Foreign Office. Última visita: 21/07/2016

Tratado de la Paz de Westfalia: Yale Law School, Lillian Goldman Law Library, The Avalon Project, Documents in Law, History and Diplomacy, http://avalon.law.yale.edu/17th_century/westphal.asp última visita, 09/12/2015.

Tratado del Pacto de la Sociedad de Naciones, 1919.
<http://www.historiasiglo20.org/TEXT/pactosdn.htm> Última visita: 03/07/2016

TRIERWEILER, D., “Georges Sorel et Carl Schmitt: D’une théorie politique du mythe à l’autre” en ZARQA, Y.C. (ed.), *Schmitt ou le mythe du politique*, PUF, París, 2009, pp.15-46.

TUCCI, A., “Crossing the Borders of Governance” en *Soft Power Revista euro-americana de teoría e historia de la política*, Volumen 1, núm.1, enero-junio, 2014, pp.59-72.

VAN REYBROUCK, D., *Congo. Une histoire*, Babel, París, 2012. Trad. Isabelle Rosselin.

VELASCO, J.C., Entre derecho y moral: una reconstrucción del tratamiento habermasiano de la racionalidad práctica, Universidad Autónoma de Madrid, 1997.

VELASCO, J.C., “Ayer y hoy del cosmopolitismo kantiano”, *Isegoría*, núm.16, pp.91-117, 1997.

VELASCO, J.C., *Habermas. El uso público de la razón*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

VELASCO, J.C., “La política en la constelación postnacional. Una aproximación a la concepción habermasiana del estado”, *Pensamiento*, vol. 72 (2016), núm. 272.

VELASCO, J.C., “Habermas, lector de Schmitt”, en GAMPER, D., y UNGUREANU, C. (ed.), *Habermas, lector de filósofos*, Katz, Buenos Aires, Madrid, 2017 (en prensa).

VERMEREN, P., “La Filosofía, el Estado y la Revolución”, *Ideas y valores*, núm.98-99, diciembre 1995, pp.89-111.

VERMEREN, P., “La república independiente, el poder constituyente y el héroe de la emancipación”, *Revista de filosofía*, núm.67, pp.65-85, 2011.

VERMEREN, P., “El desplazamiento de la filosofía, el no-lugar de la democracia y la lengua de la emancipación”, *Temas y debates: revista universitaria de ciencias sociales* 15, núm.22, pp.51-63, 2011.

VERMEREN, P., “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, *Enrahonar Quaderns de Filosofia*, 48, 2012, pp. 85-94.

VILLACANAÑAS, J.L., *Kant y la época de las revoluciones*, Akal, Madrid, 1997.

VILLACANAÑAS, J.L., *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, DM Librero-Editor, Murcia, 1999.

VILLACANAÑAS, J.L., “Histórica, historia social e historia de los conceptos políticos”, *Res publica*, 11-12. 2003.

VILLACANAÑAS, J.L., *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, Biblioteca Nueva, Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político, Madrid, 2008.

VILLACANAÑAS, J.L., *¿Qué imperio?*, Almuzara, Córdoba, 2008.

VILLACANAÑAS, J.L., “Estudio” en SAAVEDRA FAJARDO, D., *Rariora et minora op.cit.*

VILLACANAÑAS DE CASTRO, L., “Nacimiento y despliegue del Estado a partir del modelo de Westfalia”. *Res publica*, 19, 2008.

VILLACANAÑAS DE CASTRO, L., “Foucault 1648”, *Res publica*, 24, 2010.

VOLTAIRE, *Le Siècle de Louis XIV*, Gallimard, París, 2015.

VON GRIMMELSHAUSEN, H.J.C., *El aventurero Simplicissimus*, Debolsillo, Madrid, 2008. Trad. Carlos Forte.

WALLERSTEIN, I., *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 2012. Trad. Pilar López.

WALZER, M., *Terrorismo y guerra justa*, Katz, Buenos Aires, 2008. Trad. Beatriz Eguibar y Tomás Fernández.

WEBER, M., *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1933. Trad. José Medina Echavarría.

WESSELING, H., *Les empires coloniaux européens, 1815-1919*, Gallimard, Paris, 2009.

WESTLAKE, J., “Le conflit Anglo-Portugais”, XVIII *Revue de droit international et de législation comparée*, 1891, pp.243-265.

WINKEL, L., “The Peace Treaties of Westphalia as an instance of the reception of Roman law” en LESAFFER, R. (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the late Middle Ages to World War One*, op.cit., pp.222-237.

WOLIN, R. (ed.), *Martin Heidegger and European Nihilism*, Columbia University Press, Nueva York, 1998.

ZARQA, Y.C. (ed.), *Schmitt ou le mythe du politique*, PUF, París, 2009.

ZIZEK, S., “Carl Schmitt in the Age of Post-Politics” en MOUFFE, C. (ed.), *The Challenge of Carl Schmitt*, op.cit., pp.18-37.

ZOLO, D., *La justicia de los vencedores. De Núremberg a Bagdad*, Trotta, Madrid, 2007. Trad. Elena Bossi.

ZWEIG, S., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona, 2002. Trad. Joan Fontcubierta, Agata Orzeszek.